SIMONE DE BEAUVOIR

FINAL DE CUENTAS

EDHASA

Título original:
Tout compte fait
Traducción de Ida Vitale
Diseño de la colección: Mir & Nolla

Primera edición: febrero de 1984

© Éditions Gallimard, 1972
© Edhasa, 1984
Avda. Diagonal, 519-521. Barcelona 29
Telfs. 239 51 04 / 05

Impreso por Romanyà/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

ISBN: 84-350-0429-5
Depósito legal: B. 4.296-1984

Impreso en España
Printed in Spain

A Sylvie

Escaneado con CamScanner

PRÓLOGO

Cuando apareció mi ensayo La vejez, *algunos críticos y algunos lectores me reprocharon no haber hablado más de* mi *vejez. Esta curiosidad me pareció que a menudo provenía de una especie de canibalismo más que de un verdadero interés. Sin embargo, me ha animado a completar mi autobiografía. Cuanto más me acerco al término de mi existencia, más fácil me parece abarcar en su conjunto ese extraño objeto que es una vida: intentaré hacerlo al comienzo de este libro. Por otra parte, han transcurrido diez años desde el momento en que detuve mi relato y tengo algunas cosas que contar.*

En los libros precedentes adopté un orden cronológico, cuyos inconvenientes reconozco. El lector tiene la impresión de que sólo se le da lo accesorio: preámbulos. Parecería que lo esencial está siempre más adelante, más lejos. A cada página se lo espera en vano; y el libro se termina sin haber llegado a una conclusión. Encerrándola en frases, mi relato hace de mi historia una realidad conclusa, sin serlo. Y la desgrana, disociándola en un rosario de instantes fijados, siendo que en cada pasado, presente o futuro estaban indisolublemente unidos. Puedo escribir: me disponía a partir hacia América. Pero el futuro de ese viejo proyecto zozobró detrás de mí como el proyecto mismo, no animado por ningún impulso. Por lo demás, cada época estaba asistida por otras, más antiguas: mi madurez por mi juventud y mi adolescencia; la guerra por la preguerra. Siguiendo la sucesión temporal, me libraba de perderme en las derivaciones. Fracasé en dar a las horas cumplidas su triple dimensión: desfilan, inertes, reducidas a la chatura de un perpetuo presente, separadas de lo que las precede y de lo que las sigue.

Sin embargo, no podía actuar de otro modo..Vivir era para mí una empresa claramente orientada y para dar cuenta de ella me era necesario seguir su marcha. Hoy, las circunstancias son distintas. Por cierto, no me he dedicado a repetirme; después de 1962, el mundo ha cambiado y yo he hecho experiencias nuevas. Pero ningún acontecimiento público o privado modificó profundamente mi situación: yo no he cambiado. Todavía algunos proyectos me son caros, pero no se han integrado en un designio claramente definido. Ya no tengo la impresión de

Escaneado con CamScanner

dirigirme hacia un fin, sólo la de deslizarme ineluctablemente hacia mi tumba. Ya no necesito el desarrollo del tiempo como hilo conductor; hasta cierto punto, tendré en cuenta la cronología; pero mis recuerdos se organizarán en torno a ciertos temas.

1

Cada mañana, aun antes de abrir los ojos, reconozco mi cama, mi cuarto. Pero si duermo la siesta en mi estudio, suele ocurrir que al despertar sienta un asombro pueril: ¿por qué yo soy yo? Me sorprende —como al niño que toma conciencia de su propia identidad— encontrarme aquí, ahora en el corazón de esta y no de otra vida: ¿por qué azar? Considerándola desde afuera, ya me parece inverosímil en primer lugar haber nacido. La penetración de este óvulo por ese espermatozoide, al implicar el encuentro, y antes, el nacimiento de mis padres y de todos sus antepasados, sólo tenía una posibilidad entre miles de producirse. Un azar, imprevisible en el estado actual de la ciencia, me hizo nacer mujer. Luego, a partir de cada instante de mi pasado, miles de futuros diferentes me parecen concebibles: enfermar e interrumpir mis estudios; no encontrarme con Sartre; cualquier cosa. Arrojada al mundo, quedé sometida a sus leyes y a sus accidentes, dependiente de voluntades extrañas, de circunstancias, de la historia; estoy justificada al experimentar mi contingencia; lo que me da vértigo es que al mismo tiempo no lo estoy. No habría problema si yo no hubiera nacido: debo partir del hecho de que existo. El porvenir de lo que fui pudo hacerme distinta de lo que soy. Pero en ese caso sería esa otra la que se interrogaría sobre sí misma. Para quien dice: heme aquí, no existe lo contingente. Esa necesaria coincidencia del sujeto con su historia no disipa mi perplejidad. Mi vida, familiar y lejana, me define y le soy exterior. ¿En qué consiste exactamente ese raro objeto?

Como el universo de Einstein, es a la vez ilimitado y finito. Ilimitado: a través del tiempo y del espacio, se evade hasta los orígenes del mundo y hasta sus confines. Resumo en mí la herencia terrestre y el estado del universo en este instante. Todo buen biógrafo sabe que para dar a conocer a su héroe debe primero evocar la época, la civilización, la sociedad a la cual pertenece, y remontarse tan lejos como

sea posible en la cadena de sus ascendientes. La suma de estas informaciones, sin embargo, es ínfima si se la confronta con la inagotable multiplicidad de las relaciones que cada elemento de una existencia sostiene con el Todo. Cada uno tiene además una significación diferente, según se la encare desde un punto de vista u otro. Este hecho: «Nací en París» representa distintas cosas a los ojos de un parisiense, de un provinciano, de un extranjero. Su aparente simplicidad se esparce a través de los millones de individuos que mantienen relaciones diversas con esta ciudad.

Sin embargo, una vida es también una realidad conclusa. Posee un centro de interiorización, un *yo* idéntico en todos los instantes. Se inscribe en una cierta duración, tiene un comienzo y un término, transcurre en lugares determinados, conservando siempre sus mismas raíces, constituyéndose un inmutable pasado cuya apertura sobre el futuro es limitada. No se puede tomar y aislar una vida como se aísla y se toma una cosa, puesto que es, según las palabras de Sartre, una «totalidad destotalizada» y en consecuencia no es. Pero podemos plantearnos al respecto ciertas preguntas: ¿cómo se *hace* una vida?, ¿qué proporción corresponde a las circunstancias, a la necesidad, al azar, a las elecciones e iniciativas del sujeto?

Haber contado la mía me ayuda a reflexionar sobre ella. «¡Oh, contar!», dice uno de los héroes de Robbe-Grillet. De acuerdo: la narración y la experiencia vivida transcurren en campos distintos; pero aquélla se refiere a ésta, y permite aislar ciertos rasgos. La experiencia implica lo infinito aunque se resuelve en una cantidad de palabras que con un poco de paciencia podemos contar: pero esas palabras remiten a un saber que sí encierra lo infinito. Al escribir: «Nací en París», el lector al que me dirijo comprende esta frase sin necesidad de situar París en la historia universal y en el globo terráqueo. Suele objetarse que narrar es sustituir la fluida ambigüedad de lo vivido por los contornos inmóviles de las frases escritas. Pero, en los hechos, las imágenes sugeridas por las palabras son cambiantes y fluidas; el saber que comunican no está nítidamente circunscrito. De todos modos, mi propósito no es conducir al lector a través de una ensoñación que resucite mi pasado, sino examinar mi historia a través de ciertos conceptos y de ciertas nociones.

Tomaré como hilo conductor una de ellas, la de suerte, que tiene para mí un sentido claro. No sé adónde podrían haberme llevado ca-

minos que, retrospectivamente, me fueron posibles, pero que no seguí. Lo cierto es que estoy satisfecha de mi destino y que no lo cambiaría en nada. Considero, pues, como guiados por la suerte los factores que me ayudaron a forjarlo.

Mi primer paso afortunado fue, evidentemente, mi nacimiento. Como ya dije, sería inútil especular sobre los azares que me trajeron al mundo. Parto del hecho de haber nacido de Georges y Françoise de Beauvoir el 9 de enero de 1908. Visto desde fuera, este hecho, para mí de una singularidad vertiginosa, es completamente trivial. Dos jóvenes burgueses se adaptaban a las costumbres de su medio y de su época casándose, ella de veinte años, él de treinta, y teniendo una criatura un año más tarde. Criatura predestinada a ser francesa, burguesa y católica. Sólo el sexo era imprevisible. Dada la situación acomodada de mis padres, lo más probable era que yo no muriese prematuramente y que gozara de buena salud; me esperaba un futuro definido: cuidados atentos, una familia próxima y lejana, una nodriza, Louise, el apartamento de París, el Lemosín y, casi seguramente, la venida de otro hijo.

De golpe, el nacimiento me convertía en una privilegiada social, garantizándome muchas más oportunidades que a una hija de campesinos o de obreros. Otra ventaja respecto de la cual no puedo ser muy precisa fue el modo como transcurrió mi primera infancia.

Todos los pediatras insisten hoy en la importancia que estos primeros años tienen en la formación del individuo. Normalmente, hacia los ocho meses los llantos de la criatura, sus gritos, se convierten en un modo de comunicación con su ámbito; registra su eficacia y los usa como signos: nace así una relación de reciprocidad entre él y los adultos. Ésta no se crea si el bebé es odiado, abandonado, frustrado; si no muere, se convierte en un niño autista o esquizofrénico. En un grado menor, la indiferencia, el abandono, la ausencia de estímulos hacen nacer en él un sentimiento de inseguridad y lo llevan a encerrarse en sí mismo. Sartre mostró a propósito de Flaubert cómo un niño bien cuidado, pero tratado sin ternura, cebado, colmado, pero con el que no se establece un diálogo, queda transformado en un ser pasivo. No fue, evidentemente, mi caso. Ignoro cómo fui destetada, cómo fui iniciada en la pulcritud y cómo reaccioné. Pero mi madre era joven, alegre, y estaba orgullosa de haber logrado su primer hijo: tuvo conmigo relaciones tiernas y cálidas. Una familia numerosa rodeó con solici-

tud mi cuna. Me abrí al mundo confiadamente. Los adultos soportaron mis caprichos con una sonrisa de complacencia: eso me convenció de mi poder sobre ellos. Mi optimismo animó esta exigencia que me ganó desde el comienzo de mi historia sin abandonarme nunca: ir hasta el fondo de mis deseos, de mis rechazos, de mis actos, de mis pensamientos. Sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede obtener si se lo reclama. Agradezco a mis primeros años por haberme dotado de esas disposiciones extremas. ¿De dónde venían las cóleras violentas que me sacudían si me contrariaban? Lo he explicado imperfectamente en mis memorias y hoy no podría explicarlo mejor. Pero sigo pensando que fueron saludables. Fue un buen punto de partida. Claro que esto no es suficiente. Una vida no es simple desarrollo de un germen original. Sin cesar corre peligro de ser detenida, quebrada, mutilada, desviada. Sin embargo, un comienzo feliz lleva al individuo a extraer el mejor partido posible de las circunstancias; un comienzo desdichado le crea un círculo vicioso: deja pasar oportunidades, se encierra en el rechazo, la soledad, la melancolía. Me resulta muy revelador comparar mi suerte con la de mi hermana; su camino fue mucho más arduo que el mío porque tuvo que superar el *handicap* de sus primeros años. A los dos y medio, muestro en las fotos un aire decidido y seguro; ella, a la misma edad, un rostro temeroso. Siendo la menor, asombraba y divertía menos que la mayor; lamentaban que no fuera un varón; seguramente se le sonrió menos, se ocuparon menos de ella. Inquieta, incluso ansiosa, decían que era más cariñosa que yo; le era necesario ser confortada. Decían que era «gruñona», con lo que se volvía más fastidiosa; lloraba a menudo sin razón aparente. Le llevó mucho tiempo liberarse por completo de la infancia.

La mía fue serena. La comprensión que reinaba entre mis padres confirmó –al margen de algunos tropiezos– el sentimiento de seguridad adquirido desde la cuna. Por lo demás, no había conflictos entre la imagen que el medio me ofreció y mi evidencia íntima.

El niño es un ser alienado. Recibe de los adultos el mundo, el tiempo, el espacio donde se sitúa, el lenguaje del cual se sirve. Porque pertenecen a semidioses y llevan su marca, las cosas no son para ellos tan sólo utensilios, sino signos de realidades ocultas, de misteriosas profundidades. En ello radica lo que se ha dado en llamar lo maravilloso infantil. La transfiguración poética que de la infancia efectuó el si-

glo XIX burgués es un engaño; el niño no tiene nada de poético; pero el mundo es para él de una fascinante rareza, si tiene la suerte de poder explorarlo y contemplarlo.

Su dependencia proviene de que recibe de otros su imagen y su propio ser, considerándolos lo esencial, y viéndose a sí mismo inesencial. Pero a la vez se ve como sujeto, en el centro de un universo en el que ocupa un lugar relativo con respecto a los mayores. Se ve *visto*. Puede experimentar de maneras muy distintas esta condición.

Ciertos niños no tienen infancia, por así decirlo. Un limpiabotas de cinco años mantiene con sus clientes una relación empleado-patrono, no una niño-adulto. Aunque lleve las ganancias a sus padres, mientras maneja su cepillo es un individuo autónomo que se asume a través de una práctica sin mediación de terceros. Otros, especialmente en familias numerosas y pobres, están tan abandonados que apenas llegan al grado de tener conciencia, al punto de convertirse –en la India, por ejemplo– en niños salvajes recobrados por la naturaleza. Tiranizado, explotado, amedrentado, un niño no puede operar una recuperación reflexiva de sí mismo. No obstante, en nuestra sociedad la gran mayoría de los niños conocen a la vez, como señalé antes, la alienación y la autonomía: aun el más alienado se considera fundamental y por momentos hace la experiencia de su singularidad. Si su personaje le parece halagüeño, se adapta a él afanosamente: se convierte en un imitador, en un comediante. Sartre en *Las palabras* se describe como un histrión.[1] Pero también descubría su existir fuera de esas máscaras: descubría la verdad desnuda de su ser para sí y gesticulaba de angustia ante su espejo; encontró su salvación en actividades autónomas: leer, escribir. Otros, como mi hermana, como Flaubert niño, ven cómo se les impone una imagen aflictiva de ellos mismos; o se resignan, o se rebelan. Caben muchas actitudes entre el rencor y la cólera. Violette Leduc, de niña, a menudo enferma, se sentía un peso para su madre y un vivo reproche. Y se sentía culpable. También en este plano tuve suerte. A veces me encolerizaba porque me trataban como a una niña cuando yo me creía un ser formado. Pero, en su conjunto, mi personaje me gustaba. A los siete años, mis cóleras habían cesado y jugaba con docilidad a ser una niña prudente. Entonces se multiplicaron las actividades que me permitieron realizarme como individuo independiente.

1. «Mi verdad, mi carácter y mi nombre estaban en manos de los adultos, aprendía a verme a través de sus ojos.»

Escaneado con CamScanner

Durante mis primeros años, los sentimientos que experimentaba por mis padres y por Louise se apoyaban en la libertad con la cual los vivía; me eran tan naturales que parecían serme impuestos, y dictadas las conductas que los expresaban; respondían a llamadas, a expectativas. Durante este período sólo hubo una creación libre: la de mis relaciones con mi hermana. El modelo familiar según el cual se regían mis padres reclamaba de inmediato un segundo hijo: el azar[2] hizo que fuera una niña. ¿Si hubiera sido un varón, las cosas habrían marchado de manera distinta? No sé. De todos modos, creo que no habría sido ventajoso para mí, más bien habría padecido. Creo que haber tenido una hermana menor y próxima a mí por la edad fue una de mis suertes. Me ayudó a afirmarme. Inventé la mezcla de autoridad y de ternura que caracterizaron mis relaciones con ella. Le enseñé a leer, a escribir y a contar por mi propia iniciativa. Elaboré por mí misma nuestros juegos y nuestra viva relación. Mi actitud respecto a ella derivaba de lo que yo era. Feliz, segura de mí y abierta, nada me impedía acoger cálidamente a una hermana menor por la que no sentía celos. Activa, imperiosa, deseaba escapar a la pasividad de la infancia con acciones eficaces y ella me proporcionaba la ocasión soñada. Puedo hablar de invención porque mientras los adultos me indicaban cómo comportarme con ellos, mi hermana en principio no exigía nada de mí y ante ella no necesitaba ningún modelo, siguiendo mis impulsos espontáneos.

En cuanto al resto, mi libertad consistió en asumir con buena voluntad y aun con esmero el destino asignado. Era piadosa con fervor, habiendo llegado a ser la mejor alumna del colegio Désir. Reducidos a un modesto pasar, mis padres apostaron por los valores culturales en vez de optar por el «gasto ostentoso» al que mi padre era propenso. Me ofrecieron como principal distracción la lectura, diversión poco onerosa. He querido apasionadamente los libros. Quería a mi padre y mi padre los quería. Creó en mi madre un respeto religioso por ellos. Saciaron una curiosidad que desde mis primeros recuerdos estaba despierta y que nunca se adormeció. ¿De dónde me vino exactamente? Freud piensa que en la raíz de la curiosidad encontramos el instinto sexual. Creo más bien que mi interés por las «cosas inconvenientes» sólo era una rama de mi básica apetencia de conocimiento.

2. El sexo del niño depende del espermatozoide paterno: los hay de dos especies y, en cada caso particular, es completamente aleatorio que el que fecunda el óvulo pertenezca a una o a otra.

Escaneado con CamScanner

Quizás es inútil pretender explicarlo. Todo niño tiende espontáneamente a explorar el mundo. Más bien habría que averiguar por qué, en ciertos casos, su impulso se quiebra. Hay muchas razones: fragilidad física, languidez, abandono por falta de estímulos, rutina o soledad excesiva, sometimiento prematuro a tareas fatigosas, cuidados y obsesiones de toda clase, desequilibrio afectivo. A disgusto consigo mismo, el niño está demasiado preocupado por sí para mirar al exterior. Mi hermana era despejada, pero estaba menos ávida de conocimientos que yo. Zazá era vivaz e inteligente, pero sus complejas relaciones con su familia, después sus amores infantiles, y luego la nostalgia que de ellos le quedara, la volvieron menos disponible que yo. Hasta los diez o doce años no tuve problemas y pude consagrarme por entero a mis investigaciones. No era precoz. En Meyrignac, a los doce años, todavía jugaba a las vendedoras con mi hermana y mi prima. Leía libros pueriles; pero hasta esto permitía entrever lo que por encima de todo me interesaba: las variaciones posibles de la condición humana y de las relaciones que la gente sostiene entre sí. La mecánica no me atraía. No me importaba cómo se fabrican y funcionan los objetos. Me gustaba la historia —sólo me aburrió más tarde— que me revelaba las costumbres de los pueblos antiguos, y aun la prehistoria y la paleontología. Me interesaban la cosmografía y la geografía, y devoraba los relatos de viajes. Al aprender inglés descubrí con alegría una literatura y un país. Quería recuperar el pasado y aprehender —estrellas en el centro de la tierra— todo este universo que me rodeaba.

El azar, definido como un encuentro significante de dos series causales no orientadas una hacia otra por ninguna finalidad, no intervino para nada en mis primeros diez años; lo único fortuito fue que mis padres me dieron una hermana y no un hermano. Jacques era mi primo y pese a la estima un tanto admirativa que me inspiraba no desempeñó un gran papel en mi infancia. El primer azar importante fue a los diez años la aparición de Zazá en el colegio Désir. Ambas debíamos estudiar en una institución católica, pero no era necesario para ninguna de las dos que fuese ésta; podríamos además no haber asistido a la misma clase. En ese caso no nos habríamos conocido nunca porque no había ninguna relación común entre mis padres y los Mabille. Una gran amistad no habría iluminado mi infancia ya que mis demás compañeros sólo me inspiraron siempre sentimientos muy moderados.

Escaneado con CamScanner

No fue casual en cambio mi modo de sacarle provecho a nuestro encuentro; franca, sociable, me había ya relacionado con algunas de mis condiscípulas; tuve una «amiga favorita» con la que me entendía bastante bien, pero nada más. Reconocí de inmediato el valor de Zazá y traté de establecer una complicidad; me senté a su lado durante las clases, hablé sólo con ella. Aproveché lo que mi infancia me había proporcionado; pese a ser menos desenvuelta y menos vivaz que Zazá, pese a admirarla por todo aquello que la diferenciaba de mí, la timidez no me paralizó y logré interesarla. No recuerdo si convencí a mi madre para que invitara a Zazá, o si Mme. Mabille se nos adelantó. De todos modos fui yo quien forjó esta amistad a la que Zazá se prestó gustosa, sin suponer hasta qué punto yo me comprometía.

¿Habría variado sin ella mi vida de adulto? Es difícil decirlo. Conocí gracias a Zazá la alegría de amar, el placer del intercambio intelectual y de las complicidades cotidianas. Me hizo abandonar mi personaje de niña sabia, enseñándome, aunque superficialmente, la independencia y la irrespetuosidad. No participó en los conflictos intelectuales que marcaron mi adolescencia; nunca la mezclé con el proceso que se llevaba a cabo en mí. Incluso le oculté cuidadosamente que leía libros prohibidos, que cuestionaba la moral y la religión, y le disimulé durante mucho tiempo que ya no creía en Dios. Nuestra amistad no influía para nada en los acontecimientos exteriores. A causa suya estudié matemáticas, algo divertido aunque sin consecuencias. Su padre recomendó a los míos el colegio Santa María, donde conocí a Garric y a Mlle. Lambert. Garric fue sólo un fantasma para mí; Mlle. Lambert me alentó para que estudiara filosofía, decidiendo mi vida, aunque creo que habría elegido este camino de todos modos, porque era el de mi vocación profunda. Gracias a Zazá conocí a Stépha, e indirectamente a Fernand, a quienes les debo mucho, aunque nada verdaderamente esencial.

¿La felicidad que encontré junto a Zazá marcó duraderamente mi vida? No lo sé. A partir de los dieciséis años mi familia me inspiró deseos de evasión, cólera y rencores; pero fue a través del ámbito que rodeaba a Zazá donde descubrí cuán detestable era la burguesía. Tarde o temprano, me habría vuelto en contra de ella, pero sin sentir en mi corazón, sin pagar con mis lágrimas el falso espiritualismo, el conformismo asfixiante, la arrogancia, la tiranía opresiva. El asesinato de Zazá por su medio fue par mí una experiencia inolvidable que me tras-

tomó. Sin Zazá mi adolescencia y mi juventud habrían pasado en una triste soledad. Fue mi única relación alegre con la vida no libresca. Tendía a defenderme con un orgullo crispado contra las fuerzas hostiles, mi admiración por Zazá me salvó, librándome de llegar a los veinte años desconfiada y amargada, en vez de estar dispuesta a acoger la amistad y el amor, única actitud propicia a suscitarlos. No puedo imaginarme distinta de lo que fui a esa edad, pero tampoco puedo imaginar una infancia sin Zazá.

¿Por qué tuvo que frustrarse en la muerte, si deseaba vivir, amar, quizás escribir? ¿En qué radicó su mala suerte? Hay que remontarse, creo, a su primera infancia; menos querida por su padre que su hermana mayor, apasionadamente unida a una madre afectuosa pero poco disponible, bajo su aparente desenvoltura fue muy vulnerable y falta de confianza; lo confirman sus últimas palabras: «Soy un fracaso.» La desgarraron contradicciones que no tuvo fuerza para soportar; a su amor por su madre se le opuso, a los quince años, el que sintió por su primo, primero, más tarde por Pradelle. Su fragilidad de origen convirtió esos conflictos en algo mortal.

Entre los doce y trece años tuve ocasión de desviar la línea de mi vida. Mi padre, descorazonado por la pobrísima enseñanza del colegio Désir, planteó la posibilidad de que ingresáramos en un liceo; nuestros estudios hubiesen sido más sólidos y más baratos. Mi madre hubiera aceptado si yo hubiese hecho causa común con él. Ante mí se abrían dos caminos, pero, como en la mayoría de los casos, me pareció imposible optar. No quería separarme de Zazá. Me aferraba además a mi pasado, al grupo de compañeros, a los salones en los que había pasado tantas jornadas. Me sentía segura dentro de un marco familiar, y la idea de afrontar un mundo desconocido me aterrorizaba. Tenía en mucho el ocio derivado de un horario reducido. Sabía que el del liceo era mucho más exigente. Me uní sin dudarlo a las protestas de mi madre.

Mi padre no pudo imponerse; siempre había dejado a mi madre el cuidado de nuestra educación, y su propuesta de cambio era ya una intervención inesperada. Si Zazá no hubiese existido, si él hubiera sabido convencerme, aduciendo razones económicas u otros motivos, ¿cómo hubieran rodado las cosas? Al comienzo, desorientada, desbordada, mi actuación habría sido mediocre y mi vanidad se hubiera sentido herida; pero al proseguir mis estudios demostré mi adaptabili-

dad a los cambios: igual hubiera logrado buenas calificaciones. Siendo más dura la competencia, hubiera brillado menos que en el colegio Désir, pero en cambio hubiera tenido más oportunidades: profesores inteligentes, compañeros con amplitud de espíritu, y no habría tenido que esconder como una tara mi evolución intelectual. Habría alcanzado mis fines más rápida y fácilmente. Y hoy quizás me preguntase con temor retrospectivo: «Pero de haberme quedado en el Désir, ¿habría perdido todas mis posibilidades?»

Me quedé, no por elección, sino porque toda mi vida anterior lo disponía por mí. Mi verdadera libertad durante todo este período está en otra cosa: en el trabajo penoso y exaltante que, durante la adolescencia, contribuyó a formarme en lo que soy. Fue una suerte también que las divergencias morales con mis padres me hayan acorralado en la protesta. Resolví no depender sino de mí, liberándome de ciertos tabúes. Mi proyecto de estudiar se fortificó tanto como el de escribir. Me confesé que no creía en Dios. Ya hablaré de mi ateísmo, pero adelanto que la torpeza del padre Martin no desempeñó un gran papel en mi evolución, apartándome de él y no de la religión, a la que me mantuve ligada por un tiempo. Pero había aprendido a reflexionar, y mi fe había perdido su ingenuidad primitiva, transformándose en ese dudoso compromiso con el que muchos se contentan y que consiste en creer que se cree. Era demasiado íntegra para aceptarlo.

Nací dentro de ciertos carriles. Ya dije que en 1919, mis padres se convirtieron en «nuevos pobres», y hubo un cambio de aguja, que me situó en una nueva vía, la más conveniente. Fue también una suerte. Sufrí un poco con nuestras apreturas, directamente y a través de los malos humores de mis padres. Pero si no hubiera sido por ellas, hubiese sido más difícil que me dejaran seguir estudiando al salir del Désir.

Tuve que tomar algunas decisiones, tampoco fruto de una opción. Seguí el camino imperiosamente indicado por mi pasado. Desde niña quería enseñar. Me negué a la sugerencia de convertirme en bibliotecaria, repelida por la austeridad de la filología y del sánscrito. Convencí a mi padre, que me quería funcionaria, para que me dejara dedicarme al profesorado. Me bastó un año para comprender que no quería especializarme en matemáticas o en letras, sino en filosofía. Convencí a Mlle. Lambert, y a través de ella a mis padres. La elección de los cursos, la del tema para el diploma, dependieron de ciertas circunstancias, pero se trataba de decisiones insignificantes. La de mi gradua-

Escaneado con CamScanner

ción, a partir del 29, fue más importante, pero también me fue indicada por mi situación: tenía derecho a concursar, me ahogaba en mi casa, quería terminar rápido.

Así, durante todos esos años de infancia, de adolescencia y de juventud, mi libertad nunca tomó la forma de un *decreto*: fue la persecución de un proyecto original, incesantemente retomado y fortalecido: saber y expresar. Ramificado en proyectos secundarios, en múltiples actitudes respecto del mundo y de los seres, siempre tuvo la misma fuente y el mismo sentido. Me inscribí en los equipos sociales, busqué y cultivé la amistad de Jacques, frecuenté a compañeros de la Sorbona, anduve a escondidas por los bares de Montparnasse, me ligué a Stépha, saqué provecho de la simpatía que Herbaud me demostraba. Nunca fui pasiva; le exigía a la vida. Muchas veces mis búsquedas no tenían salida, pero también di con hallazgos que me enriquecieron. Y mi actitud multiplicaba mis posibilidades de un encuentro decisivo.

Desde mi infancia hasta mi madurez, mi vida fue una aventura, de descubrimiento en descubrimiento. Al mismo tiempo, sin embargo, y como toda existencia, obedecía a ciclos. Esto fue evidente sobre todo en los años del colegio Désir. A diario, a pie o en el metro, hacía el mismo recorrido, encontrándome con los mismos profesores y los mismo compañeros. Los domingos repetían a los domingos, y las vacaciones de verano, a las del año anterior. Después de mi bachillerato la rutina se quebró. El colegio Santa María, el liceo católico y la Sorbona sobre todo, fueron grandes novedades. Descubrí la Biblioteca Nacional. Me familiaricé con rostros desconocidos. Pero seguí anclada al hogar de mis padres, sujeta a su ritmo de vida. Sólo después de graduarme estallaron los viejos cuadros.

Mi existencia se caracterizó durante esos veinte años por la doble continuidad de su desarrollo. Mi organismo se transformó. Además, aprendía sin cesar. El tiempo era, positivamente, un factor de acumulación. Teniendo una excelente memoria, casi nada de lo recogido se me perdía. Hay que señalar, de paso, que en todo individuo, aunque no deje de progresar desde el nacimiento hasta la madurez, se observa una especie de desaceleración. Tolstoi, octogenario, escribe que apenas un paso lo separaba de sus cinco años mientras que entre el recién nacido y el niño de cinco años se extendían espacios infinitos. Hay mucho de verdad en esta aparente paradoja. La metamorfosis de la larva humana en un ser parlante es asombrosa. Luego la conquista del

Escaneado con CamScanner

lenguaje, del pensamiento racional, de la lectura, de la escritura, de los rudimentos del saber, sigue representando una hazaña notable, pero en menor grado. Después, el progreso continúa, pero más lentamente. En la escuela, se aprende más en segundo que en octavo,[3] en la Sorbona que en la enseñanza media, pero en la formación general del individuo esas adquisiciones tienen un papel menor. (En el curso de esta desaceleración hubo sin embargo para mí un año privilegiado, el de mi abandono del colegio Désir, que me deparó, gracias a Jacques, la deslumbradora revelación de la literatura contemporánea.)

A medida que crecía, mi situación con respecto a los adultos y la conducta de éstos con respecto a mí se modificaba, y esos cambios, a su vez, influían sobre mí. Mi madre dejó de sentarme en sus rodillas, empezó a tratarme con una seriedad que me halagaba; me convertí en una niña prudente. A los doce años, bajo la influencia de Zazá, y sin duda también a causa de mi edad, me volví agitada y revoltosa. Las severas reacciones de las maestras me llevaron a una rebelión interna; repudié su moral y al Dios que la garantizaba; sentí miserablemente la distancia entre la imagen que ellas y mis padres tenían de mí, y la verdad. Más tarde, al empezar mi vida de estudiante, hice el confuso aprendizaje de la necesidad, en el sentido sartriano de la palabra: el destino en exterioridad de la libertad. Me había convertido libremente, y, pensaba yo, con la aprobación de todos, en una estudiante aplicada: ahora me encontraba transformada en un monstruo. En mi casa me volví cerrada, hosca, hostil. Felizmente, compañeros y amigos me ayudaron a recuperar una imagen más risueña de mí.

A través de mi infancia y de mi juventud mi vida tuvo un sentido claro: llegar a ser un adulto era su fin y su razón. Pero vivir, cuando se tienen veinte años, no es prepararse para tener cuarenta, mientras que para los que me rodeaban y para mí, mi deber de niña y de adolescente consistía en preparar a la mujer que llegaría a ser un día. (Por esto las *Memorias de una joven formal* tienen una unidad novelesca ausente de los demás libros. Como en las novelas de aprendizaje, el tiempo, desde el comienzo hasta el final, pasa rigurosamente.) Sentía mi existencia como una ascensión. Es cierto que no ganamos nada sin perder algo. Es un lugar común que para realizarse hay que sacrificar posibilidades. Las variaciones operadas en el cerebro y en el cuerpo del niño

3. N. de la T.: En Francia, los primeros grados escolares llevan una numeración más alta que los últimos.

Escaneado con CamScanner

perjudican a las que puedan querer establecerse después. Los intereses que se constituyen eliminan otros. El goce de un objeto le quita su novedad. Las regresiones de los niños significan que no quieren crecer. Al perder las caricias de mi madre, la despreocupación y la irresponsabilidad de la infancia, y mi deslumbramiento ante los misterios del mundo, el porvenir, a veces, me asustaba. ¿Tendría que arrastrar la existencia gris y chata de mi madre? ¿Nos volveríamos mi hermana y yo extrañas una a la otra? ¿Dejaríamos de ir algún día a Meyrignac? Pero el conjunto del balance era ampliamente positivo. El único escándalo de mi juventud fue la muerte; crecer me gustaba; era un progreso. Más tarde quise evadirme de mi familia. Envejecer fue a la vez madurar y liberarme. Aun en los días más sombríos mi optimismo me animaba a confiar en el porvenir. Creía en mi buena estrella y en que sólo me sucederían cosas buenas.

Hay muchos niños y adolescentes que aspiran a la edad adulta como a una liberación. Pero otros la temen. Zazá sufrió más que yo al crecer. La idea de alejarse de su madre la afligía. La magia de su infancia hacía que la adolescencia le resultara opaca, y la perspectiva de un matrimonio de razón la asustara. Para el hijo de un obrero, es duro convertirse a su vez en un obrero, es decir, en alguien condenado a no poder hacer otra cosa que reproducir su vida. Muchos jóvenes se defienden del paso a la madurez mediante la rebelión, la delincuencia, el vagabundaje, la droga, las violencias, un desafío a la muerte que puede llegar hasta el suicidio. A mí, la idea de ganarme la vida gracias a un trabajo conveniente me entusiasmaba en la misma medida en que mi femineidad me predestinaba a la dependencia.

¿Qué habría sucedido de haber sido otra mi situación familiar? Caben muchas suposiciones. La primera, que mis padres, aunque arruinados, se hubiesen comportado de diferente modo. Si mi madre hubiese sido menos indiscreta y menos tiránica, los límites de su inteligencia me hubiesen molestado menos; el rencor no habría obliterado el afecto que sentía por ella, y habría soportado mejor la lejanía de mi padre. Si mi padre, aun sin intervenir en mi lucha contra mi madre, hubiera seguido preocupándose por mí, eso me hubiera ayudado mucho. Si hubiera tomado francamente partido por mí, reclamando para mí ciertas libertades que entonces me habrían sido concedidas, mi vida habría sido más aliviada. Si ambos se hubieran mostrado amistosos, me habría opuesto lo mismo a su manera de vivir y de pensar; me ha-

bría sentido más o menos ahogada en casa, y me habría sentido sola; pero no rechazada, exiliada, traicionada. Mi destino no habría cambiado; pero me habría ahorrado muchas tristezas inútiles. Este fue el único período de mi vida que me dejó muchas penas. La crisis de mi adolescencia, fomentada por mí, fue fecunda; me arranqué a la seguridad de las certidumbres por amor a la verdad, y la verdad me recompensó. Entre los diecisiete y los veinte años, la actitud de mis padres me dolió profundamente, sin que de ello derivara provecho alguno.

De haber conservado su fortuna, habríamos vivido mejor y su humor habría sido menos sombrío; pero yo tenía ya entre once y doce años cuando se produjo el cambio, y ya estaba formada. Mi madre era tan timorata y tan despótica que no hubiera sabido imaginar diversiones para nosotras, y le habría desagradado dejarnos divertir a solas. Sin duda me habría dedicado más a los juegos y a los deportes; si me entregué fanáticamente al croquet en La Grillère fue porque en mi vida nunca había habido una distracción de esta especie. Pero seguramente hubiera sacrificado mis caprichosos juegos con mi hermana, y no mis estudios o mis lecturas. Aunque hubiese andado mejor vestida y por lo tanto más segura, hubiese detestado las reuniones sociales. No, el dinero no habría modificado mayormente mi infancia y mi adolescencia. Y al no estar obligada a dedicarme a un oficio, igual habría logrado seguir estudiando.

La línea de mi vida podría haberse desviado en un punto único, pero importante: Jacques se habría interesado más fácilmente en mí, si yo hubiese estado más emperifollada y si hubiese tenido esa soltura que de ordinario da el dinero; mi pobreza no habría creado un obstáculo al casamiento que por un momento lo atrajo. No especulo con una nueva hipótesis: ¿y si me hubiera desposado sin fortuna? Tendría que haber sido distinto, hasta tal punto que esta suposición no tendría sentido. Tal cual era, habría estado de acuerdo en casarse conmigo si yo hubiese tenido dote. De habérmelo propuesto antes de encontrarme con Sartre, ¿cuál hubiese sido mi actitud? Es difícil soñar retrospectivamente la propia vida: habría que tener en cuenta todas las variables. Satisfecho de su situación, mi padre no habría visto en mí la imagen de su fracaso; aunque me fastidiara mi madre, la casa no me habría parecido un infierno y Jacques mi salvador. Sólo habría visto en él a un amigo cuyos fallos no me habrían pasado inadvertidos. Ya, cuando soñaba en compartir su vida, esta idea me espantaba, a veces.

Habría dudado. Sin embargo, si me hubiera hablado de amor, la emoción, la atracción física creada entre ambos me habría convencido, probablemente.

¿Y qué? ¿Jacques habría bebido menos y habría dirigido más prudentemente sus negocios? Yo no hubiese colmado el vacío que había en él; no estaba dispuesto a recibir lo que yo podía proporcionar. Pronto habría descubierto la pobreza de sus sentimientos, sin sentirme satisfecha intelectualmente. Sin embargo, me habría apegado a él y a los niños que hubiéramos podido tener. Hubiera sufrido los desgarramientos de tantas jóvenes, ligadas por el amor y la maternidad sin haber olvidado sus antiguos sueños.

De lo que estoy segura es de que me habría evadido de eso. Mis primeros dieciocho años me hicieron de tal modo que no habría podido traicionarlos. Imposible imaginarme renegando de mis ambiciones, de mis esperanzas, de todo lo necesario para conferir sentido a mi vida. Llegado el momento, habría rechazado el hundimiento burgués. Separada o no de Jacques, habría reanudado mis estudios, habría escrito, y seguramente habría terminado por alejarme de él. Hubiera tenido que vencer muchos obstáculos: su estafa me hubiera sido tan útil como el sentido de la libertad que me tocó en suerte. La joven que yo era en aquel entonces podía concebir más de un destino, aunque la mujer de hoy no pueda imaginarse distinta de lo que es.

La importancia real de Jacques en mi vida fue mucho menor que la de Zazá. Me hubiera iniciado de todos modos en la literatura y en el arte moderno durante mis años de la Sorbona. Conocí gracias a él «la poesía de los bares»; frecuentarlos fue una distracción útil pero que no me sirvió de mucho. Con Jacques conocí más tormentos que alegrías. Representó en mi juventud la posibilidad de soñar. Antes, soñaba poco; me bastaba con Zazá, los libros, la naturaleza, mis proyectos. A los dieciocho años, incómoda en mi casa y conmigo misma, soñé, no con ser otra, sino con compartir una vida que me pareciera admirable –la de Garric– o emocionante –la de Jacques–. Ese sueño duró bastante sin que yo creyese en él del todo. Mis sentimientos por Jacques estaban inflados, mientras que los que experimentaba por Zazá eran verdaderos. Aunque insólito, él no tenía nada notable, mientras que Zazá era excepcional.

A propósito de Zazá, de Jacques o de otros, observo que en mis relaciones con ellos había una buena parte de ignorancia; creyéndolos

transparentes encerraban un revés oculto e insospechado. Me conmovía cuando, al entrar en el cuarto de Zazá en su ausencia, me preguntaba qué gusto sentía ella por su vida; pero ni sospechaba que no se reducía a lo que yo sabía. Me faltaba imaginación, experiencia y perspicacia. Tenía una confianza infantil en las palabras de la gente y no analizaba sus silencios. Caí de las nubes al conocer el romance adolescente de Zazá, la relación de Jacques, al darme a entender Fernand que él se acostaba con Stépha. Pero Zazá no habría sido la que era, la que yo quería, sin su amor apasionado y contrariado por su primo. Mi propia vida me resultaba opaca, creyendo que mi mirada la abarcaba por entero.

Aún era más ciega para el contexto social y político sobre el que se construía. Mi historia fue típicamente la de una francesa y joven burguesa de familia pobre. Tenía acceso a los bienes de consumo que mi país y mi época ofrecían, en la medida en que estaban al alcance de los ingresos de mis padres. Mis estudios y mis lecturas me los imponía la sociedad. De ésta sólo supe, al principio por intermedio de mis padres, luego directamente, pero sin que me interesara. La situación mundial condicionaba esta indiferencia: la seguridad de la posguerra permitió tal despreocupación por los acontecimientos. En la Sorbona, mis compañeros me obligaron a interiorizarme de las cosas. Entendí la ignominia del colonialismo. Stépha me convirtió al internacionalismo y al antimilitarismo. Asumí plenamente el desagrado que hacía tiempo sentía por el fanatismo de derecha, el racismo, los valores burgueses y todos los oscurantismos. La idea de revolución me tentaba. Me incliné hacia la izquierda: no hay intelectual de buena fe que, en nombre del universalismo que se le imprime, no desee la abolición de las clases. Pero mi aventura individual contaba para mí más que la de la humanidad. No medía bien hasta qué punto aquélla dependía de ésta, sobre la que seguía estando mal informada.

¿Habría llegado a evolucionar sin conocer a Sartre? ¿Me habría desembarazado tarde o temprano de mi individualismo, del idealismo y del espiritualismo que me trababan? No lo sé. Lo cierto es que lo encontré y que ese fue el acontecimiento capital de mi existencia.

Me es difícil decidir en qué medida fue un azar. No fue totalmente fortuito. Al dedicarme a los estudios superiores, me di el máximo de posibilidades de que se produjese el encuentro: el compañero ideal con el que soñaba desde los quince años tenía que ser un intelectual, ávido

Escaneado con CamScanner

como yo de comprender el mundo. Por otra parte, desde mi llegada a la Sorbona había tratado de descubrir, con los ojos y los oídos al acecho, a aquel entre mis camaradas con el que mejor pudiera entenderme. Por fin mi apertura hacia los demás me valió simpatía: gané la de Herbaud y, a través de él, la de Sartre.

¿Si él hubiese logrado su graduación un año antes, si me hubiese presentado un año más tarde, nos habríamos ignorado? No fatalmente. Herbaud podría habernos servido de intérprete. A menudo hemos pensado, incluso, que de no haberse producido en 1929, el encuentro habría tenido lugar un poco más tarde, en el círculo restringido de jóvenes profesores de izquierda al que pertenecíamos. De cualquier modo, habría escrito, frecuentado escritores y deseado conocer a Sartre, a partir de sus libros. Mi deseo se habría cumplido, entre el 43 y el 45, dada la solidaridad que unía a los intelectuales antinazis. Un lazo, quizás distinto, pero seguramente muy fuerte, se habría forjado entre nosotros.

Si nos enfrentó en parte el azar, el compromiso que ligó nuestras vidas fue elegido en libertad: tal elección no fue un decreto sino un compromiso de largo aliento. Para mí se manifestó al principio por una decisión práctica: quedarme dos años en París, en lugar de aceptar un cargo. Adopté las amistades de Sartre, entré en su mundo, no como algunos pretenden, por ser mujer, sino porque era el mundo al que aspiraba desde hacía mucho. Por lo demás, él adoptó mis amistades como yo las suyas: simpatizó con Zazá. Pero pronto del pasado sólo quedó mi hermana, Stépha y Fernand; sus amigos eran numerosos y ligados unos a otros por lazos afectivos y afinidades intelectuales.

Velé atenta porque nuestras relaciones no se alteraran, midiendo lo que debía aceptar y rechazar, de ambos, para no comprometerlas. Habría aceptado de mala gana, pero sin desesperación, que partiera al Japón. Estoy segura de que pasados dos años nos habríamos encontrado, como nos lo habíamos prometido. Una decisión importante fue la de partir para Marsella antes que casarme con él. En todos los demás casos, mis resoluciones coincidieron con un impulso espontáneo; ésa no. Deseaba vivamente no separarme de Sartre. Opté por lo más difícil, preocupada por el futuro. Fue la única vez, por otra parte, en que creo haber evitado un peligro, dándole a mi vida un golpe de timón saludable.

Escaneado con CamScanner

¿Qué habría ocurrido de haber aceptado? Esta hipótesis no tiene sentido. Mi manera de ser era el respeto por el otro. Sabía que Sartre no deseaba el casamiento. No podía desearlo sola. Lo he obligado en pequeñas cosas (y recíprocamente) pero nunca habría encarado forzarlo en cosas importantes. Suponiendo que, por razones que no alcanzo a imaginar, el matrimonio se nos hubiera impuesto, sé que nos habríamos arreglado para vivirlo en libertad.

¿En qué medida usé la libertad durante los diez años siguientes? ¿En qué medida el azar y las circunstancias intervinieron?

Tomé algunas iniciativas dictadas por la situación: pedí acercarme a París y me destinaron a Rouen, no lejos de Sartre que enseñaba en Le Havre. Luego, obviamente, solicité y acepté un cargo en París. Estaba de acuerdo en que Sartre pasara un año en Berlín. Habíamos acordado que en lugar de la cátedra que le proponían en Lyon, era preferible una clase de filosofía en Laon, pensando acertadamente que volvería más pronto a París.

Mi destino en este período se parecía bastante al de la mayor parte de la gente: también yo trabajé en calcar mi vida. Mi existencia, como otras, era repetitiva, y eso me pesaba a menudo. Pero era privilegiada. La mayoría no espera escapar a la rutina hasta el momento previsto y temido de la jubilación. La única novedad para ellos es la que les depara el nacimiento y el desarrollo de sus hijos: se pierden día a día en la cotidianidad monótona. Yo tenía mucho tiempo; leía, hacía amistades, viajaba; proseguía mis descubrimientos. Atendía al mundo siempre despierta. Mi relación con Sartre seguía viva y no estaba esclavizada a un hogar; no me sentía encadenada al pasado. Y tenía puestos los ojos en un futuro prometedor: me convertiría en un escritor. Comprometí mi libertad esencialmente en el aprendizaje de la escritura. No era un tranquilo ascenso, como el que me llevó a la graduación en filosofía, sino un esfuerzo vacilante, con insistencias, retrocesos y progresos tímidos.

Muchos azares contribuyeron a poblar mi vida. Colette Audry podría no haber estado en mi mismo liceo; Olga, Bianca, Lise no seguir mis cursos. Sin embargo, dado el interés que la gente me despertaba, hubiera sido anormal que ninguna de mis colegas, ninguna de mis alumnas retuviera mi atención. Pero hubiera podido tener otros encuentros en vez de ésos, más o menos ricos, que dieran una coloración diferente a mi vida. El azar determinó que fueran unas y no otras,

Escaneado con CamScanner

pero el azar no podía modificarme ni para bien ni para mal, dado que lo esencial de mi existencia estaba asegurado.

Puse en juego mi libertad en el modo de cultivar esas amistades. Quiero señalar el grado de participación en mis relaciones con Olga, especialmente, a causa de su complejidad.

La iniciativa de salir a veces con ella nació de mí. Conmovida por su adhesión, animada por Sartre, logré de sus padres que la dejasen volver a Rouen, en vez de confinarla en Caen. No logré prepararla, como me había propuesto, para su licenciatura de filosofía, resignándome a su pereza. No *pude* hacer nada. El práctico-inerte, como Sartre ha demostrado, soporta las exigencias; una amistad no puede vivirse al día, cae en el pasado, se convierte en una realidad fijada que debemos soportar; ésta exigía ser acosada. No podía ni pelearme con Olga, ni empecinarme en luchar contra ella. Luego me vi confrontada a otras imposibilidades. «Me era tan necesario concordar en todo con Sartre que no podía ver a Olga con otros ojos que los suyos.»[4] Reelegía sin cesar esta necesidad, cuya fuente estaba en mí, pero esa elección contrariaba a otros, y por eso me sentía desgarrada, dentro del trío que habíamos creado. Me sentía incómoda, pero no *podía* desprenderme. Fue Olga quien solucionó la situación entrando en relaciones con Bost. A partir de ese momento pude satisfacer las exigencias de nuestra amistad, viviéndola en la libertad, y ya no en la obligación.

En ese preciso momento pasó algo que pudo quebrar definitivamente mi vida: mi enfermedad, nada casual. Me fatigaba excesivamente, sin cuidarme luego, como tendría que haber hecho. Significó en cierto modo una huida; escapé del trío que estaba ya en vías de liquidación pero cuyas tensiones existían. Tampoco fue un azar que no se pudiera atajar: los antibióticos no existían. Lo fue que sobreviviera —al menos de acuerdo con el nivel de conocimiento de los médicos, que dieron una posibilidad sobre dos de salvarme—.

Durante esos diez años me pareció que construía mi vida con mis propias manos, cosa no del todo falsa. Sin embargo, estaba condicionada por la sociedad, como en el período precedente. Consumía las mercancías que me ofrecía; recibía el salario que me asignaba; el margen de decisión concedido era muy pequeño. Profesionalmente gozaba con el *status* cómodo de que disponían en esta época los profesores de

4. *La plenitud de la vida.*

Escaneado con CamScanner

liceo; me podía permitir ciertas iniciativas; pero los programas, los horarios, el número de alumnos me era determinado desde el exterior. En el dominio cultural podía elegir entre los libros, las películas y las exposiciones que se me proponían. A menudo, cuando creía inventar una conducta, estaba conformándome a un modelo: hacer deportes de invierno, pasar las vacaciones en Grecia, era seguir el ejemplo de buena parte de la pequeña burguesía francesa. Sin embargo, quedaba desconcertada cuando, bajo una mirada distante, me veía como fragmento de una colectividad. Cuando Stépha dijo en Rouen: «¡Qué bien comen estos franceses!» y después Fernand: «¡Cochinos franceses!», no acepté que sus frases me concernieran. Como de chica no quería ser clasificada entre los niños –era *yo*–, ahora no aceptaba ser definida como francesa: también pensaba que era *yo*.

La situación de un país depende de su historia y de la del mundo; por lo tanto yo era tributaria de los acontecimientos, pero rehusaba interesarme en ellos. Estaba más o menos al corriente de lo que sucedía, pero sin mayor interés. Para dar una idea justa de mi vida habría tenido que señalar en *La plenitud de la vida* la extensión de mi ignorancia. Un individuo se define tanto, y a veces más, por lo que se le escapa que por lo que abarca. Luis XVI, el último zar, al señalar, en sustancia, en su diario íntimo: «Hoy, nada», mientras la revolución se desencadenaba en torno de ellos, está revelando a su respecto más que en ninguno de sus actos o palabras. Ya he escrito que entre el 29 y el 39 toda la izquierda francesa padecía una ceguera política. Era natural que yo la compartiera dado que no experimentaba la presión de la historia en un grado molesto. Y quería cegarme: quería creer que nada, nunca, podría conmover mi felicidad. El Frente Popular me importó porque era portador de esperanzas y no de amenazas. La guerra de España me conmovió, pero sin que yo me creyera directamente concernida. Usé mi libertad para desconocer la verdad del momento que estaba viviendo.

La verdad me saltó a la cara en 1939. Supe que soportaba la vida porque dejé de aceptar lo que me era impuesto: la guerra me desgarró, separándome de Sartre, aislándome de mi hermana. Pasé del miedo a la desesperación, luego a la cólera, a los rechazos, atravesados por llamaradas de esperanza. Cada día, a cada hora, medía hasta qué punto estaba dependiendo de los acontecimientos, convertidos en la sustancia misma de mi tiempo, aunque muchos se me escapaban, debido a la

Escaneado con CamScanner

censura; nunca la cara sombría que está en el revés de mi existencia fue tan opaca como durante la guerra. Pero trataba apasionadamente de conocerlos, de entenderlos; ya no los distinguía de mi propio destino.

La parte de libertad que conservé fue mínima. Durante el invierno del 39 me las arreglé para ir a ver a Sartre a Brumath: también en eso imitaba a muchas mujeres. En junio de 1940 abandoné París: mi liceo se replegaba hacia Nantes, el padre de Bianca me ofreció un lugar en su coche; no cabía sino partir. Volví muy pronto de La Pouèze, aprovechando una ocasión: también este regreso me fue impuesto. Mi actitud durante la ocupación estaba dictada por mi pasado: es decir, por mi escala de valores. Y mis convicciones. Mis compromisos políticos expresaron siempre las ideas forjadas en el curso de mi vida. El problema radicaba en adoptar conductas que las tradujeran lo más fielmente posible en circunstancias inéditas. Esto me planteó a menudo problemas. En 1940, no cabía ninguna duda en el plano intelectual: sólo cabía odiar al nazismo y la colaboración. También estaba en mi modo de ser tratar de reaccionar ante la situación, sin dejar que me aplastara. Tranquilizada respecto a la suerte de Sartre por uno de sus compañeros de cautiverio, decidí apostar a un futuro feliz. Acudí a Hegel para que me hiciera inteligible el curso de la historia. Acepté y suscité todas las distracciones posibles. Emprendí la conclusión de *La invitada* y luego escribí *La sangre de los otros*. Lo que no descubrí fue la manera de traducir en actos mi oposición al nazismo. Fue Sartre quien tomó la iniciativa a su vuelta del campo de concentración: la primera –la creación del grupo *Socialismo y Libertad*– me asombró primero, pero luego me convenció, y quedé asociada entonces y para siempre a sus actividades políticas. Me adapté a la penuria material convirtiendo mis preocupaciones en manías. Las circunstancias nos incitaron a abandonar París en julio del 44; volvimos voluntariamente, a pesar de las dificultades, para asistir a la fiesta de la Liberación.

Las amistades que forjamos al final de la guerra no tuvieron nada de casuales. Conocimos a Giacometti por Lise, pero también podríamos haberlo conocido por Leiris. De éste nos gustaba la obra, y Sartre había trabajado con él en el C.N.E. Nos puso en contacto con Salacrou, Bataille, Limbour, Lacan, Leibovitz, Queneau, todos pertenecientes a la resistencia intelectual. Camus –sobre el cual Sartre había escrito un artículo– se nos presentó durante una representación de

Escaneado con CamScanner

Las moscas. Genet –sabiendo que nos gustaba *Nuestra Señora de las Flores*– se acercó a Sartre en el Flore. ¿Me hubiera vinculado a estos escritores de no haber conocido a Sartre? Sin duda. En ese momento habría tenido un libro editado, habría integrado el C.N.E. y me habría encontrado allí con Sartre.

En 1945 me hallé encarrilada y sin tener que tomar casi decisiones. La más importante fue la de no volver a la Universidad y la de no aceptar ninguna tarea por razones económicas, consagrándome a escribir. No tenía ya que buscar oportunidades. Mi realidad objetiva –escritora, colaboradora de *Les Temps modernes*, gran sartriana– me las proporcionaba de sobra; sólo tenía que rechazarlas o aceptarlas. Así, sin haberlo buscado, me vi invitada a Portugal, Túnez, Suiza, Holanda. Para nuestro viaje a Italia me esforcé más; insistí en que se realizara a pesar de las circunstancias desfavorables. Mi viaje a América me lo organizó Soupault, a quien se lo había pedido. Luego inventamos juntos, Sartre y yo, algunos de nuestros viajes. Otros nos fueron propuestos con insistencia, en especial los que hicimos en 1960 a Cuba y a Brasil, y en el 62 a la U.R.S.S. Nuestras estadías en La Pouèze fueron a la vez solicitadas por Mlle. Lemaire y deseadas por nosotros. Los viajes al Mediodía los organicé yo, teniendo en cuenta los gustos de Sartre. Abandoné el hotel para instalarme en un cuarto, en la calle de la Bûcherie, y este cuarto –después del premio Goncourt– por un estudio cerca del cementerio Montparnasse. En 1951 compré un coche y aprendí a conducir; esta iniciativa no tenía nada de original; la industria del automóvil se recuperaba y muchos franceses quisieron tener coche.

Al extenderse mi vida más ampliamente en el mundo –conociendo más gente, multiplicándose las ocasiones que se me ofrecían– el papel del azar se encontró reducido al mínimo. Los acontecimientos que se producían eran prolongaciones o coletazos de mi historia pasada. Sin embargo, fue el azar el que en el 47 me enfrentó a Algren: nada más improbable que nuestro encuentro. Que Sartre haya conocido a Richard Wright en Estados Unidos era normal, y también lo era que éste me hiciera conocer a los intelectuales neoyorkinos. Pero no me habló de Algren, que vivía en Chicago. Fue Nelly Benson la que me aconsejó verlo, después de una cena a la que estuve a punto de no ir. En Chicago, Algren atendió el teléfono por un pelo, y a pesar de la simpatía que sentimos uno por el otro no lo hubiera vuelto a ver si

Escaneado con CamScanner

Sartre no me hubiera pedido que prolongara mi estadía en Estados Unidos. Sin embargo, no habría pasado nada si yo no hubiese estado en disponibilidad como para desear esta aventura; no le habría propuesto por teléfono volver a Chicago, adonde él me había invitado. Luego, quise nuestra relación: nos convenía mos por lo que éramos y por lo que cada uno representaba para el otro. Pero la quería dentro de ciertos límites que la condenaban casi fatalmente a un fin rápido. Lo que me deparó lo conté en *La fuerza de las cosas.*

El azar intervino mucho menos en mis relaciones con Lanzmann. Podría no haber integrado el equipo de *Les Temps modernes;* pero por su edad, su formación intelectual, sus ideas políticas, estaba en el lugar indicado. También en ese momento me sentía disponible, y con ganas de que algo me ocurriera; mi simpatía por Lanzmann, que yo sabía recíproca, estaba pronta a transformarse en un sentimiento más profundo. Nuestra diferencia de edad y las circunstancias hicieron que esta historia se terminara al cabo de algunos años para dejar lugar a una gran amistad. También en este caso esta salida era fatal.

Sabía ahora que el curso del mundo era la textura misma de mi vida, y seguía con atención sus movimientos. Ignoraba bastantes cosas, carente de la información necesaria: entre otras, en el 45, la magnitud de la represión de Sétig, y hasta el 54, la verdadera situación de Argelia. Ignoraba lo que ocurría realmente en la U.R.S.S. y en las democracias populares. Aun cuando uno no vea muy claro, está obligado a tomar partido, y esto no puede darse sin vacilaciones y errores. Seguí a Sartre en sus fluctuaciones respecto a nuestros vínculos con el partido comunista y con los países socialistas. De pronto se nos imponía con fulgurante evidencia el rechazo de ciertos escándalos: los campos de concentración soviéticos, los procesos de Rajk y de Slansky, en Budapest. Nuestras posiciones eran claras respecto al capitalismo, al imperialismo, al colonialismo; había que combatirlos con nuestros escritos y si era posible con nuestros actos. Estaba intelectualmente comprometida en esta lucha, pero sin militar en el terreno práctico. No soporto el aburrimiento de los congresos y de los comités. De todos modos, en 1955 participé en el congreso de Helsinki. El mismo año, escribí un libro sobre China, donde pasé dos meses, para dar a conocer la Revolución china. En diversas ocasiones firmé manifiestos y concurrí a mítines. Participé en algunas cosas durante la guerra de Argelia y contra el gaullismo. Sobre estos dos puntos mis convicciones

intelectuales se me dieron con tanta evidencia como en 1940 mi rechazo del nazismo. ¿Cómo traducirlas en actos? Lo consulté con militantes como Francis Jeanson o con organizaciones comprometidas en la lucha. Me limité a seguir sus consignas; pero evidentemente había elegido solicitárselas, en una libre decisión.

Fue esencialmente en el dominio de la creación literaria donde empleé mi libertad. Se escribe a partir de lo que uno se ha ido haciendo, pero siempre es un acto nuevo. Ya dije en *La fuerza de las cosas*, cómo, hasta el 62, nacieron y se desarrollaron esas invenciones y es inútil repetirlo aquí.

Si considero la línea general de mi vida, me llama la atención su continuidad. Nací y viví en París; permanecí anclada aun durante los años pasados en Marsella o en Rouen. Cambié muchas veces de alojamiento, pero siempre en el mismo barrio; hoy vivo a cinco minutos de mi primer domicilio. París varió mucho desde que yo era joven; pero sigo reencontrándome con él en muchos sitios: en el Luxemburgo, en la Sorbona, en la Biblioteca Nacional, en el bulevar Montparnasse, en la plaza Saint-Germain-des-Prés. Ya no escribo en los cafés, pero trabajo más o menos con el mismo ritmo y según los mismos métodos. No doy largas caminatas, pero me paseo en coche. Mis ocupaciones han sido siempre las mismas: la lectura, el cine, oír discos, ver pintura.

Sin embargo, hay un campo en el cual esta continuidad, en algún caso, se ha quebrado: las amistades que compartíamos con Sartre. A veces las destruyó la muerte; he contado ya cómo algunas se deshicieron o se rompieron brutalmente mientras otras nacían. En la mayoría de los casos –el de Camus, por ejemplo– la historia me parece clara del principio al fin. Uno, sin embargo, me intriga: el de Pagniez. Durante años fue el mejor camarada de Sartre, les gustaba estar juntos y se veían sin cesar. Ningún conflicto los enfrentó explícitamente jamás. ¿Cómo pudieron irse alejando hasta el punto de dejar de verse por completo? De jóvenes había algunas divergencias entre ellos, de opiniones o de actitudes; matices que no se inscribían en ninguna praxis. A partir del momento en que se expresan mediante elecciones, que pasan de inmediato a constituirse en un práctico-inerte cargado de nuevas exigencias, es comprensible que caminos al principio casi confundidos puedan separarse rápidamente. Era divertido que Pagniez fuese pasatista, y Sartre extremista: dos maneras de vivir su condición de in-

Escaneado con CamScanner

telectuales pequeñoburgueses. Cuando Pagniez se mostró conservador y reaccionario, mientras que Sartre descubría y se tomaba seriamente a pecho la lucha de clases, el entendimiento se hizo imposible. Pero hubiera sido comprensible que, en nombre del pasado, se estableciera una mutua tolerancia, tal como la que reinó durante mucho tiempo entre nosotros y Mlle. Lemaire. Con Pagniez lo intentamos: «Vosotros escribís, yo he formado un hogar feliz, lo que tampoco está mal», nos decía Pagniez. Pronto nos pareció que no era lo que pensaba, pues no habría alimentado tanta amargura contra Sartre. Hacía mucho que no nos veíamos cuando en 1960 le negó su solidaridad a Pouillon y a Pingaud, sus colegas, suspendidos en sus funciones por haber firmado el manifiesto de los 121.

También hay en mi vida lazos muy antiguos que nunca se han quebrado. Dos cosas le confieren esencialmente su unidad: el lugar que Sartre no ha dejado nunca de tener en ellos y mi fidelidad a mi proyecto original: conocer y escribir. ¿A qué apunté con él? Como todo ser, he tratado de encontrarme, y para ello me inspiré en experiencias a través de las cuales tenía la ilusión de haberlo logrado. Conocer era, como en mis contemplaciones infantiles, prestar mi conciencia al mundo, arrancarlo a la nada del pasado, a las tinieblas de la ausencia; al perderme en el objeto contemplado me parecía realizar la imposible relación del en-sí y del para-sí, en los momentos de éxtasis físicos o afectivos, en el encantamiento de los recuerdos, o en el presentimiento entusiasta del porvenir. Y quería materializarme en libros que fueran como los que amaba, cosas existentes para otros, pero habitados por una presencia: la mía.

Toda búsqueda del ser está destinada al fracaso, pero éste puede ser asumido. Renunciando al vano sueño de convertirse en un dios puede uno satisfacerse simplemente con existir. Saber no es poseer, y sin embargo no me canso de aprender. Deseaba participar en la eternidad de una obra en la cual me encarnaría, pero antes que nada deseaba hacerme oír por mis comtemporáneos. Han sido mis relaciones con ellos —cooperación, lucha, diálogo— lo que durante toda mi vida ha tenido más valor a mis ojos.

En su conjunto, mi destino ha sido fasto. Sentí miedos y rebeldías, pero no tuve que sufrir la opresión, no conocí el exilio, no me vi golpeada por ninguna debilidad. No vi morir a nadie que me fuera esencial y desde hace veintiún años no he conocido la soledad. Las posibi-

Escaneado con CamScanner

lidades que se me dieron al comienzo me ayudaron no sólo a tener una vida feliz, sino a estar feliz de la vida que tenía. Supe de mis carencias y de mis límites y los acepté. Al desgarrarme los sucesos que ocurrían en el mundo, quise cambiar éste y no el lugar que ocupaba en él.

«Se nace múltiple y se termina uno», dijo sustantivamente Valéry. Bergson también ha señalado que al realizarnos perdemos la mayoría de nuestras posibilidades. No es así lo que yo siento. A los doce años me tentaban la paleontología, la astronomía, la historia, cada nueva disciplina que descubría: pero todas formaban parte de un proyecto más vasto que consistía en revelar el mundo, y al que me he aplicado. Temprano mi aventura fue alumbrada por la idea de escribir. Al comienzo yo era informe pero no múltiple. Por el contrario, me sorprende cómo la niña de tres años sobrevivió, juiciosa, en la de diez años, y ésta en la joven de veinte, y así sucesivamente. Claro que las circunstancias me han hecho evolucionar en muchos aspectos. Pero a través de todos los cambios me reconozco.

Mi ejemplo muestra de manera evidente cómo un individuo es tributario de su infancia. La mía me permitió arrancar de un buen punto de partida. Tuve la suerte de que ningún accidente quebrara el desenvolvimiento de mi vida; y la de que el azar me fuera excepcionalmente favorable, poniéndome a Sartre en el camino. Empleé la libertad en mantener mis proyectos originales; para seguir fiel a éstos, recurrí a constantes invenciones, a través de variadas circunstancias. Éstas a veces tomaron la apariencia de una decisión, pero que siempre me pareció obvia; nunca tuve que *deliberar* a propósito de cosas importantes. Mi vida fue, a la vez que la realización de un proyecto original, el producto y la expresión del mundo en el cual se desarrollaba, y por eso, cuando la conté, pude hablar de otras cosas.

¿En qué estoy ahora? ¿Qué novedades me depararon los diez últimos años vividos? Es lo que voy a intentar puntualizar.

Lo primero que me llama la atención, considerando los diez años transcurridos desde que terminé *La fuerza de las cosas*, es no tener la impresión de haber envejecido. Entre 1958 y 1962 tuve conciencia de haber franqueado una línea. Hoy está detrás de mí y tomé partido por mí. Quizás una enfermedad o achaques me llevarán a franquear otra;

sé las amenazas que encierra el futuro, pero no estoy obsesionada por ellas. Provisionalmente, el tiempo se ha detenido: tener sesenta y tres o cincuenta y tres años no difiere mayormente a mis ojos, mientras que a los cincuenta y tres me sentía a asombrosa distancia de mis cuarenta y tres. Hoy me preocupo poco de mi aspecto físico: me cuido por consideración a los que tengo cerca. Estoy instalada en la vejez. Como todos soy incapaz de experimentarla en lo interior: la edad no es objetivable. Teniendo buena salud, el cuerpo no me da ningún indicio de ella. Tengo sesenta y tres años, pero esta verdad me es extraña.

Mi vida no ha cambiado desde 1962. Depende estrechamente del mismo pasado, que define mi situación actual y su apertura hacia el futuro. Es el dato a partir del cual me proyecto y que debo sobrepasar. Provienen de él los mecanismos montados en mi cuerpo, los instrumentos culturales que utilizo, mi saber, mis ignorancias, mis gustos, mis intereses, mis relaciones con otros, mis obligaciones, mis ocupaciones. ¿En qué medida esta recuperación de mi historia por el práctico-inerte es una limitación y una violencia? ¿Qué espacio le deja a mi libertad?

Antes lo dije: el práctico-inerte soporta exigencias. En el diálogo frecuente entre amantes: «No *puedo* hacerle eso», «di que no *quieres*», es el primer interlocutor el que tiene razón. No siempre se puede querer lo que se querría: sería renegar de uno mismo. Por eso los seres cuya vida está *hecha* suelen vivirla a contrapelo, encerrados en un hogar del que sueñan con evadirse o en una tarea que ha dejado de interesarles. Si la ruptura con el pasado es a la vez violentamente deseada y rigurosamente prohibida ocurre que el individuo se ve llevado al suicidio. Tal fue el caso de Leiris, como lo describe en *Fibrilles*: no podía traicionar a la compañera de toda su vida, ni renunciar a la mujer que acababa de abrirle nuevos horizontes. Realizar una acción que desgarrará a los mismos seres queridos a los que se quiere preservar, parece un acto absurdo. Pero el absurdo es en esos casos la única salida; quebrar el universo de lo racional con una violencia ciega, es, a falta de una solución, una escapatoria radical. Se llega rara vez a esos extremos, pero se padece muy a menudo en la resignación o en la rebeldía el peso de compromisos antiguos. En cuanto a *mí* puedo decir que no lo he padecido. Nunca me gustó fastidiarme y poco a poco he logrado desembarazarme de todas las obligaciones desagradables. Vivir sin tiempo muerto fue uno de los eslóganes de Mayo que más me emocio-

naron porque lo tengo adoptado desde mi infancia. Mis jornadas de hoy prolongan en parte las de antes; pero con mi total consentimiento. Vivo en el mismo lugar desde hace quince años. Como mudarme me plantea problemas, hay en esta estabilidad cierto grado de inercia. Pero tampoco imagino un apartamento más conveniente; éste es rico en recuerdos que le dan a mis ojos un encanto inestimable; y elijo quedarme, deliberadamente. El pasado me habita y me rodea. Pero no me vuelvo hacia él más a menudo que antes. Siempre me gustó evocar recuerdos comunes con Sartre, con mi hermana, con amigos. Algunos, que me pertenecen a mí sola, me son preciosos, a pesar de su pobreza estereotipada, porque guardo emociones vivas que aún los animan. Es una suerte haber experimentado sentimientos duraderos: los momentos que antes viví con intensidad no eran engaños; habiéndose realizado el porvenir que me prometían, guardaron todo su precio. En una vida quebrada por rupturas, volverse hacia atrás no debe tener la misma dulzura. Si conservo con alguien lazos idénticos a los de antes, o algo distintos pero igualmente calurosos, todas las experiencias que se han pasado juntos refluyen sobre las antiguas imágenes, dándoles peso y confirmando su sentido. El pasado a veces me atrae de otro modo: cuando reconozco lugares amados. Cuando cuente mis viajes diré la importancia que esas confrontaciones tienen para mí.

Ni esclava de mi pasado ni obsesionada por él, no tengo una visión demasiado nítida de los cambios que se producen a mi alrededor, ni puedo experimentar en vivo el paso del tiempo. Cuando vuelvo a un país no visitado durante muchos años, las diferencias me saltan a la vista; pero más que una transformación creo registrar la brutal sustitución de un decorado por otro. En cambio, cuando observo día a día los distintos momentos de una evolución, me adapto tan bien, que la paso por alto. Desde mi ventana, desde la de Sartre veo alzarse grandes edificios que hace diez años no existían. Cuando comenzaron a ser construidos no alteraban el paisaje, y al terminarse me olvido de ellos.

Desde ese punto de vista, la Historia no es menos desilusionante. A medida que el presente se afirma, los momentos anteriores se hunden en la noche. Arrastrados hacia el futuro tenemos muy pocas veces ocio como para volvernos hacia atrás. Sin embargo, una vez me vi devuelta al pasado. Todos los años los abogados jóvenes, para ejercitarse en la elocuencia, montan solemnemente un falso proceso en el Palacio de Justicia. En abril de 1967, juzgaron a Frantz, el héroe de *Los secues-*

traidor de Altona. ¿Había que absolver a ese ser inicuo?, ¿condenarlo a muerte o a una pena menos grave? Muchos oradores hablaron muy bien. El fiscal pronunció un alegato sumamente violento contra la tortura; no puede haber piedad contra los que la emplearon, es necesario aniquilarlos. Fue en ese mismo Palacio donde algunos años antes, en el proceso Ben Sadok, los abogados que asistieron a la audiencia se indignaron porque los testigos denunciaban las torturas. Hoy ya se perdió el recuerdo de esos horrores hasta el punto de fustigarlos públicamente. La independencia de Argelia ha sido reivindicada como un éxito gaullista, aunque durante tres años De Gaulle mantuvo la guerra y encubrió a los torturadores. Para mí, la guerra de Argelia resurgía gritando justamente a causa del silencio con el cual se la había enterrado antes.

Lo que, al reflexionar, me indica fehacientemente mi número de años, es la transformación que para mí ha experimentado la escala de la edad. No sitúo en ella a mis próximos. En la percepción del espacio —esto está claramente demostrado por la teoría de las formas— la perspectiva no cuenta: la amiga que veo a distancia no ha disminuido de altura, a veinte metros sigue teniendo 1,60 m. A través de los años sigue idéntica a sí misma. Ya sabemos que en el tiempo y en el espacio es necesaria una circunstancia insólita para que Proust vea a una anciana en el lugar de su abuela. Cuando se trata de ralaciones lejanas o extranjeras, las cosas suceden de otro modo. Les atribuyo una edad, pero ésta no tuvo el mismo valor en todas las épocas de mi vida. Tomaré sólo un ejemplo: mi visión de la mujer de cuarenta años.

De niña, clasificaba a los adultos someramente por generaciones: la de mis padres —los grandes—; la de mis abuelos —los mayores—; y una especie de fenómenos bastante repugnantes, los viejos, asimilados a los enfermos y a los achacosos. A los cuarenta años se era una persona bastante anciana. A los veinte años, los cuarentones me parecían novelescos; tenían una vida detrás de sí, una personalidad definida; soñaba con la mujer rica de experiencia y más o menos marchita que llegaría a ser un día. Pero me parecía fuera de lugar que a esa edad se pretendiera tener relaciones amorosas o aun flirtear. En una fiesta del Atelier, a los veinte años, consideraba a todas esas criaturas todavía «bien conservadas» como «viejos pellejos». Todavía a los treinta y cinco años me molestaba que los mayores aludieran en mi presencia a sus problemas conyugales. Llega un momento en que hay que tener la decencia de renunciar, pensaba.

Tenía cuarenta años cuando recorrí el Mississippi con Algren, y me sentía muy joven. Tenía cuarenta y cuatro cuando conocí a Lanzmann, y no me sentía vieja. Fue después de los cincuenta cuando me pareció franquear una línea, como ya dije. Cuarenta años representaban una joven madurez, todavía rica de esperanzas; comprendí a una heroína de Colette que decía con nostalgia: «Ya no tengo cuarenta años para conmoverme delante de una rosa que se marchita.»[5] Y días pasados, hablando con una mujer de cuarenta y cinco años, fresca y vivaz, me parecía tan joven como cuando –veinte años antes– la había visto por primera vez. Como se aplastan los relieves, vistos desde lo alto de una montaña, las diferencias de edad se atenúan o se anulan hoy a mis ojos. Existen los jóvenes, luego los adultos, alrededor de los cincuenta, y luego la gente de edad, los grandes ancianos, que ya no me parecen tan distantes.

Pero hay un signo de vejez muy evidente, y con el cual choco a cada paso, y es mi relación con el futuro. Cuando se hacen reportajes a personas de edad, y señalan, al margen de cierto optimismo obligado, los inconvenientes de la vejez, siempre me asombra que no aludan a este achicamiento del futuro del que tan bien ha hablado Leiris en *Fibrilles*. Pero es verdad que algunos no lo experimentan. Mi amiga Olga me decía: «Siempre viví en el instante y en la eternidad, sin creer en el futuro. Por tanto, lo mismo me da veinte o cincuenta años.» A otros, la vida les pesa: la brevedad del futuro se les hace más llevadera. Mi caso es diferente; viví inclinada hacia el porvenir; tendía alegremente al encuentro de la mujer que me aguardaba, ávida, porque en cada conquista presentía un recuerdo que no se marchitaría nunca. Todavía puedo entregarme con ardor a proyectos cortos –un viaje, una lectura, un encuentro– pero el gran impulso que me empujaba hacia adelante se ha detenido. Como decía Chateaubriand, estoy llegando al límite y no puedo permitirme grandes zancadas. Digo a menudo: hace treinta, hace cuarenta años. No me atrevería a decir: dentro de treinta años. Ese corto futuro está cerrado. Experimento mi finitud. Aunque pueda enriquecerse con dos o tres libros más, mi obra será lo que ya es.

Sin embargo, mi mundo no ha dejado de crecer. Ya hablé de ese fenómeno al referirme a la posguerra, y ha seguido amplificándose. La incidencia de los hechos exteriores sobre mi historia disminuye: los

5. Cito de memoria.

acontecimientos se producen en su seno y la cuota de azar está casi reducida a cero. La mayor parte de la nueva gente que conocí me escribió porque le gustaban mis libros: las relaciones creadas las provoqué yo devolviendo mi respuesta. Como mi vida se ensancha cada vez más en el mundo, se vuelve el campo de numerosas convergencias: eso explica la multiplicación de coincidencias que vengo observando. Lo aburrido de las novelas, dice J. B. Pontalis, es que las mismas personas se encuentran siempre entre ellas. Es cierto. Y en la realidad pasa algo parecido. Una mujer de cuarenta años con la que mantengo una relación amistosa se casa con un hombre que conocí en casa de Mlle. Lemaire cuando él tenía dieciséis años. Violette Leduc sale a veces con uno de los dos homosexuales con quienes Lise estaba vinculada. Podría citar muchos otros ejemplos. Eso proviene de la cantidad de personas que he terminado por conocer y de la exigüidad del círculo de intelectuales al cual pertenezco.

Por su ritmo, por la naturaleza de mis ocupaciones y de mis relaciones, mis días se parecen, pero no creo que mi vida esté estancada. La repetición es un fondo en el que se inscriben perpetuas novedades. Leo a diario, pero no el mismo libro. Escribo a diario, pero la escritura me plantea sin cesar problemas imprevistos. Y sigo con un interés ansioso el desarrollo de acontecimientos que no se repiten nunca y que pertenecen hoy a mi propia historia.

Una de las ventajas de la edad es que me permite registrar, en su continuidad y en sus desarrollos imprevistos, la curva de ciertas vidas. Muchas me sorprenden. Nunca habría supuesto que la «turbadora» del Flore, bella y trastornada, se convertiría con el tiempo en una mujer de negocios competente, ni que aquella otra, negligente y un poco huraña, llegaría a ser la mejor especialista francesa en Kafka; ni que el bello Nico, en su madurez, haría tan buenas películas. Tampoco imaginé que Paulhan, tan inconformista, tan indiferente, al parecer, a los honores, se endosaría el traje de académico. Ni que el autor de *L'Espoir* aceptaría un ministerio en una Francia tecnocrática unida amistosamente a Franco. Esas evoluciones me asombraron porque las percibí desde fuera; no sabía sobre qué fondo se inscribían mis datos relativos a esas mujeres y esos hombres; ignoraba todo acerca de su infancia, llave de toda existencia.

Con mis amigos todo es distinto. Estoy bastante bien informa-

Escaneado con CamScanner

da de su pasado, de sus raíces, de su apertura al mundo y de sus posibilidades; si les suceden acontecimientos notables, suelen ser más o menos previsibles, y no me parece que éstos los cambien. A decir verdad, para que me lo parecieran, sería necesario que tomara distancia respecto a ellos, cosa que habitualmente no hago; vivo con los míos en transparente complicidad. Para que los mire desde fuera, viendo lo que tengan de opaco, es necesario que durante un momento algo se desequilibre en nuestras relaciones; que se muestren por debajo, o por encima, o diferentes de lo esperado. Pero pronto esta distancia se esfuma.

En la medida en que se pliegan al curso de las cosas, o en que afrontan situaciones inéditas, evolucionan. Pueden darse entre ellos revisiones, crisis, rupturas, compromisos nuevos. Lo he visto en Sartre, Leiris, Genet, Giacometti y tantos otros, pero sin que dejaran de ser fieles a sí mismos. No he visto que se metamorfosearan bajo mis ojos.

He podido comprobar también una gran estabilidad en el carácter de la gente, en el conjunto de sus reacciones en circunstancias análogas. El paso de los años produce modificaciones en la situación del individuo, y sus conductas se ven afectadas. He visto adolescentes sombrías o timoratas convertirse en jóvenes mujeres expansivas. Vi alterarse el humor de Giacometti a causa de su enfermedad y de su inmensa fatiga. Asistí a las espectaculares degradaciones de Lise y de Camille. Pero en general un hombre o una mujer, acomodados en su madurez, permanecen semejantes a sí mismos. Y a veces se repiten creyéndose diferentes. Gorz, que en *Le Traître* denuncia sus gruñidos, sigue gruñendo.

Aunque pretenda lo contrario, ningún hombre aspira a ser distinto de lo que es, dado que para todo individuo, ser es hacerse ser. Retrospectivamente puede condenar alguno de sus comportamientos, sin que eso lo lleve a variarlos. Amiel, en su *Diario,* no deja de lamentar su pereza; pretende combatirla y sigue inmerso en ella. En los hechos, elige ser ese perezoso que gime por su pereza. Eso no significa que todos se complazcan en sí mismos. Ya vimos que el que no ha sido querido en la infancia y ha adoptado el punto de vista de sus padres, crea una imagen poco grata de sí, de la que nunca podrá liberarse. Seguirá segregándola y aceptándola aunque sufra. Esta adhesión ontológica les permite a algunos reivindicar orgullosamente rasgos

Escaneado con CamScanner

que me parecen taras inconfesables: «Tengo respeto por el dinero, y no lo derrocho... Las preocupaciones de la gente que conozco me divierten... No soy de esas histéricas que quieren saber la verdad a toda costa.» En seguida pienso: es un avaro; es un hombre malo; es una mujer que se engaña. Pero ellos rechazarían esas definiciones. Es casi imposible convencer a los demás de defectos que nos parecen evidentes; los aceptan porque su sistema de valores no coincide con el nuestro, y nuestra crítica les resbala. Fernande Picasso decía: «Si en la calle no se ríen cuando paso, sospecho que mi sombrero no es elegante.» Los mirones que creían humillarla sólo confirmaban el sentimiento de su elegancia.

También yo practico esa aceptación de mí misma. Analizando mi escritura una amiga grafóloga hizo un retrato que juzgué halagador. «Le gusta porque usted elige ser como es —me dijo—, pero podría tomarse en sentido negativo.» En efecto, podemos llamar voluntad, tenacidad, perseverancia a mi modo de concentrarme en el trabajo y de llevar a cabo mis proyectos. También podría verse en ello un empecinamiento ciego, una tozudez limitada. Mis deseos de conocimiento, ¿traducen un espíritu abierto o una curiosidad frívola? Me acepto sin reticencia. Me divierte «reconocerme». En una época exploré el mundo musical tan metódicamente como antes los paisajes de Provence: aunque me di cuenta de ello no pude atenuar mi encarnizamiento maniático. Lo que dije a propósito de otros vale también para mí: es difícil herirme. Si son injustificadas, las críticas y las injurias no me rozan. Si son fundadas, las tomo como si fueran cumplidos. Que me traten de intelectual o de feminista no me molesta; acepto lo que soy.

Uno de los sentidos de la paranoia consiste en no querer abandonar la posición de sujeto, de la que todos participamos en mayor o menor grado, ciegos a nuestra presencia inerte en el mundo del otro. Sucede a veces que un incidente destruye mi transparente familiaridad conmigo misma. Mis allegados me señalan frases que he dicho, gestos que no he notado; los he realizado sin sospecharlo y esta comprobación me desconcierta. O me reprochan una conducta de la que he sido consciente, pero sin darme cuenta de que era inadecuada. O me señalan un rasgo de carácter al cual no le había concedido atención: «Prefieres quedar desbordada por las cosas a dominarlas —me dice, por ejemplo, una amiga—. Pareces creer que eso es lo na-

tural; y no.» En efecto, mi manera de pensar, de sentir, de actuar es natural a mis ojos. Me cuesta admitir que lo es sólo a mis ojos.

Sin embargo, me parece fascinante verme desde fuera. Algunos tests me ponen en presencia de esa realidad en que consisto y que se me escapa. Me sometí al test de Rorschach. Cuando la psicóloga me comunicó el resultado, caí en lo fantástico: como si consultara a una vidente que me estuviera diciendo la verdad. No me comunicaba nada nuevo. Pero me asombré de haberme revelado sin quererlo, y de encontrarme fuera como proyectante y como proyectada. Otra experiencia turbadora es la de leer el relato que un interlocutor hace de su diálogo conmigo; aunque cada detalle sea exacto, la sustitución de mi punto de vista por el suyo me desconcierta; él tenía un rostro, yo no; ahora él lo ha perdido, y yo he ganado uno. Transmite mis palabras en la medida en que han sido entendidas por él. Sé que ese retorno se produce cada vez que hablo con alguien. En general soy bastante indiferente a las imágenes que se crean de mí, contradictorias y a menudo inconsistentes. Con todo, me emociona bastante enfrentarme en carne y hueso al público. Siento que me transformo en un objeto, no sé cuál, ante conciencias extrañas, y eso me intimida durante un momento.

La vana y por lo demás imposible empresa de construir una imagen de mí misma no me interesa. Desearía en cambio hacerme una idea de mi situación en el mundo. ¿Qué significa ser mujer, francesa, y escritora de sesenta y cuatro años en 1972? Para entenderlo, tendría que saber primero qué representa históricamente el momento que estoy viviendo. ¿Es la víspera de una guerra, o de grandes revoluciones que liquidarán el sistema? ¿Verán los jóvenes de hoy la llegada de un verdadero socialismo, o el triunfo de una tecnocracia que perpetuará el capitalismo, o una forma de sociedad diferente de todo lo que puedo imaginar? Esas preguntas no tendrán respuesta; el sentido de mi época es oscuro para mí y eso ayuda a oscurecer el de mi existencia individual.

De joven, imaginaba mi vida como una experiencia excepcionalmente afortunada de la condición humana.[6] Sé desde hace mucho que

6. «Me parecía confusamente que en cuanto un objeto se integraba a mi historia gozaba de una luz privilegiada. Un país era virgen de toda mirada hasta que no lo había visto con mis ojos» (*La plenitud de la vida*).

Escaneado con CamScanner

no es así. No compartí la suerte de la inmensa mayoría de los hombres: la explotación, la opresión y la miseria. Soy una privilegiada. Si me comparo con otros que también lo son, no envidio a ninguno de ellos, pero reconozco que no tienen nada que envidiarme. Tuve durante mucho tiempo un sentimiento de superioridad con respecto a los siglos pasados. Cuando en la biografía de un escritor de antes encontraba indicadas sus lecturas, solía sentir cierto malestar: ¡en ciencia, historia, psicología, las obras que estudiaba estaban tan superadas! En parte, gracias a él, pero ese atraso lo desvalorizaba ante mis ojos. Ahora me arrepiento. Sin ceder al vértigo futurista que gana a mis contemporáneos, admito que la posteridad lleva sobre mí muchas ventajas. Conocerá mi época, aún desconocida. Sabrá gran cantidad de cosas que yo ignoro. Mi cultura y mi visión del mundo le parecerán periclitadas. Fuera de algunas obras de arte que resisten los siglos, desdeñará los alimentos que me han nutrido.

Sin embargo, Stendhal, asistiendo en el Corso a las carreras de caballos, nada tiene que envidiar al turista que recorre hoy la misma calle afeada y trivializada. Cada período de la historia es un absoluto que ningún criterio universal permite confrontar con otros. Los diversos destinos humanos no se rechazan entre sí. Las riquezas futuras no me empobrecen.

No; pero relativizan mi situación. Perdí definitivamente la ilusión pueril de creerme centro absoluto del universo.

Me quedan otras. Tengo el afán de recuperar mi vida; de reanimar los recuerdos olvidados —releer, rever, completar conocimientos inconclusos, colmar lagunas, elucidar puntos oscuros, reunir lo disperso, como si tuviera que llegar un momento en el que mi experiencia se totalizara, y como si fuera importante que esta totalización se hiciera. Algunos primitivos imaginan que después de su muerte permanecerán eternamente tal como eran cuando ésta los alcanzó, jóvenes o viejos, robustos o decrépitos. Actúo como si mi experiencia fuera a perpetuarse más allá de la tumba, tal como yo hubiera logrado reconquistarla en mis últimos años. Bien sé, sin embargo, que «no me la llevaré conmigo», que me moriré por completo.

Eso me preocupa menos que antes. Ya no siento la angustia de la muerte, tan profunda en mi juventud; renuncié a rebelarme contra ella. Freud escribía a propósito del dolor físico: «Podríamos decir de él que es innoble, si alguien asumiera la responsabilidad.» Lo mismo po-

dría decirse de la muerte: el vacío del cielo desarma toda cólera. Mi indignación sólo se vuelve en contra de los males fomentados por los hombres. Pero tengo presente la idea de mi fin. Bajo mis pies se prolonga un camino que viene de la noche, y que delante de mí se precipita; ya he recorrido sus tres cuartas partes y me queda poco por recorrer. A veces la imagen es inmóvil; a veces una alfombra corrediza que me arrastra hacia el abismo. La última vez que vi un ataúd resbalar hacia su tumba —el de Mme. Mancy— pensé, con centelleante evidencia: pronto seré yo. Por la noche ya no tengo esas consoladoras pesadillas en las que más allá de la muerte una voz hablaba todavía para decir: «Estoy muerta.» Pero me ocurre despertarme bañada en una ansiedad confusa: tengo en mis huesos el gusto de la nada.

La nada: si bien esta idea ya no me trastorna, tampoco me acostumbro a ella. Me dicen: «¿Por qué temerla? Antes del nacimiento también era la nada.» La analogía es falaz. No sólo porque el conocimiento ilumina en parte el pasado, mientras que las tinieblas me ocultan el futuro; sino porque no es la nada lo que repugna, sino el aniquilarse. La unión entre la existencia —consciente y trascendente— y la vida, en el sentido biológico de la palabra, siempre me ha sumido en la perplejidad, porque encuentro aberrante pretender disociar una de la otra. La existencia tiende indefinidamente al porvenir, al que va creando en ese mismo movimiento; y le resulta escandaloso tropezar contra la extinción de la vida. Cuando la provoca ella misma —en los muertos heroicos o en los suicidas— el escándalo queda, en cierto sentido, anulado. Pero nada me parece más horrible que morir en plena salud sin haberlo querido. La vejez y la enfermedad, disminuyendo nuestras fuerzas, ayudan muy a menudo a asimilar la idea del fin.

A veces me asombro: hay más diferencia entre ese cuerpo y mi cadáver que entre el cuerpo de mis veinte años y el de hoy, todavía vivo y cálido. Sin embargo, cuarenta y cuatro años me separan de mis veinte, y muchos menos de mi tumba.

Pensar que mi cuerpo me ha de sobrevivir crea extrañas relaciones entre mi cuerpo y yo. ¿La semiindiferencia que compruebo con respecto a mi muerte provendrá de que la decrepitud todavía me parece lejana? ¿O estoy menos ligada que antes a la vida? La verdadera razón puede estar en otro lado: si me extingo dentro de quince o veinte años, la que morirá será una mujer muy anciana. No puedo conmoverme por la muerte de esta octogenaria, no deseo sobrevivirme en

Escaneado con CamScanner

ella. Lo único doloroso de esa partida será la pena que infligiré a algunas personas, precisamente aquellas cuya felicidad me es más necesaria.

Mis relaciones con otros –mis afectos, mis amistades– ocupan el lugar más importante en mi existencia. Muchas de esas relaciones son antiguas. Mis lazos con Sartre o con mi hermana no han cambiado. Sigo viendo con frecuencia a Olga, a Bost, a Lanzmann, a Bianca, a Violette Leduc. Menos pero con regularidad a Pouillon, a Gorz, a Gisèle Halimi, a Gégé, a Ellen Wright, a algunos más. La divergencia de nuestras ocupaciones nos ha llevado a relaciones espaciadas con algunos amigos; pero no por eso Michel Leiris o Jean Genet, cuyas actividades sigo con atención, existen menos para mí.

Tampoco en ese dominio la permanencia significa estancamiento: si veo a las mismas personas es para compartir con ellas la perpetua novedad del mundo. Reflexionamos juntos sobre los temas que nos interesan, compartiendo los datos de que disponemos. Porque nuestras referencias, nuestros proyectos, nuestros valores y nuestros fines coinciden, nuestras divergencias de opinión tienen sentido; cada uno ilumina un perfil diferente de los objetos en discusión: acontecimientos, libros, películas. También saco provecho de la conversación con aquellos cuyas coordenadas difieren de las mías, a condición de que nos pongamos de acuerdo sobre puntos que considero esenciales. Así nació mi amistad con Lena, en la U.R.S.S., y con Tomiko, en Japón.[7] Ambas reflejaban desde una perspectiva distinta un mundo abordado sin embargo con las mismas exigencias, y a mí me enriquecía verlo a través de sus ojos. En cambio me parece inútil hablar con aquellos cuyas actitudes difieren radicalmente de las mías: las palabras no tienen el mismo sentido para ellos que para mí y no nos permiten encontrarnos. Además no puedo perder tiempo con indiferentes. Prefiero consagrarle más a mis allegados. He puesto tanto interés en su vida que sus proyectos, sus éxitos, sus fracasos son los míos. Leo con gran atención los artículos o los libros que escriben, participo en lo que les

7. Ver págs. 243 y 246.

Escaneado con CamScanner

ocurre. En cierto modo mi existencia abarca la de ellos y se enriquece con ella.

La de Sartre forma parte estrechamente de la mía. Vive a cinco minutos de casa, en el bulevar Raspail; desde su escritorio, situado en un décimo piso, se tiene una inmensa vista de París, con el cementerio Montparnasse en primer plano; trabajo todas las tardes con él, y al anochecer contemplo asombrosas puestas de sol. Pasamos las veladas en mi estudio. Ya se sabe cuáles han sido sus actividades desde 1962, y no voy a hablar aquí de ellas. Sólo aludiré a un episodio: el del premio Nobel.

A comienzos del otoño de 1964, un filósofo italiano, Pace, con el cual Sartre discutió a menudo, le escribió pidiéndole que le transmitiera el discurso que iba a pronunciar con motivo del Nobel. ¿Entonces se planteaba la posibilidad de que este año se lo concedieran? Nos enteramos de que sí. Se inclinaba a rehusarlo, y yo lo animaba en ese sentido. Amigos maduros lo animaban a que se presentara, pero los estudiantes a quienes se lo planteé se sobresaltaron: ¡qué decepción para los jóvenes si se dejaba coronar!

Sartre había tomado su decisión. Con su orgulloso horror de los «honores» no estaba dispuesto a hacer el ridículo en Estocolmo. ¿Quiénes eran esos académicos que se permitían elegirlo? Sus elecciones tenían un color político; el premio nunca había recaído sobre un comunista. Si Sartre lo hubiera sido hubiera podido aceptarlo, porque la Academia sueca en ese caso hubiera dado una muestra de imparcialidad; pero no lo era, y darle el premio no significaba aceptar sus posiciones políticas, sino que podían ser desdeñadas: no tenía intenciones de dejarse recuperar. Envió una carta muy educada a la Academia rogándole que no le otorgara un premio que tendría que rechazar.

No la tuvieron en cuenta. Estábamos a punto de almorzar en una cervecería del barrio cuando un periodista —que sin duda nos había estado acechando— nos dio la noticia. Sartre decidió explicar su rechazo a un periodista sueco, con el que nos encontramos en el *Mercure de France* por intermedio de Claude Gallimard. En esta declaración, que un representante de su editor leyó en Estocolmo y que fue reproducida en varios periódicos, recordaba que siempre había declinado las distinciones oficiales por pensar que el escritor no debe dejarse convertir en institución; lamentaba además que el premio Nobel estu-

viera reservado «a los escritores del Oeste y a los rebeldes del Este».[8]

Sartre no quería hablar con la prensa hasta que ese texto hubiera sido comunicado a la Academia sueca. Vino a verme a las cinco, y su madre –que vivía muy cerca de él– nos telefoneó que una muchedumbre de periodistas lo esperaba delante de su casa. Algunos adivinaron que se había refugiado en la mía, y llamaron a la puerta hasta las dos de la mañana. Para que nos dejaran en paz, Sartre salió y se dejó fotografiar, pero sólo dijo unas palabras.

Desde la mañana había fotógrafos en la calle y un móvil de la televisión. Al salir lo pescaron. Los periodistas y los técnicos de la televisión lo persiguieron hasta su casa. Delante de la puerta terminó por contestar: «No tengo ganas de que me entierren.» Por la tarde, la dueña de la charcutería vecina me dijo compadecida: «¡Pobre señor Sartre! Hace dos años era la O.A.S., ahora el Nobel. ¡Nunca lo van a dejar tranquilo!»

Como es natural, la prensa acusó a Sartre de haber montado todo el asunto buscando la publicidad. Insinuó que había rehusado el premio porque Camus lo había recibido antes que él; o porque yo habría estado celosa. O que es necesario ser muy rico para permitirse escupir sobre veintiséis millones. Lo que más lo desconcertó fueron los escritores, que le pidieron que cobrara el premio y les diera una parte, o todo, incluso un poco más: lo utilizarían para proteger a los animales, para salvar cierta especie de árboles, para sentar las bases de un comercio, para reparar una granja, para permitirse un viaje. Aceptaban todos los principios del capitalismo; las grandes fortunas establecidas no los escandalizaban, ni que Mauriac hubiera destinado el importe del premio a hacerse instalar un baño; pero que Sartre desdeñara una suma semejante los frustraba.

Un poco antes, Sartre había publicado *Las palabras,* obra esbozada desde hacía tiempo con el nombre de *Jean sans terre.* Nunca descubro sus libros con frescura, porque leo antes los borradores. Sin embargo, al cabo de dos o tres años me parecen nuevos. Éste me pareció a la vez familiar y extraño. Conocía esta infancia y los seres que estuvieron mezclados en ella. Pero ignoraba –como el propio autor antes de con-

8. Sartre precisaba: se lo dieron a Pasternak, no a Sholojov. La frase no fue entendida por los amigos que tenemos en la U.R.S.S. Creyeron que Sartre abandonaba el campo «liberal» por el campo «stalinista».

tarlo por escrito– su distancia actual con relación a esos lejanos tiempos. Al hablar de sí, vuelta a vuelta y simultáneamente en pasado y en presente, crea, a través de la invención del lenguaje, esa relación entre el adulto y el niño que da originalidad y valor al relato. Registré en vivo el paso de una historia contingente a la intemporal necesidad de un texto. Vi cómo un individuo de carne y hueso era sustituido por el personaje imaginario –el vampiro– que guía la mano del escritor. No sé cuántas veces leí *L'Idiot de la famille*, en desorden, a grandes trozos, comentándolo y discutiéndolo con Sartre. Lo releí en Roma, en el verano del 71, de la primera a la última página, durante horas, sin interrupción. Ningún libro de Sartre me ha parecido tan delicioso. Es una novela de suspense, una investigación policial que arriba a la solución de este enigma: ¿cómo se hizo Flaubert? El autor explora más libre y más alegremente que nunca los dominios que le interesan: lo que un hombre le debe a su infancia, a su época; cuál es la relación entre su discurso y su experiencia vivida; qué es el lenguaje, el arte, lo cómico. Habría que dedicar páginas nada más que a la enumeración de los temas. Tan seria y sólida como *La Critique*, esta obra tiene al mismo tiempo el encanto de su desenvoltura. Sartre se ha divertido visiblemente escribiéndola, y si el lector hace el esfuerzo de seguirlo, se divierte con él.

Mi hermana ya no vive en París. Su marido forma parte ahora del Consejo europeo con sede en Estrasburgo; compraron en un pueblo una vieja granja alsaciana que transformaron en una confortable y encantadora residencia. Desde la mañana hasta la noche, aun en invierno, que allí es muy frío, se encierra en su taller y pinta. Ha rehusado siempre tanto las obligaciones de la pintura imitativa como las arideces de la abstracción; ha ido encontrando un equilibrio cada vez más sabio entre las invenciones formales y las referencias a la realidad. No vi sus exposiciones de La Haya, de Tokio, que tuvieron mucho éxito. Pero me gustaron mucho los cuadros, inspirados en Venecia, que presentó en París en el 63, y aún más el conjunto en el cual evocaba las fiestas y las tragedias de Mayo del 68. Desde hace años hace excelentes grabados, y tuvieron un éxito especial sus ilustraciones para *La mujer rota*, expuestas junto a sutiles acuarelas. Recientemente inventó una interesante técnica de pintura sobre altuglass y poliéster, pero sin abandonar la pintura al óleo. Puede llevar adelante sus actividades porque nunca toma vacaciones. En el verano, en Italia, en su casa de

Trebiano, trabaja en un gran taller soleado. Nos encontramos bastante a menudo en París y a veces voy a su casa a ver los últimos cuadros y las rosas de su jardín.

La más antigua de mis amistades, la que me ligaba a Stépha, no había resistido nuestra larga separación: la vi renacer con gran alegría.

Stépha y Fernand se habían ido a Estados Unidos al comienzo de la guerra y se instalaron en Nueva York. Él siguió pintando, ella había realizado distintas tareas. Hacía mucho que no los veía cuando llamé a su puerta en 1947. Me abrió Fernand, que no había cambiado mucho. Al entrar en su cuarto, Stépha quedó tan conmovida que se cayó del diván en el que estaba tendida. Durante esa estadía pasé mucho tiempo con ellos. Los volví a ver brevemente en el 48 y en el 50, cuando atravesé Nueva York para ir a Chicago. Luego se instalaron como profesores en una pequeña ciudad de Vermont. Como ni Stépha ni yo estábamos muy dotadas para las relaciones epistolares, dejamos que el silencio se instalara entre nosotras. En el 65, al ir a Austria para ver a su madre, se detuvo en París; yo estaba en la U.R.S.S. y ella se enojó bastante injustamente por mi ausencia. Aunque mi hermana salió en mi defensa, Stépha se obstinó: «No, si no vale la pena insistir cuando uno ya no le interesa a la gente.»

Sin embargo, al aparecer *La mujer rota*, le envié un ejemplar dedicado. Me escribió agradeciéndomelo y anunciándome que estaría en París en la primavera del 69.

Nos citamos en casa por teléfono; ella vivía en la de su cuñado, a menos de cien metros. Esperé su timbrazo con un poco de aprensión. ¿Iba a encontrar a la Stépha de mis veinte años, envejecida, o a otro ser distinto?

Abrí la puerta: en el umbral estaba una mujer vieja, pequeña, apoyada en un bastón; pero en seguida reconocí los ojos azules de Stépha, su tinte rosa, su nariz, sus pómulos, la gran boca risueña. Le dije impulsivamente: «No has cambiado.» Tenía los ojos llenos de lágrimas y nos abrazamos. «¡Qué grande que eres!», me dijo. Se había encogido bastante; yo le llevaba ahora una cabeza. Señalando desde su cabeza a su cintura dijo: «De aquí a aquí, tengo veinticinco años.» Su mano dejó su cintura y señaló sus pies: «Pero de acá a acá tengo cien.» Sufría una dura artritis y no podía caminar sin bastón. Encontró que mi rostro no tenía la misma expresión que antes.

Hablamos de Fernand, de su hijo, del cual está muy orgullosa, de su

Escaneado con CamScanner

trabajo. Ama esa tarea de profesora a la que se dedica desde hace veinte años; sus alumnos le tienen mucho respeto y cariño; aprovecha para tratar de despertar en ellos la conciencia política. «Me gustan los jóvenes», me dijo calurosamente. Era feliz en casa de su cuñado porque había tres jóvenes de veinte a treinta años, militantes de extrema izquierda. No se aburría de oírlos contar la gran aventura de Mayo.

La volví a ver muchas veces, sola o con Sartre. Andábamos despacio por el bulevar Raspail, almorzábamos en las cervecerías del barrio. La conversación era tan cómoda como si nunca nos hubiéramos separado; teníamos las mismas opiniones y los mismos gustos. Y todo le interesaba. Admiraba su vitalidad y su ánimo. Sus piernas la hacían sufrir mucho y sin embargo estaba siempre alegre. Había decidido no jubilarse, y aceptar un puesto que le habían ofrecido en Filadelfia. Pasaría sus vacaciones en Putney, cuya tranquilidad le convenía a Fernand. Pero quería seguir en contacto con los jóvenes y aprovechar las posibilidades que ofrecen las grandes ciudades.

Ha realizado ese proyecto, con las satisfacciones que preveía. Es una de las pocas personas a las que, habiéndose empeñado tanto en su actividad, la vejez no las abate; el mundo permanece poblado de intereses, de valores, de fines, hasta el término de su vida. Creo que no nos volveremos a ver. Pero para mí, que odio tanto que el pasado se me deshilache, recuperar esta amistad de juventud ha sido precioso.

Cuando me dedicaba a corregir estas pruebas, me llegó la nueva de que Violette Leduc había muerto en Faucon. Hablaré de ella, sin embargo, en el capítulo de aquellas de mis amistades que viven aún, pues durante estos diez últimos años su existencia ha estado mezclada con la mía.

Ya he dicho que, en 1955, el fracaso de *Ravages* la había dejado muy abatida. Pronto se vio en las garras de delirios incoherentes; comenzó a describirlos en *La Folie en tête.* Trozos de cuerda, fragmentos de diarios, excrementos de perro, envolturas de cigarrillos *Gauloises bleues:* la calle estaba llena de señales que una organización malévola sembraba en su camino para ridiculizarla. A pesar de los cerrojos que había hecho poner, había gente que entraba de noche en su alcoba; al despertarse, advertía que su abrigo de piel se había encogido, que había una mancha en la pared, que una foto había sido recortada

en sus ángulos. Cuando trabajaba, oía crujidos encima de su cabeza: allí arriba se escondía un espía que le leía los cuadernos. Descubría en los diarios y la radio alusiones malévolas a lo que había escrito. Yo trataba de hacerla entrar en razón sin conseguir destruir unas pruebas que ella nunca intentaba integrar en un sistema coherente. Se burlaban de ella, la odiaban, pero no sabía quién la perseguía ni por qué; apenas tenía vagas sospechas de todo. Me inquieté en serio cuando comenzó a reaccionar con violencia frente a los ataques de los que se creía víctima: insultaba a las personas que la empujaban en el metro o que la miraban de un modo raro. Conseguí que consultara con un psicoanalista; éste me dio a entender que el caso le parecía sin remedio. Una tarde del mes de noviembre de 1957, yo estaba trabajando en casa de Sartre, en la calle Bonaparte, cuando sonó el teléfono. Era Madeleine Castaing, una amiga de Violette que tiene un comercio de antigüedades en la esquina de las calles Jacob y Bonaparte. Al pasar en coche por delante de la casa de Sartre, Madeleine Castaing había visto a Violette pegada al muro, lívida, con la mirada fija; había bajado del coche y tocado en el hombro a Violette, quien había caído al suelo, dando alaridos; la había recogido en el coche y la había llevado hasta el comercio. Encontré a Violette llorando; me explicó confusamente que había estado esperando a Sartre en su puerta para quejarse de lo que había escrito sobre ella en *Les Temps modernes;* en relación con el Tintoretto, Sartre había hablado de la fealdad y Violette había entendido que era ella la atacada. Tuvo después otras varias crisis cuya intensidad terminó por asustarla. Admitió que la trataran. Conforme a los consejos de un psiquiatra, la instalé en una clínica de Versalles; a pesar de mi firme oposición, el médico la sometió a una serie de electrochoques. Luego, Violette se entregó a una cura de sueño en el establecimiento que dirige en la Vallée-aux-Loups[9] el doctor Le Savoureux; mi amiga simpatizó con él y su mujer; le agradaba pasearse por el magnífico parque. Volvió a ser capaz de una vida normal. Me había parecido tan afectada que hubo un momento en que dudé de que se curara. Uno de sus más antiguos amigos llegó a temerla tanto que había dejado de verla. Sin embargo, había en Violette algo tan robusto y una pasión tan intensa por la vida que le permitieron finalmente superar estos extravíos.

9. La antigua propiedad de Chateaubriand.

Nunca renunció totalmente a sus interpretaciones. El mundo continuó poblado de símbolos y signos que emitían unos perseguidores invisibles. Pero no se dejó vencer; volvió a su trabajo. He admirado muchas veces su valentía. Ha descrito en sus libros el cuidado que ponía en sus tareas domésticas; dedicaba horas al arreglo de sus habitaciones; hacía la compra con minuciosidad; preparaba sin prisas sus comidas. Y llenaba durante horas, con su fina letra inclinada, cuaderno tras cuaderno de papel cuadriculado. En verano, alquilaba en Faucon, en la Vaucluse, una vieja casa, bonita, pero destartalada. Iba cada mañana al bosque; colgaba de una rama la cesta con su frugal almuerzo y escribía hasta la noche. Cuando se sabe el esfuerzo que reclama afrontar una página en blanco, la tensión que exige el alineamiento de frases y el desaliento que se siente a veces, asombra una energía tan perseverante, con más razón si se tiene en cuenta que Violette se encarnizaba contra un pasado de fracasos.

Se había puesto a contar su vida. En París, cuando nos veíamos, yo releía con ella sus borradores y discutíamos juntas acerca de todo aquello. En el 64, terminó *La bastarda*, que después tuvo mucho éxito. He dicho en el prefacio lo que me gustaba en ese libro: la intrépida sinceridad de la autora, su sensibilidad a flor de piel, el arte con que mezcla la vida verdadera y la vida soñada. El éxito transformó la existencia de Violette Leduc. Hasta entonces, había estado condenada a la soledad y la pobreza; se vio de pronto rica y rodeada de amigos, unos sinceros y otros más o menos interesados. Se dejó embriagar por lo nuevo de su situación; muchas veces, sin embargo, también aquello la molestaba y encolerizaba. Trataba sobre todo a homosexuales; iba con ellos a gusto a locales de *travestis*, como *Madame Arthur* o *Carrousel;* algunos la cortejaron con insistencia; ella se dejaba querer durante algún tiempo; luego, sospechaba que se estaban burlando de ella y arremetía contra ellos con vehemencia. El lujo la fascinaba; los hombres acaudalados que, generalmente por fatuidad, mostraban interés por ella hacían que resucitara la imagen mítica de su padre; se sentía seducida por aquellos buenos modales y refinamientos. Al mismo tiempo, sin embargo, advertía los defectos de aquella gente; su cordura y su salud moral se rebelaban con violencia contra el esnobismo. Me limitaré a contar a este respecto una anécdota particularmente significativa. Violette había sido invitada a cenar por Raoul Lévy, el productor entonces célebre, en una soberbia casa de campo; estaban allí el escultor

Escaneado con CamScanner

César, escritores, artistas y amigos personales de Raoul Lévy: unas treinta personas. Tomaron todos juntos un aperitivo en el vasto comedor. De pronto, quince de los invitados se vieron sentados alrededor de una paella; el dueño de la casa y sus fornidos cenaban en la cocina. Violette Leduc se levantó, se puso la servilleta en la cintura de modo que pareciera un delantalito de criada, tomó la fuente de paella y se acercó a Raoul Lévy, que estaba de espaldas. «¿El señor quiere un poco de paella? –preguntó al modo de un criado con estilo–. ¿El señor está contento del servicio?» «¿Qué hace usted? –exclamó Raoul Lévy dando un respingo–. Si usted juega a los criados, también yo quiero hacerlo.» Muy turbado, explicó: «Ha habido aquí un error; la próxima vez seremos menos y también usted comerá en la cocina.» En más de una ocasión, Violette se apartó así del torbellino de los placeres parisienses para instalarse de nuevo en su orgullo. Se reía junto a mí de su frivolidad, pero yo comprendía que, después de tantas privaciones, le gustaba conocer los restaurantes y clubes nocturnos de moda. También le agradaban los trapos. Escribió en *Vogue* artículos sobre los grandes modistas de la época. Recobró la afición a los vestidos: con su peluca rubia, sus minifaldas y sus abrigos de última moda, resultaba muy vistosa; en la calle, sin embargo, se volvían para mirarla, porque la edad que se inscribía en su rostro contrastaba muy aguda y provocativamente con aquella silueta juvenil.

El dinero le planteaba problemas; ha dicho en sus libros lo muy apegada que era a él. Odiaba la idea de que quedara en casa de su editor el dinero que ganaba, pero, si lo retiraba de una vez, corría el riesgo de que el fisco le quitara una parte considerable de aquella cantidad; era algo que le indignaba. Aconsejada por sus amigos, llegó a una transacción. Pero, aunque se compró vestidos y se permitió algunos viajes, siguió aficionada a las economías; no quería volver a los días de semimiseria que había conocido antes de *La bastarda*. Conservó el «reducto» que ocupaba en un inmueble popular. El único gasto importante que se permitió estuvo destinado a la realización de un antiguo sueño: poseer un lugar propio en la tierra. Compró y remozó la casa de Faucon en la que solía veranear. No fue asunto fácil: anduvo a la greña con el maestro de obras y los albañiles. Le parecía a veces que la casa tenía algo maléfico. Acabó, sin embargo, por amarla. Le gustaba la hermosa vista del monte Ventoux que su ventana enmarcaba. Se apasionó por su jardín, donde hizo plantar arbustos raros y cuadros de

flores que ella misma cuidaba con amor. Aunque sorprendidos en un principio por aquellos pantalones cortos, collares, grandes sombreros de paja y afeites, los vecinos del pueblo terminaron por adoptarla. Tuvo entre ellos sinceros amigos.

En todo caso, no dejó de trabajar durante su período mundano. Escribió *La mujer del zorrito,* un largo relato que, como *La Vieille Fille et la mort,* tiene como tema básico la soledad. Con *La Folie en tête,* continuó su autobiografía. Su lectura ha sido para mí una experiencia singular. Yo conocía los acontecimientos que Violette Leduc narraba; muchas veces había estado mezclada en los sucesos o hasta había representado en ellos un importante papel; era turbador verme allí como un objeto cuando había vivido aquello como una conciencia y un sujeto.

Cansada de las salidas, las recepciones y la agitación parisiense, Violette Leduc pasó en Faucon temporadas cada vez más largas. Terminó por instalarse definitivamente allí a partir de 1969. Recobraba así las predilecciones de su infancia. Había sentido afición por los libros, la música, los cuadros, los monumentos. Pero, durante estos últimos años, la literatura y el arte dejaron casi de interesarla. Se fijaba sobre todo en el mundo real: en las personas, las cosas, los matices del cielo, los olores de la tierra. «¿Qué es lo que amo con pasión? –había escrito en *La bastarda*–. El campo, los árboles, los bosques. Mi sitio está en él, en ellos.» Había en Violette Leduc un impresionante contraste entre su vida imaginaria –llena de fantasmas y obsesiones– y su actitud frente a la realidad. Tenía miedo a la muerte; al menor malestar, al más leve escalofrío, tenía la impresión de que la vida se le escapaba. Y, sin embargo, soportó con serenidad asombrosa las dos operaciones reclamadas por la más temible de las enfermedades. La primera vez, se le dijo que el tumor que le habían extirpado era benigno; lo creyó. Yo supe la verdad y enloquecí, temerosa de una recaída y de que Violette viviera en la angustia. Poco después, tuvo que someterse a la ablación de un pecho; lo aceptó con tranquilidad. «El cirujano me ha dicho –me informó– que era un cáncer, pero un cáncer del grado cero.» Lo que la inquietaba cuando la visité en la clínica era que, al mirarse al espejo, su pelo entrecano le había parecido de un rojo vivo, lo mismo que la piel de su cráneo; no comprendía aquello. Le dije que no era más que una ilusión y protestó. «Pero ¿por qué no llamaste a la enfermera para que lo comprobara?» Reflexionó, sonrió y dijo: «Creo que, en el fondo de mi inconsciente, no lo creía.»

Me digo que la frase es muy profunda y explica el hecho de que Violette, tan frágil, fuera tan robusta. Su inconsciente era decididamente optimista y no creía en la vejez, la muerte o los delirios que ella inventaba. Cuando, en la primavera de 1972, Violette ingresó en el hospital de Aviñón, estaba convencida de que sólo sufría una crisis hepática benigna. Cuando salió de allí, me escribió diciéndome que estaba muy contenta de verse de nuevo en casa y de saber que sus males no tenían gravedad alguna. Poco tiempo después, una llamada telefónica me dijo que Violette acababa de entrar en coma; los médicos lo habían consentido, pues ya nada podían hacer por ella. Murió sin que volviera en sí, sin sufrimientos y, al parecer, sin angustia. La han enterrado, conforme a sus deseos, en el cementerio de su pueblo.

En Faucon, escribió el final de su autobiografía. Creo que pronto podrán publicarse algunos de sus pasajes. Así lo deseo, porque, en su caso, no hay modo de separar sus libros de la mujer de carne y hueso que fue el autor. Violette hizo de su vida el tema de la obra que dio a su vida un sentido.

Habría que decir otras muchas cosas sobre Violette Leduc. Lo he hecho lo mejor que he podido en el prefacio de *La bastarda*, que no he querido repetir aquí.

En *La fuerza de las cosas* hablé de algunas amistades iniciadas alrededor del 60. Fueron fortificándose: el joven marsellés que se había presentado como el «clásico inadaptado» y que durante la guerra de Argelia ayudó al F.L.N con grandes riesgos, es hoy profesor de literatura. Tuvo cargos en provincias, en La Guadalupe, en Camboya; ha contado sus experiencias en un libro.[10] Barbudo, peludo, ávido de cambios, pero muy disponible para todo lo que se le propone, sus rebeldías han guardado toda su frescura. Destinado a un liceo de los alrededores de París, trató de enseñarles a sus alumnos ante todo la libertad, lo que derivó en conflictos con la administración. En verano daba sus clases en el césped. No registraba las ausencias, no seguía el programa, estimulaba a los impugnadores. Fue suspendido, sin motivo preciso, en febrero del 72. *Le Monde* le consagró un artículo el 2 de mayo: «Sostenido por los alumnos, criticado por los padres. Un profesor insólito en el liceo de Gonesse.» Se interesaba en sus alumnos hasta el punto de que, viviendo en el recinto del liceo, les permitía instalarse

10. *La vie finira bien par commencer*, Ed. Gallimard.

en su cuarto, escuchar discos, discutir entre ellos y con él cuando querían. Naturalmente, los padres hablaron de drogas y orgías; y la federación Armand exigió su suspensión. El padre de un alumno le dijo al periodista de *Le Monde:* «No sé si usted lo vio, señor, con su zamarra de pastor. Ni siquiera se viste como un profesor.» (En realidad, usa una larga chaqueta blanca que trajo de Afganistán.)

Mi amiga canadiense, Madeleine Gobeil, renunció a la dirección teatral. Dictó cursos en una universidad de Canadá e hizo programas literarios en televisión. Ha tenido éxito con reportajes y entrevistas publicadas en los diarios de su país. Venía muy a menudo a Francia, y hoy está instalada aquí, preparando una tesis sobre Michel Leiris.

Seguí viendo a Jacqueline Ormond. Decepcionada por los sucesos de Mali se volvió a Suiza. Escribió una novela[11] inspirada en sus fantasmas personales, y comenzó otra basada en su experiencia africana. Volvió a partir a Nigeria para enseñar, pero volvió a no sentirse a gusto. Una mañana recibí un ejemplar de su segundo libro, desde Suiza. Una nota del editor me hizo saber que ella había muerto unos días antes. La novela era abrupta, pero eso no me asombró. Creo saber cómo y por qué se quitó la vida.

Al final de la guerra de Argelia recibí cartas de una asistenta social, Dénise Bréhant, que insistía en verme; mis negativas no la desanimaban: «Soy testaruda como Lise», decía, aludiendo a la antigua alumna a quien nombré así en *La fuerza de las cosas.* Comprendí que no se trataba de una curiosidad ociosa: ayudaba al F.L.N. y quería consejo sobre eso. Luego, su pequeño apartamento sirvió muchas veces de refugio a los argelinos: arriesgaba su puesto sin tener ningún otro recurso. Entramos en relación. Tenía más o menos mi edad y su vida había sido muy difícil. Era hija de campesinos que habiendo tenido una infancia dura se mostraban a la vez tan duros para con sus hijos como para con ellos mismos. La mayor se casó a los dieciocho años para escapar de ellos. El hijo se fue a pelear en España y lo mataron. A Dénise la mandaron a estudiar a Senlis. Excelente alumna, a los catorce años su maestra propuso pagarle de su bolsillo los estudios en la escuela normal. Los padres se opusieron. La hicieron trabajar primero en la granja, luego la colocaron en un garaje, en una fábrica, en casa de un farmacéutico cuya mujer era inválida; transportando a esta pesada pa-

11. *Transit,* Ed. Gallimard.

ralítica de un lado a otro, a Denise, que en ese momento tenía dieciocho años, se le desprendió un riñón. (La operaron años más tarde.) Aunque les daba a sus padres todo lo que ganaba, le pegaban por cualquier cosa. Una lesión pulmonar la tuvo un año en un sanatorio. Al salir intentó suerte en París. Se ocupó como maestra auxiliar en una familia, por siete años, durante los cuales pudo seguir cursos de francés, de historia, de literatura y leer enormemente. Se inscribió en el Ejército de Salvación y, por la noche, pedía en los restaurantes elegantes, en los clubes nocturnos; como era joven y graciosa recogía mucho dinero; en Fouquet's la dejaban entrar incluso en los reservados. El comisario de policía Chiappe, Gaby Morlay, Marie Bell, Sacha Guitry eran muy generosos; no así Jean Gabin y Raimu. Los encuentros la divertían, pero observó que los pobres no se beneficiaban. Abandonó a los salvacionistas. Al comenzar la guerra entró en la Asistencia Pública. Seguía estudiando con la esperanza de llegar a ser asistente social. «¡Hija de campesinos! ¡Nunca podrá llegar!», le dijo desdeñosamente una monitora. Pero se presentó al concurso de 1948; salió cuarta entre quinientos candidatos, con la satisfacción de obtener la nota más alta por el trabajo realizado sobre el servicio social, efectuado durante la guerra. Me contó con orgullo que había sido leído públicamente por el ministro de Salud Pública: era un buen desquite por los desdenes recibidos. Apasionada de su oficio, trabajó mucho más de las horas de servicio, ayudando de su bolsillo a los necesitados. En su sector tenía muchas ocasiones de ver en qué covachas estaban acorralados los argelinos y con qué persecuciones tropezaban: tomó partido. Ese fue el momento de nuestro encuentro. Me aproximé a miserias, a angustias que sin ella sólo hubiera conocido muy de lejos.

Hubo un libro que me gusto mucho, *Élise ou la vraie vie*, el libro de Claire Etcherelli que Lanzmann me había exigido imperiosamente que leyera. Teniendo como fondo el mundo del trabajo –tan raramente aludido en las novelas– contaba la bella y trágica historia de un argelino y una francesa, en el París enfermo de racismo de 1957. Quise conocer a la autora: hermosos cabellos negros, hermosos ojos verdes, una voz y una presencia que en seguida me resultaron simpáticas. Hija de un trabajador portuario de Bordeaux, fusilado en el 42 por los alemanes, fue criada por un abuelo gitano que vendía caballos viejos a los organizadores de corridas de toros. A los nueve años no sabía leer. Pupila del Estado, entró como becaria en una institución religiosa;

pronto se recuperó de su atraso y siguió brillantemente sus estudios hasta el bachillerato; pero desalentada por la actitud desdeñosa de las burguesitas condiscípulas, no quiso continuar. Se casó a los veintidós, tuvo un hijo y se divorció al cabo de tres años. Vino a París trabajó en la cadena de montaje de Citroën, luego en una fábrica de rulemanes, luego como sirvienta, condición que le pareció mucho menos penosa que la de los obreros. La pareja que la había empleado la orientó hacia un trabajo de oficina. Cuando la conocí, trabajaba en una agencia de viajes, lo que le permitió escribir *Élise*, en cuatro años. Desde los catorce, su pasión era escribir. Tuvo la suerte de haber hecho estudios secundarios, antes de los años de «anonadamiento» de la fábrica.

Le hice un reportaje para *Le Nouvel Observateur*, y al poco tiempo recibió el premio Fémina, lo que le permitió formarse un guardarropa –tenía una sola chaqueta de lana– y abandonar el cuchitril en que vivía. Hoy vive en el piso veintiuno de una de esas torres que acaban de construir en el Distrito XIII.º; desde su ventana se descubre el París de Zola, viejas casas, viejas fábricas, los galpones de la estación de Austerlitz. Desde lejos se ve el Sena y el peñasco del Zoológico de Vincennes. Según ella, a estas alturas uno se siente lejos de la tierra; ni siquiera llega hasta ella el canto de los pájaros. Vive con sus dos hijos; el hijo que tuvo de su marido, y el del argelino que en su novela llama Arezki.

El éxito despierta la malevolencia: la han acusado de haber disfrazado su vida. Después de la desaparición de Arezki se habría casado con un alto funcionario argelino con el que habría vivido en la abundancia. El hecho es que ella contrajo con un argelino un matrimonio que no es válido en Francia. Pero no vivió a sus expensas, al contrario; y lo abandonó al cabo de algunos meses.

Después del Fémina realizó varios oficios y escribió una segunda novela sobre los exiliados españoles, *À propos de Clémence*. Ya dije en un diario mi buena opinión sobre ella. Clémence es de la misma raza que Élise, dulce y dura, entregada y reservada. Frágiles y fugaces alegrías atraviesan la tristeza de su existencia y la esperanza horada la grisura. Es una novela tan atractiva como la anterior, pero lamentablemente no tuvo el mismo éxito.

Me ha sucedido a menudo querer conocer a un escritor cuya obra apreciaba. Me interesó hablar con Albert Cohen, con Arthur London,

escuchar a Papillon. Después de aparecida *La gloire du vaurien*, que me gusta mucho, conocí a Ehni; nos veíamos de tanto en tanto. No comparto su gusto por la pequeña grosería ni su pasotismo. Lamento que en sus obras[12] denuncie exclusivamente las oblicuidades de los hombres de izquierdas. Pero me gusta su vitalidad y su franqueza, y muy a menudo estamos de acuerdo.

Antes del reencuentro con Stépha, hice amistad con su hijo Tito. Éramos viejos conocidos. El día que nació, en 1931, estuve con su padre y sus amigos en La Closerie des Lilas, cerca de la maternidad donde Stépha daba a luz. Lo vi convertirse en un niño risueño y travieso, luego se fue con sus padres a América. En el 50, vino a París con su mujer, una francesa, y la hija de ambos. Lo puse en contacto con amigos, lo paseé en coche, le tomé mucha simpatía. De vuelta a Estados Unidos, trabajó como periodista, y viajó por América latina sobre la cual escribió un libro. De cuando en cuando mandaba un artículo a *Les Temps modernes*. Supe que se había divorciado, que se había casado con la hija de un refugiado español, que era profesor en Berkeley. Era muy activo políticamente, habiendo creado un comité contra la guerra de Vietnam; con frecuencia aparecía en televisión para denunciar los crímenes de las tropas americanas y para reclamar su retirada. Participó en la primera investigación hecha por el Tribunal Russell en Vietnam. Tanto a la ida como a la vuelta se detuvo en París y allí terminamos de hacernos amigos. De regreso en Berkeley, militó junto a los Panteras negras que, por oposición al movimiento de Carmichael, aceptaban a blancos en sus filas. También se vinculó estrechamente a los *Weathermen*.[13]

Fue expulsado de la Universidad como un peligroso agitador, por haber ocupado con los estudiantes el edificio de la administración, luego de un incidente de carácter racial. Esta medida excepcional suscitó numerosas protestas y un gran escándalo de prensa. Vendiendo todo lo que poseía se entregó a la lucha revolucionaria; su mujer, no queriéndose exponer de nuevo a una vida de exilio, lo abandonó. No me contó en detalle sus actividades de militante; sólo sé que estuvo preso por manifestarse en Chicago contra la guerra de Vietnam, y que era golpeado a diario con una cachiporra. Al ser liberado, volvió a la lu-

12. *Eugénie Kopronime*, donde se mete alegremente con la cultura occidental, no me merece ese reproche.

13. Los «Meteorólogos», así llamados por alusión a una canción de Bob Dylan.

Escaneado con CamScanner

cha. Por él conocimos Sartre y yo a los abogados de Angela Davis y de Jackson: a aquella la vio varias veces en su prisión. Habiendo disminuido la acción de los Panteras negras, por el momento al menos, se consagró por un tiempo a sus trabajos personales. Con varios libros escritos obtuvo en Londres una beca que le permite vivir. Va a Inglaterra con frecuencia, pero vive en París, y nos vemos a menudo.

Sigo recibiendo muchas cartas y en general las contesto. Algunas son lo bastante interesantes como para sostener una correspondencia, pero me falta tiempo para mantener relaciones epistolares. Por lo mismo, suelo no atender a los que quieren ser recibidos sin motivos válidos. En general no entiendo la obstinación de lectores que reclaman verme «cinco minutos». Si un escritor trabaja durante años para tratar de comunicar lo mejor posible lo que tiene de importante para decir, ¿cómo podría en una hora de conversación dar el equivalente a uno solo de sus libros? Si se trata de dar un consejo «personal», tampoco soy capaz, no conociendo a la persona que me lo solicita. Me asombra la reacción que suele despertar mi actitud. «¡Ah, no le interesol», me dijo con tono malhumorado alguien que sólo era una voz en el teléfono. «Usted no tiene ninguna obligación conmigo en particular, pero cada uno de nosotros se debe a todos», me escribe una joven. Es posible. Pero todos es demasiado; no tengo más remedio que elegir. Veo a los estudiantes franceses o extranjeros que hacen una tesis sobre mí y que tienen preguntas concretas. También recibo a los militantes de distintos países que me solicitan para una acción social o política. A veces esto da origen a relaciones sólidas; desde 1971 tengo contacto con miembros del Movimiento de Liberación de la Mujer.

Me gusta particularmente la compañía de los jóvenes. Les agradezco el escapar a las degradaciones, a las alienaciones consentidas por los adultos. Hallo reconfortante su intransigencia, su radicalismo, sus exigencias, y me encanta la frescura de sus miradas; todo es nuevo para ellos, nada es obvio. En un discurso en el que sólo oigo el ronroneo del político, ellos registran las reiteraciones, las incongruencias que les hacen gracia o los indignan. Todavía la tontería los asombra, los escándalos los escandalizan. Les parece urgente transformar la vida, porque su propio futuro está en juego. Me hace feliz tener ocasión de actuar con ellos. Hace un lustro, estando bastante disponible, trabé relación con algunas de mis jóvenes lectoras. A algunas las perdí de vista. Sigo con interés la evolución de otras. Eran alumnas del li-

ceo, hoy son universitarias; eran universitarias, son hoy profesoras. Rebeldes contra esta sociedad, han precisado sus posiciones; son marxistas o maoístas, y matices más o menos, estamos de acuerdo en lo esencial.

Una de esas amistades me resultó muy importante. Erraba cuando en 1962 creía que la vida ya no podía deparame nada importante, salvo desgracias: una gran suerte me era de nuevo concedida.

En la primavera del 60, una alumna de Letras Superiores me escribió pidiéndome un encuentro; su carta, breve y simple, me persuadió de que amaba sinceramente la filosofía y mis libros. Le contesté que le enviaría un aviso cuando empezaran las clases. En esa época tenía más tiempo que ahora. En noviembre le mandé unas líneas a Sylvie Le Bon, con una cita. Cenamos en un restaurante de mi barrio. Muy intimidada, se retorcía nerviosamente los dedos, bizqueaba, y me contestaba con voz estrangulada. Hablamos de sus estudios y terminó por confesarme que en julio había tenido el premio extraordinario. Le gustaban sus clases de Letras, donde tenía muy buenos compañeros.

La seguí viendo, pero durante dos años nuestras conversaciones fueron breves y espaciadas. Menos intimidada, no bizqueaba y aun se reía; tenía una cara agradable y su presencia me complacía. No parecía tener problemas personales. Eludía mis preguntas sobre sus relaciones con los padres; vivían en Rennes; la habían enviado a París para que preparara un concurso, y no tenía nada que decir de ellos. Me hablaba del liceo, de sus profesores, de sus condiscípulos, de sus programas, de su trabajo, de manera tan vivaz que más allá de sus preocupaciones escolares, demostraba una actitud frente al mundo: me interesaba y estábamos de acuerdo.

Con gran sorpresa encontré un día en mi correo una larga carta de su madre. Habiendo visto por casualidad el diario íntimo de Sylvie, había leído, decía, una frase que indicaba que yo suponía que ella le pegaba a su hija. Me aseguraba no haber levantado nunca su mano contra ella; enumeraba los sacrificios que ella y su marido hacían para permitir que Sylvie hiciera estudios adelantados. Esta historia me pareció sospechosa; ni había pronunciado las palabras que se me atribuían ni pertenecían a mi vocabulario. Contesté con unas líneas educadas pero secas, aclarando que Sylvie no me hablaba nunca de su familia. Dudé de ponerla al tanto del incidente; no teníamos bastante

intimidad como para correr el riesgo de ponerla en contra de su madre; ignorando sus relaciones, me callé.

El año escolar terminó. Sylvie pasó el verano en Marruecos con una amiga. No me escribió. Al regreso, pasó un mes antes de que me telefoneara. Cuando nos vimos me reprochó vivamente lo que consideraba mi traición. Su madre le había mostrado mi carta, leyéndole algunas líneas, jactándose de una complicidad que yo había rehusado claramente. Sylvie se obstinó a pesar de mi explicación; su madre había repetido muchas veces esta maniobra para mezclarse con sus amistades, y sentía un rencor que ahora volcaba sobre mí. Comprendí que sus relaciones con sus padres no eran tan neutras como me había dado a entender.

Al reconquistar su confianza me dio algunos datos sobre su niñez. Sus primeros años habían sido felices. Su madre había querido, a través de su hija, resarcirse de las ambiciones no satisfechas de su juventud. De pequeña le hacía tomar lecciones de piano, de canto y de danza en el teatro de la ciudad. Sylvie se exhibió en el escenario. Me mostró fotos de sus ocho o nueve años, vestida de tul blanco, con rosas blancas en la cabeza, maquillada, con zapatillas de baile, sonriente, erguida sobre sus puntas. Costaba creer, pese a la semejanza, que esa niñita disfrazada y amanerada fuese la estudiante seria sentada a mi lado. Fue la niña que Mme. Butterfly abraza antes de morir; integró el coro que saluda el despertar de Rip Van Winkle. El mundo del teatro le gustaba y representaba su comedia con orgullo. Su trabajo escolar no sufría; en los primeros años se llevaba todos los premios.

Después no logró mantenerse en los buenos puestos, y su madre tuvo que consentir que dejara la escena. Pudo trabajar más; reconquistó el primer lugar en francés, pero en las demás materias sus notas fueron bajas. Sus padres no disimularon su despecho; dejó de tener buenas relaciones con ellos, se hizo reconcentrada y taciturna. Su madre no le perdonaba que hubiera contrariado sus sueños abandonando el teatro, y se mostraba posesiva, celosa e irritable. Sylvie me contó todo a disgusto; el tema le desagradaba y no insistí.

La reconciliación que siguió a nuestro malentendido nos acercó. Pero fue durante el otoño del 63 cuando realmente empecé a apegarme a Sylvie. *La fuerza de las cosas* apareció y sin disminuir su alcance, ella le dio su justo valor al epílogo, en general tan mal comprendi-

do. Durante la agonía de mi madre y después de su muerte supo, a pesar de su juventud, serme de un gran consuelo. La vi más a menudo y nuestras conversaciones fueron más largas y libres.

Después de aprobar en el concurso de Sèvres, vivía en el bulevar Jourdan, muy a gusto. No tenía nada de una máquina de concursar y trabajaba con desenvoltura. Se entendía muy bien con las compañeras que la administración consideraba buenas cabezas: salían juntas, bebían vino tinto, jugaban malas pasadas a los «talas» y a los «réacs» y desafiaban a las autoridades, que criticaban su indisciplina, pero ante las cuales conservaban su prestigio porque triunfaban en los exámenes.

Sylvie me contaba sus aventuras, «las de apaches», como ella decía, me tenía al tanto de sus salidas, de sus lecturas, de sus relaciones, de todo lo que hacía. Atenta a las cosas y a la gente, sensible a todos los matices, describía con una gran facilidad de lenguaje. Me interesaba y me divertía. Compartida con ella, una experiencia se enriquecía. El año de su graduación la llevé muchas veces al cine, al teatro, a exposiciones de pintura. En primavera, al comienzo del verano, dimos largos paseos en coche. Y sin embargo todavía la conocía poco, porque era muy reservada y en muchas ocasiones me sorprendía.

Después de un día en Sologne, cenamos y nos quedamos a dormir en un hotel situado en medio de un parque. Me acosté temprano y estaba muy en otro mundo cuando me sobresalté con una mano que me tocaba al hombro. Sylvie estaba de pie al lado de mi cama: «¡Vístase, venga rápido, es tan hermoso!», me dijo exaltada. Me froté los ojos: ¿qué pasaba? Me arrastró hacia la ventana. Una gran luna redonda brillaba en un cielo muy puro, un olor a hierbas y a flores –un olor a infancia– venía desde el suelo; sobre el césped, unos muchachos estaban sentados, tocando la guitarra y cantando a media voz. «¡Nunca vi una luna como esta!», dijo Sylvie. Sí, era una hermosa noche y la música me gustaba; pero no tenía ganas de volverme a vestir y bajar. «¡Oh, no debería haberla despertado!», me dijo Sylvie, afligida. En realidad había hecho bien, porque me había mostrado un lado insospechado de su personalidad: sus posibilidades de entusiasmo, de pasión, hasta ahora disimuladas por su gran discreción. Algunos vasos de vino tinto durante la cena le habían permitido romper las barreras. Me volví a acostar. Ella se fue de vuelta al parque y se sintió tan a gusto que se quedó a dormir en el coche bajo las estrellas.

Otra noche, en circunstancias parecidas, me asombró todavía más. Después de un largo paseo, dejamos nuestros equipajes en un hotel de los alrededores de París y cenamos. No sé por qué, le dije riéndome: «¡Pero usted, usted es una atolondrada!» En mí era una antífrasis, ya que nadie me parecía más sensato y más equilibrado que ella. El final de la comida fue apagado; pensé que el coche y el aire la habían cansado. Cuando el día siguiente llamé a su cuarto para desayunar juntas, la encontré vestida de pies a cabeza y con gafas negras. Me asombré de que estuviera lista tan temprano. Más tarde me declaró que no había dormido en toda la noche, llorando de rabia: salía con ella porque me divertía como con un bufón, y la tomaba por una chiflada. Apenas la dejé hablar intentando convencerla de que se equivocaba. ¿Cómo había interpretado tan mal una broma inocente? Terminó por decírmelo. Una loca, una demente, una enferma, una anormal, una retorcida: durante toda su adolescencia había oído ese latiguillo y no lo había soportado en mi boca. Como no podía entender que sus padres la hubieran juzgado así, me contó toda su historia.

Durante su tercer año, ya dije, se llevaba mal con ellos. Durante ese año se hizo muy amiga de una compañera, hija de un profesor y brillante alumna. Intercambiaban libretas en las que se contaban su día y expresaban con calor sus sentimientos. Cayeron en las manos paternas, y fue un drama. Le reprocharon a Sylvie su «exaltación malsana»; la declararon «anormal»; los padres de su amiga Danièle fueron advertidos y también ellos dieron gritos: ¡cómo su hija, tan brillante, podía haberse entusiasmado con una compañera intelectualmente tan mediocre! Se quejaron a los profesores y a la directora, y se decidió que después de las vacaciones se tomarían medidas.

El verano fue un infierno para Sylvie. Danièle le escribía casi todos los días largas cartas: pero su madre las abría, subrayaba con ironía o con cólera determinados pasajes, prohibiéndole responder; le hacía falta toda su astucia para poner subrepticiamente algunas líneas en un buzón de vez en cuando. Junto a su amiga, Sylvie se había desarrollado intelectualmente, leyendo con fervor cuanto le caía en las manos. Las camaraderías y los juegos que la divertían el año anterior ahora la aburrían. Su madre le exigía que pasara los días en la playa y se irritaba al verla siempre metida en sus libros. Violentos conflictos estallaban entre ellas. Los sábados, cuando el padre llegaba tomaba el partido de la madre. Fastidiada, solitaria, aterrada de sentirse transformada

en una oveja negra, Sylvie cayó en una desesperación cuyo recuerdo no se le borraría jamás.

De vuelta a las clases, para separarla de su amiga, le hicieron repetir, estando perfectamente capacitada para pasar de grado. Quedó tan humillada y furiosa que aulló toda una noche. Para desquitarse de su familia, del liceo, y de la familia de Danièle, decidió derrotar a ésta en su propio terreno. Se puso a estudiar con un sombrío encarnizamiento, y pronto fue la primera de la clase en todas las materias. No le concedieron el premio de excelencia –nadie lo recibió– con el pretexto de que había repetido. Esta nueva injusticia exasperó su rabia. Se sentía profundamente desgraciada, ya que gracias a la vigilancia de las familias nunca podía estar más de un cuarto de hora con Danièle.

Ésta partió para París al año siguiente y se perdieron de vista. Sylvie siguió trabajando frenéticamente, consiguiendo año tras año los primeros premios. Entendí a estas alturas por qué al comienzo de nuestras relaciones me había hablado tanto de sus estudios y de modo tan curioso: durante sus años de liceo esa había sido su única escapatoria. Se había entregado a ellos no con la docilidad de una buena alumna sino por resentimiento, como desafío, con una furia sombría. Su situación familiar no había mejorado. En público sus padres se mostraban orgullosos de ella; en la casa, su actitud reacia los exasperaba; pretendían meterse en su vida y ella no lo soportaba. La ponían en jaque, pero ella era indomable. Más de una vez la amenazaron con enviarla a un establecimiento correccional, luego de enfrentamientos cada vez más violentos. Pasó quince días sin dirigirle la palabra a su madre, que durante una escena le había destrozado sus libros preferidos. Esta historia despertaba ecos en mí; pero yo era mayor y dependía menos de mis padres cuando padecí su mala voluntad, nunca manifestada, además, de modo tan brutal.

Cuanto más conocía a Sylvie, más afinidades sentía con ella. Era, como yo, una intelectual, apegada apasionadamente a la vida. Se me parecía en otras cosas, a pesar de los treinta y tres años de diferencia; se repetían en ella mis virtudes y mis extravagancias. Tenía un don muy raro: sabía escuchar. Por sus reflexiones, sus sonrisas y sus silencios hacía hablar, y aun hablar de uno mismo; también yo la tuve al día respecto de mi vida, informándola detalladamente de mi pasado. Nadie habría podido aprovechar mejor que ella lo que yo podía darle; nadie habría apreciado mejor que yo lo que recibía de ella. Me gusta-

ban sus entusiasmos y sus cóleras, su seriedad, su alegría, su horror a la mediocridad, su generosidad y su prudencia.

Los éxitos escolares habían dejado de interesarle, luego de demostrarse que podía lograrlos. Pero le gustaba aprender, comprender, con su inteligencia viva y precisa. Finalizó sus estudios con una buena puntuación, lo que le valió poder permanecer un año más en la escuela antes de partir a provincias a enseñar. La destinaron primero a Mans, luego a Rouen, en el mismo liceo en que yo fui profesora; cuando pasaba allí la noche, iba al hotel próximo a la estación en el que viví durante dos años, y tomaba por las mañanas su café en el bar Métropole: me daba la impresión de haberme reencarnado. Hoy tiene un cargo en los alrededores de París.

Podemos vernos todos los días. Está mezclada en mi vida como yo en la suya. Conoce a todos los que me rodean. Leemos los mismos libros, vamos juntas a los espectáculos, damos largos paseos en coche. Tal reciprocidad me hace perder la noción de mi edad: me arrastra hacia su futuro y por momentos el presente recupera una dimensión perdida.

Entre las personas que desempeñaron un papel más o menos grande en mi vida, y de las que hablé en libros anteriores, algunas han muerto en los últimos años. Quiero hablar del final de sus vidas y en ciertos casos completar los retratos que yo había hecho de ellos.

En mi juventud, la belleza de Camille, su independencia, lo violento de sus ambiciones, su encarnizamiento en el trabajo me inspiraron una admiración envidiosa. En realidad era muy diferente del personaje que me había fascinado, aunque poseía un gran poder de seducción. Deslumbró a Olga. Marco sentía por ella una amistad extraña. Mme. Lemaire, tan distinta, quedó encantada con la velada que pasó en la calle Navarin. Fue profundamente amada por un periodista de talento, más joven que ella, que le fue muy adicto, aun después del fin de su relación. Dullin la idolatraba, creía en su genio y respetaba sus consejos. Le había formado el gusto y comunicado su comprensión del fenómeno teatral. Hizo muy buenas adaptaciones de *Julio César*, de *Plutus* del *Faiseur*. Daba muchos cursos interesantes en la escuela. Los alumnos no la querían porque solía mostrarse imperiosa y arrogante; se burlaban de sus trajes y de su voz afectada. Pero cuando, como un ejercicio, montó *Dommage qu'elle soit putain*, todos reconocieron su talento de directora. Sartre y yo nos divertíamos mucho con ella. Nos ponía ner-

viosos cuando hablaba con aparente naturalidad de Lucifer y de las «presencias» que la protegían; nos resultaban afectados sus juegos con Friedrich y Albrecht,[14] a los que llegó a transportar en una maleta durante el éxodo. Pero cuando abandonaba sus mitologías sabía observar, describir y contar muy bien; sus parodias y sus imitaciones nos divertían.

Decoró su estudio de la calle Navarin, y luego el hermoso apartamento de la calle La Tour d'Auvergne, donde vivía con Dullin, de modo encantador. Le gustaban las ceremonias y de cada encuentro hacía una fiesta. En París, en Rouen, en Toulouse, en su preciosa casa de Ferrolles, pasamos momentos deliciosos. Creíamos que escribía asiduamente y, a pesar del fracaso de *L'Ombre,* teníamos confianza. Nos conmovió leer en sus notas la frase que tomara de Emily Brontë: «Señor, haz que mi memoria nunca se marchite.»

Nuestras relaciones se enfriaron al comienzo de la ocupación. Camille se inclinó por los nazis, aceptando sin pestañear las persecuciones antisemitas. Además nos hizo leer sus *Histoires démoniaques;* aquello era tan pueril y tan hueco que no pudimos recomendarlo a un editor, con gran molestia de su parte: ¿por qué nos interesábamos por las cosas de Mouloudji y no por las de ella? Al tratarse de *La Princesse des Ursins* habíamos sido menos sinceros; pero debió de sentir que no estábamos arrobados por lo que un crítico definió como una «suntuosa gansada». El día del estreno el público se mostraba frío; en mitad de la representación, el escenario giratorio se encalló y hubo que saltarse un cuadro: el público ni siquiera se dio cuenta; detrás del telón, Dullin lloraba. La obra fue destrozada. Comprendimos entonces que Camille no sería nunca una escritora. No volvió a aludir a la novela, inspirada en su vida, de la que nos había hablado en Toulouse. Los argumentos de las obras que nos contaba eran de una desoladora tontería. Quería describir un naufragio que simbolizara el de todos los antiguos valores; los dioses anunciarían los valores nuevos: le pedía a Sartre que se los definiera. En *L'amour par intérêt* pretendía demostrar que la codicia y la ambición pueden conducir a un verdadero amor: el héroe de esta historia era Pedro el Grande y la heroína, Camille, disfrazada. No salíamos de nuestro asombro. Camille era una adulta, rica de experiencias, irónica e incluso cínica, que hablaba con realismo de la gente y

14. Dos muñecos cuyos padrinos eran Nietzsche y Durero.

Escaneado con CamScanner

de las cosas; era una lectora inteligente, que comentaba con interés sus autores preferidos y se burlaba con gracia de la mala literatura: ¿cómo podía complacerse en invenciones tan infantiles, mostrándose tan desprovista de sentido crítico?

Sin duda su narcisismo contribuía a cegarla. Además, aunque la creíamos escribiendo encarnizadamente, era en realidad de una extrema indolencia: jugaba a trabajar, pero no trabajaba. No menos sorprendente era la distancia entre su conversación y los textos que salían de su pluma. Algo no funcionaba. ¿Pero qué?

¿Era por eso que bebía? Al comienzo, el relato de sus borracheras nos causaba gracia; en el escenario del Atelier se ponía a hacer cosas absurdas. Durante una cena aburrida, en Ferrolles, se había escapado varias veces para tomarse con Zina varios vasos de vino tinto. «Me sentí mal —nos dijo alegremente—. Me escondí detrás de un abanico y vomité en el césped, diciendo: es muy español.» Pero después del fracaso de *La Princesse des Ursins*, sus excesos ya no nos parecieron originales. Dullin trataba de evitarlos, buscando las botellas que ella escondía en el teatro para hacérselas desaparecer. Cuando estaba borracha se les insinuaba a todos los actores y a todos los alumnos. Al fin Dullin logró internarla en una clínica para que se desintoxicara.

La curación duró poco. Comenzó a beber de nuevo y a armar escándalos. Dullin ya no tenía teatro. Partió de gira por Alemania; ella, que iba con él, se hizo odiosa a la compañía entera. Nos contó que una noche en un hotel, a orillas del Rin, los actores, sentados en la terraza, cantaban y reían: ella desde un balcón los instó a callarse porque turbaban su meditación. También nos contó que en una recepción oficial muy importante para Dullin, borracha, le había dicho cosas desoladoras. Nos contaron que otro día, en medio de una crisis aguda, había tirado al fuego el fajo de billetes con el que se iba a pagar a la compañía. Según ella, bebía porque sabía que Dullin estaba enfermo y la idea de su muerte la aterrorizaba. Pero le hacía la vida imposible con escenas extremadamente violentas a propósito de su trabajo artístico, del dinero, de cualquier cosa. En una época la había instituido su heredera universal; modificó entonces sus disposiciones, nombrando a un ejecutor testamentario al que recomendaba velar sobre la que llamaba con tristeza, «mi pobre niña».

No iba a verlo casi nunca al hospital y no estaba a su lado cuando murió. El día del entierro ninguno de los amigos de Dullin fue a bus-

carla; vino sola y nadie le habló. En febrero de 1950, los amigos y alumnos organizaron en el Atelier un homenaje a Dullin. Ya he contado cómo, al llegar a casa de Camille, la encontramos ebria, sollozante, con el rostro tumefacto, junto a una Ariane Borg consternada. Lloró durante toda la ceremonia sin que nadie le dirigiera una mirada, sin que se le tendiera una mano. No creo que este ostracismo haya sido el mejor modo de mostrarse fiel a Dullin.

Camille pareció reponerse. Había construido en su cuarto un pequeño altar a la memoria de Dullin, con fotos, flores y una rosa artificial en un cráneo. Decía que en los momentos difíciles él la aconsejaba. En marzo nos escribió: «En las últimas semanas he vivido uno de los momentos más característicos de mi vida y quizás uno de los más bellos, por cuanto el dibujo y el sentido de mi vida se me han aparecido fluidos y acabados (no terminados, pero vistos, como por una especie de videncia, hasta la muerte). Evoluciono con una calma grave que no me priva de la alegría y de una cierta travesura (esta palabra no me gusta mucho pero tiene para mí un sentido y un poder oculto que la caracterizan de una manera un poco distinta).»

Se hubiera encontrado sin recursos si Sartre no la hubiera ayudado: lo consideraba como una especie de beca que le permitiría terminar su obra. Para merecerla nos hablaba mucho de los trabajos que iba a realizar: *L'amour par intérêt*, y otra obra sobre las brujas de Loudun; un «romancero» en varios tomos en donde contaría su vida, su obra, sus ideas. Buscaba subsidios para convertir el vasto apartamento en un «museo Charles Dullin»: tenía trajes suntuosos, bocetos de decorados, puestas en escena escritas por la mano de Dullin. Suponíamos que no trabajaba nada, puesto que hacía la lanzadera constantemente entre París y Ferrolles, donde tenía una sólida reputación de borracha, a fuerza de empinar el codo con el cartero. Se pasaba el día haciendo arreglos. La veíamos a menudo. Iba al cine, al teatro, a las exposiciones, a los conciertos, leía, y su conversación era interesante salvo cuando se creía obligada a hablar de su Obra.

Vivía sola. Casada desde hacía mucho, Zina seguía viviendo en la calle de La Tour-d'Auvergne, con su marido garajista. Más tarde se instaló en Belleville, y se dividía entre su casa y la de Camille. Pero ocurría cada vez más a menudo que ésta le pegara en medio de una crisis etílica; un día nos atendió con un ojo a la funerala. Terminó por no ir más.

Camille fue amiga de una joven, más o menos enamorada de ella, a la que llamaba la «Corsa»; pero sus relaciones se estropearon pronto. Recayó en un aislamiento con el cual no sufría, según ella. Escribió en julio del 51: «Estoy en un estado distinto que el año pasado en la misma época. Estoy por alcanzar mi equilibrio y me he acostumbrado perfectamente a la indispensable soledad, aunque a veces sea un poco áspera. Soledad de existencia y no de fondo, ya que gracias a vosotros no me siento solitaria en el mundo; además tengo las PRESENCIAS. Nada las turba y son más eficaces que nunca. Además están los semivivientes, es decir Friedrich y Albrecht, y Nell.[15] Con los primeros hablo en voz alta. Con Nell me peleo casi todo el tiempo (...) Está terriblemente celosa de los pequeños (...). Nada se parece más a la vida –la verdadera, no la que llevaba con mis padres– que tuve a los seis, siete, ocho años, y aun antes, y después también, naturalmente, pero ya con más preocupación por tomar contacto con la vida efectiva (no olvidéis que a los nueve años tuve mi primer amante), que la que hoy llevo. Vais a imaginar que he vuelto a la infancia en el mal sentido del término. No creo que sea así, salvo ese lado de "retrasada" que siempre tuve, y con el que moriré sin duda si todo va bien.» Un poco más tarde ese verano, nos escribió una carta muy optimista, aceptando la idea de vivir como una anacoreta. Su salud era satisfactoria y consideraba que había hecho grandes progresos morales; entre otros un «acomodamiento casi perfecto con *Soledad*».

Sin embargo, esta soledad debía de ser muy pesada, ya que tres años más tarde, cuando un médico de su confianza la convenció de intentar una nueva cura de desintoxicación, le dijo a Sartre, que fue a visitarla, lo bien que estaba en aquel lugar: las enfermeras la atendían; se interesaba por los enfermos vecinos; asistía desde lejos con curiosidad a la agonía de un anciano, se divertía viendo pasar a las limpiadoras con las escupideras.

Pero volvió a recaer. Nos explicó que tenía siempre una botella de tinto en la mesa de luz, y que no bien abría los ojos por la mañana tenía que tomarse un gran vaso para no vomitar y poder levantarse. Trataba de estar lúcida cuando nos veía, pero por lo general notábamos que acababa de salir de una crisis y que hacía un gran esfuerzo

15. Su perra.

para mantener la conversación. En una carta del 65 escribía: «Hay veces en que no *puedo y por lo tanto ni siquiera debo intentar hacer ciertas cosas.* Es *eso* lo que tengo que admitir. La otra noche, porque quise veros de todos modos, sólo os mostré el revés de mí misma, y el lado *negativo* de todo lo que había sido, hecho y pensado desde nuestro encuentro anterior. Lamento esta "tristería generalizada" que no es más que la otra vertiente agotada de un arroyo alegre que los obstáculos y los guijarros no desvían de su camino y que por el contrario lo convierten en una cascada feliz. Apenas mencioné y casi al azar las cosas que tienen una importancia real (mi libro, por ejemplo).»

Camille nunca había estado dotada para el intercambio; a sus rápidas preguntas dábamos breves respuestas, y ella monologaba. En la época en que veía a mucha gente, en la que leía, y se informaba, sus monólogos eran nutridos. Pero no se puede vivir impunemente encerrado en sí mismo. La inteligencia se oxida, los intereses se reducen: Camille sólo se preocupaba por su salud. Podía pasar horas describiéndonos los síntomas de su diabetes y los tratamientos que seguía; preocupada por justificar la pensión que Sartre le pasaba, se afanaba en tenernos al corriente de su obra: clasificaba viejos papeles para el Romancero. Para su ensayo sobre Dullin había tenido una idea luminosa: reemplazaría buena parte de la escritura por fotografías. Sin duda sentía qué poco convincentes eran sus palabras; nuestras visitas la fatigaban y eran cada vez más insostenibles.

Un día en el cual la esperábamos en casa oímos en la calle pasos pesados e inseguros que se acercaban y se alejaban. Le llevó un cuarto de hora encontrar la puerta. Vacilaba y farfullaba. Muy pudorosa por lo común, esa vez subió al baño, dejando la puerta abierta, y la oímos orinar ruidosamente. Bajábamos por el bulevar Raspail para cenar en Montparnasse cuando se dejó caer en un banco y Sartre tuvo que seguir en busca de un taxi. Con gran esfuerzo estuvo casi correcta durante la cena. Hubo cada vez más problemas para vernos; ella no quería ver a nadie. Después de publicar *La plenitud de la vida* recibí una carta de un médico de Toulouse que había estado enamorado de ella en su juventud, pidiéndome su dirección. Lo recibió una vez, pero luego lo esquivó. A veces iba a casa de Zina. Ésta también bebía sin moderación; cayó gravemente enferma y después de haber durado algunos meses en el hospital, se extinguió en el 64. En ese momento, Camille pasó una velada en casa, trastornada por su muerte. Poco des-

pués nos escribió que sentía «más que pena», estaba «atormentada», y había pasado un mes «atroz».

Ya no nos invitaba a su casa, ni nosotros al restaurante. Llevaba sueltos sobre la espalda sus cabellos, ahora rojizos, y viejos atavíos, muy llamativos. Atraía todas las miradas. Nos quedábamos en el estudio, donde conversaba más a gusto. Más de una vez nos confió que su castidad le pesaba. Un día, bebida, bajó a la calle en busca de un hombre. Ya en su casa, se sintió asqueada y lo echó. Al poco tiempo, él, al encontrarla, le dio una bofetada y la tiró por tierra.

La portera le hacía la mayor parte de sus compras y se ocupaba de la limpieza. Buena parte del apartamento estaba desocupado; vivía en su dormitorio y en el salón circular. Hacía años que no ponía los pies allí, cuando en junio del 67 me rogó insistentemente, por carta y por teléfono, que fuera a verla. Me equivoqué de puerta y toqué en casa de la inquilina de enfrente. «Golpee fuerte. Su timbre no funciona y muchas veces no se oye», me dijo, mirándome con aire singular.

Llamé, golpeé: en vano. Fui en busca de la portera, que dio grandes golpes en la puerta: en vano. Tiramos piedras desde el jardín a los postigos cerrados de las ventanas: en vano. Fui a telefonear. «¡Ah!, creía que yo tenía que ir a vuestra casa», me dijo Camille con voz bastante aplomada. Cosa absurda, porque en tal caso no hubiera tenido que estar allí. Me dijo que me dejaba abierta la puerta del apartamento. Entré y miré con incredulidad el comedor y el salón: era como salir de la realidad para entrar en una historia fantástica. Entre el pasado todavía próximo y el presente había tanta distancia como entre una fresca joven y una centenaria. La decoración cuidadosamente dispuesta por Camille se había convertido en un revoltijo mugriento. Capas de polvo recubrían los espejos amarillentos, las paredes grisáceas, el suelo. Había tules, muselinas y extraños oropeles sobre los muebles y los adornos. Uno esperaba encontrar telarañas en los rincones. «Siéntate», me gritó una voz. Levanté los papeles y los trapos que estorbaban en un sillón y me senté. Por la puerta entreabierta vi los pies de una cama. Oí extraños rezongos, pasos pesados, más gruñidos, el ruido sordo de un cuerpo que cae. Pasaron algunos instantes, y en el umbral del comedor apareció Camille: el borde de sus labios estaba embadurnado de rojo. Llevaba un pijama de satén negro cuya chaqueta se abría sobre un sostén de algodón rosa. Una pañoleta le cubría los cabellos rojizos. Se chupaba el labio inferior, y palabras

Escaneado con CamScanner

inarticuladas salían de su boca. Entendí que me hablaba de la Sociedad de Amigos de Dullin, de la exposición Dullin, de Ferrolles, adonde ya no iba porque la casa estaba fuertemente hipotecada. Poco a poco su alocución fue haciéndose más nítida, sus frases más coherentes. Me habló de *Las bellas imágenes* y de Walter Scott. Pero pronto dio muestras de cansancio; se movía para atrás y para adelante, visiblemente postrada de sueño. Me levanté. Ya en la puerta, me dijo que querría tener los cabellos blancos porque los hombres que atraídos por su figura –en realidad era de una corpulencia lamentable– la seguían por la calle, no disimulaban su decepción al ver su cara. Antes de estrecharnos la mano me preguntó, con un aire un poquito subversivo: «¿Qué piensas de la minifalda?»

Al volver de Copenhague en otoño del 67, encontré unas líneas de Camille, de diez días atrás, anunciándome que estaba amenazada con un embargo; para evitarlo le hacía falta una suma muy módica que habría podido darle fácilmente, si no hubiera estado en Dinamarca. Al día siguiente, me pidió por teléfono que me pusiera en contacto con su «porterita», Mme. C. Ésta me contó que como Camille no pagaba desde hacía mucho ni sus impuestos ni su alquiler, el embargo se había realizado, y en condiciones espantosas. Camille hizo esperar al comisario veinte minutos; entró en el salón a cuatro patas, envuelta en un batón de una suciedad repugnante, y oliendo a vino. Se tiró de espaldas llorando y gritando. Realizado el embargo, Mme. C. la ayudó a acostarse; el dormitorio, en el que nunca entraba, estaba lleno de botellas vacías y de papelotes que en cualquier momento podían incendiarse, dado que Camille se calentaba con un radiador eléctrico. No había sábanas sobre un colchón negro de mugre. En los cubos donde Camille arrojaba los restos de comida, hervían los gusanos. Camille no dejaba que tocaran nada. A las nueve de la mañana se hacía subir vino; telefoneaba al almacén para que le mandaran vino del bueno. Desde el embargo no comía nada. Mme. C. colocaba comida en el comedor y llamaba a Camille: al día siguiente encontraba el plato intacto. A veces de noche la oían cantar. «No quiero decirles nada a los demás vecinos –me dijo la portera–; la gente es tan mala, se burla. Es de tristeza y no de otra cosa, de decadencia.» Quería a Camille, que en sus momentos de lucidez era tan educada, tan culta, y que le hablaba con tanta cortesía y amabilidad. Le dije que había que mandarla a una clínica; le pedí que insistiera para convencerla. Telefoneé a Camille para que se deci-

Escaneado con CamScanner

diera. Sartre se encargaría de los gastos. Se negó obstinadamente. No quería ver a nadie, y menos a un médico. No dejaría su cuarto.

Sartre le mandó dinero a Mme. C. para que pagara las deudas de Camille y siguiera ocupándose de ella. Me telefoneaba todos los días. Durante cuatro días Camille comió algo y luego la situación empeoró: a diario se liquidaba seis botellas de tinto. «¡Pero se está matando!», le dijo Mme. C. «¿Por qué no, si no tengo de qué vivir?» Ya no salía de la cama y hacía sus necesidades en los platos. Le aconsejé a la portera que avisara al Departamento de Higiene Social e hiciera llevar a Camille al hospital. «No. Quiero seguir cuidándola.» Tres días después, se decidió. Camille se hacía todo encima; el cuarto estaba lleno de excrementos, que ella tenía hasta en el pelo. Se acostaba en el suelo, rodeada de ostras que había encargado y dejaba pudrir. Esa mañana, todavía había tenido ánimo para reclamar caviar que Mme. C. se había negado a comprar. Había llamado a una ambulancia. El médico no entró en el cuarto porque no quiso pisotear la basura. «¡Nunca vimos nada igual! –dijeron los enfermeros–. No es una mujer, es un montón de estiércol.» Estaba casi en coma y se dejó llevar sin protestas. Hubo que cortar su bata, pegada a la piel, que ya tenía escaras. En Lariboisière le cortaron el pelo y la sumergieron en un baño. Estaba flaca como una deportada y tenía un enorme vientre hinchado.

Al día siguiente fui al hospital. El médico de guardia no estaba. Una cuidadora me dijo que Camille estaba en «observación» por diabetes. Le hice preguntar si quería recibirme: dijo que sí, y la cuidadora me indicó vagamente una habitación con ocho camas. No vi a Camille. Eliminé a varios enfermos: las jóvenes, las viejas de pelo blanco. Quedó una mujer morena de pelo corto, de gran rostro, informe. Cuando me acerqué hablaba con una enfermera y reconocí su voz. Tenía el camisón reglamentario, de tela gruesa; sus muñecas estaban muy delgadas, su rostro hinchado. Se disculpó por su peinado. «Me cortaron el pelo y no tuve fuerzas para peinarme.» Le pregunté si estaba bien atendida. «Es la cárcel. No me dan nada de lo que quiero.» «¿Qué querría?» «Leche, es lo único que podría levantarme. Y los enfermeros son groseros. Dijeron que yo era estiércol.» «¿Pero cómo es posible?» «¡Oh!, son mal educados», contestó con toda dignidad. Me dijo que de pronto sus manos se contraían y que si tenía un vaso no se lo podía alcanzar a la enfermera, que la trataba entonces con rudeza. Le propuse ir a una clínica, reflexionó y se negó. «No, mejor me quedo.» Le pregunté si dormía:

«Duermo todo el tiempo. Estoy en coma.» Quería que la portera le trajera mantas y zapatillas «baratas, del mercado Saint-Pierre». No se quejaba de que la hubieran sacado de su cuarto. No parecía sentirse en peligro.

Durante varios días supe de ella por la portera, que iba a verla y le hacía compras: su estado era estacionario. Luego, la noche del 11 al 12 de diciembre el teléfono sonó a las cuatro de la mañana. Era del hospital: Camille acababa de morir. La mañana del 11 había pedido una botella de borgoña, que le habían negado. Por la noche se ahogó. En vano le hicieron respiración boca a boca. La enterraron cuatro días más tarde. Sólo éramos cinco junto a su tumba: el albacea de Dullin, el secretario de los Amigos de Dullin, Mme. C., Sartre y yo. Sólo Mme. C. tenía los ojos enrojecidos.

Limpió el apartamento, bajando del cuarto 450 botellas. Bajo el colchón, completamente podrido, encontró dos magníficos trajes de teatro, también podridos. Los demás recuerdos de Dullin habían sido comprados por la biblioteca del Arsenal.

Me entregaron los pocos papeles de Camille. Ni rastro de su obra, ni una página de borrador, cosa que no me asombró. ¿Pero qué se hizo de las viejas cartas de Sartre? Ella guardaba las posteriores al 50. ¿Y las de Dullin? Encontré algunas cartas de desconocidos y los borradores de Camille. Se negaba a los encuentros propuestos por algunos de sus corresponsales aduciendo su «reclusión mística». Hablaba de su «Obra», de su «inmensa labor» sobre Dullin. Todavía la víspera de su muerte había llegado una carta: la casa de Ferrolles estaba tan hipotecada que había sido vendida a unos campesinos.

Dejó también una especie de diario íntimo, extraño conjunto de hojas sueltas, lilas y transparentes, de diversos formatos, cubiertas de una escritura grande y desordenada, en tinta verde, violeta o roja. Enlaces y correcciones hacían ilegible el texto, escrito desde 1960 hasta su muerte. Del culto a Lucifer, Camille había pasado al de ciertos santos, curiosamente elegidos: lamentaba que se le diera tan poca importancia a la Comunión de los Santos y que se olvidara el día de Todos los Santos, por el de los Difuntos. En lo alto de cada página, indicaba la fecha y el nombre del santo al cual le consagraba ese día. Escribía en letras grandes: Oración, indicando si ésta había sido mediocre o excelente. También invocaba al Padre y a Jesús, pidiéndoles protección. Hablaba mucho de las «Presencias». Anotaba: «Esto le gustará a mamá.» Se sentía «inspirada», «arrastrada» por una fuerza interior que

la hacía bajar al almacén justo antes de que cerrara, o ir a buscar un pollo a la rotisería en el momento preciso en que salía del horno. Sus preocupaciones eran sobre todo alimentarias o higiénicas. Anotaba lo que comía, los vasos de agua mineral que había tomado, las drogas que había absorbido y la calidad de su sueño. Dos o tres veces hablaba de lecturas: Walter Scott, y Michelet; de música: Berlioz, escuchado en la radio. Casi no hablaba de sus excesos alcohólicos: pero señalaba que acababa de atravesar un período «borrascoso» o un período de «tinieblas». Por momentos se daba cuenta de la suciedad en que vivía. En 1964 hablaba de limpiar su «material de cabecera», como condición necesaria para el «trabajo». Otro día, decide que la portera vacíe sus cubos de basura. Su contenido demuestra que acaba de pasar por un «período de tinieblas». Hacerlos vaciar le daba la impresión de una «absolución».

No me imaginaba que sus papeles fueran tan pueriles. Aún hoy me asombro de ello. El vacío que habíamos descubierto al leer sus escritos la había invadido toda; el alcohol y la soledad habían terminado por destruirla, naufragando en la inconsistencia. ¿Pero cómo explicarse esta debilidad original? Sólo su infancia podría haberla explicado. Nos la había contado por medio de una figura legendaria, pero ignorábamos la verdad. Faltos de esta clave, toda su historia y el naufragio de sus últimos años siguen siendo un misterio para mí.

Después de la muerte de Bourla, Lise no soportó más vivir en Francia. Finalizada la guerra, se ligó a un seductor G. I., asistente de dirección en Hollywood y decidió casarse con él. No quería, pero quedó embarazada y él la convenció de que hiciera las gestiones necesarias para que pudieran reunirse en Estados Unidos. Se reunieron en el 46 y poco después tuvieron una niña. Cuando estuve en California, en el 47, registré que el matrimonio no andaba bien. La situación material era difícil, y ella lo tomaba como un pretexto para robar en los supermercados, cosa que irritaba e inquietaba a su marido. Ocuparse de la casa y del bebé la agobiaba. Descuidaba su arreglo, exhibiéndose en harapos en su casa. Tenía el mismo aire provocativo que en París. Cuando Jack la llevaba a un *party* se vestía de cualquier modo, a propósito, poniéndose zapatos toscos o sandalias de caminar. Atacaba con vehemencia a los productores célebres, a los directores triunfantes; los criticaba, los contradecía o se burlaba de ellos. Picaba salchi-

chones y sándwiches del *buffet*, con los que llenaba una gran cartera; una vez la cartera se abrió: ella se rió mucho, y Jack nada. Llegaba a escamotear un lápiz, un reloj, un prendedor. Jack le pedía inútilmente que renunciara a esas maniobras. Muy bien educado y muy dueño de sí, se mostraba siempre cortés con ella, pero a veces su impaciencia se hacía evidente. Ella lo acusaba de plegarse con demasiada complacencia a las costumbres de Hollywood y de tomarse en serio. Tenía impulsos de exuberante ternura; tomaba a su marido por la cintura, lo levantaba en el aire, diciéndole que lo adoraba. Pero por un sí o por un no, su voz se volvía quejumbrosa, rezongaba, ponía mala cara. Pasaba incluso a los hechos. En una carta que recibí poco después de mi vuelta a Francia me contaba que Jack había vuelto más tarde de lo debido de una reunión y que ella le había volcado un balde de agua en la cabeza; ella lamentaba ese gesto demasiado «rutinario».

No me sorprendió demasiado cuando en setiembre de 1949 supe que sus relaciones se habían deteriorado del todo: «Voy a escribirte una carta muy triste. La causa de mi desesperación es larga de contar. En pocas palabras; creo que mi historia con Jack agoniza... Me siento tan miserable que me hace mal pensarlo... Me ha dicho que la idea de casarse conmigo lo había desesperado, que no había querido desdecirse porque me quería, pero que había deseado con todo su corazón que las gestiones no resultaran... Desde el comienzo, nuestra vida en común estuvo estropeada por las dificultades materiales... Siempre me sentí profundamente rechazada por Jack.

»Después de su partida sobrevino una mala época. El mundo estaba empequeñecido y vacío, el bebé en una edad insoportable, y mi única alegría consistía en ver a Jack por la noche y quererlo. Tenía a menudo crisis de desesperación, bajo la forma de un cierto resentimiento, de un odio contra Jack que estallaba a propósito de cualquier futilidad. Jack me reprochaba ser una furia pero nunca me ayudó con amor y amistad a que no lo fuera...»

Lise consideraba siempre que no la ayudaban bastante, que no le daban bastante; sólo Bourla había escapado a ese reproche; ¿pero qué hubiera pasado si su relación hubiera durado?

Las cosas no se arreglaban con Jack. Me escribió en octubre: «Es casi una historia muerta, un peor es nada, un remedio contra la soledad total en este país. Jack ha atravesado un período muy malo. Me decía hasta qué punto me despreciaba, hasta qué punto le era insopor-

Escaneado con CamScanner

table vivir conmigo. "I may have to live with you. I do not also have to like you." Ahora lo mismo me da conservar a Jack o perderlo.»

Decidió seguir cursos en la Universidad. Muy dotada intelectualmente, en seguida triunfó. El medio universitario le resultaba mucho más simpático que el del cine. Quedó fascinada en especial por una pareja de homosexuales, Willy, profesor de literatura inglesa, y Bernard, un joven estudiante. Quería compartir su vida, los seguía, los espiaba. Logró un día esconderse en un armario del cuarto de ellos para asistir a una de sus noches. Les hizo gracia, y Willy, sobre todo, se hizo muy amigo suyo. Abandonó a Jack por unos días para ir a vivir con él. En sus cartas me hablaba por extenso de Willy y con mucho entusiasmo.

Asistía a cursos durante diez horas por semana, y durante diez horas semanales enseñaba francés en la Universidad a partir de 1950. Hizo amistades que a Jack no le interesaban, como a ella no le interesaban las de él. Vivían de nuevo juntos, sin que ella creyera que eso fuera a durar. Con respecto a su hija Mary, su actitud era ambivalente. Al comienzo de cada carta se extasiaba con sus encantos, compadeciendo a sus amigas que ignoraban la maternidad. Al final, siempre me describía ásperamente las fatigas y las preocupaciones que entraña la educación de un hijo, acusando a Mary de tiranizarla. En cuanto a Willy, su entusiasmo se transformaba a menudo en acritud; estaba decepcionada. Quería acostarse de todos modos con él, no por deseo físico, sino para imponérsele. Le explicaba en nombre del existencialismo que la homosexualidad no es una esencia y que él probaría su libertad teniendo relaciones con una mujer; pero no logró convencerlo. Se fastidió, gritó, e incluso lo golpeó.

En el verano del 50, cuando la vi en casa de Algren, hablamos de sus problemas. Entre ella y Jack se abría un foso; lo abandonó en noviembre: «Viví las semanas más negras de mi vida, si exceptuamos las que siguieron al arresto de Bourla... Rompí con Jack, de mutuo acuerdo, después de pasar dos semanas con él a mi vuelta de Los Ángeles. Decidí vivir sola. Alquilé un apartamentito horrible. Los Ángeles es espantosamente siniestro. Willy, creyendo que había roto por él, tuvo pánico y rompió conmigo de golpe. De noche, cerraba los dientes con desesperación y esperaba que la tormenta pasara. Jack venía a verme de cuando en cuando, pero era todavía peor que si no lo viera.»

Jack le daba algo de dinero, pero él casi no tenía. Willy vino a verla, pero para contarle cómo lo hacía sufrir Bernard. La vida le resulta-

ba muy amarga. Se hizo un nuevo amigo, Bertie, un físico que le gustaba mucho; pero él no quería dejarse arrastrar por una relación con ella. Él también se sentía atraído, pero al mismo tiempo asustado, y ella sabía por qué. Me escribió con mucha lucidez: «He adquirido una técnica mejor con la gente: no les rompo las gafas; no los amenazo con el puño. Mi tiranía es sutil, pero existe.»

Gracias a Bertie se sentía menos desgraciada. Escribió en inglés una hermosa novela –que no logró publicar– sobre sus relaciones con su hija. Pero quedó trastornada cuando Jack le anunció que quería divorciarse: «Estoy completamente metida en mí misma, sin tener ninguna comunicación. Por un lado me doy cuenta de que no puedo querer a nadie, por otro no quiero que eso sea así. Tengo demasiado miedo de arriesgarme. Esto debe de ser la consecuencia de la historia de Jack, o quizás no, quizás se remonte más lejos. Cuando Jack me pidió que empezara los trámites, por razones increíbles, me sentí realmente sola en el mundo, estuve a punto de derrumbarme. Todo lo que había hecho carecía de sentido. Esos tres años me parecieron una absurda pérdida de tiempo. Ni siquiera tenía un marido, y ser profesora de francés no me daría las satisfacciones que necesitaba.»

Trabajaba duramente para mantenerse: «Por la mañana en un jardín de infancia, por la tarde tengo mis cursos de la Universidad y clases particulares; por la noche y el domingo durante todo el día trabajo en un *drugstore*. Trabajo alrededor de cincuenta y cinco horas a la semana, y con eso apenas consigo salir a flote. Cuando estoy libre, me ocupo de los dos chicos de una vecina, porque ella se ocupa de Mary mientras trabajo. Si esto dura, voy a volverme loca.»

Esto no siguió gracias a Bertie. Su amor por Lise dominó sus aprensiones. «En principio soy yo quien le hace la corte a Bertie, pero en los hechos debe de estar contento, aunque confiese su gran terror de ser comido vivo. Pero tiene una gran confianza en mí y piensa que voy a ser una gran escritora. Yo pienso que él va a ser un gran físico. Por lo tanto, estamos en el mejor de los mundos.» Poco después se instaló en casa de él. Al regreso de su viaje a París, en el verano del 54, me escribió que Bertie había comprado una casa soberbia, en pleno campo, en lo alto de una colina cubierta por un jardín. Parecía del todo feliz. Pero después de un año de silencio recibí una carta desconsoladora:

«Mis rodillas empezaron a molestarme. No podía sostenerme de pie y tenía dolores espantosos en las articulaciones. Me operaron las dos,

Escaneado con CamScanner

me sacaron un hueso de doce centímetros de cada uno de los muslos, y me los injertaron en las dos tibias; me remodelaron ambas rótulas; la operación duró cinco horas y salí enyesada, con aparatos hasta las caderas para dos meses y medio. Después, en casa, me pasé un mes más con el yeso. Dormía a lo sumo dos horas con narcóticos y me despertaba con dolores de cabeza y de piernas espantosos... Dos horas después del decreto final de mi divorcio con Jack, me casé con Bertie, en una silla de ruedas y enyesada. Ahora estoy curada; hoy por primera vez he montado en bicicleta.»

Estaba curada, había decidido terminar derecho y llegar a ser abogada. ¿Era feliz? Sus cartas se iniciaban siempre con una descripción entusiasta de su vida: Bertie era un ángel, el jardín magnífico. Luego se desbocaba contra Mary, acusándola de hacerle la vida imposible; se quejaba de su condición; no quería convertirse en un ama de casa americana.

También en sus relaciones conmigo oscilaba entre el afecto y el rencor. Sus cartas eran cariñosas, pero deslizaba en ellas observaciones desagradables. Cuando obtuve el premio Goncourt, me reprochó en broma habérselo robado a candidatos más jóvenes. Lo pasé por alto. Pero dejé de escribirle cuando supe que decía de mí cosas tan desagradables como falsas. Durante algunos años no supe nada de ella, salvo que había tenido un varón. Luego amigos comunes me dieron noticias suyas. Adoraba a su hijo, pero con Mary se mostraba tan caprichosa y tan despótica que la pequeña había tenido trastornos neuróticos. El psiquiatra había recomendado que se la alejara de su madre. Lise había aceptado y la niña había sido confiada a su padre. Los vi más tarde en París; era una graciosa adolescente que parecía haber recuperado un perfecto equilibrio.

A fines del año 60, me encontré con Willy en París. Me contó que Lise había querido otro niño; pero durante el parto había tenido convulsiones y el bebé había muerto estrangulado. Había quedado desesperada, y más porque los médicos le prohibían un nuevo embarazo. Me escribió al poco tiempo para contarme la muerte de su bebé, agregando: «Tengo una enfermedad rara en la sangre, algo que falta, una proteína, y me cuesta vivir con estabilidad, pero fuera de eso somos muy felices.» Me enviaba una foto suya con su niño. Todavía era bastante hermosa, pero ya no tenía aquella mezcla de ternura y de violencia que la hacía más seductora. Se había americanizado y endurecido

uniformemente. Le contesté con una cartita amistosa y de nuevo nuestra correspondencia se detuvo.

Poco después supe que Lise había empezado a padecer crisis de asma. El polen de las flores, en especial, la perjudicaba. Hizo arrancar todas las plantas del jardín y recubrir la colina de cemento. En el interior no soportaba otros materiales que la madera y la piedra: los cuartos eran de una desnudez glacial. Acumulaba una cantidad impresionante de objetos de cualquier tipo: máquinas de escribir, plumas, lápices, relojes. Su asma empeoró. Decidió que no podía soportar la atmósfera de Los Ángeles, donde el aire está cargado de niebla y de polvo; Bertie aceptó instalarse con ella en San Francisco. Allí, para que Michael no siguiera siendo un hijo único, adoptó a una niña. Su asma la atormentó menos. Pero tenía trastornos, de naturaleza epiléptica, al parecer, que se traducían en convulsiones o en terribles dolores de cabeza.

Un psiquiatra que la conocía me dijo que asma, convulsiones y jaquecas tenían un evidente origen psicosomático. Había quedado marcada por su infancia, por su condición de apátrida, por el terrible choque de la muerte de Bourla. Su ruptura con Jack le había deparado un nuevo golpe. La devoción de Bertie no había alcanzado para curarla de todas sus heridas. Quería ser feliz y hacerlo feliz; pero la desgracia se había insinuado en su cuerpo.

En abril del 67, Lise me anunció por telegrama su llegada a París, pidiéndome que la telefoneara al hotel Scribe. No reconocí su voz, gruesa y masculina. ¿Estaba resfriada? Me dijo que no, sorprendida. Cruzaba París, acompañando a su marido a Moscú, a un congreso científico. Convinimos almorzar juntas al día siguiente.

Al día siguiente, a la una, espié la calle desierta con un poco de aprensión. ¿Hasta qué punto el tiempo y la enfermedad habrían cambiado a Lise? ¿Podríamos tener contacto aún? Es extraño esperar que el pasado resucite bajo una figura desconocida. Estuve mucho tiempo en la ventana. Al fin, con mucho retraso, se detuvo un taxi; bajó una mujer; llevaba gafas de montura de carey, una larga falda de un azul chillón, botas altas, una blusa de felpa que descubría enormes brazos; tenía en las manos un cepillo que al caminar pasaba por el pelo con gesto maniático. Un hombrecito con canastas en la mano y un aparato fotográfico en bandolera trotaba detrás de ella: su marido. Grandes gritos resonaron en el vestíbulo: «¡Castor! ¡Castor!», llamaba

Escaneado con CamScanner

Lise con su gruesa voz. Abrí la puerta; me abrazó con exclamaciones y risas. Recordaba a esas cuarentonas americanas, en las que hace estragos el alcohol y la neurosis, que aparecen en tantas películas. Las botas y la falda escondían bien que mal piernas y rodillas monstruosamente infladas. «He venido tarde a propósito, para ver qué me decías», me desafió. Luego, con ruidoso entusiasmo, sacó de su canasta regalo tras regalo: un brochecito muy feo, un gran reloj de péndulo cuya pila se cambia una vez por año y al que nunca se le da cuerda, un paquete de rótulos, papel adhesivo cuyos diversos usos me explicó con vehemencia, una serie de imágenes de relojes con pronombres masculinos y femeninos; me los mostraba con tanto escándalo que tuve la penosa impresión de que su enfermedad la había entontecido.

«El reloj es un regalo que le hice a Bertie para su cumpleaños –me dijo–. Quería guardarlo y nos peleamos, por eso llegamos tarde.» Muy molesta, quise devolverle lo suyo a Bertie. «Podemos comprar otro en San Francisco», objetó ella, y él asintió, con un signo. Todavía no había abierto la boca.

Miró en su derredor: «¿En qué estás, qué es lo que haces?» «Siempre lo mismo, escribo.» «Pero ¿por qué?», me dijo con aire afligido. Invoqué el único argumento que podía impresionarla: «Porque me da dinero.» «Ah, claro, es un motivo», convino.

Bertie cargado con la canasta de Lise, Lise con su cepillo en la mano, estuvimos en el restaurante. Ella pidió caracoles, que comió haciendo ademanes de glotonería y vociferando: «¡Están for-mi-da-bles!» Parecía jugar a ser la caricatura de la joven que había sido. Todo era exagerado, sus frases y sus gestos; sus movimientos parecían escapar a su control, echándose hacia adelante o hacia atrás, con brusquedad.

Comió poco: «No tengo derecho ni a beber ni a fumar ni a comer mucho, y como éste es muy celoso, no me queda nada», dijo riéndose, con una coquetería que la desgracia de su cuerpo volvía chocante. En cambio habló mucho, y casi únicamente de sus niños. Adoraba a su hijito y había decidido por su bien que no fuera un hijo único. Pero cuando adoptaron a Lily, Michael se enloqueció de celos; comenzó a desobedecer, a romper todo, a tirar a la basura los objetos que Lise amaba, a prender fuego a las cortinas. No logró dominarlo, y entonces lo puso de pupilo en la escuela militar. «Al comienzo, Bertie no estaba contento. Me decía: ¡Ah no! No vas a empezar como con Mary. Pero luego comprendió», concluyó sonriendo a su marido, que no respon-

dió nada. Pensé que había adoptado el partido de «comprender» muchísimas cosas. Habló con ternura de Lily: «Es tan interesante una niñita.» Pero en seguida se quejó de haber tenido que estar durante dieciocho meses de la mañana a la noche sobre la niña para enseñarle lo que había que hacer y lo que no. Al preguntarle si había leído algún libro interesante, exclamó: «¡Leer! ¡Ni siquiera un diario! ¡Tú no sabes qué absorbente es educar a un niño!» Como Michael, Lily se vengaba de tanta solicitud rompiendo, tirando o quemando cosas. «Pero ahora se porta bien», me dijo Lise, mostrándome la foto de una graciosa niñita, en cuyos ojos se leía «el extravío de las bestias domadas». En seguida me habló de su perra, un enorme animal al cual adoraba, diciéndome orgullosamente: «Le enseñé a hacer sus necesidades en el baño, como una persona. Me costó, pero la adiestré.» Ese gusto por el «adiestramiento» era nuevo en Lise, y me pareció espantoso.

Lise había hablado tanto que Bertie y yo ya habíamos bebido el café antes de que ella terminara sus fresas con nata. «Me las llevo», dijo. Protesté: podíamos quedarnos un momento más en la mesa. Pero estaba empeñada en comerlas en la calle. Parodiaba de nuevo sus costumbres de juventud. Vaciada interiormente por los medicamentos con que la atiborraban, disfrazaba ese vacío copiando maquinalmente sus viejas actitudes. Al tomar el taxi una hora después, se quejaba de un violento dolor de cabeza. Supe que no bien llegó al hotel se había metido en la cama.

De vuelta de Moscú traía un traje de tela gris, bastante corto y feo, adornado de pompones azules. «En el fondo, no puedo quejarme –me dijo–. Podría ser peor; puedo andar.» Estaba encantada de su viaje, pero no había visto nada; casi todo el tiempo había estado en su cuarto. Vació sobre el piso un gran bolso de plástico y me dio sobres de un gran hotel de Moscú. Luego, siempre con grandes gestos y voz chillona, me describió su vida en San Francisco, de una total soledad, porque no conocía a nadie. Había estado a punto de no poder partir porque no podía confiar a Lily a nadie; en el último momento la madre de Bertie había aceptado encargarse de ella. Antes de despedirse de mí, Lise me preguntó: «En realidad, ¿por qué estábamos peleadas?» «Por cosas que tú habías dicho.» «¡Ah! Puede ser. Cuando bebo digo cualquier cosa.» Yo sabía que ella no bebía, pero no insistí.

De vuelta a Estados Unidos me escribió. En el sobre había hecho *collages* y dibujos coloreados: uno de esos dibujos divertidos que anti-

Escaneado con CamScanner

guamente le gustaba realizar. Su carta era divertida: preparaba su último examen de derecho y estudiaba el asunto de los testamentos: «A juzgar por los testamentos, nuestra especie es extraña», deducía. Si era capaz de proseguir estudiando, estaba menos dañada mentalmente de lo que me había parecido; sin duda en París, el cansancio del viaje y sus emociones habían agravado su estado.

Un año después, llamaron a mi puerta una mañana. No reconocí en seguida al hombrecito de sombrero redondo que llevaba en bandolera una caja cúbica; pensé en un pescador de caña. Detrás venía Lise, que se me abalanzó con rugidos de amistad. Desempacó bonitos regalos: un reloj de pulsera eléctrico, una pluma Parker último modelo, camisas de cuadros para Sartre. Bertie iba a un congreso en Poitiers. Antes harían un viaje por Italia. Nos dimos cita.

Vi a Lise tres o cuatro veces durante los diez días que pasó en París. Me pareció un poco menos hinchada, un poco menos desajustada que en su viaje anterior. Sin embargo, acababa de tener espantosos dolores de cabeza durante cuarenta y ocho horas seguidas. Expedía un desagradable olor a farmacia; en cuanto se sentía fatigada, empezaba a sudar, las piernas le temblaban y debía tomar un medicamento a base de éter. Todavía gesticulaba mucho. Se vestía con un sorprendente mal gusto. Llevaba una banda verde en el pelo, un traje blanco con lunares verdes y un abrigo de terciopelo naranja. Su actitud hacia Bertie era menos amistosa. En mi casa lo hacía sentar sobre sus rodillas y lo mimaba, cosa que él soportaba con un aire algo crispado. Pero a la vez se permitía decirle las cosas más desagradables y humillantes sin que él reaccionara. «¿Ahora qué he hecho?», murmuró sin embargo una vez, porque Lise lo apostrofaba con aire vengativo. Ella pretendía que una vez él se había enojado tanto con ella que había estado a punto de pegarle; para defenderse, había aprendido karate: él también. En la calle fingieron un combate con un ardor ficticio que me puso incómoda. Lise demostraba menos respeto por el prójimo que antes. Al fin de la comida, sacó del bolsillo una pequeña bolsita impermeable y pretendió guardar el resto del estofado que había dejado en su plato. «Allá se hace –me aseguró–. Se dice que es para el perro, pero nadie se engaña.» Conseguí que sólo se llevara algunas frutas. Después de un almuerzo me dejaron para ir a las Galerías Lafayette a comprar un oso para Lily y escobas para Lise; las que se vendían en Estados Unidos no le servían. La víspera de su partida aún no había encontrado la es-

coba de sus sueños; contaban con buscarla todavía a la mañana siguiente antes de la salida del avión.

Lise estuvo más cordial conmigo que de costumbre. La mujer del profesor que dirigía sus estudios gustaba de mis libros y la había influido. Me felicitó calurosamente por *La mujer rota*, que había leído en voz alta con Bertie. Nos filmó en la calle. Me alzó y me hizo dar vueltas, exclamando: «¡Pobre Castor, está toda incómoda!» Sobre todo hablamos de su salud; de su madre, a la que había hecho ir a los Estados Unidos, y que se había sentido muy desgraciada porque no sabía ni una palabra de inglés. Se habían peleado; según Lise, su madre había tenido la culpa. Había muerto de cáncer en el hospital sin que se hubieran vuelto a ver.

Desde Venecia Lise me mandó una cartita melancólica. No estaba contenta de Bertie y se aburría. Dejó que volviera solo a Estados Unidos y ella se quedó algunos días en París. Durante el verano, no nos escribimos. A fines de noviembre recibí una carta de Bertie: «Tengo algo terrible que comunicarte». Pensé: se divorcian. Y luego leí lo siguiente: «Lise ha muerto.» Se había metido en la cama un lunes con una gripe; el jueves Bertie le había propuesto hacer venir a una enfermera mientras él paseaba a los niños, y ella no había querido. A la vuelta, Bertie entró en su cuarto y la encontró muerta. No supe nada más.

Un mes más tarde, recibí un paquete que llevaba en el lugar destinado al remitente el nombre y la dirección de Lise. Dudé un momento, estúpida ante aquel regalo de ultratumba. Era uno de esos cakes de frutas que fabrican en Estados Unidos para Navidad y que hay que encargar con mucha anticipación. Me lo había hecho enviar dos días antes de enfermar.

Desde 1960, Giacometti se sentía mal. Sufría crueles dolores de estómago que lo tenían muy inquieto. El doctor P., su médico y amigo, le aseguraba que era una gastritis, pero no por eso estaba menos preocupado. Trabajaba con más encarnizamiento que nunca y esa sobrecarga de trabajo contribuyó a deteriorarlo: llegó a desvanecerse en su estudio. Descontento por no haberle podido «torcer el cuello» a la escultura, preocupado por su salud, estaba mucho menos alegre que antes y menos abierto al mundo. Nuestros encuentros eran más fríos: nos parecía lejano.

A comienzos de 1963, los especialistas le dijeron que tenía una úlcera en el estómago y que había que operar. Lo vimos en la clínica, después de la intervención que había ido muy bien. Su rostro estaba distendido; se sentía liberado y esperaba impacientemente el momento de ponerse a la obra.

Poco tiempo después, Annette –su mujer– quiso ver a Sartre. En muchos puntos él se parecía a Giacometti, pensaba ella, y era el más indicado para responder a su pregunta: ¿debía o no confesarle que tenía un cáncer? Se lo había planteado al cirujano, que le había preguntado secamente: «¿Es por un problema de intereses? ¿Usted quiere que él tome determinadas disposiciones?» «No, de ningún modo.» «¿Usted es creyente?» «De ningún modo.» «Entonces, ¿para qué ponerlo al corriente?» Ella había discutido. Él se había acalorado. Moralmente, aseguró, nada era más peligroso para un enfermo de cáncer que saber su estado. Si Annette se lo revelaba, él y el doctor P. la desmentirían. Quería saber la opinión de Sartre: «Yo le he hecho prometer a Castor que no me ocultará nada», le contestó. Según él, cuando un hombre ha asumido su vida tratando de no mentirse nunca, tiene el derecho de mirar la muerte a la cara y de disponer, con toda lucidez, del plazo que le está acordado. Además no se trataba de sugerir a Giacometti una condena brutal. Quizás estaba curado. De todos modos, a su edad, el cáncer evoluciona muy lentamente.

Durante toda la discusión, hablamos varias veces de un caso muy diferente, el de la mujer de Pagniez. «Morirá en un año», había dicho el médico. Nos había parecido bien que Pagniez quisiera guardar el secreto. No tenía que tomar ninguna disposición; en cama, debilitada, con la cabeza un poco confusa, ¿para qué infligirle un año de agonía moral? Se extinguió calmadamente, creyendo siempre en una próxima curación. Pagniez sabía que engañándola le hacía bien, pero él sufría con una mentira que los separaba cuando siempre habían sido transparentes el uno para el otro.

Annette sentía algo análogo. Sartre terminó por convencerla. Nos dejó casi resuelta a hablar.

No lo hizo en seguida. Habíamos cenado dos o tres veces con Giacometti, que parecía no sospechar nada. Estábamos embarazados, casi avergonzados, de saber algo muy importante sobre él que él ignoraba. Nos parecía indigno de él que se hiciera ilusiones. Annette estaba en un suplicio. La comedia que representábamos nos parecía una traición.

Escaneado con CamScanner

Partieron para Stampa. Una noche recibimos una llamada telefónica de Suiza: Giacometti agradecía a Sartre el consejo que le había dado a Annette. Acababa de saber la verdad. Su cirujano le había entregado una carta destinada al médico italiano que lo cuidaba en Suiza. Con sorprendente aturdimiento, éste, que no sabía bien francés, le había pedido a Giacometti que se la tradujera. Se trataba de un cáncer, explicaba el cirujano, pero la operación había tenido éxito y él no sospechaba nada. Nadie dijo nada. Cuando Annette y Giacometti estuvieron a solas hablaron primero a medias palabras: él no sabía si ella ya estaba enterada, ni si había entendido bien la carta; ella se preguntaba si él la había entendido a fondo. Terminaron por hablar con total franqueza y, en el teléfono, Giacometti parecía extraordinariamente feliz. ¿Su ignorancia había sido total, hasta ese momento? Probablemente no. Tenía dudas y las afrontaba sin recursos. Ahora no estaba solo. De la sospecha a la seguridad hay menos distancia que de la separación al acuerdo. Por eso se sentía ahora mucho más cómodo. Al regresar a Francia, tuvimos conversaciones tan distendidas y tan alegres como en el pasado.

En cambio, se peleó más o menos con el doctor P. No sólo porque éste había elegido mentirle, sino porque le había confesado que varios años antes había visto en una radiografía manchas significativas. «Me callé, porque no quería que te sintieras vivir en la piel de un enfermo», le explicó.[16]

En enero del 64, la madre de Giacometti cayó enferma y murió. Quedó desconsolado. La había querido profundamente; había sentido una gran alegría cuando, unos años antes, ella había reemplazado un cuadro de su padre que tenía a la cabecera de su cama, por uno de él. En 1958 le había hecho un hermoso retrato lleno de ternura.

No lo vimos mucho ese año. Ante mi gran asombro, al volver de la U.R.S.S., en julio, supimos por Olga que estaba molesto con Sartre por un pasaje de *Las palabras* que aludía a él. En un bar de Montparnasse, le había oído decir a su amigo Lotar: «Estoy contento de que Sartre no vuelva hasta julio. En ese momento yo me habré ido, y no lo veré hasta el otoño; tendré tiempo de olvidar.» Estaba muy sombrío. Como ella le preguntó si su trabajo andaba bien, le contestó con un aire siniestro: «Necesitaría diez años.» Como iba a haber el año próxi-

16. Más tarde se arrepintió amargamente de un silencio que quizás le costó la vida a Giacometti. Murió poco después que él.

mo una gran exposición de sus obras en Nueva York, Lotar le preguntó si iría. «¿El año próximo? ¡Ah, si fuera mañana!», murmuró. Luego reaccionó: «Aunque fuera mañana, no iría a Nueva York.»

Se explicó con Sartre en octubre: «No estaba molesto, sino desorientado», le dijo. En *Las palabras* Sartre había contado, según una conversación con Giacometti, que éste, atropellado por un coche en plaza Italia, había pensado durante un instante: «Al fin me pasa algo.» Y Sartre comentaba: «Admiro esta voluntad de aceptar todo. Si a uno le gustan las sorpresas, hay que aceptarlas hasta ese punto.» Ahora bien, el episodio había tenido un sentido muy distinto. Giacometti tenía que irse a Suiza y lamentaba abandonar a una mujer a la que amaba; al salir de su casa, en la plaza de las Pirámides, fue atropellado por un coche y en la ambulancia que lo transportaba se alegró de un accidente que lo retenía en París. Si Sartre había podido hacer de esta historia un relato tan inexacto, él dejaba de ser quien era. «Pero es *tu* relato el que yo retomé», objetó Sartre. Si la reacción de Giacometti hubiera sido tan insignificante como decía hoy, nosotros apenas la habríamos registrado, y a decir verdad ni siquiera sabríamos por qué nos la habría contado. La diferencia entre ambas versiones tenía su origen evidentemente en él, pero no logramos explicar la cosa. De todos modos nos pareció curioso que se tomara este asunto tan a pecho. Es cierto que tenía una gran preocupación por recuperar su pasado. Siempre le había gustado volcarse hacia su infancia y su adolescencia; hoy no se cansaba de evocarlas.

En el 65, hubo grandes exposiciones de sus obras en Londres, en Nueva York, en los alrededores de Copenhague. Él, que detestaba viajar, fue a las tres con Annette. Sin embargo –nos lo dijo ella más tarde– estaba roído de ansiedad y aun caía en verdaderas angustias a propósito de las más pequeñas cosas. Durante el cruce del Atlántico, cuando entraba en su cabina por la mañana, lo encontraba sentado en la cama con la mirada fija. «Quédate si quieres, pero cállate», le decía; esto no era común en él. Rumiaba así durante largos ratos. En sus fotos de Nueva York ha envejecido mucho y su expresión está endurecida. No es un azar que sus últimos bustos, que representan a su amigo Lotar, tengan algo de aterrador: en sus grandes ojos asustados ha retratado su propio desconcierto.

En otoño, su médico, encontrándole el corazón fatigado, le aconsejó adelantar la estadía que después de la operación hacía cada año en

una clínica suiza. Partió solo. Un telegrama llamó a Annette a su cabecera: sus pulmones estaban afectados, y andaba mal. Lo encontró muy cambiado. Se hubiera dicho que desde el momento en que se había metido en la cama su cuerpo había renunciado a defenderse. ¿Comprendió que su fin se acercaba? Hacía sus balances: «Mi obra, sí, la he logrado», murmuró. Estas palabras reconfortaron a sus amigos que lo habían visto dudar tantas veces. Permaneció dos días en estado de semicoma antes de exhalar su último suspiro, el 1.º de enero de 1966.

No me puse realmente triste. Enteramente ganado por sus obsesiones y sus recuerdos, ya lo habíamos perdido. Había conquistado toda la gloria que podía desear. Y me parecía que su obra estaba terminada. Quizás lo que ahora intentaba era contradictorio: conservar el sentido general y abstracto del rostro humano, manteniendo su singularidad.

En el 68 tuvo lugar en la Orangerie una gran exposición de sus obras. En lo alto de la puerta de entrada, se leía en grandes caracteres su nombre y la fecha de su nacimiento y de su muerte. Las miré mucho rato, con una especie de incredulidad. Había caído a pique en la Historia, tan embalsamado, tan lejano como Donatello: mi propia vida se veía despedida al fondo de los tiempos. Las salas no estaban bien dispuestas: se veían primero las grandes obras de su madurez; luego se pasaba a la época surrealista y luego se volvía a su madurez. Para mí, sus pinturas y sus dibujos se fueron haciendo más y más hermosos con el paso de los años. Pero para la escultura su época más grande es la de posguerra, de 1945 a 1952. Luego tuvo logros, pero en su conjunto su búsqueda no tiene salida. Su último busto, el de su amigo Lotar, es de una extraordinaria intensidad. El público estaba desconcertado: Giacometti no le parecía ni tan moderno ni tan convencional para seducirlo. En cambio, los visitantes de la fundación Maeght, en Saint-Paul de-Vence, son casi todos admiradores calurosos. Las grandes estatuas de los hombres en marcha cobran todo su sentido en este ámbito. Hoy hay esculturas y pinturas de Giacometti en numerosos museos y siempre siento un sacudimiento en el corazón cuando me las encuentro.

Después de que explotara una bomba en la puerta de su casa, Mme. Mancy abandonó su apartamento; ya no vivía allí cuando un segundo

Escaneado con CamScanner

atentado la destrozó. Se había instalado en un hotel, en el bulevar Raspail. Ese cambio de casa no le había sido demasiado penoso. En la calle Bonaparte tenía que subir seis pisos, y aun auxiliada, los trabajos domésticos la cansaban. El hotel la liberaba de esas cargas. Pudo rodearse de sus muebles, de sus adornos, de sus libros preferidos. Se divertía con la compañía de las jóvenes criadas. Sartre ya no vivía con ella, pero había encontrado un estudio próximo y la veía muy a menudo. Pasó tres o cuatro años felices. Recibía visitas, leía, veía la televisión y sobre todo oía música. De familia de músicos, tocaba muy bien el piano; dotada de una hermosa voz, hubiera deseado ser cantante; aunque en pintura tenía mal gusto, y sólo leía obras fáciles, le gustaba la música con pasión y criterio; no la asustaban las obras modernas; en su casa escuché por primera vez, por radio, el *Wozzeck* de Berg. Cuando hacía buen tiempo, se paseaba por el barrio o iba en taxi a las Tullerías. Por la noche, acostada, se acordaba de su infancia y de su juventud: «Nunca me aburro», decía. Era coqueta, cuidada, casi siempre vestida de azul marino, con un toque blanco; los tacones altos hacían valer sus hermosas piernas. A los ochenta y dos años, su silueta era todavía espigada y elegante, y como cubría sus cabellos blancos con un sombrero, le ocurría que a veces la seguían en la calle.

De niña, había estado oprimida por Mme. Schweitzer, que sería una anciana encantadora, pero que fue una madre autoritaria y egoísta; en sus fotos de niña, la pequeña Anne-Marie tiene el aire perdido. Casada sin alegría, enviudó pronto y volvió a vivir en el hogar de sus padres. Deseando su independencia, preparó un concurso de inspectora de trabajo; y creyó actuar en el interés de su hijo aceptando casarse con un ingeniero que desde hacía mucho la solicitaba. Tampoco esta unión fue dichosa: «Dos veces fui casada y madre, y seguí virgen», decía en su vejez. Autoritario, duro con los demás como consigo mismo, encarnando austeramente las virtudes burguesas, el «tío Jo» fue perfecto con su hijastro; pero éste no compartía ninguna de sus ideas, y cuando creció hubo entre ellos frecuentes choques. Después de haber leído el comienzo de *L'enfance d'un chef*, devolvió a Sartre su ejemplar de *El muro*. Nunca se planteó un encuentro entre nosotros. Sumisa, devota, agradecida porque se había hecho cargo de ella y de su hijo, Mme. Mancy le daba siempre la razón. Pero añoraba la tierna intimidad que había tenido antes con su hijo; y trataba de seguir cerca de él. Muchas veces, sin decírselo a su marido, nos invitaba juntos a alguna confite-

ría. La vi, sola, durante la guerra. Pero fue en sus últimos años cuando nos quisimos mucho. Sin decírmelo, criticaba mi modo de vida. A mí me molestaban menos sus prejuicios que su aparente blandura. Hablaba con cortas frases quebradas, abusando, para atenuar el sentido de lo que decía, de los diminutivos. Por ejemplo, en los salones de té le preguntaba a la camarera: «¿Dónde están los bañitos?» Su tono era quejumbroso. Decía estar afligida por muchas molestias y nunca confesaba un placer. A sus ojos, la existencia era un conjunto de deberes fastidiosos. No se atrevía a dar una opinión personal. Su marido, aun ausente, controlaba sus pensamientos.

Pero admiré la discreción de que hizo gala cuando éste murió de una crisis cardíaca. Sartre estaba en América. Mme. Mancy no le dio la noticia, para que no abreviara el viaje. Deseaba apasionadamente vivir con él, y él, a la vuelta, aceptó. Ella encontró un apartamento en Saint-Germain-des-Prés. Instaló el escritorio de Sartre en la mejor habitación reservándose un saloncito y un cuarto para dormir. Eugenia, la vieja alsaciana que la ayudaba en la casa, dormía en el cuarto del fondo. «Es mi tercer matrimonio», dijo alegremente Mme. Mancy.

Pero esta vida en común le dio menos alegrías de las que ella esperaba. Marcada por las opiniones de su marido, tenía a menudo desacuerdos con su hijo, que éste no subrayaba, pero que a ella la incomodaban. Si por casualidad él la contradecía, le sobrevenían cóleras breves pero vivas, porque era de las que se le vuelan los pájaros por nada. Y muchas veces era ella la que lo atacaba. Se hacía de la vida literaria una idea más mundana que la nuestra; soñaba con recepciones que ella hubiera presidido. Le hubiera gustado que él buscara los honores y la publicidad. Fue ella quien en el año 45 firmó un papel pidiendo para él la Legión de Honor. Un día recibió la visita de un joven que se dijo americano; estudiante de un colegio de EE.UU., su hermana tenía por Sartre una veneración que compartían sus condiscípulos; le había prometido llevar de Francia fotos de su ídolo. Halagada, Mme. Mancy le confió fotos de Sartre bebé, niño, adolescente; aparecieron en la última página de *Samedi-Soir*, ilustrando un artículo venenoso. Avergonzada de su equivocación, nos recibió esa noche sollozando. Sartre la consoló. Pero a pesar de pedirle a raíz de eso que evitara toda relación con la prensa, ocurrió que muchas veces habló demasiado. Consciente de sus indiscreciones, se enojaba por los reproches que Sartre sólo en silencio le dirigía.

Totalmente devota de su hijo, como de su marido antes, se empeñaba en creer que le era imprescindible. Velaba por su comodidad material, pero hubiera querido que además siguiera sus consejos. Respetuosa de las jerarquías, del orden establecido, de los valores aceptados, sus actitudes la inquietaban. Como muchas mujeres «relativas» vivía preocupada. Si atacaban a Sartre en un diario se desolaba. Se enloquecía cuando daba una conferencia o estrenaba una obra. Muchas veces los ensayos eran agitados, y a ella le llegaban noticias que la carcomían de ansiedad. Temía que Sartre se indispusiera con el empresario del teatro, o con el director, o con el público. El día del estreno, se moría si registraba una crítica o si los aplausos le parecían tibios. En muchos casos nos preguntaba con insistencia si «todo iba bien». Siempre respondíamos que sí, y generalmente era verdad. Ella sospechaba que «andábamos con tapujos», y preguntaba a unos y a otros. Las actitudes políticas de Sartre le parecían especialmente lamentables y peligrosas.

Esos malentendidos, esas fricciones se atenuaron con el tiempo y desaparecieron. Terminó adoptando las opiniones de su hijo, y no sólo por docilidad. Levantándose contra los prejuicios que habían estropeado su juventud y contra las ideas que su marido le había impuesto, se vengaba de todos los que la habían tiranizado. En el 62 se sentía totalmente liberada. «Ahora, a los ochenta y cuatro años, vengo a liberarme de mi madre», nos dijo. Tan temerosa de las nimiedades, sin embargo, durante la guerra de Argelia fue totalmente solidaria de su hijo. Y soportó serenamente los dos atentados dirigidos contra su casa y las consecuencias que tuvieron para ella.

La aparición de *Las palabras* le produjo una gran alegría. El retrato que Sartre había esbozado de Mme. Schweitzer le chocó, y no reconoció a su hijo en el niño retratado por él. «No entendió nada de su infancia», le dijo a una amiga. Pero quedó conmovida por cómo él la describía y por la evocación de sus pasadas relaciones. Preveía, en cambio, que en el volumen siguiente hablaría de su padrastro de un modo que le resultaría desagradable. Él no lo escribió y ella pensaba que lo haría después de su muerte. No ignoraba que su nuevo matrimonio había quebrado algo entre ellos; a menudo me explicaba las razones que la habían impulsado; a pesar de asegurarle que Sartre las comprendía, seguía inquieta.

A partir de ese momento tuvo una nueva ocupación: resolvió completar *Las palabras* contando su propia historia y la infancia de Sartre

Escaneado con CamScanner

tal como la había vivido, y pasó meses cubriendo páginas: «Qué raro, yo pensaba que éramos una familia muy unida –nos dijo–. Nos veo por la noche, reunidos bajo la lámpara, mis padres, mis hermanos y yo. Pero ahora me doy cuenta de que no nos hablábamos. Cada cual estaba solo.»

Siempre había estado más o menos enferma, y con la edad sus dolencias se multiplicaron: tuvo reumatismo, dolores de cabeza, hipertensión y su corazón estaba delicado. Evitaba quejarse, aunque antes solía hacerlo. Una vez le declaró a Sartre: «Si tuviera que sufrir como estos días, preferiría morirme pronto.» Había llorado de dolor. Su vida se fue empobreciendo. El médico le prohibió que saliera con mal tiempo, pero aunque hiciera bueno temía que le diera un vértigo en la calle; se negaba a que la acompañaran en sus paseos, por orgullo y por consideración a los demás; no quería ser una carga para nadie y se confinó en su cuarto. La lectura y la televisión fatigaban su vista y le daban dolor de cabeza. La música despertaba emociones que fatigaban su corazón; muchas veces estuvo al borde de una crisis. Cuando la veíamos estaba alegre. En Navidad y Año Nuevo tomaba champaña con nosotros y reía alegremente. Pero cuando leyó *La edad de la discreción*, me dijo, aludiendo a la feliz vejez de la madre del héroe: «Yo no soy como ella; no encuentro alegre la vejez.» Pensaba mucho en la muerte, y había ido distribuyendo algunas de sus alhajas y adornos: «Prefiero regalároslos mientras estoy viva», decía. No la deseaba, porque su hijo era una razón de vida suficiente, pero no creo que la temiera.

En 1968 sus vértigos se hicieron cada vez más frecuentes y llegaba a caerse en su cuarto. Un radiólogo conocido, el doctor M., y un médico de la zona la controlaban a menudo, combatiendo su hipertensión y tratando, sin mucho éxito, de aliviar sus dolores.

Estuvimos tomando champaña con ella el 25 de diciembre. El jueves 2 de enero, cuando fui a verla, me dijo que los días anteriores había estado enferma, con vómitos. El viernes por la noche, mientras trabajábamos con Sartre, sonó el timbre; era el director del hotel. Mme. Mancy se sentía mal. Sartre se precipitó, llamando a una ambulancia; Mme. Mancy había tenido un infarto y sufría mucho. El cardiólogo le había aconsejado que en caso de accidente fuera al hospital Fernand-Widal, donde se ocuparían en forma especial de ella. Él estaba ausente pero no por ello la atendieron menos bien, y su dolores se

Escaneado con CamScanner

calmaron. Cuando Sartre la vio al día siguiente estaba contenta porque ya no sufría, muy lúcida, un poco sobreexcitada, sin duda por efecto de los medicamentos.

Al entrar en su cuarto el domingo, me sorprendí: no tenía puesta su dentadura postiza, sus cabellos estaban despeinados, parecía tener diez años más que de costumbre. Le fallaban algunas palabras y las reemplazaba por otras: «Si tuviera que quedar dos metros aquí, caería realmente enferma.» Se impacientaba: «Me estoy echando a perder.» Pero seguía teniendo su cabeza perfecta y toda su memoria. Aludió a una anécdota de un año atrás. Parecía curada.

Los días siguientes habló sin dificultad pero tuvo un pequeño delirio. La enferma que compartía su cuarto desapareció el martes por la mañana a eso de las siete para volver sobre el mediodía. El miércoles, Mme. Mancy le contó a Sartre que esta mujer «vendía cadáveres». La víspera había ido a Córcega para comprar el cadáver de un americano, que trajo por la tarde. «Quizás está acechando el mío» dijo, y preguntó si no habría que advertir a la policía. Cuando la vi al día siguiente me pareció muy fatigada. Se quejaba de un dolor en el brazo: por la noche la vecina había abierto una ventana y había tenido frío. La explicación no nos convenció. «Este no es un lugar para gente vieja», dijo. Desde las seis de la mañana un equipo de médicos empezaba a ocuparse de ella; durante todo el día le administraban inyecciones, medicamentos: era agotador... «Si me quedo dos meses, no salgo más.» Y dijo con tono raro: «No me imaginé que esto sería así.» *Esto*: ¿el fin, la muerte? ¿O simplemente estaba desilusionada por no tener un cuarto para ella sola como el doctor M. le había prometido? La experiencia, aun asombrándola, le interesaba; nunca había estado ni en una clínica ni en el hospital. Al final de nuestra visita divagó un poco. Se hablaba mucho en esos días del envío de hombres a la luna, y dijo: «Si vosotros llegáis a ir, no me prevengáis porque me voy a poner muy nerviosa.» En cierto modo era una broma, pero también un modo de averiguar si pensábamos hacer el viaje, y su tono era serio. Nos dio a entender que quería dormir. Ese día tuve la impresión de que estaba perdida.

El viernes por la mañana telefonearon a Sartre que su madre estaba en el Lariboisière: había tenido una crisis de uremia y allí estaban mejor preparados para cuidarla. Al llegar había tenido una hemiplejia, consecuencia frecuente del infarto. El dolor en el brazo, del cual se había quejado la víspera, delataba un trastorno circulatorio. Sartre la

Escaneado con CamScanner

encontró en uno de los compartimientos de una gran sala de reanimación, inconsciente, rodeada de aparatos destinados a hacer bombear al corazón, el brazo dependiendo de un gota-a-gota.

Mme. Mancy volvió al hospital Fernand-Widal, a una habitación aislada, donde diversos aparatos le mantenían una vida artificial. Estaba en coma. Su lado derecho estaba paralizado y su labio inferior un poco torcido; esto no la desfiguraba, pero su rostro era el de una moribunda: los ojos cerrados, los orificios nasales muy abiertos. Permaneció dos semanas en este estado. Dos veces la vi entreabrir los ojos, pero sin tener la impresión de que nos viera. Dos veces en mi ausencia sacó de entre las sábanas su mano válida, tomó la de Sartre y la estrechó; trató de sonreír pero su boca no la obedeció, y le hizo señas de que se fuera. Sin duda lo reconoció: ¿pero desde qué distancia?, ¿desde el seno de qué noche?

Cuando al llegar preguntábamos por ella, las enfermeras decían siempre: «No va peor que ayer.» Pero en su ficha decía: «Estado comatoso.» El jueves 30 de enero me dijeron por la mañana por teléfono: «No anda muy bien», y a Sartre: «Estado estacionario», lo que en realidad no era contradictorio. Cuando llegamos al hospital, una mujer con los ojos enrojecidos –una prima lejana– se precipitó hacia Sartre: «Acabo de ver a tu madre. Ha muerto muy bien.» Sartre se sobresaltó: «¿Muerto?» «Sí, hace media hora; dulcemente. Daos prisa si queréis verla; la llevan al Lariboisière.» Había hecho bien en prevenirnos: no encontramos a nadie en los corredores. Abrimos la puerta de su cuarto y nos encontramos a Mme. Mancy, toda blanca, la boca ligeramente entreabierta, pero no deformada, con su rostro de viva recuperado. La enfermera nos confirmó que había «pasado» sin darse cuenta. Sartre la volvió a ver al día siguiente en Lariboisière, y quedó sorprendido por la hosca dureza del semblante. Tuvo la impresión de que la vida había aplastado y deslavazado, sin quebrarla, a una mujer cuya constitución la disponía para la pasión, la tenacidad y aun la violencia. La vi por última vez la mañana del entierro: eran sus rasgos pero ya no expresaban nada.

«No quiero que me lleven a la iglesia», había dicho a menudo. Era vagamente deísta pero no pertenecía a ninguna religión y no creía en la inmortalidad. La llevamos directamente desde el hospital al cementerio en donde su familia y sus amigos se habían reunido. Al día siguiente vaciamos su cuarto del hotel. Contenía muy pocas cosas, ya

que al dejar el apartamento se había desembarazado de casi todo lo que poseía. Sartre dejó a las criadas la televisión y la mayor parte de su ropa. Guardamos en maletas los objetos que queríamos conservar o distribuir. Bastó una hora para que los últimos vestigios de una vida fuesen borrados para siempre.

El doctor M. había dicho a Sartre al día siguiente de la hemiplejia: «Como médico, tengo que hacer que su madre sobreviva el mayor tiempo posible. Pero si fuese su hijo, querría que muriera.» Eso significaba que si escapaba de ésta, quedaría estropeada y paralizada. Era una posibilidad a la que siempre le había temido más que a la muerte. Para sobrevivir unos pocos días mi madre había pasado por horribles sufrimientos. ¿Sobre qué se funda esta feroz deontología que exige la reanimación a toda costa? Bajo pretexto de respetar la vida los médicos se arrogan el derecho de infligir a los seres humanos no importa qué tortura y qué decadencia: es lo que ellos llaman cumplir su deber. ¿Pero por qué no aceptan cuestionar el contenido de esa palabra *deber*? Una anciana corresponsal me escribía hace poco: «Los médicos insisten en conservarme, aunque estoy enferma y paralizada, ¿pero por qué, señora, por qué? No digo que maten a todos los viejos, pero que dejen morir a los que lo desean. Habría que tener derecho a la muerte libre como al amor libre.» ¿Por qué, en verdad, por qué? Le he hecho la pregunta a muchos médicos y ninguna de sus respuestas me satisfizo.

Durante los últimos años de su vida, la evolución de Mme. Mancy nos había acercado. Por el contrario, la actitud de Mme. Lemaire me alejó de ella. Las divergencias políticas que antes nos parecían prescindibles se habían hecho más importantes durante la guerra de Argelia. Implicaban visiones del mundo tan opuestas que era difícil encontrar un terreno común. Después de una triste cena, en 1962, en la cual Mme. Lemaire se había mostrado muy poco amistosa, permanecí mucho tiempo sin verla. Llena de remordimientos le telefoneé y fui un atardecer hasta su apartamento de la calle Vavin; se vinculaba con una época cerrada de mi existencia, y me pareció bastante siniestro: un pasado muerto y embalsamado en el cual el presente no tenía cabida. Mme. Lemaire fue muy cordial; traté de hablarle de Sartre, de mí; le pregunté sobre ella. Pero la conversación se arrastró. No le interesaban mis actividades; casi no me habló de las suyas. Prometimos vol-

vernos a ver pero sabíamos que esos momentos no tendrían futuro. Dos años más tarde, Jacqueline me anunció por teléfono que su madre acababa de morir: un año antes se había roto una pierna, y a partir de ese momento iba tirando; pese a su pena, Jacqueline parecía pensar que se había apagado sin sentirlo. Por lo tanto la noticia no me conmovió.

Como no me conmovió tampoco, en la primavera del 71, la de que Pagniez había muerto. Sobrevivió apenas unos meses a su jubilación. No sólo no lo veíamos desde que se había peleado con Sartre, por razones aparentemente pueriles, sino que había seguido caminos completamente opuestos al nuestro. Había desaprobado rotundamente el manifiesto de los 121, y hablaba de nosotros con más censura que simpatía. Por nuestra parte, su modo de vida nos lo había vuelto totalmente ajeno.

De todas las muertes que se produjeron a mi alrededor durante estos últimos años, una sola me conmovió profundamente: la de Évelyne. Pero no tengo deseos de hablar de ella.

¿Por qué recibí esas muertes con tanta calma? Hay una primera razón. Biológicamente se puede hablar de una programación de seres vivos que depende de las especies, y en cada una de ellas de factores hereditarios e individuales. Sartre muestra en el *Flaubert* que esta noción puede aplicarse al conjunto de una existencia humana; algunos mueren accidentalmente antes del cumplimiento del programa, algunos lo sobreviven sin tener nada que hacer en la tierra. En los casos que acabo de mencionar, la muerte ha golpeado a sobrevivientes: Camille, Lise, a causa de su decadencia, Mme. Mancy, Mme. Lemaire por su edad avanzada, Giacometti, porque la enfermedad lo había cambiado mucho. Sin embargo, esta explicación no me basta; al extinguirse en 1949, Dullin era un hombre acabado; sólo tenía lazos superficiales con él, y sin embargo quedé trastornada. «Todo un sector de mi pasado se hundía y tuve la impresión de que empezaba mi propia muerte», anoté. Mi muerte empezó hace mucho y me he habituado a ver cómo desaparece mi pasado. Acepto la muerte de los otros sin duda porque estoy resignada a mi desaparición. Claro que la muerte de seres que

me son muy queridos quebraría esta indiferencia, porque dejarían un vacío en mi vida que aun imaginarlo se me hace intolerable.

Antes de hablar de mis actividades de los últimos años quiero hablar de un terreno que nunca he abordado: mis sueños. Son una de mis diversiones más agradables. Adoro en ellos lo imprevisto y sobre todo su gratuidad. Están situados en mi historia, florecen en mi pasado, pero no se prolongan sobre el futuro; y los olvido. Tal como se me ofrecen, no los marca la experiencia, es decir, el envejecimiento: surgen, se desvanecen, sin acumularse, en una perpetua juventud. Por eso me esfuerzo en reconstruirlos por la mañana con los jirones que flotan detrás de mis párpados, centelleantes, pero evanescentes. Trato de volverme a dormir, me vuelvo de un lado o de otro; mi sueño y las visiones que lo pueblan varían según sienta sobre mi mejilla la frescura de la almohada o su dulzura tibia. Pero a veces el despertar es brutal. De golpe me veo arrancada a este universo de fantasmas y de infancia en el cual los deseos son satisfechos, los temores confesados, toda represión ignorada; me precipito en un mundo poblado de exigencias prácticas, con actividades imperiosamente impuestas por el pasado; ese pasaje suele provocarme un traumatismo que me hace palpitar el corazón.

Entre el 69 y el 71 anoté algunos de mis sueños; no voy a contar muchos y no voy a dar de ellos una interpretación freudiana: sólo considerado en el conjunto de un tratamiento el sueño puede ofrecer a un analista significados profundos. Me limitaré a describir los míos y a aislar algunos temas que reaparecen con frecuencia.

Muy a menudo voy a pie de un lugar a otro. El paisaje es hermoso pero debo superar obstáculos y me pregunto si lograré mi objetivo. Me siento eufórica por lo agradable del paseo y ligeramente ansiosa. Tal un sueño que tuve y que consigné en noviembre del 69. Estaba con Sartre en Israel, pero andábamos por un campo verde y accidentado que evocaba más bien a Suiza. Habíamos dejado nuestras cosas en un hotel de un pueblo al cual volveríamos: lo veíamos en lo alto de una colina muy poco elevada pero que no obstante disponía de un teleférico. Andábamos por caminos y senderos, pero de pronto una casa nos obstruía el paso. Eso me sucede muy a menudo: entro en la casa, busco en vano una salida, no tengo derecho a estar allí, me aturdo y a veces alguien me persigue. Esa noche encontré una puerta que daba a un patio desde el cual proseguimos nuestro camino. Ahí cesaba el sueño.

Escaneado con CamScanner

A menudo me influyen los sucesos políticos. Así la noche del 7 de noviembre del 69. Estaba en casa, en un apartamento (no se parecía a ninguno conocido) que compartía con Sartre. Recibía un telegrama azul, con un texto escrito a mano con tinta negra: «Tengo noticias exactas y horribles sobre danza.» No entendía. Releía la frase. En vez de *danza* decía *Grecia*. Había mucha gente. Tenía que hacer mi maleta y desembarazarme de un montón de ropa blanca. Mientras me apresuraba, el apartamento se llenaba: un alemán, visiblemente ex nazi; griegos, entre otros una joven fea pero simpática que conversaba con Sartre. Se iba y él se inclinaba por la ventana para decirle adiós. Yo también me inclinaba. En la plaza, una multitud y coches policiales; estallaba un tumulto: la gente huía y los policías, cachiporra en mano, la perseguían. El apartamento era de nuevo invadido, volvía a ver a la joven. Decía a los griegos que se instalaran y me encerraba en mi cuarto para trabajar, quedándome mucho tiempo. Luego iba en bata al baño, donde la joven había colgado un corpiño y un bikini floreado. En el estudio estaba Sartre y yo me inquietaba; su dolor de muelas había aumentado[17] y le impedía hablar. El nazi salía de un cuarto vecino: quería hablar con Sartre, que se negaba. Todos se iban. Fue una media hora después de despertarme que de pronto vi con toda claridad el telegrama azul.

Muy a menudo, yo, que soy tan poco sociable, tengo sueños mundanos; me rodea una sociedad amable que me testimonia simpatía. El 9 de noviembre me encuentro entre un grupo de homosexuales, con Jean Marais y Cocteau; teníamos las relaciones más afectuosas. El 11 de noviembre, al comenzar el sueño, estaba también en agradable compañía y muy feliz. Iba a partir en coche con Sartre. Llené una maleta, la instalé en el auto, no sin trabajo: una falda azul bordada –comprada en Grecia en otras épocas– estaba sobre el asiento. Terminé por cerrar la maleta. Luego me encontré con Sartre, a pie, sin equipaje; estábamos al pie de un montículo escarpado, de color rojizo, sobre el cual flotaba una bandera blanca. Me parecía imposible escalarlo, pero descubría una escalera tallada en la roca y subíamos fácilmente. Desde arriba teníamos una hermosa vista sobre un desierto. Pero del otro lado de un túnel muy corto,[18] veíamos un paisaje muy distinto, que

17. La víspera había tenido un problema de ese tipo.

18. En Crimea, frente al mar, hay una especie de puerta natural: de un lado se ve una costa blanca, seca, abrupta; del otro, un vasto panorama ondulante y más tierno.

Escaneado con CamScanner

parecía un rincón de Suiza o de Alemania. Pequeños hoteles flanqueados de terrazas se escalonaban por debajo de nosotros. Bajamos para sentarnos a una mesa; no quisieron darnos de comer, pero sí de beber.

El 17 de noviembre estaba con un grupo de amigos. Habíamos comprado provisiones con miras a un picnic. Atravesábamos hermosos jardines verdes en donde jugaban niños, y pensamos instalarnos en el césped: estaba prohibido instalarse por más de cinco minutos, nos decían, y yo preguntaba vagamente: «¿Estamos en la U.R.S.S.?»[19] Pensábamos entonces en ir a un restaurante, pero ya habíamos hecho demasiados gastos. Luego se produce una transición que no registro. Iba sola en un taxi buscando algo en alguna parte; era largo y cansado. Cuando llegaba enfrente de mi casa, muerta de sueño, me daba cuenta de que me había olvidado y quizás perdido la llave. Tenía que volverme a ir y me desesperaba. Pero una encantadora joven que sin ser Sylvie llevaba su abrigo de piel, me proponía que la acompañara. Encontrábamos un taxi en medio de un baldío y me sentía consolada.

Las noches siguientes tuve otros sueños en los que siempre me sentía rodeada de presencias afectuosas. A menudo aparecía Sartre y paseábamos. Una vez un hombre espantoso atacó a nuestros amigos y yo le hundí un cuchillo en la garganta; me desmayé pensando: «¡Maté! ¡No es posible!» Al reaccionar me pregunté ansiosamente si iban a felicitarme o abrirme un proceso y quedé desilusionada porque no pasó nada.

Me asombra la importancia que cobra en mis sueños el tema de la ropa, que en la vida no me preocupa nada. Entre otros, recordaré uno bastante excepcional por su lado reflexivo y crítico. Me preparaba para hacer mis cursos en Rouen, y de pronto tenía un vacío en la memoria: no recordaba a mis alumnos, ni al liceo, ni el tema sobre el cual tenía que hablar, ni qué ropa había en mis roperos. Veía en el espejo que llevaba una blusa amarilla y una falda escocesa: no las reconocía. Me dio miedo. Hacía telefonear a Rouen que no podía ir y pedía un médico. Me rodeaba mucha gente y siempre sentía ese vacío en mi cabeza; imposible recordar de qué se componía mi guardarropa. Le decía al médico: «No entiendo nada. *A menos que esté dormida.*» Y seguía: «Pero eso no es posible; cuando soñamos todo cambia permanentemente, y usted ya hace un rato que está aquí.»

19. En la U.R.S.S. chocamos a menudo con prohibiciones de este tipo.

Escaneado con CamScanner

He tenido muchos sueños agradables y confusos de excursiones, con Sartre o en grupo; una de las más agradables sucedía en Londres y en el campo inglés. Uno, angustioso, data del 18 de diciembre. Estoy con amigos: mi hermana y un grupo de escritores; me siento muy contenta. De pronto tengo que partir, con suma urgencia; es menos trágico que una deportación, pero muy penoso. Amontono ropa en una gran maleta azul; resulta muy pequeña porque «allí» hace mucho frío y tengo que llevar muchas cosas. Mi amiga escritora[20] me da una inmensa maleta que pertenece a su marido, transparente, de color ambarino, y yo vacío mi armario: tomo ropas de lana, que realmente tengo, y chalecos que hace mucho que no uso. Mi hermana me dice: «Pero no te vas a ir en seguida.» Le contesto: «Sí, es necesario», y rompo a llorar.

El 10 de diciembre soñé que desayunaba con dos personas, una de las cuales era mi hermana, aunque no se le parecía y era muy joven. Su nariz y su brazo derecho eran ramas de árbol quemadas. No parecía preocupada, pero yo me decía: «Nunca se casará. Esas quemaduras son muy feas.»[21]

Un sueño que tengo a menudo (y no sólo después de haber tenido un accidente de coche) es que conduzco y de pronto noto que no sé dónde está el freno, que no lo encuentro y me pregunto ansiosamente cómo voy a detenerme: por lo general termino estrellándome suavemente contra un muro; salgo ilesa pero después de haber tenido miedo. A fines de diciembre, subí a un coche que en vez de volante tenía un manillar, y a la derecha; yo estaba sentada a la izquierda cuando el coche arrancó; traté de conducirlo desde mi sitio pero era muy incómodo, y, por supuesto, no encontraba el freno. Al fin alguien subió por la puerta de la derecha y tomó el asunto en sus manos. Otra noche, el coche era un simple sillón; lo dirigía apoyándome en un brazo o en el otro; se deslizaba muy velozmente, haciendo numerosos virajes –una especie de *slalom*– y no lograba tampoco detenerlo.

En 1970, renuncié a transcribir estos sueños en que viajaba con amigos, por lo numerosos que eran; me costaba hacer las maletas y tenía miedo de perder el tren; pero siempre al final lo pescaba, encontraba a los míos y me sentía contenta. En mayo anoté dos pesadillas. Había sabido tres días antes el arresto de nuestro amigo egipcio Lufti-

20. No identificada. Pensé vagamente en Elsa Triolet, que nunca fue amiga.

21. Ahora pienso en la impresión que me había causado, una vez, mi madre moribunda: un trozo de sarmiento seco.

el Khali. Me encontré en El Cairo con Sartre, nos paseamos con Lufti y su mujer, en una atmósfera angustiosa. Había un hervidero de gente lo que daba una impresión de ahogo; y en cajas polvorientas había animales embalsamados que entraban en descomposición, entre otros, un hipopótamo. Sentí un malestar insoportable; el aire estaba cargado de amenazas.

Otra noche vi a mi madre —una silueta joven y hermosa, sin rostro— al borde de una extensión de agua luminosa que tenía que atravesar para alcanzarla. Pensé en el pequeño lago que se extendía en el jardín de Algren; pero no había barca para cruzarlo. Era también un fiordo, que se podía contornear con mucha dificultad: había que cruzar el agua con riesgo de ahogarse. Pero tenía que advertirle a mi madre que la amenazaba un gran peligro.

En junio, tuve una asombrosa visión de la calle Rennes, cuya calzada y veredas estaban recubiertas desde la estación Montparnasse hasta Saint-Germain-des-Prés, de una suntuosa alfombra roja. Por encima, el cielo estaba trágicamente negro. Me dije: «¡Qué hermoso! Tengo que escribirlo en mi diario», y en seguida: «Es inútil, no tendrá consecuencias.» Tomaba súbita conciencia de que ocurría durante la ocupación. Sartre estaba en libertad pero más o menos condenado a muerte.

En setiembre también tuve un sueño centrado en torno a una visión. Estaba para muchos meses lejos de París, lejos de Sartre, en una ciudad desconocida; no sabía qué hacer y miraba un mapa con idea de viajar. Iba por una larga avenida y de pronto una voz me detenía: «¡Espere!» A ambos lados de la calle las fachadas se iluminaban, como si se proyectaran escenas, en colores brillantes cuyo conjunto formaba sin duda un filme. «Para qué voy a irme —me decía vagamente—. Aquí hay bastante que hacer.» Alguien —del cual yo sabría más tarde que estaba habilitado para hablar porque era el jefe de la Resistencia— me proponía: «Quédese. Le daremos un falso trabajo —pintar de azul alfileres de gancho o algo así— y tendrá tiempo para ver el espectáculo.» Era un espectáculo continuado, que hubiera bastado para ocupar una vida. Después se desarrollaban confusas intrigas policiales. Terminé por encontrarme en un coche con un desconocido; chocaba con un terraplén, sentía un choque en la cabeza y cerraba los ojos. Al reabrirlos no había coche y yo estaba sola en medio de un extraordinario paisaje: era la misma avenida del comienzo del sueño, pero cubierta de nieve. El mundo entero tenía un caparazón de nieve; sobre esta blancura se

Escaneado con CamScanner

destacaban altas formas grises –quizás humanas–. Había humaredas en el cielo y una red que caía hacia el suelo. Era un quieto cataclismo al cual yo asistía sin emoción. (Al despertar, recordé la secuencia de *La confesión* en que los policías esparcen las cenizas de Slansky y de otros colgados en una vasta llanura nevada.)

Durante el otoño del 71 anoté numerosos sueños. Éste es el del 20 de octubre. Me encontraba con Sartre en un pueblo del Sahara, bastante indistinto, y lo abandonábamos a pie al caer la noche para dormir en un oasis de nombre desconocido pero que en mi pensamiento era Uargla. En una larga ruta, color de arena, pasamos a un hombre y una mujer, vestidos con trajes coloridos, que andaban uno detrás del otro. Les pregunté si estábamos en el camino de Uargla: no, ese camino no llevaba a ninguna parte. Volvimos al pueblo que habíamos dejado, para dormir. De pronto me daba cuenta de que no sabía dónde estábamos. ¿Tuggurt? No. Le pedí a Sartre la *Guide bleu:* me contestó con un aire un poco zumbón que la había mandado a París. Me daba cuenta de que ese viaje no le interesaba y me sentía desesperada. Él hablaba con gente que yo no conocía y desaparecía. Daba vueltas por la ciudad, llena de turistas: nadie sabía su nombre. Descubría que se llamaba Mersépolis,[22] ¿pero dónde estaba situada? En un estante encontraba mapas de Francia. Había flechas sobre los muros y nombres misteriosos que me parecían turcos o suecos. Me ponía a llorar. Veía bajo un cielo muy azul y con un gran sol los magníficos monumentos, rojos, de estilo africano y lloraba. ¿Por qué Sartre no estaba conmigo? Repentinamente me encontraba con él en coche: amables turistas nos paseaban, pero yo deseaba dejarlos y comenzar el viaje proyectado con Sartre. Al pasar frente a un hotel, Sartre dijo tener hambre, y descendió del coche, donde nos quedamos esperándolo. Furiosa, bajaba también yo, entraba en un inmenso hotel y lo buscaba a través de innumerables comedores. Era una especie de palacio a la vez que una pensión de familia. Al fin lo encontré en un rincón, frente a su plato: «Voy a comer tambien yo», decidí. Había apetitosas entradas y un delicioso postre de castañas. «Ya he comido bastante, ya he terminado», me dijo Sartre con mal humor, y volvimos a subir al coche. El sueño se detenía allí.

6 de noviembre. Estoy en un lugar agradable –que se convertirá en Roma– con muchos amigos. Duermo y Sartre duerme en el cuarto de

22. En ese momento se hablaba mucho de Persépolis.

Escaneado con CamScanner

al lado. Una puerta que da al corredor se abre y una niña pequeña me abraza para despertarme: recuerdo que eso lo hemos decidido la víspera con los Pouillon. Me levanto y acabo de ponerme mi bata cuando llega Lise, muy joven y autoritaria. Echa a la niña y se instala en un sillón. Le digo que se vaya; quiero arreglarme e ir a despertar a Sartre. Se niega, me parece un poco histérica. No sé cómo termina esta escena. Me veo vestida, afuera y preguntándome dónde vive Sartre (ya no está en mi misma casa). Sé que lo sé, pero lo he olvidado. Decido bajar una escalera que desciende de mi hotel y encuentro las dos ventanas y la puerta de su casita. Quisiera desayunarme con él, pero son más de las once y él ya lo ha hecho. Lise me acecha por algún lado. De pronto estoy con amigos en una altura desde donde se domina un hermoso paisaje; estoy en Roma, pero he olvidado la dirección de mi hotel, sólo sé que se llama hotel de Madrid. Entro en un palacio que es, a un tiempo, agencia de viajes, esperando que alguien me informe, pero nadie me contesta. Afuera hay taxis, de modelo muy antiguo; ninguno está libre; se los alquilan a los turistas. Y los choferes tampoco me contestan. Decido partir a pie; hay que atravesar un valle; pienso que del otro lado está Roma y mi hotel. Está muy bonito, el aire muy límpido; no tengo prisa; pienso que me será muy agradable pasearme toda la mañana. Le pregunto a Lise –que no se parece a sí misma– si quiere acompañarme y me dice secamente: «Es muy tarde.» Doy algunos pasos hacia la derecha, empujo una puerta, me encuentro en una gran sala del hospital lleno de enfermos y de bebés: veo en brazos de una enfermera a un niño de pecho que tiene una gran cabeza de adulto y un cuerpo minúsculo. Salgo: un sendero desciende hacia el valle: lo bajo corriendo, hace un día hermosísimo; salto, vuelvo a saltar con el corazón de fiesta. Cruzo una zona en la que se levantan ruinas muy hermosas de monumentos barrocos; las miro complacida pero no me detengo. Ya sé la dirección de mi hotel, junto al hotel Minerva. El sueño se interrumpe antes de llegar a él.

Al día siguiente volví a soñar. Me encontraba en una sala de conferencias, una especie de anfiteatro, con otra mucha gente. Encontraba con emoción a una mujer, no identificada, a la que no veía desde hacía mucho; yo tenía un granito junto a un ojo y ella se preocupaba muy afectuosamente. Un hombre entraba y se sentaba en lo alto de las graderías. Llevaba sombrero y gafas, y su rostro no era distinguible. Me decían: es Solyenitzin. A su lado estaba sentado un hombre bastante

Escaneado con CamScanner

joven a pesar de su barba gris y blanca: un intérprete. El público le decía a Solyenitzin que conocemos bien su obra y que lo amamos. Él preguntaba –mediante el intérprete–: «¿Por culpa de quién murió mi padre?» Y todos levantábamos la mano: «Por mi culpa. Todos somos responsables.» Luego preguntaba: «¿En qué rincón de la U.R.S.S. nací?», y yo contestaba un poco al azar: «En el Norte», lo que era exacto. En ese momento me iba. Mi madre me esperaba para cenar en nuestro antiguo apartamento, quinto piso, calle Rennes (que vuelve a menudo a mis sueños). Me vi en un pueblo que se llama Villemomble (sin que yo establezca relación entre ese nombre y el barrio de los alrededores donde Sylvie era profesora). Estaba a cerca de cien kilómetros de París, y no sabía cómo había llegado y cómo hacer para volver. Veía coches, autobuses, pero en un estacionamiento, fuera de servicio. Entraba en una estación: todas las ventanillas estaban cerradas y no había trenes. Volvía al camino con la esperanza de detener un taxi; conseguía un cochecito que me llevaba al punto de partida. Andaba al azar. Entraba en el cementerio. Allí tuve una sorprendente visión, semejante a esos sueños del cine que me parecen tan falsos. Había sobre el suelo una gran cantidad de ataúdes cubiertos de telas negras; de cada lado hombres de frac y sombrero de copa hacían guardia, mientras que, detrás, desfilaban otros: bajo el sombrero, muchos tenían calaveras. Era un espectáculo hermoso y conmovedor, que yo casi en seguida racionalizaba: las calaveras eran esculturas en piedra. Una religiosa que estaba cerca de una tumba me preguntaba si quería acompañarla a Rennes: podría tomar a la mañana siguiente un tren para París. Me negaba: tenía que estar en París esa tarde. No dudaba de que llegaría y no estaba ansiosa. Ella me aprobaba: esa ciudad era tan hermosa, que valía la pena demorarse. Abandonaba el cementerio para pasearme. Veía en la cima de un montecito cubierto de hierbas una torre alta, semejante al torreón de Gisors, y me dirigía hacia ella.

Dos días más tarde volví a tener un sueño de viaje. Acompañé a la estación a una pareja de amigos (desconocidos). La estación estaba vacía, no había trenes. Esperamos en el andén, sin mucha esperanza. De pronto aparecía el tren, la mujer se precipitaba, el hombre salía corriendo por las maletas justo a tiempo para instalarse con ella en un curioso compartimiento de dos plazas. Y yo sin haber subido me encontraba en el pasillo del tren que partía. Pensaba un poco disgustada: «Tanto peor, descenderé en la próxima estación.» El tren había parti-

do de Rouen hacia París, pero se detendría en el camino. Por la ventana veía un paisaje muy bonito, seco y dorado como el Sahara y me extasiaba. A la primera parada bajaba sin avisar a mis amigos, de los cuales me había olvidado. Eran las ocho de la noche, la estación estaba casi desierta, la ciudad tenía un nombre ruso. Me preguntaba con bastante indiferencia si me vería obligada a pasar allí la noche. Le preguntaba a una mujer los horarios de los trenes, pero no podía informarme. La plaza de la estación estaba sombría. ¿Habría allí un hotel?, ¿cómo pasaría la noche? Ni siquiera tenía un libro y era muy tarde para comprar uno. Tenía dinero: diez mil francos antiguos, en la forma de un papel rosado, análogo al que me había convocado recientemente ante el juez de instrucción. Me preguntaba por qué no había seguido hasta París, pero la idea de estar bloqueada allí me dejaba indiferente; no tenía nada urgente que hacer en el lugar de donde venía.

Dos noches más tarde entraba con Sartre y amigos en una gran cervecería. En la mesa de al lado se celebraba un banquete de antiguos nazis que se pusieron a insultarnos. Luego se callaron y comimos. De pronto nos encontrábamos afuera, en medio de una turba hostil de fascistas. Esperábamos un avión que Sylvie debía traernos rápidamente a la explanada, y que no llegaba. Maheu estaba allí, yo estaba por hablar con él cuando notaba que Sartre había desaparecido: estaba ahogado en la masa de fascistas, uno de ellos lo sujetaba por el cuello de su abrigo, apretado en torno a su cuello como para estrangularlo. Yo me precipitaba aullando y el hombre lo soltaba. «Ni siquiera son capaces de matar», decía Sartre. Lo tomaba del brazo, me ponía a correr de tal modo que no tocaba el suelo. Pasábamos delante de policías que tenían un aire burlón pero no maligno: no les hubiera gustado que Sartre fuera asesinado. Llegaba a una calle bordeada de cafés sombríos: pensaba en La Coupole, en el Guillaume Tell, pero eran muy diferentes. Entraba en uno de ellos casi vacío e iluminado con velas, y dejaba a Sartre en un asiento lateral. Salía corriendo para reunirme con Sylvie y Maheu. Habían desaparecido, pero yo me decía: «Maheu es tan conocido que lo encontraré en seguida.» Le preguntaba a varias personas que me respondían con vaguedades. Volvía a ver a Sartre. Pero el paisaje había cambiado, y no me situaba. Había grandes avenidas, monumentos, inmuebles nuevos: sin duda Le Havre. Al fin alguien me indicaba la dirección del Guillaume Tell. Me desperté antes de llegar.

Algunas noches después me disponía a partir con Sylvie en una motocicleta que alguien me prestaba. Estaba en un garaje, cerca de una estación de gasolina, donde llenaría el depósito antes de emprender viaje. (Tenía que conducir yo y la idea de viajar toda la noche me tenía nerviosa: Sylvie lo encontraba natural y divertido.) Antes había que hacer el equipaje; tenía que ser liviano porque vivíamos en una elevación y tendríamos que bajarlo a pie por un camino escarpado. Acomodaba objetos en una caja de cartón, y ropa en una maleta, entre otros un traje castaño claro con un toque de rojo; se había descosido una costura pero me decía que en París mi madre me la arreglaría. Para descansar yo iba a instalarme en una tumbona; había otras personas en el lugar, tendidas también ellas en tumbonas. Comía un sándwich mientras leía. Una mujer con un traje azul de verano se pavoneaba a mi lado: «No hay nada que ver en este país,[23] excepto...», y citó nombres desconocidos. Pensé que era estúpida: ¿y Granada?, ¿y Sevilla?, me dije. Me levanté para irme; ella me preguntó con mal humor: «¿Soy yo quien la molesta?» «No, tengo que irme.» Me encontré delante de mi maleta.

Algunas noches más tarde tuve un sueño en el que reaparecen muchos temas familiares y que se transformó en pesadilla. Comenzaba con una discusión con Sartre, como suelo tener en mis sueños. Tenía que tomar medicamentos pero se le habían acabado, y en su lugar tomaba algo amarillento. Le recordaba que tenía que ir pronto al médico. Me decía que estaba harto y que no iría nunca más. Yo lo atacaba con violencia anunciándole los peores males; él no se enojaba. Entonces me ponía a sollozar (hacía un esfuerzo para ello; toda la escena estaba ligeramente desrealizada). Seguía sin moverse. Le reprochaba empecinarse en una discusión que me desesperaba; yo no hubiera actuado así con él. Él permanecía impasible.

Me encontraba con alguien que era Sylvie y mi hermana a la vez, en el vestíbulo de un palacio: probablemente en España. Estábamos con amigos; habíamos reservado tres cuartos adonde ya habían subido nuestros equipajes, pero no sabíamos dónde estaban. Había una larga cola delante de la recepción, pero una vieja criada arrugada y muy amable hablaba en su lengua al empleado que le daba las llaves; nos abría un cuarto en la planta baja. En el primer cuarto veía una

23. Me había impresionado oír a los franceses declarar en Italia: «¡Oh! Palermo: no hay nada que ver. En general, no hay nada que ver en Sicilia.»

Escaneado con CamScanner

maleta que no reconocía; en el segundo, un hombre barbudo dormía en la cama y por descuido tocaba su pie desnudo. Era un pintor enviado aquí por sus padres para que rehiciera su vida. Pero entonces, ¿dónde estaba nuestro cuarto? Había mucho barullo en el vestíbulo, y nadie se ocupaba de nosotros. Luego estaba con mi hermana Sylvie en un andén de estación, esperando una correspondencia con mucha gente; se trataba del metro o de un tren de las afueras. Me irritaba, más hubiera valido elegir otra línea; en principio ésta era más corta, pero nunca funcionaba. Esperábamos en un depósito donde estaban nuestras maletas. Anunciaban un tren y se producía una carrera. Subíamos: habíamos olvidado las maletas. Corríamos al depósito: mi hermana encontraba su alforja, muy apreciada, pero las maletas habían desaparecido. «No es nada –decía–, mandan el equipaje después.» El tren arrancaba y no conseguíamos alcanzarlo. Vagábamos por el andén. Bajo un túnel, unas mujeres sacaban la nieve. Pasaron locomotoras, vagones de mercancías, camionetas y un rebaño de vacas. Pregunté a un empleado por el próximo tren: a la una de la mañana. Me derrumbé. Salimos. Caía la tarde sobre una ciudad de provincias, hacía un tiempo agradable. ¿Estaríamos cerca de París como para poder tomar un taxi? No. París estaba lejos. Alguien nos ofrece indicarnos un buen restaurante para que cenemos. El sueño se detiene aquí. Había sentido un malestar rayano en la angustia.

A los pocos días tuve un sueño muy diferente. Estaba con gente muy rica en una vasta terraza plantada de árboles que dominaba un río: el Sena, puesto que desde lejos se veía París. Me paseaba con una joven estúpida: tenía la misma edad que ella. Le decía que ese parque me recordaba al de La Grillère, pero agregaba, para no parecer pretenciosa, que éste era mucho más hermoso por su situación a las puertas de la ciudad. Le preguntaba si París le gustaba y ella me contestaba que para una «mujer» lo importante era tener una casa-cuna cerca. Me fastidiaba porque al hablar de ella decía siempre una «mujer». Entrábamos en su casa que era un verdadero palacio. Me mostraba su cuatro, tapizado de terciopelo violeta y cubierto con una moqueta gris: era muy bonito; pero los grandes salones dorados me parecían muy fastidiosos. De pronto me daba cuenta de que se trataba de una mujer casada, con un niño. Había gente por los salones. Aparecía Courchay, barbudo, melenudo y vestido con el largo abrigo blanco que usaba la antevíspera, en la manifestación por la libertad del aborto. Me alegra-

ba verlo. Sobre una mesa había un plato lleno de huevos crudos, sin cáscaras. Alguien hundía un tenedor en las claras. Yo gritaba: «¡No haga eso!» Eran embriones y si alguien los tocaba nacerían niños disminuidos. Este sueño estaba evidentemente influido por las conversaciones sobre nuestra manifestación.

En otro sueño vuelvo a correr con Sylvie detrás de trenes. Tenemos que encontrarnos con Sartre en Londres para hacer un viaje y temo llegar tarde.

Muy a menudo he soñado con *caídas*. Estoy encima de un andamio, de una pared o de una escalera y noto que me voy a caer. «Ya está, esta vez me mato», me digo antes de salvarme por los pelos. Tengo miedo, pero no es absoluto. Una de esas noches me encontraba en una ciudad extranjera, muy hermosa, rodeada de acantilados; en el medio había un gran peñón y monumentos. Se desarrollaba una fiesta que era a la vez una manifestación. Me paseaba con amigos, me desencontraba con ellos y me encontraba con Sartre y con otros en una vasta plataforma levantada en el medio de una plaza. Se realizaba una especie de mitin o de ceremonia de carácter político. De pronto me daba cuenta de que estaba al borde, a treinta metros por encima del suelo; estaba tendida en una bandera, como si fuera una cama, y sentía que iba a caerme; trataba de agarrarme de uno de los pilares que había de tanto en tanto y de retroceder arrastrándome, pero todo movimiento era peligroso. En ese momento una mujer vestida de blanco –quizás en traje de novia –caía dando vueltas y estrellándose contra el piso. Me decía: «Es mi madre», pero no era yo exactamente quien lo decía: más bien un personaje que yo encarnaba. Me alejaba, me ponía de pie, me encontraba con Sartre y mis camaradas y anunciaba: «Mi madre acaba de matarse», sin sentir nada, como si desempeñara un papel. Alguien gritaba: «¡Esto está lleno de esos cochinos norteamericanos!»; me dirigía hacia el centro de la ciudad, como si eso me sirviera para provocar un levantamiento. Luego me vi en la estación. Todos los manifestantes esperaban el tren para volver a sus casas. Pero me faltaban mis maletas, que una criada tenía que traerme del hotel; pero no sabía de cuál y me inquietaba. «Tenemos mucho tiempo –decía Sartre–. No sale hasta las tres y media.» ¿Pero qué hora era? Me llamaban, me daban un pasaje con mi nombre: pero ¿y mi equipaje? ¿Lo habían embarcado ya sin avisarme? ¿Debía subir sin él al tren? Me desperté en ese momento.

Hace muy poco estaba en Italia, con mucha gente. Bailaba en una plaza con un joven obrero italiano, vestido de verde, con un cuello vuelto; era un poeta de gran talento, una especie de Rimbaud, decía yo. Pero me arrepentía; no hay que tomar a todos los poetas por un Rimbaud. Alguien decía que éste era un poco psicótico: «Un poco como Deschanel.» Yo contestaba: «Pero es mucho más interesante que Deschanel.» La compañía se dispersaba, pero para reunirse un poco más tarde. Me encontraba en un cuarto con dos o tres personas bastante íntimas y resolvía cambiarme de ropa. Descolgaba un traje de lana –que realmente tengo– y pretendía ponérmelo con tal preocupación de decencia que me enredaba con la ropa. «Tanto peor», decía, y me quedaba en viso, lo que no tenía nada de incorrecto. Pero sólo había enfilado las mangas cuando, a la plaza en que me encontraba ahora, de pie sobre un estrado, llegaban muchos coches: madres de prisioneros que venían a pedir ayuda a nuestro comité. Me sentía muy molesta recibiéndolos a medio vestir.

Hay un sueño que se repite a menudo y es más o menos angustioso. En una ciudad extranjera o en un barrio desconocido, busco un baño desesperadamente. No encuentro. Subo y bajo escaleras, recorro corredores: encuentro, pero la puerta está cerrada con llave. Sigo buscando. Al fin, encuentro y entro. Pero cuando voy a instalarme veo que está lleno de gente, o que hay gente que entra y sale. A veces ya estoy instalada cuando aparecen. Me siento muy molesta o me es indiferente.

Hace algunos días di un gran paseo en helicóptero con Sartre y Sylvie. O más bien, el helicóptero era el propio Sartre; volaba a poca distancia del suelo y nosotras estábamos colgadas de sus faldones. Pasábamos por encima de un magnífico lago y él nos depositaba en los bordes: «Id a ver la isla», nos decía. Seguíamos la orilla hasta una plataforma desde donde divisábamos toda la superficie. En el medio había una isla sobre la cual se elevaba una construcción, sin duda un fuerte. Volvíamos y me hubiera gustado seguir tomando aire. Pero Sartre decía que estaba fatigado; comenzaba a subir una montaña y lo seguíamos. Hundíamos los pies en una arcilla húmeda. Sé que hay una continuación pero la olvidé.

Entre los sueños anteriores al 69, que no he anotado, recuerdo que hay muchos en los que volaba por el aire o nadaba en el agua. En éstos tenía un poco de miedo. Estaba obligada a cruzar una extensión de

Escaneado con CamScanner

agua. Pensaba vadearla y de pronto no hacía pie, y temía ahogarme. Después me las arreglaba manteniéndome a flote hasta llegar a la orilla. Los sueños de vuelo eran muy agradables. Muchas veces para bajar rápido una escalera o para huir de alguien coloco los dedos en la baranda y revoloteo hasta abajo, acostada en el aire y sin tocar la tierra. O vuelo en las calles, por encima de la calzada, o por el campo con la impresión de un gran bienestar. Tuve muchos sueños análogos. He vagado por ciudades extranjeras, tomado ascensores, recorrido calles a pie, buscando a alguien que no encontraba. Me he perdido en subterráneos, he atravesado túneles en los que me sofocaba, he subido escaleras interminables. He corrido detrás de trenes atrapándolos a veces, perdiéndolos a menudo. He quedado arrebatada de alegría ante magníficos paisajes, he tenido muchas peleas con Sartre, más violentas que las que he contado. Quería lograr algo de él; por ejemplo, que no se fuera de viaje sin mí. Se negaba; suplicaba hasta desvanecerme y él pasaba de largo con indiferencia.

En mis sueños tengo momentos de euforia que no tengo en la vigilia, dado que suponen un total abandono; quizás ciertas drogas produzcan estados semejantes. Mis inquietudes no tienen nunca la intensidad de las angustias reales. De un modo o de otro las mantengo a distancia. A menudo me parece estar no viviendo sino representando un psicodrama.

Algunos temas han desaparecido. Una antigua pesadilla consistía en que mis dientes se hundían en mi boca; ya no la tengo. Ya no sueño con esos seres entre vivos y minerales cuyos silenciosos sufrimientos me eran insoportables y ya he dicho que no muero más en mis sueños. Desde siempre Sartre ha sido en mis noches tanto el compañero que es en la vida como un hombre con un corazón de piedra, indiferente a mis reproches o súplicas, a mis lágrimas o a mis desmayos; éstos me son sugeridos evidentemente por mi posición extendida. Sufro, también en ese caso con cierto distanciamiento, por la actitud de Sartre; tiene algo de implacable y de irreal, como si yo desarrollara una hipótesis. Suponiendo que no me tuviera en cuenta, ¿cómo reaccionaría yo? ¿Hasta dónde podrían llegar las cosas? He dicho en *Una muerte muy dulce* que mi madre solía aparecer en mis sueños y mi padre no. Antes era una presencia querida aunque temía a menudo caer en su poder. Ahora suelo estar citada con ella en nuestro antiguo apartamento de la calle Rennes. Me siento molesta y por lo demás nunca llegamos a en-

contrarnos: o yo no llego, o ella está ausente. Cuando se me aparece está lejana y es joven. En cuanto a mi hermana o mis amigas, sólo tienen en mis aventuras papeles episódicos e intercambiados.

El tema de felicidad es frecuente: reuniones amistosas en las cuales mi corazón se expande, paseos entre hermosos paisajes. También el del obstáculo a través del camino que logro superar. Y el del fracaso: tren perdido, estaciones vacías, equipajes perdidos. No sé qué significan esos sueños de ropas, maletas, trenes. Es probable que haya en esas historias de viajes presentimientos de mi muerte pero no la asocio directamente. En general al dormirme me entrego con gusto a mis aventuras nocturnas, y por la mañana me despido con pena.

2

Escribir fue siempre la gran preocupación de mi vida. ¿Cuáles fueron mis relaciones con la literatura durante los últimos años?

Terminé *La fuerza de las cosas* en la primavera de 1963. El libro apareció a mi regreso de las vacaciones, en otoño. Lo acogieron cálidamente y fue muy leído. Sin embargo, algunos de los comentarios que suscitó me desconcertaron.

Algunos críticos pretendieron que al escribirlo había renunciado a toda preocupación estética, queriendo presentar al público un documento bruto. Es falso. No me corresponde decidir el valor de mi relato en el plano literario, pero no desdeñé deliberadamente situarlo en él. Me resistí a que se utilizara la noción de «obra de arte» a propósito de mi autobiografía, explicando que es un término de consumidor, que lo encuentro chocante aplicado a los escritos de un creador. Eso no significa que yo haya decidido frangollar los míos.

Para ciertos teóricos, el testimonio no pertenecería a la literatura, porque encerraría en frases reducidas a un papel instrumental, un contenido prefabricado. Su autor sólo sería, según la distinción propuesta por Barthes, un escribiente y no un escritor. Es cierto, como ya decía Valéry, que sólo hay obra literaria si el lenguaje está en juego, si el sentido se busca a través de él, provocando una invención de la palabra misma. ¿Pero por qué la intención testimonial impediría los hallazgos verbales? Para que el pensamiento fluya sin vacilación en los signos, es necesario que una disciplina haya establecido imperiosamente una relación unívoca entre éstos y las ideas; en química, agua = H_2O, ni más ni menos. El vocablo es transparente, puesto que el objeto apuntado no es una realidad sino un concepto. Pero cuando las palabras remiten a las cosas mismas, tienen con ellas relaciones complejas y sus combinaciones producen efectos imprevistos. Jakobson recuerda

Escaneado con CamScanner

en su artículo sobre el realismo artístico[1] que Gogol encontraba poético el inventario de objetos preciosos pertenecientes al príncipe de Moscú, y el futurista Krutchennylk, una lista de lavado. Una obra referida al mundo no podría ser una simple transcripción, porque no está dotado de palabra. Los hechos no determinan su expresión, no dictan nada; el que los relata descubre lo que debe decir, por el acto de decirlo. Si se contenta con lugares comunes, con convenciones, cae entonces fuera de la literatura; no si hace entender su voz viva.

Ya se trate de una novela, de una autobiografía, de un ensayo, de una obra de historia, de no importa qué, el escritor trata de establecer una comunicación con otro a partir de la singularidad de su experiencia vivida; su obra debe manifestar su existencia y llevar su marca, y ésta la va a imprimir por su estilo, su tono, por el ritmo de su relato. Ningún género es privilegiado o condenado a priori. La obra –si está lograda– se define en todo caso como un universal singular que existe según el modo de lo imaginario. Por esta obra, el mismo autor se da una constitución ficticia: Sartre alude a esta operación cuando declara que todo escritor está habitado por un «vampiro».[2] El *yo* que habla se mantiene lejos del *yo* vivido como cada frase de la experiencia de la que emana. Si el público no los hubiera confundido, *La fuerza de las cosas* no se hubiera prestado tan fácilmente a un malentendido, mucho más lamentable a mis ojos que el error al que me acabo de referir.

Yo hubiese querido que ese libro no gustara. Demasiado a menudo me han felicitado por mi optimismo cuando tenía el corazón lleno de furia. Exhalé esa furia, recordando los horrores de la guerra de Argelia: esperaba perturbar a mis lectores. Y no. En octubre, las torturas y las matanzas eran ya historia antigua que no molestaba a nadie. No gusté, pero por una razón distinta: porque hablé de la vejez sin embellecerla. No sabía entonces hasta qué punto ese tema era tabú, y mi sinceridad indecente. Recibí con sorpresa los reproches que críticos y algunos corresponsales me dirigieron. Me abrumaron con todos los lugares comunes que luego denuncié en mi ensayo sobre *La vejez:* todas las estaciones tienen su belleza; ¡cincuenta años es el esplendor del otoño, sus frutos suaves y el oro de sus follajes! Una columnista sentimental declaró que un buen *lifting* resolvería todos mis problemas. Una periodista me puso como ejemplo una mujer de mi edad que esta-

1. Aparecido en 1921. Traducido en el número de *Tel quel* del invierno de 1966.
2. «Des rats et des hommes».

ba siempre dispuesta a inaugurar el restaurante, el club nocturno, la casa de costura última moda; el secreto de esta «locomotora parisiense» radicaba en que «muy discretamente tenía fe». No mencionaría estas tonterías si no hubieran encontrado eco aun en lectores que por lo común aprobaban mi deseo de lucidez; para no traicionarlos, según ellos, tendría que haber pretendido que me sentía joven y que continuaría así hasta mi último suspiro.

Me explico su reacción. Muchos de ellos por un lado se identifican conmigo, y por otro lado me suponen una estatua. Quieren convencerse de que estoy inmutablemente consagrada a la serenidad, probando con mi ejemplo que no es imposible conservarla ante todas las adversidades, y en particular ante la vejez, que no es un accidente sino nuestro destino común. Si me aterra es porque es terrible, pero a ellos les repugna aceptarlo. El hecho es, sin embargo, que salvo que muera prematuramente, en toda existencia llega un momento en que se toma conciencia de haber franqueado irremisiblemente una cierta frontera. Eso puede producirse temprano en caso de enfermedad grave, de accidente, de duelo; o muy tarde si, en condiciones favorables, se prosigue con continuidad lo emprendido. A mí la evidencia de mi vejez se me dio entre 1958 y 1962. Descorazonada por los crímenes que se cometían en nombre de Francia, me volví con nostalgia hacia mi pasado y tomé conciencia de que en muchos planos me correspondía un definitivo adiós. Si se ha amado verdaderamente la vida, si se la ama aún, ninguna renuncia es obvia. No me arrepiento de haberlo dicho. Me equivoqué, en cambio, al esbozar el cuadro de mi futuro; proyecté en él el disgusto amasado durante mis últimos años, pero fue mucho menos sombrío de lo previsto.

La última frase de mi libro fue mal interpretada y aún hoy suscita comentarios irónicos, indignados, hostiles o apenados. Fue en parte culpa mía; por haber construido mal el epílogo; haciendo un rápido repaso de mi vida, hablé de lo que era más importante para mí: mis relaciones con Sartre, la literatura, los sucesos del mundo. Luego aludí a mi edad. Pero no es a esas últimas páginas que se refiere esta comprobación: «He sido estafada», que cierra el balance que acabo de hacer. Se explica no por el encuentro de mi imagen en el espejo, sino por mi angustiada rebeldía ante el horror del mundo. Comparándolo con los sueños de mi adolescencia, comprobaba hasta qué punto éstos me habían engañado. «No se nos ha prometido nada», decía Alain. Es

Escaneado con CamScanner

falso. La cultura burguesa es promesa, promesa de un universo armonioso donde se puede gozar sin escrúpulos de los bienes de este mundo; garantiza valores seguros que se integran a nuestra existencia y le dan el esplendor de una Idea. Me costó arrancarme a tan grandes esperanzas.

Mi decepción tiene también una dimensión ontológica. Sartre escribió en *El Ser y la Nada*:[3] «El futuro no se deja atrapar, resbala hacia el pasado como antiguo futuro... De ahí esa decepción ontológica que acecha al para-sí a cada desembocadura en el futuro. Aunque mi presente sea rigurosamente idéntico por su contenido al futuro hacia el cual me proyectaba, porque yo me proyectaba hacia ese futuro en tanto que futuro, es decir en tanto que punto de encuentro de mi ser.»

El descubrimiento del infortunio de los hombres, el fracaso existencial que me frustró el aboluto al cual aspiraba mi juventud: esas fueron las razones que me dictaron esas palabras: «He sido estafada.»

Durante una entrevista,[4] Francis Jeanson me preguntó si al escribirlas no había cedido a «una especie de dramatización literaria». Contesté que en cierto sentido, sí. Luego, esta pregunta me hizo reflexionar sobre la relación que una verdad literaria mantiene con la realidad vivida. Puesto que el lenguaje no es la traducción ya formulada de un texto sino que se inventa a partir de una experiencia indistinta, toda palabra no es sino una «manera de hablar»: podría haber otra. Por eso el escritor detesta que le «tomen la palabra». La expresión dice bien lo que dice: sujeto, ligado, amordazado por las palabras escritas. Fijan mi pensamiento, que nunca se ha detenido. La dramatización consiste en haber puesto un punto final después de *estafada*. No reniego de ella, pero no es la «última palabra» de una existencia que prosiguió. Mido la extensión de mis antiguas ilusiones, veo la realidad con ojos lúcidos, pero este confrontamiento ya no me asombra.

Ya lo indiqué: el malentendido peor nace de que el lector desconoce la distancia que separa al autor en carne y hueso y al personaje dotado de una constitución ficticia, creada por el acto de escribir. Éste trasciende el tiempo; bajo su pluma el presente equivale a la eternidad:

3. He citado ese texto en *La vejez*, pero no puedo dejar de repetirlo aquí, así como los versos de Mallarmé que evocan:

Ce parfum de tristesse
que même sans regret et sans déboire laisse
la cueillaison d'un rêve au cœur qui l'a cueilli.

4. Publicada al final del libro que me ha dedicado.

sus afirmaciones tienen un carácter definitivo. Por el contrario, el ser vivo cambia; para él los instantes son efímeros; sus humores varían. Es un error pretender definirlos en su contingencia inmediata, a partir de lo que elige decir llevado por la necesidad. Porque escribí palabras desilusionadas, una parte del público vio en mí una mujer quebrada por la edad y las decepciones. Hubo psiquiatras que atribuyeron el final de mi libro a una crisis depresiva y se ofrecieron servicialmente a ayudarme a superarla. Sin embargo, es un lugar común que a menudo los autores de libros alegres son tristes y los autores de libros amargos y melancólicos pueden desbordar de vitalidad. El comienzo de mi relato, en el que resucito las alegrías de la liberación, data más o menos de la misma época que su conclusión. Un individuo psíquicamente desarmado –abatido, desesperado– no escribe nada: se refugia en el silencio.

Estas explicaciones se dirigen a los lectores de buena fe a los que desconcerté. Pero sé muy bien que la verdadera razón de todos esos contrasentidos, es el interés con que mis adversarios los difundían: les convenía tomar esas páginas como una comprobación de fracasos y una retractación de mi vida, a despecho de todas las frases que recusan radicalmente esta interpretación. Volveré sobre esto al final del libro, cuando precise cuáles son mis posiciones de hoy.

Por el momento, no me preocupé para nada de la suerte de mi libro. Mi madre acababa de ser transportada a una clínica: su enfermedad y su agonía me acapararon. Algunos días después de su entierro, se me impuso bruscamente la decisión de contarlas, así como el título de mi relato, el epígrafe y la dedicatoria. Pasé el invierno escribiéndolo. Casi todas las noches veía en sueños a mi madre. Estaba viva y a veces me maravillaba de que hubieran logrado salvarla; otras la sabía condenada y tenía miedo.

Un cirujano, cuyo nombre callaré, pretendió delante de una de mis amigas –ignorando que ella me conocía– que había sido él quien había operado a mi madre; nunca se había acercado a ella. Se autorizaba con esa mentira para afirmar que si yo había pasado horas junto a ella, había sido con la única finalidad de documentarme. Dos o tres críticos se indignaron de que yo me hubiera atrevido a tomar notas en la cabecera de una moribunda. Esta concepción de la literatura deriva de un

Escaneado con CamScanner

naturalismo trasnochado. Nunca se me ocurrió «tomar notas» sobre los acontecimientos o las situaciones que me han impresionado, y que luego he tratado de reconstruir en el papel. No premedité escribir *Una muerte muy dulce*. En los períodos difíciles de mi vida, borronear frases, aunque no las vaya a leer nadie, me depara el mismo consuelo que la plegaria al creyente: mediante el lenguaje supero mi problema particular, y me comunico con toda la humanidad; pero no necesitaba las líneas que tracé entonces, si bien me ayudaron a recuperar ciertos detalles, para evocar los días que acababa de vivir; y que se grabaron en mí para siempre. Si yo hubiese sido un observador indiferente, no habría conmovido a tantos lectores.

Fuera de algunos detractores sistemáticos, la prensa me fue muy favorable. Y recibí muchas cartas muy cálidas. Mis corresponsales me decían que, a pesar de su tristeza, mi libro les había ayudado a soportar, en el momento y a través de sus recuerdos, la agonía de un ser querido. A causa de esos testimonios le doy un valor especial a este libro. Todo dolor desgarra, pero lo que lo hace intolerable es que el que lo sufre se sienta separado del resto del mundo; compartido, deja por lo menos de ser un exilio. No es por delectación morbosa, por exhibicionismo, por provocación que los escritores relatan a menudo experiencias horribles o desoladoras: por medio de las palabras las universalizan y éstas les permiten a los lectores conocer, en el fondo de sus males individuales, los consuelos de la fraternidad. Creo que es una de las tareas esenciales de la literatura y lo que la hace irreemplazable: superar esta soledad que nos es común a todos y que sin embargo nos vuelve extranjeros unos a otros.

Este libro tenía todavía un carácter autobiográfico. Cuando lo terminé, me prometí no volver a hablar de mí hasta dentro de mucho tiempo. Comencé a imaginar personajes y temas muy alejados de mi propia existencia; quería integrarlos en una novela en la que trataría, a través de héroes muy distintos de mí, un tema que me interesaba directamente: la vejez. Antes de emprender este trabajo, compuse con mucho gusto un prólogo para *La bastarda*, de Violette Leduc. Me gustaban todos sus libros, y éste aún más que los otros. Los releí, tratando de comprender exactamente y de hacer comprender a los demás lo que los hace valiosos. Aparte del consagrado a Sade, no he escrito otro ensayo crítico, y me pregunto por qué. Sumergirse en una obra, convertirla en el propio universo, tratar de descubrir su coherencia y

su diversidad, de penetrar sus intenciones, de iluminar sus procedimientos, es salir de uno mismo, y toda mudanza me encanta.

Ni a Sartre ni a mí nos gusta participar en las llamadas «manifestaciones literarias». Pero lo hicimos sin embargo durante el otoño del 64. Simpatizábamos con *Clarté*, una revista redactada por jóvenes comunistas que trataban de promover un «deshielo» entre los intelectuales del partido. Su director, Buin, me pidió que interviniera en una discusión pública en que se enfrentarían autores «comprometidos» y partidarios del «nouveau roman»; se cobraría entrada y los beneficios servirían para reflotar la revista. Semprun y yo defendimos la idea de compromiso contra Claude Simon, Yves Berger y el crítico Janvier. En una conversación ulterior, Buin me dejó entender que Simon y Berger intentaban «arreglar cuentas» con Sartre; algo en lo que ya se habían esforzado en una entrevista recientemente publicada en *L'Express*. «En ese caso, es el propio Sartre quien debe contestarles —le dije—; sólo iré si Sartre también va.» Sartre y Buin estuvieron de acuerdo. En seguida se desataron sombrías intrigas. Si Sartre iba a hablar, Janvier se retiraba intimidado, dejándole su lugar a Axelos. Axelos, ideólogo «marxiano», había escrito, a propósito del premio Nobel atribuido a Sartre, que éste habría vivido tan fácilmente bajo Hitler como bajo Stalin: no era cuestión de exponernos con él. «Hay que aceptar o retirarse», me dijo Buin. «Nos retiramos», dije. Buin, que estaba empeñado en su proyecto, rechazó la participación de Axelos. Furioso, Claude Simon desistió y desde *L'Express* se deshizo en insultos contra Sartre. Presionó a los escritores del «nouveau roman» para que se mantuvieran al margen del encuentro. Sin embargo, Faye y Ricardou consintieron en participar.

Había seis mil personas en el anfiteatro de la Mutualidad y en diferentes salas provistas de amplificadores. La televisión alemana estaba presente y nos cocíamos bajo las luces de los proyectores. Todos merecimos ovaciones. Buin, que presidía, abrió la sesión; luego Semprun habló de las responsabilidades del escritor. Ricardou leyó con un tono preciosista y agresivo algunas páginas en que retomaba la distinción de Barthes entre «escribiente» y «escritor»; sólo los escritores del «nouveau roman» le parecían merecer hoy ese título. Improvisé una respuesta antes de indicar algunas de mis ideas sobre la literatura. Luego Faye habló con un cierto desinterés y Sartre con furia. Sartre intervino el último. En la lectura su texto es el más interesante; pero

estaba deshecho de calor y de fatiga y dijo de manera un poco apagada cosas un poco difíciles. Nadie convenció a nadie; es la regla. En estos presuntos «cambios» de ideas, cada uno conserva la suya. Pero el público pareció satisfecho y *Clarté* sobrevivió un tiempo.

Escribí mi novela durante todo el año, con asiduidad pero con poca convicción. En octubre del 65, al volver de las vacaciones, releí el borrador; lo encontré detestable y supe que me sería imposible mejorarlo. Incluía largos pasajes muertos que la construcción me impedía eliminar y que ningún trabajo lograría animar. Lo arrumbé en un armario sin siquiera mostrárselo a Sartre.

Retomé otro proyecto: evocar esta sociedad tecnocrática, de la cual me mantengo a la mayor distancia posible, pero en la cual vivo, pese a todo, y que me embiste a través de los diarios, las revistas, la publicidad, la radio. Mi intención no era la de describir la experiencia vivida y singular de algunos de sus miembros, quería dar a entender lo que hoy se llama su «discurso». Hojeé las revistas, los libros en que está inscrito. Encontré razonamientos y fórmulas impresionantes por su inanidad; o cuyas premisas o implicaciones me indignaban. Con sólo retener los textos cuyos autores son «autoridad», organicé una antología tan consternante como divertida.

Nadie podía hablar en mi nombre en este universo al cual soy hostil; sin embargo, para demostrarlo tenía que tomar una cierta distancia respecto a él. Elegí como testigo una joven bastante cómplice de su ambiente como para no juzgarlo, bastante honesta como para vivir en esta connivencia con malestar. La doté de una madre «en el aire» y de un padre pasota: esta doble apariencia explica sus incertidumbres. Gracias a su padre dudaba de los valores admitidos en su medio: el éxito y el dinero. Una cuestión planteada por su hija de diez años la llevaba a interrogarse seriamente: no encontrando respuesta se debatía entre tinieblas que trataba en vano de romper. La dificultad radicaba en la fealdad del mundo en que se ahogaba, transparentada desde el fondo de su noche, sin que yo apareciera. En mis novelas anteriores el punto de vista de cada personaje está nítidamente explicitado, y el sentido de la obra se desprende de su confrontación. En ésta, se trataba de hacer hablar al silencio, problema nuevo para mí.

¿Lo resolví? Al aparecer el libro, en noviembre del 66, muchos estimaron que sí. Se mantuvo doce semanas en la lista de *best-sellers*, y se vendieron ciento veinte mil ejemplares. A muchos críticos, a casi to-

dos mis amigos y la mayoría de mis corresponsales les gustó. Los jóvenes en particular me dijeron o escribieron: «Sí, es exactamente nuestra historia; vivimos en este universo, como Laurence nos sentimos cogidos en la trampa, acorralados.» Otros lectores me felicitaron por haber renovado mi técnica y mi estilo.

Pero otros, al igual que ciertos críticos, me lo reprocharon: «Ése el mundo de Françoise Sagan y no el suyo. No es Simone de Beauvoir.» Como si yo les hubiese endosado una mercancía diferente de lo que el rótulo anunciaba. Ciertos lectores se desilusionaron al no poder identificarse con ninguno de los personajes. El medio que describe no nos interesa, objetaron los comunistas, lamentando la ausencia de un héroe positivo. Sin duda hubieran deseado que Laurence pasara del error a la verdad por una lúcida «toma de conciencia».

En su reseña de *Las bellas imágenes*, François Nourissier hizo una observación cuya perspicacia sólo comprendí más tarde. ¿Qué pensarían los seres que evoqué y que constituirían la mayor parte de mi público? La mayor parte sólo se dejaron deslumbrar. Se divirtieron o se aburrieron sin sentirse aludidos. Otros me acusaron de ser demasiado severa con los burgueses, que no son ni tontos ni malos.

En cuanto a las tonterías, la mayor parte de las frases que pongo en su boca fueron recogidas entre los «pensadores» que nuestros tecnócratas respetan más, como Louis Armand. En cuanto a la bajeza moral, para que no se me acusara de haber tomado partido, me quedé muy por encima de la verdad: al coincidir confortablemente con ellos mismos, los privilegiados no tienen conciencia del egoísmo, de la avaricia, del arribismo, de la dureza, de la que he visto tantos ejemplos asombrosos. Rara vez se me ha hecho el reproche contrario: el de haber concedido demasiada indulgencia a mis tristes héroes. No le presté a Laurence la repugnancia que me producen, pero tal cual se pintan por sus palabras y sus actos, sólo es posible detestarlos, a menos de parecerse a ellos.

El personaje del padre de Laurence también ha dado lugar a un malentendido: que yo estimaría su manera de vivir y compartiría sus ideas. Nada más falso. Está visto a través de Laurence, que al principio lo admira ciegamente. Pero poco a poco, durante su viaje a Grecia, luego de regreso a París, su ojos se abren. Ese falso sabio quiere ignorar, también él, la desgracia de los hombres: utiliza su cultura para asegurarse un bienestar moral preferido a la verdad. Es mucho menos

insensible de lo que pretende, a la fortuna, al éxito, y no retrocede ante las componendas. Su segundo matrimonio con su ex mujer manifiesta el choque entre la burguesía tradicional y la nueva: es una sola y única clase. La desilusión de Laurence no está formulada en palabras, sino inscrita en su cuerpo; porque desencadena en ella una crisis de anorexia.

¿Cómo pudieron atribuirme las frivolidades que propala un viejo egoísta sobre la felicidad de los pobres y las bellezas de la frugalidad? Jean-Jacques Servan-Schreiber fue el primero en cometer este error;[5] no atreviéndose a dudar de su perspicacia, otros lo siguieron: el texto en cuestión fue reproducido elogiosamente en una revista inspirada por Lanza del Vasto. Un profesor que conoce mis opiniones me advirtió sorprendido que había sido propuesto en el bachillerato como si expresara mi propio pensamiento: ¡los estudiantes eran invitados a comentarlo con admiración!

Es peligroso pedirle al público que lea entre líneas. Yo lo he reiterado. Había recibido las confidencias de varias mujeres de cuarenta años cuyos maridos acababan de dejarlas por otras. A pesar de la diversidad de caracteres y de circunstancias, había en todas sus historias interesantes semejanzas: no comprendían nada de lo que les ocurría, la conducta de su marido les parecía contradictoria y aberrante, su rival indigna de su amor; su universo se hundía y terminaban por no reconocerse a sí mismas. Se debatían en la ignorancia de modo diferente del de Laurence; y se me ocurrió tratar de hacer ver claro en su noche. Elegí por heroína una mujer atractiva pero de afectividad invasora; habiendo renunciado a una carrera personal, no supo interesarse en la de su marido. Éste, intelectualmente muy superior a ella, había dejado de amarla desde hacía mucho. Se había interesado muy seriamente por una abogada más abierta, más viva que su mujer y mucho más cercana a sí mismo. Poco a poco, se liberaba de Monique para recomenzar una nueva vida.

No se trataba para mí de contar por lo claro esta trivial historia, sino de mostrar, a través de su diario íntimo, cómo la víctima trataba de rehuir la verdad. La dificultad era todavía mayor que en *Las bellas imágenes*, porque Laurence busca tímidamente la luz, mientras que todo el esfuerzo de Monique trata de obliterarla, mediante mentiras,

5. En *El desafío americano*. A propósito de ese texto me reprocha un pasotismo que nada tiene que ver conmigo.

olvidos, errores; a cada página el diario se contradice, a través de nuevas tabulaciones, de nuevas omisiones. Ella misma entreteje las tinieblas en las cuales naufraga hasta el punto de perder su propia imagen. Hubiese querido que el lector leyese este relato como una novela policial; sembré aquí y allá indicios que permitían encontrar la clave del misterio: pero a condición de que se descubra a Monique como se descubre a un culpable. Ninguna frase tiene sentido en sí, ningún detalle tiene valor sino vuelto a situar en el conjunto del diario. La verdad no está nunca declarada, pero se revela cuando se mira muy de cerca.

Al mismo tiempo que *La mujer rota*, he publicado otros dos relatos. En el *Monólogo* se trata también de la relación entre la verdad y las mentiras de las palabras: ciertas cartas que había recibido me habían mostrado cómo la verdad puede manifestarse a través de las frases destinadas a disimularla. Mi correspondencia denunciaba la ingratitud de un hijo, la indiferencia de un marido; de hecho, era un autorretrato, el de una madre autoritaria, el de una arpía insoportable. He optado por un caso extremo: el de una madre que se sabe responsable del suicidio de su hija y a la que condenan cuantos la rodean. He tratado de construir el conjunto de sofismas, vaticinios y fugas con los que ella intenta darse la razón. Sólo lo consigue deformando la realidad hasta la parafrenesía. Para rechazar los juicios del prójimo, se escuda en el odio contra el mundo entero. Quise que se viera el verdadero rostro a través de esta defensa amañada.

En *La edad de la discreción* volví a tomar uno de los temas de la novela que había abandonado: la vejez. Me habían impresionado unas palabras de Bachelard que denunciaban la esterilidad de los viejos sabios: ¿cómo puede sobrevivirse un individuo activo cuando se siente reducido a la impotencia? Imaginé una pareja de intelectuales, muy unidos hasta ese momento, dividida porque no soportan de la misma manera el peso de los años. La crisis estallaba a propósito de un conflicto con su hijo; pero lo que me interesaba era la relación de los padres entre ellos. De mis tres relatos, éste era el que menos me satisfacía. No está construido a través de silencios: está escrito con claridad, según mi vieja técnica. Además, el tema era demasiado vasto para un texto tan breve, y lo rocé apenas.

A través de estas tres historias, la soledad y el fracaso son temas recurrentes. En la última el fracaso se supera, el diálogo se restablece, porque a pesar de la crisis que atraviesa, la heroína conserva el amor

Escaneado con CamScanner

por la verdad. Pero eligiendo desesperadamente mentirse, Laurence y aún más Muriel, se prohíben toda comunicación con el otro; quizás la primera tendrá un día el coraje de afrontar la verdad y reanudará relaciones con sus semejantes. Pero no veo para la segunda más salida que la locura o el suicidio.

Al salir el libro, a fines de enero, tuvo el mismo éxito de público que *Las bellas imágenes;* recibí muchas cartas de escritores, de estudiantes, de profesores que habían captado mis intenciones muy bien y me felicitaban de haberme renovado una vez más. Sin embargo, en conjunto el libro fue todavía peor entendido que el anterior y la mayor parte de los críticos me fastidiaron.

Desde hacía mucho deseábamos, mi hermana y yo, que ella ilustrara un inédito mío: nunca habíamos dado con uno suficientemente breve. El relato que da su nombre al libro, *La mujer rota,* tenía las dimensiones requeridas y le inspiró grabados muy hermosos. Quise que el público conociera la existencia de ese volumen, de tirada restringida, firmado con el nombre de ambas, por lo que permití que mi texto apareciera por entregas en *Elle* acompañado de los dibujos de mi hermana. Me vi inundada de inmediato de cartas de mujeres separadas, semiseparadas, o en trámite de separación. Identificándose con la heroína, le atribuían todas las virtudes y se asombraban de que siguiera ligada a un hombre indigno; su parcialidad indicaba que en relación con su marido, con su rival, con ellas mismas, compartían la ceguera de Monique. Sus reacciones reposaban sobre un enorme contrasentido.

Otros muchos lectores, dándole al relato la misma interpretación simplista, lo declararon insignificante. La mayoría de los críticos probaron con sus reseñas que lo habían leído muy mal. Con la primera entrega de *Elle,* Bernard Pivot se apresuró a declarar en *Le Figaro littéraire* que, dado que *La mujer rota* aparecía en una revista femenina, se trataba de una novela para modistillas, una novela rosa. La expresión fue retomada en numerosos artículos, cuando lo cierto es que nunca escribí nada más sombrío que esta historia: toda la segunda parte es un grito de angustia y la pulverización final de la heroína es más lúgubre que una muerte.

El aturdimiento de mis censores no me asombró; pero no entendí por qué este librito desencadenó tanto odio. Defendiéndolo contra Pivot durante un debate literario retransmitido por radio, Claire Etche-

Escaneado con CamScanner

relli estuvo a punto de retirarse. «Lo que usted hace no tiene nada que ver con la crítica literaria», le dijo, con una voz temblorosa de indignación; él provocaba la risa de los asistentes con bromas groseras. Kanters me atacó con virulencia durante una discusión con Pierre-Henri Simon: éste objetó dulzonamente que a partir de *Una muerte muy dulce* yo ya no pretendía hacer literatura. Uno de mis detractores declaró en la radio: «Lamento haber escrito este artículo después de haber visto a Simone de Beauvoir en la calle Rennes, los brazos colgando, hosca, marchita. Hay que tener piedad de los ancianos. Por eso Gallimard continúa publicándole.» Un minuto después, sin registrar la contradicción, cambiaba con su compadre guiños astutos: «Su novela es un *best-seller*. Pues sí, es un *best-seller*.» Mi editor, entonces, no había hecho un mal negocio. Aun sabiendo lo mucho que Mathieu Galey detesta a las mujeres, su grosería me desconcertó: «¡Pues sí, señora, es triste envejecer!», escribió en su crónica. Muchos deploraron que esta última obra fuese tan indigna de *Los mandarines* y *El segundo sexo*. ¡Qué hipocresía! En su momento maltrataron la primera y arrastraron por el lodo a la segunda. Es justamente a causa de las posiciones que en ellas tomé que todavía hoy me detestan tanto.

Con muy raras excepciones, el juicio de los críticos me es indiferente: sólo me fío del de algunos amigos exigentes. Pero lamento que por su malevolencia una parte del público no haya tenido ganas de leerme y que otra haya abordado mi novela con prevenciones. Hay mujeres a las cuales mis ideas perturban, y que se apresuraron a creer lo que decían de mí, aprovechando para sentirse superiores. «Esperó a tener sesenta años para descubrir lo que sabe cualquier mujercita», dijo una de ellas, sin que yo haya sabido a qué descubrimiento hacía alusión. Me ha afectado más la reacción de algunas luchadoras feministas, decepcionadas porque mis relatos no tenían nada de militantes. «Nos ha traicionado», opinaron, en cartas de reproche. Nada impide derivar una conclusión feminista de *La mujer rota:* su desdicha proviene de la dependencia que ha tolerado. Pero además, no me siento obligada a elegir heroínas ejemplares. Describir el fracaso, el error, la mala fe, no implica, creo, traicionar a nadie.

En un reportaje en televisión a propósito de una de sus exposiciones, el interlocutor le preguntó a mi hermana: «¿Por qué eligió ilustrar ese libro, el más mediocre de los que ella ha escrito?» Mi hermana lo defendió con calor, agregando: «Hay dos categorías de seres a los que les

Escaneado con CamScanner

gusta: los seres simples, a los que el drama de Monique conmueve; los intelectuales, que captan las intenciones del libro. No gustan de él los semiintelectuales, no lo bastante sutiles como para entenderlo, demasiado pretenciosos para leerlo con ojos ingenuos.» No creo que esto sea totalmente cierto. Se pudo percibir mis intenciones y deducir un fracaso. Pero el hecho es que he estado sostenida por la gente que más estimo y que los que me atacaron nunca me dieron una razón válida.

Como para *Las bellas imágenes*, una de las objeciones fue: «No es Simone de Beauvoir; no es el mundo de Simone de Beauvoir; habla de seres que no nos interesan.» Sin embargo, muchos lectores pretenden encontrarme en todos mis personajes femeninos. La Laurence de *Las bellas imágenes*, disgustada de la vida hasta la anorexia, sería yo. La universitaria colérica de *La edad de la discreción*, sería yo. «Todos lo piensan –me dijo una amiga–. Eres tú, Sartre y la madre de Sartre. Para el hijo, se duda entre varios nombres.» *La mujer rota*, por supuesto, sólo podía ser yo. «Para escribir esta historia es necesario haber pasado por esto. Entonces, en sus *Memorias* no ha contado todo», dijeron algunos. Otros fueron más lejos. Una corresponsal me preguntó si era cierto que, como pretendía la presidenta de un club literario, Sartre había roto conmigo. Mi amiga Stépha observó a sus interlocutores que yo no tenía cuarenta años, que no había tenido hijas, y que mi vida no se parecía en nada a la de Monique; quedaron convencidos. «Pero –dijo un impaciente–, ¿por qué trata de que todas sus novelas tengan un aire autobiográfico?» «Tan sólo trata de que suenen verdaderas», les dijo Stépha.

En la primavera del 66, un joven, llamado Steiner, me pidió un prólogo para un libro que acababa de terminar: *Treblinka*. Nunca lo había visto, pero *Les Temps modernes* había publicado un notable reportaje sobre su experiencia de paracaidista. Leí las pruebas de *Treblinka* y quedé sobrecogida. Conocía casi todas las obras publicadas en Francia sobre los campos de exterminio, pero ésta no se parecía a las otras. Steiner la había escrito apoyándose en algunos raros documentos y sobre todo en los testimonios de un puñado de sobrevivientes; se distanciaba con respecto a sus propias emociones y a las experiencias que contaba: se había colocado en el punto de vista de los técnicos, con un estilo helado y un humor feroz, para comprender cómo habían logrado matar, uno a uno, a ochocientos mil hombres. Me interesó especialmente que el desarrollo de los acontecimientos ilustrara exacta-

Escaneado con CamScanner

mente las teorías de Sartre sobre la serialización;[6] tanto en sus guetos como en los campos, los nazis serializaron a sus víctimas con una habilidad maquiavélica, de modo que, enemistándose unos con otros, quedaran reducidas a la impotencia. Cuando en un sobresalto final, y al precio de un inmenso sacrificio, los deportados de Treblinka lograron constituir un grupo, entonces se convirtieron en una fuerza y la rebelión estalló. Al encontrarme con Steiner lo sorprendí mucho preguntándole si había pensado en la *Crítica de la razón dialéctica* al escribir *Treblinka:* no había leído ni una línea. Se había limitado a transmitir los hechos. Yo previ que éstos no iban a ser del gusto de todos, y en mi prólogo traté de defender a Steiner contra la acusación de antisemitismo que algunos no dejarían de alzar contra él. Recordé que ninguna categoría de deportados pudo resistir a los alemanes; entre los rusos, en especial, los comunistas inscritos y los comisarios políticos eran separados y exterminados: a pesar de su preparación ideológica y militar, no pudieron evitar su destino. No obstante esas precauciones, efectivamente se le reprochó a Steiner que presentara a los judíos como unos cobardes, y se desató toda una campaña contra él. Para defenderse concedió unas entrevistas lo bastante nebulosas como para crear nuevos malentendidos. Rousset, en el *Nouveau Candide*, trató de rematarlo, pretendiendo que su relato no era un documento sino una novela. Yo estaba directamente implicada en esos ataques. Para defender *Treblinka* tuve con Lanzmann y Marienstrass un diálogo recogido y publicado en *Le Nouvel Observateur*. Señalé que antiguos deportados –Daix, Martin-Chauffier, Michelet– garantizaban el valor documental del libro, tanto como el historiador Vidal-Naquet, que había estudiado seriamente el asunto. Expliqué por qué la no resistencia de seis millones de judíos podía plantear un problema a la generación joven que no había vivido la guerra; recibí muchas cartas de jóvenes judíos que me decían que respiraban mejor después de haber entendido, gracias a Steiner, un drama que hasta ese momento les resultaba oscuro. Rousset envió a *Le Nouvel Observateur* una respuesta a la que a mi vez contesté. Muchos de mis corresponsales tomaron partido por mi. Algunos deploraron que yo hubiese hecho el prefacio de *Treblinka;* incluso me pidieron que suprimiera esas páginas de las traducciones que iban

6. La serialización se produce cuando los individuos que viven en la dispersión una condición común, se transforman en enemigos unos de otros, tal como ocurre en un pánico o en un embotellamiento.

a aparecer; me negué. Pese a la hostilidad de ciertas reacciones, Sterner recibió en Francia el premio de la Resistencia.

En mayo del 67 había terminado los tres relatos reunidos bajo el título *La mujer rota* y me preguntaba qué iba a hacer ahora. De pronto tuve una iluminación: estudiaría aquel tema, la vejez, en cuyo tratamiento en forma novelesca había fracasado, como un ensayo que sería, con respecto a las personas de edad, simétrico a *El segundo sexo*. Sartre me animó con insistencia.

¿Por qué me había tomado tan a pecho ese tema? En primer lugar, no había olvidado el griterío que se había alzado por mi alusión a la vejez al final de *La fuerza de las cosas*. Tenía ganas de hacer pedazos los lugares comunes que me habían lanzado a la cara, tanto más descorazonadores cuanto que conocía muy bien la situación de la mayoría de los ancianos hoy. También en ese caso me sedujo la idea de echar por tierra una falsedad. Pero si me decidí fue por la necesidad de conocer en términos generales una condición que es la mía. Como mujer quise elucidar la condición femenina; al acercarme a la vejez, quise saber cómo se define la condición de los viejos.

Antes de estudiar sistemáticamente el tema de la mujer, había leído muchas obras, tenía una experiencia bastante vasta, y encontré en seguida abundante material. Pero abordé el problema de la vejez con las manos vacías. Bajé a las salas de los catálogos de la Biblioteca Nacional, consulté las fichas más recientes sobre el capítulo: vejez. Di primero con los ensayos de Emerson y de Faguet, luego con obras más serias que me proporcionaron una bibliografía sumaria. Poco a poco ésta se fue enriqueciendo; leí casi todos los trabajos y las revistas de gerontología aparecidas en Francia los últimos años. Hice traer de Chicago tres enormes Sumas que los americanos consagraron a esta disciplina. Durante esta exploración el libro se fue construyendo en mi cabeza, y fui redactando con mayor o menor dificultad los diferentes capítulos.

Algunos críticos definieron *La vejez* como un libro de segunda mano, cosa injusta. Un libro de segunda mano es el que se limita a compilar obras consagradas al tema elegido. Es el caso de mi primer capítulo; me informé en estudios de biología que me limité a resumir. Pero en todo el resto del libro hice un trabajo original. Utilicé, claro está, libros y documentos: no se trataba de una obra de imaginación. Pero primero hubo que encontrarlos, inventar la manera de utilizarlos

y realizar nuevas síntesis. Sobre la vejez en las sociedades primitivas existe un libro, que no encontré nada satisfactorio y del que apenas me he servido. Utilicé el admirable instrumento de trabajo que Claude Lévi-Strauss puso gentilmente a mi disposición: el laboratorio de antropología comparada del Colegio de Francia. Sus colaboradores me indicaron, en diversas monografías, pasajes que tratan de la condición de los viejos; leí cada una de esas obras, tratando de establecer la relación de esta condición con el conjunto de la civilización descrita. El análisis de esos materiales, las reflexiones que me inspiraban, las conclusiones que extraje, constituyeron un trabajo no hecho por nadie antes.

No existe ningún libro donde yo hubiera podido rastrear la suerte de los viejos en las sociedades históricas; pasada por alto, las raras indicaciones que se pueden aislar son a menudo difíciles de interpretar, enredadas, contradictorias, al menos en apariencia. Y además hay que saber dónde encontrarlas. Practiqué una verdadera caza del tesoro. En general mis búsquedas estaban dirigidas de una manera bastante segura, y obtuve respuesta sin demasiado trabajo a las cuestiones planteadas. A veces el azar me ayudaba, y sin preverlo, caía sobre una mina de oro. También ocurría que los libros de los cuales esperaba información no me proporcionasen ninguna. En ese caso consultaba con especialistas; algunos me informaron útilmente.

Logré reunir fácilmente una documentación considerable sobre la condición actual de los viejos. Tuve numerosas entrevistas con personas que la conocían bien, por su profesión.

En cuanto a la segunda parte de mi ensayo, constituye una obra totalmente personal.

Lo esencial en un trabajo de esta especie son las cuestiones que el autor se plantea; sólo mi propia experiencia y mi reflexión me llevaron a definir las que allí traté: ¿cuál es la relación entre el viejo y su imagen, su cuerpo, su pasado, sus empresas; cuáles son las razones de su actitud con relación al mundo, con relación a su ámbito? Para responder, me apoyé en la correspondencia y en los diarios íntimos, las memorias de los viejos; consulté encuestas y estadísticas; solicité personalmente testimonios, me interrogué a mí misma. Interpretar esos datos, ponerlos en su perspectiva, extraer conclusiones, fue un trabajo absolutamente original. Las ideas que expresé, las posiciones que tomé, contrariaban a menudo muchas de las opiniones admitidas.

El libro apareció a fines de enero del 70. Poco tiempo antes se había publicado el informe de la inspección general de asuntos sociales sobre los problemas sociales de las personas ancianas. Se deducía de él que su situación se había deteriorado durante los últimos diez años, ya que el ridículo aumento de las pensiones no había compensado el alza de los precios. *France-Soir* consagró su primera página a un informe de ese documento. La cuestión era, pues, de la más absoluta actualidad. Mi libro salió en el momento en el cual el público estaba dispuesto a acogerlo; pero yo lo había empezado dos años antes.

Quería que llegara a la mayor cantidad de gente posible, y contrariando mis costumbres acepté dos reportajes en Radio-Luxemburgo; me valieron cartas conmovedoras de viejos desheredados que los habían escuchado. Confirmaban dramáticamente mis más sombrías conclusiones; las cifras oficiales son todavía demasiado optimistas; las carencias de la Administración,[7] la sutileza de los reglamentos, los azares desdichados de la existencia reducen a un gran número de ancianos a la desesperación. Incluso los corresponsales que disponían de medios como para comprar mi libro, trazaron cuadros muy negros de su estado: muchos reclamaban el derecho a una muerte «libre», es decir, a la eutanasia. Puesto que no se nos dan los medios de vivir, que al menos se nos permita elegir nuestra muerte, me decían. Tres o cuatro octogenarios, relativamente privilegiados, me aseguraron que el peso de los años no los aplastaba: número muy pequeño en comparación con las cartas desoladas que recibí.

En conjunto la crítica fue calurosa: tanto la derecha como la izquierda reconocieron que la condición a que están reducidos los viejos es escandalosa. Pero los críticos de izquierda me aprobaron por poner el acento sobre el aspecto económico y social del problema: los de derecha prefirieron pensar que era biológico y metafísico, y que el papel de la sociedad sólo es secundario. También hubo divergencias entre los que pensaron que yo había escrito un anti *De Senectute*, y los que consideraron que yo retornaba a Cicerón y a Séneca. Evidentemente son los primeros los que tienen razón. Admito que en algunos casos privilegiados la vejez pueda proporcionar ciertas aperturas, pero la inmensa mayoría de las personas de edad está condenada a la degradación.

7. A fines de 1970, una anciana, Mme. Cocagne, se mató porque desde hacía dos meses no recibía el giro al cual su pensión le daba derecho.

Escaneado con CamScanner

Los testimonios que más me animaron provinieron de algunos gerontólogos. En general, los especialistas aprecian poco que uno se aventure tras sus huellas. Éstos, por el contrario, me felicitaron por haber puesto de manifiesto lo que ellos también llaman la «conspiración del silencio» y muchos me hicieron ofertas de colaboración.

Es normal que algunos errores se filtren en ese grueso trabajo que llevé a cabo sin ayuda alguna.[8] Tres o cuatro corresponsales me los señalan con mayor o menor acidez. Pero nadie me ha desmentido en puntos importantes. .

Un relato sobre la muerte de mi madre, dos obras de ficción, dos prólogos, un enorme ensayo; no he escrito poco entre 1963 y 1970; sin hablar del borrador de novela descartado. Sin embargo, atravesé períodos en los cuales la idea de tener una pluma en la mano me desanimaba. Me sentía incapaz después de terminar con *Una muerte muy dulce;* había sido irresistiblemente llevada a contar esta historia; pero luego la literatura me pareció vana; me había inclinado del lado de la muerte y de su silencio. También me paralizaba el malentendido que había acogido *La fuerza de las cosas:* las palabras me habían traicionado y ya no les tenía confianza. Quebré ese disgusto porque se me impusieron nuevos temas. Pero mi relación con la escritura es más ambivalente que antes. Me sigue siendo necesaria, pero a veces me gusta prescindir de ella: durante mis estadías en Roma, por ejemplo, pese a que tengo toda la comodidad para trabajar. Nunca puedo escribir cuando, en la angustia o en la alegría, me siento atrapada por los acontecimientos. Ahora, aun estando disponible, me suelo dar vacaciones.

Sin embargo, a la larga, la pereza me aburre; mis jornadas me parecen insípidas. No me siento ya cargada de una misión. Y sé que ninguno de mis libros futuros transfigurará el conjunto de mi obra: será la misma, con un tomo más. Experimento en carne propia lo que dije en *La vejez:* aun el progreso tiene en la última edad algo decepcionante: se avanza, sí, pero trabajosamente, y sin la esperanza de ir mucho

8. Entre otros, confundí Sigogne, poeta francés que vivía en Dieppe con un anticuario francés nacido en Módena. Atribuí a Marivaux un casamiento tardío que no tuvo lugar. De Max tenía cincuenta y no ochenta y cuatro años cuando, representando al joven Nerón, le pareció tan decrépito a la niña que yo era en esa fecha.

más allá de lo que se ha hecho. Conservo, sin embargo, el deseo de seguir contando el mundo y mi vida. No quisiera renunciar a esta impresión exaltante que por momentos me ofrece la literatura: creándome a mí misma en la dimensión de lo imaginario, creando un libro.

He seguido ocupándome de nuestra revista, *Les Temps modernes*. No he publicado artículos. Hice aparecer en ella sólo dos de mis relatos, *Una muerte muy dulce* y *La edad de la discreción*. He leído y seleccionado gran cantidad de los manuscritos que a ella se someten. Asisto regularmente a las reuniones en que los redactores discuten la línea a seguir y los números que se preparan. En principio tienen lugar una vez cada quince días. Como estamos entre amigos, el trabajo se confunde con el placer de la conversación.

En el 62, Francis Jeanson reemplazó a Marcel Péju en el comité de dirección; la línea de la revista no fue modificada. Cambió de editor. Después de la muerte de René Julliard, su casa fue tomada por Nielsen, director de las *Presses de la cité*, que antes que nada quería ganar dinero: *Les Temps modernes* no le interesaba. Claude Gallimard nos propuso volver con él. Puso a nuestra disposición una parte del hotel de la calle Condé, habitado por Beaumarchais, y que hoy ocupa el *Mercure de France*. Allí trasladamos el secretariado.

Había en la revista una laguna que deseábamos colmar. Absorbidos por sus trabajos, los miembros del comité no tenían tiempo de entregarse al difícil e ingrato ejercicio de redactar notas sobre literatura, arte, libros de historia y de economía. Pensamos que habría jóvenes más disponibles, que acogerían con gusto esta ocasión de expresarse. Al comienzo del otoño del 64 se organizó en casa una reunión numerosa y bastante heteróclita. Había varios futuros novelistas: Annie Leclerc, Georges Perec;[9] poetas: Velter y Sauterau, que escribían sus obras en colaboración; un profesor de derecho, Nicos Poulantzas, que preparaba importantes obras de economía política;[10] estudiantes, y sobre todo estudiantes de filosofía: Jeanine Rovet, Sylvie Le Bon, Dollé, Peretz, Benabou, Régis Debray. Entre otros, muchos eran discípulos de Althusser y, en vez de darnos las notas que deseábamos, querían hacer de *Les Temps modernes* una tribuna para exponer sus ideas. Esta

9. Publicaron un poco más tarde, ella *Le Pont du Nord*, él *Les Choses* y otras obras.
10. Publicó después *Fascismo y dictadura* y *Poder político y clases sociales*.

Escaneado con CamScanner

primera discusión fue bastante confusa: «Habría que saber cuáles son los puntos comunes en que coincidimos», plantearon los que se consideraban como los teóricos del grupo.

El asunto quedó en suspenso. Pero en la segunda sesión los participantes, menos numerosos –Régis Debray, entre otros, no volvió–, parecían dispuestos a encargarse de las tareas propuestas. El grupo pasó a reunirse todas las semanas, una vez cada dos con Sartre y conmigo, una vez cada dos solos; proporcionó a la revista notas y ensayos sobre libros, películas, exposiciones. Disperso durante las vacaciones, volvió a comenzar a la entrada de los cursos. Los «teóricos» publicaron artículos de fondo y propusieron que apareciera regularmente una «crónica marxista». Al cabo de un número ese proyecto abortó. Había entre ellos y los miembros del comité de dirección serias diferencias ideológicas. Aunque ignoraban todo de la Revolución china, se afiliaban a ella incondicionalmente; nosotros, antes de tomar partido exigíamos estar informados. Ellos sostenían que se trataba de un escrúpulo vano. Además, estando a fines del año escolar, casi todos preparaban exámenes y no tenían tiempo de hacer otra cosa. Nos separamos el 26 de junio del 66, decidiendo de común acuerdo no prolongar esta experiencia.

Absorbido por la organización de una *Maison de la Culture*, Jeanson abandonó el comité de *Les Temps modernes* en el 67. No fue reemplazado. El comité contó a partir de ese momento con sólo ocho miembros, entre los cuales no reinaba un acuerdo perfecto. Cuando en los números 64 y 65, Kravetz y otros después de él reclamaron «la Sorbona para los estudiantes», y atacaron violentamente los cursos magistrales, Pontalis y Pingaud fueron hostiles a esas tesis. No lo manifestaron, pero en privado no ocultaron que ciertas posiciones tomadas por la revista les chocaban. Señalaron abiertamente su desaprobación cuando Sartre publicó el «diálogo psicoanalítico» y explicó por qué encontraba fascinante ese texto, opinión compartida por todos los demás miembros del comité. Ese diálogo había sido registrado por un paciente del doctor X., que había aparecido en el consultorio de éste provisto de un magnetofón, tres años después del fin de un largo análisis. Invirtiendo la situación se había instituido como encuestador, exigiendo que el doctor contestara a ciertas preguntas: éste había manifestado un verdadero terror frente al aparato. Sartre aprobaba en el «enfermo» esta reivindicación de reciprocidad.

Escaneado con CamScanner

Pontalis, en un texto breve, objetó que la consigna de Censier: «Analizados, de pie», implicaba un rechazo radical del psicoanálisis. Pingaud consideraba que el «paso al acto» realizado por el «hombre del magnetofón» no era una buena ocasión para abrir un proceso al psicoanálisis. Volvíamos a encontrar en ambos la misma tendencia que los había llevado a defender los cursos magistrales.

El asunto quedó allí. Pero como la revista fue adoptando más y más deliberadamente una línea izquierdista –sobre todo bajo el impulso de Sartre y de Gorz–, Pontalis y Pingaud la abandonaron en el 70. El artículo de Gorz, *Destruir la universidad*, que encabezaba el número de abril, los decidió. «Por su lugar, su firma y su formulación aparece definiendo una posición colectiva del equipo de *Les Temps modernes*. No pudiendo aceptar esas tesis, decidimos con pesar abandonar el comité de dirección», escribieron. Nosotros también lamentamos su partida, pero nuestros desacuerdos intelectuales y políticos habían llegado a ser demasiado serios como para que la amistad bastara para superarlos. Hoy formamos un equipo reducido pero homogéneo, aunque sobre algunos puntos nuestras opiniones no coincidan exactamente. Proseguimos nuestra labor de información y de análisis.

3

De niña, de adolescente, la lectura no sólo era mi diversión favorita, sino la llave que me abría el mundo. Me anunciaba mi porvenir; presentía mi destino a través de las heroínas de novela con las que me identificaba. En los momentos ingratos de mi juventud me salvó de la soledad. Más tarde me sirvió para extender mis conocimientos, para multiplicar mis experiencias, para comprender mejor mi condición de ser humano y el sentido de mi trabajo de escritor. Hoy mi vida ya está hecha, mi obra está hecha, aunque pueda prolongarse: ningún libro me va a deparar una revelación fulminante. Sin embargo, sigo leyendo mucho: por la mañana, por la tarde, antes de ponerme a trabajar, o cuando estoy fatigada de escribir; si por casualidad paso una noche sola, leo; en Roma, durante el verano, leo horas. Ninguna ocupación me parece más natural. Sin embargo, me pregunto: si nada decisivo puede llegarme a través de los libros, ¿por qué sigo tan apegada a ellos?

La alegría de leer no se ha embotado. Siempre me maravilla la metamorfosis de los pequeños signos negros en una palabra que me precipita en el mundo, que precipita al mundo entre mis cuatro paredes. El texto más ingrato puede provocar ese milagro. *J. F., 30 años, dactilógrafa, exp. b. trabajo tres días por semana.* Sigo con los ojos este anuncio económico y Francia se puebla de máquinas de escribir y de jóvenes sin trabajo. Ya sé; el taumaturgo eres tú. Si quedo inerte ante las líneas impresas ellas se callan; para que se animen, es necesario que les dé un sentido, que mi libertad les conceda mi propia temporalidad, reteniendo el pasado y proyectándolo sobre el futuro. Pero como me escamoteo durante esta operación, me parece mágica. Por momentos tengo conciencia de que colaboro con el autor para hacer existir la página que descifro: me complazco en crear el objeto con el cual gozo. Éste se rehúsa al escritor: incluso en el momento en que se relee, la

Escaneado con CamScanner

frase salida de su pluma se le escapa. El lector lleva ventajas; a pesar de ser activo, lo colma de riquezas imprevistas. La pintura y la música suscitan en mí, por la misma razón, alegrías análogas; pero los datos sensibles desempeñan un papel inmediato más importante. No tengo que efectuar en esos dominios el sorprendente paso del signo al sentido que desconcierta al niño cuando comienza a deletrear las palabras, y que todavía me apasiona. Corro las cortinas de mi cuarto, me tiendo en un diván, todo decorado queda abolido, y me ignoro a mí misma; sólo existe la página negra y blanca que mi mirada recorre. Me sucede entonces la sorprendente aventura que ciertos sabios taoístas transmiten: abandonando sobre su yacija un despojo inerte, se iban volando y viajaban durante siglos de cima en cima a través de toda la tierra y hasta el cielo. Al recobrar su cuerpo, éste había vivido tan sólo el tiempo de un suspiro. Así floto inmóvil, bajo otros cielos, en épocas pretéritas, pudiendo suceder quizás que transcurran siglos antes de que me encuentre a dos o tres horas de distancia, en ese lugar del cual no me he movido. Ninguna experiencia puede compararse a ésta. A causa de la pobreza de las imágenes, la ensoñación es inconsciente, el devanar de los recuerdos concluye pronto. Reconstruir el pasado por un esfuerzo dirigido es un trabajo que, como la creación, tampoco da el gozo del objeto. Espontánea o solicitada, la memoria sólo me comunica lo que sé. Mis sueños empiezan por asombrarme, pero a medida que se desenvuelven se deshilachan, y su recuerdo decepciona. Sólo la lectura, con una notable economía de medios –apenas este libro en mi mano– crea relaciones nuevas y duraderas entre las cosas y yo.

Para leer, me gusta anularme. Pero a veces, en verano, leo al aire libre. El relato me lleva lejos; y sin embargo siento en mi piel el sol y la brisa, respiro el olor de los árboles, de cuando en cuando miro al cielo azul, aun estando en otra parte permanezco donde estoy. Y no sé lo que importa más en esos momentos: el campo que me rodea o la historia que me cuentan. También me agrada leer en un ferrocarril. Mi mirada sigue con una semipasividad los paisajes que desfilan detrás de la ventanilla, y vuelve a recorrer el texto que anima: en esta alternativa ambos placeres, preciosos ambos, se conjugan deliciosamente. En muchos casos, leo por el solo placer de leer, más que por haber leído: soy algo bibliófaga. Sucede muchas veces que mi primera lectura es demasiado apresurada, y que no bien termino la obra tengo que recomenzarla de un cabo al otro.

Sin embargo, no leo cualquier cosa. A menos que me sitúe en una perspectiva sociológica o lingüística, la página de pequeños anuncios no me absorbe. ¿Qué condiciones deben darse para que un texto prenda en mí?

Las hay de muchas clases, y los beneficios que obtengo de ellas son diversos. En algunos casos, recorro la obra sin abandonar el centro de mi propio universo, cuyas lagunas me limito a colmar. Al cerrar el libro he adquirido algunos nuevos conocimientos. A esta lectura informativa se opone la lectura comunicación, en la cual el autor no pretende transmitirme ningún saber, sino darme a través del universo singular de su obra el sentido vivido de su ser en el mundo. Su experiencia existencial es irreductible a conceptos o a nociones; no me instruye. Pero durante el tiempo de una lectura vivo en la piel de otro. Mi visión de la condición humana, del mundo, de la situación que en él ocupo puede ser profundamente modificada. Hay un criterio bastante claro que distingue ambas categorías de libros. El documento informativo puedo resumirlo en mi propio lenguaje, entregando a un tercero un saber universal; en una obra literaria el lenguaje está en juego, la singularidad de la experiencia vivida se da a través de él, ya que no podría ser comunicada con otras palabras. Por eso el texto impreso sobre la faja de una novela, pretendiendo resumirla, la traiciona siempre; también por eso el escritor queda tan turbado cuando se le interroga sobre un trabajo en curso; no puede dar a conocer lo que es por definición un no conocimiento.

También suelo hacer lecturas que ni me instruyen ni me comunican con otro, que sólo sirven para pasar el tiempo: lecturas de pura diversión como las novelas policiales, de espionaje o de ciencia-ficción.

Leo mucho para informarme: siempre he deseado aprender y mi curiosidad está abierta a todo. Querría estar al corriente de todo lo que les interesa a mis contemporáneos. Está desgraciadamente limitada por mis incapacidades y depende de mis asedios anteriores. El dominio científico me está vedado. Ciertas disciplinas –la lingüística, la economía política– nunca me han atraído. Me resigno, pues, a ignorar mucho. Aun en los dominios que me son accesibles, no leo todo lo que aparece. En mis elecciones entra un poco el azar –me envían muchos libros que yo hojeo–, pero en conjunto, ¿qué preocupación las guía?

Una obra me atrae si responde a las preguntas que me planteo.

Cuando preparo un viaje me pregunto sobre el país que voy a ver y trato de documentarme. Cuando trabajé sobre la vejez, compulsé con ardor estudios de gerontología que un año antes me habrían aburrido. Pero también, así como a menudo el objeto que por su aparición suscita el deseo, la revelación de un acontecimiento imprevisto me suele dar el deseo de conocerlo y comprenderlo mejor. O bien, con relación a hechos que ignoraba o que me eran indiferentes, nuevos descubrimientos despiertan mi atención.

Ante todo, trato de comprender mi época. Durante los últimos diez años leí muchos estudios sobre la Unión Soviética, Estados Unidos, América latina, Cuba, la clase obrera francesa y el proletariado italiano. Al producirse acontecimientos importantes –la Guerra de los Seis Días, Mayo del 68, la invasión de Checoslovaquia, la revolución cultural china–, leo casi todo lo que puedo sobre el tema. No menos me interesan los libros que me explican los tiempos que llevo vividos. En el curso de este decenio se han publicado importantes revelaciones sobre la España de Franco, la resistencia griega y el trágico fracaso de la guerra de los guerrilleros,[1] sobre el III Reich, sobre la policía y la Gestapo francesa, sobre el exterminio de los judíos, sobre la guerra de Indochina, sobre la guerra de Argelia. Cuando leo esos libros me parece recuperar mi historia. Refrescando y completando mi información, reaniman mis angustias y mis cóleras, resucitan mi pasado, salvándome por un momento de la erosión del tiempo.

También me resulta preciosa la información sobre ciertos hechos ocurridos mucho tiempo atrás. Diré después en qué circunstancias leí *La confesión,* de London, donde encontré respuesta a tantas preguntas que me he planteado. Sobre los campos soviéticos sabía no pocas cosas.[2] *Le vertige,* de Evguenia Guinzburg, me hizo ver más de cerca ciertos aspectos. Mucho antes de aparecer en Francia, sus Memorias habían circulado en la U.R.S.S. bajo cuerda. Ehrenburg nos había hablado apreciativamente de ellas. Evguenia Guinzburg –madre del joven escritor anticonformista y muy conocido en la U.R.S.S., Axionov– fue arrestada en 1937, en una época en la cual los interrogatorios no implicaban torturas. No firmó ninguna confesión y no fue públicamente juzgada. No por eso dejó de soportar dos años de prisión y diecisiete de campo. Para apremiarla, utilizaron los procedimientos que más tar-

1. Pienso en el hermoso libro de Eudes, *Les Kapetanios.*
2. Leí entre otros *Un día en la vida de Iván Denisovich,* de Solyenitzin.

de describiría London: «Usted conoció al trotskista Tal y no denunció sus actividades.» «Conocí al profesor Tal e ignoraba que fuera trotskista.» «Lo era; por lo tanto firme: conocí al trotskista Tal.» Comunista irreprochable, Evguenia Guinzburg perdió toda la confianza en Stalin, pero no dudó del comunismo. En las circunstancias más penosas, luchó con energía para sobrevivir y ayudar a sus camaradas. Gracias a su tenacidad y la gratitud de éstos salió indemne de pruebas agotadoras.

Sabía que durante la guerra la red del espionaje soviético había prestado importantes servicios, pero nunca me había interiorizado sobre el detalle de sus actividades. *La orquesta roja*, de Gilles Perrault, fue uno de esos libros que despiertan la curiosidad y que a la vez la satisfacen. Aunque a veces me sacaba de quicio, el autor cuenta de manera vivaz la cautivante aventura de Trepper y de sus colaboradores; a veces burlesca, casi siempre trágica. A medida que la descubría me iba dando cuenta de mi actividad de lectora: era yo la que hacía existir juntos a todos esos personajes dispersos a través de Europa, la célula berlinesa tan duramente golpeada –todos sus miembros fueron torturados y aniquilados–, la orquesta[3] parisiense, los «pianistas» de Bruselas. Yo acompañaba al autor en sus investigaciones y hacía la síntesis de los resultados obtenidos.

Esos diferentes libros plantean una pregunta. ¿Cómo es posible experimentar la alegría de leer, cuando relatan acontecimientos horribles o indignantes? La primera condición es que su caída en el fondo del pasado los haya neutralizado. Cuando los diarios me describían la agonía de los niños de Biafra, cuando me informaban acerca de las matanzas cometidas en Vietnam por los americanos, no era cuestión de sentir ningún placer intelectual, sino de rabiar de impotencia. Aun retrospectivamente, ciertas revelaciones suscitan disgusto y confusión. Sé de gente que las eludía para no verse turbada: un comunista italiano, entre otros, que se negó a abrir *La confesión*. Me sucede rezongar ante la descripción de torturas físicas. Pero a menudo, de las trágicas historias que oprimen el corazón se desprenden –como en *Les Kapetanios*, *Le vertige*, *La orquesta roja*– figuras heroicas o atractivas: la admiración o la amistad que siento por ellas hace mi felicidad. Por lo demás, el gusto por el conocimiento está tan arraigado en mí que el descubri-

3. El nombre viene de que se llama «pianistas» a los espías que transmiten informes mediante transmisores clandestinos.

Escaneado con CamScanner

miento de una realidad, por horrible que sea, me apareja siempre una especie de exaltación.

El pasado próximo me remite a un pasado más antiguo: me interesan los trabajos históricos que me ayudan a entender mejor a Francia, a Europa, al mundo de hoy. Pero no he leído durante estos últimos años casi nada que concerniera a épocas muy lejanas. En cambio, me gusta mudar de espacio. Me gusta leer reportajes y aun obras de etnología: en Francia han aparecido muchas recientemente. Me atraen especialmente las monografías. Así como sobre el Aventino, en Roma, es posible descubrir a través del ojo de una cerradura un jardín y toda una villa, así, fijando mi atención en un rinconcito de la tierra, descubro todo un país y sus relaciones con el mundo. Me interesó mucho el estudio de Morin sobre *Plodémet*, el de Wilye sobre *Un village en France*, el de Duvignaud sobre *Chebinka*, el de Mulud Makal sobre *Un village en Anatolie* y, sobre todo, las apasionantes investigaciones de Oscar Lewis: *Los hijos de Sánchez, Pedro Martínez, La vida.*

Entre los libros de etnología, prefiero aquellos, escasos, que me indican en un caso particular cómo un «primitivo» interioriza su situación. Tiempo atrás apareció el asombroso *Soleil Hopi.* Hace poco me cautivó la historia del indio *Ishi*, último sobreviviente de una tribu exterminada, y también *Yonoama*, narración dictada por una brasileña blanca, raptada a los diez años por los indios y que pasó gran parte de su vida entre ellos.

Generalizando, valoro todos los trabajos que me muestran la condición humana a una nueva luz. La psiquiatría me ha apasionado desde mi juventud. Hoy sigo con la mayor atención los esfuerzos de los «antipsiquiatras» por quebrar el círculo del «gran encierro». He leído las obras de Szasz, de Cooper, de Laing, y *L'Institution en négation*, donde Basaglia describe la experiencia intentada en Gorizia. Me gustó la virulencia del panfleto de Gentis, *Les Murs de l'asile.* Me preocupan mucho más que antes los problemas de la infancia, porque cada vez atribuyo más importancia a los primeros años en el desarrollo de un ser humano. El libro de Bettelheim, *La fortaleza vacía*, me sedujo. Freud insiste sobre todo en el período de la vida infantil que se sitúa entre los tres y los cuatro años. Bettelheim muestra[4] que a los dos años, muchas cosas ya se han ganado o perdido: en los veinticuatro primeros

4. Y lo han confirmado observaciones y experiencias hechas en Israel entre el 70 y el 71. Cf. pág. 439.

Escaneado con CamScanner

meses se definen lo que serán los dones o los fallos de un individuo. Normalmente es entonces cuando el niño debe adquirir el sentido de la reciprocidad, necesario para que se integre a la sociedad; si la actitud de su medio no se lo permite estará destinado a la esquizofrenia, al autismo, o se transformará en un «niño salvaje», un «niño lobo». Los casos relatados por el autor son en sí apasionantes, sugieren muchas reflexiones y ayudan a comprender muchas cosas.

De todos los libros relativos a la psiquiatría, el más asombroso que he leído es *Le Schizo et les langues*, de Louis Wolfson. Un joven esquizofrénico americano describe en él los curiosos recursos lingüísticos mediante los cuales se defiende de su lengua materna, el inglés –en particular cuando lo habla su madre–, y contra los alimentos –a sus ojos envenenados o mancillados– que su madre le ofrece. Toda su vida se organiza en torno a ese tema obsesivo, la relación con su madre, con su padrastro, con su padre. La considera a la vez con una seriedad maniática y con un desprendimiento irónico que da un encanto singular al relato del «estudiante de lenguas esquizofrénico», como se llama a sí mismo. Un notable prefacio de Gilles Deleuze aclara ese testimonio excepcional.

Un género que me seduce, por estar situado en la intersección de la historia con la psicología, es la biografía. Como en todas las monografías me veo proyectada a través de un caso singular a la totalidad del mundo. Me intriga saber cómo se situaban en él hombres que ejercían mi mismo oficio, los escritores. La biografía de Proust por Painter no me ayudó a conocerlo mejor: su obra nos permite acercarnos mucho más. Pero al indicarme los paisajes, los rostros, los acontecimientos que lo inspiraron, me informó sobre su trabajo creador, sobre lo que más me intriga: qué lazo –diferente para cada uno de ellos– existe entre la vida cotidiana de un escritor y los libros en que se manifiesta. Lo he buscado, con más o menos éxito, en las obras de Lanoux sobre Maupassant, de Troyat sobre Gogol, de Julian sobre D'Annunzio, de Baxter sobre Hemingway.

También me preocupa saber cómo una mujer se las arregla con su condición de tal. Leí con gran placer las aventuras de Isabelle Eberhard, contadas por Françoise D'Eaubonne, las de Mme. Hanau escritas por Dominique Desanti. A través del libro, bastante torpe,[5] que leí

5. *Mi hermana, mi esposa*, de H. F. Peters.

Escaneado con CamScanner

sobre ella, sentí la más cálida simpatía por esa mujer asombrosa que fue Lou Andréas-Salomé.

Pero también puedo apegarme al destino de un personaje que me es del todo ajeno. Así, durante el invierno del 70 me apasioné con el *Talleyrand* de Orieux. Condicionado por la historia de su tiempo, Talleyrand la expresa. Siguiendo sus pasos se ve mucho más claramente que a través de generalidades cómo un gran señor del siglo XVIII se situaba en la sociedad; y se comprende cómo se vivieron día a día los cambios de régimen que caracterizaron su época. Pero no es sólo una encarnación de su época: es un individuo singular. Su ejemplo hace visible el papel que desempeña en la vida de un hombre su primera infancia: en este caso disculpa muchos de sus defectos. Algunos rasgos de su carácter son desagradables, como la venalidad. Otros me seducen: su inteligencia cínica, la áspera extravagancia de sus «salidas», su impasibilidad, su fidelidad a sus amigos y a las mujeres que amó; encuentro novelesca su larga relación tolerante con una sobrina cuarenta años más joven que él. Seguí apasionada la curiosa historia de sus relaciones con Napoleón.

Hay autobiografías que no se distinguen en lo más mínimo de las biografías escritas por un tercero: no establecen una comunicación sino que nos informan. En los distintos tomos de sus memorias, Han Suyin cuenta al detalle los acontecimientos históricos que acompañaron su vida; relata también la aventura singular de una eurasiática nacida en la época de Chiang Kai-shek; es un relato muy atractivo pero que no introduce a los lectores en su intimidad. Un libro como *Papillon* no nos lleva a participar de una experiencia vivida; nos revela ciertos aspectos de la prisión; y sobre todo la serie de episodios más o menos verdaderos, más o menos inventados, pero muy bien contados, nos divierte.

En verdad que distinguir tan netamente como yo lo hago tres especies de lecturas es un poco arbitrario. Todas son divertidas, puesto que todas acaparan mi atención. Cuando leo *La orquesta roja* o la vida de Lou Andréas-Salomé, hay momentos en que entro en la piel de los personajes y en que veo el mundo con sus ojos. Por lo demás, es raro que una obra literaria no me deje ciertas informaciones. Sin embargo, en las obras citadas hasta ahora lo esencial es el acervo de conocimientos deseado y obtenido.

Mi actitud es muy diferente cuando busco una «comunicación»; me

anulo ante otro, intentando realizar el sueño de Fantasio: «¡Si pudiera ser ese señor que pasa!» En ese caso, leer no es, como quería Montaigne, conversar sino filtrarse en el corazón de un monólogo ajeno. Las autobiografías, los diarios íntimos, las correspondencias favorecen esta intrusión. Y también algunas novelas. Un relato referido a la realidad y un relato que se sitúa en lo imaginario le plantean a su autor problemas diversos; pero el papel del lector sigue siendo el mismo. Es necesario que el mundo en el cual se instala tenga bastante coherencia e interés como para incitarlo a relacionar los diversos elementos y los diversos momentos, sin importar que sea un universo caduco, ausente o ficticio. De todos modos el lector toma contacto con él por intermedio de lo que Sartre llama un «saber imaginante»: la palabra sirve de *analogon* al objeto apuntado tanto si existe aún, si no existe ya, o si nunca existió. La prisión de Julien Sorel no está ni más ni menos cerca de mí que la de Oscar Wilde. El corte aparece en otro punto: entre los libros que no modifican mi posición de sujeto y los que me arrancan de mí mismo. Me repugnan los que pretenden hacerme adoptar a la vez las dos actitudes: la llamada novela documental, como las biografías noveladas, me instruyen mal y no me comunican nada.

¿En qué circunstancias y en qué medida un autor logra transformarse por un tiempo en otro? Consideraré primero los casos en que él se abre más directamente: memorias, cartas, diarios íntimos. Luego aquellos en que recrea su universo en una novela.

Ya hablé de la singular relación que mantengo con los libros de Sartre y de Violette Leduc: no volveré sobre el tema aunque pocas obras, en los últimos tiempos, me cautivaron tanto como *Las palabras* y *La bastarda.* También *Fibrilles* me importó mucho. Entré fácilmente en el mundo de Leiris, que coincide en buena parte con el mío. Vivimos en la misma ciudad, conozco a muchos de sus amigos, los libros y las músicas que prefiere. Hice al mismo tiempo que él el viaje a China del cual habla. Lo conozco personalmente y a través de su obra, que me seduce gracias a la prolija atención que Leiris otorga a la vida, al mundo y a sí mismo, y por la distancia en que se sitúa respecto a él. Hay humor en sus escrúpulos de exactitud, escrúpulos de precisión en su humor. No trata ni de modelar su estatua ni de transformarse en insecto bajo el ojo frío de un entomólogo. Cómplice y desasido, nos

muestra a un hombre: hombre singular que resulta ser él. En *Fibrilles*, el juego de espejos giratorios no nos remite al infinito como en *Fourbi* y *Biffures;* menos largas, menos centelleantes, las frases determinan más netamente el sentido: la experiencia que relatan es más desgarradora que en otros libros. Son conmovedoras las páginas en que describe el conflicto entre el amor-fidelidad y el amor-vértigo, conflicto que lo condujo a las puertas de la muerte; y aún más aquellas en que cuenta cómo sobrevivió al drama del envejecimiento: recuperando el amor a la vida y a la literatura, más allá del desánimo que a nuestra edad engendra el cruel abreviarse del porvenir.

Puedo dejarme arrastrar por mi simpatía hacia un universo muy diferente del mío. Tal lo que me sucedió con la correspondencia de Freud. Aunque no acepto algunas de sus teorías —en particular las que conciernen a las mujeres—, es uno de los hombres de este siglo que admiro más calurosamente. Lo conocía por la biografía que le consagró Jones. Pero sus cartas me lo hicieron más cercano, mezclándome a su vida de familia, a sus amistades, a sus viajes. Participé en las aventuras de su pensamiento: lo vi luchar con indomable intrepidez contra todos los obstáculos que se le atravesaron en su camino. Pese a la sobriedad de sus palabras sentí cómo la enfermedad, el dolor, los duelos, los abandonos, lo llevaban al borde de la desesperación, pero por amor a los suyos aceptó el sufrimiento y la vejez: hay algo heroico en su resignación.

Conozco muy imperfectamente el pensamiento de Gramsci pero sé su valor. Leyendo su vida en una obra traducida hace poco al francés me interesé por él, compadeciéndome de las pruebas que debió atravesar. Sus cartas de la prisión resultaban desoladoras; abandonado por su mujer, privado de sus hijos, mal comprendido por sus allegados, y atormentado por su cuerpo, soportó en amarga soledad un cautiverio que fue un lento asesinato.

No sabía nada de Jackson hasta el día en que tuve sus cartas entre mis manos. Merecían el hermoso elogio que Genet les dedica en su prólogo. Detenido a los dieciocho años por delincuencia y poco consciente de los problemas políticos y raciales, ese joven negro los fue descubriendo poco a poco, dominándolos luego intelectualmente. Vemos formarse su carácter durante esos diez años, nacer y madurar sus ideas. Se solidariza con la revolución de sus hermanos, los Panteras, explicando con fuerza por qué. En el interior de la prisión se rebela

contra la arbitrariedad de las discriminaciones raciales. Acusado de la muerte de un guardián, se prepara a afrontar un proceso con dos de sus compañeros de prisión; pero sabe que su vida está en peligro. Al final de su correspondencia, ha adquirido la instrucción, la experiencia y la pasta de un líder. Seguí esta evolución con alegría, pero también con angustia. Me sentía ligada a él, ya que Sartre y yo debíamos testimoniar en su proceso. Y presentíamos con él el fin que le esperaba: lo mataron.

¿A qué punto debe llegar mi acuerdo con un individuo para que pueda durante páginas arrastrarme a voluntad? Aunque no experimente por él esa estima absoluta que experimento por Freud, por Gramsci, por Jackson, puede inspirarme bastante simpatía como para que a partir de su pasado y de su situación comprenda sus intenciones y sus fines, y me alegre con su dicha y compadezca sus tristezas.

Cosa que me ha sucedido con la correspondencia de Oscar Wilde. Me gusta su teatro, me gustan sus libros. Abordé sus cartas con amistad. En el primer volumen, sobre todo, su frivolidad, su esteticismo, su esnobismo y su narcisismo me irritan. Sin embargo, siento afinidades intelectuales con él; habla del arte y del artista con un énfasis que da nervios, pero la verdad es que el arte y la literatura son sus razones de vivir. A menudo comparto sus gustos; por ciertos libros, por ciertos cuadros, por Italia; comparto también su rechazo de las convenciones y del puritanismo. Sabe mirar y ver, y amo su presencia aguda ante las felicidades de la vida, aunque incluyan placeres de vanidad, de lujo, de dinero que me son ajenos. Como escritor, sabe defenderse y atacar, con buenos dientes; en su vida privada me conmueve su generosidad, su gentileza, su ausencia de hiel y de rencor. Algo de masoquismo hay en esta impotencia de odiar pero, sobre todo, mucha bondad y una imaginación que le permite tener contactos vivos con hombres tan diferentes de él como los mineros de California. Sus cartas traslucen sus cualidades de escritor, porque cuenta con encanto. Y sus aparentes paradojas suelen encubrir verdades. «La vida no es una novela; tenemos recuerdos novelescos y deseos novelescos, eso es todo. Nuestros momentos de éxtasis más ardientes son simplemente las sombras de lo que experimentamos en otro momento o de lo que esperamos experimentar un día.» Ese texto expresa con exactitud la idea existencialista de la imposible reunión del ser.

Escaneado con CamScanner

En el momento en que intenta el proceso a lord Queensberry me desconcierta; pero una vez ante el tribunal admiro la audacia con la cual desafía a la sociedad y la peligrosa elegancia con que responde a las acusaciones. Releí con emoción el *De profundis*. Wilde salda sus cuentas con Douglas de una manera bastante desagradable: pero la situación incitaba a este razonamiento amargo. Denuncia violentamente la esterilidad nociva del odio, que opone a las riquezas del amor. Cuando reprocha a Bosie ser «superficial», sentimos qué profundidad tienen sus propios sentimientos, bajo la máscara de la frivolidad. Descubriendo en la desgracia la verdad de la condición humana, pone su orgullo en asumirla y en sacar provecho de su derrota, sin disimular lo que tiene de lamentable, y aun de grotesco. Descendiendo al fondo de la abyección, alcanza verdadera grandeza, y sale de esta prueba sin acritud y más humano que antes. En vez de silenciar su estadía en la prisión, se vale de ella para indignarse de las crueldades administrativas que sufren los detenidos, y en particular los niños y adolescentes. En una carta al director del *Daily Chronicle* protesta porque se acaba de destituir a un joven guardián culpable de haber dado bizcochos a niños que eran presa de «las náuseas del hambre». Esta maldad no es fruto de una voluntad demoníaca, asegura, es pura estupidez, «falta completa de imaginación». En cuanto a él, en vez de replegarse sobre su propia desgracia, ha sabido compartir el espanto sin límites que recae sobre un niño en la soledad de su celda, y sufrir en su propia carne las brutalidades y los golpes que llevaron a un adolescente al borde de la locura. Para hablar de ellos, encuentra acentos tan conmovedores que obligándonos a hacer el mismo esfuerzo de comprensión al respecto, fuerza nuestra estima y nuestra amistad.

¿Hay que asombrarse de que habiendo padecido la prisión por amor a Bosie, no bien liberado, vuelva a caer enamorado de él? A pesar de su mujer, sus amigos y todos sus intereses vuelven a vivir juntos; asistimos a través de sus cartas a su patética caída. Ya no es capaz de escribir. Para sacarle dinero a sus amigos es capaz de recurrir a pobres astucias, a mentiras que ni siquiera pretende que parezcan verosímiles. Ha despojado al hombre que fue en otros tiempos no sólo de su reputación y de sus máscaras, sino de toda preocupación de moralidad y aun de elemental decencia. Hace pensar en Lear, arrojando sus vanos ornamentos y poniendo al desnudo la bestia dividida que es el hombre.

Es normal que gustándome la obra de Wilde, su historia, descifrada a través de sus cartas, me interese. Hay casos más desconcertantes. Soy políticamente contraria a Clemenceau, ese servidor de la burguesía que se llamaba a sí mismo «el primer policía de Francia»; la filosofía que se desprende de sus obras es imprecisa e insípida. ¿Por qué me interesaron tanto sus «cartas a una amiga»?

A los ochenta años estaba políticamente neutralizado; ya no tenía influencias; tan sólo opiniones que le deparaban visiones muy lúcidas sobre el porvenir, que no aparecen casi nunca en sus cartas. Éstas nos dan día a día la vida privada de un viejo señor que conoció una gloria esplendorosa, que fue duramente relegado y que se esfuerza en colmar lo mejor posible sus últimos años. Escribe sobre todo desde su casa de Vendée, Bélébat: la he visto aislada al borde del mar, en la costa arenosa, en la que hacía crecer rosas y toda clase de flores. A través del relato de sus días me gusta percibir la frescura y la sinceridad de la atención que presta a todas las cosas. Seguía estando muy presente en el mundo, seguía teniendo el mismo ardor vital que en sus años tumultuosos. Ignoraba a los buenos escritores de su época, pero comprendió y defendió las obras de Rodin, de Monet: sabía ver. Sensible al sol, al viento, cada día echaba una mirada nueva y alegre al cielo y sus nubes, a las olas del mar, y logra mostrárnoslo con palabras simples. Lejos de endurecerse como mucha gente de su edad, le importaban cálidamente sus amigos, sus hermanas, su ama de llaves Clotilde y le interesaba la gente de su pueblo.

Pero lo que ilumina sobre todo esas páginas y las valoriza es su unión –sin duda platónica pero apasionada– con una mujer de cuarenta años. «Yo la ayudaré a vivir; usted me ayudará a morir», le dice al comienzo de su amor. Yo sé cuánta felicidad puede dar una amistad joven en la vida de una persona que envejece. Puedo imaginar la emoción de este octogenario al encontrar la cálida mirada, la risa alegre de Mme. B. Se escribían todos los días; compartía con ella los menores detalles de su existencia. Luego, ella lo desilusionó un poco: la encontraba frívola, dispersa y demasiado inclinada a quejarse. A menudo lo «regañaba»; sin duda por inquietud, sabiendo que su muerte estaba próxima. Como fuese, ella nunca le falló y él la quiso hasta su última hora. Aunque ambos héroes de esta historia me son extraños, soy sensible a la calidad excepcional de su relación, aunque quizás me dejaría indiferente si no tuviera por ellos un mínimo de estima. Entre dos se-

Escaneado con CamScanner

res viles, los sentimientos estarían pervertidos. En *La orquesta roja*, el amor furioso de Margarete por Kent sólo me inspira repulsión.

Si no estoy de acuerdo con su autor, no me entrego francamente a la lectura y ésta no marcha. Los ocho tomos de la correspondencia de George Sand, recientemente editados por Lubin con gran lujo de notas y de referencias me cautivaron, porque resucitan toda una época. Hace poco vi Nohant y el valle Negro: mi lectura ha estado más llena de «representaciones» que lo habitual. Pero George Sand me irrita. Me gusta la voluntad de independencia que mostró de joven, su ardor en leer, en instruirse, en desatinar, y la claridad de sus decisiones. Cogida en la trampa de un matrimonio estúpido, tuvo la audacia de irse a París a rehacer su vida, subviniendo por sí misma sus necesidades.

Más adelante, sigo estimando su energía y su capacidad de trabajo. Pero me desalienta esa máscara virtuosa que se coloca sobre el rostro. Tener amantes, engañarlos, mentirles, ¿por qué no? Pero entonces no hay que proclamar el amor a la verdad, aducir calumnias y darse aires de santa. Proclama sentimientos «maternales» hacia todos sus amantes: mientras se acuesta con Pagello, pretende que juntos van a amar a Musset como a «su hijo». Pero la maternidad no es su fuerte: se hizo odiar por su hija, a la que humilló durante toda su infancia llamándola «mi gorda» y tratándola de tonta; desalentó todos sus impulsos con sermones pedantes, acordándole un amor «condicional», cosa que desespera a los jóvenes para los que la seguridad del corazón es tan necesaria. A los treinta años, juega ya a la mujer quebrada por la vida que no cuenta, sacrificándose, cuando en realidad se hace servir por todos los que la rodean. Lo que no le puedo perdonar es la sistemática falsificación de su lenguaje interior que transforma todas sus conductas en ejemplos edificantes. Es una mentira tan radical que hasta la actitud que adopta en 1848 se me hace sospechosa.[6]

También en esta ambivalencia leí los tres volúmenes del *Diario* de Anais Nin. Me dejo ganar por ciertos pasajes: cuando habla de Miller y de su mujer June, cuando evoca a Artaud, cuando pinta con cierta sutileza a seres que ha encontrado, cuando se esfuerza con honestidad por reconocerse en su pasado. Pero de pronto me la encuentro subyugada por un miserable charlatán al que conocí muy bien, y dejo de darle crédito. Me molesta su esteticismo, su narcisismo, lo estrecho

6. Esta edición se detiene en 1848.

del mundo que se crea artificialmente, el uso inmoderado que hace de los mitos, gracias a su excesiva admiración por la astrología. Su concepto de la femineidad me eriza. A lo largo de toda mi lectura, oscilé entre la buena voluntad y la desconfianza. Leer la obra de un escritor cuando se rechazan radicalmente sus opciones plantea un problema; para que un texto cobre sentido una tiene que comprometer su libertad, hacer silencio en sí e instalarse en una voz extranjera. Esto me es imposible si la falsedad de los valores admitidos por el autor es demasiado flagrante, si su visión del mundo me parece pueril u odiosa. Pese a todo, esperaba lograrlo cuando me enfrenté a las *Antimemorias*, de Malraux. Dado lo que él había sido antes de la guerra, me intrigaba saber cómo justificaría al hombre en que luego se transformó. ¿Qué pensaría de sus vaticinios durante la guerra de Argelia: «Haremos de Argelia un Tennessee Valley...? ¿La confraternidad es algo real?» ¿Cómo explicaría que haya podido sentirse halagado porque, según las palabras de Mauriac, De Gaulle le dio un «ministerio a roer»? ¿Consideraba haber servido plenamente a la cultura blanqueando fachadas, pintando un techo, e imponiendo *Son et Lumière*, en interés de la casa Philips, a los griegos consternados? No me esperaba arrepentimientos pero sí encontrar en su libro respuestas a mis preguntas.

¡Qué modo de engañarme! Olvidaba que si a partir del 45 la actitud de Malraux me ha parecido irrisoria o escandalosa, es porque toda su concepción del hombre, de la vida, del pensamiento, de la literatura, se opone radicalmente a la mía. De entrada advierte al público que va a colocarse en el plano más elevado: no al nivel de los individuos sino de las civilizaciones, no de los hombres sino de sus estatuas y de sus dioses, no de la vida y de la muerte cotidianas sino del destino; es decir, que este mundo, el mundo terrestre, será escamoteado en provecho de nociones y conceptos engañosos. Malraux se escamotea a sí mismo. Salvo en dos o tres episodios –únicos pasajes en que logro seguirlo y que él debe de considerar anecdóticos y de interés secundario– nunca está presente. «¿Qué me importa lo que sólo me importa a mí?», dice. Cuando quiere, a pesar de todo, definirse, esta soberbia lo arrastra y lo lleva a declararse apasionado de la «justicia social», expresión cara a los papas y a los dictadores.

Al final de *Fibrilles*, Leiris enuncia los principios que ha intentado respetar sin lograrlo siempre –dice– en su trabajo de escritor. No mentir, no satisfacerse con palabras; rehusar toda inflación verbal,

proscribir las artes de lucimiento; no hablar de cualquier cosa, haciendo de la literatura un arte de memomentoolo; escribir como alguien que sabe lo que significa hablar y sólo usar el lenguaje con el rigor y la lealtad mayores. Malraux ha hecho exactamente lo contrario de esos preceptos. Pretender hoy que la fraternización no fue una mascarada, sería una mentira desvergonzada si los términos de mentira y verdad tuvieran en él un sentido; pero él no distingue uno del otro; las palabras sólo son para él *flatus vocis*, lo que no le impide tomarlas como pensamientos y creer que ha inventado una idea cuando ha descubierto una fórmula. Mirar un objeto y decir honradamente lo que ve es una actividad demasiado modesta para él, y en lugar de afrontarla, la elude. Es un tic que salta a la vista y que pronto se vuelve insoportable; tiene siempre que *pensar*[7] en otra cosa. ¿Qué piensa de ella? Eso nunca lo dice; esta otra cosa lo hace pensar en otra, aun, de la que tampoco piensa nada. Es una cascada de intenciones vacías: nada está enfocado, todo está sin cesar eludido. Cuando está en El Cairo, *piensa* en México, en Guatemala la Antigua, en la cual *pensó* en la hermosa ciudad barroca de Noto. Ante Mao *piensa* en Trotski, en los emperadores chinos, en los «carapachos cubiertos de orín de los jefes del ejército». Ante la Gran Muralla *piensa* en Vézelay. En Delhi, *piensa* en los jardines de Babilonia, en los soldados de Cortés, en los lotos de Han Shu. Al asistir al entierro de Jean Moulin, escribe: «Pienso en el combate de Jarnac y de La Châtaigneraie según Michelet.» Podría prolongar esta enumeración durante páginas. Paulhan recomendaba no entrar en los jardines de la literatura con flores en la mano. Malraux penetra cargado de ramos y de coronas y esconde bajo montones de retórica lo que pretende mostrar. Tampoco nos deja ver a nadie cuando narra sus encuentros con Nehru, con Mao. Ya se sabe lo que valen, aun cuando estén bien llevados, estos encuentros oficiales. Pero además Malraux es incapaz de escuchar: él habla. Si hace preguntas, son tan insistentes que el interlocutor está obligado a plegarse a un marco prefabricado. Nunca oiremos su verdadera voz, sino lo que Malraux le impone. Tampoco se preocupa por informar a sus lectores, los aturde, les hace sentir cuán vasta es la cultura del autor, cuánto ha viajado, con cuánta gente célebre ha estado. La altura enfática y a menudo recargada del estilo no hace sino enmascarar el vacío de sus relatos.

7. Es él quien emplea la palabra *pensar*.

Escaneado con CamScanner

Quizás en la conversación esas jugarretas den impresión de «brillantes»; en la lectura se ve muy bien el vacío de esos vuelos; muy a menudo disimulan las perogrulladas. Del principio al fin, las *Antimemorias* ofrecen temas ya largamente explotados por Malraux —sobre el realismo en arte, por ejemplo— y lugares comunes del pensamiento de la derecha: un pensamiento cómplice de la explotación, que pretende pasar los valores y los mitos de los privilegiados por la verdad de la condición humana. Se nos habla con emoción de Francia, pero nunca de los franceses.

La forma más insidiosa de la mentira es la omisión. Malraux no habla de los momentos de su vida, de los actos, y de las palabras que podrían resultarle incómodo explicar. No puede ignorar que el gobierno de De Gaulle protegió sistemáticamente la tortura e hizo morir a millares de hombres en los campos de concentración. Recuerdo mi entrevista con Michelet[8] y el modo turbado con que dijo, a propósito de la tortura: «Ya sé, ya sé... Es una gangrena.» Malraux no lo ignoraba. A partir del 59, los informes sobre los campos se multiplicaron.[9] Al sostener incondicionalmente al régimen pasó a alistarse del lado de los verdugos. Por eso hace prueba de una insigne deshonestidad cuando al final del libro medita largamente sobre la tortura, los campos, y las técnicas de envilecimiento del hombre como situándose del lado de las víctimas. Como muchos franceses, entre el 40 y el 45, tuvo entre aquéllas a muchos amigos; prisionero de los alemanes en el 45, pudo temer por un momento ser torturado. Eso no lo autoriza a olvidar sus complicidades con los torturadores de los argelinos. Ese libro, totalmente trucado, se cierra con una impostura.

«La historia no confiesa jamás», se ha dicho. Sin embargo, después del 62, ha confesado ciertas cosas. Malraux nunca las tiene en cuenta. Su mitomanía lo dispensa de toda justificación.

Ya lo dije: tanto como las memorias, las cartas o los diarios íntimos, la novela puede comunicarme una experiencia ajena. No voy a hablar aquí de todas las que durante diez años me han retenido; trata-

8. A propósito de la situación de Djamila Bupacha.

9. En abril del 59, Mr. Rodhain estimaba en un millón y medio el número de «reagrupados», y hacía una impresionante descripción de su estado, confirmado por periodistas de derecha y aun por generales.

Escaneado con CamScanner

ré, tan sólo con algunos ejemplos, de comprender lo que busco, lo que pueda encontrar en una novela.

Hubo un libro que fue una revelación para mí: el *Wolf Solent*, de Cowper Powys, de quien ignoraba todo hasta estos últimos años. Es a la vez la pintura de un mundo y la apertura de un hombre; hombre en el cual el autor se ha encarnado muy exactamente, y que por muchos aspectos me es extraño por su fetichismo, por su animismo. Sin embargo, me interioricé de su universo y lo seguí paso a paso.

El lugar en que se desarrolla la acción me desorienta aunque despierta en mí reminiscencias. Puedo imaginar esos pueblecitos de Inglaterra, con sus casitas cubiertas de flores en las que se bebe el té con tostadas y miel, sus prados verdeantes, sus aguas vivas, sus estanques dormidos. Recuperé con ternura los cuartos rústicos, las palmatorias, los jarros y las palanganas de mi infancia. En ese decorado se mueven personajes presentados al lector con perfiles tan distintos que éste se desconcierta, y los discute como si fueran de carne y hueso. Nos tomamos a pecho sus fracasos y alegrías, sus esperanzas y decepciones. Cada uno encierra algún penoso secreto, casi siempre de orden sexual; es víctima de obsesiones y tormentos, y está afligido por vergonzosos demonios. (El misterio de sus corazones está simbolizado por la dramática historia, nunca elucidada, del joven secretario que se ha tirado al estanque.) A pesar de la repugnancia que algunos de sus rasgos le inspiran, Wolf Solent les tiene una inmensa indulgencia, porque reconoce en ellos, angustiadamente, sus propios tormentos.

Solent está en el centro de todas las intrigas, y cosas y seres son vistos a través de sus ojos. Profundamente egoísta, puede sentirse atraído no obstante por un rostro desdichado descubierto de improviso, y posee ese don de simpatía que hace de Powys un gran escritor. Tiene su lado «rousseauniano»; el primer lazo que se creó entre nosotros fue su amor por el campo tal como lo sentí en mi infancia y en mi adolescencia, cuando la revelación de mi destino me llegaba por el olor de la tierra y los colores del cielo. Lo acompañé en sus paseos solitarios, fascinada por una piedrecita y atrapada por las promesas de la lejanía. Comparte el gusto de Rousseau por lo inmediato; como él rechaza la vida técnica, práctica, utilitaria, organizada; detesta la palabra hecha, el orden y el activismo de los adultos: Solent se ha hecho expulsar de la escuela donde enseñaba mediante una brusca crisis de sinceridad verbal que atacó los valores admitidos. Sueña con una exis-

tencia sin consignas, cuyas rutinas sirvan de soporte al ocio y a la libertad; y en la que pueda entregarse sin frenos a sus fantasmas y a sus manías sexuales: la sexualidad penetra todo su universo. Escapa al cepo de la vida cotidiana gracias a las iluminaciones que le otorga la naturaleza: llama «mitologías» a esos momentos de perfecta presencia, de perfecta ausencia que constituyen para él el absoluto de la dicha.

Desde el comienzo hasta el fin del libro, le preocupa primordialmente la búsqueda de la verdad, y, gracias a la continuidad sin fisuras de su monólogo interior, nos arrastra en ella; hay en esa búsqueda muchos momentos sinceros, pero también frenadas, huidas, mentiras a sí mismo. Una de las virtudes de Powys consiste en dejarnos percibir una cara sombría que sin embargo permanece oculta.

La aventura concluye con la destrucción de sus mitologías y plantea desde una experiencia muy original un problema que nos toca a todos: «¿Cómo pueden seguir viviendo los hombres si está destruida su ilusión vital? ¿Qué se componen, qué se remiendan para poder vegetar, arrastrando la existencia, cuando su único e incomparable recurso viene a faltarles?» Esto se le plantea al escritor que envejece, que ha perdido la ilusión de lograr escribiendo la plenitud del ser hacia la que tiende toda existencia; tendrá que encontrar en la propia vida –compartida con los demás hombres– razones suficientes para vivir y quizás para seguir escribiendo. Wolf Solent, a los treinta y seis años, se salva de la desesperación apoyándose sobre el valor de la vida misma, en su nivel más animal. En la realidad el autor encontró nuevas «ilusiones», entre otras, a los cincuenta y tres años, con su primer libro, la alegría de escribir. Tenía cincuenta y siete años cuando compuso *Wolf Solent.* Una de las seducciones de la novela consiste en la riqueza de un estilo al cual la traducción no le quita sabor, y un arte consumado del narrar. Como en un paseo feliz, a cada instante nos detenemos a ver el cuadro evocado por la frase, y seguimos hacia el final de la historia.

En este caso la novela es un medio de comunicación privilegiado. Encontré en la *Autobiografía,* escrita algunos años antes que *Wolf Solent,* el arte de Powys, su personalidad y la mayor parte de sus temas. Pero insiste demasiado en sus singularidades. Me inspira rechazo su egoísmo, su complacida fijación en sus «vicios», el cultivo empecinado de sus manías y no sé qué de satisfecho en su propio estilo. Encerrado con obstinación en los límites elegidos por él, los relatos de sus viajes

Escaneado con CamScanner

son de una pobreza afligente. Y curiosos prejuicios oscurecen la narración: entre otros, el de silenciar a todas las mujeres de su familia o de su ambiente: su madre, su esposa, sus amigas.

Otras razones me hicieron gustar *Belle du Seigneur*, de Albert Cohen. La naturaleza no existe para él; sólo le interesa la sociedad que nos rodea. Describiendo la encarnación de uno de sus mitos, un gran amor, proyecta sobre ella una luz cruel.

1936. En las calles de Berlín se oye el ruido de las botas nazis. En la Sociedad de Naciones, funcionarios bien alimentados bostezan delante de sus expedientes, sin inquietarse por lo que ocurre en el mundo. Solal, el héroe, muy semejante al autor y que trabaja también en la S.D.N., los observa con ironía consternada; nos da ganas de reír o de llorar cuando nos hace asistir a un cóctel en que superiores, inferiores e iguales se enfrentan con un agudo sentido de las jerarquías, con prudencias y astucias que no les dejan un instante de respiro. Condecoraciones, promociones, éxito social, ¿no es ridículo apreciar tanto esas naderías cuando somos futuros cadáveres? La idea de que cada uno de nosotros es un muerto diferido obsesiona a Cohen, que no logrará escapar a la tumba. Pero si sabemos lograr la plenitud del instante en el júbilo –la acción o la revuelta– la muerte retrocede y el futuro cadáver se afirma en el presente como un ser vivo. Pocos son esos elegidos. Con una despiadada minucia, Cohen encarna en uno de esos funcionarios de la S.D.N., Adrien Deume, la estupidez de las ambiciones huecas, descubriendo sus pobres preocupaciones, sus alegrías míseras, sus fútiles enloquecimientos. Deshumanizado por el sistema, Deume podría haber sido sin embargo un hombre con un gran fondo de bondad. Cuando le llega la desgracia –su mujer, a la que adora, lo abandona–, Cohen le presta fraternalmente las reacciones lamentables y patéticas que fueron las suyas cuando perdió a su madre.[10]

Pocas veces he leído páginas más divertidas y más vengativas que las que Cohen dedica a los padres de Adrien. Siente lástima por el «viejecito Deume», que arrastra bajo la férula de su mujer su triste existencia de inútil. Pero odia a la madre de Deume, su falso espiritualismo, su vanidad tonta, su dureza, su pretenciosa vulgaridad, su avari-

10. Las cuenta en *El libro de mi madre.*

Escaneado con CamScanner

cia. Es un perfecto espécimen de esa burguesía ávida, egoísta, hipócrita, racista, por la cual el judío Solal se siente acorralado.

A esta sociedad vana y engreída, Cohen opone la vida ruidosa, animal y despreocupada de los judíos de Cefalonia. El lado folklórico de los Valientes me disgusta, pero su presencia es necesaria para explicar a Solal. Tiene sus mismas raíces, pero se ha dejado contaminar por ese mundo occidental al que juzga amargamente sin poderse substraer.

Sobre ese fondo se desenvuelve la historia de amor que es el eje de la novela. Solal ama a Ariane, la mujer de Adrien Deume, que es hermosa, noble por sus orígenes y por su aire, y que no soporta la mediocridad de su ambiente. Seducida por él, abandona todo para seguirlo. Cohen ha logrado dar a la vez, como el anverso y reverso de una medalla, el esplendor del amor y su miseria. Nos hace sentir admirablemente la impaciencia casi insostenible con que se esperan, el deslumbramiento de los encuentros, la embriaguez de ver el rostro en los ojos enamorados; y sin embargo ese encanto, esos éxtasis, únicos y exaltantes para cada individuo, están vistos como la más previsible de las banalidades. Ariane se entrega al mito de la pasión con una ingenuidad que le hace gracia a Solal, que lo enternece y lo exaspera. Él se da a esta historia no sin ardor, pero con un ácido escepticismo: no se salva por ella de la soledad. Está solo cuando en la S.D.N. pide que todos los países se comprometan a acoger a los judíos alemanes; está solo cuando, desesperado por la negativa, denuncia anónimamente la irregularidad de su naturalización y se ve expulsado de Ginebra, transformándose voluntariamente en un paria sobre el que pesan vagas e infames sospechas. Está dramáticamente solo cuando, en un París infestado de antisemitismo, se pasea grotescamente disfrazado con una nariz postiza.

Ariane ignora por qué arrastran a través de Francia y de Italia una existencia dorada –son ricos– de fugitivos de la ley. Separados de lo «social», su pasión debe suplir todo lo que les falta. Ariane lo rodea de tantos ritos y ceremonias que no queda lugar para la verdadera ternura. Solal encuentra cómica la imagen idealizada de sí mismo, que cada uno se cree obligado a ofrecerle al otro; esos refinamientos mentirosos le provocan aburrimiento y luego una irritación que lo lleva a hacer maldades. Les opone el amor tal cual se vive en el matrimonio judío: un amor fundado sobre el don y el olvido de sí, sobre una común conciencia de la miseria humana, sobre un esfuerzo común para asumirla;

un amor que no se espanta ni de la fealdad ni de las debilidades. Es el que ha conocido Mariette, la sirvienta que encuentra ridículos los artificios de Ariane; recuerda las relaciones tan naturales con su marido, en las que ninguno de los dos escondía su cotidiana animalidad. ¿Por qué Solal se presta al juego de Ariane en vez de intentar vivir en la verdad? Sin duda piensa que su medio y su educación los vuelven incapaces. La hostilidad que siente ante esta sociedad adulterada, rebota sobre ella y aun sobre sí mismo. Y sigue cultivando esta pasión etérea en que Ariane los encierra. Pero un sentimiento tan vacío se evapora pronto; para sobrevivir requiere la perversión y si quiere ser fiel a sí mismo correrá a la muerte. También aquí Cohen logra una proeza, dándonos del amor-pasión una caricatura cruel y a la vez una dimensión patética. Solal siente un profundo afecto por Ariane. Si la maltrata a veces duramente –martirizándose a sí mismo– se siente feliz de cuidarla cuando cae enferma, sin sentir ninguna repugnancia por las miserias de su cuerpo. Acuna con ternura infinita su cadáver antes de darse muerte como ella se la ha dado.

Es fácil que me deje ganar por una novela cuyos héroes me llegan al alma, como los de *Temps des parents,* de Vitia Hessel. Habría podido tener por amiga a Doris, esta intelectual de izquierdas que trata de equilibrar sus relaciones con su marido, sus hijos, su trabajo y la política, y, en el seno de esta existencia fragmentada, ser ella misma. Unida estrechamente a su marido, atraviesan épocas que fueron importantes para mí; la posguerra y la guerra de Argelia. Me parece de pronto que estoy evocando recuerdos con viejos camaradas. El marco de la historia me es familiar: el barrio Latino, el Luxembourg, las tiendas del bulevar Saint-Michel, los muelles. Me gusta pasearme con el autor en esta ciudad descrita como un paisaje: el cielo, las hojas, la mancha blanca de un muro, el color de una casa. La familia que él describe no se parece en nada a la mía, pero me hace soñar con mi propia infancia: un hogar, un círculo bien cerrado en el que adultos y niños viven una especie de simbiosis.

Hoy, ya lo he dicho, me preocupan mucho los problemas de la primera infancia. Vitia Hessel los trata muy bien: muestra cómo los adultos, condicionados por su infancia, condicionan la de sus hijos; el lector simpatiza con los padres que, aunque se sacrifican por los hijos,

Escaneado con CamScanner

tratan de preservar su vida personal —a veces, aun sin quererlo— en detrimento de los hijos; simpatiza con los hijos que hacen con y contra los padres su difícil aprendizaje; Vitia Hessel logra —con éxito raro— hacernos oír su monólogo interior; incluso nos adentra en la neurosis de un niñito, sugiriendo con palabras lo que está más allá de las palabras: el vacío, lo indecible, la Cosa; vivimos con él sus angustias, luego la lenta destrucción de sus resistencias y su curación. El autor pinta también diestramente la confusión de la adolescencia; sabe cómo pesan a esa edad las amistades y la tristeza desoladora de las rupturas; revela en nosotros el malestar de esos corazones jóvenes que no conocen palabras para decirse su horror de ser adivinados, aun si la mirada que los traspasa es inteligente y tierna. La vida interior de los personajes se refleja en el mundo exterior y éste la expresa: muchas veces nos da el estado de ánimo de un personaje apuntando el color del cielo.

Todos los personajes de la novela están nítidamente caracterizados, sobre todo Doris, única a los ojos de su marido. Pero es también una de las infinitas madres que al empezar las clases recorre las tiendas para comprar zapatos a sus hijos. El libro tiene una dimensión sociológica: podría ser tomado como el estudio de una familia francesa del siglo XX. Pero sería abaratarlo; también tiene una dimensión metafísica. No se trata sólo de saber —como pensaron muchos críticos— cómo criar a los hijos, sino por qué. La mayoría de los padres sueñan con hijos excepcionales; y se rebajan: formar un hijo simplemente normal, es ya una tarea difícil. ¿Se merece las preocupaciones que depara? ¿Qué es lo que da su precio a la vida? ¿Y qué significa la idea de normalidad? Toda la condición humana está en juego en esto.

Esta novela sólo muestra sus riquezas a la lectura cuidadosa, entre líneas. El discurso explícito no cubre la realidad de la experiencia vivida: sentimientos, impulsos, reticencias. La relación de los personajes entre ellos es sutil porque muy a menudo, a través de un lenguaje más o menos mentiroso, oyen palabras verdaderas pero que traducen a su manera, con mayor o menor buena fe. Vitia Hessel no toma partido entre la idea de que los seres son opacos unos para otros, y la idea de que pueden comprenderse. Más bien señala que la comunicación nunca está asegurada sino que debe conquistarse a diario; y que esta conquista requiere mucha buena voluntad y amor.

Escaneado con CamScanner

Aunque su universo me sea menos familiar, las heroínas de Claire Etcherelli también me son gratas. Ya he dicho lo que me gusta en sus novelas.

Leyendo *La Gloire du vaurien,* de Ehni, mi aproximación amistosa no fue con el personaje central sino con el autor. Nada tengo en común con el joven esnob, más o menos homosexual, que viaja por Europa comprando desatinadamente ropas, maletas, adornos. Volver con él a lugares conocidos –Munich y su horrible fealdad, la isla de Heligoland– no me basta para explicar mi placer; suscitado sí por la diestra ironía con la cual Ehni denuncia la miseria de una existencia enteramente dedicada al consumo. Rico, ecléctico, refinado, consume whisky, pañuelos, pulóveres, paisajes, anécdotas, platos finos, literatura, música, guapos muchachos. Es sensible a todos los matices que separan una lanilla color tabaco de un jersey color coñac. Sabe encontrar en un cuerpo joven el recuerdo de una obra maestra, descifrar un cuadro con el recuerdo de un cuerpo, recitar en el momento oportuno los versos adecuados. Sueña con estatuas y con muebles Knoll. Es simpático, a causa de su horror sincero por todo lo feo, es decir, vulgar, tonto. Y también porque mide con insolente desenvoltura la mezquina vanidad de las diversiones con las que se aturde: este libertinaje de alimentos materiales y espirituales deja un gusto de ceniza. Para concluir, plantea a través de estas frívolas agitaciones la pregunta axial: ¿qué podemos hacer sobre la tierra?, ¿para qué vivimos? «Esta es mi vida: ¿qué hago con ella? Guíenme, no sé hacerlo.» Ehni elige para su héroe la respuesta más fácil: un día su mano encuentra un revólver.

Los primeros libros de Solyenitzin me gustaron mucho: *Un día en la vida de Iván Denisovich* y *La casa de Matriona.* Aunque *El primer círculo* me interesó, no reconocí su voz; muchos pasajes me sonaron a falso. Pero en *Pabellón de cancerosos*[11] me sobrecogió. No me informó de mucho, porque yo estaba bien enterada sobre la vida soviética; pero mi conocimiento era abstracto; y Solyenitzin posee una experiencia íntima que comparte con nosotros. Acepté sus disgustos y sus rebeldías; conocí con él la piedad, la ternura, la esperanza; participé de su búsqueda de una verdad que la muerte no trastorna.

El pabellón es un microcosmos. Toda la realidad social, económica y política de la U.R.S.S. se resume allí. El libro se sitúa en 1955, al co-

11. Escrito entre el 63 y el 67 e inédito en la U.R.S.S.

mienzo del «deshielo». En las camas yacen obreros especializados, estudiantes, campesinos, antiguos deportados, un alto funcionario. A su alrededor se agitan los médicos, las enfermeras, las limpiadoras. Constituyen un mundo que de socialista sólo tiene el nombre: la desigualdad de los salarios y de los niveles de vida es flagrante. Las mujeres no se han sacudido la opresión masculina. Dontsova, médica y cirujana altamente calificada, no deja por eso de tener que encargarse de todas las tareas de su casa, especialmente pesadas en la U.R.S.S. Las reacciones individuales a esta sociedad son muy diversas: hay stalinistas cerrados, indiferentes, oportunistas; Kostoglotov, antiguo deportado en el cual el autor puso mucho de sí mismo, la repudia y llega hasta a dudar del socialismo.

Lo único común a todos es su enfermedad: el cáncer; todos empiezan por reaccionar con un optimismo extraído del sentimiento de su singularidad. «Esto no puede sucederme a mí», dice tanto el obrero capacitado, Podduiev, como el cuadro superior Rusanov. Aun la doctora Dontsova, lúcida y animosa, al descubrir que también ella está atacada, duda antes de creerlo. El optimismo es especialmente terco en Rusanov; está implícito en su visión del mundo ordenada por intereses ideológicos. Stalinista incondicional, aprovechado, delator –ha hecho deportar a cantidad de inocentes por comodidad, venganza o pura maldad–, está imbuido de arrogancia; está tan interiorizado de los privilegios de su situación que hasta su cuerpo le parece inmunizado: sería sacrílego que el cáncer osara atacarlo. Es una de las figuras centrales de la novela; aunque se apiade de él por tratarse de una carne sufriente y roída por la muerte, Solyenitzin ataca en él todo lo que odia en el stalinismo. Rusanov se jacta de sus orígenes proletarios y proclama un gran amor por el pueblo, pero no soporta su contacto; gracias a sus privilegios se aparta de él radicalmente. Piensa que cualquier pregunta tiene su respuesta establecida y considera subversivo todo pensamiento libre. El mejor tiempo para él fue el período 37-38, cuando gracias a los «cuestionarios» que estaba encargado de hacer se purificaba la atmósfera pública. Tiembla cuando la Historia se pone en marcha, cuando los deportados regresan y son rehabilitados; teme que una de sus víctimas lo encuentre y le haga pasar un mal rato. Su mujer, que viene a verlo al hospital, cubierta de zorros plateados, comparte su indignación, tanto como su hija Aviette. Pese a su juventud, está tan deshumanizada como su madre, y totalmente alienada por los

intereses ideológicos de la familia. Está escandalizada por la «terrible» revisión de los procesos; aunque encantada con los progresos materiales realizados en el campo del alojamiento, de los muebles, de las ropas, lamenta la decadencia de las costumbres y los poemas de Evtuchenko. Quiere ser escritora y por su boca el autor hace indirectamente la sátira de la literatura soviética oficial. El tema le pesa y lo aborda al comienzo de la novela, cuando muestra a Diomka devorando los premios Stalin y todas las «obras maestras» reconocidas pero en donde descubre desconcertantes contradicciones. Aviette está maravillada con las ventajas de que gozan los escritores inscritos en la Unión; son ricos, admirados, trabajan apenas; en tres meses empollan una novela, basta con un poco de tacto –saber dar un viraje, vivir con su tiempo– para lograr una buena carrera. Al preguntarle Diomka sobre la sinceridad en literatura le explica con altanería que la *sinceridad subjetiva* puede ir contra la verdad: la verdad es lo que *debe ser*, lo que *será* mañana.

Solyenitzin se complace visiblemente en fustigar la bajeza, el egoísmo, la malignidad de Rusanov, porque éste se ha mostrado activamente nocivo. Tiene por el contrario una indulgencia que va hasta la compasión por los oportunistas que sólo han padecido la situación, como Chulubin, que declara: «He pasado mi vida teniendo miedo.» Kostoglotov se pregunta si no es preferible soportar la prueba del campo que haber vivido en el temor y el disgusto de sí mismo.

Los campos: de nuevo Solyenitzin los evoca, mostrando qué abismo separaba a los detenidos de los hombres libres: la noche en que éstos lloraron a Stalin, fue entre los deportados una explosión de alegría que los guardianes no lograron ahogar. La experiencia que ha atravesado aísla a Kostoglotov, aun después de liberado. No se asombra de que Aviette declare que todos los condenados tenían de seguro algo que reprocharse; pero incluso mujeres de buena voluntad –la inteligente Dontsova, la gentil Zoe– no lo comprenden cuando alude a su pasado. En cambio se entiende desde el principio con una sirvienta que fue deportada con toda su familia cuando en 1935 expulsaron a un cuarto de la población de Leningrado. En seguida se reconocieron.

Sobre ese fondo histórico y social se dibuja la vida cotidiana del hospital. La mayoría de los doctores son mujeres de las que el autor habla con gran simpatía; a falta de un personal más numeroso, deben asumir tareas postrantes, que ellas encaran con mucha conciencia pro-

Escaneado con CamScanner

fesional y compasión humana. No obstante, muchos enfermos entran en conflicto con ellas, como Kostoglotov. No decirles la verdad, piensa, no es tratar a los enfermos como hombres libres, sino en cierto modo oprimirlos; sin embargo, puesto entre la espada y la pared, no se atreve a desesperar a un camarada que él sabe condenado y que abandona el hospital creyéndose curado. Reprocha a los médicos no saber lo que hacen. Éstos son conscientes de ello y eso les plantea problemas: los rayos curan los tumores, pero producen con el tiempo lesiones y atrofias. ¿Deben abstenerse de curar porque no pueden prever todas las consecuencias de un tratamiento? Hay otra fuente de litigios. Los médicos quieren curar a toda costa. ¿Pero la vida vale la pena vivirla en cualquier condición?, se pregunta Kostoglotov. ¿Hay que aceptar que «nos salven la vida al precio de todo lo que le da valor, perfume, emoción»? Al enterarse de que ciertas inyecciones que lo mejoran lo vuelven impotente, se resiste; pero termina por resignarse. El autor no toma partido, pues, ante el problema. Comprende tanto la posición del médico como la del enfermo. Pero nos demuestra que están a los dos lados de la valla. Esta distancia aparece con dramática evidencia cuando Dontsova sabe que tiene cáncer. Entonces «todo da vueltas sin sentido». Su relación con su cuerpo, con la vida y con la muerte queda trastornada.

La mayoría de los enfermos se acunan en la esperanza: basta una palabra, una sonrisa del doctor para su tranquilidad. Sueñan con remedios milagrosos. Pero hay momentos en que se ven confrontados con la muerte. Sólo Rusanov se niega a encararla, hasta tal punto es incapaz de un esfuerzo por la sinceridad. Sus pesadillas demuestran que está corroído por el miedo pero está aferrado a la idea de que va a curarse y, considerando mórbidas las conversaciones de sus camaradas, trata de interrumpirlas. «¿Por qué impedir reflexionar a un hombre? –le replica Kostoglotov–. En grupo o no, su muerte es asunto suyo.» Todos ven cuestionado el sentido mismo de su vida. Muchos, como Podduiev, creían saber para qué vivían: para trabajar y ganar dinero, pero ante el cáncer esas razones no se sostienen. Podduiev busca una mejor en Tolstoi: «¿Qué hace que vivan los hombres?» y la respuesta lo satisface: el amor. Solyenitzin la retoma a su modo. El peor azote de la tierra es la maldad, simbolizada por el gesto del visitante del Zoológico que cegó al mono rhesus echándole tabaco en los ojos. El mundo feliz sería aquel que estuviera fundado en la be-

nevolencia del hombre con el hombre. Todos podrían gozar así de la belleza de la vida: un trabajo gustoso, los amigos, los animales domésticos, un melocotonero en flor. «No es el nivel de vida lo que hace la felicidad de los hombres, sino la unión de los corazones, y nuestro punto de vista sobre la vida.» El autor considera que el ascetismo conviene más al hombre que la búsqueda del lujo.

En la moral allí implícita hay una religiosidad que me molesta. Y no acepto la fórmula —en la que evidentemente no puede creer del todo—, «el hombre es feliz siempre que quiere». Pero estoy de acuerdo cuando aconseja «hacer con lo que se tiene», cuando se resiste a las alienaciones, a los artificios, a las mentiras que deshumanizan al hombre. Se vive tanto mejor, según él, cuanto más intensamente presente se está en el mundo y más ocupado en ayudar a los demás. Estoy totalmente de acuerdo con sus conclusiones.

En *Lección de alemán*, Lenz[12] nos muestra cierto aspecto del nazismo: tal cual fue vivido por millones de alemanes, en una semiignorancia, y en una total adhesión, a través del trajín de la vida cotidiana. La historia comienza en 1943 y concluye después de la victoria aliada. Se sitúa en un lugar perdido del norte de Alemania: una inmensa llanura batida por los vientos, dunas, un dique, gaviotas, el mar a lo lejos. La guerra está presente: los ataques aéreos, las falsas noticias propagadas por la radio, los sostenedores del régimen y sus víctimas. Lenz nos la hace ver por los ojos de un niño, quizás porque él lo era, un poco mayor que su héroe Siggi, durante la guerra y la posguerra. En la casa de jóvenes delincuentes donde está encerrado, reclaman de Siggi, que ahora tiene veinte años, una redacción sobre las «alegrías del deber». Tiene que dar un salto de diez años atrás en busca de su pasado, porque la palabra «deber» hace surgir ante él la figura de su padre.

Su padre, Jepsen, es policía y ocupa el último puesto antes de la frontera. No lejos vive el pintor Nansen, considerado en altos niveles como un pintor «degenerado»; el régimen comenzó por hacerle insinuaciones que él rechazó; luego confiscó sus cuadros y cerró las galerías donde exponía. Sigue pintando.

Jepsen es encargado de confiscar sus nuevos cuadros y de impedir-

12. Novelista alemán de la misma generación que Günther Grass y con el que muchas veces lo relacionan.

le, luego, seguir pintando. De niños habían sido amigos, y Nansen le había salvado la vida, pero las órdenes son las órdenes. «No tengo nada que ver y no puedo cambiarlas para nada», le dice al pintor. «Tengo órdenes, no hago más que ejecutarlas», dice en otra ocasión. Las órdenes, cuando no las recibe del exterior, las descifra por sí mismo: se siente obligado a azotar a Siggi por tonterías; cuando su hijo mayor –que se ha mutilado para evitar ir al frente y que se ha escapado del hospital– viene a parar a su casa, decide «hacer lo que hay que hacer», es decir entregarlo a la policía. No es precisamente malo: su rostro está gris cuando descuelga el teléfono para llamar a la policía. Pero no conoce otro motivo de vida que la obediencia ciega a lo que para él es la ley. Inerte, vacío, es capaz de pasar días sin hacer ni pensar nada, contemplando vagamente un pedazo de pared. Sólo es feliz cuando le encargan una misión bien definida: entonces se siente útil e importante; toma un aire marcial, su vida cobra sentido. Sorprendiendo a Nansen pintando, lo denuncia: «Sólo cumplo con mi deber», declara. «Cuando me habla de deber, me siento enfermo», dice el pintor. Y agrega: «El deber, se trata de una pretensión ciega. Hacemos inevitablemente cosas que no exige.» En efecto; nadie le exige a Jepsen que espíe sin tregua a Nansen, persiguiéndolo en las más pequeñas cosas. La gente encuentra que va demasiado lejos, que convierte la cosa en algo personal. En un sentido eso es falso: Nansen y sus cuadros le son indiferentes; pero es cierto que, «eterno ejecutante», la realización de un deber lo arranca de un limbo, dándole la engañosa sensación de pesar en la tierra.

Esta ilusión le es tan necesaria que la idea del deber se le convierte en una obsesión. La guerra termina. Nansen es cubierto de honores. Restablecido en sus funciones después de tres meses de prisión, Jepsen se empecina en querer destruir sus cuadros; revuelve en su cabaña y quema al aire libre sus cuadernos de bocetos. Indignado ante la «inconmovible buena conciencia» de su padre, Siggi se rebela por primera vez: «¡No tienes derecho!», grita. Su padre lo golpea, respondiéndole: «Hay que cumplir con el deber aunque los tiempos cambien.» Pero es feroz, y bajo su actitud de desafío se presiente una enloquecida desesperación. La deshumanización que aceptó es un proceso irreversible; el derrumbamiento de los valores bajo los cuales vivió no lo acerca a la verdad sino que lo impulsa hacia adelante en forma frenética. Presa de una rabia ciega incendia el molino donde Siggi había escondido ciertas telas de Nansen.

Siggi sólo protesta cuando la conducta de su padre lo lleva al límite. También él ha sido acostumbrado a obedecer, y acepta dócilmente las correcciones que le infligen. Cuando su hermano le pide que lo esconda le contesta: «Padre tiene derecho a saber.» Si guarda el secreto es porque siempre obedeció a su hermano mayor. Aunque siempre está al acecho, no se permite nunca juzgar: describe todo como lo ve. Su mirada no tiene la ingenuidad que se le puede atribuir a los chicos. Muy dotado, precoz hasta el extremo de que el pintor lo hace su amigo, Siggi, producto de una sociedad enferma, es ligeramente neurótico; sus descripciones registran exageraciones numéricas análogas a las de los esquizofrénicos: la casa del pintor tiene cuatrocientas ventanas, sus salones podrían contener a novecientas personas, el diván tiene treinta metros de largo; hay algo maniático en la prolija precisión de sus informes. Casi nunca muestra sus sentimientos. Pero a pesar de la aparente impasibilidad de sus frases, se adivinan las silenciosas emociones que lo agitan, la experiencia no formulada que le hace inventar conductas imprevistas: recoger los trozos de un cuadro desgarrado por su padre, guardar ciertos bocetos confiscados, esconder su colección en un molino. Después del incendio de la vieja construcción teme que sean quemadas las demás obras de Nansen; del taller del pintor, de las galerías de pintura, roba los cuadros y los esconde. Sin duda ese gesto, aunque dictado por la angustia, es también una protesta contra la legalidad que su padre le ha hecho odiar. Así, pese a la benevolencia del pintor, va a parar a una casa de reeducación.

Junto al infierno desértico en el que se debate Jepsen, el autor nos deja entrever las alegrías que podrían iluminar la tierra, si no la ahogaran odiosos fanatismos; existe la amistad, el amor, la ternura; Siggi, Nansen están a menudo inmersos en la belleza del mundo, y en el pintor la dicha de ver se confunde con el orgullo de crear. El crimen de Jepsen y de sus iguales es el de aniquilar las riquezas capaces de dar un sentido a la vida humana.

La historia está contada con una simplicidad que es verdadero arte. La presencia de Siggi y su pasado, hábilmente entrelazados, se aclaran respectivamente. El interés que sentimos por el niño se refleja en el joven detenido y a la inversa.

Lenz ha sostenido una difícil apuesta: hacernos asistir al trabajo creador de un pintor. En general los novelistas que pretenden poner en escena a un artista o a un escritor suelen fracasar. En *Lección de ale-*

más, cuando Lenz nos muestra a Nansen pintando sus telas, lo vemos, creemos en su inspiración, en sus dudas. Su obra existe para nosotros.

Sobrio, casi neutro, el estilo es notablemente eficaz y vivo. En toda la novela deja hablar a los hechos, absteniéndose de intervenir. Fuera de dos o tres frases del pintor y de un grito de Siggi, ningún comentario subraya la abyección de Jepsen: sus actitudes parecen rutinarias y en un sentido normales. No desencadenan cataclismos; pero explican cómo los cataclismos se desencadenan. La empresa de impedir pintar a un pintor choca sobre todo por su mezquindad; pero cuando el agente de policía declara: «Tengo órdenes y debo ejecutarlas», comprendemos que hubiera dicho las mismas palabras si hubiera sido encargado de exterminar a centenares de miles de hombres. El hitlerismo fue posible porque, en alta voz o no, millones de alemanes invocaron su misma coartada: «No tengo nada que ver y no puedo cambiar nada.» Lenz denuncia la mentira de esta pretendida pasividad; ejecutar una consigna, es necesariamente asumirla; toda neutralidad es cómplice. Me he preguntado a menudo, como todos, frente al nazismo, al stalinismo, a los asesinatos cometidos en Vietnam por los americanos, ¿cómo es posible que todo un pueblo, que todo un ejército consienta en esas atrocidades? La novela de Lenz no nos trae una respuesta nueva: pero apunta a lo que, a propósito del proceso Eichmann, Hannah Arendt llamó «la trivialidad del mal», comunicándonos una comprensión de ello más rica que ningún conocimiento.

Nunca leo poesía: sin embargo es un medio de comunicación privilegiado, que me fue de un gran socorro en mi juventud; me gustaba recitar versos. Algunos todavía andan por mi cabeza; todavía me ocurre abrir Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé. Me vuelvo a encontrar con alegría con los autores preferidos de mis veinte años: Laforgue o Saint-Léger Léger. Pero no sé por qué –quizás por no haber hecho el esfuerzo necesario para interiorizarme en ella– la poesía actual no despierta ningún eco en mí. Quizás hay un círculo vicioso: como dudo de que me guste, no trato de conocerla. Pienso que me equivoco, pero como tantas otras obras me solicitan, no creo que vaya a reformarme.

Muy a menudo abro un libro sólo para divertirme, sobre todo en vacaciones. Me gustaron en una época los relatos de ciencia-ficción,

Es divertido soñar con las variaciones posibles de nuestro universo y de nuestra condición, escaparse en el tiempo y en el espacio, pero en los últimos años, ningún libro de este tipo me satisfizo. Quizás el registro de las situaciones imaginables era limitado y se agotó. Los autores que he leído últimamente carecen de fantasía, y hacían evolucionar de manera arbitraria en mundos demasiado parecidos al nuestro, o demasiado indistintos, a criaturas cuyas singularidades se conforman a modelos usados. Nunca logré evadirme fuera de mi mundo.

En cambio, me entrego fácilmente a una novela policial o de espionaje o de aventuras. ¿Por qué y en qué condiciones?

El universo ficticio en que me meto tiene que tener en primer lugar bastante coherencia para que yo pueda anclar en él; la obtiene por lo general mediante una fiel imitación de este mundo. Así en la encantadora novela de Japrisot, *La Dame dans l'auto avec des lunettes et un fusil*, la aventura se prolonga a lo largo de la ruta París-Marsella; uno podía recordarla mientras seguía las peripecias a las cuales prestaba un poco de realidad. Así, en sus novelas Patricia Highsmith comienza por inventar una atmósfera, un medio, personajes bastante verdaderos como para que yo acepte su existencia; la continuación de la historia se beneficia de ese crédito. Sin embargo, entre sus novelas sólo me atraen aquellas en las que se comete un asesinato, si no la psicología de sus héroes me parece convencional y me desintereso de ellos. Acepto sus insuficiencias sólo cuando hay suspense: quiero descubrir la clave de un misterio o conocer las consecuencias de un acontecimiento amenazante; sólo entonces actúo como si aceptara el universo propuesto y entro en el juego. Si desde el comienzo una novela policial me atrapa —por un diálogo vivo, un enigma bien planteado, un desafío, una apuesta—, aunque la intriga sea extravagante me basta que esté bien construida para fingir que creo en ella; aguijoneada por el deseo de saber quién es el culpable, si el atraco tendrá éxito, cómo se las arreglará el agente secreto para cumplir su misión, admitiré considerar un héroe a un agente de la C. I. A. y tener a los chinos, a los soviéticos o a los coreanos como secuaces de Satanás. Pero para sentirme realmente ganado por la narración tengo que llegar a identificarme con el héroe, deseando que todo termine bien para él, caso que me fue fácil para la «dama» de Japrisot, para los atractivos criminales de Patricia Highsmith. Me compenetro fácilmente con los designios del animoso o astuto detective que dirige la investigación, pero me cuesta más

cuando el autor pretende interesarme en un policía y por lo general no lo logro.

Eso es perder el tiempo, me dirán: no soy avara con él. Me gusta jugar a las damas, hago palabras cruzadas, busco solución a los rompecabezas. ¿Por qué no voy a leer la serie negra o un *amarillo*? En general prefiero la lectura que divirtiéndome me enriquece. Pero no siempre. La fatiga me lleva a veces a elegir una lectura fácil. Además un libro tomado en serio absorbe y me olvido de mí misma. La atención ficticia que concedo a una novela policial me deja consciente de mi identidad y del lugar en que me encuentro; y ciertos momentos me son tan preciosos que, aunque esté ocupado en algo, quiero seguir presente. Por la gratuidad de la diversión que proponen, esos libros reclaman una gran disponibilidad de mi parte: si estoy preocupada, no logran fijar mi atención. Piden ser leídos de un tirón; con algunas excepciones, si los cierro, mi interés se enfría y no logro reanimarlo.

Es raro que me ocupe de libros antiguos nunca leídos antes. El hecho mismo de haberlos descuidado les hace perder prestigio a mis ojos; ¿por qué me van a interesar ahora de pronto? Ignoro la obra de Paul-Louis Courier; está al alcance de mi mano, pero nada me incita a su lectura. En París no tengo tiempo de entrar en un mundo que me fue durante mucho tiempo indiferente y al que nada me lleva. En vacaciones, a veces, decido aventurarme. Una viva incitación puede ser el estarme preparando para visitar un país extranjero con el que quiero familiarizarme. Antes de mi viaje al Japón me resulto deliciosa la *Novela de Genji*, admirablemente traducida al inglés, y exploré la obra de Tanizaki. También puedo en vacaciones abordar la obra de franceses poco conocidos u olvidados. Un año me apasionó la *Historia de la Revolución francesa* de Michelet; cuando se reedite me llevaré a Roma su *Historia de Francia*. Aunque en otros tiempos estudié a Mme. de Sévigné, la conozco muy mal; tuve gran placer descubriéndola por su correspondencia publicada por la Pléiade. Últimamente, por los consejos entusiastas de una amiga, leí a Barbey d'Aurevilly, que apenas existía para mí.

Vuelvo a enfrentarme al mismo problema. ¿Cómo dejarme ganar por los escritos de un hombre cuyas opiniones no me interesan? Suele hacérseme imposible, pero por su estilo, su brío, por la audacia de su

pluma y de sus invenciones. Barbey d'Aurevilly me sedujo. No estoy atormentada como el por los fantasmas del pasado, pero a veces andan cerca de mí y comprendo que se pueda estar obsesionado por ellos. Me conmueve la angustia de un crepúsculo, el desamparo de un erial, y cuando evoca el Cotentin, su soledad y sus nieblas, comparto su emoción. Toma el partido de los chuanes y de los sacerdotes con tan apasionada convicción que, excitando mi curiosidad, me forzó a situarme durante la lectura en su misma perspectiva. Algunos relatos me parecieron flojos, pero cuando se deja llevar por su imaginación desenfrenada es un gozo dejarse arrastrar por él. Enamorado de la hija del *cura casado*, un joven noble decide, para vencer su rechazo, provocar un espectacular accidente ante su mirada. Engancha dos caballos salvajes a un coche y los emborracha. Siegan todo a su paso antes de venir a estrellarse contra la escalinata de la joven; nunca olvidaré esta carrera, más fantástica que ninguna proeza realizada en una pantalla de cine por los automovilistas más osados.

Rara vez tengo ganas de releer los viejos libros ya leídos. Recorro con la mirada los tomos de la Pléiade de la biblioteca de Sartre y me aparto. Claro que estoy lejos de saberme de memoria a Balzac, Zola, Dickens o Dostoievski, pero sé que van a introducirme en un mundo por el cual se me ha ido el gusto. Aunque se trate de autores que me son muy queridos, como Stendhal o Kafka, dudo antes de abrir sus libros. Sé qué pobres son los recuerdos que tengo de ellos, pero me da pereza la idea de ir en busca de lo que no soy capaz de evocar; uno va recordando a medida que está descifrando, o al menos a medida en que cree estarlo haciendo; se pierde lo que constituye la «alegría de vivir»: la libre colaboración con el autor, que es casi una invención. Sin embargo me gustó releer las cartas de Diderot a Sophie Volland, así como me gusta volver indefinidamente al Rousseau de las *Confesiones* y a Proust. Espero algunas de sus frases como Swann la frasecita de Vinteuil, y cuando surgen me dan una deliciosa impresión a la vez de milagro y de necesidad. Algunos poetas me hacen sentir el mismo placer, ya lo dije; mi relación con la poesía es casi únicamente releer.

A veces olvido por completo obras leídas en otras épocas, y las releo sin que me despierten ningún recuerdo; tal me ocurrió últimamente con Lermontov, Gontcharov, Schedrin. Las *Memorias* de Saint-Simon me habían encantado; las retomé y fuera de ciertas líneas que se suelen citar, no recordaba nada. Encontré en los tres primeros vo-

lúmenes más pasajes fastidiosos de lo que hubiera supuesto: demasiadas batallas, demasiadas genealogías. El estilo, el ritmo de las frases, las sabrosas pinturas de costumbres, las anécdotas picantes me agradaron sin asombrarme. Pero me sorprendió la complejidad de los retratos; suelen abrirse con elogios que pronto son neutralizados por críticas, atemperadas por nuevas consideraciones halagadoras; hay que tomar la pintura desde el principio para encontrar un justo equilibrio entre los diferentes rasgos; vemos que no se oponen, que se aclaran unos a otros componiendo un personaje extraordinariamente vivo.

A menudo el juicio sobre la obra que releo coincide con el que me había despertado antes. A veces la entiendo mejor gracias a las claves proporcionadas por buenos artículos críticos. Una biografía de Joyce por Ellman recientemente traducida al francés me indicó las relaciones de su obra con el pasado del autor, con diversos lugares de Dublín y sus alrededores; el sentido de ciertos pasajes se enriqueció mucho. También sucede que un texto que creía marchito me muestra una frescura inesperada que me desconcierta. Así volví a descubrir la Biblia. Quedé asombrada de ver condensados en tres líneas episodios que a fuerza de haber inspirado tantos cuadros, dramas y poemas creía muy desarrollados, y admirada de que tan breves relatos hayan proliferado así en la imaginación de los hombres. Me asombró la incongruencia de la conducta de algunos personajes trivializados por mi memoria: entre otros, Abraham cuando explota cínicamente a su mujer. Sabía a Jehová severo y colérico, pero no me lo imaginaba tan mezquino. Recordaba que los hebreos eran belicosos y patrioteros, pero la amplitud de las matanzas que perpetraron me pasmó. En resumen, caí en la cuenta de que desconocía un libro que me es familiar desde la infancia.

A veces una relectura me desilusiona. Mi memoria había resumido en una fórmula llamativa consideraciones deshilvanadas y discutibles. O al contrario, partiendo de unas pocas palabras recordadas había bordado desarrollos que no existían. Durante una primera lectura sucede que en vez de aceptar el proyecto y las direcciones del autor, dejamos resonando palabras que hacen eco a nuestras propias obsesiones, a nuestros fantasmas. Así procedía a los veinte años; ahora trato de ser más objetiva. Pero a menudo una contraprueba me demuestra que no tuve éxito. Mis recuerdos de lecturas son tan incompletos y deformados como los de la realidad.

Escaneado con CamScanner

Mis actividades de lectora no consisten sólo en relacionar los distintos momentos de un libro; también debo referir unas a otras, obras que se contradicen, se completan o se corresponden. La *Lección de alemán* me ayuda a entender al alto funcionario del *Pabellón de cancerosos;* ambos podrían llevar un epígrafe de Wilde acerca de que la maldad es «falta de imaginación». Estoy poniendo en juego todo un mundo libresco que se superpone al otro, lo desborda, lo aclara y lo enriquece, y por momentos tiene más relieve y brillo: Emma Bovary o el señor de Charlus existen con mayor evidencia que muchos seres que he encontrado. Existen también para otros, que los registran con perfiles distintos, pero que por ellos comunican conmigo. Suele decirse que la literatura es el lugar de la intersubjetividad. Sola en mi cuarto con un libro, me acerco no sólo a su autor sino a través del tiempo y del espacio al conjunto de sus lectores.

La lectura suscita en mí imágenes inciertas: las del sueño pueden hechizarme, pero son también contradictorias y fugitivas. Las visiones que el cine me ofrece tienen la plenitud de la percepción: percepciones captadas como los *analogon* de una realidad ausente. En general –salvo en los documentales– se organizan de modo de constituir un mundo ficticio; el director de escena cuenta una historia inventada, que se desarrolla en el tiempo, irreversible como un trozo de música. Como en la lectura, con mi presencia le doy unidad y sentido. Pero mi papel es menos activo. No tengo que interpretar signos sino sufrir el impacto de imágenes inmediatamente dadas; por eso ver una película suele dar menos trabajo que leer un libro. Basta con que esté atenta para que la alegría, la angustia, la simpatía, el disgusto, se me impongan. Las emociones que me afectan pueden ser tan intensas que conmuevan mi cuerpo: ante escenas sangrientas hay espectadores que se desmayan, cosa que no sucede en la lectura. (Colette se desmaya a los catorce años leyendo en Zola el relato de un parto, pero es un hecho excepcional.) Es más fácil llorar en un cine que con un libro. Pero un buen director que quiera establecer una verdadera comunicación con el público no buscará provocar perturbaciones que obnubilen la visión: como el buen escritor, apelará a la libertad.

Las imágenes son poderosas porque me producen la ilusión de la realidad, ilusión que padezco casi pasivamente. Aun cuando viva un

momento de disponibilidad, maduro proyectos, me obsesionan recuerdos, esbozo acciones; al entrar a un cine me abandono; cuando reacciono, mi pasado me está sosteniendo, sí, pero no está en juego: mi único proyecto radica en contemplar lo que desfila ante mis ojos. Lo tomo por verdadero sin que se me permita ninguna intervención; esta parálisis de mi praxis acentúa en ciertos casos su carácter intolerable, y en otros lo vuelve fascinante.

Ante la pantalla me abandono como en los sueños y me cautiva también por imágenes visuales; por eso el cine despierta en nosotros resonancias oníricas. Cuando un filme me toca profundamente, es porque remueve recuerdos informulados o reanima calladas aspiraciones. Me sucede tener opiniones distintas sobre una película con amigos con los que siempre estoy de acuerdo en otros campos: porque ha tocado en ellos, en mí, en todos, algo íntimo y singular.

Le concedo mucha importancia a los rostros de los intérpretes. Los rostros escapan al análisis, a la conceptualización, a las palabras: casi ningún escritor sabe mostrarnos los de sus héroes; Proust logra sugerirlos, pero sus contornos quedan borrosos. En la pantalla surgen en carne y hueso, con toda su presencia. Ésta es ambigua: a la vez es la del actor y la del individuo al cual encarna. Entre ambos, la relación es variable. Si el actor da bien su personaje, sólo éste existe, y me creo su historia. Cosa que me cuesta, si a través de los gestos y las mímicas del héroe registro el juego del comediante, como cuando lo conozco demasiado o hay distancia entre su físico y su papel. Un mal reparto me estropea una película; un rostro cordial de hombre o de mujer me lleva a pasar por alto muchas debilidades. Un caso especial es el del actor que ha hecho de sí mismo, de una vez para siempre, el *analogon* de cierto personaje: toda distancia está abolida entre Charlie Chaplin y Charlot, en la pantalla.

El cine puede descubrirme trozos del campo o del paisaje urbano ignorados, enriqueciendo mi conocimiento de la tierra. Puede transportarme también a decorados familiares; es agradable encontrarse, integrados en una obra de arte que les confiere una necesidad, lugares que he amado en su contingencia: las calles de Londres, una plaza romana. A veces el cine me permite satisfacer el deseo infantil de estar en un lugar cuya soledad no es destruida por mi presencia: el deseo de ver con mis ojos mi ausencia. Me parece realizarlo cuando sobrevuelo en avión un islote rocoso plantado en el azul del mar. Durante una

película puedo tener la misma ilusión. No pertenezco a esa banda que se extiende en la pantalla; permanece desierta mientras mi mirada la explora.

No sólo sorprendo así a la naturaleza. Me meto subrepticiamente en las casas, presencio escenas invisibles. Me siento a la cabecera del lecho de los amantes, entro al cuarto donde un hombre ha venido a esconder su rostro trastornado por la tristeza. Sustento otro privilegio: reúno en un solo espectáculo elementos separados. Abarco de una mirada una multitud, cada uno de cuyos elementos se pierde. Atravesando muros o planeando en el cielo, estoy dotada de poderes sobrenaturales.

Lo que me deparan las películas es tan variado como lo que me ofrecen los libros. En todo caso, son una diversión y no suelo pedirles nada más. Me basta con reír. El libro más extravagante sólo provoca una sonrisa porque la risa es una conducta colectiva.[13] En una sala de cine en la cual los espectadores están yuxtapuestos y son extraños unos a otros, se dan las condiciones para la risa. Para compartir la hilaridad pido que el filme no despierte en mí reacciones que la obstaculicen; evito cuidadosamente las películas francesas que se pretenden graciosas, a causa de su vulgaridad.

En los últimos años me divertí mucho con viejas películas de Buster Keaton: *El cameraman, El héroe del río, Siete ocasiones, El navegante,* al que prefiero sobre todos. Lo cómico –Sartre lo ha demostrado– resulta a menudo de un contraste entre la experiencia interior del sujeto y su condición de objeto material. El rostro de Buster Keaton expresa la tensión de un hombre reflexivo y dueño de sí que pretende ser eficiente; ese sueño está contrariado sin cesar por las malas pasadas que le juegan las cosas, los instrumentos cuyos mecanismos ha creído regular ingeniosamente; víctima de inesperados rebotes, pierde esa dignidad humana que su rostro se empeña en significar. Él ha hablado de los «cálculos matemáticos que exige la realización de un gag», y efectivamente sus películas ofrecen el mismo placer estético que la elegante solución de un problema. Son maravillosas maquinitas de engranajes sabiamente ajustados. Hay menos rigor pero muchos hallazgos divertidos en las películas de Harry Langdon que hace poco se han vuelto a dar: *Tramp, tramp, tramp; The strong man.* Soy sensible al encanto

13. Cf. Sartre, *L'Idiot de la famille,* págs. 816-817.

Escaneado con CamScanner

ingenuo de su personaje: su rostro de bebé, sus gestos puerilmente afectados.

Fue una alegría para mí volver a ver a Charlot en *El circo* y en *Tiempos modernos,* que nada han perdido de su antigua frescura. En ésta, sobre todo, encontré de nuevo todo lo que me había gustado, y me hizo feliz ver que un público casi todo de jóvenes la gozaba igual que yo.

Algunas películas de suspenso me han tenido sin aliento: *L'homme de Rio,* tan alegremente interpretado por Belmondo; viejas películas de Walsh: *La Femme à abattre, Al rojo vivo,* en donde James Cagney se superaba; westerns, como los que han filmado los italianos, como *El bueno, el feo y el malo*; las aventuras de James Bond en *Desde Rusia con amor* y en *Goldfinger.* En el cine pueden ganarme historias que sobre el papel me parecerían absurdas: impresas, las aventuras de James Bond se me caerían de las manos. La película es mucho más rápida que el libro: de una mirada abarco una situación que sería largo de explicar con palabras; si el escritor alarga desmedidamente las situaciones no logra hacerlas convincentes. Las imágenes en la pantalla son mucho más persuasivas. Hay un curioso salto entre la evidencia inmediata de la visión –la indestructible ilusión de realidad– y la inverosimilitud de los hechos. Si el director lo aprovecha con sabiduría, puede lograr los más hermosos efectos. De ahí el humor de los westerns italianos y el encanto de las proezas insensatas de Sean Connery. Hay que saberlo utilizar. Si la intriga es incoherente, el ritmo demasiado lento, el juego de los actores falso, no acepto lo que se me muestra. Si las invenciones carecen de fantasía y audacia, eso me desanima.

A menudo los directores italianos combinan ingeniosamente el realismo y lo inverosímil. Hay gags muy divertidos en *La mujer del cura,* interpretada maliciosamente por Sophia Loren y Mastroianni, un serio ataque contra la falsa devoción de los curas y la hipocresía de la Iglesia. *Le Drame de la jalousie* provoca la risa, aunque sus héroes están pintados con mucha justeza: una mujer y dos hombres, muy mal armados para soportar las complejidades de sus corazones, demasiado poco ayudados por la sociedad para soportar las catástrofes que sobrevienen. Las escenas en que Mónica Vitti es llevada al hospital después de cada uno de sus suicidios son divertidas a primera vista, pero en el fondo son feroces y desoladoras. Vemos en la pantalla al pueblo romano, los

decorados de su vida, su trabajo, sus ocios, sus diversiones. Habita una ciudad que es muy distinta de la Roma de los turistas: en vez de un desierto de ruinas, Ostia parece un lugar de citas de prostitutas.

Hay directores ambiciosos que tratan de darnos su visión del mundo. Si aciertan, enriquecen la mía. Tal la *Medea* de Pasolini, que contestó a mi pregunta: ¿cómo ciertas civilizaciones han podido conciliar un alto grado de cultura con los ritos salvajes de los sacrificios humanos? *Medea* no aduce ningún documento nuevo. Pero con gran trabajo, eligiendo paisajes asombrosos y la extraordinaria actriz que llega a ser aquí la Callas, logra recrear el universo de lo sagrado. Un joven magnífico es ejecutado, despedazado y consumido ante nuestros ojos: la ceremonia es de una belleza tan grave que no sentimos ningún horror. Cuando en su carrera hacia el mar Medea decapita a su hermano y arroja delante de su carro los pedazos palpitantes, su alta figura no está mancillada. Luego, trasplantada a la Grecia racionalista, Medea pierde sus poderes mágicos, en una segunda parte que no encontré tan lograda.

También me impresionó *Viva la muerte*, en que Arrabal evoca la España de Franco. Me gusta su teatro –que no he visto representado, pero que he leído– y tenía mucha curiosidad por su primera película. En las escenas oníricas, a pesar de sus grandes aciertos, cae un poco en la facilidad. Pero las escenas que enfocan la realidad tienen la negra y estremecedora poesía de una pesadilla controlada; asombrosos decorados, actores exactamente ajustados a su papel, e imágenes, por el contrario, muy «distanciadas», arrastran al espectador por un mundo sórdido y salvaje, visto a través de la mirada ingenua y espantada de un niño. Descubre poco a poco que su madre –tan bella en su traje de luto– ha entregado a su padre a los fascistas: muere lentamente de rebeldía y de odio.

Harakiri de Masaki-Kobayashi se propone destruir cierta imagen mística de la época feudal japonesa. Los nobles no constituyen una casta heroica: son aprovechados, indiferentes a la gran miseria del pueblo y a la devoción de los samurais. Nos muestra un gran señor de espantosa crueldad: al borde de la miseria, un samurai viene –costumbre extendida– a pedirle su ayuda, jurando que si no la obtiene se abrirá el vientre en su casa; él lo condena a un harakiri especialmente atroz, puesto que en su miseria el suicida ha vendido su sable: el arma que encierra su vaina es de madera. La víctima tiene un vengador que

humilla mortalmente a los verdugos antes de abatir a varios durante un combate en el que lucha solo contra toda una casa. Una pintura simple y realista de la pobreza contrasta con escenas épicas de fogosa belleza.

Se han proyectado en París estos últimos años hermosos filmes húngaros. *Los desesperados*, de Jancsó, me mostró, mejor que ningún libro, lo que fueron las revueltas del siglo XIX en Hungría. Menos me gustó *Rojos y blancos*, donde cae en un cierto esteticismo. Los *Dix mille soleils*, de Szabó me mostraron la reforma agraria en el campo de Hungría; la visión de la tierra, de las granjas, de los rostros, me hicieron comprender la historia mejor que ningún texto impreso.

Visconti con *La caída de los dioses* quiso también ilustrar una página de la historia, pero, pese a su suntuosidad, su filme me dejó fría. Bien explotada, la inverosimilitud puede hacer reír o sonreír, pero deteriora los efectos dramáticos; pese al gran talento del intérprete no creo en el personaje de Martin: acumula demasiados vicios. La orgía que precede a la noche de los cuchillos largos, la llegada al alba en un barco cargado de hombres negros, son espectáculos magníficos, pero que no corresponden a la verdad histórica. La ceremonia fúnebre, barroca y helada, que cierra el filme, es de una perfecta belleza plástica. Siento demasiado al director; miro su *performance* sin darle fe.

Por el contrario, *Z*, el filme que Costa Gavras extrae de la novela de Vassilikos, clama la verdad. Yves Montand, cuyos rasgos me son tan familiares, me eclipsó por un momento a Lambrakis, pero pronto se me confundieron ambos. Los acontecimientos eran auténticos, y era una experiencia nueva ver recrear imaginariamente una copia de la realidad tan fiel que conservaba todo el peso trágico.

Me interesan las películas que resucitan acontecimientos históricos, tanto como las que me descubren ciertos rasgos de la sociedad a la que pertenezco. En *Les coeurs verts*, Luntz me hizo conocer en torno de una intriga inventada, una pandilla de jóvenes que desempeñaban sus propios papeles; compartí con ellos su largo tedio, su desacomodo, su amargura; bajo un cinismo de encargo apuntan sentimientos que no pueden articular ni asumir: sufrí con ellos.

Es raro que el cine se ocupe de los proletarios. Algunos filmes italianos han descrito sus luchas y han denunciado los crímenes del capitalismo: la casualidad me ha impedido verlos. Pero en 1965 vi dos excelentes filmes ingleses que planteaban la rebeldía de un joven explo-

Fotocreado con CamScanner

tado. El autor de los guiones era Allan Sillitoe, hijo de un curtidor que conservó estrechos lazos con su medio de origen. Los actores eran desconocidos y pude identificarlos con los personajes. En *Sábado noche, domingo por la mañana*, un joven obrero se rebela contra su condición; trata en vano de aprovechar el fin de semana para escapar a ella; sale con sus compañeros, da vueltas, bebe, se pelea: cuando el trabajo es alienante, también lo son los placeres. Por más que cocea entre las varas, no logra liberarse. Al fin, cae en las trampas del amor. Casado, padre de familia, dejará de debatirse. En *La soledad del corredor de fondo* el héroe ha rechazado esta injusta explotación, esta opresión degradante que es a sus ojos el trabajo de la fábrica. Ha desvalijado una panadería y va a dar a un correccional. Como es un excelente corredor el director lo anima a entrenarse, esperando que conquiste la copa que el establecimiento disputará con un colegio privado. Efectivamente, se adelanta de lejos a su rival y está a punto de ganar cuando de pronto toma conciencia de estar siendo de nuevo explotado: de su victoria sacará provecho una institución detestada. Se detiene y deja pasar a su rival asombrado.

La lucha de clases está mostrada de manera más directa en el hermoso filme *Adalen 31* de Bo Widerberg. Estamos en el verano de 1931 en Suecia: uno de los veranos conmovedores de los países nórdicos en los que explota como un milagro la lozanía de las horas y de las flores y en las que el sol sólo se eclipsa por brevísimas noches. «¡Qué hermoso día sería si fuese domingo!», dice Thomas, el obrero en cuya casa nos introduce la cámara al comienzo de la película. Pero es un día común: desde hace semanas los obreros están de huelga reclamando un aumento de salarios. Trabajan en fábricas actualmente cerradas, pero son a la vez rurales y viven en casas diseminadas en el campo. Thomas vive en una de ellas con su mujer –muy hermosa por el brillo de sus ojos azules y su sonrisa, pero cuya piel está rugosa y sus manos agrietadas– y dos hijos de entre catorce y diecisiete años, muy guapos. Él mismo da una impresión de fuerza y alegría. Los chicos están de vacaciones y los hombres parecen estarlo también: pescan en el lago vecino, se pasean, conversan entre ellos, juegan a las cartas; pero no hay casi nada que comer en las casas. Quizás van a lograr lo que quieren: después de todo, el aumento que piden no es mucho, dice un patrono paternalista, quizás cedan, a fin de cuentas. Pero no. Los patronos deciden contratar a los amarillos.

Escaneado con CamScanner

La situación vacila; el drama se inicia y se precipita. Los obreros atacan a los amarillos, los molestan, pero sin llegar al linchamiento: carecen de odio, y no sospechan lo que les preparan sus explotadores. Con sus banderas rojas a la cabeza, se despliegan en una manifestación por una magnífica cornisa por encima del lago, para ir a discutir con su patrono. Pero éste ha llamado al ejército, y los soldados están escondidos en los campos que rodean la ciudad. Los militares a caballo tratan de detener a los manifestantes: éstos siguen tratando de pasar mientras cantan. Se oyen tiros: el oficial ha dado la orden de hacer fuego. «Son balas de fogueo», dice confiadamente el obrero que va a la cabeza, y se desploma. Otros caen, bañados en sangre. Hay gran cantidad de heridos y tres muertos. Thomas está muerto. Por la noche, el patrono paternalista reprocha al oficial haber hecho fuego: «Los soldados tiraron, pero las balas las pagan ustedes», dice el oficial. Llamar al ejército era correr el riesgo de que tirara, era incluso incitarlo: eso lo entiende el hijo de Thomas. Ni él ni sus compañeros se dejan engañar, el odio prende en sus corazones. Al día siguiente se desata la huelga general en Suecia y el régimen cae.

El filme es de una gran belleza sin caer nunca en el esteticismo. Es conmovedor y convincente, sin sombra de didactismo. El gran logro de Bo Widerberg es haber mostrado admirablemente el lazo entre la vida pública y la vida privada. Nos interesamos en los amores de Thomas y su mujer –amores cruzados por el temor de tener un nuevo hijo al que no podrían alimentar–. Nos enternece el idilio entre el hijo de Thomas y la hija del patrono: la escena en que descubren sus cuerpos por primera vez es de una frescura tan tierna como nunca se ha visto en el cine. La huelga forma parte de la vida cotidiana de los obreros, que sólo desean elevar un poco su nivel económico. Pero toma en seguida una dimensión política, y desemboca en la violencia y en la muerte. La lucha de clases puede estar enmascarada por un momento –como lo estaba ese verano, en esa región de Suecia–, pero existe y se revela a la menor ocasión. Los burgueses que aparecen no están ni caricaturizados ni exagerados; son buenos padres, buenos esposos, hombres cultos; pero ante la clase explotada son asesinos en potencia y a veces en acto.

También me gustó mucho *Joe Hill*, del mismo director, en parte gracias al admirable actor que la protagonizaba. La película cuenta las revueltas obreras animadas por Joe Hill, en EE.UU., a comienzos del

Escaneado con CamScanner

siglo. Muestra el peso aplastante de la explotación, el salvajismo de las represiones. Pero hay mucha alegría y humor también en el modo como Joe Hill conduce el combate: en las acciones que inventa, en sus discursos, en sus canciones. La escena de su ejecución –cínicamente organizada con el pretexto de un crimen que no ha cometido– es de una lúgubre belleza. Pero la intriga se extiende durante años y la película no tiene la unidad, la sobria densidad de *Adalen 31;* es más anecdótica y cae más en el esteticismo.

Entre los numerosos filmes norteamericanos distribuidos en Francia, me interesaron sobre todo los que describen los EE.UU. de hoy. Me paseé a través de los vastos paisajes con los dos jóvenes motoristas de *Easy Rider;* la naturaleza, la amistad, algunos encuentros felices, un poco de marihuana por la noche: una vida bella, libre y alegre. Sus largos cabellos, sus vestimentas alegres suscitan el odio en los norteamericanos robotizados, alienados, roídos de resentimiento y prontos a matar a todos los que no se les parecen: los Viets, los negros, los hippies. Los dos viajeros son salvajemente golpeados, su compañero apuñalado, y al final del filme son asesinados.

Odio y violencia es también el tema de *Joe.* Aunque aparentemente bien acomodados en su vida, tanto el burgués como el obrero mantienen furores neuróticos contra todos los que la ponen en duda: los amarillos, los negros, los jóvenes. Culpable al comienzo de la historia de la muerte no premeditada de un hippy, el burgués se ve animado por Joe, el proletario, a confesar la verdad: ambos son racistas y linchadores. Se deja arrastrar al asesinato deliberado de una banda de hippies durante el cual asesina a su propia hija.

El tema del foso que separa a las generaciones está tratado con mayor ligereza en *Taking off,* que el director checo Forman ha filmado en EE.UU. Es una película cruel; todos los personajes están perdidos irremediablemente, tanto los adultos fijados en sus papeles de padres como los hijos que intentan escapar de ellos, sin encontrar un lugar en la tierra. El corazón seco, el cerebro vacío, todos son devorados por el hastío. Sin embargo, uno ríe de un cabo al otro de la historia. También allí lo cómico nace del contraste entre la interioridad de los personajes y su realidad exterior. Hablan de ellos mismos y de su vida con seriedad, con pompa; la verdad que nos descubre la pantalla contradice ridículamente sus discursos. Los hábitos, los tics, los clisés, las pretensiones de toda una categoría de americanos, están sutilmente

ridiculizados. Aun cuando los atraviese un sentimiento sincero, en seguida queda ahogado por automatismos. El momento clave del filme es la ceremonia en la cual los padres se aplican a fumar marihuana con el pretexto de comprender la mentalidad de sus hijos; henchidos de importancia, atribuyendo un sentido profundo a sus responsabilidades, en realidad se entregan a un juego de sociedad que los distrae un momento.

También un cuadro de la vida americana sirve de fondo a *Five easy pieces*. El héroe aparece condenado a la soledad. En la empresa petrolera donde trabaja ignora todo de sus camaradas, que ignoran todo de él. Se afana poco por la sirvienta con la que se ha relacionado, y ella no lo entiende. No tiene contacto con nadie de su casa, adonde vuelve para ver a su padre, músico célebre hoy atacado de hemiplejía; atraído por la mujer de su hermano no logra hacerse amar porque ella duda de que él pueda amar. Parte, desesperadamente solo, con las manos vacías, hacia los helados bosques del Norte donde sin duda morirá. Su soledad se explica en parte por su carácter y por su infancia, pero también por el modo de vida norteamericano. No lo afecta sólo a él, sino a todos los demás personajes –en especial a la autoestopista psicótica obsesionada por los problemas de la polución, que huye hacia las nieves de Alaska–. Y para combatirla no bastan los mecanismos del psicoanálisis, como pretende una verbosa pedante. Es el amargo fruto de cierta civilización.

Lo que valoriza la película son las relaciones que sostienen los diversos personajes entre sí. Contrariamente a lo que se pensaba antes, el cine sobresale en dar los matices y las sutilezas psicológicas. Hallé conmovedoras las relaciones entre el criado y el joven amo en *El sirviente* de Losey; la de los hermanos entre ellos y con el *care-taker*, en la película de ese nombre; la de *Petulia* con el hombre que la ama sin esperanzas; las de Mia Farrow y Elizabeth Taylor en *Ceremonia secreta;* las del joven inglés y el jamaicano en *Two gentlemen;* las de los personajes de *Mi noche con Maud*; las de los héroes de *Un dimanche comme les autres*. Un libro que contara esas historias tendría que familiarizarnos primero con los héroes y su ambiente, y quizás al estar demasiado desarrollada, la anécdota nos pareefa endeble. En la pantalla todo se nos hace presente de inmediato, los rostros y los ambientes, y nuestro interés puede surgir de inmediato. Un gesto, una expresión, una entonación, dicen más y más rápido que las páginas impresas.

Muchas películas mezclan los registros que arbitrariamente he separado; resucitando una época o una sociedad, cuentan aventuras y muestran los sentimientos que vinculan a los individuos. *Bonnie and Clyde* ilustraba una época: 1929, el tiempo de la gran crisis; era una historia de suspenso; era también la historia sorprendentemente fresca del difícil amor entre una joven y un joven impotente. *More* –con el acompañamiento de una excelente música– pintaba, sobre un fondo de magníficos paisajes, la fauna que puebla Ibiza: antiguos nazis, hippies que fuman hachís, drogadictos; la película contaba la aventura de un joven sediento de todas las alegrías de la vida, de modo tan exasperado y extremoso, que desde el principio sentíamos que estaba perdido; enamorado de una encantadora drogadicta, ésta lo persuade de que se inyecte heroína; se convierte en esclavo de la droga, y muere; esta escalada creaba del principio al fin un suspenso angustiante.

Honeymoon Killers muestra el crimen en su horror físico; la agonía de las víctimas es repugnante; los asesinos deben ensañarse reiteradas veces para matarlas; forman una pareja monstruosa; el interés de la película radica en su demostración de que un monstruo no es un monstruo, es «mon semblable, mon frère». La heroína es físicamente desgraciada: una enorme masa de carne en la que se dibuja un lindo rostro. Sensual, bulímica, de implacable dureza, y además antisemita, nos conmueve sin embargo por la pasión exclusiva que siente por Ray, por la confianza ingenua que le presta. Mata –dos veces por celos frenéticos, una vez a sangre fría– pero su vida no tiene más valor a sus ojos que las de los demás. Está dispuesta a liquidarse si no puede tener a Ray todo para ella, sin compartirlo y en acuerdo absoluto: prefiere hacerse condenar a muerte con él antes que aceptar compromisos. Ese radicalismo la hace superior a las lamentables criaturas normales que Ray coge en sus trampas; como ella, las despreciamos por sus absurdas coqueterías o su sórdida avaricia o sus autoengaños. Más mediocre, más frívolo, Ray sin embargo es capaz de amar tiernamente a esta mujer sin belleza. No sé si los criminales que murieron en Sing-Sing, en la silla eléctrica en 1951 se le parecen; pero éstos logran atraernos sin que la película disimule el brutal horror de sus crímenes.

Son raros los directores que tienen un universo propio y que me seducen. Sólo dos de ellos han producido en este decenio obras que me han conmovido: Bergman y Buñuel. Me encanta el interés del primero

por las mujeres, que no son para él objetos sino sujetos inteligentes y sensibles; pinta con felicidad las relaciones entre ellas: amistad, complicidad, odio; a sus ojos su única debilidad es la inclinación que las lleva hacia esos seres lamentables, los hombres. Este universo femenino con sus violencias, sus tempestades y sus frenesíes es el de *El silencio*, que me apasionó. En cambio, el lado místico de Bergman y su obsesión por el pecado me aburren. Había hermosos paisajes en *Pasión* y personajes atractivos, dolorosamente bloqueados en su soledad interior, pero los prejuicios del autor eran evidentes: la presencia del mal en el mundo –la maldad de los hombres– estaba simbolizada por la muerte de los corderos, por el linchamiento de un inocente. Quedé fuera de esta historia.

Buñuel –la mayoría de sus películas me gustan mucho– también me aburre cuando se fascina con los temas religiosos. Pese a sus muy hermosas imágenes y a algunas escenas sobrecogedoras, *La vía láctea* no me gustó. Pero sí *Tristana;* sólo el cine puede dar las extrañas relaciones de esa bella joven enferma y su envejecido seductor. Buñuel sobresale en desenmascarar lo que la gente honrada toma por el bien: la santurronería. Le basta mostrarnos a unos curas de rostros reposados que saborean su chocolate con una complacencia un tanto excesiva para hacer que los detestemos. Hay más verdad y humanidad en los «vicios» del viejo, de Tristana o del pequeño sordomudo.

Hay un filme que considero una obra de arte –lo dije oportunamente– y es *Les Abysses,* realizado en 1963 por Nicos Papadakis con diálogos de Vauthier e inspirado en la historia de las hermanas Papin. Sin permitirse nunca actuar sobre los nervios de los espectadores, lleva la violencia al paroxismo. El drama se desarrolla en la casa de campo donde el Señor, la Señora y la Señorita llevan su sórdida existencia de pequeños burgueses avaros y semiarruinados; lo percibimos a través del odio que las dos hermanas –admirablemente encarnadas por las hermanas Bergé– sienten por sus patrones; entrar en la cocina con ellas es penetrar en una cámara de torturas: sin recurrir a ningún artificio, Papadakis se limita a mostrarnos los cuchillos, los tenedores, la cuchillas, los ganchos, y el calentador de gas, y esos utensilios familiares se vuelven aterradores. El odio crece mientras el mutuo amor de las hermanas hace presentir «otra» vida en la que la felicidad, la poesía, la libertad serían posibles. Durante

Escaneado con CamScanner

un momento las dos sirvientas persiguen cruelmente a la familia, a la que tienen en un puño, porque desde hace años no han cobrado sus sueldos. Pero vencidas finalmente por la coalición burguesa, disfrazadas de doncellitas de comedia sirven dócilmente el café en el salón. Se enteran entonces de que van a ser echadas y separadas la una de la otra; su furia estalla y matan a la Señora y a la Señorita a golpes de plancha.

Se ha dicho que al contar esta rebelión salvaje Papadakis había pensado en la guerra de Argelia. En realidad, en 1963 se guardaba un recuerdo acerbo, y un cierto esquema de la lucha anticolonial aparece en esta tragedia privada. Se trata de una de esas situaciones extremas descritas por Fanon[14] en las cuales el oprimido sólo puede liberarse asesinando al opresor: por el terrorismo. El Señor y la Señora tienen la buena conciencia, es decir la inconsciencia y la ignorancia, de los colonos que se creían tolerados y aun amados por los árabes y que quedaron estupefactos ante el despliegue de su odio. La Señorita encarna el paternalismo de lo que en su momento llamamos la «izquierda respetuosa» y que pretendía otorgar a los colonizados lo que éstos querían conquistar. Ofendida viendo cómo su hermosa alma es desdeñada y sus ofertas rechazadas, desencadena la tragedia. (El filme es tan rico que hoy la Señorita hace pensar en cierto rector, como ella comprensivo y benévolo hasta el punto de soportar todas las vejaciones, y que terminó por llamar a la policía y por hacer apalear a los estudiantes.) Habiendo visto esa película en una proyección privada, fuimos varios los escritores que se la recomendamos al público.[15]

Es raro que me gusten los documentales. Me atiborran de conocimientos fuera de todo contexto, en momentos en que no tengo ganas de tragármelos. En los últimos años sólo me gustó un reportaje en colores sobre Benarés —nombre con el cual había soñado muchas veces—, cuyas imágenes aplacaban una antigua curiosidad.

En cambio un montaje que intenta recrear una época me interesa. Fui a ver de inmediato *36, le grand tournant* que resucitaba la aventura

14. *Los condenados de la tierra.*

15. Papadakis filmó después *Les Pâtres du soleil*, muy bello al parecer pero al que las circunstancias no me han dejado ver.

del Frente Popular. A menudo los comentarios me irritaron; pero tuve más que nunca la sensación de estar recuperando mi propia vida. Había asistido en el 36 a algunos acontecimientos, pero el conjunto lo había conocido sobre todo por los diarios, por conversaciones. La pantalla me ofrecía una versión totalizadora. Gracias a la impresión de las imágenes me sentía arrastrada hacia mi pasado y posibilitada de reunir sus más diversos aspectos.

Le chagrin et la pitié no me produjo la misma impresión. No encontré la imagen de la ocupación tal cual yo la conocí; había mucha más angustia en el aire. Muy pocas imágenes evocaban directamente el pasado: los sobrevivientes hablaban de una época lejana y esta distancia neutralizaba sus datos. Parecía que ser resistente o colaboracionista era un asunto de opinión, mientras montones de cadáveres separaban ambos campos. Pero había buenos momentos: el testimonio de Mendès France, las frases odiosas o ridículas del conde de Chambrun, el relato de un campesino resistente. Las palabras del alemán eran tan previsibles que producían un placer intelectual un poco ácido oírlas con los propios oídos.

Desde 1962, vi, muchas veces con gusto, otras películas, pero sé que me he perdido muchas que valían la pena. Voy poco al cine. Me molesta salir, hacer cola, soportar los noticiarios y la publicidad. Además es fácil interrumpir una lectura o la audición de un disco: en el cine, sobre todo si voy con una amiga, una vez instalada en mi butaca, me siento obligada a quedarme aunque me aburra.

Estos inconvenientes no me pesarían si el cine me ofreciera más que ningún otro modo de expresión, y no es el caso. La evidencia de la imagen da a los filmes su fuerza y su seducción; pero también por su plenitud ineluctable la fotografía detiene mi sueño. Es una de las razones por las cuales –como se ha dicho a menudo– la adaptación de una novela a la pantalla es siempre lamentable. El rostro de Emma Bovary es indefinido y múltiple, su desgracia desborda su caso particular; sobre la pantalla veo un rostro determinado, y eso disminuye el alcance del relato. No siento ese tipo de decepción cuando la intriga ha sido concebida directamente para la pantalla; me gusta que *Tristana* tenga los rasgos de Catherine Deneuve: porque estoy anticipadamente resignada a que esta historia sólo tenga la dimensión de una anécdota. A menudo la importancia de la imagen visual empobrece los lugares que me muestra. Sobre el papel, la «ausente de todo ramo» lo es por su

Escaneado con CamScanner

perfume, por la textura de sus pétalos, tanto como por su color o su forma: a través de las palabras se abarca la totalidad de una flor. Veo y oigo los rumores de un paisaje de cine: pero no siento el olor salado del mar, no me humedecen sus salpicaduras. El encuadre de las fotografías aísla la toma del resto del mundo. Si leo la palabra Toledo, toda España se me hace presente; en *Tristana* las calles de Toledo, por la propia perfección con que están fotografiadas, sólo se dan a sí mismas. A veces el arte del director le permite superar esas limitaciones: este campo es tan vivo que creo sentir en mi piel su frescura; no paseo por una calle, sino por Londres y con Inglaterra entera detrás. Pero en el mejor de los casos ningún filme sabría alcanzar cierto grado de complejidad. Menos expresiva que la imagen –y por lo tanto cuando nos limitamos a ver, menos rápida–, la escritura tiene todos los privilegios cuando de transmitir conocimientos se trata. Cuando una obra es rica nos comunica una experiencia que se alza sobre un fondo de conocimientos abstractos: sin ese contexto, la experiencia resulta mutilada o aun ininteligible. Las imágenes visuales no bastan para proporcionarla: si tratan de sugerirla lo hacen de modo tosco y con torpeza. Fue visible esto cuando Costa-Gavras filmó *La confesión.* Z resultó lograda porque la intriga era muy simple y el contexto conocido: una maquinación policial entre otras. Pero *La confesión* sólo tiene sentido en una situación referida a toda la historia de la posguerra en la U.R.S.S. y en los países del Este. Los personajes no existen sólo en el momento del proceso: tienen una vida política detrás. En el libro, sabíamos quién era cada uno y por qué actuaba. Reducido a un espectáculo, el drama de London pierde peso y sentido.

Mi preferencia por los libros proviene, sobre todo, de que desde mi infancia vengo asediando la literatura, y soy más sensible a las palabras.

Uno de los lugares comunes que se machacan en ciertos medios consiste en decir que ahora la literatura sólo desempeñará un lugar secundario, que el futuro es del cine, de la televisión, de la imagen. No lo creo. En cuanto a mí no tengo ni tendré jamás televisión. La imagen nos envuelve por un instante; después empalidece y se atrofia. Las palabras tienen un inmenso privilegio: las llevamos con nosotros. Si digo: «Nuestros días mueren con nosotros», recreo en mí con exactitud la frase de Chateaubriand.

Por el lenguaje se materializa la presencia en cada hombre de los demás hombres y es una de las razones que me hacen considerar la literatura irreemplazable.

Voy mucho menos al teatro que al cine. En el cine hay una perfecta homogeneidad en el material utilizado: imágenes visuales percibidas como *analogon* de la realidad cuya evidencia son. Puedo instalarme en lo imaginario y seguir la película sin ser desplazada ni un instante. En el teatro, la relación de lo imaginario y la realidad me parece inconsistente. Nunca los actores actúan todos perfectamente: a través del personaje que encarnan siento al comediante. El decorado, los trajes, los accesorios están presentes en su contingencia material: me vuelven a traer la vida cotidiana de la cual de un modo o de otro el texto pretende arrancarme. Me arrastra por un momento hacia un universo ficticio, pero pronto estoy de vuelta aquí: en el espectáculo. Aun si la obra me satisface por completo, si la dirección es un éxito, siempre me siento en falso.[16]

A pesar de esas reservas vi con gusto algunas obras. En *La vie d'A. Geai,* representada en el Odeón en 1964, había una buena idea teatral: mostrarnos el mismo personaje en cuatro edades diferentes. La literatura lo ha intentado, a veces, pero el efecto de simultaneidad es mucho más sobrecogedor cuando veo con mis ojos en el escenario al adolescente, al joven, al hombre maduro, al futuro anciano, representados por un solo individuo. Al levantarse el telón, el barrendero, de cuarenta años, acaba de ser herido durante una manifestación y se debate contra la muerte en una cama de hospital. Repasa su pasado mientras que, sentado en el umbral de una hermosa casita, el jubilado que sueña llegar a ser, le suplica –en vano– que se salve. Si su destino no nos conmoviera, sólo tendríamos un artificio escénico sin alcances. Pero Gatti ha sabido atraernos hacia el barrendero Auguste Geai, en el que resumió en gran parte la ternura y la rebeldía de la vida desheredada de su padre.

Les jouets de Georges Michel es una sátira, cruel y extravagante, de nuestra sociedad de consumo, del cerco que se nos impone, de los eslóganes con los cuales nos infecta la radiotelevisión francesa. El éxito

16. Hablo aquí del teatro occidental. Hay formas de teatro que escapan a esta crítica, de las que ya hablaré.

del espectáculo provenía de la perfecta homogeneidad del texto –construido a golpes de lugares comunes–, con actores que deshumanizaban su mímica y sus voces. La escenografía y el decorado contribuían a este distanciamiento a través del cual se reconocía con evidencia una demasiada cotidiana realidad.

El distanciamiento: el gran recurso del arte de Brecht. Es el único autor cuyas obras me gustan más representadas; el texto parece por lo general empañado, y sólo cobra su brillo en escena. Volví a comprobarlo al ver en el T.N.P. *El señor Puntila y su criado Matti,* que había leído sin entusiasmo. Ingeniosamente puesta en escena, y admirablemente representada por Wilson, Denner y Judith Magre, la obra resultaba muy graciosa y dejaba un gusto amargo.

Vi también, en el pequeño T.N.P., *Roble y conejos de angora* de Walser.[17] Me gustó su sobrio patetismo. Deportado por antinazi, el personaje poético y desgarrador que encarnaba Dufilho había quedado tan bien transformado por una operación de cerebro seguida de reeducación que continuaba gritando: ¡Viva Hitler! mientras sus compatriotas gritaban a todo pulmón: ¡Viva América! Preso de una desesperación impotente se veía despojar de todo lo que había sido la dulzura de su vida; mientras que el antiguo nazi, representado por Wilson, prosperaba cada día más. Compacta, tensa, sin caer nunca en el símbolo o la alegoría, la obra iluminaba con luz sombría toda esta Alemania de posguerra que ha castigado a los buenos y ha recompensado a los malos.

En un circo transformado en teatro Mnuchkin montó *La cocina* de Wesker. El decorado era de una cuidadosa exactitud: parecía una verdadera cocina, detrás de una de cuyas puertas se adivinaba la sala del restaurante. Sin embargo faltaban las provisiones y la mayor parte de los utensilios, suplidos por los gestos de los actores. Los mozos asaban carnes invisibles, trabajaban una masa fantasma, vaciaban pescados ausentes. En esta alianza del mimo con el realismo de los giros, de las entonaciones y de los movimientos, radicaba la originalidad del espectáculo y le daba su fuerza. Nos sentíamos solidarios con esos hombres y mujeres abrumados por un trabajo de ritmo infernal. Era posible comprender su rebeldía. Lamenté que la intriga cayera en el melodrama.

17. Novelista y dramaturgo alemán.

Poco después, Mnuchkin presentó en el mismo marco *Sueño de una noche de verano.* No es mi comedia preferida de Shakespeare y la mayoría de las actores había sido elegida por sus cualidades plásticas; danzas y pantomimas tenían mucha gracia pero el texto estaba mal servido. Lo mejor era el decorado: todo el escenario, espeso como el césped que recubre el interior de un bosque, estaba cubierto por pieles y parecía iluminado por la luz de un cielo nocturno, que se filtraba a través del follaje.

El T.N.P. montó dos obras de Sartre. En el 65 Cacoyanis llevó a escena *Las troyanas,* adaptada de Eurípides, respetando fielmente el texto, aunque dándole un acento muy moderno. Podromides, que había compuesto en Nueva York una música de escena para *Las troyanas,* reprochaba que las palabras no acordaran con sus ritmos. Sartre, con gripe, no pudo asistir a los ensayos. La primera vez que fuimos al teatro, pocos días antes del ensayo general, quedamos aterrados: una música estrepitosa cubría la voz de los actores. Actuaban bien; Judith Magre era una Casandra notable, pero los coros estaban mal ajustados. Cuando Hécuba dice: «¡Golpéate la cabeza!» todos los comparsas se golpeaban el pecho con gestos que hacían pensar en una lección de gimnasia rítmica. «Error de anatomía», murmuró el escenógrafo, un griego maduro y muy gracioso que había acertado con muy buenos decorados. Sartre logró que se suprimieran algunos efectos escénicos desastrosos. El día del estreno el público aplaudió mucho, pero nuestros amigos compartían nuestra falta de entusiasmo.

Para compensar, la puesta en escena que Wilson hizo de *El diablo y el buen dios* durante el otoño del 68 fue excelente. Reemplazó un decorado construido por un ingenioso dispositivo que permitía a los actores entrar, salir, moverse con una gran libertad. La elección de intérpretes fue feliz. En el primer acto, en el papel de Goetz, Périer, sin superarlo, igualó a Brasseur, y en el segundo acto fue aun más convincente. En su conjunto el espectáculo era muy superior al dirigido por Jouvet. Las circunstancias daban a la obra un tono muy moderno: las lecciones masculladas por los habitantes de la Ciudad del Sol hacían pensar en los recitados colectivos del librito rojo de Mao. Los jóvenes que cada noche llenaban la sala descubrían en el texto cantidad de alusiones a los acontecimientos presentes, y aplaudían a rabiar.

A pesar de las innovaciones, todos esos espectáculos seguían siendo

bastante convencionales. Vi otros después que rompían más abiertamente con las tradiciones.

En octubre de 1968 asistí, en el teatrito de la Épée-de-Bois, a una representación de *Acrópolis*. En el siglo XIX, un dramaturgo polaco que quería exaltar nuestra cultura humanista imaginó que los héroes de las escenas homéricas o bíblicas representados en las tapicerías de un castillo descendían de los muros y representaban ante nuestros ojos. El director polaco Grotowski se inspiró en esta obra, pero para burlarse del humanismo y de la cultura tradicional. Imaginó que el espectáculo era montado en un campo de concentración por deportados de traje rayado. Se entregaban a trabajos penosos y absurdos, transportando pesados tubos, reuniendo andamios. Luego evocaban con sus gestos y sus palabras las grandes figuras que se yerguen en el fondo de nuestro pasado; había un contraste grotesco entre su abyección y la nobleza legendaria de los héroes que encarnaban. En los hechos se burlaban de esta nobleza. El idilio de Helena y de Paris se hacía curiosamente pederástico por el hecho de estar representado por dos hombres. El episodio más conmovedor era el matrimonio de Raquel, en nada conforme con el relato bíblico; Jacob, en vez de someter a Labán lo mataba de un puntapié y raptaba a Raquel. Un tubo envuelto en materia plástica blanca como un velo de novia la representaba. Jacob daba una vuelta por el teatro dándole el brazo, seguido por toda una boda que salmodiaba canciones. Los espectadores estaban sentados en graderías alrededor del escenario y a menudo los actores se mezclaban con ellos. Lamenté no entender el texto. Nuestro amigo checo, Liéhm, que sabe polaco, nos apuntaba brevemente el sentido y nos dijo que era muy hermoso. La doble transposición –falsos prisioneros representando a héroes antiguos– desrealizaba radicalmente el espectáculo, suprimiendo el salto molesto entre el mundo imaginario y éste.

En 1970, Ronconi presentó en Milán, en la plaza del Duomo, un espectáculo popular y gratuito tomado del *Orlando furioso*. Lo trajo a París en mayo, a uno de los pabellones abandonados del Mercado: se pagaba entrada y el público era más restringido. La noche que fui ya el marco me encantó: una armoniosa arquitectura de hierro se abría por todas partes al cielo. Los espectadores, de pie, participaban en la acción; representaban la multitud a través de la cual arremetían guerreros y guerreras montados en caballos de hierro; se perseguían, se desafiaban y se batían por encima de nuestras cabezas porque sus corceles habían

sido izados sobre cajones de madera; éstos estaban provistos de ruedecitas y en el interior de cada uno de ellos un hombre agachado los movía corriendo. Toda la maquinaria tenía la misma ingeniosa simplicidad: podíamos creernos transportados a una de esas fiestas del siglo XVI en las que lo maravilloso era evocado por los medios más toscos. En los dos extremos del pabellón se habían levantado escenarios y había caballetes contra las paredes. De pronto una sola acción concentraba todas las miradas; en otros casos dos, tres, cuatro episodios se desarrollaban a la vez. Podíamos elegir uno de ellos, o pasar de uno a otro, o detenernos a fumar un cigarrillo. Esa abundancia de aventuras dispares, que me aturde y aburre en las novelas antiguas, aquí me encantaba: la simultaneidad es su verdadera relación temporal, mientras que la lectura impone un desenvolvimiento fastidioso. No sé bien italiano, y el texto se me escapaba, pero las intrigas eran fáciles de entender y prescindían de las palabras. El brío y la belleza de los actores –hombres y mujeres–, el esplendor de los trajes, la alegría, la rapidez de los movimientos, todo contribuía a mi felicidad: una felicidad análoga a la que tuve en mi infancia, no tanto en el teatro como leyendo cuentos fantásticos cuyas ilustraciones me transportaban.

Me sentí más satisfecha aún cuando, en febrero del 71, asistí a *1789* montada por Mnuchkin y representada por los cuarenta actores del Théâtre du Soleil. También aquí el marco estaba admirablemente elegido: en la soledad del bosque de Vincennes, la fábrica de cartuchos en que se fabricó antes un gas mortal, la vincenita. Era un inmenso cobertizo donde se alzaban cinco estrados unidos por practicables. El público podía sentarse sobre las graderías dispuestas contra los muros, pero también estar de pie en el medio de la sala o instalarse en las pasarelas o sobre los caballetes en los momentos en que éstos quedaban vacíos. El argumento de la obra –compuesta colectivamente por todo el grupo después de un largo y serio estudio de la Revolución– cuenta que al día siguiente del fusilamiento del Campo de Marzo, en 1791, los titiriteros representaban la historia de los dos años que acababan de pasar: la representaban tal cual el pueblo podía imaginársela, lo que autorizaba todas las exageraciones, todas las payasadas y las más libres interpretaciones de los acontecimientos. Tanto se desarrollaban escenas sobre los cinco estrados, como una sola acción llenaba masivamente el teatro, dado que las pasarelas permitían carreras de un punto al otro, mientras el público representaba a la multitud.

Después de un comienzo algo lento que describía la miseria del país, el espectáculo tomaba un ritmo precipitado que no disminuía, utilizando los procedimientos más diversos. Los titiriteros evocaban la convocatoria de los Estados generales con ayuda de marionetas, que manipulaban a cara descubierta, y que en seguida se ponían a vivir con una vida autónoma, en su propio universo. María Antonieta, Polignac, Lamballe, groseramente caricaturizados, bailaban alrededor de Cagliostro. De pronto se hacía un gran silencio. Por toda la sala actores dispersos entre el público se ponían a murmurar en sus oídos la historia de la toma de la Bastilla. Sostenido por una hermosa música, al principio era apenas un murmullo, imperfectamente sincronizado, de modo que el mismo nombre, Necker, se oía en diferentes momentos, en diferentes sitios: parecía volar por todo el teatro. Las voces se dilataban, se confundían, permaneciendo distintas; era la voz del pueblo triunfante, pulverizada a través del tiempo y del espacio; era un rumor sabiamente orquestado, necesario y perturbador como una cantata de Bach; en un tono de confidencia y de entusiasmo todas las bocas, juntas o separadas, clamaban: ¡así tomamos la Bastilla! Fue uno de los más grandes momentos que me ha tocado vivir en el teatro. Sentía en mí íntimas resonancias porque reconocía en ese relato el que muchas veces nos hemos hecho entre amigos las noches de manifestaciones que hemos creído logradas y ricas de promesas. Entonces estallaba una inmensa kermesse, los tablados se convertían en barracas de feria, donde se desarrollaban escenas de lucha, juegos, danzas, pantomimas, acompañadas de los estribillos de una música de baile popular.

Podía temerse que después de ese paroxismo el espectáculo decayera; pero no. A invenciones sorprendentes seguían otras que no lo eran menos. Hubo el strip-tease de la noche del 4 de agosto, durante la cual los Nobles, en un frenesí de generosidad se arrancaban sus sombreros con plumas, sus hermosos trajes, desnudándose casi enteramente; luego, midiendo de pronto su sacrificio y consternados, se apresuraban a recogerlo todo y a llevárselo. Las mujeres de París, con trajes blancos y agitando ramos verdes, atravesaron la multitud para traer al rey y a la reina, hechos con grandes tripas que flotaban por encima de sus cabezas. En una pantomima burlesca, al son de una marcha nupcial, los adinerados se disputaban los bienes de la Iglesia. Una de las últimas escenas se inspiraba en el Guignol. Los burgueses se sentaban en un estrado para asistir a una farsa; ante ellos, en otro escenario había

una gran caja, entre un gran señor y un cardenal ridículamente ataviados; un titiritero hacía salir de ella al Pueblo, que abatía rápidamente los Privilegios y la Superstición. Los burgueses aplaudían y más aún cuando el titiritero encerraba al Pueblo en la caja: se asustaban viendo que la tapa se levantaba y gritaban como los niños en el Guignol: «¡Atención! ¡Atención!» Pero el Pueblo surgía a espaldas del manipulador y lo estrangulaba. Éxito sin consecuencias. Después de la huida del Rey –una de las secuencias más brillantes–, como el Pueblo reclamara su destitución, la guardia nacional tiraba sobre la multitud y el Orden de los adinerados triunfaba.

Había en el espectáculo una doble trasposición, dado que los actores se presentaban como titiriteros que a su vez desempeñaban papeles. Gracias a este artificio, ninguna caricatura, ninguna parodia parecía desmedida. Estaba, en verdad, al servicio de la única realidad válida: la verdad popular. No era una calumnia mostrar al rey y a la reina empachándose, emborrachándose, vacilando mientras el pueblo revienta de hambre; ya que aun siendo discretos en la mesa, comer hasta satisfacerse en tiempos de penuria es atracarse. A través de caricaturas, de gags y de una alegría aturdidora Mnuchkin y su grupo desplegaban ante nuestros ojos una historia trágica: el estrangulamiento de la Revolución por la clase ascendente que destruyó a la nobleza sólo para tomar sus prerrogativas, reemplazando a la aristocracia de la sangre por la de la riqueza. Utilizó engañando al Pueblo que nada ganó. Esta demostración fue conducida, casi sin que se notara, con una notable exactitud en los detalles de su desarrollo. Se discutió el valor revolucionario de este espectáculo por el hecho de que hubiera que pagar entrada; sin embargo lo tenía por la emoción y la indignación que despertaba.

En junio de 1971, París presenció un espectáculo insólito: *La mirada del sordo* de Robert Wilson, un serie de cuadros en que se encadenaban en silencio imágenes inmóviles o animadas; era la lenta evocación onírica de los fantasmas de un niño negro sordomudo, entre los que el autor proyectó también su propio universo. Como casi todos los que asistieron, me vi envuelta por esta fantasmagoría, a pesar de sus larguras y repeticiones. Pero pronto comprobé que no había retenido nada. Las imágenes se borraron sin que de ellas se desprendiera un sentido del cual me quedara algún recuerdo. Ese «río de silencio», como lo llamó Renée Saurel, corrió en vano para mí.

La música ocupa un gran lugar en mi vida. Nunca voy a conciertos, cuya ceremoniosa solemnidad detesto. Prefiero esperar que la obra que me interesa sea grabada. Sin embargo fui dos veces a la Ópera. Hace mucho que me gusta el *Wozzeck* de Berg y no quise perderme la ejecución que dirigió Boulez; me pareció magnífica y además disfruté de los hermosos decorados de Masson, y de la excelente puesta en escena de Barrault, muy felizmente inspirado en Brecht. Es raro que una ópera realice la síntesis artística que el género pretende. En el 69 vi *Boris Godunov* presentado por la Ópera de Moscú, obra que conozco muy bien. Los coros eran admirables y los actores no sólo cantaban, sino que también actuaban, con un arte consumado. El fasto del vestuario hacía olvidar el lado convencional de los decorados.

Pero se trata de excepciones. Mis verdaderos vínculos con la música son mucho más cotidianos. Por las noches oímos discos con Sartre. Hoy sólo rara vez me traen revelaciones exaltantes, porque estoy familiarizada con los grandes compositores antiguos. Pero es una alegría volver a escuchar las obras que me gustan, o descubrir algunas todavía no grabadas, que completan mi conocimiento de un músico o de una época: así, en 1970, pude escuchar los admirables *Madrigales* de Gesualdo cuyo nombre incluso ignoraba. Revivo mis conocimientos, me hago de otros, capto ciertos trozos en una luz nueva, y mis gustos y mis juicios se modifican más o menos. Ya he dicho que una de mis preocupaciones consiste hoy en recapitular mi pasado y dejarlo a punto.

La otra –ya lo he dicho–, es estar informada. Sigo atentamente las creaciones de mis contemporáneos. Debo algunas grandes nuevas emociones a Stockhausen, Xenakis, Penderecki, Ligety; también me gustan Boulez, Berio, Nono, Henze y algunos otros. Es una curiosa experiencia escuchar a músicos todavía jóvenes sabiendo que es en la madurez avanzada o aun en su vejez cuando los compositores realizan a menudo sus grandes obras. ¿Cuál llegará más lejos? ¿Cuál será considerado el más importante al fin del siglo? Su futuro, vivido y póstumo, me intriga. Otras creaciones –imprevisibles para ellos y para mí– modificarán retrospectivamente el sentido de su obra, así como éstas me ayudan a comprender las búsquedas de sus predecesores. A la luz de Xenakis descifro de otra manera ciertos trozos de Beethoven, de Ravel, de Bartok.

A veces intento la pequeña aventura consistente en apretar el botón de mi transistor para captar un programa de France-Musique.

Otras me encuentro con un trozo que realmente me gusta, pero rara vez, y no es eso lo que busco. Una amiga me decía que el atractivo de los cócteles mundanos radica en que uno encuentra a gente que no tenía ganas de encontrar; también, en la radio me divierto oyendo música que no tenía ganas de oír. Pero es un placer que no me ata mucho. Prefiero volver a mis discos.

Le temo a la barahúnda de las grandes exposiciones. Además, separados de sus raíces, los objetos que allí se exhiben pierden mucho de su valor. La exposición de arte negro que tuvo lugar en el Grand Palais, en el 66, era muy rica, podían admirarse piezas magníficas, pero estaban dispuestas en un orden arbitrario que no iluminaba su sentido. Fue también el defecto de la exposición de la Europa gótica.[18] Las salas estaban bien iluminadas, el público espaciado y pude pasearme a gusto. Venidas de todos los rincones de Europa, las obras, unas al lado de las otras, daban un poco la impresión de un revoltijo. Las estatuas yacentes en sitios impersonales era mucho menos conmovedoras que en Saint-Denis, en Bourges, en Dijon, donde dormían a la sombra de la iglesia en la que habían rezado en vida. La mayoría de las esculturas se parecían demasiado a las que conocía y también entre ellas. Había algunas más raras en madera policromada que me asombraron: pero casi todas eran muy feas. Lo más conmovedor que vi fue un inmenso Cristo, todo negro y crucificado sobre una horca de patíbulo. Venía de Westfalia. Tenía un rostro de bandido y un cuerpo interminable. Me hizo pensar en todos esos infortunados que en Alemania fueron atrozmente torturados, clavados en troncos de árboles, o colgados de sus ramas después de las revueltas campesinas. Prefiero a esas grandes manifestaciones la modestia de un museo de provincias que ofrece al visitante un conjunto homogéneo: los de Provins, Autun, Dijon y tantos otros.

Sin embargo, me sentí muy feliz reavivando en el Gran Palais,[19] en el 71, mis recuerdos de Yugoslavia. Fotografías en colores, proyectadas sobre una pantalla, me recordaban los monumentos. Encontré en

18. En el Louvre, en el 67.

19. No fui a visitar la exposición Tutankhamón, donde los parisienses se hacinaron: yo estaba en El Cairo, y el museo sólo había enviado a París una ínfima parte de los objetos encontrados en la tumba.

reproducciones los hermosos frescos de las iglesias bizantinas, y descubrí muchas obras que ignoraba: estatuas de piedra encontradas al borde del Danubio que representaban toscamente hombres-peces, sin duda prehistóricas; un encantador carrito votivo de barro cocido, arrastrado por patos, de la edad del bronce; una cabeza de joven en mármol, de rostro puro, cabellos minuciosamente trenzados, esculpida en el siglo II de nuestra era. Era admirable también la galería de estatuas eslovenas en madera pintada: santos con rostros ingenuos en actitudes inesperadas.

Gustándome la pintura evito las inauguraciones, pero todos los años paso algún tiempo en galerías y museos. En el 64, vi una exposición de Nicolás de Staël, ese gran pintor que abrió a su arte tantos caminos sin satisfacerse con ninguno; era menos rica que la que me lo había revelado, algunos años antes, pero mostraba hermosos cuadros.

Conocía bastante bien a Dubuffet. Me gustaron mucho las *Matériologies* de los años 50-60, donde sobre sus telas estudiaba el material desnudo: piedras, guijarros, humus, hierbas, arena. Con *Paris Circus* volvió a sus temas antiguos. Fui a ver *L'Hourloupe:* sin duda con esta serie de cuadros quería jugar con el público representándole una «comedia de los errores». Estaban todos compuestos a partir de células planas de colores francos, entre los que dominaban el rojo y el azul, encerrados en contornos tan precisos como los plomos de un vitral y a menudo llenos de plumazos negros. Su yuxtaposición daba al espacio un carácter abstracto. El conjunto, en remolinos, parecía figurativo o no según el modo como se lo mirara. Una voluntad de artificio alejaba este universo de la realidad; sin embargo, a través de los delineados azules o rojos del espacio plano, se percibían siluetas gesticulantes, danzas, farándulas cuya alegría contrastaba con el ridículo afligente de los rostros y de los cuerpos. Era más allá de este mundo, otro irrisorio y sin embargo feliz.

Un poco más tarde, en el 66, gusté los cuadros pacientes y sutiles de Bissière; las composiciones poderosas de Pignon; las telas de Singier, no figurativas, pero cuyos colores magníficos, transparencias y opacidades evocan las aguas azules, los corales, las profundidades acuáticas.

En el 67 gran parte de la obra de Bonnard fue expuesta en la Orangerie. La conocía bastante bien. Una vez más, mi preferencia fue para sus últimas obras, aquellas que según las palabras del pintor son «una

serie de manchas que se unen entre sí». Algunas, extremadamente despojadas, son un juego casi abstracto de amarillos luminosos y de blancos delicados; los contornos se borran. Sin embargo la naturaleza está sugerida en su silenciosa soledad o en su lozanía.

Mi gusto por las recapitulaciones se satisfizo en la exposición que me restituyó a grandes líneas la obra de Picasso, desde sus comienzos hasta hoy. Confirmó mi admiración y mis reservas. El virtuosismo de Picasso aturde, haciendo lo que quiere: pero no siempre apruebo sus intenciones. Creo que alcanzó su apogeo en los años que van –más o menos– del 30 al 50. Entonces se encontró plenamente, reinventándose sin cesar. Luego siguió repitiéndose. Todavía a menudo sus logros son brillantes, pero cada vez más mecánicos.

También quedé muy contenta de ver en el Grand Palais el conjunto de la obra de Chagall. Un poco monótona, a veces un poco amanerada, se va haciendo más profunda con el tiempo. «Tuve que esperar a ser viejo... para comprender la importancia de la "trama"», dijo, y esto es visible si confrontamos los cuadros recientes con los más antiguos; tienen la misma poesía, pero la materia es más rica, los colores más buscados, la «trama» más preciosa. La gran originalidad de esta obra radica en su carácter autobiográfico; Chagall pinta su ciudad natal, Vitebsk, sus casas, sus nieves y los animales que le fueron familiares en su infancia: pez, gallo, vaca, caballo; pinta París tal cual lo descubrió con amor: los muelles, los techos, la torre Eiffel. Penetrado por la cultura recibida, ilustra proverbios hebreos, evoca escenas folklóricas. Paisajes, ramos, animales fabulosos, saltimbanquis, enamorados, son vistos como a través de su sueño; a menudo el durmiente vuela por una ventana abierta; aunque él no se represente, el pintor nos invita a entrar en sus sueños en los cuales los peces son azules, los caballos verdes, los violinistas están subidos a los techos y los esposos se acuestan juntos en el cielo. Hay un dulzor sensual en ese mundo de formas ingenuas y colores tornasolados.

Otro gran placer fue ver en Estrasburgo, en 1968, una retrospectiva de la pintura de los años 1918-1920. Es el período en el cual me había iniciado mi primo Jacques con unos años de retraso. Recuerdo las reticencias y los entusiasmos de mis veinte años ante pintores que se me han vuelto tan familiares. Me alegró encontrármelos una vez más pero no me sorprendieron. Lo que me asombró fue descubrir que apenas conocía a un pintor que hoy sitúo entre los más grandes: Ro-

bert Delaunay. Tuvo una considerable influencia sobre su época, sobre Klee, entre otros. Sus composiciones rigurosas tienen colores tan generosos, tan francos, tan brillantes que uno experimenta una alegría física en mirarlas.

Me gustan mucho los cuadros de Vieira da Silva; durante el otoño del 69, en el Museo de Arte Moderno, hubo una gran retrospectiva de sus telas. Soy particularmente sensible a su último período: esos cuadros blancos o muy grises que evocan en pocas líneas, derechas y duras, la angustia de los paisajes urbanos de hoy.

Había oído hablar a menudo de Delvaux, pero en Francia se lo conoce mal; sólo había visto algunas reproducciones de sus telas. Se me reveló, en la retrospectiva de junio del 69, en el Museo de Artes Decorativas. Me vi situada sin obstáculos en su universo onírico, tan alejado de mis propios sueños y de pronto misteriosamente cercano: un universo de una serenidad inquieta, en el que lo insólito parece familiar o el mundo cotidiano se vuelve turbador. Está poblado de deliciosos cuerpos femeninos: bajo sus estrictas ropas negras o con sus blancas camisas subidas, las jóvenes están tan desnudas como sus hermanas, castamente desvestidas, adornadas apenas con un gran sombrero, un collar, un inmenso nudo de cinta o su solo pelo. Evocan cuadros –a menudo la Lucrecia de Cranach– o bustos de mármol, pero al mismo tiempo son de tierna carne sabrosa. Habitan barrios en los que las calles, hechas de pequeños empedrados sombríos, están cruzadas por rieles, por los que antiguos tranvías se bambolean: sentadas, desnudas en una pequeña estación, miran pasar los trenes. Una de ellas está sentada, desnuda, en medio de una avenida, delante de una mesa recubierta con un tapiz verde, iluminada por una lámpara de petróleo semejante a las de mi infancia. Señores de monóculo, con sombrero melón, las flanquean sin verlas en una calle en que tiemblan las llamas de las velas, o a través de ruinas. Porque en el mundo de Delvaux las aldeas del norte lindan con paisajes de mármol, en los que negros cipreses crecen bajos cielos muy azules. Allí también, vestidas o sin velos, mujeres de carne y de mármol sueñan gravemente bajo sus sombreros empenachados mientras que con indiferencia pasan sabios miopes o señores cegados por su importancia. Como muchos pintores, Delvaux al envejecer no cesó de progresar. Las telas que realizó entre el 60 y el 69 son algunas de mis preferidas: nunca sus colores fueron tan profundos, y la realidad que nos muestra tan próxima y tan lejana.

Prefiero entre otras *Los extravagantes de Atenas*, pintada a los sesenta años: mujeres desnudas o semidesnudas están de pie o acostadas en paisajes antiguos cruzados por un pequeño tranvía. Muchas de esas imágenes, a las que el tiempo les ha quitado su riqueza pero no su seducción, insisten todavía en mi memoria.

Durante el invierno del 69 al 70 visité largamente varias veces la exposición Klee. Ya había visto en París la exposición de sus obras, entre otras la de febrero de 1948; en Basilea y en otros museos, había quedado suspensa delante de sus telas. Ya lo consideraba como el mayor de los pintores modernos. No por eso me quedé menos deslumbrada. En él la pintura es ante todo color: «El color y yo somos uno. ¡Soy pintor!», dijo un día en un impulso. Sus cuadros son un festival de colores vivos y de matices sutiles. Ciudades, casas, jardines, fauna y flora le sirven de pretexto para pulverizar el arco iris y juntar los trozos a su manera; en sus creaciones nos ofrece la dicha misma accesible a la mirada. Se inspira en la realidad, pero descubriéndola como si fuera nueva. Amaba los dibujos de los niños: «Hay sabiduría en el origen de sus dotes», decía, y conservó esta sabiduría. Nunca deforman su visión las percepciones prácticas y esclerosadas de los adultos. Es ante todo la visión de un mundo en gestación, engendrado por vectores, flechas, torbellinos. «Aventuras de la línea», ha dicho justamente Michaux. Basta un trazo hábilmente modelado para que bajo nuestros ojos nazca el maravilloso *viejo calculador*. Lo maravilloso del *Saltimbanqui*, del *Bailarín loco*, del *Creador* y de tantas otras telas, es la endiablada zarabanda de líneas y de colores. Aun el cuadro titulado *Interioridad* no es otra cosa que un juego de líneas. El hombre no ocupa un lugar privilegiado en este universo. Los animales, las plantas, todas las formas vivas tienen el mismo precio. Hay entre unos y otros constantes intercambios. Un rostro puede estar construido con conchillas, con insectos, con flores, como en *«la cantante en el papel de Fiordiligi»*. Despojado de sus pretensiones, traído a su verdad simple, el ser humano tiene algo de cómico, de irrisorio y de enternecedor, a veces también de misterioso: *Senecio*, cuyo nombre evoca la vejez y la flor del suzón, y que vuelve hacia nosotros una cara infantil y lunar.

Podemos quedar soñando con ese nombre, porque aunque la pintura de Klee no tenga nada de literario, las palabras desempeñan un gran papel: introduce en sus cuadros caracteres impresos y grafismos, y elige con cuidado sus títulos; éstos se incorporan y modifican su sen-

tido. Esos intercambios entre el lenguaje escrito y el de la pintura, entre las diversas criaturas terrestres, entre la naturaleza y la arquitectura dan al universo de Klee su poesía. Procede al revés que Picasso, cuyo pincel descompone y analiza la realidad. Klee la toma como una presencia global que desborda sus aparentes límites; todas las cosas están ligadas al conjunto del cosmos y corresponde al artista hacer visible esta relación estableciendo las analogías que todas guardan entre sí.

En los últimos cuadros de Klee ya no se encuentra la alegría, el humor de su obra anterior; ya no hablan de felicidad, aunque no por eso me gustan menos. Entre los años 39 y 40 estuvo muy enfermo y lo sabía; los tiempos eran sombríos. Sentimos la presencia de la muerte en *Germinación patética,* en los sobrios e inquietantes *Signos sobre fondo blanco,* en el *Laberinto destruido;* en el fondo de todas esas telas ella acecha, pero está superada y sublimada por la belleza que inspira.

Giacometti me ha dicho que al salir de una exposición de pintura se sentía feliz de hundirse en la diversidad contingente de la realidad: contrastando con la necesidad limitada de la obra de arte, esta profusión lo deslumbraba. Klee me produce el efecto contrario. Ni pintor puro ni tan sólo poeta, sino una y otra cosa a la vez, me da el mundo más allá de lo que mis ojos pueden ver: lo que conozco, lo que ignoro, todo el que es nombrado sobre la tierra y lo que no tiene nombre. Cada vez que me alejo de él, la calle me parece más insípida.

Por la misma época un centenar de telas de Goya estuvieron expuestas en la Orangerie. Como no estaban en el Prado, era la primera vez que las veía: Goya es uno de los pintores que más admiro y me sentí muy contenta pudiendo completar el conocimiento que tenía de él. Trabajando en mi libro sobre la vejez había leído varias obras sobre él y mirado reproducciones de sus últimos cuadros; era una suerte para mí poder contemplar los originales de sus terribles retratos de viejas. Pero muchas de sus telas me dieron un placer más directo: me sobrecogió su belleza.

También en la Orangerie descubrí un poco más tarde la obra de Max Ernst. Había visto cuadros suyos en Nueva York sobre todo, en 1947. Conservaba el recuerdo de un surrealista inspirado y que pintaba. Me encontré delante de un gran pintor influido por el surrealismo.

Lamentablemente me había perdido en 1969 la exposición de Rebeyrolle *Los guerrilleros.* Sartre me había hablado de ella con entusias-

Escaneado con CamScanner

mo y yo había visto muy hermosas reproducciones de algunos cuadros. Algunos amigos comunes lo pusieron en relación con Sartre y fuimos a verlos a su estudio, entonces en Montrouge. Nos mostró sus telas viejas y al fin vi *Los guerrilleros*. Contra las paredes estaban apoyados sus cuadros recientes. Los volví a encontrar en la galería Maeght en la que Rebeyrolle expuso una nueva serie, *Coexistencias*, para la cual Sartre escribió un prólogo. En el 69, Rebeyrolle había denunciado los desastres del imperialismo; ahora impugnaba al socialismo, culpable no sólo de los crímenes perpetrados en Praga y en Moscú, sino también responsable de los que se cometen en Brasil, en Grecia, en Vietnam, puesto que, en nombre de la coexistencia, no se intenta impedirlos. El rojo de la bandera, portador en un principio de tanta esperanza, se confunde en esas telas con el rojo de la sangre derramada, de las carnes abiertas. Rebeyrolle no evoca abstractamente esos cuerpos triturados; impone a nuestra mirada con toda su materialidad el horror y la cólera que lo habitan. Si esos sentimientos, aunque nos dominen, son soportables, es gracias a lo que Sartre llama «alacridad» de sus cuadros; por la que Rebeyrolle nos hace compartir la alegría, que a través del furor siente cuando pinta.

Francis Bacon es casi desconocido en Francia. En noviembre del 71 fui a ver en el Grand Palais la exposición que le estaba consagrada, y recibí una gran impresión. «Somos esqueletos potenciales. Cada vez que voy a una carnicería pienso que es asombroso que no sea yo el que estoy en lugar del animal», ha dicho Bacon en un reportaje. Me encontré rodeada de cuartos de carnes sangrantes y de esqueletos torturados. En los cuadros titulados «crucifixiones», los cuerpos estaban sometidos a mutilaciones y distorsiones casi insostenibles. Otras telas son aparentemente más apacibles: un hombre, o una mujer están extendidos o sentados en un sofá: pero sus miembros se convulsionan, su carne jadea, el sofá es un caballete de torturas, los muros los de una celda. Bacon ha pintado muchos retratos: parecería que los rostros estallan, que las bocas se abren en un grito. Algunos cuadros son más serenos: dos corridas muy hermosas, paisajes con pastos grises. Pero el conjunto propone una imagen trágica y aun horrible de la condición del hombre: es un cuerpo martirizado, un prisionero que se ahoga en su celda, vive en el terror, tiene ganas de aullar. La elección de los colores –vinosos, grises, amarillos sucios– refuerza esta impresión angustiosa. «Nunca intenté ser horrible –dice Bacon–. Creo que no hay

Escaneado con CamScanner

más que observar las cosas, y pensar en la vida en su conjunto para notar que todo lo que he podido hacer no parece exagerar este lado de la vida.» Basta con recorrer un diario para convencerse de que tiene razón. En este minuto mismo, millares de bocas aúllan, y sangran y agonizan cuerpos. Lo asombroso es que descubriéndonos despiadadamente verdades horribles, los cuadros de Bacon nos den alegría a causa de lo que de todos modos debemos llamar su belleza.

Rara vez dejo escapar una gran exposición de pintura, una retrospectiva importante. Pero conozco peor los pintores contemporáneos que los músicos o los escritores. Me falta tiempo para recorrer galerías. Y a veces me aburro. Valoro el «sadismo óptico» de Vasarely, pero no los centenares de cuadros que se inspiran en él. Hace ya mucho que Duchamp inventó los «ready made»; ya no me resultan nada originales los que pululan por ahí. Con algunas excepciones, el antiarte me interesa poco. Y prolifera, mientras que la pintura propiamente dicha se vuelve rara.

Así sigo cultivándome. ¿Soy más o menos instruida que antes? No dejo de aprender, pero los conocimientos se desarrollan tan rápido que al mismo tiempo mi ignorancia crece. Y mi memoria deja escapar una gran parte del saber que había almacenado. Entre los venticinco y los cincuenta años perdí mucho: casi todo lo que sabía de matemáticas, latín, griego. Los sistemas filosóficos que había estudiado antes, sólo los recuerdo en grandes líneas, y no he leído las obras que les han sido consagradas durante estos últimos veinte años. En literatura me siento muy próxima de los autores que quiero. En pintura y en música no he dejado de enriquecer o de consolidar mis conocimientos; aun durante estos diez últimos años. En general me sitúo en el mundo con más claridad que cuando tenía cuarenta años. Comprendo mejor la estructura de la sociedad y el transcurrir de la historia; descifro mejor las intenciones y las reacciones de los individuos.

¿Pero qué precio tiene hoy, a mis ojos, la cultura que detento? Confieso no ser uno de esos intelectuales a los que Mayo del 68 conmovió profundamente. Ya era consciente en 1962, al terminar *La fuerza de las cosas*, de la contradicción que Sartre ha denunciado[20] entre los de-

20. En una entrevista con *L'Idiot International*, reproducida en *Situations VIII*.

Escaneado con CamScanner

signos universales del intelectual y el particularismo en el cual está encerrado. De nuevo la he padecido al empezar este libro. Me sirvo de un instrumento universal, el lenguaje, por lo tanto me dirijo a todos los hombres: pero sólo me oye un público restringido. Muchos de los jóvenes, a los que deseo especialmente dirigirme, encuentran que hoy es inútil leer. Escribir ya no me resulta, pues, un medio de comunicación privilegiado. Y sin embargo sigo adelante con este libro y sin duda escribiré otros; puedo discutir al escritor que soy, pero no sacármelo de la piel. No puedo largar mi pasado y renegar de todo lo que he amado. Aprendí durante la guerra de Argelia a desconfiar de la música, de la pintura, de todas las artes que disimulan, sublimándolas, las penas del hombre; sin embargo les otorgo un gran lugar en mi vida. No creo en el valor universal y eterno de la cultura occidental, pero me he nutrido de ella y le soy adicta. Deseo que no se aniquile y que en una gran medida pueda transmitirse a las generaciones que vienen. Comprendo que la mayoría de los adolescentes rechacen ciertos aspectos y se subleven contra la manera como les es inculcada. ¿Pero no habrá modo de comunicarles lo que sigue siendo válido y podría ayudarlos a vivir?

Es difícil, lo sé. Muchos de mis amigos son profesores: Bianca, Sylvie, Courchay, y otros más, y hemos discutido muchas veces sus problemas. Su situación es muy distinta de lo que fue la mía, en el 1930. En algunos aspectos es más ventajosa. Un profesor está autorizado a tratar mucho más libremente los temas que le interesan, a tocar la actualidad. No tiene que respetar tabúes sexuales como antes. Mis alumnos de cuarto se reían por lo bajo cuando en un texto latino encontraban la palabra «fémur», y recuerdo mi nerviosismo cuando debí explicar en clase de filosofía el verso de Valéry: *«Les cris aigus des filles chatouillées.»*[21] Para explicar el psicoanálisis estaba obligada a tomarlo al sesgo y debilitarlo. Hoy se abordan esas cuestiones con más franqueza y simplicidad. Pero las ventajas son pocas, según me dicen mis amigos, dada la resistencia que oponen los alumnos a la transmisión del saber, particularmente en lo relativo a la filosofía.

Las clases son más numerosas que antes, y eso hace más difícil conocer personalmente a cada alumno, y suscitar discusiones que sólo terminan en un griterío confuso. Cuando tenía delante a veinte o

21. Los gritos agudos de las jóvenes cuando les hacen cosquillas.

treinta alumnos podía dejarlos expresarse a su gusto; se quitaban la palabra, se enfrentaban ruidosamente; pero no me costaba nada retomar el hilo; con cuarenta alumnos mantener el orden es asunto más espinoso. Pero el factor numérico está lejos de ser el único. Me ha sucedido tener clases numerosas que se mostraban a la vez vivaces y disciplinadas. Es la actitud del auditorio lo que ha cambiado radicalmente obstaculizando todo diálogo.

Cuando yo enseñaba filosofía me gustaba encontrarme con espíritus vírgenes en ese campo; poco a poco los veía despertarse, abrirse, enriquecerse, y si alguna vez me contradecían era en nombre de lo que yo misma les había enseñado. Hoy no ocurre lo mismo. Mayores que en mis épocas, viendo desde hace mucho las transmisiones de la televisión y leyendo los diarios, los alumnos de las clases superiores creen saberlo todo o –lo que viene a ser lo mismo– creen que no hay que saber nada de nada. De todos modos el hombre está condicionado, dicen algunos; entonces, ¿para qué sirve estudiar, reflexionar? Desconfían de los adultos, y todo lo que un profesor puede decirles es despreciado de entrada. No se dan cuenta de que las evidencias que ellos oponen también les han sido inculcadas por adultos, a través de los mass media. Sin duda por reacción contra esta sociedad tecnocrática, lo que más les interesa son las ciencias ocultas y los mundos extraterrestres. Pero en general, les falta curiosidad. El cuadro que me hacen mis amigas es más o menos sombrío según los liceos. Pero todas deploran la inercia de sus grupos, su ausencia de participación. Los que enseñan en sexto o en quinto tienen mejor contacto con sus alumnos; logran captar su atención y suscitar sus reacciones, pero a condición de no encerrarse en programas que no les convienen, e inventar relaciones nuevas que no tengan en cuenta ni la disciplina ni el reglamento. De ahí resultan conflictos con la administración y con los padres. En resumen, la enseñanza, que para mí era un placer, se ha convertido en un trabajo por lo menos ingrato y a menudo agitador. Es que hay una radical inadecuación entre las necesidades de los jóvenes y el alimento que se les ofrece; el liceo se ha vuelto un lugar de sujeción, tanto para los que están obligados a tragar esta papilla, como para los que deben administrársela. La situación está tan descompuesta que ninguna reforma podría mejorarla; sería necesaria una verdadera revolución para darle a los jóvenes el deseo y los medios de insertarse en la sociedad: sería necesario que hubiera una sociedad diferente en la cual

la formación de generaciones nuevas por las antiguas fuese concebida de otro modo.

Comprendo que en el actual estado de cosas, la mayoría de los jóvenes no le den ningún valor al saber: sin embargo yo lo lamento. En cuanto a mí, ya dije que mi curiosidad sigue abierta, e indiqué la mayoría de los dominios en los que se ejerce. Voy a abordar otro: los viajes.

4

Me gusta viajar tanto como antes. Había perdido el gusto en 1962, pero lo he recuperado. He visto y vuelto a ver muchos lugares durante estos últimos diez años. ¿Qué me deparan esas exploraciones?

Para empezar, se integran en un proyecto más amplio al que sigo aferrada: el de conocer. Claro que no basta ver: se pueden atravesar ciudades y campos sin comprender nada. Para iluminarme sobre un país, las lecturas y las conversaciones siguen siendo necesarias, pero no pueden equivaler a la presencia de las cosas, en carne y hueso. Si ando por las calles, si me mezclo con la gente, la ciudad y sus habitantes existen en mí con una plenitud que las palabras no pueden lograr. Luego, me interesan más los lugares que han estado ligados a mi vida que aquellos sólo evocados a través de frases.

En general, mis viajes de información obedecen a programas establecidos por personas que me han invitado o que se ofrecen a servirme de guía; y esas actividades impuestas pueden pesarme a ratos. Pero la mayoría de las veces tengo la agradable impresión de estar recibiendo regalos sin haber hecho más esfuerzo que el de recibirlos. En otros casos, se trata de pasearme más que de instruirme, y me organizo yo misma los itinerarios; siento entonces el mismo placer que antes cuando hacía mis viajes a pie: el placer de la creación. Y me asombro siempre alegremente al encontrar lugares y monumentos que en el mapa eran signos abstractos.

Un viaje es también una aventura personal: un cambio en mis relaciones con el mundo, en el espacio y en el tiempo. Comienzo por sentirme perdida: la novedad de los lugares y de los rostros me embarulla, y me siento desbordada por la cantidad de deseos que me embargan y que tengo prisa en saciar. Me gusta esta confusión. Tengo amigos a los cuales el primer contacto con una gran ciudad desconocida los llena de ansiedad; yo me siento exaltada. Gracias a mi habitual op-

timismo, me convenzo de que pronto lograré dominar esta realidad que me desborda. Su abundancia me arranca de mí misma y me da una ilusión de infinito: durante un momento se anula la conciencia que tengo de mis límites y de los de las cosas. Por eso me son preciosos esos instantes.

Hay horas privilegiadas, aquellas en que viajo en coche o –más raramente– en tren. Un libro o una película me revelan el mundo sin que me parezca intervenir: olvido mi propia existencia. En el coche estoy ahí y tengo la impresión de estar suscitando yo misma, por el desplazamiento de mi cuerpo, las visiones que se me ofrecen: el movimiento tiene algo de embriagador cuando hace coincidir el desarrollo de un espacio rico de sentido con el paso del tiempo. El recuerdo del pasado y la promesa del futuro dan con mayor seguridad al hombre la ilusión de integrar su existencia. Deslizándome por una carretera, estoy sin cesar en el límite del recuerdo y de la aparición; retengo aún una última imagen, mientras mi curiosidad me arrastra hacia nuevos descubrimientos; soy memoria y espera, intensamente presente a lo que me abandona y a lo que se anuncia.

A la larga, esta perpetua huida hacia adelante se vuelve cansada; el pesar de ir olvidando vence al placer de recordar. Deseo un alto y esa otra gran alegría de los viajes: la contemplación. También ella me da la ilusión de unir mi ser: me fundo con el objeto mirado, me apropio de su permanencia y del espesor de su realidad. Vivo en un instante que encierra la eternidad.

Al detenerme frente a un cuadro, una estatua, el ábside de una iglesia –lo que llamamos una obra de arte–, trato de captar la intención de su creador y de comprender por qué medios la ha realizado; debo situar, pues, el objeto en su contexto histórico y social y estar al corriente de las técnicas utilizadas; apelo a mi cultura, enriquecida por esta nueva experiencia estética. Los espectáculos contingentes: paisajes, calles, multitudes, y las propias obras de arte consideradas como elementos de un decorado, con el mismo título que el cielo y los árboles, se dan de una manera más furtiva y más difícil de definir. Ninguna intención ha organizado ese conjunto cautivador: soy yo quien le doy un sentido al tomarlo por el *analogon* de algo distinto. Hay que ser indiferente a nuestros semejantes o, aún más, detestarlos, para pasear sobre la tierra una mirada de esteta. Sin embargo ésta sería bien triste si no descifráramos alusiones, símbolos, correspondencias que nos re-

miten a su historia, a la nuestra, el arte, a la literatura, si no despertara en cada uno de nosotros reminiscencias, si no nos propusiera evasiones, si no nos sugiriera creaciones. A veces, en la contingencia de lo dado, entreveo la necesidad de una obra de arte. En esos hermosos días de invierno en los que la aurora se alarga hasta el anochecer, parece que se hubiera materializado un Brueghel. Por lo contrario, en ese ramo, invento un cuadro que nunca fue pintado. Esos dos hombres que caminaban sobre la hierba salada, junto al estuario del Sena, y a los que seguía con la mirada desde la ventana de mi hotel, me hacían asistir al comienzo de una hermosa película. Por la noche, detrás de los cristales iluminados, rojos, anaranjados, amarillos, en la intimidad velada por pesadas cortinas, se acaba un día de personajes de novela. El silbido del tren que corre a través del campo tenebroso me llega desde el fondo de un universo ficticio. Por eso puedo sentirme tentada a distancia por objetos que no deseo habitar ni poseer. Una plaza de provincias: durante un instante, me gustaría pasearme todos los días bajo sus plátanos, y frecuentar sus cafés; pero si tuviera que exiliarme allí estaría consternada. Cuando de viaje paso ante casas bonitas –mansiones solariegas a la francesa, *mas* provenzales, casitas tirolesas– siento nostalgia; querría sentarme en ese jardín, acodarme en ese balcón y estar en mi casa; lo querría, pero no lo quiero en realidad. No quiero esas delicias soñadas.

Eso me seduce en los viajes: la vida soñada triunfa sobre la vida vivida; me cuento historias y juego a cambiar de piel. Pero hace mucho, sin embargo, que no me satisfago con esos espejismos de apariencias, sólo muy de cuando en cuando. Ante todo quiero saber la verdad acerca de los lugares que atravieso.

En ese punto, hay muchas diferencias entre las dos especies de viajes que antes distinguí. En ambos casos me gustan los placeres que acabo de indicar; pero cuando quiero informarme sobre un país, lo visito con método, me encuentro con mucha gente, me informo sobre los problemas políticos, económicos y sociales; cuando me paseo lo hago generalmente por lugares que, en un plano teórico, conozco bastante bien. Me interesa captar en lo vivo, en ciertos puntos particulares, esta realidad. Me aplico sobre todo a descubrir sitios y monumentos. Es de esas exploraciones más o menos caprichosas que voy a hablar en primer lugar.

Antes, estaba ávida de incesantes revelaciones. Hoy –y después de

muchos años– volver a ver me resulta una felicidad. Volver a ver: mezclar a la sonrisa de la novedad, la dulzura marchita del recuerdo; sentir en el pasado que resucita el resplandor dorado de los descubrimientos. Casi nunca las cosas se conforman exactamente a la idea que había conservado de ellas, o me ofrecen un perfil totalmente distinto. A veces, la confrontación me pone melancólica: añoro la paz de los viejos pueblos de Provence, la soledad de los lugares invadidos por horribles construcciones, la tranquilidad de las placitas romanas transformadas en parkings, la áspera dulzura de un campo atravesado hoy por cinturones de hormigón.

Pero no siempre el tiempo es destructor: en Francia, en Italia, en Yugoslavia, he visto resucitar frescos y arquitecturas que descuidos o cataclismos habían encubierto o destruido.

Alguna vez supe del placer de organizar mi soledad en los viajes. Hoy, prefiero con mucho compartir mis experiencias con alguien que me sea caro: en general Sartre, a veces Sylvie. En las páginas siguientes digo indiferentemente *yo* o *nosotros*; pero, salvo en breves momentos, siempre estuve acompañada.

Sartre y yo seguimos pasando gran parte de nuestros veranos en Roma. El Albergo Nazionale, situado al fondo de la plaza Montecitorio, junto a la Cámara de Diputados, ha hecho instalar aire acondicionado; ahí nos alojamos ahora. Me hubiera gustado vivir en los alrededores de la ciudad, pero más todavía vivir en su mismo corazón. De nuevo tomamos nuestro desayuno, cada mañana, leyendo los diarios, junto al Panteón. Desde esta plaza partimos al descubrimiento de Roma, unos cuarenta años atrás. Nos hemos alojado en varios de estos hoteles, o en otros cercanos. La decoración no ha cambiado y nos sirve el café el mismo mozo: sus cabellos rubios se han vuelto blancos. Sin embargo cada año algunos detalles modificaban un poco el rostro de la ciudad. En el 64, el obelisco de la plaza Montecitorio estaba camuflado con andamios y rodeado de barandas: amenazaba derrumbarse y se lo restauraba. Un nuevo bar, el Navona, acababa de abrirse en la plaza del mismo nombre; por la noche sus lamparitas rojeaban bajo pantallas de seda.

Por la tarde, paseábamos un poco. Visitábamos los lugares preferidos, volvíamos a descubrir algunos que teníamos un poco olvidados:

Escaneado con CamScanner

el interior del castillo Sant'Angelo; la Casa Dorada, los estucos y las decoraciones que inspiraron sus «grotescos» a los artistas del Renacimiento; Santa Inés y Santa Constancia cuyos ingenuos mosaicos nos habían encantado hace mucho tiempo. Volvimos a ver los Caravaggios de varias iglesias, que nos gustaron más que antes. A veces explorábamos en coche los barrios que han invadido con velocidad vertiginosa el campo romano, llegando hasta el pie de los montes Albanos. «Un cinturón de hormigón, que incluso ha cambiado el clima de Roma», nos decía Pajetta. O íbamos más lejos, hasta Ostia, Tarquinia, Cerveteri, los castillos romanos. En el 64, tomamos la autopista nueva que atravesaba la Sabina, al pie de pueblos encaramados, cuyas casas bajas a veces roza. Almorzamos en Orvieto y volvimos a ver los Signorelli. ¡Qué deficiente es la memoria! De esos frescos, vistos varias veces, sólo recordaba la Resurrección de los cuerpos; aunque es un fragmento espléndido, no lo es menos el infierno, con sus demonios de muslos azules que torturan alegremente a los condenados, y sus arcángeles armados que recuerdan a los caballeros teutónicos de Alejandro Nevski. Los ángeles de alas aerodinámicas que van en picada hacia la tierra a la velocidad de un jet parecen salir de la ciencia-ficción. ¿Y cómo me había olvidado del Anticristo, con su rostro falso y malo, mientras habla delante de una multitud engañada? Otra sorpresa: viajera metódica, debo haber visitado anteriormente este pozo en el que se hunden dos escaleras en espiral, que las ánimas podían bajar para ir en busca de agua, a sesenta y tres metros de profundidad. Desde arriba es una visión sorprendente, pero no conservaba ningún recuerdo de ella.

Pero también pasábamos largas horas en nuestros cuartos. Generalmente yo no trabajaba. Como otros se abandonan al calor del sol y a los rumores del mar, yo me bañaba en Roma. Desde mi ventana veía los techos de tejas, las alamedas, las terrazas cubiertas de macetas que cada mañana una religiosa regaba. A veces miraba ese gracioso paisaje ciudadano. Las más de las veces, tendida en mi sillón, acunada por el ronroneo del aire acondicionado, veía detrás del cristal, entre dos páginas de un libro, el cielo azul. Leía mucho en Roma. Me llevaba todas las obras interesantes que habían aparecido durante el año y que no había tenido tiempo de leer; o viejas obras que había desatendido u olvidado. Y también devoraba novelas policiales, en francés, en inglés y sobre todo en italiano. Era una manera de ocuparme

Escaneado con CamScanner

sin ausentarme. No creía tanto en ellas como para alejarme de Roma, pero el desarrollo de las aventuras me llenaba el tiempo.

Los momentos más preciosos eran los atardeceres que prolongábamos hasta muy tarde. Cenábamos y bebíamos algunas copas en los sitios que nos gustaban. Dejábamos de lado la plaza San Eustachio, donde demasiadas risas y griterío rodeaban al vendedor del bebé meón. Preferíamos la plaza Navona, la plaza de Santa María del Trastevere. Desgraciadamente –hasta 1967– estaban invadidas por coches, por autocares de turismo, por vendedores de globos, por caricaturistas. La plaza del Panteón, en la que se había abierto un nuevo bar, era mucho más apacible, y era allí donde a menudo nos instalábamos. Aunque mis emociones se hayan serenado con la edad, todavía me sucede que la belleza de las noches romanas me sobrecoja. Sobre la plaza Navona, entre las fuentes de piedra y las casas rojizas, dos coches estaban enfilados a lo largo de la vereda; contra la carrocería de un negro reluciente, el rojo de las ruedas producía manchas violentas, y sentí una alegría tan inexplicable y punzante como una angustia: «Es una angustia a la inversa», le dije a Sartre. La presencia del mundo, deslumbrándome, revelaba el vaciado de mi futura ausencia.

A veces, estando en una terraza, la gente nos saludaba y nos pedía autógrafos, con mucha gracia. En una callecita cercana al hotel –donde se comen los mejores helados de Roma, pero tan angosta que los coches, al pasar, casi rozan las mesas– un coche rojo se detuvo bruscamente. Una joven elegante, toda vestida de rojo, se lanzó hacia mí: «C'è lei o non c'è?» Sonreí sin contestar. Entonces dijo en francés: «¿Es usted Simone de Beauvoir?» «Sí.» Me tomó la mano, sacudiéndomela un buen momento mientras reía, y luego se fue corriendo hacia el coche. A veces algunos jóvenes pedían una cita a Sartre, en especial revolucionarios de América latina.

Cuando amigos franceses pasaban por Roma, nos veíamos con ellos. También veíamos a italianos. Carlo Levi se había mudado. Habitaba en medio de un parque semipúblico, en un vasto taller lleno de libros y de cuadros; nos invitaba a menudo a comer. Nos encontrábamos también con dirigentes comunistas: Pajetta, hasta el año en que murió, Alicata; Rosana Rossanda, directora de la política cultural en tiempos de Togliatti y con la cual nos entendíamos muy bien. Hubiéramos querido que en Francia la cultura estuviera en tan buenas manos en la parte interna del P.C.

El verano del 64 fue marcado por la muerte de Togliatti. Con pocos días de diferencia la prensa anunció que Segni, el presidente de la República, y Togliatti, habían tenido un ataque. Del primero, que poco a poco se restableció, se habló apenas, pero cada día había largas columnas y grandes artículos sobre la salud de Togliatti. Había tenido un ataque durante un viaje a la U.R.S.S. y estaba en coma. Una mañana los muros de Roma se cubrieron de carteles: *Ha muerto Togliatti. Togliatti ha muerto.* Sartre lo había encontrado varias veces. Le parecía formidable que siendo un hombre de acción, hubiera seguido siendo un intelectual y que hubiera logrado garantizar al P.C.I. una gran independencia ante Moscú. El pueblo lo adoraba. El atentado del cual había sido víctima algunos años después de la guerra había estado a punto de desencadenar sangrientas represalias. Él, desde su lecho, había pronunciado palabras de pacificación: «Nada de aventuras, compañeros, nada de aventuras.» Su muerte trastornó a los obreros italianos. Su cuerpo fue llevado a Roma; expuesto y velado por los camaradas en la sede del partido, via delle Botteghe oscure. La calle estaba cerrada y durante todo el día una inmensa multitud desfiló ante el ataúd: muchos hombres lloraban. La mañana del entierro, camiones y camiones volcaron cohortes de campesinos en la plaza del Panteón; la mayoría tenían en su mano botellas de tinto de las cuales bebían grandes tragos. Claude Roy y Loleh Bellon llegaron desde San Giminiano; en su coche venían arracimados montones de campesinos que cantaban *Bandiera Rossa*. Uno de ellos venía a Roma por segunda vez en su vida: la primera, había sido para manifestarse contra el atentado de que había sido víctima Togliatti. Pronto vimos desfilar por todas las calles grupos que llevaban banderas rojas, todavía enrolladas en sus astas. Las apoyaban contra las paredes, mientras bebían en las terrazas de los cafés o comían algo, sentados en los cordones de las veredas. Muchos se habían instalado en la plaza Venecia, bajo el balcón desde donde en otros tiempos hablaba Mussolini. Un gran sol brillaba sobre esta kermesse fúnebre. Nos instalamos en lo alto de una pequeña escalera, al pie de la columna de Trajano, para esperar el paso del féretro. Un inmenso cortejo se desplegaba hasta el Coliseo y más allá las banderas rojas flotaban al viento. Por todas partes desembocaban grupos para ocupar el lugar que les estaba asignado. Detrás de la carroza venían la compañera y la hija adoptiva de Togliatti, después los miembros importantes del partido, seguidos de la multitud. El desfile duró

Escaneado con CamScanner

hasta la noche, pero nos fuimos antes del final. Todas las calles, todas las plazas de Roma estaban en efervescencia, y todas las terrazas de los cafés invadidas por hombres de luto.

El año siguiente, durante nuestra estadía, grandes inundaciones devastaron Italia. Entre Orvieto y Florencia se desbordaron torrentes sobre la autopista, arrastrando coches; ocho turistas murieron ahogados. En Roma, paseando por el centro, no se notaba ningún signo de cataclismo. Pero la isla del Tíber estaba sumergida a medias. El puente Milvio estaba prohibido. Bajo su arco un río tempestuoso y amenazante penetraba violentamente. El barrio de Porta Prima había sido casi enteramente destruido: los habitantes habían perdido todos sus bienes y se encontraban sin techo.

Ese verano fui por primera vez a Bomarzo. Los monstruos barrocos que inventó en el siglo XVIII un escultor sádico dejaron pasmados a los que los descubrieron, inesperados, entre la naturaleza salvaje. Los encontré curiosos; pero hoy el parque que los rodea está cuidado para los turistas; muchos romanos estaban de picnic y demostraban menos sorpresa de lo que me habían anunciado.

Desde Roma, y antes de volver a París, hicimos una salida hacia algunas ciudades italianas. Era a la vez una recapitulación y un descubrimiento: la realidad coincidía con algunos de mis recuerdos, pero siempre me traía alguna novedad. En Peruggia nos sentamos en la terraza donde treinta años antes me había deleitado con un refresco de melocotón, y el mismo paisaje se extendía a nuestros pies, pero se me había olvidado el curioso acueducto que atraviesa la ciudad baja; y no conocía la calle subterránea, bordeada de casas del siglo XVI, que atraviesa de parte a parte la Roca Paolina. Encontré a Bologna, tan a menudo visitada, igual; pero yo ignoraba una de las grandes bellezas descubiertas ahora: la plaza de San Stefano, bordeada de palacios y de iglesias; dos de entre ellas se remontan al siglo XI. La iglesia del Calvario construida en forma de rotonda data del siglo XII y la arquitectura es de una conmovedora pureza. En Padua los Giotto me eran familiares, pero no recordaba los muy hermosos Mantegna. Mantua, Verona y Cremona eran parecidas a sí mismas: pero la riqueza y la frescura de su presencia sumergían las viejas imágenes que de ellas conservaba.

En el 66 nos quedamos en Roma algún tiempo menos del habitual porque teníamos que ir al Japón; ya estaba allí en pensamiento;

Escaneado con CamScanner

durante toda la noche leía libros sobre ese país, y tenía a Roma menos presente que los otros años.

El siguiente abordamos Italia por Venecia. Me gusta siempre el momento en que por primera vez la góndola se mete en un pequeño canal; la ciudad se ofrece por entero, con sus rosas sucios, sus grises rosados, el deterioro de sus ladrillos y sus piedras. Pasé momentos particularmente felices en la exposición de los *Vedutisti:* mientras me paseaba por una Venecia pintada, sentía que Venecia se extendía, bien real, alrededor de mí. Me gustaron mucho los Canaletto y –como siempre– todavía más los Guardi. Canaletto el joven –aquel cuyas telas ayudaron a reconstruir Varsovia– me transportó por Alemania y por Austria. También me gustaron mucho las pinturas tituladas *Fantasia* o *Capriccio*, en las que el artista reagrupa a su antojo ruinas sin relación entre sí, algunas de las cuales ni siquiera existen; una columna se avecina con un arco de triunfo y un muro semiderruido, entre una abundancia de follaje; ese sitio ha nacido de la fantasía del pintor y no lo ha encontrado en ninguna parte.

De la Roma de ese año recuerdo sobre todo grandes tormentas. Una de ellas estalló una noche de setiembre mientras me encontraba en la plaza Navona. Desde el primer piso abracé con la mirada en toda su pureza barroca la plaza abandonada por los hombres y cuyo asfalto relucía bajo la lluvia.

Volvimos a Venecia para el festival: Sartre quería asistir a la proyección de *El muro* porque le gustaba el filme que Serge Roulet había extraído de su relato. Por primera vez sobrevolé la ciudad en avión: rompimos el techo de nubes justo en el momento en que llegábamos por encima de ella. Veíamos con precisión el dique, la laguna, las islas; luego, al ir el avión descendiendo y girando, distinguí como sobre una maqueta el Gran Canal, el Campanile, los pequeños canales, las calles: en una sola mirada abarcábamos Venecia toda entera. Roulet nos esperaba en el aeropuerto; atravesamos la laguna en una lancha de motor. Sumergidos hasta las rodillas, unos pescadores en semicírculo tendían una gran red, sujeta de unas barcas, delante de ellos: sus gestos se armonizaban tan bien con el cielo y el agua que se hubiera pensado en un espectáculo concertado por un genial director de teatro.

Habíamos comido en la Fenice con los Roulet y Goytisolo. Éste asistía desde hacía varios días al festival. Estaba excedido por la cantidad de niños que poblaban las películas, y también por todas las esce-

Escaneado con CamScanner

nas de cama, idénticamente convencionales en sus audacias medidas. Durante la proyección de *La Chinoise* de Godard, quedó sentado junto al crítico soviético. «Cuando en la pantalla la pequeña vietnamita se puso a gritar: ¡Socorro, señor Kosyguin!, me sentí tan molesto por él que no me atrevía a mirarlo», nos dijo. Pero el soviético permaneció impávido.

Chiarini, director del festival, había sido muy atacado porque su selección había sido severa, y porque había tenido en cuenta más las cualidades intelectuales de las películas que los atractivos de las *starlets*. Nos llevó con gran rumbo al Lido. En el desembarcadero tomamos un coche para ir en busca de Maheu, el director de la Unesco; antiguo compañero de Sartre, durante un tiempo se habían perdido de vista pero ahora se veían bastante a menudo. Se alojaba en el Hotel de los Baños, donde Thomas Mann ubica *Muerte en Venecia*, y cuyo aspecto caduco nos había encantado. Tomamos una copa en una terraza que daba a un jardín grande. Nos interesó mucho su explicación acerca de por qué Venecia está amenazada por la destrucción. Los diques que la protegían fueron destruidos en el siglo XVIII, y cuando hace viento, el mar invade la laguna. La ciudad está construida sobre pilotes, y descansa sobre una capa de materia esponjosa que el agua hincha haciendo presión sobre los cimientos; entonces el piso estalla; de ahí los géiseres que surgen, en los días de gran lluvia, entre las losas de la plaza San Marcos. Por otra parte la tierra y los desperdicios de las fábricas de Mestre se han acumulado, y la tierra ha invadido la laguna. Los canales reciben tantos detritos que de año en año el fondo se levanta: a la menor creciente, el agua invade los sótanos y aun las plantas bajas. Se pueden encarar paliativos contra estos males: entre otros reconstruir los diques; pero hay uno contra el cual no se conoce remedio: los gases que emanan de las fábricas dañan, no los ladrillos, sino la piedra, y tanto más severamente cuanto de mejor clase es: sobre todo se daña el mármol y hasta tanto no se sepa por qué, no se podrá hacer nada por conjurar ese peligro.

Al final de la tarde vimos *El muro*. Los actores estaban muy bien, sobre todo Castillo, que pasó su infancia en un campo de deportados y que entró sin trabajo en la piel del prisionero. El papel del médico belga estaba a cargo de un viajante de comercio que componía con perfecta naturalidad su personaje, cuyo carácter odioso no había pescado. La puesta en escena era sobria y eficaz. Sólo me molestó el final, que

Escaneado con CamScanner

en el relato, reducido a diez líneas, es aceptado como un artificio literario sin consecuencias, pero que en el cine dura demasiado y cuyas imágenes tienen excesivo peso.

¡Qué abigarramiento en el vestíbulo del Excelsior, a las ocho de la noche! En la multitud había viejos, jóvenes, mujeres con traje de calle, otras que parecían disfrazadas en trajes largos de extrema severidad o inmoderadamente escotados. Vi a Christiane Rochefort, risueña y amistosa; a Moravia, cuyo cabello había blanqueado mucho; a Odette Joyeux, que sigue asombrosamente fresca y graciosa. Cenamos en la terraza con Basso y su mujer, que vienen cada año al festival. Nuestra mesa estaba preparada contra la baranda y podía contemplar a gusto la gran extensión de agua lisa que la caída del sol suaviza.

Algunos días más tarde estábamos sentados después de cenar en la plaza Navona, cuando un joven se nos acercó: «Soy Miguel del Castillo.» Menudo, joven, sonriente, era muy diferente del Pablo que tan bien había interpretado: «El papel me fue muy fácil. Sólo tuve que acordarme.» Nos contó brevemente su infancia, evocada en su primer libro, *Tanguy*: su madre, comunista española, denunciada por su padre, que era un burgués francés, los años pasados en los campos de refugiados, en Francia, en Alemania, luego en un correccional español, del que escapó a los dieciséis años. Estaba por escribir un libro sobre España: más tarde publicamos en *Les Temps modernes* un interesante capítulo, en donde mostraba cómo la noción de honor está ligada en España a la de cristiano viejo.[1]

Los dos veranos siguientes no abandonamos Roma y nunca nos pareció tan deliciosa. Nos habíamos instalado en el último piso del hotel, en cuartos que daban a una terraza; desde allí se tenía una inmensa vista sobre los tejados de Roma y sus colinas, y apenas subían hasta nosotros los ruidos de la ciudad. Por la mañana nos desayunábamos allí: dispersos alrededor de nosotros, cinco o seis equipos de albañiles y pizarreros reparaban chimeneas, construían tejadillos, arreglaban techos. Nos daban la impresión de estar perdiendo el tiempo, y sin embargo poco a poco el trabajo avanzaba. Durante el día hacía demasiado calor para estar afuera. Pero todas las tardes iba a ver ponerse el sol detrás de San Pedro, en un cielo de fuego. A menudo, después de la cena volvíamos a casa. Teníamos una nevera que proveíamos de hielo

1. Luego escribió un hermoso libro sobre Gabrielle Russier, que la familia del muchacho hizo secuestrar.

y de bebidas; y nos quedábamos hasta tarde en nuestra terraza charlando y bebiendo. En la noche silenciosa brillaban los monumentos iluminados: el de Víctor Manuel, ¡ay!, pero también el Capitolio, el Quirinal, el castillo de Sant'Angelo y San Pedro.

Nos paseábamos menos que otros años porque teníamos la impresión de estar en todas las calles de Roma y en todas las plazas a la vez. Pero también nos gustaba atardecer en la plaza Navona, que gracias a una feliz innovación estaba prohibida a los coches. La misma noche de nuestra llegada, el dueño del bar Navona –un hermoso muchacho moreno, que llevaba un pantalón de pana rayada verde esmeralda, una camisa violeta y un ancho cinturón de cuero claveteado– nos hizo firmar una petición para que la medida no fuera derogada; algunos comerciantes protestaban; la policía habría querido oponerse, temiendo, en este verano del 68, que una juventud subversiva tomase posesión de la plaza. Había habido algunos choques. En cuanto a nosotros, estábamos encantados; no más ruido, no más olor a gasolina, no más coches bloqueando la calle a lo largo de las veredas. Había muchos muchachos en la gran explanada central. Izquierdistas que se reunían en el bar Navona; cerca de la fuente central, hippies, gatitas, homosexuales, tañedores de guitarra; cerca de la otra fuente, pintores que extendían sobre el suelo mamarrachos académicos. Había algunas hermosas chicas en minifalda, pero eran sobre todo los muchachos los que desfilaban ceñidos de seda, de satén, o de lamé de colores deslumbrantes: nos hubiéramos creído en la época de Pinturicchio. La droga circulaba, pero no más que en la fuente de Trevi o en las escaleras de la plaza España. Una noche llovió. Desde la terraza cubierta de un café vimos partir a chicas y muchachos descalzos, arrastrando sus guitarras, con sus bultos a la espalda y sus sacos de dormir. (¿Dónde dormían, a fin de cuentas?) Otros se pegaron contra una pared, debajo de un balcón: rojos, rosados, anaranjados, violetas, sus trajes brillaban contra el ocre de las piedras a través de la cortina de lluvia.

Ese verano habíamos conversado mucho con nuestros amigos italianos. Rosana Rossanda ya no era la responsable cultural del P.C.I.: ahora tenía tiempo de consagrarse a sus trabajos teóricos. Comentamos con ella el movimiento de Mayo, y los movimientos de estudiantes en Italia y en el resto del mundo, que ella conocía muy bien. Basso, que era uno de los dirigentes del P.S.I.U.P., discutía con nosotros la política del P.C.I. Nos contó algo que causaba mucho escán-

dalo en ese momento: un homosexual estaba convencido de haber cometido un crimen de «plagia» contra dos muchachos y lo habían condenado a nueve años de prisión. En Italia hay «plagia» –es decir, hechizo– cuando un individuo capta la voluntad de otro para conducirlo a sus fines. Si una joven, aunque sea mayor, o una mujer casada abandona su hogar para seguir a un amante, la familia puede acusar al seductor de «plagia». Basso habría querido suprimir esta ley de otros tiempos, pero el conjunto de la magistratura se oponía. Después del 21 de agosto, la suerte de Checoslovaquia pasó a preocuparnos a todos.

El verano del 69 se había superpuesto tan exactamente al precedente que por momentos me parecía que el año que los separaba no había pasado. Sin embargo, había habido cambios. En la plaza Navona la policía había operado grandes barridas contra los traficantes de drogas; los jóvenes eran menos numerosos y menos vivarachos. Todo un lado de la explanada estaba invadido por pintores que trataban de vender sus cuadros y por vendedores de globos. Había incluso un tragafuegos. Felizmente, la otra mitad de la plaza pertenecía a la soledad y al silencio. También la plaza Santa María del Trastévere se había convertido en una «isola pedonale»: se podía contemplar tranquilamente la bella fuente barroca y el oro de los mosaicos, desde el frontón de la iglesia. A pesar del *afa*, los romanos este año no habían abandonado Roma. El 12 de agosto, bajo un cielo blanco, con un calor húmedo, las calles seguían embotelladas. Veíamos mucho a Rosana Rossanda, que acababa de fundar una revista con un grupo de amigos, *Il manifesto*. Estaba muy preocupada por el problema de la relación entre las masas y la organización del partido y el P.C.I. no consideraba sus tesis ortodoxas. Temía una expulsión, que, efectivamente, le llegó un poco más tarde.

El verano del 70 se pareció a los anteriores. A su vez, la plaza Farnese había sido decretada «isola pedonale» y se podía disfrutar a gusto de la belleza de sus fuentes y del palacio. Pero la plaza Navona estaba invadida por pintores y turistas, casi la misma multitud que en la plaza del Tertre. La gran atracción era la campaña por el divorcio. Un camión se estacionaba en una de las entradas de la Navona, cubierto de carteles, de caricaturas, de frases que exhortaban a los senadores a votar la ley de divorcio. Hombres y mujeres se paseaban ante el Senado, llevando pancartas: «Ánimo, senadores. No se dejen intimidar por los curas. Voten la ley del divorcio.» Algunos militantes hacían una

huelga de hambre. Otros hacían asambleas y recogían firmas. Basso y Levi pensaban que la ley saldría en octubre pero que en los hechos el divorcio sería muy difícil de obtener; mientras que por una suma módica la Iglesia anula fácilmente los matrimonios religiosos. Si se quiere tener una puerta de salida, hay más ventajas en casarse por la Iglesia que por lo civil.

Hicimos una bellísima excursión a Fara, en la Sabina, encaramado en una colina: es un viejo pueblo con vista sobre un vasto paisaje ondulado. Vi Rieti, que no conocía, y volví a ver Aquila. Contaba volver por la autopista anunciada a la salida de Roma por paneles verdes. Pero sólo existía un tramo. Veíamos obreros y bulldozers afanándose a lo lejos por encima de nuestras cabezas, mientras que por el fondo del valle recorríamos un caminito obstruido.

En el 71, nuestra terraza había sido transformada en parte en un estudio que una puerta cristalera separaba de la superficie descubierta: era más agradable aún que antes porque podíamos quedarnos durante las horas cálidas. Pasamos allí, al abrigo o al aire libre, la mayor parte de nuestros días. No conozco nada más hermoso que esta ciudad, al caer la noche, cuando las estrellas se levantan por encima de los techos sombríos y, ahogados en las brumas de fuego, los contornos de San Pedro parecen cercar su fantasma inmaterial.

Durante la guerra de Argelia se me había hecho imposible pasearme por Francia. Ahora, sin que haya recuperado mucha simpatía por mis compatriotas, su presencia ya no me oprime. Vuelvo a reconocer como mío este país en que tengo mis raíces y tengo ganas de recuperarlo.

Los alrededores de París los recorrí en bicicleta durante la guerra, en coche cuando aprendí a conducir. Pero gracias a las autopistas, están mucho más extendidos que en esa época. En pequeñas escapadas de uno o dos días, volví a descubrir la Île de France y las provincias que la rodean. En esas tierras a menudo devastadas por las guerras ya no quedan muchos viejos pueblos, ni en las ciudades viejos barrios. Por aquí y por allá todavía se ven antiguas casas con entramados de madera, de ventanas con saledizos, decoradas con maderas esculpidas; en Troyes hay calles medievales con fachadas angostas y altas, coronadas con frontones que casi se unen por encima de las estrechas calle-

juelas. En algunas plazas quedan mercados de madera, con techos de tejas. Construidas en piedra o en ladrillo, las mansiones particulares han resistido mejor el tiempo. En Sens, en Chartres, en Meaux, hay calles por donde paseé con mucho gusto. Pero –a menos de dos horas de París– el único paisaje urbano que realmente me impresionó fue el conjunto que forman en Arras la grande y la pequeña plaza, admirablemente restauradas. Ese es uno de los casos en que el tiempo, en vez de destruir, renueva. Cuando de niña iba a Arras, donde mi padre tenía familiares, me mostraban fotografías de la ciudad tal cual era antes de 1914: sólo quedaban del centro algunas piedras calcinadas. Hace poco volví. Vi el reloj, las plazas con arcadas concebidas por arquitectos flamencos bajo la influencia de España: esta alianza produjo una obra de arte.

Sin embargo, la mayoría de los monumentos que –en la Île de France y en sus alrededores– sobrevivieron a las destrucciones, son castillos o iglesias. La decoración interior de los castillos me deja indiferente; me interesa el edificio y lo que lo rodea. Aun así reducida, esta curiosidad no es siempre fácil de satisfacer. La entrada del parque suele estar prohibida. A veces he tenido que entrar al terreno prohibido de puntillas, escondiéndome o mezclándome a un grupo de turistas autorizados. Una vez, en el hermoso castillo de la Grange Bléneau, que habitó La Fayette, un furioso portero soltó contra mí, felizmente con mucha demora, un perro minúsculo. En otros casos, el guardián no quería otra cosa que dejarse comprar. A menudo la visita es autorizada oficialmente o al menos tolerada. De un modo u otro he logrado ver muchos hermosos castillos que ignoraba: el del Marais, construido en el siglo XVIII, cuya elegante fachada se levanta al borde de un inmenso estanque rectangular; Boni de Castellane dio allí fiestas célebres; el de Vaux, cuyo parque magnífico, en el que Fouquet derrochó 18 millones, fue diseñado por Le Nôtre; el torreón y las torres de Septmonts, abandonados al fondo de un jardín lleno de ortigas y de hierbajos; los muros de Vivier en Brie, donde fue relegado Carlos VI, invadidos por la hiedra, se reflejan en un gran estanque. Intacto el castillo de Grange-le-Roi, construido en ladrillos y piedra a fines del siglo XVI, y rodeado de fosos, de vastos céspedes y de árboles de espeso follaje. Pero a todos los citados y a tantos otros que olvido, prefiero el castillo de Champ de Bataille, también del siglo XVI, en ladrillo y piedra. En medio de una llanura herbosa, dos cuerpos se enfrentan, limitando un pa-

tio de honor cerrado por un lado por una muralla monumental en la que se abre un portal magnífico, del otro una especie de arco de Triunfo. A la puesta de sol, las largas líneas bajas de las fachadas rosadas, la inmensidad del patio bordeado de rejas y pórticos, componían un decorado de emocionante grandeza.

La visita a las iglesias supone menos azares; siempre hay una puertecita que termina por abrirse. Se entra en el frío y en un olor de cirio y de incienso; la nave está adornada con azucenas marchitas, con flores artificiales polvorientas. La arquitectura es a menudo simple y bella. Recuerdo, entre otras, las pequeñas iglesias fortificadas desgranadas al sur de Laon, todas parecidas pero diferenciadas por ciertos detalles. Siempre, aun en los edificios más modestos, alguna curiosidad retenía mi atención: una sillería, una dolorosa, un retablo, un ambón, estatuas de madera o de piedra, lozas grabadas. En Houdan, un fresco de una ingenuidad encantadora representa peregrinos en marcha hacia el lejano monasterio de Montserrat. En Villemaur, el campanario está recubierto de arriba abajo de plaquitas de roble: se diría un animal prehistórico, erizado de escamas. En el suelo de la hermosa iglesia colegial de Écouis, encontré esta inscripción: «Aquí yace el hijo, aquí yace el padre, yace aquí la madre, yace aquí el hermano, yacen aquí la mujer y el marido, y son sólo dos cuerpos unidos. 1502.» Me pregunto quién habrá inventado la rocambolesca historia a la cual alude este texto: Berthe, hija del conde de Châtillon, se casó con el castellano de Écouis. Tuvo un hijo que siguió a Carlos VII a Italia. En Bourges encontró a su madre sin reconocerla y le hizo una hija. Dieciocho años más tarde la fatalidad quiso que se casara con esta hija que era también su hermana. ¡Descubrieron la verdad y se murieron de dolor!

Uno de los más curiosos santuarios que conozco es la cripta de Jouarre, que data del siglo VII. Encierra dos oratorios funerarios, uno dedicado a santa Thelchilde, el otro a santa Ébrégisile. El primero es el más hermoso monumento merovingio que nos ha quedado. Las bóvedas reposan sobre seis columnas antiguas, talladas en mármol de color y ornadas de magníficos capiteles de inspiración bizantina. Un sarcófago decorado de hojas de nenúfar encierra los restos de santa Thelchilde. En otros reposan san Agilbert, santa Ozane y otras pequeñas santas de nombres extraños: la venerable Mode y santa Balde.

Valéry acertaba al comparar la arquitectura con la música. Entrando a la catedral de Soissons –exactamente reconstruida después de la guerra del 14-18–, sentí una alegría parecida a la que a veces me da la música. ¡Qué armonioso es este hemiciclo levantado en uno de los cruceros! Igualmente hermoso es el que le hace juego en Noyon. Encontré demasiado cargada la catedral de Reims, a la que conocía por fotos, pero descubrí Saint-Rémi maravillada. De la célebre catedral de Laon –que sirvió de modelo a tantas otras– admiré el interior, pero la fachada me pareció escuálida. (La había visto cuando Sartre era profesor en Laon; no la recordaba en absoluto.) También visité abadías cuyas construcciones se disgregan entre la naturaleza: Bec Hellouin, que fue entre el XI y el XIII el foco intelectual del Occidente. Royaumont, de la que tanto había oído hablar, y cuyas torres, claustros y piedras se mezclan adorablemente con la hierba, los árboles, el agua de un arroyo.

Conozco, en general, los paisajes recorridos en esas escapadas –bosques, valles, colinas y llanuras–. Sin embargo, quedé impresionada un día cuando, atravesando el hermoso bosque de Saint-Gobain por estrechos caminos encajonados, vi aparecer de pronto, rodeado por los bosques, un estanque melancólico al borde del cual se levantaba un monasterio abandonado: el Tortoir. Era una visión que parecía situarse fuera del mundo: ningún camino podrá volver a llevarme. Un viejo guardián que vivía allí como un ermitaño me mostró las antiguas habitaciones de los monjes, una capilla, un hospital destrozado. Era antiguamente un lugar de peregrinación que acogía numerosos visitantes. Van a restaurarlo, parece. Nunca será tan emocionante como en este abandono.

Hice un viaje un poco más largo por las Ardenas. El bosque de Ardenas; gracias a Shakespeare, imaginaba un lugar encantado. Es un lugar encantado. En la joven alegría de una mañana muy azul, la nieve tapizaba el suelo, revestía con sus cristales deslumbrantes la tierra y las ramas de los árboles, los matorrales y las hierbas del bosque bajo. El coche se deslizaba en la soledad y en el silencio. Bajé y sentí crujir bajo mis pies el sendero que llevaba a un mirador desde donde mi mirada abrazaba hasta el infinito hechiceras blancuras. Al salir de ese lugar mágico remonté el valle del Meuse, vi sus aguas sombrías, sus pizarrales, Givet, cuyos techos están cubiertos de pizarras de un rosa violáceo; Charleville y su plaza ducal, casi tan bella como la plaza des Vosges.

Deseaba conocer la Champagne. Verdún, donde mi madre vivió su vida de jovencita, es una ciudad muy triste, pero poblada de los recuerdos que tan a menudo me describió. En los alrededores, visité los lugares cuyos nombres habían despertado tanta angustia en mi corazón infantil: Apremont, el Mort-Homme, la cresta de los Éparges, la Argona. Hoy los árboles están cubiertos de hojas, los matorrales verdean; pero por todas partes vendían viejas fotos que mostraban paisajes calcinados, árboles quebrados, bosquecillos destrozados; imágenes que los filmes de guerra me habían vuelto familiares. Había letreros que indicaban la antigua existencia de pueblos de los cuales no quedaban rastros. Veía «laderas», «cerros» que me recordaban viejos comunicados: ¡cuántos hombres habían muerto por tomar o por defender mendrugos de terreno! Fort de Vaux, fort de Douaumont, su cementerio, su inmenso osario, la Trinchera de las bayonetas en la que fue enterrada viva una sección bretona: sólo se ven puntas herrumbradas que emergen del suelo. Lugares heroicos de mi infancia; Rosalie, nuestros valientes soldados, de pie los muertos. Lugares cuyo horror convulsionó mi adolescencia, cuando sollozaba ante los filmes, o ante los libros que contaban la inmensa carnicería. Todavía hoy me sacude el asco y la rebeldía cuando pienso en los 500.000 muertos de Verdún.

Los días siguientes fueron más serenos. Vi bajo el sol Domrémy, Vaucouleurs, pequeños caminos forestales, iglesias de líneas puras, que casi todas encerraban bellas estatuas de la Virgen y de diversos santos. En Avioth, cuyo estilo es intermedio entre el gótico del XIV y el flamígero, hay un curioso pequeño monumento, la Recibidora, donde se recibían las limosnas de los peregrinos. Me paseé por la ciudad alta de Bar-le-Duc, cuyas casas son todas antiguas y bien conservadas; en la iglesia Saint-Étienne contemplé una obra de arte que tengo vergüenza de haber ignorado por tanto tiempo: *Le Décharné*, de Ligier Richier. Semidesollado, semiesqueleto, es un cadáver todavía animado por el espíritu, un hombre vivo y ya momificado. Se yergue tendiendo su corazón hacia el cielo.[2] Vi en la región otras esculturas de Ligier Richier. En una iglesia de Saint-Mihiel, donde nació, trece estatuas de tamaño mayor que el natural, rodean el Santo Sepulcro. Champa-

2. Vi en Laon, en la pequeña capilla romana de los Templarios, un yacente cuyo cadáver está también a punto de convertirse en esqueleto. Es impresionante pero menos que esta carroña erguida.

nés, influido por Italia, alió con felicidad el gusto macabro del siglo XV al realismo del Renacimiento.

Me detuve en Langres; desde las fortificaciones contemplé la gran vista sobre el valle del Meuse, sus tonos imponentes, sus hermosos hoteles particulares, la catedral Saint-Mammès, donde lo románico borgoñón se mezcla al gótico naciente, y el conjunto está curiosamente influido por las ruinas galorromanas, numerosas en los alrededores. Atravesé Châteauvillain. Se parecía realmente a la imagen que había conservado de ella, con sus pequeñas casitas cuidadas, con postigos de colores vivos, con las agarraderas en forma de pequeñas figuras que los sujetan a los muros. Encontré la casa de Jacques, el paseo, la puerta del gran parque donde corrían los gamos. Pero no la torre con sus guirnaldas de gavanzas.

El encanto de esos paseos me llevó a hacer un largo viaje por Francia, durante el verano del 69. Había una región que conocía mal: la que se extiende al oeste, desde Loira hasta los Pirineos. Fue la que elegí. Pese a haber desdeñado siempre las llanuras, los tranquilos paisajes del sur del Loira me encantaron; las sombras de las nubes disputaban al sol los verdes y los oros de las praderas: por encima de mi cabeza el cielo inmenso y atormentado era un espectáculo cambiante como el mar: flotaban nubes en él, se unían, se desflecaban; se velaba la luz, se derramaba en ráfagas. No me cansaba de seguir con la mirada esos juegos, esas fiestas. Más lejos amé el cabrilleo de los bosquecitos de la Vendée, sus pequeños caminos encajonados entre alamedas que se abren de pronto en lo alto de una colina sobre un vasto panorama. Todavía se ven en la cima del monte de las Alouettes los molinos de viento que la Vendée utilizó para señalar el movimiento de los Azules. Corrí extasiada sobre las aguas tranquilas de los pantanos potevinos: es difícil imaginar que el domingo se dé una confusión de barcas que embotellan los canales. Esa mañana estaba sola con el barquero deslizándome por los largos caminos de agua bordeados de álamos, entre nubes de libélulas azules. Algunas vacas —a las que llevan en barcas, temblando de miedo— pastan en las praderas rodeadas de agua por todas partes. De tanto en tanto, los canales se cruzan, formando entonces vastas plazuelas líquidas. Había un silencio sólo animado por el ligero chapaleo de las aguas cortadas por los remos. La tierra firme parecía muy lejana.

Visité Nohant. Estaba justamente por leer la correspondencia de

Escaneado con CamScanner

George Sand que traspasa su vida resucitando toda su época. La placita es encantadora y sobre todo la minúscula iglesia que parece un juguete, con su pórtico que abriga un cobertizo. Lo más interesante que hay en la casa son los dos teatros: sobre todo el teatro de marionetas y la colección de muñecas, fabricadas por Maurice, y vestidas por George Sand. Vi algunos de los lugares que amaba: las grandes piedras grises que llaman las «piedras amarillentas», Gargilesse, donde tenía una casa; el castillo de Crozant, todo el valle del Creuse. Veinte años antes lo había recorrido en bicicleta, pero no despertó ningún eco en mi pasado. Más al sur, me detuve en lo alto de la fortaleza de Blaye, delante de la Gironda color de plomo que abarca hasta donde la vista se pierde.

Pero más aún que los ríos y los pastizales, que los bosques y los secretos de sus estanques, me retuvieron los frescos de las iglesias románicas. No los conocía. Descubrí los de Montoire, Vic, Lavardin, Gargilesse; en la cripta de Tavant los personajes vestidos de colores vivos tienen el aire de bailar por encima de los pilares. Las pinturas más bellas son las que decoran la admirable bóveda de medio punto de Saint-Savin; datan del comienzo del siglo XII y cuentan en escorzos poéticos e ingenuos la historia de la Creación, las de Abraham y de Moisés.

A través de Poitou, de Saintonge, de Angoumois, descubrí los tesoros de una arquitectura que conocía mal. Para afirmar su originalidad contra el norte, donde el gótico había empezado a florecer, el sur del Loira permaneció fiel al románico hasta fines del siglo XIII. Pero los arquitectos querían que sus iglesias pudieran rivalizar con las vastas catedrales góticas: tuvieron que inventar técnicas nuevas que permitieran al románico alcanzar también la grandeza, como en Saint-Savin, en Poitiers, en Angoulême, en Aulnay. Existe una nube de iglesias –sólo en Saintonge hay seiscientas–, muchas asombrosas por su gracia refinada, la armoniosa riqueza de sus pórticos, los calados de sus ábsides, la originalidad de sus capiteles. Comparándolas entre ellas admiré que se hayan podido inventar tantas delicadas variaciones a partir de algunos principios simples y rigurosos; la unión de lo funcional y de lo estético se me hizo evidente al comprender la diferencia –en el papel que desempeñan y las consecuencias que aparejan– entre la bóveda de medio cañón y las series de cúpulas. Al multiplicarse, las confrontaciones a las que me entregaba me interesaban cada vez más. Aprendí a distinguir el románico potevino del perigurdino, a reconocer las va-

Escaneado con CamScanner

riantes de Saintonge y de Angoumois; observé las diferencias entre las cúpulas sobre pechinas y las cúpulas de trompas, entre los campanarios apiñados y los campanarios clásicos, entre los pórticos en arco de triunfo y los que poseen tímpano. Identifiqué el arco de medio punto, los arcos rebajados, los peraltados, los apuntados, los polilobulados. Vi mucho mejor desde el momento en que pude nombrar.

Encontré esas iglesias en ciudades, en pueblos, en el corazón de pequeñas aldeas dormidas y a veces en una absoluta soledad, al borde de un sendero, rodeadas de bosques, de prados y de silencio. Una de mis preferidas fue la iglesia completamente redonda de Neuvy Saint-Sépulcre, que encierra una «plazoleta» completa, es decir, un conjunto de columnas que forman un círculo perfecto. En muchas otras se encuentran hemiciclos abiertos en la delantera. Una de mis mayores emociones la tuve en Salignac. Gracias al sistema de series de cúpulas, los arquitectos lograron construir iglesias de una sola nave, muy ancha y alta. Al entrar en la de Salignac me encontré en lo alto de una escalera de doce escalones, que dominaba una larga nave de imponente majestad. Al fondo de ese vasto espacio, y con sus rostros vueltos hacia la entrada, había un semicírculo de monjes vestidos de negro; de pie frente a ellos, un sacerdote salmodiaba. Me sentí transportada hacia el fondo de los siglos: se hubiera dicho un tribunal de la Inquisición.

Volví a ver, alargadas como Grecos, las admirables estatuas erguidas en los portales de Beaulieu, de Moissac. Familiares e íntimas, muchas iglesias tenían figuras de madera pintada; entre otros me encantaron los pequeños santos coloreados de Saint-Junien, sobre todo la preciosa santa Barbe. Sobre los capiteles, la exigüidad del espacio obliga al escultor a ingeniosos escorzos; a veces están decorados con monstruos inspirados en el Oriente, o con símbolos, pero a menudo también con escenas realistas: por ejemplo, Dalila cortándole los cabellos a Sansón. A veces el artista se divierte y su obra roza lo burlesco; en el claustro de Cadouin, entre bajorrelieves sorprendentes, se ve una ménsola que representa a «Aristóteles cabalgado por una cortesana».

En algunos pueblos junto a la iglesia se levanta un monumento que hasta ese entonces no había encontrado: una linterna de muertos. Se trata de una alta torre afinada, hueca, rematada por un linternón en el cual se colocaba todas las noches un fanal. En Fernioux, pequeño ca-

Escaneado con CamScanner

serío perdido entre el verdor, parecía un gracioso reflejo del campanario de la iglesia.

Tampoco había oído hablar nunca de las «iglesias monolitos» talladas en la misma roca de un acantilado. Una de ellas está ahuecada en una muralla de piedra bañada antes por el Charente y hoy separada del río por una pradera; los monjes que habitaban esta ermita troglodita hacían pasar en balsa a los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. (Muchas de las iglesias y monasterios de la región se escalonan sobre la ruta de Compostela; aparece esculpido en el pórtico el tema de la concha.) En Saint-Émilion hay otra, muy grande, en la cual se guardaron durante la última guerra los vitrales de Chartres. La de Aubeterre, excavada en el siglo XII, fue utilizada hasta el XVIII. Son edificios curiosos. Se diría vastas grutas naturales, y sin embargo el hombre ha tallado en la roca pilares, bóvedas, altares.

Mi llegada al Limousin me emocionó. En los montes Blond, en los Ambazac, desconocidos para mí, encontré los helechos, los castañales, las piedras grises, los estanques, las lejanías azuladas y todos los olores de mi infancia. En esa época, La Souterraine, Salignac, Vigan, Saint-Sulpice-Laurière, eran nombres que designaban apenas estaciones y me desconcertó comprobar que pertenecían a pequeños pueblos tan reales como Uzerche y Saint-Germain-les-Belles. A veces había pequeñas iglesias austeras, en piedra oscura. Volví a Beaulieu, a Collonges la roja, de belleza intacta, a Uzerche, cuyo centro no ha cambiado pero cuyos barrios se han extendido tanto que ahora el letrero que lleva el nombre de la ciudad se levanta a la entrada de la avenida de Meyrignac.

Visité Oradour. Las cosas quedaron tales como la matanza las dejó; la pequeña estación sigue teniendo sus rieles; en los patios yacen esqueletos de coches, de viejas bicicletas; en la panadería, en la carnicería, en la hojalatería se ven quemados, oxidados, los utensilios familiares y en las chimeneas lecheras y calderas. Como en ciertos rincones de Pompeya, la vida cotidiana está presente, abruptamente petrificada por la muerte.

Descendiendo hacia el sur, vi aparecer en los pueblos las «cantoneras»: galerías con columnas de madera recubiertas de tejas rodean las plazas donde a veces hay viejos mercados, en madera o en tejas. La más bella es quizás la de Monpazier, pero también me gusta, más rústica, la de Auvillar con sus naves redondas; y la gran plaza de Montau-

ban, suntuosamente roja. La región es menos rica en iglesias, pero ¡cuántos hermosos castillos! Encontramos magníficos, entre otros, en Limousin, el de Rochechouart, una de cuyas salas está adornada con frescos encantadores del siglo XVI, con escenas de caza. En el castillo de Labrède, rodeado por todas partes de anchos fosos de agua viva, visitamos el cuarto de Montesquieu. Pero ninguno tan imponente como la fortaleza feudal de Bonaguil: con su torreón afilado y sus trece torres recuerda esos castillos pintados sobre las miniaturas de las «Muy Ricas Horas» del duque de Berry. En Gers, muchos de los pueblos han resistido al tiempo, conservando sus fortificaciones, sus mercados, sus viejas casas. También en Castres, todo un antiguo barrio está intacto: de cada lado del Tarn, filas de viejas casas se miran en el agua.

Volví a ver esa gran maravilla que es la catedral de Albi y luego Toulouse, Mont-Louis, muchos otros lugares ya vistos antes. Pero nunca había subido a la preciosa iglesia de Serrabone. Para llegar hay que seguir el camino más espantoso que nunca haya tomado, abrupto, erizado de piedras, con vueltas vertiginosas y tan estrecho que sólo es posible cruzarlo en algunos lugares y con dificultad: son siete kilómetros, y una vez iniciado, es imposible dar la vuelta. En lo alto, dominando un paisaje magnífico, se alza el priorato de Serrabone, construido en el siglo II y abandonado en el XIV. Es una severa iglesia de esquisto pero que encierra una tribuna de gracia extraordinaria; está sometida por columnitas de mármol rosa, cuyos capiteles están decorados con flores, animales y cabezas humanas.

Los montes Lacaune, la ruta de Espinouse: pocos paisajes en Francia son tan hermosos. El Minervois: había dormido en Minerve hace cuarenta años, cuando mi primer viaje a pie; construido en la confluencia de dos torrentes, sobre una explanada unida al terreno por una estrecha banda de tierra, este asombroso pueblecito ha quedado exactamente igual a sí mismo. Reconocí los pequeños caminos del Minervois, el olor del chaparral pedregoso, brillante y dorado. Vagabundeé por los paisajes rocallosos de Corbières, volví a ver Perpignan, donde pude visitar el palacio del rey de Mallorca que en mi juventud estaba prohibido al público. Y enderecé hacia Italia.

La Rochelle, Poitiers, Saintes, Périgueux, Angoulême, el Limousin, Bordeaux, Albi, Toulouse: visité muchos lugares ya conocidos. A veces recordaba todo, a veces nada. Casi siempre los recuerdos se mez-

Escaneado con CamScanner

claban a visiones nuevas; me gustaba ese vaivén del presente al pasado. Descubrí muchos sitios y monumentos de los que sólo había oído hablar y algunos cuya existencia no sospechaba. Sólo he citado un pequeño número, pasando en silencio tantos lagos, estanques, pantanos, canales, arroyos, ríos distintos todos unos de otros, pero cuyos nombres habrían delatado su diversidad. Vi bosques, valles, montañas, cada uno con su propia fisonomía. Ninguna ciudad tenía los colores de otra. El rojo de Montauban no es el de Albi. Todo me producía siempre sorpresa.

El placer de recordar se aprende, y lo volví a conocer a fines del invierno del 70, cuando llevé a Sylvie a Bourgogne: la región está casi a las puertas de París ahora que la autopista del Sur está concluida. Hacía mucho que no me detenía en Dijon. Es una ciudad laica: su arquitectura religiosa es interesante pero importa mucho menos que sus hermosos hoteles particulares construidos desde el siglo XIII al siglo XVIII, que sus antiguas casas con entramados, a menudo coronadas de aguilones. El corazón de la ciudad es un monumento civil, el palacio de los duques, cuyo patio se abre a una hermosa plaza en hemiciclo que data del siglo XVII. Visité las antiguas cocinas del siglo XV y la inmensa sala de guardia con las tumbas de Felipe el Atrevido, de Juan Sin Miedo y de Margarita de Baviera. Volví a ver las hermosas estatuas de Claude Sluter agrupadas bajo el nombre de Pozo de Moisés. Pero sobre todo recorrí el Museo Arqueológico, en donde nunca había entrado. En un subsuelo con olor de viejo sótano está expuesto el «tesoro» descubierto en las fuentes del Sena entre 1933 y 1963. Hay estatuillas de bronce, bellas y gastadas, que recuerdan a las que se ven en Cerdeña; otras son de piedra y de madera. Representan peregrinos, cabezas humanas, animales. Lo más curioso son los exvotos depositados en el santuario de la diosa Sequana por los enfermos a quienes había devuelto la salud: bustos de enfermos, los órganos a los que había devuelto la salud, corazones, pulmones, hígados. Hay también una hermosa galera votiva.

Volví a ver Autun, y su magnífico tímpano dominado por el Cristo en majestad. En la sala capitular de la catedral pueden verse los capiteles, lo que constituye una rara ventaja; en las iglesias hay que romperse el cuello para mirar, de lejos y mal, el detalle de las esculturas. Allí

se ofrecían a la altura de los ojos. Me gustaron entre todos los tres reyes magos dormidos, coronados bajo un gran manto finamente plegado y a los que despierta un ángel.

De Beaune recordaba el Hôtel-Dieu: los célebres techos de tejas barnizadas, con dibujos verdes y rojos sobre fondo dorado; y también las cocinas y la vieja farmacia. Dudé de mi memoria al entrar en la gran sala con techo de madera policromada en forma de quilla dada vuelta: a ambos lados se alineaban lechos con baldaquinos cuyas cortinas rojas caían sobre sábanas muy blancas. ¿Cómo había podido olvidar este impresionante decorado? En realidad no lo conocía, porque la sala no había estado abierta al público antes de la guerra.

Visitamos la iglesia románica amarilla y muy hermosa de Paray-le-Monial, su alta nave en bóveda de cañón de arco apuntado y el gracioso deambulatorio llamado «el paseo de los ángeles». Y luego vimos un rosario de iglesitas románicas; sobre una de ellas, muy pequeña, un letrero anunciaba orgullosamente: aquí todos los personajes del tímpano conservaron su cabeza. En efecto, sobre los demás pórticos las estatuas fueron decapitadas durante la Revolución. Ésta dejó en ruinas a Cluny, cuyos monjes eran odiados por la gente del lugar explotada por ellos: la abadía debió de ser de una extraordinaria belleza; los restos siguen siendo magníficos.

Accidentados y tranquilos, vastos e íntimos, los paisajes de la Bourgogne me enternecen. Subimos al monte Beuvray, cuyo suelo estaba todavía helado. Desde el monte Dun, se veía de un lado una gran llanura y horizontes azules, del otro los montes del Lyonnais que, cubiertos todavía de nieve, parecían altas montañas.

Me encantaron dos burgos fortificados que el paso de los siglos casi no ha tocado. En Brancion, en lo alto de un promontorio azotado por los vientos, la fortaleza y la iglesia románica están intactas; se divisa un gran paisaje de bosques aparentemente salvajes. Châteauneuf ha conservado, fuera de su castillo de torres imponentes, muchas bonitas casas antiguas. A sus pies se extienden praderas atravesadas con indolencia por el canal de Bourgogne, bordeado de una doble fila de árboles.

Completamos ese viaje un año más tarde con una breve estadía en Lyon. Ya habían pasado cuarenta años desde que mis primos Sirmione me la habían mostrado; treinta años desde que durante un paseo en bicicleta nos habíamos detenido con Sartre. Después, la había atravesa-

do a menudo en coche, yendo hacia el Midi; tenía ganas de pasearme a gusto. Anduve a lo largo de sus muelles, paseé por las calles comerciales. Me detuve en la hermosa plaza Bellecour; en la plaza Terreaux admiré el magnífico Ayuntamiento. Me gustó mucho la iglesia románica de Saint-Martin d'Ainay y sus capiteles esculpidos. Desde lo alto de la colina donde se levanta la horrible basílica de Fourvière, contemplé los techos sombríos de las casas y los dos ríos de aguas grises. Visité en detalle el viejo Lyon, donde antes vivían las familias más ricas. Las fachadas han sido renovadas: poniendo a la vista sus viejas piedras adornadas de bajorrelieves, de esculturas, de modillones. Quedé tanto más sorprendida cuando atraída por la inscripción: *patio, torre, pasaje,* franqueé la puerta de entrada. Un sitio largo y angosto, de techo bajo, me conducía a un patio; allí se levantaba una torre que encerraba una escalera de caracol; la arquitectura era de una elegancia simple, pero una capa crasa ennegrecía las altas murallas amarillas en las que encajaban ventanas de vidrios sucios: atrás, se adivinaban apartamentos húmedos y sombríos.

Sin embargo, a pesar de su decadencia, esas casas antiguas son palacios comparadas con las casas de la Croix Rousse. Descendía hasta lo más bajo de la colina utilizando los «pasajes». Por lo demás esos pasajes que unen una casa a otra a través de una masa de casas, son simples corredores; pero allí, a causa del desnivel, es un complicado sistema de corredores y de escaleras a cielo abierto, rodeadas por galerías sobre las cuales dan los cuartos. Por la altura de las fachadas y el número de las galerías superpuestas, uno de esos conjuntos evocaba algunas de las *Prisiones* de Piranesi; pero la impresión dominante era la de un deterioro y una suciedad tales como nunca encontré en Francia, en tan vasta escala, dentro de una ciudad. Por los patios cuyo suelo estaba sembrado de basuras me crucé con hombres que iban a vaciar en los excusados sus servicios: no había retretes ni en las habitaciones ni en el piso. Las paredes estaban todavía más grasientas que en el viejo Lyon. La ropa que secaba en las ventanas estaba cubierta por un toldo de plástico: sobre esta pantalla protectora se amontonaban los residuos de las chimeneas, el polvo, toda clase de detritos. En esas covachas habitadas antiguamente por los oficiales de las fábricas de seda, se amontonan hoy los norafricanos.

Di una vuelta por el Museo de Bellas Artes, una antigua abadía en la que hay algunos cuadros notables y muchos sin interés. Me interesó

más el museo de los Hospitales: permite imaginar lo que era un hospital entre los siglos XVI y XIX, en una visión estremecedora. Vi una de esas camas de cuatro plazas donde se acostaban, muy juntos, enfermos y cadáveres. Vi los instrumentos utilizados por los médicos y por los cirujanos y que parecen destinados a sesiones de tortura: irrigadores, espéculos, fórceps, trépanos, pinzas de dimensiones monstruosas. Las mesas de operaciones, las sillas para partos evocaban terribles suplicios. Quedé en suspenso ante una figura fantástica, expuesta en una vitrina: un maniquí, de tamaño natural, mostraba el traje que se ponían los médicos para visitar a los apestados; llevaba un largo traje negro, un sombrero negro de anchas alas, y una máscara: dos redondeles de cristal en el lugar de los ojos y un largo pico encorvado en el cual se colocaban los perfumes que debían preservarlo del contagio.

La ubicación de Lyon es privilegiada: limitada por dos colinas, está atravesada por dos ríos, tiene un hermoso conjunto arquitectónico: los muelles del Saône. Pero, a pesar de un cielo muy azul, la ciudad me dejó una impresión de tristeza: es tan vetusta y está tan poco cuidada que parece malsana.

Estos tres últimos años renovamos una antigua tradición: en primavera, pasamos una quincena en Provence. La primera fue Antibes, otras dos Saint-Paul-de-Vence. De Saint-Tropez a San Remo, desde la costa a las nieves de Valberg y el paso de Turini, volví a ver esa región que para mí acumula tantos recuerdos. Algunos ya no corresponden a la realidad: en Juan-les-Pins, la casa de Mme. Lemaire, transformada en clínica, está rodeada por un conjunto de construcciones nuevas y feas. Un inmenso edificio que se ve de todas partes, plantado al borde del mar como una inmensa verruga, desfigura la bahía de Anges. Pero desde las murallas de Antibes y desde lo alto de las colinas, volví a ver, semejantes a sí mismos, los hermosos paisajes montañeses que descienden dulcemente hacia el azul del mar; en esta estación resplandecen de blancura bajo su camisa de nieve. El camino que va por la cima desde Gassin a Ramatuelle, y que recorrí tantas veces, hoy es transitable en coche: pero es aún silencioso y solitario, y el dibujo de la península no ha variado. Encontré iguales las gargantas de Cians y Daluis de bellos colores rojizos y la «ruta aérea» —según la

expresión de la *Guide bleu*– que hicimos a pie con Olga; prolongando la cornisa del Var corre a mil metros de altura dominando en ambos sentidos magníficos panoramas. Erguida sobre un pico por encima de las gargantas del Loup, Gourdon ha hecho concesiones al turismo; las calles están llenas de tiendas que venden pacotilla. En Cagnes, en Cabris, las terrazas de los cafés están invadidas por visitantes; pero el corazón de esos pueblecitos permanece intacto. Volví a encontrar mi pasado en Broc, sobre la cornisa del Var; en Sainte-Agnès, desde donde se ven los naranjales bajar hasta Menton; Saint-Paul-de-Vence mismo se parece a su antigua imagen cuando al caer la tarde los turistas desertan; sombría, silenciosa, con todas sus tiendas cerradas, sólo se oye el ruido de los propios pasos y el murmullo de una fuente. Del otro lado, se enciende una colina; la primera noche me intrigó esta fiesta centelleante: son los aserraderos iluminados poderosamente con electricidad.

Reavivando tiempos más o menos lejanos, también hice algunos descubrimientos; en los Maures, un camino de cornisa que serpentea a través de pinares; caminos de montaña, entre San Remo y Ventimiglia, jalonados por maravillosos pueblos. Cerca de Tende, en un sitio solitario, una asombrosa capilla cuyo interior un pintor italiano recubrió enteramente de frescos ingenuos: la guía los califica de «realistas», pero son evocaciones fantásticas del infierno y sus suplicios.

También visité la galería Maeght que no conocía. Vi allí mejor que en ningún otro lado los hombres caminando de Giacometti. Y muchos hermosos cuadros.

Pero muy a menudo me conformaba con quedarme sentada en mi balcón, leyendo bajo el cielo azul y respirando el paisaje familiar.

Una de las diversiones, y a veces uno de los fastidios del viaje son los guías que llevan a visitar los monumentos. En las iglesias uno se pasea libremente; pero en las abadías y los castillos generalmente no. Hay guías agradables; por ejemplo, la joven campesina que en una aldea perdida nos mostró la bella abadía de Villesalem; se indignaba por las destrucciones debidas no al paso de la Revolución, sino a los religiosos que después habían instalado en el edificio sus apartamentos. El del castillo de Rochechouart daba explicaciones interesantes sub-

rayadas siempre por la misma frasecita: «Al menos es lo que dicen las competencias.» Una frase de la guardiana del museo de Provins, la Grange-aux-Dîmes habría encantado a Proust. Como lamenté que la iglesia –una hermosa iglesia románica– estuviera cubierta por un horrible campanario del siglo XVIII, me respondió con convicción: «Es verdad que no es bonito. Pero desde arriba se tiene una vista *ho-rri-pi-la-nte.*»

A menudo eran viejecitas chochas las que nos daban explicaciones; la que estaba encargada de la ermita troglodita de Mortagne era una dulce abuelita de cabellos blancos, de aspecto muy cuidado: con una voz mecánica repetía el discursito que había aprendido de memoria, y al terminar, volvía a empezarlo en los mismos términos; y siguió repitiéndolo todo el tiempo que duró la visita.

La propietaria de la abadía de Flaran,[3] que recibía ella misma a los turistas, era una loca huraña; coja, golpeaba furiosamente el piso con su bastón y hablaba enojada; casi cayó en trance cuando ante una mancha negra que había en el piso afirmó que unos monjes habían sido quemados en ese lugar durante la Revolución.

En Charroux, cuya abadía está hecha pedazos y en la que los trabajos de reparación impiden acercarse a los restos, un guía parado en un corredor ante un plano del edificio describía en detalle a una joven pareja fascinada lo que habría debido ser pero no podía mostrar. Lo esquivé. Pero donde realmente me irrité fue en Bonaguil; hubo que esperar media hora por un guía disfrazado de artista de Montmartre: largos cabellos blancos, corbata de nudo ancho, pantalón de pana; anunció que la visita-conferencia duraba dos horas; franqueé la puerta detrás de él para tener una vista de conjunto del castillo desde el interior, y al cabo de diez minutos giré sobre mis talones, con gran escándalo del auditorio.

Hay un placer al cual soy sensible cuando paseo por Francia: el de la mesa. La cocina y a veces los vinos expresan, a su modo, la provincia que los produce: es una agradable manera de completar la exploración. Los platos regionales son siempre mejores en el lugar, que las imitaciones que se sirven en París; ignoraba lo que es una quiche, antes de haber comido una en Verdun, consistente como una tarta y ligera como un soufflé; desconocía la quenelle hasta haber almorzado

3. En enero del 72, cinco personas fueron condenadas por haberle prendido fuego a esta abadía, entre ellas el nieto de la propietaria: quería cobrar el seguro.

Escaneado con CamScanner

en Dijon. Solamente en las hosterías del campo se encuentran todavía truchas pescadas en torrentes, y cangrejos en profusión. Cuando me siento a la mesa al final de la mañana, o al caer la tarde, saturada de espectáculos, hambrienta de alimentos terrestres, tengo el corazón de fiesta y me divierte buscar en la lista platos inéditos o por lo menos típicos.

Al anochecer en esos días que pasan tan rápido pero que retrospectivamente por su plenitud parecen muy largos, me gusta llegar al hotel. A menudo es una bonita casa vieja en el fondo de un patio, o en un jardín, o al borde de una calle apacible; y si está lejos de la ciudad es un antiguo castillo en medio de un parque o es un molino al borde del agua. Avanzo por el tibio silencio de los corredores, bordeados de puertas cerradas sobre vidas desconocidas, curiosa por abrir las de mi propio cuarto. La decoración inesperada, a menudo encantadora, en la que me instalo, es como un paréntesis en mi vida; estoy en mi intimidad, en la soledad y el silencio de un interior protegido por muros, con algunos objetos que me pertenecen, pero mi verdadero hogar está lejos, yo estoy en otra parte. Miro desde la ventana una plaza de provincias, paredes cubiertas de hiedra, o canteros, o un río que no pertenece a mi vida. Me despierto en un lugar que me es ya familiar pero que en seguida abandono. La partida abre una jornada que al llegar a otro lado se cerrará: me parece que soy yo la que ordeno el sucederse de las horas en lugar de depender de su transcurso.

En estos últimos años no sólo he recorrido Francia: volví también a algunos países ya conocidos. Uno se transformó entre el primer viaje, en 1953, y el segundo: Yugoslavia, que vi además desde un ángulo muy diferente.

En 1953, no había estado en Dubrovnik, donde aterricé con Sartre en marzo del 68 y donde nos esperaba nuestro amigo Dedijer. Nos había reservado alojamiento en un hotel situado en la costa, a poca distancia de la ciudad: era encantador cada mañana descubrir la blancura de las altas torres erguidas sobre un promontorio rocoso bañado por aguas azules. Seguimos el camino circular dominando los techos dorados de las casas, abrazando con la mirada calles, plazas, paseos, jardines. Está prohibido a los coches entrar en este recinto donde es posible pasearse tan tranquilamente como en Venecia. Hay algunos

monumentos interesantes; pero la gran belleza de la ciudad son sus calles; ninguna en el mundo puede rivalizar con la *Placa* que atraviesa de un punto a otro la vieja ciudad. Habiendo sido ésta destruida en 1667 por un temblor de tierra, arquitectos inspirados la reconstruyeron imponiéndole una rigurosa unidad. La calzada de la *Placa* es de losas pulidas por el tiempo y de la misma piedra patinada que encontramos en las fachadas de las casas, construidas todas en un mismo estilo, pero que se distinguen por la diversidad de sus esculturas. De un lado calles escalonadas trepan la colina, desembocan en una arteria paralela a la *Placa*, más estrecha pero también ella enlosada y bordeada de viejas casas de piedra tallada, embellecidas por los balcones trabajados. Por la noche, cuando todo estaba desierto y silencioso, uno se creería en una ciudad de otra época, milagrosamente iluminada por reverberos. Nos gustaba sentarnos en el muelle del viejo puerto empotrado en las murallas y al que están amarradas las barcas de los pescadores. Comíamos en los restaurantes de la ciudad, o en la terraza de nuestro hotel, mirando muy próxima la islita de Lokrum.

En un coche de alquiler di, con Sartre y Dedijer, o sola, largos paseos. Juntos fuimos a las bocas de Kotor, especie de fiordo profundo, rodeado por acantilados desnudos. El coche trepó por ellos: desde lo alto, a 1.400 metros por encima del mar, aparecía un desierto de piedras revueltas detrás de las cuales se alzaba una alta cadena nevada. Descendimos a Cetinje, una miserable población de dos mil habitantes de la que cuesta creer que haya sido antiguamente una capital. A la vuelta vimos Kotor y Budva; menos grandes, menos ordenadas que Dubrovnik están rodeadas de murallas; la entrada está prohibida para los coches; sus calles llanas y empedradas están bordeadas de casas con fachadas de piedra. La costa que bordeamos estaba plantada de cipreses y olivares.

Volví a Sarajevo y esta vez no me parecía estar en Europa Central porque entré por el lado turco: volví a ver la mezquita, la posada para las caravanas, el bazar bullicioso, los negocios especializados que venden carne ensartada en pinchos, milhojas de carne, milhojas de queso; bebí café a la turca en un pequeño bar. El hotel está transformado; había cambiado su pesado mobiliario por una decoración a la italiana. Reconocí Mostar, sus cúpulas, sus minaretes, su puente de caballete en escarpa, la blancura de las casas turcas, los pequeños cafés con sus platos de cobre. Al borde del camino comí cordero asado al aire libre;

Escaneado con CamScanner

un ingenioso dispositivo permitía utilizar una pequeña caída de agua para hacer girar los pinchos.

Con Dedijer fuimos a ver la necrópolis bogomil de Radimlje de la que nos habían hablado muchas veces. Los bogomiles o patarinos eran maniqueístas cuya herejía ganó en el siglo XII el mediodía de Francia. Su más vasto cementerio es el que visitamos. A partir del siglo XV decoraban sus sarcófagos con esculturas bastante rudas, pero curiosas: armas, torneos, danzas, invocaciones al sol.

La costa dálmata es una de las más bellas del mundo; un rosario de islas doradas resplandece sobre fondo de azur. En 1953 sólo había visto una parte, ya que grandes trozos del camino eran impracticables. Hoy hay una magnífica cornisa con intensa circulación donde antes no había un alma. Se acabaron los tiempos de los «porteros» que detentaban las llaves de los surtidores de gasolina y las habitaciones. Las estaciones de servicio y los hoteles abundan. Mi mayor sorpresa fue Opatija. En el 53, para acoger al turista, sólo existía en el pequeño puerto un único y modesto restaurante. Hoy todos los antiguos hoteles están abiertos, se han construido muchos nuevos; es una vasta y lujosa estación que recuerda un poco a Menton porque encierra muchos jardines y villas que datan de fines del siglo XIX.

Si la Dalmacia parece tan próspera es, en parte, porque el país ha hecho un esfuerzo turístico considerable. Pero también en los pueblos y aldeas yugoslavos comprobé que los campesinos estaban mucho mejor vestidos que en el 56, cuando atravesamos el país para ir a Grecia, consternándonos con su miseria. Hoy los niños llevan confortables ropas de lana de colores alegres. En la mayoría de los restaurantes la comida es frugal. Las tiendas están mediocremente aprovisionadas; los trajes, los tejidos, los zapatos son monótonos y no tienen nada de tentadores. Estamos muy lejos de la abundancia italiana. Sin embargo, se ha realizado un enorme progreso.

Escribí en uno de mis libros que al envejecer no se registran los cambios del mundo: su nuevo rostro nos parece obvio. Es verdad para las cosas que se ven a menudo. Pero cuando pasa mucho tiempo entre dos viajes, la confrontación entre el pasado y el presente puede ser sobrecogedora. El paso del tiempo se convierte en una realidad tan tangible como el espacio, como cuando se corre en coche y la carretera va quedando detrás. Desde ese punto de vista, ese mes de marzo en Yugoslavia fue una experiencia sorprendente.

Uno de los placeres de esos viajes es el de pasearme en coche. Me gusta conducir, en cortas etapas y aun en trayectos largos. A menudo hago sola el trayecto de París a Roma, que a Sartre lo aburre; él me alcanza en avión. Una noche, en la época en que la plaza Navona estaba todavía abierta a los coches, vi llegar un D.S. matriculado 75 y cubierto de barro. Bajó una mujer, con aire agotado. Se sentó en una terraza y abrió un libro sobre Michel Leiris. Creí mirar en un espejo mi imagen un poco borrosa. Muchas veces llegué así a Roma, sola, molida de fatiga después de haber conducido todo el día, y fui a sentarme en la plaza Navona y leí.

Me gustaba durante esos viajes en coche sentirme a la vez limitada y libre: mi tiempo era limitado, pero disponía de él a mi modo. Seguía cada vez un itinerario diferente, que coincidía en ciertos trechos; gustando los encantos de lo repetido y de lo nuevo. Aun en los caminos conocidos había lugar para lo imprevisto; reiterando una rutina, vivía una aventura. Conducir era por momentos una sujeción que reclamaba todo mi esfuerzo, por eso los paisajes me producían un placer tanto más vivo cuanto que me parecía tenerlos casi furtivamente, por añadidura.

Recuerdo con predilección uno de esos viajes. Mi hermana me esperaba el viernes por la noche en Trebiano, pueblecito cercano a La Spezia donde tiene una casa que yo no conocía. Partí el jueves a las dos de la tarde por la autopista que se interrumpía entonces antes de Fontainebleau; estaba negra de coches. Acelerar, frenar, acelerar: tenía que vigilar el retrovisor sin descuidos. La carretera no iba menos cargada. Felizmente se acababa de habilitar un nuevo tramo de autopista entre Auxerre y Avallon y la mayoría de los automovilistas se resistían a pagar los dos francos del peaje. Conduje por una calzada desierta, descubriendo por primera vez magníficos panoramas sobre el Morvan ondulado, seco y dorado de este fin de julio. Otra novedad: a las puertas de Dijon un lago artificial bordeado de playas donde se amontonaban los bañistas. Hice un alto en un café de la ciudad y llegué, satisfecha y dispuesta, a Pontarlier, donde me acosté.

Como de costumbre seguí viaje por la mañana temprano. Me gusta esta hora en la que los pueblos duermen todavía, en que en el campo el sol comienza a absorber el rocío. A través de Suiza, en Lausanne y a lo largo del lago, el tránsito se volvió intenso. Algunos amigos me habían aconsejado tomar el túnel que acababa de abrirse bajo el Grand-

Saint-Bernard; error: por la carretera escarpada que sube hasta el paso se arrastraba una fila de coches, y yo me arrastré detrás. Ahora el sol quemaba; el cielo y el campo estaban apagados por brumas de calor. Del otro lado del túnel, la ruta de Val d'Aoste estaba atestada por caravanas de autocares y camiones. Quería llegar a la casa de mi hermana antes de la noche para no inquietarla y para no conducir con faros por caminos de montaña desconocidos; por lo tanto debía adelantarme de todos modos; acelerar, frenar, acelerar, y no dejar pasar ninguna oportunidad sin correr riesgos; era una tensión peligrosa porque sentía crecer mi fatiga y ésta me impedía descansar: me hubiera hecho falta más energía para decidir detenerme que para continuar adelante. Seguí. Al pasar ante Ivrea a eso de la una hice un esfuerzo y me obligué a entrar en la ciudad. Durante un momento conduje con la cabeza en blanco por las calles hirvientes. Al ver un café aparqué. Sentada en una placita ante un sándwich y un café disfruté esta pausa: la inmovilidad de las piedras, el andar tranquilo de los transeúntes bastaban para encantarme. Seguí descansando mientras corría por una autopista desierta. Pero tuve que dar penosamente la vuelta a Milán antes de alcanzar la autopista del Sol. La abandoné para tomar el camino tortuoso que sube al puerto de Cisa, que vuelve a descender abruptamente y que es muy transitado por los camiones de carga. Estaba cansada pero ahora estaba segura de llegar antes de la noche y volví a detenerme en un pueblo delante de un vaso de cerveza. Proseguí. En Pontremoli un entierro detuvo el tránsito durante diez minutos: hombres de luto llevaban en la mano antorchas que llameaban lúgubremente en el atardecer. Al fin llegué hasta la aldea desde la que debía subir a Treviano: desde abajo el pueblo parecía importante, con su castillo, su majestuosa iglesia barroca, sus murallas a pico. Anduve un poco perdida hasta que alguien me indicó el arranque del estrecho camino que debía tomar. A la entrada del pueblo, había algunos coches estacionados en una plaza verde; dejé mi coche y franqueé la puerta abovedada. ¡Qué recompensa encontrarme con mi hermana sentada en una terraza mirando el campo y el mar! No hubiera saboreado la inmortalidad, el silencio, el ruido de los trozos de hielo en mi vaso si no hubiera tenido esta jornada de esfuerzo detrás de mí. Cené, dormí, con la conciencia feliz de una tarea bien cumplida.

Durante toda la mañana, me paseé con mi hermana por callecitas escarpadas, entre muros blancos: ese pueblo todavía ignorado por los

turistas sólo está habitado por campesinos; así debían de ser Èze y Saint-Paul-de-Vence, en los tiempos antiguos. Partí para Roma después del almuerzo, siguiendo la costa. Había nubes de cuerpos semidesnudos sobre la arena de las playas, nubes de coches sobre la carretera. Conducir me absorbía por entero. Pero tuve, sorprendentemente, algunos momentos de gran felicidad. Una corriente de aire húmedo y salado se embolsó en mi ventanilla, cargada de reminiscencias confusas. (En Copacabana, el aire tenía este mismo olor por la mañana.) A lo lejos, unos pinos sombríos se destacaban sobre la cresta azul de un promontorio que hendía el mar. Desde la Aurelia, en medio de un tránsito intenso, divisé bruscamente muy por encima de mi cabeza las murallas y las torres de Tarquinia, blancas contra el cielo blanco. Acababa de ver al borde del camino dos coches estrellados cuando vi también blanco contra el cielo blanco la cúpula de San Pedro: nunca su belleza me había conmovido tanto. Atravesé Roma, llegué a mi hotel, y encallé en la plaza Navona, un poco molida pero con el corazón de fiesta.

Recuerdo otro descenso hacia Roma, un día de tormenta; caía una lluvia espesa, enceguecedora, que había durado todo el día. Al anochecer, un poco antes de Annecy, iba en medio de una fila de coches, por un camino de montaña. El viento soplaba en torbellinos. Bruscamente, el coche que me precedía se detuvo: una enorme rama acababa de caer delante de su capot. Todos los automovilistas se bajaron de sus vehículos; unos camioneros rompieron la rama a hachazos: en dos minutos, la calzada estaba libre

Dos veces volviendo de Roma me ocurrieron calamidades. Un domingo lluvioso iba a ver a mi hermana a Alsacia, siguiendo la ruta de Colmar. Oí detrás de mí una sirena pero no me preocupé; al cabo de un rato me detuve y un coche de la policía se detuvo a mi lado; me seguía desde hacía diez kilómetros y me acusaba de tres infracciones graves. La primera no la había cometido: había esperado para adelantar a llegar al término de la línea amarilla. Las otras –haber sobrepasado en dos pueblos la velocidad límite de 40 por hora– seguramente sí las había cometido: pero no habrían sido registradas si yo no hubiera tenido policías a la cola. (Un conductor de setenta años, que no había tenido una multa en su vida, perseguido por los gendarmes fue declarado culpable de diez delitos en media hora.) Traté de discutir el primer punto de la acusación y cansada de luchar firmé el proceso verbal. A cinco kilómetros de allí, atravesando un pueblo a la velocidad reglamentaria,

un policía me pidió los papeles. Comprendí entonces por qué la policía me había seguido; mi coche era un Simca azul: buscaban a una mujer sola, en un Simca azul, que había raptado a un niño.

La segunda alerta fue más grave: un accidente. Fue en el 65. Después de haber hecho una gira con Sartre por el norte de Italia, lo dejé una mañana en Milán, dándole cita en París a la tarde del día siguiente sobre las siete. Hacía muy buen tiempo. Pasé la garganta del Mont-Cenis, atravesé Chambéry, almorcé en una terraza por encima del lago Bourget. Cené y dormí en Chalon-sur-Saône, en uno de esos hoteles acogedores que son uno de los encantos de las provincias.

Por la mañana, la niebla era tan espesa que dudé antes de partir: tenía tiempo. Pero la ciudad era huraña y pensé que lejos del río las brumas se disiparían. Anduve durante dos horas a través de vapores enceguecedores, con todas las luces encendidas, pegada al talud. De pronto, un trozo de paisaje se develaba, dorado por el sol, y me parecía hermoso sólo porque era visible. Después la luz brilló. Seguí por la autopista, desde Avallon hasta Auxerre, que dejé atrás. Era temprano, no iba deprisa, estaba contenta de volver y organizaba mi tarde; de pronto, al subir una cuesta después de una curva, vi un camión cisterna, de un rojo agresivo que se precipitaba sobre mí: yo estaba a la izquierda del camino. Apenas tuve tiempo de pensar: «Va a hacer algo», ocurrió el choque, y quedé ilesa. El conductor bajó haciéndome violentos reproches: había tomado mi curva demasiado rápido, felizmente él venía despacio y si no hubiera podido tirarse hacia su izquierda, me habría aplastado. Ya había un montón de gente a mi alrededor. Sólo tenía una idea en la cabeza: «Encontraré un tren que me lleve a París antes de las siete.» Llegaron enfermeras, llevando una camilla; me resistí a acostarme; insistieron; me dolía un poco la espalda y pensé que sería prudente hacerme examinar; seguramente no sería muy largo. Me llevaron. Comprobé que mis brazos y mis rodillas estaban ensangrentados. Una vez tendida en una cama, la cabeza empezó a darme vueltas. Me radiografiaron: tenía cuatro costillas rotas en la espalda. Un médico me dio un punto de sutura en un párpado y, con anestesia local, varios en la rodilla. Me sentía realmente fatigada, incluso vomité. Ya no pensaba en volver de inmediato a París, sino en prevenir por mí misma a Sartre, para que no se inquietara. Una enfermera me anunció que Lanzmann y Sartre acababan de telefonear; se habían enterado de mi accidente por televisión y venían. Poco rato después

entraban en mi cuarto; me di cuenta de que tenía el rostro hinchado, y un ojo completamente cerrado. Les conté mis historia con una volubilidad que demostraba que había sufrido un shock. El locutor había dicho que sólo tenía ligeras contusiones, pero Lanzmann se había lanzado por la autopista a 160 por hora. Mientras hablábamos el comisario vino a traerme mis maletas y devolverme los papeles que me habían confiscado. Casi cada día, dijo, transportan al hospital automovilistas que han tenido un accidente en ese mismo sitio; ya había habido muertos. Es una curva muy peligrosa porque viene precedida de una larga línea recta y porque es más abrupta de lo que parece. Pienso que si la abordé sin prudencia fue porque no iba deprisa: si no, hubiera estado más tensa y más vigilante.

Supe más tarde que mi hermana y algunos amigos habían quedado fuertemente impresionados al oír en la radio el anuncio del accidente: deberían empezar por decir que la víctima sólo estaba ligeramente herida antes de dar su nombre y narrar los hechos.

Sartre me trajo al otro día a París en una ambulancia que corría a 140 por hora. Extendida o sentada, no sufría, pero para pasar de una posición a otra necesitaba ayuda. Estuve en cama alrededor de tres semanas. Leía, recibía visitas, no me aburrí. Parecería que un accidente es un acontecimiento mundano: nunca recibí tantas cartas, telegramas, llamadas, ramos de flores enviados por gente a la que sólo conocía de oídas.

Reflexionando, el camionero me había salvado la vida y le escribí para agradecérselo. Para él echarse a la izquierda significaba un serio riesgo, ya que si un coche hubiera aparecido por su mano en ese momento, el que hubiera estado en falta hubiera sido él. A pesar de su maniobra, toda la delantera del coche –un fuerte 404– quedó pulverizada: cuando la vi en una foto, me asombré de haber salido tan bien librada.

Ahora las idas y venidas entre París y Roma son sin historia. La autopista del Sur se ha alargado. El túnel del Mont-Blanc está terminado y del otro lado se encuentra en seguida la autopista de Val d'Aosta que se une a la de Turín-Milán, desde donde se toma sin problemas la autopista del Sol. No soy de esos a los que las autopistas aburren. Me gusta pasearme por los caminos en sitios elegidos, pero si voy de un lugar a otro, me gusta ir rápido. Me quedé contentísima cuando hice por primera vez Milán-Bologna en dos horas y media. Luego se abrió

el trecho que une Bologna a Florencia a través de los Apeninos. Esperé con impaciencia que terminaran el que une Florencia a Roma, luego que se abriera la autopista de Val d'Aosta. Uno de mis grandes placeres, viniendo de Francia, consiste en detenerme a eso de las dos en uno de los «Pavesi» que invaden las calles y enfrentarme al jamón, a las pastas y a los vinos italianos.

Rara vez viajo en tren; ese modo de transporte por habérseme vuelto insólito me encanta: los olores, el ritmo de las ruedas, el rumor de las estaciones atravesadas en la noche me hacen regresar a mi infancia.

Pero cuando viajo al extranjero la mayor parte de las veces lo hago en avión. Ya hace mucho tiempo –fue en el 45– que viajé por primera vez, y no me canso de contemplar la tierra desde la altura. Me gusta descubrir las montañas, los lagos, los ríos con una precisión geográfica. Pero sobre todo me fascinan los paisajes que las nubes componen debajo de mis pies: vastas llanuras polares, excavadas por negras grietas; bancos donde se amontonan pelotones de nieve y donde abundan blancos arbustos cubiertos de pimpollos. Hilos de araña flotan entre peñascos erizados: agujas, y picos tan sólidos en los que parece que va a estrellarse el avión. Cuando sobrevuela muy cerca de la plataforma nevada, me parece muy lento, muy pesado y a punto de aplastarse. Se zambulle en ese suelo, lo atraviesa, ráfagas de sol golpean sus alas. Diviso por momentos una llanura dorada y el secreto de un castillo en un bosque espeso en medio de un estanque. Antes no hubiera sido ni siquiera capaz de concebir estas visiones y tantas otras. Siempre siento una infinita alegría en explorar este planeta que habito, y en ese plano el tiempo me ha traído tanto, y más quizás, de lo que me ha quitado.

5

Algunos de los viajes que he hecho con Sartre tienen un sentido político; algunas de nuestras actividades políticas nos exigen desplazamientos. Más adelante hablaré de las empresas complicadas que fueron nuestros viajes a la U.R.S.S., a Checoslovaquia, a Egipto, a Israel, y nuestras estadías en Estocolmo y en Copenhague en ocasión del tribunal Russell. Pero quiero empezar por nuestro viaje al Japón. Nos informamos seriamente de todos los aspectos de ese país, tuvimos entrevistas con intelectuales de izquierda, teniendo lugar un intercambio muy interesante entre ellos y nosotros. Pero nos sentíamos implicados de una manera muy indirecta en sus problemas. Fue sobre todo para enriquecer nuestro conocimiento del mundo que lo recorrimos, y esta visita no implicó una toma de posición política de nuestra parte. La incluyo, pues, entre los viajes realizados por puro placer.

Fuimos invitados por nuestro editor japonés, Watanabé, y la Universidad de Keyo, para visitar el Japón en el otoño del 66 y dar algunas conferencias. Preparé cuidadosamente ese viaje. Watanabé me había traído en la primavera una enorme cantidad de revistas y de libros escritos en inglés que trataban sobre la historia del Japón, y de los problemas económicos, sociales, políticos que se le habían planteado a ese país después de la guerra. Yo fui consiguiéndome casi toda la literatura antigua y moderna traducida al francés o al inglés –entre otras, en inglés, la admirable novela de Genji–. Descubrí entonces al gran escritor japonés que acababa de morir, Tanizaki. Leyendo su novela *Las cuatro hermanas* me inicié en algunos aspectos de las costumbres japonesas. También me informé con mi traductora, Tomiko Asabuki, amiga de mi hermana, que ha llegado a serlo mía. Había nacido y se había criado en el seno de una rica familia aristocrática que poseía una hermosa casa rodeada de un gran parque en el corazón de Tokio. Había hecho estudios muy avanzados –especialmente en francés– an-

tes de casarse. Había pasado buena parte de la guerra en Tokio, deshecho por los bombardeos y los incendios. En el 45 estaba encinta y completamente arruinada, como toda su familia. Había vendido todos sus kimonos para comprar en el mercado negro algunos alimentos. Después del nacimiento de su hija, puso un salón de té. Muy hábil para todo, se hacía ella misma su ropa y pensó establecerse como modista. Se divorció y partió hacia Francia con la idea de iniciarse en la gran costura parisiense. El viaje fue largo e interesante a través de países devastados en mayor o menor grado por la guerra. Lo contó en un reportaje que tuvo bastante difusión. Renunció a la costura para dedicarse al periodismo primero, luego a las traducciones. Se quedó durante quince años en París y se casó con un francés, aunque conservó su apellido de soltera. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años y hablaba perfectamente francés. Ella fue nuestra guía y nuestra intérprete durante nuestro viaje. Conocía muy bien su país, donde tenía numerosos amigos, y adonde retornó al principio del verano.

El 17 de setiembre, con una hora de retraso, a las tres de la tarde, subimos a bordo de un avión de la compañía japonesa. Dos encantadoras azafatas, vestidas con suntuosos kimonos, nos ayudaron a instalarnos. Los asientos estaban recubiertos de un hermoso brocado, haciendo juego con los portadocumentos en que se ordenaban nuestros pasajes. Ocho senadores de la U.D.R. ocupaban los asientos vecinos. Después de un almuerzo tardío, pero excelente, aterrizamos en Hamburgo, enteramente reconstruida, pero que parecía triste en el cielo gris. Desde allí volamos hacia Alaska. Las azafatas distribuyeron entre los pasajeros batas de algodón que los senadores se pusieron con grandes risas; bromeaban ruidosamente y ensayaban su encanto francés con las azafatas que los mantenían a distancia con mucha gracia. Todavía no estoy de vuelta de las cosas; por lo tanto consideré extraordinario estar volando sobre el polo Norte; durante horas sólo vi por debajo de mí una inmensidad blanca, rayada de grietas negras. Después de una cena suntuosa, descendimos en Anchorage: altas montañas nevadas dominaban una extensión sembrada de estanques sombríos y cubiertos de raquíticos arbustos color oro. Uno se sentía en los confines de la tierra, lejos de toda civilización. (Luego supe que casi todos los habitantes de Anchorage poseen pequeños aviones que los mantienen unidos al resto del mundo.) El aeródromo era una gran construcción redonda poco acogedora pero enteramente acristalada y

Escaneado con CamScanner

desde la cual se abarcaba ese hermoso paisaje insólito. Como recuerdos se vendían objetos de marfil forrados con piel de foca. No bien partimos a las cinco de la mañana, hora francesa, nos sirvieron una enorme comida a base de carne, que los senadores tragaron. Nosotros nos limitamos a un whisky. Nada tan aturdidor como esas horas que se empujan, se superponen, se catapultan. Desde que partimos no habíamos tenido noche, sólo un largo crepúsculo seguido de un breve amanecer. Y de pronto, siendo las once de la mañana en París, cayó la noche. Aterrizamos en medio de las tinieblas.

Los japoneses leen enormemente. Gracias a la enseñanza obligatoria instaurada en 1871, desde 1910 el 98 % de la población iba a la escuela. En 1966 el 99 % de los niños hacía por lo menos nueve años de estudios; prácticamente no había analfabetos; las capas populares estaban ávidas de cultura. Los japoneses devoran los diarios y las revistas y ocupan el tercer lugar en el mundo en producción de libros, después de Estados Unidos y la Unión Soviética. En el 65, publicaron veinticinco mil obras, alrededor de doscientos ochenta millones de volúmenes. Se han multiplicado las colecciones de bolsillo. Traducen gran cantidad de literatura extranjera. Y, en especial para defenderse de la influencia americana, muy impopular entre los intelectuales, pese a que el gobierno la acepta, dan gran entrada a la cultura francesa. Todos los libros de Sartre y los míos están traducidos. En el 65, *El segundo sexo*, aparecido en una edición de bolsillo, fue un *best-seller*. Lo sabíamos y sin embargo no pude imaginar semejante acogida. Más de cien fotógrafos esperaban al pie de la pasarela. Hicieron bajar primero a los senadores, después a Sartre y a mí. «A nosotros nada y a Simone de Beauvoir y a Sartre los ametrallan», dijo uno de ellos furioso, con gran diversión de Mme. Asabuki. Ésta me cubrió con su paraguas porque llovía a mares. Los fotógrafos caminaban delante de nosotros, a reculones, deslumbrándonos con sus flashes: enceguecidos, chapoteábamos en los charcos. Del otro lado de la aduana, centenares de jóvenes formaban una valla. Primero se limitaron a sonreír en silencio; luego se pusieron a gritar nuestros nombres, a tomarnos de la mano, del brazo, tirándonos, empujándonos, ahogándonos. Nos hicieron entrar en una habitación minúscula donde un centenar de periodistas, sudorosos, nos bombardeaban con preguntas mientras que fotógrafos y cámaras nos apuntaban con sus aparatos.

Escaneado con CamScanner

Seguimos una autopista que atraviesa Tokio por encima del nivel de las calles. Esas rutas directas, muy numerosas hoy, datan de 1962; comenzaron a construirlas para facilitar la circulación con miras a los Juegos Olímpicos que tuvieron lugar en 1964, y después siguieron. A veces se circula por encima de los tejados, a veces por túneles que han reemplazado a los antiguos canales. Luego el coche tomó por avenidas, por calles donde la circulación era muy intensa, para llegar a un precioso hotel de estilo occidental pero decorado en estilo japonés: en el vestíbulo y en los corredores había esos maravillosos ramos cuya composición es un arte minuciosamente codificado. Cenamos tranquilamente con Tomiko Asabuki y su hermano, que ha trabajado durante mucho tiempo en París, en la Unesco, que tradujo varios de nuestros libros y que habla francés tan bien como ella. La comida era occidental, pero bebí sake, un vino de arroz muy poco alcohólico, que se toma tibio, en pequeños boles y que se parece al chino. A medianoche subimos a dormir, cosa que no nos costó, aunque en París fueran las cuatro de la tarde.

A la mañana siguiente, Tomiko y su hermano nos pasearon por Tokio, a pie y en coche. La ciudad tiene once millones de habitantes. Los barrios céntricos, muy modernos, recuerdan a los Estados Unidos: rascacielos, inmensos edificios, calles que hormiguean de gente vestida a lo occidental, una intensa circulación. Dimos la vuelta en torno al palacio imperial, que está siendo reconstruido y al cual el público no tiene acceso. Al fondo de un inmenso parque que anunciaba el otoño, vimos un majestuoso templo sintoísta, el del emperador Meiji. Anduvimos por las calles alegres y coloridas de la Ginza, barrio comercial elegante. Hay grandes tiendas como el Louvre, o Printemps, pero más acogedoras, porque en vez de vendedoras erguidas, jóvenes sonrientes se ofrecen a informar, a guiar; hay desde los objetos más modernos hasta las mercancías más tradicionales, como los suntuosos kimonos. Pero a lo largo de las aceras se alinean también una enorme cantidad de pequeños negocios, que recuerdan un poco a los del barrio Saint-Honoré. Observé con curiosidad en los escaparates de numerosos restaurantes extraños platos de colores vivos. Habíamos almorzado en una salita, que tenía sólo tres o cuatro mesas de madera sumamente limpias, unas excelentes *brochettes* de pollo.

A las seis de la tarde fuimos a la cena que el rector de la Universidad había organizado para nosotros en el restaurante más afamado de

Escaneado con CamScanner

la ciudad. Fuimos acogidos por la dueña y las camareras que se prosternaron ante cada invitado, tocando el suelo con la frente. Nos descalzamos antes de poner los pies sobre los tatamis color trigo maduro: esas esteras rectangulares son paralelas o perpendiculares, de modo que el suelo monocromo semejaba un cuadro abstracto, que combinaba con el cálido amarillo de los muros: la sala parecía bañada en un gran sol de verano.

El rector había invitado a profesores, a escritores, a directores de teatro y había hecho venir geishas. Nos sentamos en el suelo ante una larga mesa baja. Las mujeres que llevaban kimonos –la mujer del rector, las geishas– se sentaron a lo japonés, sobre sus talones, lo que resulta sumamente cansado, según me dijo Tomiko, que estaba vestida a la occidental; cubrieron con una tela sus rodillas y las mías. Cada convidado estaba rodeado de dos geishas ni guapas ni jóvenes, reclutadas entre las más instruidas. Algunas tocaron música y cantaron, pero su papel consistía fundamentalmente en llenar de sake el vaso de su vecino y en hablarle, lo que hacía casi imposible una conversación general. Mi vecina me preguntó en un francés aplicado si prefería el arte antiguo o el arte moderno. Otra hizo que Sartre le dedicara una pila de libros que pertenecían a su marido. Entretanto se sucedían sobre la mesa una serie de platos difícilmente identificables. Los pescados fritos eran ricos, pero padecí al tener que tragar atún crudo, rojo como la sangre, y todavía más cuando sentí pasar por la garganta unas laminillas blancas y viscosas que me parecieron que era dorada cruda. Sartre –aunque siente la misma repugnancia que yo por todos los mariscos crudos– parecía adaptarse a todo lo que le ofrecían: sonreía o reía muy a gusto.

La comida duró tres horas. Llegamos al hotel agotados de haber absorbido tantas cosas raras, oyendo y diciendo tonterías. Hicimos subir una botella de whisky japonés, muy bueno. Sartre no había tocado su vaso, cuando de pronto palideció. Se tomó el pulso, que latía a 120: dos veces más rápido que de costumbre. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido tan mal. Era una catástrofe porque al día siguiente tenía que dar una conferencia. Bruscamente se precipitó al baño; no habiendo tenido náuseas en su vida no había reconocido los síntomas. El desagrado que había disimulado por educación, resucitando retrospectivamente, le había hecho devolver toda su cena. Durante dos días se sintió incapaz de comer nada.

Eso no le impedía estar bien y a la tarde siguiente fuimos juntos a la Universidad. ¿Era para asegurarnos exactamente la misma cantidad de oyentes? Mi conferencia siempre tuvo lugar antes o después de la de Sartre. En el patio de la Universidad, los estudiantes nos acogieron tan calurosamente como en el aeropuerto: llevaban pancartas de bienvenida, nos rodeaban y nos daban la mano repitiendo nuestros nombres. Sin embargo, cuando Sartre o yo terminamos de hablar, aplaudieron muy moderadamente: es lo que exige la educación, según nos dijeron. Muchas veces nos impresionó el contraste entre la violencia espontánea de los japoneses y su reserva muy medida cuando su conducta es reflexiva y codificada.

Los días que pasamos en Tokio estuvieron muy colmados. Preguntamos a políticos e intelectuales sobre la situación del Japón, discutimos con escritores y con profesores y completamos los conocimientos debidos a nuestras lecturas. Habíamos estudiado la revolución Meiji y sabíamos qué circunstancias habían permitido al Japón escapar al compromiso del Occidente. Pero nos interesaba el Japón actual, que, trágicamente devastado en el 45, se ha convertido en la tercera potencia económica mundial.

El comienzo de esta historia es paradójico. Preocupados por democratizar el país, los Estados Unidos hicieron salir de la cárcel a los adversarios del régimen militar –los comunistas, los socialistas– y se apoyaron en ellos; impusieron una reforma agraria, disolvieron los trusts y fomentaron la formación de sindicatos. Pero pronto se les dio vuelta la tortilla: en el 47, la huelga general deseada por los trabajadores fue prohibida. El poder político cayó en manos del partido conservador, que no lo volvió a dejar. Los trusts se reconstituyeron. Los sindicatos agrupan a un gran número de trabajadores –el *Sohyo*, vagamente marxista, pero que rechaza al comunismo, comprende cuatro millones– pero no tienen ninguna influencia en la vida económica del país.

La primera preocupación de los japoneses, dado el espacio restringido de que disponen, ha sido frenar una natalidad galopante, lanzando grandes campañas en favor de la anticoncepción, y permitiendo libremente el aborto. Sin embargo, el crecimiento de la población ha sido de alrededor de un millón de individuos por año. Según el censo del 65, el Japón contaba con 98.211.935 habitantes.

¿Cómo ha logrado ese país, cuya renta nacional bruta era en 1950 de diez millones de dólares, alcanzar en 1966 la cifra de 100 millones?

Ese milagro se explica en gran parte por la imaginación y la audacia de los nuevos empresarios que reemplazaron en el 45 los trusts desmantelados por los americanos. No dudaron en endeudarse pesadamente: y los banqueros no dudaron en financiarlos, a pesar de los riesgos. En seguida reinvirtieron sus beneficios, creando así un «círculo virtuoso» según la expresión de economistas japoneses: en ningún otro país del mundo las inversiones cobraron tal importancia. Los bancos pudieron hacer considerables adelantos porque la tasa de ahorro en el conjunto de la población es muy alta, quizás porque es un país joven: solamente el 8,5 % de los habitantes tienen más de sesenta años. No está autorizada ninguna inversión extranjera. El boom se debe también en gran parte a la cantidad y calidad del trabajo proporcionado por los trabajadores y a los bajos salarios que reciben.

Llegamos al rasgo más característico de la economía japonesa. En el Japón la industrialización no fue precedida de la total destrucción de las estructuras feudales. La revolución Meiji fue realizada por samurais transformados en burócratas, que mantuvieron los valores, las conductas, las relaciones sociales de tipo feudal: impusieron a los trabajadores su moral de abnegación: éstos se deben a la empresa como el vasallo se debe a su señor.

En los hechos, no tienen modo de escapar; le pertenecen en cuerpo y alma. La permanencia del empleo es en Japón una regla universal. Al entrar a una firma el empleado o el obrero se compromete para toda la vida. Ascenderán escalón por escalón hasta el día en que se jubilen. Si son despedidos no encontrarán otro empleo, porque no existe mercado de trabajo. En la práctica no ocurre casi nunca que un empleado sea expulsado: pero esta amenaza que pesa sobre su cabeza lo obliga a la docilidad más absoluta. Se le imponen horas suplementarias: no reclama las fiestas a que tendría derecho porque sería «mal visto», es decir, que arriesgaría su empleo: apenas toma dos o tres días de vacaciones muy de tarde en tarde. Hasta los Zengakuren,[1] hoscamente revolucionarios en su juventud, se pliegan a tales costumbres en cuanto tienen un empleo.

Éste está muy mal retribuido, sobre todo en las pequeñas o medianas empresas. Otra característica de la vida económica japonesa es la «doble estructura». En el sector industrial, solamente el 30 % de

1. Miembros de la asociación de estudiantes.

la mano de obra pertenece a fábricas de más de trescientas personas; el 33 % trabaja en fábricas de menos de treinta. Si se tiene en cuenta además el comercio y los negocios, entonces el 90 % de las empresas se clasifica en la categoría de menos de treinta obreros y empleados; el 6,4 % en aquella que comprende de treinta a cien personas; el 2,9 % en la que cuenta entre cien y mil. Quinientas cincuenta solamente, o sea 0,1 % tienen un personal de más de mil personas.

Las empresas pequeñas y medianas son de dos clases. Las que producen bienes de consumo tradicional: tatamis, zapatillas blancas, kimonos, zuecos, salsa de soja, linternas, sombrillas, etc., generalmente de tipo familiar. Las jornadas comienzan temprano y terminan tarde: entre diez y media y once horas; los beneficios son mínimos. Otras son empresas dependientes, que trabajan para grandes firmas; son muy numerosas, porque permiten bajar el costo de la producción. Los trabajadores no tienen en ellas las ventajas que en las empresas grandes palian un poco la modicidad de los salarios: cantinas, facilidades de alojamiento, primas, etc. A menudo ni siquiera tienen un día de descanso por semana; las condiciones de higiene son defectuosas; están mal pagados y la seguridad social no existe para ellos. Aun en las grandes empresas los salarios son bajos; y existen categorías completamente desheredadas: las mujeres, y los «eventuales» contratados para cortas temporadas.

En su conjunto, la población japonesa tiene un nivel de vida muy bajo; se nutre muy frugalmente y está mal alojada, ya que los programas de construcción son insuficientes. Si el Japón se clasifica entre los tres primeros países del mundo por su renta nacional, se coloca en el vigesimoprimer puesto –al nivel de Venezuela– considerando la renta per cápita. Hay que añadir que los equipamientos colectivos han sido muy descuidados; no hay suficientes carreteras, ni suficientes medios de transporte, ni bastantes trenes: para amontonar, desde la mañana hasta la noche, a los viajeros en los vagones se recurre a «empujadores» especialistas en karate. Hay, pues, en la mayoría de los japoneses, un gran descontento, que cristaliza y se manifiesta en las revueltas estudiantiles.

A partir de estos informes básicos tratamos de descubrir el Japón. Para empezar nos paseamos mucho por Tokio. La ciudad no es hermosa. Sobre las grandes avenidas ruidosas desembocan ríos de coches que producen constantes embotellamientos. La circulación está regida

por luces y por policías. Además, en ciertos lugares, hay banderitas amarillas dispuestas como en un ramo, al borde de la acera. Para cruzar se toma una que se sacude delante de los coches que deben detenerse. Se la deposita del otro lado de la calle en otro ramo igual. El olor de la gasolina infecta el aire, cargado, por lo demás, con toda clase de residuos. La red de cloacas y los servicios municipales son de tal insuficiencia que cada día el río Sumida, que cruza la ciudad, acarrea un millón trescientas mil toneladas de desechos y de basuras.

Evitábamos en lo posible las grandes avenidas, buscando los barrios más apacibles donde todavía se levantan las tradicionales casas de madera; algunas de sus calles eran muy animadas, llenas de puestos con linternas de papel a modo de insignias, o banderolas cubiertas de bellos caracteres japoneses; delante de las que acababan de abrirse colocaban enormes coronas de flores artificiales de colores alegres. Los pequeños negocios abundan, porque si bien Japón se ha convertido en una gran potencia industrial, a la cabeza del progreso, conserva aspectos arcaicos y el artesano florece. Esta coexistencia del pasado tradicional con la vida moderna era muy sensible en el gran mercado cubierto adonde nos llevó Tomiko. Por encima de la entrada cuelga una gran linterna redonda, de papel rojo; en los locales alineados a ambos lados del pasillo se mezclan los productos fabricados y los artesanales: abanicos, cinturones, kimonos, telas de algodón, canastos, pero también ferreterías, utensilios y trajes en serie. A la salida, desembocamos en un templo budista que se alzaba en medio de un campo de juego. Los días siguientes visitamos el puerto, el mercado, el barrio universitario, una iglesia muy hermosa, moderna, con techos y muros metálicos, obra de un arquitecto, Kanso Tange, que también ha construido una piscina ultramoderna de notable elegancia. Caminamos por las bonitas calles tranquilas del viejo barrio residencial, donde hay un interesante museo folklórico. Pasamos varias horas en el Museo de Bellas Artes.

Por la noche Tokio resplandece. Sobre todos los techos y fachadas brillan los letreros luminosos, con colores que no he visto en ningún otro lado: violetas profundos, naranjas, amarillos sol, azules nocturnos. Están compuestos como cuadros rodeados a menudo de un marco rectangular. No centellean como en Nueva York: explotan y luego se desvanecen, o se despliegan y se repliegan lentamente. Las calles comerciales son la fiesta de las linternas de papel, en forma de globo,

Escaneado con CamScanner

o de pescado, rojas o blancas y muchas veces con inscripciones. (Algunos norteamericanos, venidos a iniciarse en el Zen, compraron las que les parecían una perfecta expresión del alma japonesa y sobre las cuales estaba trazada la palabra: *Tallarines*.)

La hora más bonita es las once de la noche, el momento en que la vida se detiene, porque los japoneses se levantan temprano: a las seis y media de la mañana, el 80 % de los habitantes de Tokio está de pie. A las once de la noche los últimos locales cierran; los bares, los restaurantes, los cabarets de la Ginza se vacían y la calle se llena de muchachas vestidas a lo occidental o con kimonos, muchas de las cuales son hermosísimas. Son las camareras de los bares, las chicas de los dancings, a menudo más guapas que las geishas. Se oyen risas, voces menudas. Después de ese gracioso y rápido revuelo, el silencio vuelve a reinar en la ciudad.

Sin embargo, en el distrito de Shinjuku, que recuerda a la vez a Saint-Germain-des-Prés y al barrio Latino, ciertos lugares siguen abiertos hasta mucho más tarde. El centro del barrio es una estación gigante que agrupa toda una red de líneas de ferrocarril y de metro. El edificio encierra una gran tienda, oficinas, restaurantes, cines y una cantidad de pequeños negocios. En las calles anchas o estrechas de Shinjuku hay una profusión de bares, de cabarets, de locales de strip-tease, de music-halls: algunos tienen vastas dimensiones, otros son minúsculos. Me sorprendió la cantidad de salas donde se juega al pachinko, billar eléctrico dispuesto vertical y no horizontalmente como el nuestro. Hay locales en los que se alinean por cientos a lo largo de estrechos pasadizos; no hay ni un lugar libre y los jugadores manipulan los *flippers* con un tranquilo frenesí. Hay también numerosos restaurantes; la mayoría estrechamente especializados: aquí se come pescado, allí *brochettes* de pollo, allá langostinos fritos. Cenamos en un restaurante en que se servía exclusivamente carne de cerdo. Algunos nos reconocieron, dado que la prensa, la televisión y los informativos habían difundido nuestras fotos. Una joven le besó la mano a Sartre y le ofreció un paquete de galletitas: es un regalo tradicional, nos dijo Tomiko; y agrega que en Japón se intercambian siempre regalos, que son generalmente alimentos: una amiga o una vecina, le hace llegar un plato de tallarines; a la mañana siguiente, Tomiko le envía frutas o un postre. En la calle un joven me tendió silenciosamente una flor. Y fuimos perseguidos por una nube de estudiantes que nos pedían autógra-

fos. Todos los japoneses cultivados poseen un arsenal de grandes cartones cuadrados, blancos de un lado, grises del otro, con los cantos dorados; allí se ejercitan en la caligrafía o escriben poemas suyos. Los utilizan también para recoger autógrafos.

Entramos en una taberna muy popular en la que un hombre cantaba canciones folklóricas. Bebimos cerveza. Las camareras usaban kimonos de algodón arremangados. Eran unas robustas muchachas. Cuando un cliente demasiado bebido se ponía muy ruidoso, lo sujetaban y lo expulsaban riéndose. Luego bajamos a un sótano que evocaba el antiguo Tabou: en una atmósfera llena de humo, muchachos muy jóvenes escuchaban jazz y bailaban. Nos reconocieron, pero a una palabra de Asabuki dejaron discretamente de mirarnos. Terminamos la noche en una boîte de pederastas, lindamente decorada. Detrás del mostrador, había una gran foto de un hombre desnudo y el anuncio de una obra de Genet; el encargado le pidió a Sartre que dejara su firma.

Volvimos al mismo barrio un domingo por la tarde: Tomiko nos llevó a una especie de cabaret popular, una habitación desnuda donde se levantaba un estrado; el público estaba sentado por tierra; algunos dormían, otros se abandonaban con los ojos cerrados, otros bebían té oyendo a un narrador de historias, muy picante según nos dijo Tomiko.

Una noche fuimos a un gran music-hall de Ginza. El programa incluía bailes, números de strip-tease, escenas cómicas. Uno de ellos se burlaba de los bonzos con una falta de respeto que me sorprendió. Se veía a un bonzo de aspecto libidinoso que trazaba dibujos obscenos en una pared; cuando alguien se acercaba los modificaba con un hábil trazo; y en cuanto se encontraba sólo, los volvía a convertir, con un trazo de lápiz, en nuevas obscenidades.

Queríamos iniciarnos en el teatro japonés tradicional, cosa nada fácil porque ya no atrae mucho al público: éste prefiere obras de estilo occidental escritas por autores japoneses y extranjeros. Watanabé organizó para nosotros en un pequeño teatro una sesión privada de *nô* a la que había convidado a unas cien personas. El escenario estaba recubierto de un techo sostenido por cuatro pilares; sobre el tabique del fondo estaba pintada la imagen de un viejo pino: esta imagen, inseparable del *nô*, se ha convertido en su símbolo. El escenario se prolongaba en una especie de puente recubierto por un techo muy largo, que

Escaneado con CamScanner

corría a lo largo de una pared hasta una cortina que lo separaba de los bastidores. Por allí hacían su entrada los actores.

El espectáculo comenzó por un sainete cómico –el *kyogen*, que acompaña clásicamente al *nô*– que me resultó insípido. El *nô* propiamente dicho es una especie de oratorio fúnebre que alcanzó perfección en el siglo XIV; espectáculo de corte, reservado a la aristocracia e influido por el budismo *zen*.

Al comienzo la orquesta está instalada en el escenario: una flauta y dos tambores. Los músicos llevaban el traje ciudadano de la época Tokagawa (del siglo XVII al XIX): un traje de seda oscura y debajo un pantalón muy amplio; y una sobretúnica sin mangas de anchos hombros subidos; un coro, con ropa moderna, está sentado a la derecha del escenario.

La obra, *Aoinoue*, está extraída de un episodio del Genji. Aoinoue, esposa del príncipe Genji, está gravemente enferma. Está representada por un kimono, extendido en el piso, al frente del escenario. Rokujo, antigua amante del príncipe, le ha hecho un maleficio. La orquesta creaba una atmósfera trágica, los músicos acompañaban los tambores con gritos agudos. Entonces aparecía el espíritu dañino de Rokujo: era el actor principal, el *shite*. El *shite* es a menudo un fantasma que vuelve del otro mundo, pero también puede encarnar una pasión: remordimiento, cólera o celos, como en este caso. Está suntuosamente vestido, con una túnica de seda ricamente bordada y con un pantalón muy ensanchado en el ruedo. Lleva una máscara de madera, sujeta con dos cordones negros a la nuca, un poco más angosta que el rostro, por lo cual la silueta del actor parece más afilada. Las aberturas para los ojos son tan pequeñas que el actor no podría moverse de no usar como referencia los pilares que sujetan el techo. Sostenido por los músicos y por los gritos agudos que acompañan los tambores, el *shite* se queja de haber sido abandonado por Genji. Sus celos se exasperan. Se inclina sobre la enferma y la golpea furiosamente con su abanico. (Comprobamos asombrados que, tal como nos habían asegurado, las expresiones de la máscara varían según la inclinación del rostro y el modo como está iluminado.) El coro exhala su indignación; manda con un servidor a buscar a un sacerdote muy estimado para que conjure al espíritu maligno. El sacerdote llega; es el protagonista clásico del *shite*, el *waki* que no lleva máscara, y lleva un simple traje negro. (En general, es el primero en entrar a escena y provoca la venida del *shite*.) Se pone a re-

zar. El *shite* huye y luego vuelve con su verdadera figura: lleva la máscara del demonio. Se acerca al sacerdote y lo reta a duelo: un duelo verbal en el cual él vocifera mientras el sacerdote reza. Al fin se retira vencido. Contrastando con el hieratismo de los gestos, el ritmo obsesivo de la orquesta, los gritos estridentes de los músicos, las voces apasionadas de los coristas crean de un extremo al otro del drama una tensión que nos mantiene sin aliento. Parece que en el siglo XIV la representación de un *nô* era dos veces más rápida que hoy, pero ésta no nos pareció larga. Se dice que el *nô* es difícil de comprender para los occidentales; nos pareció que bastaba con entregarse para quedar cautivado.

Tampoco nos fue fácil ver ese espectáculo de marionetas que llaman *bunraku*. La compañía estaba de gira: tuvimos que contentarnos con dos sainetes de un solo personaje representados en un salón del hotel Imperial ante un público casi enteramente occidental. Sin embargo, la representación nos impresionó, y dos años más tarde, cuando el *bunraku* se presentó en el Odeón, fuimos con Tomiko, que estaba en París. Es un arte de tan singular belleza que quiero referirme a él.

El *bunraku* se desarrolló sobre todo en el siglo XVIII entre la burguesía ascendente de Osaka. Es el único teatro de marionetas para el cual se escribieron obras de arte literarias; las obras, en general de esa misma época, suelen basarse en leyendas feudales; a menudo eran dramas burgueses en los cuales los sentimientos elevados eran llevados al paroxismo: un servidor mataba a su hijo para salvar al de su amo; dos enamorados se mataban porque les estaba prohibido casarse; las marionetas se mueven en un escenario angosto. Detrás, los hombres que las manipulan están escondidos a medias en un foso. Un decorado pintado en el fondo sugiere un paisaje o un interior. Primero llegan un tocador de shamisen y un cantor que se instalan a un lado del escenario; el cantante tiene un papel muy importante: sitúa la acción y presta su voz a los personajes. Luego vienen los operadores, trayendo los muñecos que se supone caminan por la escena. Su talla representa los dos tercios de la de un ser humano, pero la cabeza no es proporcionada, es mucho menor. Hay tres operadores por muñeco: el principal tiene las dos manos dentro del cuerpo, hace mover la cabeza, el cuerpo y el brazo derecho; su rostro está descubierto pero rigurosamente inmóvil; otro hace mover el brazo izquierdo, otro las piernas; llevan cogullas.

Escaneado con CamScanner

Los tres están vestidos con largas ropas negras. Siempre me gustaron las marionetas, pero nunca me habían satisfecho del todo; o estaban demasiado estilizadas, como para poder entrar en su juego, o eran prodigios técnicos en los que el arte no tenía cabida. Los japoneses han logrado el perfecto equilibrio entre el realismo y el distanciamiento. Cuando en el siglo XVIII los toscos muñecos antiguos se hicieron completamente vivientes, su rostro se animó y sus textos se inspiraron en la vida cotidiana, entonces aparecieron ante el público los operadores, el tocador de shamisen y el cantor que hasta ese momento estaban ocultos. Se entra fácilmente en el mundo de las marionetas; parecen seres débiles, necesitados de constantes cuidados; pero pronto los hombres que se afanan a su alrededor se nos borran. Pertenecen a otro mundo; son los dioses invisibles, las fuerzas del destino, el *revés* de la aventura que viven en la pasión y la libertad esos seres que sólo existen para los espectadores y que ignoran que son manipulados. Se expresan violentamente; el cantor expresa la desolación de su personaje con gritos casi inhumanos. Subraya con gestos el sentido de las palabras y de las entonaciones. Parecería que sus palabras, sus sentimientos emanan de los muñecos y que éstos dirigen por sí mismos sus movimientos. En París representaron, entre otros, un episodio de la célebre historia de los cuarenta y siete capitanes (la versión completa dura doce horas). Al fin uno de ellos se hace el harakiri. Se quita lentamente numerosas túnicas superpuestas para aparecer vestido sólo con un traje blanco. Cuando se abría el vientre con su sable quedábamos tan conmovidos como delante de un actor de carne y hueso porque habíamos sido transportados a un universo donde la muerte era tan plausible como la vida. Por primera vez en el teatro vi un cadáver que era realmente un cadáver. Abandonado en el proscenio, ni un soplo lo animaba.

¿Por qué me gustan tanto el *nô* y el *bunraku*? Ya lo expliqué: en el teatro occidental la relación entre lo imaginario y la realidad me resulta inconsistente.[2] En el *nô* y en el *bunraku*, uno se sitúa desde el principio en un universo *diferente* y perfectamente homogéneo. Las salmodias, los cantos, los gritos no se parecen a las manifestaciones comunes del lenguaje. Los rostros –enmascarados o tallados en madera– son inhumanos. Las emociones no se expresan mediante las mímicas o los gestos habituales, sino por indicaciones convencionales. En el *nô* son

2. Cf. pág. 226.

muy discretos; presa de la desgracia más desgarradora, el héroe se toca rápidamente la frente con un paño de su larga manga; en el *bunraku* son exageradas: el cantor hace girar enloquecidamente sus ojos. En ambos casos hay una resistencia a imitar la realidad. Pulverizándola logran aislar en su deslumbrante pureza el sentido del drama.

El teatro *kabuki* nació del *bunraku:* las obras escritas para marionetas fueron representadas en el siglo XVIII por actores de carne y hueso. En 1955, un conjunto japonés estaba de paso por Pekín y vimos unas muestras que nos sedujeron. En Tokio le consagramos una noche. El principal actor, un hombre mayor y corpulento, muy célebre, nos invitó a verlo maquillarse en su camarín. Nos descalzamos en el umbral –habíamos tomado pronto la costumbre de vivir sin zapatos la mitad del día– y nos sentamos en el suelo. Lo vimos cubrirse el rostro con cera, ponerse una peluca, revestir su kimono, lo que constituye una operación larga y complicada en la cual lo ayudaron varios asistentes. Terminada la transformación, en vez de un hombre viejo y feo tuvimos delante de nosotros una vieja repugnante. La obra combinaba sin ningún estilo una comicidad grosera, un realismo chato y un fantástico sin fantasía. Me aburrí soberanamente.

No me atraen nada las estampas japonesas, bastante vulgares, que hicieron furor en Francia a fines del siglo pasado. Pero hay en el museo de Tokio obras de calidad muy diferente, en las que encontramos ese equilibrio de estilización y de realismo que caracteriza al *bunraku.* Algunos trazos bastan para evocar un paisaje de montaña y nubes; en ese decorado personajes dibujados y pintados con extrema precisión viven momentos de su vida cotidiana. Así ocurre en las bellas pinturas sobre seda del siglo XI que representan a los discípulos de Buda; y sobre los rollos del siglo XII, donde se describe una escena inspirada en el incendio del palacio imperial: doscientos veintisiete personajes dibujados en tinta china y delicadamente coloreados huyen aterrados. Sobre un hermoso biombo de papel del siglo XVII están pintadas escenas de la historia de Genji sobre fondo de oro: un coche de dos ruedas tirado por una vaca se dirige hacia una torre. También sobre un fondo de oro que los aísla aparecen los retratos muy estudiados de ciertos ministros.

La noche que asistimos a un *nô,* había una cena posterior a la representación que fue acortada; se anunciaba un tifón y todos tenían prisa por volver a sus casas. Ya estábamos acostados cuando a eso de la una

Escaneado con CamScanner

de la mañana el viento se puso a aullar. Al despertarnos, nuestros cuartos estaban llenos de polvo, filtrado por las ventanas que el huracán había entreabierto. Fuera, árboles arrancados de cuajo yacían sobre las veredas. La madre de Tomiko y algunos de sus amigos que vivían en casas bajas, de estilo japonés, habían pasado una noche angustiosa: paredes y cristales temblaban. En los alrededores el tifón había causado muertos. Un pueblo situado al pie del Fujiyama había sido tragado por un torrente de lodo. Esas catástrofes apenas son consideradas como accidentes: forman parte normal de la vida japonesa. Durante la ocupación, los tifones recibían nombres de mujeres americanas. Hoy tienen números. Suelen venir del Sur y van hacia el Norte. Tomiko recordaba uno, años antes en el campo, que la había aterrado; parecía un nuevo diluvio; el agua entraba en la casa, su colchón estaba empapado y árboles enormes habían sido arrancados de cuajo.

Conocimos a la cuñada de Tomiko, Yoshko. Hija de un ministro de Justicia, es una de las cantantes más célebres del Japón: cada vez que aparece en televisión es un acontecimiento. Vivió mucho en París, donde cantaba —«cantaba solamente», precisó— en el Cabaret de los Nudistas. Fue muy amiga de Giacometti. Es también empresaria de espectáculos y la noche que la encontramos estaba un poco agitada porque esperaba, para la semana siguiente, setenta cantantes del Ejército rojo. Nos invitó a cenar en un restaurante lujoso que sólo tenía reservados; nos sentamos en el suelo delante de la mesa baja, descubriendo que había un foso debajo de nuestros pies; de ese modo parecíamos estar sentados a la japonesa, pero los inconvenientes de esta posición nos eran ahorrados; agradecimos el truco. Nos sirvieron deliciosa carne asada: en Japón es raro comer carne de ternera porque es muy cara. El pescado crudo era ya un lejano recuerdo; en los hoteles de Tokio comimos una excelente comida francesa. Había también cervecerías alemanas: en una de ellas rubias camareras estaban disfrazadas de tirolesas.

Nuestros amigos quisieron mostrarnos los alrededores. Primero en tren, después en coche fuimos hasta la pequeña ciudad de Hakone, y luego a un hotel, por encima de un lago rodeado de colinas. La vegetación era a la vez lozana y ordenada. En los pueblos me sorprendieron la limpieza de las casas y de los jardines, la elegancia de las flores que los campesinos cultivan alrededor de sus cuidadas huertas. Vimos la casa de campo de Tomiko, y una de uno de sus amigos, donde cena-

Escaneado con CamScanner

mos: me maravillan esos interiores desnudos donde lucen dulcemente los rubios tatamis y que el paisaje invade por todos lados. Yoshko había preparado una cena deliciosa de estilo chino.

Al día siguiente anduvimos por encima del lago por una preciosa carretera en los flancos de una colina, seguida antiguamente por los comerciantes que iban de Tokio a Kioto. Entre los territorios dependientes de esas ciudades funcionaba una aduana, transformada hoy en museo. Allí vimos samurais con el traje que usaban en el siglo XVIII y en las actitudes que solían adoptar en sus puestos de guardia.

Uno de los mayores placeres de los japoneses es la concurrencia a los baños. En Atami, donde nos detuvimos, la gente no se baña en el mar sino en los Baños, muy numerosos, y en donde hay piscinas, baños turcos y salas de masajes. A veces hombres y mujeres se bañan separadamente, a veces juntos: pese a ser muy reservados en el aspecto sexual, los japoneses no ven ningún mal en exhibir su desnudez en las salas de baños familiares o públicas. Eché una mirada a la sala reservada a las mujeres, y Sartre en el baño masculino. Luego visitamos la fortaleza que domina la ciudad y desde la cual se abraza con la mirada un gran trozo de costa. Almorzamos en un hotel, cuyo césped, plantado de rododendros, de pinos y de palmeras enanas de formas caprichosas, desciende en suave pendiente hacia el mar. En el vestíbulo, vi por televisión un combate de *sumo*, deporte que les gusta mucho; los combatientes son enormes y horribles masas de carne; se enfrentan de a dos con los torsos desnudos, y gana el que proyecta a su adversario fuera del círculo en el que pelean. El espectáculo me resultó aburrido porque cada lucha está precedida de un largo ceremonial, aunque luego dure menos de un minuto.

De regreso a Tokio, volvimos a salir casi en seguida para Kioto en el tren más rápido del mundo, el tren luz que devora 525 kilómetros en tres horas, alcanzando la velocidad de 250 kilómetros por hora. Su vía electrificada y elevada prescinde de pasos a nivel y de cambio de agujas; por ella no pasa ningún vagón de carga, siendo exclusiva para pasajeros. La circulación está regulada por máquinas electrónicas. Casi perdemos nuestro tren, demorados por un embotellamiento, y porque Tomiko estaba un poco perdida en la inmensidad de la estación. Hubiéramos subido fácilmente a otro; parten de Tokio alrededor de cincuenta por día, pero teníamos cita con amigos en éste y corrimos mucho para alcanzarlo: lo hicieron esperar tres minutos, lo que fue un

gran favor. Vimos arrozales verdeantes, pueblos graciosamente agrupados al pie de las colinas; pero el Fujiyama estaba anegado en brumas. Nuestros amigos nos hicieron observar que ningún viajero llevaba maletas, ni en este tren ni en el anterior: una bolsa les basta ya que no abandonan su trabajo por más de dos o tres días.

Kioto es tan célebre por su belleza que los americanos no la bombardearon. Conserva sus barrios antiguos y mil setecientos templos. Desde las ventanas de nuestro hotel veíamos viejas casas bajas, el pequeño río que atraviesa la ciudad, las calles bordeadas de tiendas. Nos gustó a primera vista. Nuestros amigos nos dijeron con rencor que a Gabriel Marcel, que nos había precedido, no le había gustado. Ante el río había mascullado: «Bah, no vale lo que el Sena.» Detestaba al Japón porque protegía oficialmente la anticoncepción.

Dimos una conferencia cada uno en un gran local. Los japoneses tienen tal sentido de la decoración que hasta un estrado de conferencias es un placer para la vista. Disponían junto a la cátedra uno de esos admirables ramos cuyo secreto guardan; detrás de nosotros se desplegaba un biombo dorado y por encima aparecían nuestros nombres en hermosos caracteres negros.

Vimos a mucha gente: escritores, especialistas de historia del arte, filósofos, estudiantes, profesores. Muchas veces conversábamos durante una comida. En Kioto había muchos restaurantes-jardines encantadores: detrás de una pared de cristal, algunos árboles, algunos bambúes están dispuestos dando la ilusión de un vasto paisaje; comíamos, en mesitas, platos nacionales cuyos nombres he olvidado. Y ternera, que uno mismo se cocinaba en pequeños calentadores, o sumergiéndola con la punta de un tenedor en un caldo hirviente.

Como Sartre había dicho al llegar, en una conferencia de prensa, que estimaba mucho la obra de Tanizaki, su viuda nos invitó. Antes de casarse con el escritor, que ya en su juventud había escrito novelas eróticas, ella era la mujer de uno de sus amigos; durante algún tiempo fue, con el consentimiento de su marido, la amante de Tanizaki, que a su vez estaba casado; él envió a su mujer a vivir con otro de sus amigos y se casó con la actual señora Tanizaki. La historia causó un cierto escándalo en los medios literarios. En *La confesión impúdica* y en las *Memorias de un viejo loco* el autor describe las experiencias eróticas de su vejez; en la primera novela, su amante es su mujer; en la segunda, su nuera. Teníamos curiosidad por conocerlas.

La señora Tanizaki habitaba en los alrededores de Kioto. Nos recibió en kimono, en el umbral de su casa, cambiando con Tomiko profundos saludos. Nos llevó al cementerio donde se alza la tumba del escritor y luego nos invitó a tomar té en un templo. Como antes ciertos monasterios, los templos son a menudo posadas donde se puede comer y dormir: algunos ni siquiera tienen un santuario. Un bonzo nos acogió en una especie de salón; nos hizo servir en grandes boles un puré verde, horriblemente amargo, que nos dijeron que era té japonés. Él jugaba con un rosario mientras Sartre interrogaba discretamente a la viuda sobre la vida sexual de su marido: ¿se parecía a lo que había contado? El hecho es que él había querido experimentar con ella ciertas prácticas descritas en su relato sobre la música ciega; al principio ella se había negado pero después había consentido, porque lo admiraba mucho. Pero era un artista y vivía las cosas sobre todo en su imaginación y sus costumbres eran muy puras. Mientras hablaba, enjugaba de cuando en cuando una lágrima imaginaria con la punta de su pañuelo, exactamente con el gesto del viejo actor al que le habíamos visto representar una heroína desconsolada. Algunos días más tarde la señora Tanizaki nos invitó a una «casa de geishas»; hubo danzas y cantos sin mayor interés. Estaba acompañada de su nuera, pero no hablamos con ésta.

Todas las noches paseábamos por el gran mercado cubierto; era un zoco iluminado con neón; allí se vendía de todo: productos del artesano local y productos manufacturados, ropas, alimentos de toda clase. También paseábamos por las calles de las geishas, muy numerosas en Kioto y que habitan un viejo barrio delicioso. Hay allí muchos restaurantes y bares que parecen acogedores. Entré con Sartre y Tomiko en uno de ellos: en seguida dos «huéspedes» se sentaron a nuestros pies. Estaban calladas pero su presencia era tan molesta que nos fuimos casi en seguida. Aun si salen mujeres solas, nos dijo Tomiko, son la presa de las huéspedes. Nuestro único recurso eran los salones de té donde felizmente sirven tanto whisky como té.

La ciudad imperial es muy hermosa, con sus construcciones de un solo piso, cubiertas de tejas verdes que se extienden en grandes distancias. El parque que la rodea es todavía muy hermoso. Por todas partes los jardines se integran a la arquitectura. La naturaleza está trabajada; la forma y la dimensión de los árboles les ha sido impuesta por sabios tratamientos; cada piedrita, cada puente, cada macizo, ha sido cuida-

dosamente estudiado así como la ubicación de las linternas de piedra. Son microcosmos donde cada elemento tiene un sentido simbólico: pero no tienen nada de afectado ni de recargado y encantan de inmediato la mirada. La mayoría del tiempo se levantan contra un fondo de «paisaje artificial», es decir que las montañas y los bosques parecen pertenecerles.

También vimos «jardines de rocas» que reúnen en un espacio estrecho grandes piedras de formas barrocas. El más notable es el jardín zen que vi dentro de un templo. El zen es una forma muy despojada del budismo que tiende a dar al hombre un perfecto dominio de su espíritu y de su cuerpo mediante un desprendimiento quietista. Ha influido en todas las artes: el tiro al arco, el teatro, la pintura. Hay un estilo en la jardinería que deriva del zen. El célebre «Jardín de piedras» de los alrededores de Kioto es un patio rectangular, cuyo piso está recubierto de arena blanca; el rastrillo ha trazado líneas, estrías, círculos: y hay quince rocas negras distribuidas entre ellas. Están colocadas de tal modo que nunca pueden verse más de catorce a la vez. En su austeridad, ese espectáculo nos cautivó, y lo contemplamos largo tiempo. Podíamos ver en ellas islotes emergiendo del mar o hundiéndose en él; o sobrevolados por un avión picos emergiendo de un techo de nubes; o el abandono del ser en el seno de la nada; o simplemente piedras negras sobre un fondo de arena blanca.

Visitamos en los alrededores de Kioto y en Nara, la antigua capital situada a cuarenta kilómetros, una gran cantidad de templos; los hay de dos clases: los sintoístas y los budistas. El sinto considera que los dioses, los hombres y toda la naturaleza han nacido de los mismos antepasados: consideraba al emperador reencarnación del Ser supremo; había, pues, una profunda relación entre esta religión y el Estado que los norteamericanos quebraron después de la guerra, juzgando al sinto responsable del nacionalismo y del belicismo japonés. Una «Directiva» impuso la separación total entre el sinto y el Estado. El resultado fue que los sacerdotes, privados del apoyo financiero del gobierno, se volvieron hacia el pueblo y se desencadenó una ola de adhesión popular hacia el sinto. Así prospera esta religión. Honra a la divinidad tal cual se manifiesta a través de las fuerzas naturales. El budismo rinde culto al Salvador que ha arrancado al hombre del ciclo infernal de las reencarnaciones para permitirle gozar un día de la paz del Nirvana y de las delicias del Paraíso. Los japoneses practican ambas religiones. Los

sacerdotes budistas se ocupan sobre todo de teología, los sintoístas celebran las ceremonias, en particular los casamientos; los ritos mortuorios son realizados por sacerdotes budistas. Éstos participan de los cultos sintoístas e inversamente.

Los templos sintoístas tienen un carácter popular. Están ampliamente abiertos al público. Pueden ser tan pequeños como una colmena, pero a menudo son grandes como un pueblo. Para entrar en ellos se pasa bajo un *torii,* un portal sin puertas constituido por dos pilares de madera que soportan dos vigas horizontales. Otros *torii,* arroyos, empalizadas, delimitan dentro del recinto del templo diferentes zonas. Los edificios y los *torii* son de madera, por lo general de vivos colores: rojo o naranja vivo. Casi siempre están rodeados de un jardín donde hay un lago y donde se levantan altas linternas de piedra. Suele haber pececitos rojos en los estanques y animales vivos en el parque: uno de ellos estaba poblado de gamos que venían a comer en las manos de los visitantes. Los templos comprenden por lo general numerosas construcciones: los pabellones donde acogen a los visitantes, los santuarios que están cerrados a los laicos. La puerta de esos «horden» está guardada por animales fantásticos. Sobre el atrio se colocan los vendedores de amuletos: hojas de papel, cascabeles, animalitos. Los fieles les ofrecen a los dioses ramitas con pedazos de papel blanco, que depositan en el exterior del santuario. Los sacerdotes sintoístas dan a menudo grandes fiestas en los patios o en ciertos pabellones con música y danzas sagradas.

Los templos budistas tienen líneas y colores más sobrios. Su recinto es por lo común menos vasto, sus jardines más austeros. Pero dentro suelen tener hermosos frescos y admirables esculturas: en bronce o en madera, estatuas de Buda, de Kannon, de guerreros, de músicos. Vi en Nara antiguas estatuas de Buda, bellas como las Koré griegas.

Una de las maravillas arquitectónicas de Kioto es el Pabellón de Oro. Este antiguo palacio, convertido más tarde en templo zen, tiene tres pisos: los dos más altos están recubiertos de oro. Se refleja en un pequeño estanque, sembrado, como todos los estanques japoneses, de minúsculos islotes. Se reconstruyó en 1955, después de un incendio causado, por misteriosas razones, por el joven sacerdote que estaba de guardia: el incidente inspiró una novela célebre en el Japón, del escritor Mishima.

Había en todos esos templos nubes de escolares, niños y niñas, que

Escaneado con CamScanner

reían y charlaban; todos por pequeños que fueran tenían máquinas fotográficas y no cesaban de sacar fotos.

Abandonamos Kioto. A través de magníficos paisajes, subimos en auto a la montaña Koya. Está cubierta de un monte de abetos; a sus pies se extiende a lo largo de kilómetros un cementerio muy antiguo; está rodeado de silencio y de una sombra espesa donde de tiempo en tiempo cae un rayo de sol. Los monumentos funerarios son muy simples: estelas y columnas. A menudo están representados los cinco elementos: esferas superpuestas que simbolizan el agua, la tierra, el fuego, el aire, el cielo, a veces aisladas, a veces agrupadas. De tanto en tanto vemos al pequeño dios riente que vela sobre la infancia. Lleva un babero blanco o rojo y flores rojas en los brazos; es el único toque de color entre los troncos sombríos de los árboles y las piedras grises. (Ese diocesito aparece muchas veces a la puerta de los templos: no se le admite en el interior de los santuarios.) Fuimos paseados entre las tumbas por un lama de cráneo rapado, vestido con un traje negro. Todos los que encontrábamos se interesaban por la obra de Sartre de un modo que me sorprendía, y venían a darle la mano; él tuvo lágrimas de emoción en los ojos. Otro, en otro sitio, me había hablado con entusiasmo de *El segundo sexo.* Había terminado riéndose: «Pero usted sabe que según nuestra religión, una mujer no puede ir al paraíso: primero tiene que reencarnarse en la forma de un hombre.» Era evidente que no creía una palabra de lo que decía.

Nuestro guía nos instaló en una de las salas del templo, abrigada pero abierta sobre un jardín, y allí comimos las provisiones que habíamos llevado. Luego, por un camino nuevo de montaña que al partir domina el mar desde muy alto, bajamos hacia Shima, al borde del Pacífico. Llegamos de noche y fue una sorpresa descubrir el paisaje por la mañana. Estábamos al fondo de una bahía cuyo borde recortado estaba cubierto de una vegetación abundante y seca; sobre las angostas bandas de agua, que cortaban los terrenos cubiertos de árboles, flotaban redes de madera, que eran ostrales: una vasta armada chata. Más allá de esta especie de fiordo se adivinaba, a lo lejos, el océano. A pesar de la lluvia un barco nos llevó por el agua. En barracas flotantes, las mujeres fabricaban perlas de cultivo: entreabriendo la ostra viva, deslizaban un trocito de nácar bajo su carne, y la volvían a cerrar. Luego colocaban las ostras en cestos sujetos por encima de las balsas y quedaban bañados por el mar. Se obtienen perlas tanto más grandes

Escaneado con CamScanner

cuanto más se las deja, pero el riesgo de una tempestad que destruiría los parques es también muy grande: en general el «cultivo» dura cinco años. En Shima nadie recoge en el fondo del océano las ostras perlíferas; pero vimos zambullirse a una mujer que iba a buscar bajo el agua esos grandes moluscos de carne prestigiosa en sus hermosas conchas nacaradas que en inglés se llaman *abalone*.

Almorcé en el hotel una langosta pescada en la bahía y fuimos al templo de Ise, el más antiguo del Japón y el más venerado. Es un templo sintoísta, de una arquitectura austera y cuya madera no está pintada. A través de él se cumple la unión de la humanidad con las fuerzas naturales; pero para que éstas permanezcan eternamente vivas, debe permanecer siempre joven, y por ello se reconstruye cada veinte años. Al lado del edificio actual se extendía un terreno sobre el cual apuntaba la futura construcción. El templo está situado en medio de esos abetos de altas cimas, de amplios troncos, que son una de las bellezas naturales del Japón. Es un lugar de peregrinación y había muchos visitantes. No se entra en el santuario; pero en un pabellón vecino un bonzo había organizado para nosotros danzas sagradas.

De regreso a Kioto, Tomiko se empeñó en hacernos pernoctar en una posada japonesa. Había elegido la mejor de la ciudad, pero no nos convenció. El cuarto era agradable, enteramente vacío, pero prolongado por una galería donde había una mesa y dos sillones; a través de la pared de cristal se veía un gran ramo de bambúes. Había que descalzarse para entrar en el hotel; el personal se prosternaba a nuestra llegada y a nuestra salida; nuestra puerta no se cerraba con llave; la gerente entraba en nuestro cuarto de improviso y el primer día insistió en que tomáramos un baño a las cinco de la tarde. Preferimos la impersonalidad de los hoteles occidentales. Por lo demás, sólo nos quedamos dos días: volvimos a ver los rincones de Kioto que más nos gustaban.

Pasamos una tarde en Osaka. Vimos un barrio popular en el cual muchos rostros nos parecieron melancólicos. Después de la cena partimos en taxi para Kobe, desde donde debíamos embarcarnos hacia el mar interior. Durante cuarenta kilómetros, la ruta atravesaba un paisaje de fábricas. Tomiko recomendó al chofer que condujera despacio. No iba demasiado deprisa, pero sí conducía con brusquedad y torpeza inquietantes. Los choferes de taxi japoneses son peligrosos. Están agotados, porque empiezan a trabajar a las ocho de la mañana y terminan

a las diez de la noche. Luego descansan más de veinticuatro horas; pero como ganan muy poco, hacen trabajo extra durante su jornada de descanso. Muy a menudo tienen accidentes. En general la tasa de accidentes de coches es muy alta en Japón; bate el récord mundial. Hay 3,3 muertos cada 1.000 automóviles, debido a insuficiencias de la red de carreteras, pero también a la manera de conducir de los japoneses, a los que llaman los *Kamikazes* del volante. Temerarios, violentos, ignoran resueltamente el código de carretera. Quedé, pues, muy aliviada cuando llegamos a Kobe y vi nuestro hotel. El taxi se dirigía hacia él, cuando vi a nuestra derecha un coche que se venía sobre nosotros. Indiferente, nuestro chofer continuó su camino. Grité: «¡Qué idiota! ¡Tenía que ocurrir!» Y pum: los dos coches se incrustaron uno en otro. Nuestro chofer se había saltado una luz roja. Atrás Tomiko, Sartre y yo no sufrimos mucho el golpe, pero un joven colaborador de Watanabe, sentado adelante, sangraba bastante y tenía aire extraviado. Un coche policial llamado por un transeúnte lo condujo a un hospital. No tenía nada grave y pudo partir al día siguiente para Kioto. Pero los vehículos estaban deshechos. La noticia corrió, y durante toda la noche los periodistas nos asediaron y Tomiko recibió un montón de llamadas.

Al otro día, instalados en un gran barco confortable navegamos por el mar interior, tranquilo, sembrado de islotes rocosos, entre costas recortadas. Hicimos escalas en varios puertecitos. Por primera vez Sartre llevaba una cámara fotográfica, sirviéndose de ella tan ardorosamente como un japonés.

Dormimos en Beppu, una estación termal. Desde el hotel, situado en lo alto de una colina, veíamos a nuestros pies la ciudad desde la que subían vapores de diferentes fuentes; fuimos a verlas a la mañana siguiente. Había una cuya agua era roja, otra dentro de la cual escupía periódicamente un géiser hirviente; otra estaba cubierta de nenúfares de hojas tan grandes que uno hubiera podido sentarse encima. Desde allí partimos hacia el monte Aso, en un coche prestado y conducido con habilidad y prudencia por un amigo de Tomiko; al comienzo del viaje, para no molestarnos, tuvo la delicadeza de hacerse pasar por un chofer profesional: al fin ella nos reveló la verdad.

El monte Aso es un volcán de corteza hinchada, cuyo vasto cráter escupe fumarolas y espesos humos; sus paredes plegadas, excavadas, retorcidas, tienen colores infernales: verdes grisáceos, grises blancuzcos, gris negro. A menudo vomita lava y piedras. Sus contornos son

Escaneado con CamScanner

un desierto de ceniza. Al ir descendiendo se va encontrando poco a poco una vegetación achaparrada, luego hierba y hermosos cardos rosados.

Dormimos en el pequeño pueblo de Komamuto. Desde la ventana de mi cuarto podía ver, sobre el césped del hotel, mesitas en las que había hombres sentados atendidos por geishas. Es habitual que las esposas no sean convidadas a los banquetes y que los papeles femeninos estén a cargo de geishas. Éstas eran menos tiesas que las que nos habían tocado a nosotros. Cantaban canciones ligeras, se reían mucho y aceptaban que las golpearan familiarmente en las nalgas.

Al día siguiente dimos un magnífico paseo por un paisaje insólito: un archipiélago cuyas islas estaban unidas entre sí por cinco inmensos puentes. Se acababa de inaugurar la carretera, que nuestros amigos nos hicieron admirar muy contentos: hasta estos últimos años las carreteras japonesas estaban entre las peores del mundo. Ya dije que esta sociedad en expansión descuidó los servicios públicos. Pero el Estado acababa de emprender la construcción de caminos y las autopistas con peajes se multiplicaban. Ésta era asombrosa. Uno creía estar a veces sobre lagos rodeados de tierra, a veces en islas rodeadas de agua.

Por la noche llegamos a Nagasaki. Por esta ciudad penetró Occidente en el Japón y quedó marcada por las predicaciones de los misioneros; todavía cuenta con muchos católicos; se venden muñecas vestidas de religiosas. Visitamos la «casa de Mme. Butterfly»: en medio de un jardín desde donde se tiene una gran vista sobre el puerto hay una villa en la que un inglés vivió muchos años con una japonesa. Paseamos por el puerto y por los barrios ocupados en el siglo pasado por los comerciantes europeos. En el centro de la ciudad se extiende un gran mercado cubierto, un dédalo de calles bordeadas de tiendas donde se vende de todo: pececitos rojos, globos, máscaras, pájaros, flores artificiales, linternas y todos los utensilios, ropas y alimentos imaginables. Subimos hacia los templos que se alinean en la cumbre de la colina, entre bellos jardines. Y fuimos a ver el «parque del recuerdo», en un barrio ubicado junto al lugar donde cayó la bomba atómica. Han levantado allí una estatua gigantesca y horrenda.

Al final del día tomamos un avioncito que durante veinticinco minutos sobrevoló un hermoso panorama de montañas, de arrozales y de pueblos: los cultivos verdes recubrían la llanura y subían al asalto de los valles, quebrándose al fondo contra rocas estériles. Aterrizamos en

Fuoka, una ciudad industrial muy fea, pero que la noche, con sus ríos de neón, transfiguraba. Cenamos con una mujer escritora que eligió vivir con su marido en un pueblo de los alrededores cerca de una compañía minera, para ayudar a los obreros en su lucha. La condición de éstos es efectivamente abominable. Los que trabajan directamente para la mina son protegidos por un sindicato, pero la mayoría son *kumifu*, proporcionados por los contratistas, los *kumi*. El sindicato no se preocupa por ellos. Reciben apenas la mitad de un salario normal y no tienen derecho a la seguridad social. Se encargan de los trabajos más peligrosos; muchos mueren o son heridos en desprendimientos. Habitan en campos que son vigilados por la noche por guardias armados, generalmente reclutados en las prisiones entre los criminales de delitos comunes. Les es imposible a esos parias evadirse. Cuando se espera a un inspector de trabajo, se los esconde en una galería para que no puedan hablarle. La joven que nos lo contaba y su marido vivían entre ellos y los animaban a agruparse para resistir. Al principio los mineros desconfiaban de ellos, pero poco a poco se acostumbraron a pedirles consejo. Con el socorro financiero de intelectuales de izquierda, edificaron juntos una «casa de la solidaridad». Ésta ayudó a los que estaban sin trabajo a redistribuirse cuando la dirección cerró cierto número de galerías.

Ese sistema de trabajo forzado está extendido en el Japón: los estibadores, los jornaleros, los obreros de la construcción, constituyen un subproletariado sometido a un intermediario que sirve a la empresa. Vienen por lo general del campo, desplazados por la mecanización. Viven en especies de guetos, cerca de su lugar de trabajo, y el patrón contrata cuidadores de confianza para que les impidan alejarse.

Al día siguiente anduvimos una hora en ferrocarril a través de una zona industrial para llegar a un puerto en el cual las mujeres se dedican a la descarga de mercancías: yo tenía que hacerles un reportaje para la televisión. Una lancha automóvil nos llevó al pie de un gran barco, al que trepamos por una escala. Al fondo de la bodega, en medio de una nube de polvo acre, se veía un hormiguero: eran mujeres que, con palas, llenaban de abonos químicos los sacos que una grúa acarreaba. Subieron al puente empapadas de sudor; una tenía más de sesenta años. Las interrogué. Una de ellas dijo con tono reivindicador que tendría mucho que decir si quisiera abrir la boca. Se expresaron con timidez, pero la dureza, la injusticia de su condición no era menos

flagrante; trabajaban ocho horas diarias, en condiciones agotadoras, todos los días, aun en domingo. (Era justamente un domingo.) A pesar de las leyes oficiales reciben menor sueldo que los hombres. Además son ellas las que, como en todos los países, asumen todas las tareas domésticas. Se quejaban de eso, así como de la desigualdad de los salarios. Es un fenómeno muy general en el Japón. Una estadística oficial indicaba, en 1962, que el salario medio de las mujeres era de seis mil yen por mes contra treinta y cinco mil yen para los hombres. El 35 % de la mano de obra japonesa son mujeres.

Por la noche aterrizamos en Hiroshima. Un prospecto turístico que leí en el avión, comienza con estas palabras: «Hiroshima es célebre sobre todo por los cinco ríos que la atraviesan.» Accesoriamente mencionan que la ciudad fue destruida. Enteramente reedificada, sus amplias avenidas se cruzan en ángulos rectos; por la noche centellea: es la ciudad japonesa que cuenta con mayor número de restaurantes, de bares, de boites. Esta noche, invitados a un suntuoso restaurante de estilo occidental, con una orquesta de jazz, me costaba convencerme de que estábamos en Hiroshima.

En realidad —a pesar del despliegue turístico— el país ha conservado un horrible recuerdo de los bombardeos atómicos, y es hoy profundamente pacifista. En 1951, los norteamericanos autorizaron y aun incitaron a los japoneses a volverse a armar, y éstos se negaron. El gobierno —y el conjunto de la población se lo reprochó vivamente— consintió solamente en crear una fuerza policial de reserva, convertida después en una fuerza de autodefensa, pero que en 1966 sólo contaba con doscientos cincuenta mil hombres repartidos en el ejército, la flota y la aviación.

Nadie en el Japón se plantearía la fabricación de una bomba atómica; gran parte del país —entre otros el más importante de los sindicatos, el Sohyo— preconiza la neutralidad. En realidad, gracias a las bases japonesas y a la ayuda económica del Japón los americanos han podido conducir la guerra de Corea y la de Vietnam: pero la política proamericana del gobierno ha suscitado violentas oposiciones.

Hay en Japón dos movimientos por la paz: uno condena todas las armas atómicas; el otro, exclusivamente las norteamericanas. Ambos son muy activos, y especialmente en Hiroshima, bautizada «la ciudad de la paz». Por la mañana, el vestíbulo de nuestro hotel estaba lleno de emisarios de las dos organizaciones: como Sartre no quería herir a na-

Escaneado con CamScanner

dic, rechazó todas sus invitaciones. Partimos a través de la ciudad, guiados por Tanabé: es el responsable de la «Fundación destinada a ayudar a las víctimas de la bomba» creada por el norteamericano Morris. Nos mostró primero la ruina que perpetúa el recuerdo de la catástrofe: la de un gran edificio de estilo austríaco –un banco o una gran tienda– tan sólidamente construido que fue el único que escapó de la destrucción. Esta reliquia no tenía nada de emocionante, salvo cuando pensábamos que era la única *ruina* vista en el Japón. Cuando los viejos monumentos de madera se derrumban, los vuelven a construir de modo que son eternamente nuevos. Al lado estaba el *Memorial* donde cada año se siguen enterrando nuevas víctimas, que suelen morir de leucemia. Luego fuimos al museo. En las vitrinas se exponen fotos de la Hiroshima devastada: inmensas extensiones calcinadas. Las fotos muestran hombres mutilados, espaldas quemadas, cuerpos cubiertos de espantosos tumores cutáneos llamados queloides. Temía que los momentos que iban a seguir a esta visita fuesen todavía más penosos: un taxi nos condujo al hospital. En el camino alguien lo hizo detener para comprar un ramo que me pusieron en los brazos. El director nos recibió en su escritorio, lleno de periodistas y de fotógrafos. Allí atendían gratuitamente, cuando caían enfermos, a los que el día del bombardeo se encontraban en una cierta zona, nos explicó. En ese momento había doscientos cincuenta, la mayoría leucémicos. Nos preguntó: «¿Quiere usted ir a ver a la enferma o prefiere que ella baje?» Subimos, seguidos por toda la tropa de periodistas y entramos en un cuarto de dos camas; en el primero estaba acostada sobre la espalda una vieja cuya mano, posada sobre la colcha, temblaba sin parar. Una mujer de unos cuarenta años, de rostro apagado, estaba sentada en la cama del fondo. Me empujaron hacia ella y le di las flores, ametrallada por los fotógrafos. Esta ridícula ceremonia frisaba con la indecencia. Sólo aceptamos ver a otros enfermos a condición de ir sin escolta. Y abreviamos lo más posible la desagradable ceremonia.

Por la tarde fuimos a la Fundación, un pequeño pabellón modesto donde las víctimas de la bomba pueden reunirse o solicitar ayuda. Íbamos a reunirnos con algunos; y pensábamos que la entrevista iba a tener un carácter privado. Quedamos desagradablemente sorprendidos al descubrir que teníamos que instalarnos en un estrado, ante micrófonos, mientras nuestros interlocutores estaban sentados en el suelo a nuestros pies. Al fondo de la sala había un equipo de televisión, fotó-

grafos, periodistas. No fue fácil entablar la conversación. Sin embargo lo hicimos; y volvimos a quedar sorprendidos. Esperábamos que esos seres todavía ilesos fuesen amargos y vindicativos: eran humildes y resignados. E incluso tenían vergüenza de sus flaquezas, de sus cicatrices, de su incapacidad para el trabajo. Algunos emigraron hacia otras ciudades donde disimulan su desgracia como una tara: si dijeran la verdad no encontrarían empleo. El gobierno no les pasa ninguna pensión, salvo a los que eran funcionarios; no indemnizan a ninguna de las víctimas civiles de la guerra, que fueron tan numerosas en Tokio como en Hiroshima. En Hiroshima, muchos sobrevivientes viven en barrios miserables que no nos mostraron.

Al día siguiente tomamos con cierto alivio el tren para Kurashiki, una de las raras ciudades del Japón preservada de guerras y temblores de tierra. Todo el día siguiente nos paseamos por ella. Por el medio corre entre dos filas de sauces un estrecho arroyo cruzado por pequeños puentes. Las viejas calles están rodeadas de casas bajas, con techos de tejas verdes; en los negocios ampliamente abiertos se ven artesanos que fabrican sombrillas, linternas, abanicos; bonitas insignias con caracteres negros decoran las tiendas más importantes. Un vendedor de tejidos nos hizo visitar su casa, que comprendía varios patios interiores y jardines con pabellones de madera. Fuimos a ver un pueblo a varios kilómetros de allí; la granja donde entramos estaba notablemente limpia y confortable.

En ciertas regiones, los campesinos son muy pobres. Pero en su conjunto su condición ha mejorado mucho. Después de la reforma agraria, el 90 % son propietarios. Sus cosechas, sobre un mismo terreno, son dos o tres veces más abundantes que a principios de siglo gracias a los riegos del suelo, a la mecanización del trabajo agrícola, a la cantidad de abonos que emplean: cinco veces más que un campesino francés para la misma superficie. Por lo demás, los miembros de las familias campesinas tienen a menudo un empleo anexo en la ciudad más próxima: trabajo manual o pequeño empleado. Su nivel de vida es mejor que el de antes: se alimentan debidamente, cuidan su casa, su jardín, sus ropas, leen.

De vuelta a Tokio, participamos en un gran acto contra la intervención norteamericana en el Vietnam. La actitud de los japoneses con relación a Norteamérica es ambivalente. Económicamente aceptan una alianza de la cual extraen provecho; pero sobre el plan po-

lítico-militar, la encuentran peligrosa; los expone en caso de conflicto a ser tratados no como un pueblo neutral sino como adversarios; protestan contra la ocupación de Okinawa, contra las bases aéreas. La izquierda es resueltamente antiamericana; por medio de manifestaciones antiamericanas los Zengakuren se dieron a conocer en 1960. La mayoría de los estudiantes y de los intelectuales japoneses se sienten extremadamente tocados por la guerra de Vietnam; una estrecha solidaridad los une a ese pequeño trozo de Asia; la criminal injerencia americana no choca sólo con su pacifismo y su sentido de justicia; se saben directamente amenazados por el imperialismo de EE.UU. Las manifestaciones contra la guerra de Vietnam son frecuentes. En el 65 se creó un movimiento por la paz en Vietnam convocado por veintiocho intelectuales. A la cabeza estaba el escritor Oda, con el que nos reunimos muchas veces. El acto al cual nos había invitado se realizó en un anfiteatro curiosamente situado en el último piso de una gran tienda. Sartre y yo dijimos algunas palabras. Hablaron profesores y escritores. El público, muy numeroso, oía con gran atención, pero siguiendo las costumbres japonesas aplaudía muy discretamente.

. Me dijeron que también en Tokio existen esos campos de trabajo donde se pudre el proletariado, pero evidentemente esas visitas no estaban previstas. Hay también barrios miserables donde la gente se hacina en barracas de madera sin agua y sin calefacción, de a tres o cuatro por cuarto: nos hablaron de eso sin proponernos ir. En general, los japoneses están mal alojados. Visitando en una H.L.M. de los alrededores de Osaka el apartamento de un profesor, quedé sorprendida por su exigüidad y su fealdad. Las bonitas casas que me gustaron al comienzo del viaje pertenecían a privilegiados; pero incluso son muy poco confortables en invierno, porque es imposible caldearlas.

Todas nuestras entrevistas nos lo confirmaron: si el Japón es rico, los japoneses son pobres. La enseñanza, aun la universitaria, está muy mal pagada. Hay muchos estudiantes y casi todos diplomados, pero eso no les sirve para nada: se transforman en pequeños empleados con un nivel de vida muy bajo. Los veinte millones de artesanos que ejercen un oficio en familia apenas logran sobrevivir. En las grandes empresas, los salarios de los obreros son decentes: pero ya vimos qué débil porcentaje representan en el conjunto de la industria. Una buena parte de la población es no sólo pobre sino miserable: el 20 % de los

hogares –es decir, unos veinte millones de individuos– viven «a nivel de subsistencia», es decir, que están subalimentados.

También nos hablaron de la curiosa condición de esos desechos de la sociedad llamados los eta. Son tres millones, y aunque pertenecen a la misma casta que los japoneses, constituyen una casta despreciada. No se conoce bien el origen de esta discriminación, pero es muy rigurosa. Un pequeño grupo es rico; me hablaron de algunos que son dueños de grandes tiendas; pero un japonés no le concederá nunca la mano de su hija: los matrimonios entre japoneses y etas están prohibidos. Casi todos son extremadamente pobres porque los japoneses se niegan a controlarlos. Viven en guetos, sin agua, sin baños.

No comprendí nada en nuestro viaje de regreso. Eran las once en Tokio cuando despegamos en plena noche; el reloj marcaba las once y era pleno día en Anchorage: el paisaje estaba más nevado y más desolado que un mes antes. Era noche de nuevo cuando sobrevolamos el Polo y pleno día cuando aterrizamos en París.

Escaneado con CamScanner

6

Durante nuestro viaje de 1962 a la U.R.S.S., nos había parecido asistir a un «deshielo» todavía más definitivo que el de 1954. Sartre había vuelto a Moscú a comienzos de julio del 62 para participar en un congreso del Movimiento de la Paz. Había abordado el problema de la cultura. Tomando como ejemplo a Kafka había mostrado cómo en los países del Este la cultura era utilizada con fines partidarios. Pero la cultura no es un arma, había dicho. En lugar de rechazar en bloque la cultura occidental, los soviéticos habrían ganado integrándola. Jruschov afirmaba, sobre el plano político, la necesidad de una coexistencia basada en una competencia pacífica. Así, sin dejar de oponerse, ambas culturas debían coexistir y no tratar mutuamente de anularse. Esta idea de una unidad en la lucha había seducido a aquellos intelectuales a los que tildaban de liberales o progresistas y que combatían el conformismo. Deseaban proseguir un diálogo con Sartre. Y esa fue una de las razones que nos decidieron a volver a menudo a la U.R.S.S. Hasta el 66 pasábamos algunas semanas todos los veranos. Teníamos curiosidad por seguir su evolución; nos atraían sus paisajes, la belleza de sus antiguas riquezas culturales. Pero sobre todo porque habíamos hecho amigos; deseábamos tanto más mantener lazos con ellos, cuanto que en su lucha contra los conformistas perdían año a año terreno. Sartre disponía de importantes derechos de autor en Moscú y pagaba todos nuestros gastos. Obteníamos un visado gracias a la invitación de la Unión de escritores, que ponía a nuestra disposición una intérprete –que siempre fue Lena Zonina–, encargada a través del Inturist de toda la organización material.

Teníamos relaciones muy cordiales con Ehrenburg. Era él sobre todo quien nos tenía al corriente de la vida cultural rusa y nos revelaba sus entretelones. Venía a menudo a París. En Moscú íbamos a verlo a su dacha; una bonita casa, sencilla, rodeada de un jardín donde

Escaneado con CamScanner

le gustaba cultivar él mismo flores y legumbres; estaba muy orgulloso de haber importado una planta desconocida en Rusia, la alcachofa. También lo íbamos a ver a su apartamento cerca de la avenida Gorki. Era un museo. Habiendo vivido mucho en París, antes de la guerra, como corresponsal de *Izvestia*, había conocido en Montparnasse a todos los pintores de la época; poseía una inmensa colección de cuadros dedicados y regalados por ellos: entre otros muchas telas, dibujos y litografías de Picasso; en sus paredes tenía obras de Chagall, Léger, Matisse y rusas: Falk, Tishler. Entendía mucho de pintura y sostenía en Moscú a los artistas que representaban la vanguardia. En literatura era menos abierto. Condenaba a Kafka, a Proust, a Joyce, y sólo le gustaban muy parcialmente los libros de Sartre. Sin embargo, al envejecer se iba haciendo más tolerante, y era posible la discusión sobre cualquier tema. En la U.R.S.S. protegía a los jóvenes escritores anticonformistas. La juventud lo amaba. Estaba menos elegante que en Helsinki y físicamente había envejecido: le quedaba un solo diente. Si no se había hecho una prótesis fue sin duda porque los soviéticos les tienen miedo a los dentistas; por falta de técnica o por indiferencia hacen sufrir mucho a sus pacientes. Intelectualmente conservaba todo su encanto; sabía contar anécdotas bien elegidas.

Cada vez que íbamos cenábamos dos o tres veces en casa de los Cathala. Antiguo compañero de Sartre en la Escuela Normal, Cathala había sido gaullista durante la guerra y se había hecho comunista en el 45. Se ocupaba de la publicación de obras rusas en francés y era un excelente traductor. Su mujer era rusa, muy morena, vivaz y encantadora; trabajaba en una revista. Vivían en un bonito apartamento: muchos libros, grabados, y una notable colección de pipas. Ambos eran espíritus abiertos y libres, dotados de un sentido crítico mordiente. Estaban muy bien informados de lo que pasaba en el país. Conocían a mucha gente y nos beneficiaban con ello.

También éramos muy amigos de Doroch, del cual hablé en *La fuerza de las cosas;* especialista en historia del arte, le interesaba la agricultura y escribía sobre esta cuestión textos que aparecían en *Novy Mir.* Era intelectualmente más abierto que Ehrenburg; en cuanto los conoció le gustaron Kafka y Brecht. Lamentablemente, no hablaba francés y la conversación se hacía un poco lenta.

Conocimos a otros escritores y también traductores, intérpretes, funcionarios de la Unión de escritores. Nuestra más íntima amiga era

Lena, una hermosa mujer morena de unos cuarenta años, de una cultura y una inteligencia excepcional. Nos contó muchas cosas de su vida. Su padre, su madre, sus tíos habían sido ardientes bolcheviques: se los ve en una foto agrupados alrededor de Lenin. La madre de Lena tenía entonces veinte años; su hija, con veinte años más es su vivo retrato. Poco después de su nacimiento, los padres de Lena se separaron; ella veía a menudo a su padre pero vivía con su madre. Hizo sus estudios en Moscú, entrando en la Universidad donde se especializó en lengua y literatura francesas: sus profesores le anunciaban un brillante porvenir: deseaba llegar a ser profesora y escribir. Al estallar la guerra se enroló y fue enviada al norte de Leningrado, donde trabajó en tareas administrativas. Una pequeña foto la muestra de uniforme, con gorra y aire marcial. Sentados en un banco del Campo de Marte, en Leningrado, nos contó cómo, durante un permiso, lo había atravesado para irse a hacer la permanente; de pronto había estallado un bombardeo; como buen soldado, había tratado de mantener la cabeza alta y un aire digno, mientras se apresuraba para llegar lo más rápido posible al peluquero. Deseando estar más cerca del frente, se hizo enviar a Pskov. Después de la victoria, reanudó sus estudios en la Universidad.

Era entonces cerradamente stalinista: Stalin encarnaba a sus ojos la revolución y la patria a un mismo tiempo; acababa de salvar al país. Como su mejor amiga lo había criticado, Lena la amenazó con matarla con sus propias manos si se convertía en una contrarrevolucionaria, y no la volvió a ver nunca más. Algunos meses más tarde se encontró en la calle con un amigo de su padre que le anunció que éste había sido enviado a un campo. Quedó tan impresionada que perdió por tres días el uso de la palabra. Poco después le dieron a entender que la deportación de su padre le cerraba la Universidad. Por otra razón su madre fue excluida del Partido. Uno de sus amigos ocupaba un cargo en el exterior y, según la lógica de la época, eso bastaba para que un buen día fuese considerado enemigo del régimen y arrestado. Ella misma se volvió sospechosa. Lena quedó trastornada por tener que abandonar sus estudios y todavía más por ser víctima de tal injusticia. Nunca se repuso de ese golpe y su fe en Stalin murió.

Supo que Ehrenburg buscaba una secretaria; ella se ofreció, advirtiéndole que su padre estaba en un campo. Él la aceptó, en un acto de coraje por el cual ella le quedó muy agradecida. Tenía mucho cariño

por el «viejo», como le llamaba. Trabajó con él durante muchos años y luego él le consiguió un cargo en la Unión de escritores.

Después de la muerte de Stalin, los campos se abrieron, y el padre de Lena volvió, muriendo poco después. Su madre se reintegró al Partido.

Lena se había casado con un arquitecto con quien no se entendía intelectualmente. Se divorció y se casó con un crítico al que estimaba mucho, pero él no podía tener hijos y al cabo de unos años ella deseaba uno. Tuvo una relación con otro escritor. Al nacer su hija se divorció, pero inscribió a la recién nacida con su apellido solamente —cosa que es común en la U.R.S.S.— y no fue a vivir con el padre. Deseaba su independencia y, como muchas madres soviéticas, tenía un vivo sentimiento de superioridad con respecto a los hombres. Se instaló con su bebé y su madre en un pequeño apartamento cerca de la Unión de escritores. Su madre, como estaba enferma y no trabajaba, la ayudó a criar a Macha. Lena estaba muy ocupada; pasaba horas en su despacho, hacía algunas traducciones y escribía en revistas artículos críticos muy estimados.

Hacia 1960 su hija cayó tan enferma que ella temió por su vida. Habiendo curado, hizo un viaje a Francia. Descubrió con emoción que ese país representaba mucho para ella; pero durante toda su estadía se sintió incómoda; le horrorizaba el sistema capitalista, pero la opulencia occidental la desalentaba tanto como la fascinaba; sufría, por contraste, pensando en la austeridad a la que sus compatriotas estaban condenados. De vuelta a la U.R.S.S. tuvo una crisis de diabetes debida sin duda al miedo de perder a Macha y a la impresión que experimentó a su llegada a París; tuvo que guardar cama y el mal se agravó, porque los médicos no supieron establecer de inmediato un diagnóstico exacto. Se salvó apenas. Quedó obligada a ponerse una inyección diaria de insulina y a tomar precauciones.

Habíamos simpatizado en seguida y luego mi estima por ella no hizo más que crecer. Admiraba la fuerza de su carácter. Habían quebrado su carrera y la vida que llevaba no era la que ella hubiera querido, pero nunca se compadecía de sí misma. No esquivaba ninguna responsabilidad y se negaba a toda transacción. Cuando, antes del 62, llevaba a escritores franceses a visitar el Mausoleo donde todavía estaba Stalin, nunca entraba. No había nada tibio en ella. Tenía la pasión de la justicia y de la verdad, pero no caía ni en el dogmatismo ni en la pedante-

ría; era alegre, irónica, y a veces, muy graciosa. Había entre nosotras ese lazo mal definido, un acuerdo: una manera de comprenderse con un cuarto de palabra, de hacer espontáneamente los mismos juicios sobre las cosas y la gente, de ser sensible a los mismos matices, de reír o de sonreír en el mismo momento. Era un gran placer pasearse con ella o charlar, tomando un vaso de vodka en su pequeño apartamento.

Durante el otoño de 1962, prosiguió la liberalización de la cultura. En octubre, *Pravda* publicó, con el asentimiento de Jruschov, el poema de Evtuchenko, *Los herederos de Stalin*, denunciando la sobrevivencia del stalinismo: el poeta pedía que se triplicara la guardia que estaba en la tumba de Stalin a fin de que éste no resucitara. Jruschov autorizó también la publicación en *Novy Mir* del libro de Solyenitzin en que éste describía su experiencia en los campos stalinistas, *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. En sus *Memorias*, que aparecían en la misma revista, Ehrenburg hablaba muy libremente del arte occidental. Nekrasov en un artículo contaba su viaje a EE.UU. y el que había hecho por Italia: era una relación imparcial donde muchos elogios se mezclaban a las críticas. Voznosenski publicó un libro de poemas: *La pera triangular* que no era nada conformista. Lo encontramos en París[1] como a Nekrasov y a Paustovski y los tres se felicitaron del nuevo clima que reinaba en Moscú. Esto terminó por decidirnos a ir para Navidad. Sin embargo en diciembre las cosas se estropearon un poco. En el edificio llamado del Picadero una gran exposición reunía pinturas y esculturas modernas. Habiéndolo visitado Jruschov condenó en términos violentos el formalismo y el arte abstracto. Ilyitchev, jefe de Propaganda, pronunció un discurso contra la «coexistencia ideológica»: lo sembró de observaciones antisemitas y atacó especialmente a Ehrenburg.

Pero, a nuestra llegada a Moscú, la exposición no estaba cerrada y pudimos visitarla. Había muchas obras académicas, pero también telas de esos pintores de los años 20 que Ehrenburg amaba: Falk, Tihsler. Y obras de artistas contemporáneos que buscaban nuevos caminos: el pintor Weisberg, el escultor Neizvestni entre otros. Poco tiempo después, fueron retirados. Ehrenburg se preguntó si los pintores conformistas no habían invitado a los otros a exponer por puro maquiavelismo: para que así quedara evidenciado el carácter decadente de un arte que sería prohibido más severamente que nunca.

1. Lo habíamos conocido en Moscú en el 62.

¡Qué alegre era Moscú bajo la nieve y un cielo tan azul! Las ramas de los árboles y hasta las más finas ramitas estaban empolvadas de una centelleante blancura. Mucha gente andaba en esquíes y se dejaba resbalar alegremente por las calles en pendiente. Todos los transeúntes, arrebujados, tenían los brazos cargados de paquetes; en sus abrigos forrados de colores vivos los niños parecían ir a un baile de disfrazes. En las plazas se levantaban grandes pinos nevados. Todas las calles tenían un aire de fiesta. Simonov y su mujer nos habían invitado a festejar la Navidad en el vestíbulo de un teatro cercano a la plaza Maiakovski. Hacía menos de 20° bajo cero. Al llegar veíamos precipitarse al vestuario jóvenes gordas envueltas en pieles; quitándose sus abrigos, sus botas, sus espesas faldas de lana, reaparecían, delgadas y elegantes en sus ropas ligeras de noche y sus zapatitos. Casi todas las invitadas eran jóvenes; había muchas muy guapas: eran actrices y modelos. Mientras cenábamos en una mesita, mirábamos las parejas que bailaban, muy bien, bailes modernos al compás del jazz. Se trataba de una pequeña casta privilegiada. Pero nos parecía un buen signo que se les permitiera llevar trajes elegantes y escuchar música occidental.

En comparación con Moscú, Leningrado nos pareció triste: el sol no aparecía hasta las diez, aclarando débilmente calles grisáceas; describía un arco en el cielo y desaparecía a eso de las tres. Pero el Neva helado era hermoso: un banco de hielo donde de tanto en tanto palpitaba tímidamente un fino hilo de agua, entre palacios a la italiana.

En 1958 se creó en Italia una organización, la C.O.M.E.S.[2] para favorecer el intercambio de escritores del Este y del Oeste. La empresa estaba de acuerdo con el programa cultural que Sartre había propuesto en Moscú en julio del 62 y habíamos aceptado recientemente integrarla. Tenía como presidente al poeta italiano Ungaretti, como secretario general al italiano Vigorelli, al que conocíamos desde 1946; se decidió la realización de un congreso en Leningrado en julio del 63. Después de su intervención en julio del 62, Sartre estaba considerado por la Unión de escritores como un interlocutor válido, y nos invitó. (También invitó, por otras razones, a André Stil.) La delegación francesa, conducida por Frénaud, incluía a Robbe-Grillet, Nathalie Sarrau-

2. Comunidad Europea de Escritores.

Escaneado con CamScanner

te, Pingaud; Caillois representaba a la Unesco. Entre los ingleses estaba Angus Wilson, John Lehman, Goyen; entre los italianos, Piovene, Vigorelli. También estaba Enzensberger, un joven alemán, encantador, del Grupo 47; el viejo escritor húngaro Tibor Dery, polacos, rumanos, y muchos soviéticos, entre otros Simonov, Fedin, Cholojov, Leonov, Ehrenburg, Surkov, Axionov, Granin, Tvardovski.

Desde el invierno la situación cultural se había deteriorado. El 8 de marzo del 63, delante de los dirigentes del Partido y del gobierno, delante de los escritores y los artistas, Jruschov había pronunciado un discurso de 20.000 palabras donde había defendido a Stalin, atacando con vehemencia el abstraccionismo y el formalismo, en literatura y en las artes plásticas. Había tratado de mal modo a Ehrenburg, Nekrasov, Evtuchenko y hasta al mismo Paustovski. Amigos que habían visto la proyección privada nos habían hablado muy bien de una película, *La barrera de Lenin*. Jruschov la hizo trizas. De todos los escritores el más atacado era Ehrenburg. En una conversación privada, Jruschov le reprochó haber tenido mala influencia sobre Sartre: lo habría incitado a abandonar el partido comunista. En vano Erhenburg le objetó que Sartre nunca había pertenecido a él. Jruschov se mantuvo en sus trece. La posición de Ehrenburg era bastante inquietante. No se le autorizaba a publicar la serie de sus *Memorias* y la edición de sus obras completas estaba suspendida. Tenía consuelos; cuando iba a hablar ante los estudiantes, éstos lo aclamaban. Pero materialmente el golpe era muy duro. No tenía otros recursos que sus derechos de autor para vivir y mantener a su mujer y a dos viejas hermanas que habitaban en su dacha. No ser editado significaba la miseria. Nos dijo que calmaba su ansiedad cultivando el jardín durante horas, pero no por eso estaba menos sombrío.

Fue sin duda a causa del discurso de marzo que la sesión inaugural del congreso fue tan desconcertante. Los escritores soviéticos comenzaron por arrastrar por el lodo a la literatura occidental, Proust, Joyce, Kafka. Contra esos «decadentes» defendieron el realismo socialista.

No se podía esperar que ese fanatismo permitiera conversaciones fructíferas.

En los hechos, el tono de las demás sesiones fue más moderado, pero no hubo entre el Este y el Oeste ningún intercambio. Fue un diálogo de sordos. Desde el Oeste, los franceses sobre todo, intervinieron defendiendo el *nouveau roman*; en el Este, salvo Tvardovski, Eh-

Escaneado con CamScanner

renburg y dos o tres más, todos los oradores reclamaron una literatura que sirviera para «embellecer la vida de los hombres». Fedin comparó al escritor con un aviador que debiera conducir a sus pasajeros a buen puerto. Robbe-Grillet le contestó que «la novela no es un medio de transporte..., el escritor por definición no sabe adónde va». Pero los soviéticos retomaron indefinidamente su comparación del escritor con un aviador. El más vehemente fue Leonov quien acusó no al capitalismo sino al occidente podrido: «Occidente ha llegado a la plena realización de la tesis de Dostoievski: todo está permitido», declaró. Luego denunció, en los occidentales, la degeneración de la personalidad literaria, el aumento de los delitos, la decadencia de los principios sociales, la degeneración de los antiguos tabúes, el podrido cinismo. Fustigó todos nuestros vicios, y en especial nuestra pasión por el strip-tease.

Para que el congreso no quedara en agua de borrajas, Surkov le pidió a Sartre, imprevistamente, durante la última sesión, que sacara algunas conclusiones coherentes. Mientras los últimos oradores hablaban, Sartre –sin abandonar su lugar, pero quitándose los auriculares– se apresuró a improvisar una exposición. Salió bien del paso y fue muy aplaudido: la actitud de los escritores soviéticos era mucho más cercana de lo que habíamos presumido. La consigna venía seguramente de arriba.

Entre tanto Surkov había logrado que Jruschov recibiera en su propiedad de Georgia a una delegación de la C.O.M.E.S. Después de dos días en Moscú, nos embarcamos una mañana en un avión especial. Además de Sartre y yo, iban Ungaretti, Vigorelli, Angus Wilson, Lehman, Enzensberger, el polaco Putrament, un rumano, y muchos soviéticos, entre otros Surkov y Tvardovski. Cholojov ya estaba con Jruschov. Partimos a las siete, con el estómago vacío, y en el avión ni siquiera nos sirvieron una taza de café. En el aeropuerto tampoco. Nos metieron en un coche que se sacudía peligrosamente a lo largo de una cornisa de curvas abruptas. Estaba asombrada del calor meridional, de la frondosa vegetación que se desparramaba hasta un mar muy azul. Y desfallecía de hambre. A eso de las once el coche se detuvo: en el comedor de un gran hotel había una mesa cubierta de pescados ahumados, de carnes frías, de blinis. Estábamos a punto de llegar, pronto íbamos a almorzar, y me limité a tragar varias tazas de café. Una hora más tarde arribábamos a la propiedad de Jruschov: era un gran bosque

en el que estaban plantados los árboles más hermosos y más raros de la Unión Soviética. Jruschov nos acogió amablemente. Tenía puesto un traje claro y una camisa ucraniana de cuello alto. Nos mostró la piscina que había hecho instalar a la orilla del mar; era inmensa y estaba rodeada de una pared de cristal que podía correrse con sólo apretar un botón; repitió complacidamente la maniobra varias veces.

Luego nos sentamos en mesitas en la sala de conferencias y escuchamos a Jruschov con creciente sorpresa. Dado que nos había invitado, suponíamos que iba a mostrarse cordial. Nada de eso. Nos apostrofó como si fuéramos los pilares del capitalismo. Exaltó las bellezas del socialismo; reivindicó la responsabilidad de la intervención soviética en Budapest. Después de este estallido, accedió a algunas palabras de cortesía: «En fin, ustedes también están en contra de la guerra. Así que podemos comer y beber juntos.» Surkov le dijo en un aparte, un poco más tarde: «Ha estado demasiado violento.» «Es necesario que entiendan», contestó secamente.

Por una hermosa avenida florida que bordeaba el mar nos dirigimos hacia la casa. Nos habían preparado trajes de baño: Vigorelli y Surkov nadaron un momento mientras los demás conversaban. Luego subimos al primer piso de la hermosa casa de estilo georgiano: allí se nos había servido un magnífico banquete. Jruschov permaneció enfurruñado, sin hablar palabra prácticamente.

A los postres, y a petición de Jruschov, Tvardovski sacó de su bolsillo un poema y comenzó a leer: Jruschov se echó a reír a grandes carcajadas y los soviéticos lo imitaron. Todos nuestros amigos nos habían hablado de Tvardovski con mucha estima. Tenía la cara rosada, ojos azules muy claros, y algo de bebé en el rostro. Tenía cincuenta y tres años. Había escrito grandes poemas humorísticos y líricos que le habían valido el premio Stalin; debía sobre todo su celebridad a un poema compuesto en el 42 sobre el bravo soldado Tiorkin, homólogo ruso del bravo soldado Schveik. A la muerte de Stalin había escrito una serie, *Tiorkin en el otro mundo*, que había sido considerada impublicable. Los amigos habían pensado que había llegado el momento de leérsela a Jruschov y supongo que éste había aceptado escucharla con pleno conocimiento de causa. Se trataba, me cuchicheó un intérprete, de una sátira del socialismo y encontramos picante que Jruschov se divirtiera tan abiertamente después de haber hecho un elogio tan desenfrenado del régimen. Supe más tarde que Tvardovski se burlaba en es-

Escaneado con CamScanner

pecial de las tardanzas de la administración; pero también parodiaba con acidez los clisés de la propaganda soviética.[3] El campo «liberal» se felicitaba de la amistad que Jruschov le demostraba ya que en literatura su influencia era considerable. Dirigía *Novy Mir*, que era la más interesante y abierta de las revistas literarias. Sostenía con mucho coraje a los autores que le gustaban, entre otros a Doroch; como él, se interesaba especialmente en los problemas de un estilo rústico. Pero todo texto de calidad encontraba en él a un defensor.

No por todo eso nos aburrimos menos durante esta lectura que duró tres cuartos de hora en los cuales no entendimos nada. Nos despedimos de Jruschov inmediatamente después de la comida; abrazó a los soviéticos, premiando a los demás con una sonrisa. En el momento en que Sartre iba a subir al coche, Cholojov, que no partía con nosotros, lo abrazó fervorosamente. Nadie ponía tanto celo como él en denunciar la literatura «subversiva» y de su gran talento de antes sólo quedaban los recuerdos. No lo queríamos nada.

En Moscú, un amigo nos explicó el porqué de la acogida glacial de Jruschov: por la mañana había recibido la visita de Thorez, que pasaba sus vacaciones a algunos kilómetros de allí. Thorez lo había puesto en guardia contra esos peligrosos comunistas a los que estaba a punto de recibir; había que desconfiar de ellos tanto más cuanto pretendían situarse a la izquierda. Jruschov había hecho caso de la advertencia. Hubo otro motivo de asombro: los diarios daban una entusiasta noticia de nuestro encuentro. ¿Había habido otras influencias desde la víspera? Nunca nos explicamos este cambio.

Moscú olía a verano. La gente hacía cola detrás de los camiones cisternas que servían cerveza o kwas, se amontonaba alrededor de los aparatos de colores que lanzaban, a cambio de una moneda, gaseosas perfumadas o agua fresca. Había nuevos cafés; en general eran pabellones de cristal, amueblados de manera muy tosca; no servían vodka; a veces coñac, a veces ningún alcohol. Los restaurantes eran más acogedores; muchos nos gustaban; desgraciadamente, por las noches se bailaba y las orquestas eran tan ruidosas que nos costaba oírnos. Después de la cena no sabíamos muy bien qué hacer o dónde meternos, salvo cuando íbamos a casa de amigos, lo que era frecuente. Volvimos a ver a la mayoría de ellos. Estaban ávidos de saber lo que

3. El poema apareció en *Novy Mir* en el mes de octubre siguiente. *Les Temps modernes* publicaron una traducción.

ocurría en Occidente y nos advertían de los cambios ocurridos en la U.R.S.S.

Sabíamos que cierto número de disciplinas estaban prohibidas por su origen occidental. Los científicos utilizaban subrepticiamente la cibernética, indispensable en sus búsquedas. Pero los psiquiatras proscribían el psicoanálisis. ¿Cuáles eran sus métodos?, ¿qué resultados obtenían? Solicitamos visitar el Instituto de psiquiatría.

Un equipo de médicos nos recibió y comenzó por homenajear cálidamente a la psiquiatría francesa, a Kraeppelin, a Clérambault. Luego nos hizo visitar los laboratorios, todos consagrados al estudio de la esquizofrenia. Nos mostraron encefalogramas y las máquinas con las cuales los obtienen; vimos gatos a los que se les había implantado electrodos en la cabeza; los investigadores manipulaban probetas y efectuaban análisis. Los médicos deploraban no haber logrado aislar el elemento químico común a todos los casos, no poniendo en duda que existía uno. Su fracaso no nos sorprendió mucho, dado que clasificaban bajo una misma etiqueta todas las enfermedades mentales.

Luego vimos el hospital. En todos los países, creo, se trata hoy a los enfermos con fármacos que los calman y los embrutecen; sentados en los bancos, errando por los corredores o en los dormitorios, aquellos tenían un aire de zombies. Sin embargo, una mujer vociferaba y sollozaba: era una recién llegada a la que no habían tenido tiempo de atender.

Los médicos tuvieron delante de nosotros una conversación con una enferma a la que consideraban curada e iba a ser dada de alta. Era una antigua profesora de unos cuarenta años, casada y madre de familia; tenía los ojos pálidos y helados, el cabello tirante, un vestido severo. Con una voz muerta agradeció a los doctores por haberla atendido tan bien; ahora se daba cuenta de sus errores pasados. Hablaba sin ninguna convicción: se hubiera dicho un acusado recitando delante del tribunal declaraciones prefabricadas. Los psiquiatras le hicieron algunas preguntas y ella recitó dócilmente respuestas que parecía conocer de memoria. Luego de una enfermedad y de un gran agotamiento, se había puesto a sospechar que su marido la detestaba y trataba de perjudicarla. Desconfiaba de todo el mundo. Al bañarse se imaginaba que su padre la miraba por el ojo de la cerradura. No hacía nada, lloraba, adelgazaba. Su marido la trajo al hospital; había sido tratada por depresión nerviosa debida al agotamiento excesivo, y ahora ya no se creía

Escaneado con CamScanner

perseguida: al menos era lo que ella afirmaba y los médicos creían, pero yo no hubiera estado tan segura. Más bien me parecía que habiendo comprendido lo que tenía que decir para que la soltaran, lo decía.

Mientras los psiquiatras nos acompañaban a la salida, Lena me dijo en voz baja: «Pregúntales si no hay un factor sexual en esa enfermedad.» «¡Ah, no! No quiero pasar por una podrida occidental. Pregúntalo tú.» Lo hizo y más tarde nos contó la conversación. Su pregunta había sobresaltado al médico: «¡Un factor sexual! ¡Qué idea! Esta mujer es casada, tiene dos niños, su vida es completamente normal.» «Una mujer casada no siempre está satisfecha sexualmente.» «Ella se entiende perfectamente con su marido.» «Con todo: el padre que la espía por el ojo de la cerradura...» «¿Y qué?, ella se sentía perseguida, creía que sus menores gestos eran vigilados; ella lo ha dicho, desconfiaba de todos. ¿Qué otra cosa está buscando?» Lena no insistió.

Dejamos Moscú para ir a Crimea. Un coche del Inturist nos esperaba en Simferopol, pero el chofer no estaba al volante: «Se está afeitando», nos dijeron y Lena se rió: «Es el Sur.» El Sur, la Tauride; me costaba asociar ese nombre al de la U.R.S.S. Hacía calor. Habíamos corrido entre casas bajas y chatas a las que daban avara sombra algunas falsas acacias y algunos eucaliptos; pasamos junto a un lago artificial de un azul duro, encastrado en un anillo de piedras rojas; y llegamos a la costa; una hermosa carretera de cornisa tallada en roca blanda, el mar azul, grandes cipreses negros. Era el Sur, el mediodía pero no el Mediterráneo: no había olivos. Yalta: uno de esos nombres que pertenecen demasiado íntimamente a la historia, para que les pueda suponer una verdad geográfica. Sin embargo estaba viendo Yalta con mis propios ojos, paseándome por ella. Es un jardín más que una ciudad; las calles arboladas serpentean entre bosquecillos, entre macizos de flores. Me gustó mucho desde el primer día. La gente paseaba lentamente por el paseo que bordeaba el mar; otros sentados sobre los bancos conversaban o soñaban. No se parecían en nada a los veraneantes de la Costa Azul: sus rostros sin arreglo, sus trajes modestos, contrastaban, de modo para mí desconcertante, con el lujo del mar sedoso y de las flores de ricos colores.

Al día siguiente visitamos la ciudad. Está escalonada en una colina. Su parte alta parece completamente cubierta de árboles pero, al pasearse por ella, se descubren, escondidas entre el revuelo de una vegetación seca, antiguas casas de madera con fachadas caprichosamente

Escaneado con CamScanner

trabajadas, flanqueadas con balcones y terrazas, a menudo adornadas con cristales de colores. Pertenecían antiguamente a gente rica. Hoy las comparten varias familias, pero conservan su encanto. Cada una de ellas, invisible para las demás, parece perdida en una jungla. Entramos a la de Chejov, cuya presencia sigue viva.

Había en Yalta incluso una playa pública cubierta de cuerpos desnudos: ni una pulgada de terreno estaba desocupada. Las mujeres mostraban una opulencia bastante afligente; sólo las muy jóvenes cuidaban la línea. Fuimos a la playa del Inturist, casi desierta, siguiendo una hermosa carretera de cornisa (en la que cada tanto se erguía, con una sonrisa animosa en los labios, una koljosiana de piedra) que descendía luego a través de viñedos. Los tártaros sabían cultivarlos y producían un vino delicioso. Por colaboración con los alemanes, Stalin los hizo deportar al Asia central, donde una gran parte de ellos murió. Crimea está poblada hoy de ucranianos, que son muy mediocres viticultores.

Pasando por Simferopol –porque la ruta directa estaba prohibida a los extranjeros– fuimos a ver la antigua capital de los tártaros; hoy es una aldea de casas bajas, de calles estrechas pavimentadas de piedrecitas. El palacio es rústico y encantador, construido en madera y estuco, adornado de decoraciones moriscas; tiene ventanas enrejadas, una fuente que inspiró a Pushkin, jardines escuálidos; una Alhambra para un príncipe tronchado. En las paredes, grandes cuadros representaban las batallas en las que los cosacos y los tártaros se habían enfrentado: éstos fueron finalmente vencidos.

Hicimos otras muchas excursiones. Seguimos todas las carreteras de cornisa, visitamos todos los puertecitos. Me parecían muy hermosas esas montañas blancas y desnudas que ruedan abruptamente hacia el mar. Sobre sus bordes se levantaban rodeados de vastos jardines palacios y villas que habían pertenecido a nobles o a ricos comerciantes: ahora obreros y empleados venían a descansar. En cada una de esas casas había una playa aneja donde a menudo se alineaban hileras de camas: durante esta temporada, tan suave que la llaman la estación de terciopelo, los pensionistas podían pasar la noche al aire libre. Visitamos el palacio en que se firmó el pacto, que también es hoy una casa de reposo; el público se pasea libremente por el parque magnífico: canteros de flores, plantas raras, fuentes, senderos y escaleras que descienden de terraza en terraza hasta la playa.

Escaneado con CamScanner

Nuestra estadía duró una semana. Desayunamos el aire libre en un autoservicio junto al hotel. Había que disputarse las mesas y hacer veinte minutos de cola antes de llenar la bandeja. Todas las comidas planteaban problemas. Se comía muy mal ese año. Incluso el caviar tenía un gusto terroso. En Yalta, si no se reservaba mesa, no se encontraba lugar en los restaurantes. Había dos que nos gustaban. En la ciudad misma, el del hotel Tauride. Allí iba a cenar a menudo Chejov, después de atravesar la ciudad en coche: el lugar no debía de haber cambiado mucho desde ese momento. Desde el gran vestíbulo sobrecargado de decoraciones se pasaba a un patio cubierto, lleno de plantas de interior, que servía de comedor; escaleras interiores unían terrazas superpuestas, porque la construcción estaba adosada a una colina. Sobre la más alta estaba dispuesto un bar en donde por la noche bebimos unos cócteles extraños, viendo chapotear las luces del puerto. Todavía nos hicimos llevar en taxi a una altura desde donde se levantaba un falso templo griego; allí cenamos en una terraza que dominaba la ciudad, sus luces, los rótulos luminosos, el agua sombría. A veces un proyector giratorio arrancaba a la oscuridad una barca o un gran barco que brillaba un instante antes de hundirse en las tinieblas. Descendimos a pie por un sendero rápido.

Cada noche, al crepúsculo, entraba en el puerto un gran barco blanco con los ojos de buey iluminados; los nombres eran diferentes, pero parecía que era siempre el mismo. Una noche subimos a bordo: dejábamos Yalta para ir a Sochi.

Era una ciudad moderna, sin interés, con playas superpobladas. Lo que más me impresionó fue un hombre en traje de baño que caminaba por la escollera encorvando su ancho torso en el cual tenía tatuado de un lado el retrato de Lenin, del otro el retrato de Stalin.

A través de los hermosos paisajes de montaña, un tren nos condujo a Tbilisi, la capital de Georgia. Nizan nos había descrito con entusiasmo esta ciudad semioriental que había visitado antes de la guerra, en las épocas en que se llamaba Tiflis. Situada en las dos orillas del Kura y sobre tres costas rodeadas de montañas, conserva hermosos monumentos y un viejo barrio muy simpático con calles angostas, muy empinadas, bordeadas de casas de madera con balcones muy trabajados. Pero perdió su carácter exótico: las calles donde viven los musulmanes son tortuosas y sucias, y sus casas son miserables. Vimos a las puertas de Tbilisi un barrio muy miserable. No nos paseamos mucho

Escaneado con CamScanner

por la ciudad. El presidente de la Unión de escritores a cuyo cargo estábamos nos alejó lo más posible porque ese verano había escasez en Georgia; se formaban largas colas delante de las panaderías, las amas de casa rezongaban, y durante dos o tres días el pan escaseó. Una noche los escritores nos invitaron a cenar en el restaurante situado sobre el monte Mtatsminda, que domina la ciudad. Admiramos la vista, las calles iluminadas, las iglesias, el río. Y esperamos dos horas antes de sentarnos a la mesa, donde nos sirvieron una comida lamentable: el cocinero sólo con gran esfuerzo había logrado unas pocas provisiones. Sucedía a veces que en nuestro hotel no nos sirvieran más que una triste porción de pescado.

Si bien no habíamos visto mucho de la capital, en cambio hicimos interesantes excursiones por la región. La primera fue a Mtskheta, la antigua capital, a veinte kilómetros de Tbilisi. Está situada en la confluencia de dos ríos, y rodeada de murallas construidas a fines de la Edad Media. Tiene hermosas iglesias: la más bella es Djvari (la Cruz) edificada en el siglo VI, en forma de cruz y muy bien conservada; está adornada con bajorrelieves que representan a sus fundadores, a diversos personajes y a símbolos religiosos. Otra vez, por una linda carretera que serpenteaba al pie de colinas cubiertas de viñas –y que me recordaba a la que en Alsacia llaman «el camino de los vinos»– fuimos a visitar un centro vinícola; entrando al gran patio tuve una impresión bastante extraña: las cabezas emergían del piso, como si los hombres hubieran sido enterrados vivos; estaban limpiando algunos de los fosos excavados en la tierra y en los cuales hacen fermentar el vino. Había algunos que estaban llenos y su aspecto no era tentador: una capa grasienta y barrosa se extendía sobre la superficie. Uno de nuestros huéspedes sumergió una pipeta a través de esta hez, y la sacó llena de vino de un bonito color ámbar.

El día que precedió a nuestra partida el presidente de la Unión de escritores –al cual llamaban el Príncipe porque descendía de una familia regia–, nos ofreció una gran cena. Fuimos acompañados por Alexia, la georgiana que habíamos conocido en París cuando hacía una tesis sobre Sartre, y que nos resultaba muy simpática. No sé cómo el Príncipe se las arregló pero la comida era suntuosa. Nos había prometido hacer venir músicos: en Georgia hay coros de hombres a seis voces, sin instrumentos, admirables; raspados como el flamenco sobre un fondo de antiguo canto llano. Oímos discos, porque no había podi-

do reunir un conjunto. Tan sólo había invitado a dos jóvenes que cantaron canciones nacionales. Una vieja actriz desencadenó risas mal reprimidas declamando trozos de su repertorio. La noche no fue desagradable, pero en general esos banquetes me superaban. Los georgianos tienen la costumbre de designar un «tamada» que preside la mesa, inicia los brindis, dice bromas, cuenta historias. Ese papel es muy solicitado, y casi siempre lo cumplía el Príncipe. Los adagios y las anécdotas que recitaba con ardor el tamada nos aburrían doblemente puesto que exigían una doble traducción, dado que muchos georgianos no hablan el ruso, y Lena ignoraba el georgiano. Sin duda se trata de una tradición campesina: poco habituados a hablar inventaron ese medio de animar sus comidas festivas. La costumbre debió de prestar grandes servicios en las épocas en que toda conversación era peligrosa: antes de la guerra. Stalin hizo deportar y fusilar a casi todos los escritores e intelectuales georgianos.

Seguimos en coche la hermosa carretera que va desde Tbilisi a Erivan, la capital de Armenia, atravesando campos de algodón, luego verdes prados rodeados de pinos sombríos. Al llegar a una garganta, el paisaje se transformó: a nuestros pies se extendía un desierto rojizo y atormentado sobre el cual se destacaba la tranquila balsa azul vivo de un gran lago. Mientras lo contemplábamos, sobrecogidos, vimos un coche negro que se dirigía hacia nosotros: eran escritores armenios encargados de acogernos. Subimos a su coche y nos condujeron a un hotel, al borde del lago Sevan. Hacía buen tiempo y el aire era tibio, aunque estuviéramos a dos mil metros de altura. Había encargado unas truchas grandes como un brazo y rosadas como salmones, tan deliciosas que apenas pude comer lo que sirvieron después. Nos hablaron de los descubrimientos arqueológicos hechos en las orillas del lago; allí se encuentran numerosos vestigios que se remontan a una civilización muy antigua. Nos contaron cómo surgió el alfabeto armenio: antes del siglo V de nuestra era, no existía y utilizaban caracteres griegos y persas. Para facilitar la predicación del cristianismo san Mesrop inventó un alfabeto que permitiera transcribir la Biblia. Con el correr de los siglos aparecieron numerosas obras. Nos anunciaron que en un año aparecería en francés la traducción de su gran poema épico David de Sassun, que transmitido por tradición oral desde la Antigüedad y enriquecido en el curso de los siglos, había sido recogido en el siglo XIX. Pude comprobar un año más tarde que los armenios tienen

Escaneado con CamScanner

fundado su orgullo: es una obra que puede rivalizar con las más grandes.

Ese almuerzo había sido interesante. Hubiéramos querido descender directamente a Erivan; pero nuestros huéspedes se empeñaron en llevarnos a casa de uno de sus amigos que se había construido una casa y que la inauguraba ese día. Atravesamos un pueblo polvoriento, donde no vimos alma viviente, salvo una mujer de aire exhausto, sentada en unos escalones, en medio de niños descarnados. Desembocamos en un gran jardín, al fondo del cual se levantaba una gran construcción muy nueva. Unos cincuenta convidados estaban sentados a una mesa de caballetes de hierro, cargada de platos; eran las cinco de la tarde y todavía estaban comiendo. Allí había un representante del presidente de la república de Armenia, ministros, altos funcionarios; aturdida por los gritos, las risas, el ruido de los platos, todo aquel escándalo ensordecedor, me senté al lado de un ministro; me parecía asombroso que en un país socialista se celebrara con tanto brillo y tan oficialmente esta fiesta de la propiedad privada; sobre todo me parecía indecente esta exhibición de comida en momentos en que todo el país padecía hambre. Ya repleta de comida me negaba con impaciencia a tocar la carne con la que mi vecino, a la fuerza, me llenaba el plato. ¿Qué estábamos haciendo aquí? Uno de los escritores que se había encargado de nosotros aconsejó a Sartre que pronunciara un brindis. Sartre evocó la amistad franco-armenia y sus palabras cayeron en un silencio glacial. Apenas uno de los convidados dijo algunas palabras. Esa gente no nos quería: sin duda no había registrado la evolución de los rusos con respecto a Sartre.

Erivan está construida en anfiteatro, sobre una llanura enfrentada al monte Ararat: la ciudad alta está a trescientos metros sobre la ciudad baja. Las casas han sido construidas con la piedra del país, toba de un rosa asalmonado, cobre, óxido, sangre de toro; las fachadas parecían trozos de galantina, lo que resultaba más curioso que atractivo. La ciudad data de 1924; el plan se fue modificando a medida que el número de habitantes aumentaba; es vasta y moderna, aunque quedaban todavía unos pocos tugurios pegados al flanco de la colina. La población nos pareció muy vivaz: hombres de negros mostachos, con mirada aterciopelada, mujeres de cabellos oscuros, la piel morena, a menudo bellas. Los mercados eran pobres pero hormigueaban de gente. De noche, parejas y grupos paseaban, charlando y riendo, por la

gran plaza Lenin, donde estaba nuestro hotel. Era moderno y cómodo, pero por la noche la orquesta tocaba de una manera tan ruidosa que habíamos pedido comer en uno de nuestros cuartos, porque allí podíamos conversar mientras, desde las ventanas, mirábamos el ir y venir de los paseantes.

Una mañana nos llevaron a Etchmiazin, el Vaticano armenio, donde reside el Catholicos. La carretera sigue la frontera turca y pudimos contemplar largamente el majestuoso monte Ararat, donde encalló el arca de Noé: las nieves de su cima relucían bajo el cielo azul. Visitamos iglesias rojas como la ciudad, del siglo V y del VII; más macizas y complicadas que las de Georgia son, sin embargo, igualmente bellas. Nos detuvimos en las ruinas de Zwartnotz, un santuario cristiano destruido por un temblor de tierra: quedan columnas quebradas, y capiteles gigantescos.

El monasterio de Etchmiazin encierra la iglesia más antigua del mundo; edificada en el siglo IV, la rodeaban andamios porque estaban restaurándola, pero igual se distinguían sus hermosas cúpulas facetadas, muy a menudo imitadas. Detrás se extiende la gran construcción donde vive el jefe de la Iglesia armenia. Atravesamos vestíbulos, salones llenos de plantas de interior y arañas de cristal, subimos por una escalera de mármol. «Demasiado lujoso para un sacerdote», decía Lena con censura. El Catholicos era un hombre de unos cincuenta años, vestido como un papa, barbudo y muy cuidado. Sobre su mesa había un teléfono y una copa llena de enormes racimos, traslúcidos y ambarinos; nos ofreció un racimo a cada uno. Nos explicó lo que era el cristianismo gregoriano. Convertidos a la fe cristina en 302, los armenios rompieron en 374 con la Iglesia romana, realizando así el primer cisma de la historia. Se negaron a aceptar el credo de san Antonio impuesto por el Concilio de Nicea, porque tenían una concepción distinta de las relaciones entre la humanidad y la divinidad de Cristo. Como en la Iglesia rusa ortodoxa, los pastores armenios se casan. Luego el Catholicos nos habló de las relaciones muy amistosas que existen entre los armenios de la U.R.S.S. y los que viven fuera, habiendo huido en gran número de las persecuciones turcas. Políticamente, nos dijeron, es el hombre más influyente de la república; desde luego, sostiene en forma incondicional al régimen, si no no ocuparía el lugar que ocupa.

Atribuyen a la radio armenia una gran cantidad de chistes dirigidos

contra el socialismo. Sin embargo, en el curso de nuestras excursiones, pudimos observar que su unión a la U.R.S.S. ha sido muy favorable para Armenia: enormes trabajos de irrigación transformaron un terreno antes desértico en una campiña fértil. Sin embargo, las montañas continúan salvajes. A través de grandes paisajes desnudos, un camino nos condujo a un monasterio que antes servía de refugio a los cristianos contra los turcos. Allí se desarrollaba una fiesta semipagana, semicristiana. Sobre el atrio de la iglesia se veían corderos de lana blanca y rizada que llevaban al cuello una cinta roja: pronto serían degollados y ofrecidos en sacrificio a Dios; luego los fieles consumirían su carne. De arriba abajo de la colina, se habían encendido fuegos bajo grandes marmitas: las familias, agrupadas cada una alrededor de una caldera, devoraban su guisado.

Dos días más tarde sobrevolábamos un mar de nubes de las que emergían cimas nevadas y tormentosas: la más alta de ellas era el monte Kazbek. Fue Moscú primero, luego París.

En mayo del 64, fuimos invitados a las fiestas que debían desarrollarse en Kiev en honor del gran poeta ucraniano Shevchenko: se celebraría en junio el 150 aniversario de su nacimiento. Dudamos. Un profesor de la Universidad de Kiev, Kitchko, acababa de publicar un folleto de un antisemitismo violento, *El judaísmo sin afeites*, ilustrado con caricaturas que hubieran regocijado a los nazis. Estábamos tentados de rechazar el viaje a Kiev y decir por qué.

Lena era judía. Pero negaba que eso hubiera influido en contra de ella. Sin embargo quizás no fue por azar que su padre fue deportado durante la guerra. Un pequeño episodio nos probó, durante una de la estadías que acabo de contar, que en Moscú el antisemitismo no era desconocido. Cenábamos en Sovietskaia, un gran hotel al que íbamos rara vez porque estaba bastante lejos del centro. En una mesa vecina oían nuestra conversacion. Uno de los que estaba le preguntó a Lena:

—¿Sus amigos hablan judío, no?

—No —dijo Lena sorprendida—, hablan francés.

—Pero hablan francés con acento judío.

Ella alzó los hombros:

—¿Ustedes saben francés?

—No.

Escaneado con CamScanner

—¿Entonces cómo pueden saber si tienen algún acento?

El hombre no contestó. Probablemente habían tenido la impresión de que Lena, que es muy morena, y que tiene grandes ojos oscuros, era judía. De todos modos, había en esas observaciones estúpidas algo muy desagradable y ella quedó trastornada.

Decidimos esperar un poco. Y luego supimos que la U.R.S.S. había desautorizado oficialmente a Kitchko;[4] nuestros amigos rusos, en sus cartas, insistían para que fuéramos, y también el poeta ucraniano Bajan, que nos era muy simpático: aceptamos.

Después de llegar a Moscú en avión, tomamos uno de esos trenes soviéticos en los que uno viaja horriblemente sacudido y en una noche llegamos a Kiev. Era el 1.º de junio. Entre los escritores que nos recibieron, había uno que había escrito *El matrimonio de Balzac*, historia novelada de los amores de Balzac con Mme. Hanska: desde las primeras páginas se las había arreglado para manifestar su antisemitismo. Bajan deploraba el racismo de los ucranianos. «Es triste sentirse en desacuerdo con su propio país y no poderlo amar», nos dijo. Sin embargo, durante las fiestas que acababan de tener lugar había sentido en el pueblo ucraniano una buena voluntad y una generosidad que lo reconfortaron.

Volvimos a ver Kiev, sus viejas calles de casas bajas sombreadas por castaños de hojas espesas: era la primavera, y los jardines estaban perfumados por los pesados racimos de las lilas. Por la noche hubo un banquete monstruo, de alrededor de un millar de cubiertos; mesas paralelas ocupaban todo el vestíbulo; en una mesa perpendicular se sentaba el presidium: todos los rostros respiraban una suficiencia obstinada. El servicio estaba a cargo de encantadoras jóvenes vestidas con el traje nacional. Los cantantes cantaron, muy mal. Guillevic –sorprendente con el collar de su barba y su corbata de pajarita– leyó su traducción del *Testamento* de Shevchenko. Se hicieron gran cantidad de brindis. Los ucranianos evocaban insistentemente las riquezas de su país, tan útiles a la Unión Soviética: era flagrante su hostilidad hacia los rusos. Sartre estaba de mal humor. Korneichuk, sentado a su lado, acababa de decirle el nombre de uno de los escritores a los que antes de la cena había dado la mano: era un cierto Tijonov que, en el 62, después de la intervención de Sartre en el congreso del Movimiento de la Paz, había escrito un artículo venenoso sobre él, acusándolo de

4. Su folleto fue reeditado en 1969.

querer ponerse a la cabeza de un conjunto de intelectuales que gobernarían el mundo. Sartre hizo recaer su cólera en Korneichuk; se quejó de la equívoca actitud de la U.R.S.S. para con él: ¿los intelectuales soviéticos aceptaban o no la idea de una coexistencia cultural? Si era no, ¿por qué lo invitaban y qué venía él a hacer aquí? Korneichuk protestó: entre la U.R.S.S. y los intelectuales occidentales la amistad era más necesaria que nunca a causa del peligro que representaba China.

Al día siguiente navegamos por el largo y apacible Dnieper, entre dos orillas melancólicas, sembradas de playas de arena a las que traían a abrevar las vacas. Desembarcamos en el pueblo donde nació Shevchenko y visitamos el museo que le está consagrado. Objetos, cuadros –algunos bastantes inspirados– pintados por él mismo, contaban su vida. Había nacido siervo, y fue comprado y liberado por escritores rusos que admiraban sus versos. Delante del cuadro que representaba su liberación, el conservador dijo con un tono reivindicativo: «Ahora, entre nosotros, un poeta de este valor no tendría necesidad de ayuda.» Visiblemente, pensaba: «De ayuda extranjera.» Luego el poeta había luchado contra el régimen; fue preso y había estado exiliado. A su muerte, el pueblo le había levantado una tumba –muy conmovedora según las fotos que vimos– amontonando gruesas piedras. Fue reemplazada por un monumento oficial sin interés.

Nos sentíamos muy contentos de estar en Moscú, libres de obligaciones. Nunca el olor a gasolina, característico de la ciudad, había sido tan fuerte; sin duda porque había muchos más coches: de carga, pero también taxis, cuyo número se había duplicado desde el 63. Por la noche se veía brillar a cada momento su ojito verde; pero en principio no tenían derecho a venir a alinearse contra la vereda, y a menudo había que ir a buscarlos a las estaciones. La mayoría de las veces estaban conducidos por novatos que no conocían bien la ciudad. El sistema de contradirecciones era tan complicado que llegados frente al hotel de Pekín, donde vivíamos, teníamos que hacer un kilómetro más para poder detenernos en la puerta.

Moscú se transformaba a simple vista. Cerca del hotel habían abierto una gran avenida. En el centro de la ciudad tiraban abajo viejas casas para construir inmuebles modernos. Todavía, en el barrio donde estaba la casa de Dostoievski, se encontraban calles tranquilas, entera-

mente bordeadas de viejas isbas, pero ya estaban condenadas. Nos gustó que ahora la plaza Roja estuviera prohibida a los coches. Era hermosa esta vasta extensión desierta flanqueada por un lado por el Gum, por el otro por un gran muro rojo; al fondo brillaban los frescos colores de San Basilio. Una noche, bandadas de chicas y de muchachos de unos quince años bailaban y cantaban en medio de la plaza; festejaban sus exámenes aprobados.

Hay muchas plazas en Moscú; hay plantados hermosos árboles, y sobre todo álamos, un poco distintos de los nuestros. Hubo un día en que todos esos árboles estaban en celo. De las ramas colgaban racimos de polen algodonoso, el viento los dispersaba; y nevando un plumón que nos entraba por las orejas, los ojos, la nariz y la boca se diría que el cielo era un inmenso edredón que acababan de destripar. Había arroyos de plumón junto a las veredas. En los jardines caminábamos encima de un tapiz blanco. Recuerdo también el día en que nos sentamos en un parque cerca del Moskva; niños y mayores recogían dientes de león, y trenzaban coronas con las cuales se adornaban.

Los aprovisionamientos habían mejorado. Los consumidores no podían comprar ni harina, ni kasha. Pero en las esquinas muchos vendedores ofrecían repollos, pepinos, fresas, tomates y naranjas. Sin embargo, las frutas eran muy caras: en el restaurante una naranja costaba tanto como una porción de caviar. Éste había vuelto a ser delicioso. En todos los lugares que frecuentábamos se comía muy bien.

La situación cultural no era brillante. La censura seguía prohibiendo *La barrera de Lenin*: el filme salió mucho más tarde, en una versión deformada y mutilada. Tarkovski preparaba una película sobre Rublov; lo obligaban a modificar su guión, y él preveía grandes dificultades. Los pintores malditos ya no exponían. Algunos sobrevivían apenas vendiendo telas a los extranjeros. Éstos estaban autorizados a comprar cuadros modernos o antiguos a condición de que la galería Tetriakov certificara que no poseían ningún valor de venta.

Se había traducido una novela de Kafka: *El informe para una academia*; hablaban de publicar *El proceso*, lo que no se produjo. En 1962, Brecht era sospechoso; se apartaba demasiado del realismo socialista. En el 64, los teatros le abrían las puertas: en Leningrado se representaba *Arturo Ui*, en una excelente puesta en escena. Se hablaba de publicar *Las palabras* de Sartre primero en *Novy Mir*; luego en libro, en la traducción de Lena. El equipo de la revista, y aun Tvardovski, duda-

ban. Hallaban el libro «indiscreto» y «exhibicionista». Hablar de sí con tanta severidad era contravenir las consignas de optimismo, era hablar mal del Hombre. A Doroch le gustó mucho el libro, y fue él sin duda quien influyó en Tvardovski: terminaron por imprimir *Las palabras*.

La situación de Ehrenburg estaba solucionada, y era nuevamente editado. Él nos puso al tanto de un asunto que afligía a todos nuestros amigos –algunos llegaban a hablar de «una vuelta del stalinismo»–, pero cuyos detalles ignoraban: el asunto Brodski. Era un joven judío de cabellos rojos que vivía en Leningrado y que escribía poemas; se ganaba la vida como traductor, pero no dependía de ningún organismo del Estado, ni pertenecía a la Unión de escritores. Ehrenburg le tenía simpatía y creía que tenía talento. Lo habían acusado de «parasitismo»; concepto que se aplicaba casi únicamente a proxenetas y prostitutas. El proceso tuvo lugar en Leningrado. Una periodista que asistió había logrado tomar notas; y había redactado un informe minucioso que circulaba bajo cuerda. Ehrenburg nos lo tradujo. El juez era una mujer. Brodski se presentó como traductor y poeta y ella le preguntó:

–¿Quién estableció que usted es poeta?

–Nadie. ¿Y quién estableció que soy un ser humano?

Luego ella le reprochó curiosamente no ganar bastante dinero:

–¿Se puede vivir con el dinero que usted gana?

–Sí. Desde que estoy preso, firmo diariamente una certificación de que el Estado gasta en mí cuarenta kopecks por día. Por lo tanto gano más de cuarenta kopecks.

–Hay quienes trabajan en una fábrica y además escriben. ¿Por qué usted no?

–Las personas no son todas iguales: las hay pelirrojas, rubias, morenas...

–Eso lo sabemos.

Los testigos de descargo no eran numerosos y entre ellos la mayoría eran judíos: la juez fingía descifrar mal sus nombres y los deletreaba con aplicación. Tres miembros de la Unión de escritores defendieron a Brodski: era, dijeron, un poeta de mucho talento y un excelente traductor. Pero luego hubo una cantidad aplastante de testigos de cargo. Los que sostenían a Brodski eran todos, según declararon, unos perezosos y unos astutos cobardes. No quería a su país: había hablado de la «multitud gris» que pasa por las calles. Era contrarrevolucionario: había llamado a Marx «viejo glotón coronado de piñas». Con

Escaneado con CamScanner

sus poemas y con su ejemplo corrompía a la juventud: un padre se quejaba de que su hijo leyera sus versos y se negara a trabajar. Brodski fue ásperamente atacado como intelectual y como judío. Fue condenado a cinco años de trabajos forzados y enviado a una granja del Estado, cerca de Arkhangelsk.

Esta historia nos consternó. Por otra parte, Sartre tenía la impresión de que ideológicamente la juventud perdía pie. Estudiantes, jóvenes profesores lo interrogaban sobre Berdiaeff, sobre Chestov; de modo más o menos disfrazado, la idea de Dios parecía renacer en muchos de ellos. Discutimos con un grupo de intelectuales entre los cuales estaba nuestro amigo Alicata, director de *L'Unità*. Lamentaba, como Sartre, que la búsqueda de una expresión más libre no se acompañara de una actitud más revolucionaria que la oficial, sino, por el contrario, más retrógada. Más allá del dogmatismo cientifista impuesto por Stalin y sus herederos, habría sido necesario volver al verdadero Marx: en vez de eso se le volvía la espalda.

–¡El marxismo! –nos dijo un profesor de unos cuarenta años–. ¡Ya estamos tan hartos de todo lo que nos han servido con ese nombre! Busquen a alguien que conozca realmente a Marx y organicen un seminario.

–No hay *un* individuo en la Unión Soviética que conozca realmente a Marx –se alborotaron–. No hay uno al que podamos tenerle confianza.

Otro asunto del que nos hablaron mucho fue el de los estudiantes negros. Había grandes conflictos entre ellos y los estudiantes rusos. A cada rato estallaban peleas y durante el invierno jóvenes negros habían sido heridos de muerte. Lo discutimos con el embajador de Argelia, Ben Yaya, cuando cenamos con él. Los estudiantes negros reciben becas importantes de sus gobiernos, de modo que a los ojos de los jóvenes soviéticos aparecen como unos privilegiados: entre tanto la condición de estudiantes es tanto más dura para los africanos cuando al enviarlos a Moscú les habían prometido el oro y el moro. Todos los estudiantes están muy mal alojados; se acuestan en dormitorios cuyos cuidadores son en su mayoría antiguos guardias de campo; la alimentación, a la que no están acostumbrados, les parece incomible a los africanos. El clima les es muy penoso: sus becas no les permiten abrigarse suficientemente, y padecen frío. Protestan con cólera contra una situación que sus camaradas soportan mejor porque están bien adapta-

dos. Éstos encuentran exageradas las pretensiones de los africanos. Por encima se entretejen cuestiones de mujeres. Los negros se quejan de racismo si una blanca se niega a bailar con ellos; los rusos se indignan si un africano sale con una rusa. ¿Hay o no en los soviéticos una actitud racista? Más o menos, dada su desconfianza con respecto a todos los extranjeros. El extranjero blanco se siente sospechoso en tanto que extranjero; el negro piensa que lo que se discute es el color de su piel y reacciona a menudo violentamente.

En la Unión Soviética, consumidores y usuarios son tratados sin cortesía; ya lo había observado, pero lo deploré especialmente cuando salimos para Vladímir. El tren llega en un sentido y parte en el otro sin que nadie se preocupe de dar la vuelta a los vagones. Los asientos dispuestos a cada lado del corredor central seguían dando la espalda a la locomotora. Como no soporto correr de espaldas me quedé durante tres horas arrodillada sobre mi asiento. Pero el monótono paisaje de praderas y bosquecillos me gustaba; el cielo rojeaba, el sol no terminaba de ponerse; a nuestra llegada eran las diez y todavía los rosas quedaban en el horizonte.

Fundada en 1108 por el zar Vladímir Monomaco, Vladímir es una de las más antiguas ciudades de Rusia. El nieto de Vladímir hizo de ella la capital del país, y siguió siéndolo durante ciento setenta años; luego se convirtió en el centro de un gran gobierno. En el siglo XIX muchos revolucionarios fueron exiliados en ella. Hoy es una gran ciudad industrial y cultural. Desde la primera noche habíamos ido a pasearnos a la ciudad alta. Seguimos el camino de ronda que corre junto a las murallas del kremlin; a nuestros pies corría un arroyo y las luces de la ciudad baja brillaban: habíamos atravesado jardines verdeantes donde se levantaban hermosas iglesias blancas; sobre los bancos los enamorados soñaban.

Al día siguiente volvimos a ver las iglesias: la catedral Dmitievski data del siglo XII; terminada con un solo bulbo dorado, su traje blanco está maravillosamente bordado; la catedral de la Asunción, muy hermosa bajo sus cinco bulbos encierra los frescos de Rublov. Vimos también la puerta de oro, una puerta fortificada, también ella toda blanca y coronada por un bulbo dorado; y viejas callecitas bordeadas de hermosos árboles y de casas de madera precedidas cada una por un

jardincillo. Un coche nos llevó fuera de la ciudad, para que viéramos reflejarse en las aguas del Nerl la muy simple y hermosa iglesia de la Intercesión; luego visitamos Suzdal, una ciudad aún más antigua que Vladímir, que encierra entre sus murallas una cantidad de iglesias; hay una grande y esbelta, construida toda en madera, con un bulbo escamoso.

Al despertarnos una mañana vimos pasar debajo de nuestras ventanas camiones llenos de niñas de traje blanco, muchachos con corbatas rojas que llevaban en las manos ramas de abedul. En el parque que se extiende por una gran parte de la ciudad alta, la gente desfilaba cantando, jugando a juegos diversos, rasgueando guitarras; toda esta alegría parecía a las vez espontánea y dirigida. Un pabellón había sido transformado en café: había mesas afuera y en el interior se podía comprar toda clase de dulces y panecillos rellenos de huevo duro y cebolla. Las mujeres llevaban bolsas llenas de alimentos y guirnaldas de bretzels. Nos sentamos a una mesa y devoramos. Era una buena suerte inesperada porque en el hotel no había nada de comer. El pan no era ni negro ni blanco; el agua mineral era salada como agua de mar. (En ninguna parte de la U.R.S.S. el agua natural es potable, salvo en Moscú donde tiene un pronunciado gusto a menta que no es desagradable.) Los platos eran incomibles, salvo los huevos que había muy pocas veces. Delante del hotel una multitud sitiaba a un vendedor ambulante que vendía unas galletas polvorientas. El mercado, alegre y animado, era de una extrema pobreza. ¿De dónde venía, pues, esa repentina abundancia? Si era posible aquí, ¿por qué entonces tanta penuria en el resto de la ciudad? Menos lo entendíamos porque Moscú estaba muy cerca y allí se podía comer correctamente.

Nos hubiera gustado volver en uno de esos taxis colectivos llamados «anda caminos», pero por razones misteriosas estaban prohibidos a los extranjeros. Tomamos, pues, el tren: esta vez los asientos estaban en el buen sentido.

Nuestros amigos nos habían aconsejado un bonito viaje: ir a Tallin, capital de Estonia, pasando por la vieja ciudad rusa de Pskov y por la ciudad universitaria estoniana de Tartú: volveríamos en barco a Leningrado de donde iríamos a Novgorod. Ese plan no era realizable, nos indicó el Inturist, porque éramos extranjeros. En los Estados bálticos, sólo las capitales les son accesibles: imposible pasar por Tartú. Sólo teníamos derecho a ir a Tallin desde Leningrado y en ferrocarril.

Escaneado con CamScanner

¿Por qué? Ni siquiera preguntamos. Tomamos el avión para Leningrado.

Esta ciudad es hermosa, sobre todo por la noche, cuando la luz se hace tierna y los hermosos colores italianos toman una frialdad nórdica. Las noches blancas eran igualmente conmovedoras. Las lilas de Kiev debían de estar marchitas pero aquí la primavera nacía, y acababa de abrirse; el Campo de Marte estaba cubierto de lilas japonesas de sobrio olor a leve pimienta, y lilas parecidas a las de Francia, con su olor fresco y embriagador: ¡qué lujo de flores y de hojas bajo el claro cielo de medianoche! Pocas cosas en el mundo me han conmovido tanto como esas fiestas nocturnas.

Luego llegamos a Tallin y nos pareció que cambiábamos de mundo. Estonia sólo conoció unos veinte años de independencia, de 1921 a 1940. Durante cinco siglos, en el curso de guerras sangrientas, pasó de las manos de los alemanes a las manos de los daneses, de los polacos, de los suecos. A partir de 1721 estuvo gobernada políticamente por los rusos, aunque económicamente lo estaba por un feudalismo alemán que la occidentalizó. Después de la guerra quedó unida a la Unión Soviética. Pero las tradiciones burguesas de la República de 1921-1940 se conservaron. El hotel era de estilo europeo, muy elegante; la cocina, cuidada; el comedor era muy agradable con sus grandes cristaleras que daban a un parque de rico follaje. Por la noche la orquesta tocaba con discreción. Fuimos acogidos por una pareja encantadora: el señor Semper, un anciano muy vivaz que había traducido *El muro* al estoniano, antes de la guerra, y su mujer que a los sesenta y dos años era tan agradable de ver como de oír. Era especialista en música y le gustaba la de vanguardia. Habían vivido mucho en Francia y conocían perfectamente su lengua y su literatura. Siempre presentes cuando podían sernos útiles, nos dejaban solos cuando sentían que deseábamos estarlo, y pudimos vagar por Tallin con total libertad.

La ciudad alta fue construida a principios del siglo XIII por los daneses: torreones, almenas, torres, polvorines, permaneció casi idéntica a sí misma; de lejos parece un dibujo de Victor Hugo. Las murallas encerraban calles estrechas de empedrados desiguales, bordeadas de casas antiguas, de pequeñas plazas silenciosas durante el día, desiertas por la noche. En Tallin también las noches blancas me daban tristeza: a lo lejos se veían, pálidos en el cielo pálido, el mar y los barcos. Un gran jardín en el que serpentea un río baja desde las fortificaciones

hasta el camino. Se sentía el olor emocionante de los tilos y el de las lilas, también, que habían subido hacia el norte al mismo tiempo que nosotros.

Abajo se extiende la ciudad de los comerciantes. Antes, las calles estrechas donde se alineaban montones de negocios y tiendas, conducían a anchas plazas donde se realizaban los grandes mercados. Hoy las tiendas relativamente bien surtidas son escasas, y las plazas están vacías. Se tiene la impresión de una ciudad apartada de su destino; de una ciudad ocupada. Los habitantes viven mejor que sus homólogos rusos, pero peor que antes de la guerra. Una de esas características es la gran cantidad de confiterías llenas de tentadores postres y también la existencia de cafés de estilo occidental. El mayor, el café Tallin, instalado en un primer piso, recuerda a los de Innsbruck y Viena; es espacioso, sombrío, silencioso, dividido en compartimientos que contienen cada uno una gran mesa redonda. Cierran por la noche a las once. Se comen dulces, se bebe té, café: nada de vodka.

Quedamos asombrados de ver en varios escaparates carteles que representaban paisajes de Australia. Muchos estonianos emigraron antes de la guerra al Canadá y a Australia. Nos hablaban de ellos con una simpatía que primero nos sorprendió. Pidiéndole una entrevista a Sartre, un periodista le dijo: «Nuestro diario está destinado sobre todo a nuestros compatriotas del exterior.» Los estonianos de dentro tienen con relación a ellos un sentimiento de inferioridad; no consideran que los exiliados han rechazado el socialismo sino que han demostrado su patriotismo, sustrayéndose al yugo del tirano secular, Rusia, y, sin que lo digan, se siente que los que se han quedado los aprueban. Los rusos deportaron a muchos estonianos al día siguiente de la guerra por ser estonianos, es decir, sospechosos de enemistad para con Rusia.

Encontramos así a un escritor que, sin otro motivo, había pasado varios años en un campo. Una iglesia, enorme y horrible, que se ve desde todas partes y que fue edificada en el siglo XIX, simboliza pesadamente la antigua presencia rusa en Estonia. Para protestar contra ella –y también contra los barones alemanes– se crearon los coros campesinos, que cantaban canciones nacionales. Nos mostraron el vasto auditorio en donde se reúnen cada tres o cuatro años, llevando el traje estoniano tradicional.

Los Semper nos pusieron en contacto con redactores de revistas y editores, que gozaban de cierta autonomía con respecto a Moscú.

Eran más liberales que los rusos, y habían publicado *La peste* de Camus. Sin embargo uno de los escritores con los que hablamos era fiel al optimismo zanoviano. Premio Lenin, gran conversador, contaba de modo divertido historias sobre el Antártico en el que era especialista. Pero sus gustos literarios diferían de los nuestros. Le reprochó a Sartre el pesimismo de *El muro.* Tampoco le gustaba *Un día en la vida de Iván Denisovich:* «Está escrito de una manera demasiado sombría», explicó. «¿Y cómo lo hubiera escrito usted?», le preguntó Sartre. Él dudó: «No sé», confesó. Era evidente que pensaba que no había que escribirlo de ningún modo.

No teníamos derecho a entrar en Estonia por Tartú; pero no había nada ilegal en que los escritores estonianos nos llevaran desde Tallin. Fue un hermoso paseo de unos doscientos kilómetros a través de un campo llano pero atractivo: praderas, bosques, casas de campo, bajas y anchas.

Los cuartos del hotel del Parque eran modernos y alegres y los corredores carecían de vigilancia, cosa que yo nunca había visto en la U.R.S.S. El profesor B., con el cual almorzamos en un café, nos dijo que desde 1945 un solo francés había estado en Tartú antes que nosotros. Nos mostró en la ciudad baja algunas bonitas casas de madera: lamentaba que la municipalidad no las hubiera barrido; ¡felizmente la guerra había destruido la mayor parte! No podía decirse que fuese un nostálgico. Tartú, como Tallin, había sido construida primero sobre una colina. Pero las guerras que arrasaron Estonia y arruinaron muchos de sus monumentos terminaron casi con la ciudad alta. Sólo queda la catedral, construida en ladrillos rojos, destripada pero hermosa: subimos a verla con el profesor B., que hizo algunos comentarios en un tono fatigado y desdeñoso. Arreglaron una parte de la iglesia de modo de poder instalar allí la biblioteca universitaria que visitamos. Nuestro guía nos llevó en seguida a casa de un escultor cuyo jardín y cuya casa estaban llenos de horribles estatuas. Hace veinte años, era casi un escultor maldito: a ciertos grupos se les reprochaba su erotismo. Hoy fabrica sobre todo monumentos funerarios, está colmado de honores y todos los viajeros que pasan por Tartú tienen que verlo e inscribir sus impresiones en su libro de oro.

En conjunto, Tartú nos interesó poco; pero pasamos buenos momentos en los alrededores, el día de San Juan. Siempre hastiado y lúgubre, el profesor B. nos escoltó en automóvil hasta el gran lago, ro-

Escaneado con CamScanner

deado de colinas boscosas y sembrado de islotes. Un funcionario de la administración de montes nos acogió; estaba encargado de «mostrarnos» el lago: en la U.R.S.S. todo debe ser «explicado» por un especialista, cosa que a veces me postraba. En realidad, aunque un poco demasiado voluble, el nuevo guía era menos lúgubre que el primero. Nos propuso tomar un bote y navegamos entre pequeñas islas secretas sobre un agua tan lisa que los juncos se duplicaban. En el cielo, aviones de reacción dejaban detrás de sí surcos fijos que el sol poniente teñía de rojo.

Por un camino empinado el coche alcanzó una de las alturas que dominan el lago. Arriba, unos jóvenes habían levantado una tienda y encendido un gran fuego, mientras tocaban el acordeón. Nuestro chofer recogió brazadas de ramas secas y las echó en las llamas. Un joven estoniano que había venido desde Tallin con nosotros traía vodka; la botella pasó de mano en mano; él bailó con Lena al compás del acordeón. Sobre otras colinas se veían otros fuegos. A nuestros pies, el lago silencioso se bañaba en una claridad lechosa.

Volvimos a Tallin, luego a Leningrado, desde donde un coche del Inturist nos llevó a Novgorod, que en otros tiempos fuera un gran centro comercial. El kremlin de altas murallas rojas domina un largo río perezoso cuyos meandros se pierden a lo lejos en una llanura sin fin. En el interior de las murallas se levanta una catedral muy hermosa. En la otra orilla se ve un conjunto de arcadas, restos de un mercado del siglo XVIII, y un montón de pequeñas iglesias encantadoras: cada rico comerciante hacía construir una. Paseando una mañana contamos veinticinco. Estaban blanqueadas; pero una había sido reconstruida en su estado original, de ladrillos rojos y rosados. Había muchas en los alrededores. Visitamos un monasterio, que se levanta solitario al borde del Volhkov, en ese lugar ancho como un lago. En Rusia muchos monumentos están abandonados a medias: deambulamos entre pedruscos y yerbajos alrededor de una iglesia de líneas puras.

Durante dos días nos paseamos sin ver a nadie oficial. La mañana del tercer día, un periodista telefoneó a Lena con voz indignada: deberíamos haber hecho constar nuestra presencia y hacernos «mostrar» la ciudad.

–Pero tengo un libro que explica todo –dijo Lena.

–¡Un libro! Nunca vale lo que la palabra viva.

Acordamos una cita con una responsable del museo que nos comentó la catedral con palabras muertas; pero gracias a ella pudimos ver las hermosas puertas de bronce, de origen alemán, en donde están esculpidas pequeñas escenas misteriosas. El museo contenía una colección de iconos bastante rica.

Volvimos a Moscú, donde permanecimos algunos días antes de volar hacia París.

A partir de 1963, China y la U.R.S.S. estaban en conflicto declarado. Pekín denunciaba en la política de coexistencia pacífica una colusión con el capitalismo; Moscú acusaba a los chinos de querer la guerra. Esta hostilidad mutua creció cuando, en febrero del 65, los americanos comenzaron a bombardear el norte del Vietnam. Jruschov ya no estaba en el poder pero sus sucesores continuaban su política exterior y en vez de enviar masivamente armas a Hanoi, dejaban las manos libres a los Estados Unidos: el P.C.Ch. denunció su neutralidad, los trató de colaboradores y de revisionistas. Los rusos estaban cada vez más convencidos de que los chinos querían desencadenar un conflicto mundial y que se preparaban para invadir la Unión Soviética. Todos nuestros amigos rusos eran de esta opinión. No atribuían a los chinos ni táctica ni estrategia, ni ningún motivo racional sino una voluntad demoníaca de hacer daño; aterrorizados, veían en ellos una pura encarnación del mal. Toda discusión sobre ese punto era vana.

Soviéticos y chinos debían participar en el Congreso de la paz que iba a reunirse en julio del 65 en Helsinki. De paso por París, Ehrenburg le pidió a Sartre que participara: su intervención podía servir a la causa soviética. Decidimos ir en julio a la U.R.S.S.: desde allí Sartre iría para dos o tres días a Finlandia.

Al llegar a Moscú nos pareció que la caída de Jruschov había tenido felices consecuencias en el plano cultural. *Novy Mir* publicaba relatos de Solyenitzin, poemas de la Ajmatova, la parte de las *Memorias* de Ehrenburg que evoca la época del zdanovismo. En una especie de manifiesto Tvardovski había exhortado a los escritores a huir de los trucos, de los camuflajes, a denunciar los errores, a decir la verdad sin retoques. Reeditaban a Pasternak. La partida no estaba ganada, lejos de eso. No siempre se traducía a Kafka, aunque se lo presentara ahora como una víctima del capitalismo y no como un pesimista decadente.

Tarkovski seguía sin obtener el derecho de filmar a Rublov; pero cabían esperanzas.

Mikhalkov, colaborador de Tarkovski en la dirección de *La infancia de Iván*, acababa de filmar *El primer maestro*. ¿La iban a dejar pasar? Los censores dudaban. La vimos en proyección privada y nos conmovió. Estaba sacada de un relato de un novelista kirguiz, Aitmatov, al que conocimos un poco más tarde a su paso por París. El comienzo del libro se situaba en nuestros días, en un próspero koljós de Kirguizia que celebraba el aniversario de la creación de su escuela. En medio de la fiesta alguno señalaba: «Aquí falta alguien: el primer maestro.» Y contaban su historia; una historia dramática pero que había tenido un buen final, dado que hoy el pueblo estaba felizmente integrado a la U.R.S.S. El filme era más áspero; se desarrolla inmediatamente después de la Primera Guerra, en una época en que Kirguizia estaba poblada de campesinos miserables oprimidos por señores brutales e ignorantes. Combatiente del Ejército rojo y leninista fanático, el primer maestro es enviado entre ellos para crear una escuela. Los señores, montados en sus caballos, acogen su aparición con burlas; los campesinos, con desconfianza. El maestro transformaba una vieja granja en escuela; con un coraje obstinado lograba reclutar alumnos. Pero, enceguecido por su pasión por Lenin, la cabeza llena de lecciones mal aprendidas, angustiado por la amplitud de sus responsabilidades, no se adaptaba a la situación. Denuncia el conflicto entre el proletariado y la burguesía cuando la sociedad kirguiz es todavía feudal. Hablando en clase de la muerte, un alumno le pregunta si Lenin también morirá algún día: fuera de sí, agarra al niño y lo maltrata aullando. Sus conductas neuróticas lo enfrentan a los alumnos y a toda la población. Una de sus alumnas, de unos quince años y muy hermosa, le testimoniaba sin embargo mucho afecto. El todopoderoso Bey la hace raptar y llevar a su tienda donde la viola. Trastornado, el primer maestro la hace liberar por soldados del Ejército rojo y la coloca al abrigo enviándola a la ciudad vecina. Como el Bey furioso toma represalias contra los campesinos, éstos incendian la escuela, reprochando al maestro haber pisoteado todas sus tradiciones y haber atraído la desgracia sobre sus cabezas. Vencido, el maestro resuelve partir. Pero en un sobresalto de energía se detiene en el camino: se quedará, luchará contra sí mismo y contra los demás. Tomando un hacha, resuelve talar el único álamo de la región para reconstruir su escuela incendiada. Los campesinos lo

miran, dudan y algunos de entre ellos se le unen, indicando así que al fin ha ganado la partida.

El autor había pintado con la misma simpatía al militante endurecido por sus principios y a los campesinos enfrentados a sus intereses inmediatos, esclavos de viejas rutinas: el drama que los oponía había surgido más de una vez cuando los cuadros habían querido implantar el socialismo en el campo. Se decía que los dirigentes dudaban en permitir la difusión del filme por no herir la sensibilidad de Kirguizia. Quizás, decían también, a los censores les puede haber chocado la secuencia en la cual la heroína se baña desnuda en un torrente. Creo que más bien les molestaba la franqueza de Mikhalkov: a través de su héroe conmovedor y odioso se develaba la complejidad del hecho revolucionario.[5]

Nos dieron noticias de Brodski. Se entendía bastante bien con los campesinos, se ocupaba en especial de los caballos, lo que no le desagradaba. Por sugerencia de Ehrenburg, Sartre, por intemedio de la Unión de escritores, dirigió a Mikoyan una carta pidiendo gracia para Brodski. ¿Contribuyó a decidir al gobierno? Poco tiempo después Brodski reanudaba en Leningrado su vida normal.

Ese año visitamos Lituania. Su destino tiene analogías con el de Letonia. Anexionada por Polonia, luego por Rusia, sólo conoció la independencia entre las dos guerras. Ocupada por los alemanes del 40 al 45, su unión a la U.R.S.S. planteó algunas dificultades: bandas de campesinos, sostenidas por los restos del ejército alemán se opusieron violentamente. Refugiados en el maquis vivían del pillaje haciendo reinar el terror en los pueblos.[6] Durante mucho tiempo la situación permaneció confusa. No parece que hoy los rusos sean muy queridos en Lituania. Acababa de celebrar el vigésimo aniversario de su anexión a la U.R.S.S. con tan poco entusiasmo que el Inturist dudó antes de autorizarnos a ir.

Mientras que en Moscú y en Leningrado vivíamos según nos daba la gana, no bien llegábamos a una república, había siempre una delegación de escritores que nos tomaba de su mano. En Vilno, sin embargo, nadie nos esperaba en el aeropuerto y nos alegramos de ese

5. El filme terminó por salir y fue más tarde proyectado en París.

6. Una película lituana bastante curiosa describe esas guerrillas; la habíamos visto en Moscú en una proyección privada.

Escaneado con CamScanner

descanso. Nos preparábamos para cenar tranquilamente cuando el encargado del comedor se acercó: «¿Señor Sartre? Hay una mesa preparada para usted.» Abrió la puerta de un salón particular donde estaba preparada una mesa de más de veinte cubiertos; nuestros huéspedes se habían equivocado en cuanto a la hora de aterrizaje y llegaron poco después. A partir del día siguiente no se nos separaban ni a sol ni a sombra. Una vez, sugerimos tímidamente que nos dejaran una tarde andar solos un poco por la ciudad. Por la noche nos preguntaron con aire un poco molesto: «¿Irán mejor sin nosotros?» Les teníamos simpatía; pero no nos gustaba deambular por las calles con una escolta de cinco o seis personas.

Vilno no era nada interesante: algunas calles bonitas, patios pintorescos, una vieja iglesia de ladrillo, una arquitectura complicada pero armoniosa; lejos del centro, una iglesia barroca enteramente esculpida en el interior; plantas, animales, personajes en los cuales se reconocían los rasgos típicos del campesino lituano.

Una mañana, al descender al vestíbulo del hotel, relativamente elegante, nos asombró verlo lleno de campesinas con sus pañuelos anudados debajo del mentón. El comedor estaba lleno de norteamericanos. Como en Estonia, y por razones análogas, los «compatriotas del exterior» son muy bien vistos en Lituania; y pueden ir y venir libremente. Un tren paquebote acababa de llegar a Vilno y las familias de los emigrados se habían precipitado al hotel para recibirlos. Había un curioso contraste entre los lituanos «del interior», en su mayoría koljozianos, y los exiliados, vestidos de burgueses; hablamos con algunos de ellos: la mayoría pertenecía a las capas más desheredadas de la sociedad norteamericana y la detestaba.

Hicimos dos o tres excursiones: recuerdo un elegante castillo de ladrillo levantado sobre una isla, en medio de un lago que prolongaba hasta el horizonte un rosario de lagos melancólicos.

El viaje que nos llevó en coche de Vilno a Palanka, al borde del mar, fue muy fatigante. En Kaunas, segunda ciudad de Lituania, tuvimos que visitar una exposición de vitrales modernos, muy feos, un taller de tejido, un interesante museo de antigüedades: admiré un Cristo de madera, del cual se encuentran reproducciones en madera, horribles, en todo el país, pero que es muy hermoso; coronado de espinas, sentado, la mejilla apoyada en la mano, es la imagen misma del abandono. Después de almorzar en un café encantador, estilo vienés, fuimos a visitar

un fuerte donde los alemanes encerraron a un grupo de resistentes. Un guardián, antiguo prisionero, nos paseó largamente. En las paredes de las celdas, algunos franceses habían puesto su nombre. Muchos de los detenidos habían sido fusilados y sus huesos enterrados en los campos de los alrededores, en kilómetros a la redonda. Sartre tuvo que depositar un ramo al pie del monumento a los muertos. Luego atravesamos Klaipeda, la antigua Memel, cuya arquitectura es pesadamente alemana. Memel, otro de esos nombres que me asombraba ver encarnado. Durante todo el trayecto hablamos con nuestra escolta sobre literatura francesa, sobre el cine italiano. Estábamos molidos de cansancio cuando llegamos, muy tarde, a Palanka. Al entrar la primera al hotel, Lena volvió a salir consternada: el alcalde quería invitarnos a cenar. Logramos zafarnos.

Palanka carecía de interés, pero el mar era muy bello: enormes olas color café con leche o gris sombrío reventaban estruendosamente en una playa de arena que se extendía hasta perderse de vista. A pesar de la temperatura –entre doce y catorce grados– había gente bañándose. Incluso algunos hacían nudismo. Durante un paseo a lo largo del mar, unas mujeres gordas y locuaces se precipitaron sobre Sartre; estábamos acercándonos a la parte de la playa reservada a las mujeres. Es frecuente en la U.R.S.S. que hombres y mujeres practiquen el nudismo en playas separadas. Se sobreentiende que en las playas mixtas el traje de baño es de rigor.

Una mañana vimos un extraño espectáculo: un hombre vestido con un impermeable amarillo había entrado en el agua hasta la mitad del muslo, empujando algo delante de sí con un bastón. Era una red que volcó sobre la arena, donde los niños se disputaban embelesados los detritos. Andaba en busca de ámbar, ese ámbar transparente u opaco con el cual en la Unión Soviética se hacen hermosos collares y que proviene en gran parte de esta costa.

Vimos, a alguna distancia de Palanka, una casa en donde vivió Thomas Mann; está asomada al mar, en lo alto de un acantilado y en el límite de un bosque, en una perfecta soledad: hoy aloja a escritores. El lugar es muy hermoso, pero todavía son más hermosas, a algunos kilómetros, unas altas dunas blancas; soplaba un gran viento que nos hacía tambalear mientras las escalábamos; nos sentamos en lo alto de una y contemplamos el mar de un azul agudo que bañaba las abruptas colinas de arena reluciente como la nieve.

Volvimos en avión a Leningrado; queríamos ver Pskov, que el año anterior nos habíamos quedado sin visitar. Quedó acordado que el coche del Inturist vendría a recogernos un sábado por la mañana. El viernes por la noche, a las diez, Lena fue convocada a la recepción del hotel: la ruta de Pskov estaba cerrada. Ya era imposible hacer intervenir a los responsables de la Unión de escritores: habían partido para el fin de semana. ¿Por qué esta prohibición? ¿Se trataba de un paso de tropas, de maniobras? Al día siguiente Lena, que estaba empeñada en llevarnos a Pskov, decidió jugar el todo por el todo. Explicó al director del hotel que Sartre iba a partir para Helsinki: había que cuidarse de no comprometer con incidentes desagradables su amistad por la U.R.S.S., si querían su apoyo en contra de China. Una hora más tarde nos autorizaban a partir para Pskov, cosa que hicimos después de almorzar.

Anduvimos por una carretera vacía. En Pskov, la delegada cultural nos acogió muy amablemente. Se excusó por no ofrecernos flores: se las había entregado al embajador y a la embajadora de Inglaterra, que habían llegado unos momentos antes y a los que había confundido con nosotros. Nos proponía llevarnos al día siguiente a ver la casa de Pushkin, a unos cincuenta kilómetros. Lena había recibido instrucciones; no se podía llevar extranjeros allí. «Asumo toda la responsabilidad», dijo la delegada. Lena, que había estado en Pskov durante la guerra, no encontró los lugares que amaba: la mayoría de las viejas casas y de los monumentos antiguos habían sido destruidos.

La propiedad de Pushkin no me emocionó demasiado; se lo conoce muy mal en Francia. Pero me gustó mucho el campo soleado y el vasto horizonte más allá de los prados y de los bosques que olía a primavera. En el camino no nos cruzamos ni con un gato, ni tampoco en el regreso a Leningrado.

Sartre pasó dos días en Helsinki. Cuando fuimos Lena y yo a buscarlo a la estación de Leningrado, estaba llena de gente con ramos de flores en la mano. Se habían formado grupos, que a la llegada del tren se precipitaron hacia los vagones, mientras los músicos se ponían a tocar himnos patrióticos. Fotógrafos y periodistas asediaron a ciertos delegados. El japonés era el más rodeado. Empezaron los discursos, Sartre logró escabullirse. En el hotel nos habló del Congreso. Los chinos habían tenido una actitud sumamente hostil; en el curso de las sesiones, nunca aplaudían a un orador, salvo a los vietnamitas. La no-

Escaneado con CamScanner

che del 14 de julio, los delegados franceses habían organizado entre ellos una fiestecita, y uno de ellos tuvo un verdadero éxito cantando: «Noche de China, noche de amor.» Las relaciones entre chinos y soviéticos eran especialmente tensas; éstos se mantenían a la defensiva pero los chinos multiplicaban las agresiones. Estuvieron tan violentos que en el curso de una discusión con ellos Ehrenburg, en su esfuerzo por permanecer dueño de sí, casi tuvo una congestión; abandonó la sala y cayó en el corredor, lastimándose la cara. Al día siguiente, durante una nueva discusión en la que los chinos acusaban a la U.R.S.S. de desviacionismo, de revisionismo, de retorno al capitalismo, Ehrenburg se extralimitó: los chinos exigieron que la delegación soviética les pidiera excusas, cosa que fue denegada: las palabras de Ehrenburg y su cólera sólo le concernían a él. «Es inaceptable —dijeron los chinos—. Todos sabemos cómo suceden las cosas. Las reacciones individuales están prohibidas, todo está dispuesto por anticipado. Si un delegado se encoleriza, es porque ha sido dispuesto que lo hiciera.» Y su conducta indicaba que en efecto observaban esta regla.

Sartre nos contó también su intervención en el Congreso. Había dicho que no había que ceder al chantaje americano sino acudir masivamente en socorro de Vietnam: era el único medio de detener la escalada. Los vietnamitas habían aplaudido calurosamente. Ehrenburg reprochó a Sartre haberse inclinado del lado chino. El hecho es que Sartre lamentaba que la ayuda de la U.R.S.S. a Vietnam fuera tan tibia. Según él, habría podido contraatacar a EE.UU. sin desencadenar una guerra mundial que ellos no deseaban.

Sartre, de vuelta, viajó en un mismo compartimiento con una joven que sabía francés y un general al que llaman el «general de la paz». «Cuando era joven —explicó— me enseñaron cómo sitiar y aniquilar a 10.000 hombres. Más tarde cómo aniquilar a 100.000. Ahora se trata de aniquilar a millones; prefiero luchar por la paz.» La idea de que los chinos poseían la bomba atómica los aterrorizaba: un buen día iban a tirarla en cualquier parte para desencadenar la guerra mundial. «A mí lo mismo me da, porque vivo en el centro de Moscú y muero en seguida. ¡Pero pienso en la gente de los alrededores!» La joven también estaba espantada: ¡los chinos eran tan numerosos! Y preguntó tímidamente: «¿No se podría instar a los americanos a bombardear..., ¡oh!, no las ciudades, pero las fábricas chinas, antes de que sea demasiado tarde?» «No —dijo firmemente el general— en primer lugar, sería

criminal. Y además somos aliados de los chinos: si son atacados tenemos que socorrerlos.» Sartre se divertía mucho con el viejo general.

Durante una reunión de la C.O.M.E.S., que tuvo lugar en Roma en octubre del 65, nos encontramos Simonov, Surkov, Tvardovski y amigos rusos menos conocidos. Nos anunciaron que estaba a punto de estallar un asunto mucho más grave que el de Brodski: dos escritores, Siniavski y Daniel, estaban acusados de haber publicado en el extranjero obras antisoviéticas bajo los seudónimos de Abraham Tertz y Arjak.

Ehrenburg nos había explicado que hoy, en la U.R.S.S., la mayor empresa editorial era Samizdat: la autoedición. Los autores condenados al silencio por la censura no se resignaban: con ayuda de sus amigos, hacían dactilografiar y circular sus textos; toda una literatura clandestina, extremadamente interesante, decía Ehrenburg, se desarrollaba paralelamente a la literatura oficial. Alguien había hecho franquear el telón de acero a los relatos de Daniel, publicados en Francia bajo el nombre de *Aquí Moscú*, así como a los relatos y a un ensayo de Siniavski, publicados bajo el título de *Verglas*. Leí el *Verglas* sin mayor entusiasmo, pero sin descubrir ataques contra la U.R.S.S. Esas novelas eran irónicas y críticas, pero no antisoviéticas. Daniel denunciaba el terrorismo stalinista, sin atacar al socialismo en tanto tal. Pero en las altas esferas consideraban que había difamado al país.

En el mes de octubre habían sido arrestados. Los *Izvestia*, *Literaturnaia Gazeta*, los atacaron violentamente. El 13 de diciembre los estudiantes trataron de manifestarse por Moscú a los gritos de «proceso público para Siniavski», pero la policía los dispersó. El proceso se desarrolló en febrero del 66, ante un auditorio cuidadosamente elegido: exclusivamente miembros del Partido. Se les concedió a los acusados el derecho de hablar y se declararon no culpables: pero la prensa no difundió sus alegatos. El tribunal comparó su caso con el de Tarsis, que había escrito obras muy violentas contra el régimen y al que se le permitió salir del país tres días antes de la apertura del proceso, declarándolo paranoico. Se decretó que Siniavski y Daniel eran culpables de haber atentado contra el régimen social y político de la U.R.S.S.: la explotación de su propaganda por la prensa burguesa demostraba su perversidad subversiva. Fueron enviados, Siniavski por siete años, Daniel por cinco, a un «campo de corrección por el trabajo, en régimen

Escaneado con CamScanner

estricto». A iniciativa de Ehrenburg, sesenta y dos escritores firmaron una petición de liberación de los dos condenados, saliendo de garantía todos ellos. Habida cuenta que la Unión de escritores comprende seis mil miembros, aquella cifra era irrisoria. Era necesario mucho valor para firmar: se exponían a no ser enviados nunca más al extranjero, a perder su situación, a no ser publicados nunca más. Nuestros amigos Doroch y Lena corrieron el riesgo. En el XXIII Congreso del P.C.U.S., que se realizó poco después, Sholojov deploró que los culpables no hubieran sido más severamente castigados: en tiempos de Lenin, dijo, hubieran sido fusilados. Censuró también a los liberales que habían salido fiadores de ellos: "Siento doble vergüenza por aquellos que ofrecen sus servicios y piden la libertad vigilada para esos renegados.» Afirmó que sólo los «defensores burgueses» habían protestado contra ese proceso. Sin embargo, el 16 de febrero, *L'Humanité* publicó una declaración de Aragon que desaprobaba el proceso en su nombre y en el del P.C.F. El P.C.I. tomó la misma actitud. Durante una semana *L'Humanité* fue prohibido en Moscú. Nosotros llegamos el 2 de mayo: «¿Qué vienen a hacer en estos momentos?», nos preguntó Ehrenburg. Según él, la situación de los intelectuales era trágica. Todos los que encontramos se mostraban indignados contra el proceso, aun los que no habían firmado la petición. Nos dijeron que Siniavski y sobre todo Daniel estaban siendo muy duramente tratados en el campo. Durante el tiempo que estuvimos en Moscú todas las conversaciones recayeron sobre ese tema. Todos nuestros amigos estaban consternados y ansiosos. La Samizdat sólo funcionaba con las mayores precauciones. No aparecía ninguna obra interesante. Tarkovski estaba terminando al fin de filmar un guión de Rublov que había sido autorizado, pero según nos dijo Doroch, había tenido que hacer tales concesiones, que el resultado no era nada satisfactorio.

En el 63 habíamos publicado en *Les Temps modernes* la admirable *Casa de Matriona,* de Solyenitzin, traducida para nosotros por Cathala; el relato aparecido antes en *Novy Mir,* había sido severamente criticado. Habíamos editado otras novelas del autor y deseábamos conocerlo. Un amigo común propuso organizar un encuentro. Lena nos dijo un día que Solyenitzin la había telefoneado: deseaba hablarle. Pensamos que era para acordar una cita con nosotros. Pero cuando volvió, des-

7. Compartí esta opinión cuando vi la película en París, en el invierno del 69. La crítica la puso por las nubes, ¿pero no habrá sido porque estaba prohibida en la U.R.S.S.?

pués de una hora de conversación con él, estaba desconcertada: «No quiere verlo», le dijo a Sartre.

¿Por qué? No se había explicado claramente. «Mire –le dijo en sustancia– Sartre es un escritor cuya obra ha sido publicada en su totalidad. Cada vez que escribe un libro sabe que va a ser leído. Yo tengo detrás de mí una cantidad de libros que no verán nunca la luz. Por eso no me siento capaz de hablar con Sartre; me haría sufrir demasiado.» Esta reacción nos sorprendió. Sartre lo conocía sin duda mejor de lo que él conocía a Sartre, muy pocas de cuyas obras habían sido traducidas al ruso: una parte del teatro y *Las palabras*. Desde ese punto de vista estaban en iguales condiciones. Quizás no quisiera ni parecer conforme con su suerte ni exponer a un desconocido las ideas que un año más tarde expresaría en la carta enviada al Congreso de escritores. Nos pareció claro, eso sí, que estar condenado al silencio, a la noche, es para un escritor la peor de las maldiciones.

Nunca habíamos podido ir al Asia Central porque los veranos son allí muy calurosos. En mayo, la temperatura era todavía clemente y me felicitaba de poder ver Samarcanda; justo a nuestra llegada a la U.R.S.S. un temblor de tierra asoló el Uzbekistán: no era asunto de estar paseando turistas. Cambiamos, pues, nuestros planes.

Volvimos a Yalta. Había menos gente y hacía más fresco que en 1963. La primavera estallaba en los jardines y en los parques en lujuriantes flores violetas: pesados racimos de glicinas y de lilas, árboles de Judá, cerezos japoneses. Por todas partes rosas, petunias ofrecían sus tiernos o pesados perfumes. Habíamos repetido nuestros antiguos paseos, y navegado en aerodeslizador. De nuevo, una noche, subimos a un barco blanco y vimos desfilar la costa, a la hora del sol poniente. El capitán nos invitó a cenar muy mal en su camarote. (En ese camarote Maurice Thorez había tenido un ataque y se había muerto.) Le preguntó a Sartre, entre chanzas y veras, si había ido a la U.R.S.S. a causa del asunto Siniavski-Daniel.

Odesa. Era para mí, en primer lugar, la famosa escalera del *Acorazado Potemkin*. Desde arriba no impresiona mucho; desde abajo, aunque hayan suprimido algunos escalones para construir el camino que bordea los muelles, y ya no se hunda en el mar, es tan imponente como en la película. Yo acababa de leer el tomo de las memorias de

Paustovski donde cuenta los días que precedieron a la entrada del Ejército rojo en la ciudad: las calles desiertas y negras en las que había que deslizarse a paso de lobo si uno no quería perder el abrigo o ser tomado por blanco por los cosacos; la carrera de la población hacia el puerto: los bultos, los cestos de mimbre cayendo a lo largo de las calles en pendiente, las maletas despanzurradas escupiendo puntillas y cintas; los empujones asesinos sobre las pasarelas de los barcos que huían hacia Constantinopla, abandonando los muelles aún antes de que aquéllas hubieran sido retiradas. Y los racimos humanos precipitados en el mar. Luego el gran silencio de la ciudad abandonada y la caballería soviética que avanzaba por calles sembradas de cadáveres. En los almacenes cerrados pululaban enormes ratas. Evocaba esas imágenes mientras íbamos descubriendo Odesa a pie o en taxi. El centro comercial estaba hirviendo de vida; también había tranquilos barrios residenciales donde abundaban las acacias cubiertas de flores blancas cuyos pétalos llovían sobre el suelo aromatizándolo; a lo largo de las calles desempedradas se levantaban hermosas casas de fachadas regulares intactas desde principios del siglo XIX. El pasado parecía sobrevivir exactamente. Sin embargo, la población había cambiado. La población de Odesa estaba compuesta antiguamente en gran parte de judíos y de orientales. Ahora se compone sobre todo de ucranianos. Sin embargo, en un barrio de veredas rotas, en el cual las acacias emergían de un lodo espeso, habíamos oído hablar yidish. Nubes de pequeños Kafka de ojos muy negros jugaban en las veredas.

Un ferrocarril nos condujo a Kichinev a través de un amable paisaje: praderas, pequeñas casitas con techo de bálago, con muros pintados de azul, huertas bien cultivadas, un aire de abundancia feliz. La ciudad fue casi enteramente arrasada por la guerra; a juzgar por algunas casitas de madera pintada que sobrevivieron, debe de haber sido encantadora. Los escritores que nos recibieron nos preguntaron con cierta sorpresa por qué habíamos ido: tomado de improviso, Sartre contestó que el temblor de tierra nos había impedido ir a Uzbekistán; no parecieron muy satisfechos de la explicación. Sin embargo, tuvimos con ellos relaciones muy cordiales durante los dos días en que nos mostraron los alrededores: vastos campos de tierra negra que alternaban con praderas: pueblos semejantes a los que vimos desde el tren, cuidados y prósperos. Antes de la guerra, esta región pertenecía a Rumanía; muchos de sus habitantes hablan rumano y en general los intelectuales saben francés.

Paseamos en coche por el Prut –la frontera actual–, por un camino bordeado de blancas acacias perfumadas. A la entrada de cada pueblo, el coche se detenía; descendíamos y frotábamos nuestras suelas en una especie de alfombra embebida en un desinfectante: la fiebre aftosa castigaba la región y corríamos el riesgo de transportarla de una frontera a otra. Muy próximos distinguíamos los Cárpatos de nombre romántico.

En mi juventud, Stépha me había hablado a menudo de Lvov, su ciudad natal, que entonces formaba parte de Polonia: ¡qué lejana me parecía! ¿Cuánto se había empequeñecido el mundo, que hoy me parecía tan natural encontrarme aquí? La ciudad se parecía mucho más a Europa Central que a Rusia. Los monumentos estaban construidos en el estilo barroco austríaco, con hermosos techos verdes retorcidos. Entramos en una iglesia católica, llena de gente que cantaba en coro hermosos cánticos: había muchos jóvenes entre la asistencia.

En la Universidad de Lvov, los estudiantes le plantearon a Sartre las mismas preguntas que los escritores de Vilno el año anterior y los de Kichinev este año; se interesaban por el cine italiano, sobre todo por Antonioni, y por la literatura francesa, especialmente por el *nouveau roman* y la Sagan.

Durante este breve viaje tuvimos una nueva experiencia de la desconfianza que padecen los extranjeros. Nos detuvimos cerca de Lvov, en una ciudad al pie de los Cárpatos, porque habíamos deseado hacer una excursión. En el Inturist nos dijeron que había una prevista: cuatro horas de subida en coche hasta una garganta en la que hay un hotel en donde almorzaríamos, y cuatro horas de descenso. Pero Lena no soporta los trayectos largos por caminos con curvas. Sugerí acortar el paseo: haríamos un picnic a mitad de camino. Imposible: los extranjeros no tienen derecho a descender antes de llegar a la garganta. Debimos limitarnos a pasar dos horas en el bosque sin abandonar el coche. Los Cárpatos se parecían a los Vosgos; abetos, hierba fresca, cimas azuladas. Me hubiera gustado aspirar su olor.

Recapitulando todas las prohibiciones con las que habíamos chocado, nos sentimos confundidos por su absurdo. En Yalta, la costa oriental estaba prohibida a los extranjeros, así como la ruta directa hacia la capital tártara, Sebastopol, les estaba cerrada; en Vladímir les estaban prohibidos los taxis para Moscú. Prohibido abordar los Estados bálticos sino por sus capitales. Prohibido ir de Leningrado a Tallin y

Escaneado con CamScanner

viceversa si no era por ferrocarril. El episodio de Pskov había demostrado la inanidad de esos reglamentos. «Es como ese banco de Madrid –nos dijo Goytisolo, al encontrarlo en Moscú–. Un cartel indicaba: Prohibido sentarse. Intrigado, alguien hizo averiguaciones; cinco años antes, el banco había sido repintado, y le habían colocado el cartel que luego nadie había tenido la iniciativa de retirar.»

Sin duda algunas consignas son tan sólo supervivencias. Pero la desconfianza de los rusos con respecto a los extranjeros se remonta a tiempo atrás. Los soviéticos prolongan una antigua tradición. En una de las iglesias de Vladímir, un fresco –anónimo– nos pareció muy significativo. Representaba el juicio final. A la derecha del Señor, está la cohorte de los ángeles y de los elegidos en largas ropas intemporales; a la izquierda, destinados al infierno, se ven gentilhombres con jubones negros, pantalón ajustado por encima de la pantorrilla, gola de puntillas, barba en punta: católicos. Detrás de ellos hay unos hombres con turbantes: musulmanes. La discriminación se funda en la religión. Pero las diferencias religiosas coinciden con las de nacionalidades. Todos los extranjeros viven en el error y son condenados.

En 1967, habíamos rechazado la invitación para asistir al Congreso de la Unión de escritores soviéticos, porque hubiera parecido que aprobábamos la condena de Siniavski y Daniel, así como el silencio a que estaba condenado Solyenitzin. La manera como se desarrolló el Congreso, la represión que se desencadenó durante el siguiente año contra una cantidad de intelectuales liberales no nos incitaba a volver a la U.R.S.S. en el 68. Pero fueron los acontecimientos de Checoslovaquia los que determinaron nuestra ruptura definitiva con ella.

Checoslovaquia: la habíamos entrevisto apenas en 1954 y una pequeña frase murmurada clandestinamente nos había angustiado: «Pasan cosas terribles aquí, en este momento.» Pero en el 63 habíamos sentido pasar sobre Praga un viento de libertad. La colosal y horrenda estatua de Stalin había sido derruida hacía mucho. Kafka era leído y amado. Se había traducido gran número de obras extranjeras, entre otros los libros de Satre, los míos. En un cabaret lleno de bote en bote oímos a jóvenes tocando jazz y leyendo poemas beatniks americanos. En la Universidad, Sartre pudo discutir en forma completamente libre con los estudiantes. Muchos intelectuales tenían del marxismo ese co-

Escaneado con CamScanner

nocimiento vivo del que lamentablemente carecían los soviéticos. Permanecían fieles al socialismo, pero su pensamiento se había vuelto crítico y exigente. No temían mirar de frente el pasado, denunciando sus errores. Una comisión creada en 1962, había llegado a la conclusión, en abril del 63, que los procesos de Praga habían descansado sobre acusaciones fabricadas pieza por pieza; pedía que los veredictos fuesen anulados y los condenados rehabilitados. Ciertas rehabilitaciones fueron rechazadas pero el proceso seguía su curso y parecía irreversible.

Nuestros dos interlocutores más habituales eran Hoffmeister, que nos había ido a buscar al aeropuerto, y Liehm, que nos servía de guía y de intérprete. Hoffmeister era una de las figuras más conocidas de Praga. Tenía unos sesenta años. Muy joven había escrito poemas, obras de teatro, relatos, ensayos y las caricaturas que había expuesto en 1927 y 1928 en Praga y en París habían tenido mucho éxito. Había abandonado Praga por París en el 39; había sido internado en la Santé, y luego deportado a Alemania, de donde se había evadido para refugiarse en EE.UU. Después de la guerra había sido nombrado director de Relaciones Culturales; luego, entre el 48 y el 51, embajador en París. Se había mantenido al margen de la vida pública durante el período de los procesos. Ahora era director de la Escuela de Artes Decorativas; seguía escribiendo y dibujando.

Más joven, Liehm era un ensayista y un periodista de gran talento. Había traducido muchos libros franceses. Ambos hablaban perfectamente francés. Ambos estaban muy bien informados, eran abiertos y listos, y discutíamos sin reticencia sobre cualquier asunto.

En el hermoso castillo que la Unión de escritores posee en los alrededores de Praga encontramos al escritor eslovaco Mnacko; a la gente le gustaba mucho su libro, *El reportaje diferido,* en el que describía los abusos del período stalinista. Era vivaz, apasionado, de una gran independencia de espíritu. Volvimos a encontrarlo con mucho placer en Bratislava.

Yo no conocía esta ciudad, que nos fue mostrada por una pareja muy simpática, Ballo y su mujer. Él había sido agregado de la embajada en París y fue quien nos proporcionó informaciones oficiales sobre el proceso Slansky. Actualmente dirige una revista literaria. Bratislava parecía pobre. Los gitanos vivían en un barrio miserable, al pie del castillo. Desde hacía poco, y con la finalidad de lograr divisas, la frontera próxima estaba abierta los sábados y los domingos y un río de tu-

ristas austríacos se volcaba en las calles. El gerente de nuestro hotel nos decía que conocía muy bien a algunos de ellos, que veinte años antes llevaban el uniforme alemán. La resistencia eslovaca había sido heroica y la represión sangrienta. Ni alemanes ni austríacos eran bien vistos. Una noche, Mnacko y sus amigos nos llevaron a un restaurante, situado en medio de un bosque, llamado «La caverna de los ladrones»: era una gran gruta con muebles oscuros en cuyo centro se asaban en una gran parrilla carnes con olores tentadores. Mientras cenábamos, con un buen vino blanco, un grupo de turistas se instaló en otra mesa y se puso a cantar en alemán. Nuestra mesa replicó cantando la canción de los guerrilleros. Había gran tensión en el aire; luego Mnacko fue a hablar con los austríacos y terminaron por darse la mano.

De Bratislava a Praga atravesamos vastos paisajes: colinas verdeantes y sombrías selvas donde los extranjeros ricos acuden en otoño en busca de caza mayor. En la mayoría de los pueblos se ven hermosas columnas barrocas que después de las epidemias los sobrevivientes alzaban para agradecer a Dios haberlos eximido.

Nuestra estadía fue breve, pero quedamos en relación con nuestros amigos checos. En el 64 habíamos publicado en *Les Temps modernes* una novela irónica y cruel de Kundera, *Nadie va a reír*. En París encontramos a Hoffmeister. En 1967, Liehm publicó en la revista que dirigía, *Literarni Noviny*, un informe sobre los trabajos del Tribunal Russell. Con ese motivo lo habíamos vuelto a ver en París. En esos momentos la pintura, la música, la literatura eran muy libres en Checoslovaquia, nos dijo. Incluso durante el período stalinista habían aparecido muy buenos libros. La situación del cine era peor. No se censuraban los filmes pero se alentaba a los directores subversivos a que partieran para Hollywood. La explicación, nos dijo Liehm, es que los dirigentes no leen e ignoran todo de la música y de la pintura. Mientras que, de vez en cuando, ven una película en sus salas de proyección.

Se estaba preparando una crisis política. La situación económica era mala. Para enderezarla, Otasik elaboró un nuevo sistema; quería adaptar la producción a los recursos y a las necesidades del país; ese reformismo era incompatible con la extrema centralización del poder, exigiendo una cierta liberalización del régimen que derivó en un conflicto entre los nuevos y los viejos burócratas. La clase obrera, despolitizada, parecía alinearse del lado de estos últimos, aunque los reformistas

Escaneado con CamScanner

trataran de asegurarles un cierto control de la producción. Fueron los intelectuales quienes ante un gobierno paralizado por contradicciones internas, suscitaron la exigencia de una democratización socialista. *Literarni Noviny* criticaba abiertamente el sistema. Antes del IV Congreso de la Unión de escritores, inaugurado en junio, los stalinistas desencadenaron contra Liehm y su revista una campaña que fracasó. El Congreso fue tumultuoso. El escritor Vaculik denunció la incompetencia y la esclerosis de los círculos dirigentes. Otros lo apoyaron. Hendyck, antiguo secretario del Comité central y cerrado stalinista, abandonó la sala. El organismo dirigente de la Unión, elegido por una mayoría aplastante, no fue reconocido por la dirección del Partido. Hubo, pues, ruptura entre éste y los intelectuales. Éstos hicieron circular muchísimos textos que atacaban al régimen.

Después de la guerra de los Seis Días, Praga había tomado partido, violentamente, contra Israel. Estaba prohibido emitir una opinión sobre el asunto que se apartara de las posiciones oficiales. Bajo pretexto de antisionismo se vio renacer el antisemitismo que había servido de fondo al proceso Slansky. En setiembre del 67, Mnacko abandonó con escándalo Bratislava por Israel; no era judío, pero no aceptaba que le impidieran escribir lo que pensaba. Muchos escritores checos firmaron un manifiesto donde reivindicaban su libertad sobre la cuestión israelí tanto como sobre otras.

A fines de setiembre, durante una sesión plenaria, el Comité central excluyó del Partido a tres escritores, entre ellos Liehm. A fines de octubre una nueva sesión coincidió por azar con una manifestación de estudiantes a la cual se prestó un carácter político, aunque reclamara por problemas de calefacción y de electricidad. Por otra parte, Eslovaquia era un foco de agitación, porque se consideraba, a justo título, perjudicada por los checos. Novotny y Dubcek se enfrentaron a propósito del problema eslovaco y la torpeza de Novotny empujó a la oposición a muchos miembros del Comité central. Puesto al corriente en diciembre por Dubcek y Cernik, Breznev no prometió su apoyo a Novotny.

Durante la sesión de diciembre, el Comité central lo presionó para que dimitiera. En la noche del 4 al 5 de enero abandonó su puesto de jefe del Partido; quedaba solamente como Presidente de la República. Dubcek fue el nuevo secretario. Ese cambio había sido operado de manera perfectamente democrática, bajo la acción del Comité central.

Se preparó entonces y luego floreció «la primavera de Praga». De enero a marzo se oyó sobre todo la voz de la «intelligentsia». Los intelectuales trataban de inclinar a las masas del lado de los reformadores, pero en los hechos sus escritos iban aún más lejos: mostraban que no se podía poner coto a los «abusos» del régimen sin liquidar al sistema entero. Puesta al corriente de la situación real del país y de los errores cometidos, la clase obrera volvió a politizarse poco a poco y retomó la vieja exigencia maximalista: el poder a los soviets. Abolida la censura, la prensa y la radio gozaban de una total libertad y los intelectuales intensificaron su lucha contra el sistema. En marzo, Novotny dimitió; los dirigentes decidieron reunir un congreso del Partido y proceder a elecciones parlamentarias. En mayo, Vaculik publicó el *Manifiesto de las 2.000 palabras;* la democratización, decían, tenía que ser obra de los propios trabajadores. Éstos obtuvieron del nuevo régimen que se les confiara la gestión de las industrias. Así se dio la alianza entre intelectuales y obreros.

Pero el P.C.U.S. tuvo miedo. El 1.º de junio, el comité central del P.C. checoslovaco decidió por unanimidad la convocatoria del XIV Congreso para setiembre: entonces los ejércitos soviético y polaco empezaron a patrullar por las fronteras checoslovacas. El 1.º de julio, la U.R.S.S., Polonia, Hungría, Bulgaria y Alemania del Este firmaron en Varsovia la «Carta de los Cinco». Invitaron a los stalinistas checoslovacos a oponerse a la política de Dubcek. Fue un golpe de espada en el agua. La unidad del Partido y del pueblo quedó reforzada.

Habíamos seguido los acontecimientos con un interés apasionado. Había leído *La broma,* en donde Kundera evoca, con un sombrío humor, el clima que reinaba en Checoslovaquia durante los años 50. El autor se inspiraba en un hecho real que se había producido en 1949. Nezval, a quien los jóvenes checos admiraban como poeta pero bastante menos como hombre, publicó una obra donde celebraba a la vez los placeres de los sentidos y a Stalin. Algunos jóvenes se divirtieron en parodiarla. Esta «broma» les costó cara. Se calificó su panfleto de opúsculo contra el Estado; las revistas que lo habían difundido fueron atacadas; se acusó a los autores y a sus cómplices de ser trotskistas y agentes del imperialismo. Hicieron su autocrítica, a menudo con sinceridad ya que el solo hecho de ser intelectual los culpaba. En su novela Kundera trasponía esta anécdota; contaba los años de trabajo forzado a los cuales había sido condenado el bromista. En abril, *Les*

Temps modernes publicó varios artículos de progresistas checos. Sartre habló largamente en la televisión checa.

Estábamos en Roma cuando el 21 de agosto nos enteramos de la entrada de los tanques soviéticos en Checoslovaquia. Sartre concedió en seguida una entrevista al diario comunista *Paese Sera;* trataba a los soviéticos de «criminales de guerra»: nuestras relaciones con la U.R.S.S. quedaban definitivamente quebradas. Todos nuestros amigos italianos estaban aterrados. El P.C.I. se había desolidarizado con energía de la invasión soviética; el P.C.F. también aunque con mayor tibieza. En ambos países, la base, acostumbrada a admirar incondicionalmente a la U.R.S.S., quedó contrariada por la actitud del Comité central. En cuanto a nosotros la actitud de Castro nos desoló. Rosana Rossanda nos comunicó su discurso, que acababa de recibir en el texto original: estaba tan tristemente asombrada como nosotros de ver a Castro aprobar con entusiasmo la invasión de un pequeño país por una gran potencia.

Los escritores soviéticos dirigieron a los intelectuales checoslovacos una carta por la cual se solidarizaban con su gobierno. Entre los grandes, sólo Simonov, Tvardovski y Leonov se negaron a firmarla. (Ehrenburg había muerto.) Pensamos en la desolación de nuestros amigos rusos. A nuestra vuelta a París, encontramos a Svetlana, una joven comunista rusa a la que conocíamos un poco. Estaba de vacaciones con su hermana en una playa del mar Negro cuando se enteró de la agresión, escuchando las noticias en su transistor. «No lloro nunca –nos dijo–. Pero ahí me eché a llorar; y mi hermana también.» Almorzaron en el hotel con un joven oficial: «Pero no pongan esa cara –les dijo–. Los alemanes no entrarán nunca en la Unión Soviética. Nosotros seremos los que los batiremos en su terreno.» Creía como tantos otros que se trataba de luchar contra los alemanes. «Las masas sostienen ciegamente al gobierno –nos aseguró Svetlana– y los intelectuales estamos ahora completamente aislados.»

En esos momentos vi también a una amiga rumana que venía de Bucarest. El 22 de agosto, se encontraba en casa de su pedicura cuando ésta, poniendo la radio, estalló en sollozos: «¡Estamos perdidos!» Ceausescu anunció que iba a hablar y toda la ciudad se había reunido para escucharlo. Protestó contra la agresión con mucha violencia. La declaración de Sartre en *Paese Sera* apareció en primera página en todos los diarios. Poco a poco, a raíz de tratados secretos con la

U.R.S.S. sobrevino el silencio. Los rumanos que se encontraban en Checoslovaquia volvieron en coches abollados: al pasar, los húngaros los habían apedreado. Las capas ilustradas del pueblo húngaro desaprobaron la intervención; pero siempre hubo una profunda enemistad entre Hungría y Rumania y la propaganda antisoviética había caldeado los espíritus, por lo que los campesinos se sintieron autorizados a manifestar su odio.

En octubre volvimos a ver a Liehm y hablamos largamente con él. Le dijo a Sartre que los directores de los teatros de Praga lo invitaban a que fuera a ver las representaciones de *Las moscas* y *Las manos sucias*. Sartre aceptó, pero con escepticismo: ¿no prohibirían las obras?, ¿nos darían nuestros visados?

El hecho es que el jueves 28 de noviembre aterrizamos en Praga, a las once de la mañana. El día era gris, húmedo y frío. El director del teatro y sus asociados, y algunos escritores, nos acompañaron hasta el hotel Alkron, anticuado y encantador, que fuera en otras épocas un centro de espionaje internacional. Desde allí partimos en seguida para el teatro donde se estaba terminando el ensayo general de *Las moscas*. Desde el vestíbulo oíamos estallar los aplausos. Subimos al escenario, y los estudiantes, numerosos entre la asistencia, le hicieron preguntas a Sartre. Liehm le había dicho que podía hablar sin reticencias; incluso quedé sorprendida por la libertad de esta charla. Como el auditorio se lo solicitara, Sartre declaró que él consideraba la agresión soviética como un crimen de guerra; que él había escrito *Las moscas* para alentar la resistencia francesa, y que se sentía feliz de que su obra se representara en la Checoslovaquia ocupada. Pocos días antes, los estudiantes se habían declarado en huelga, y él les preguntó sus razones. «Señor Sartre, usted acaba de llegar, e ignora en qué condiciones vivimos: en privado podemos hablarle de la huelga, no en público; hay autocensura», dijo un joven. Otro, pelirrojo y barbudo, un matemático, se levantó: «Autocensura o no, yo voy a contestar.» Y subió al escenario. Hablaba en checo; nuestra intérprete, una encantadora joven melancólica, de grandes ojos azules, nos traducía. Los estudiantes no estaban contra el gobierno, pero querían demostrar su importancia política y apartar a los dirigentes de la vía de las concesiones. Los obreros habían hecho una hora de huelga para demostrarles su solidaridad. La discusión sobre distintos puntos duró cerca de dos horas.

Escaneado con CamScanner

Almorzamos muy tarde con el director del teatro y su equipo, y descansamos en el hotel. A eso de las siete salimos. Hacía mucho frío, había niebla y a pesar de los alegres colores de los rótulos luminosos, las calles estaban bastante siniestras. Al pie de la estatua que se levanta en lo alto de la plaza Wenceslas se amontonaban coronas mortuorias; los ramos cubrían el suelo donde brillaba un cantero de velas; algunos se recogían silenciosamente, otros murmuraban plegarias en memoria de las víctimas de la agresión.

Al día siguiente por la mañana, nuestra intérprete nos llevó en coche a ver Praga. Gran cantidad de automóviles, en general pequeños, embotellaban las calles. Volví a ver el castillo, los barrios viejos, sus bonitas casas barrocas, muchas plazas encantadoras y de lejos el puente de hechiceras estatuas, por el que no se podía transitar porque estaban reparándolo. Visité la hermosa capilla de Juan Huss. Y nos detuvimos un buen rato en la gran plaza donde Juan Huss fue quemado; recordaba bien el reloj, las hermosas casas antiguas, y, un poco retirados, los dos campanarios de la iglesia.

Almorzamos con escritores en un agradable restaurante decorado con árboles falsos: es la moda en Praga, igual que entre nosotros las viejas vigas como una reacción contra el plástico. Volvimos a ver a Hoffmeister, conocí al joven filósofo Kosik del que Sartre me había hablado con estima. También allí la conversación era absolutamente libre. Nadie desconfiaba de nadie y reinaba entre todos un acuerdo perfecto. El encuentro que tuvo lugar en la Unión de escritores, con unas cien personas, fue mucho menos interesante: algunos de los que habríamos querido encontrar, como Kundera, estaban fuera de Praga.

Por la noche estrenaron *Las moscas*. La sala estaba repleta. Encontramos excelente la dirección y los actores. El público aplaudió frenéticamente algunos pasajes. Cuando Júpiter les dice a Orestes y a Electra: «He venido para ayudarlos», las risas estallaron. Y también cuando, habiéndole hecho a Electra tentadoras promesas, a su pregunta: «¿Qué me exiges a cambio?», le responde: «No te pido nada... o casi nada.» El público reaccionó con entusiasmo a la réplica de Júpiter: «Cuando la libertad estalla una vez en el alma del hombre, los dioses no pueden ya nada contra ese hombre.» En muchas otras frases vio alusiones a su situación y aplaudió vivamente. Al final fue un triunfo para Sartre.

Luego cenamos carnes frías regadas con vodka, vino blanco y cer-

Escaneado con CamScanner

vez. Nos habíamos sentado enfrente de Cisak y de Hadjek. El primero era grueso, tenía un rostro ancho bajo cabellos cortados a cepillo. Hadjek –que había sido objeto de innobles calumnias–[8] tenía una cabeza de pájaro desplumado. Llamaba a los rusos «nuestros aliados» y predicaba la prudencia: «No hay que asustar a nuestros aliados.» Según él, se había hablado demasiado: los intelectuales gustan demasiado de hablar. Sería más prudente ahora actuar en silencio.

Al día siguiente, *Las manos sucias* recibieron también del público, que encontró cantidad de alusiones a los acontecimientos, una acogida entusiasta. Cuando Hoederer dice que un ejército de ocupación nunca es amado, aunque se trate del ejército rojo, aplaudió a rabiar. Me contaron que en una comedia una actriz había desencadenado una tempestad de risas diciendo por teléfono a una amiga: «Llámame más tarde, estoy ocupada.»

Nuestra jornada había estado colmada y la siguiente también lo estuvo. Nos mostraron los noticiarios filmados por los checos durante la noche trágica y los días siguientes: había leído muchos reportajes, pero ver las cosas con los propios ojos es muy distinto. También nos mostraron los noticiarios filmados por los soviéticos, proyectados en la U.R.S.S. con comentarios que desnaturalizaban su sentido: armas encontradas en los sótanos de un ministerio figuraban como arsenal revolucionario. En Praga se había pasado la película denunciando las supercherías.

En televisión, respondiendo a las preguntas planteadas por Bartosek, habíamos evitado pronunciar palabras demasiado comprometedoras; pero habíamos hablado de manera transparente de la desgracia recaída sobre el pueblo checoslovaco y de su «legítima amargura». Bartosek habría querido que nos encontráramos con obreros. Pensaba que la primavera del 68 había preparado una transformación de su condición, que iban, aunque fuera en parte, a arrancarles el poder a los burócratas, y a participar en la dirección de las fábricas. Por eso sostenían al nuevo gobierno contra los rusos. Desgraciadamente no nos quedábamos en Praga el tiempo necesario como para visitar fábricas.

Almorzamos con gente de teatro en un restaurante que se llamaba Moscú (!), y pasamos un momento muy agradable con los Hoffmeister. Su gran apartamento estaba lleno de magníficos objetos de todos

8. Lo acusaron de ser un antiguo socialdemócrata, agente de la Gestapo y sionista, cuando ni siquiera era judío.

Escaneado con CamScanner

los lugares del mundo. Nos mostró nuevos dibujos y divertidas caricaturas de intelectuales y de políticos bajo la ocupación. En Bratislava, el 21 de agosto, un oficial ruso le había dicho al director de la televisión: «Voy a poner hombres en la escalera para que lo defiendan de los contrarrevolucionarios.» Por la noche dijo asombrado: «¿Cómo? ¿Ni un contrarrevolucionario vino?» Tuvo una repentina iluminación: «¡Entonces, el contrarrevolucionario es *usted*!» Pero durante el día el equipo de la televisión había tenido tiempo de poner a salvo todo su material. También nos habló de un diario que los rusos habían prohibido. Cuidaron la puerta del edificio y ocuparon el vestíbulo, ignorando la existencia de una puerta trasera por la cual se iban sacando las hojas impresas en las salas del segundo piso. Hasta la policía rehusaba colaborar con los rusos, y por eso les costaba tanto castigar.

Todos nuestros interlocutores nos hablaron del XIV Congreso del Partido Comunista que había tenido lugar en las narices de los ocupantes. Los soviéticos habían intervenido para impedir que se reuniera. Debía regularizar el proceso de renovación del socialismo y reafirmar el papel dirigente del P.C.: eso lo hacía peligroso a los ojos de los burócratas soviéticos. Se reunió igual, en condiciones sorprendentes. Mas de los dos tercios de los delegados reunidos participaron de los trabajos. A una llamada de la radio, se reunieron el 22 de agosto en una fábrica de Praga desde donde los obreros los condujeron a Vysocany, un barrio elegido en secreto como lugar de reunión. Trabajaron allí durante varios días, estableciendo un protocolo.

Todas esas conversaciones confirmaron lo que sabíamos: la primavera checa no había atacado al socialismo. El nuevo régimen había querido abandonar los métodos burocráticos y policiales de los stalinistas, sustituyendo la coerción por la persuasión, haciendo elegir los C.C. por el pueblo, en elecciones secretas, en lugar de nombrarlos desde arriba, dándole a los trabajadores poder político y responsabilidades económicas: había querido realizar un auténtico socialismo. Los soviéticos habían inventado a destiempo la tesis del «peligro contrarrevolucionario». En realidad, si desde hace años existían fuerzas antisociales en Checoslovaquia, fue a causa de la política dogmática e ineficaz de Novotny, y se derrumbaron cuando el P.C. presentó su nuevo programa político. Intentó unir a todo el país en el socialismo y a partir de mayo, cuando decidió reunir el XIV Congreso, su autoridad se afirmó aún más. Toda la clase obrera sostenía a Dubcek: y expresó su

acuerdo por millares de resoluciones. En ese momento estaba toda entera de pie contra la ocupación.

Entonces, ¿cuál era la verdadera razón de la intervención? Nuestra amiga Svetlana pensaba que los burócratas soviéticos se habían espantado con la idea de que Praga pensaba esclarecer todos los procesos; la masa sostuvo al gobierno en su conjunto, pero a ninguno de sus miembros en particular; los responsables de los procesos corrían el riesgo de ser reemplazados por concurrentes menos comprometidos. Por otra parte Moscú no podía aceptar la abolición de la censura: «Mucho menos porque los ucranianos entendían el checo», me dijo un húngaro antiintervencionista. El nacionalismo de Ucrania se hubiera visto alentado por el ejemplo checo. La actitud hegemónica de los grupos dirigentes del P.C. en la U.R.S.S. bastaría para explicar la agresión: necesitaban tener a todos los países socialistas en sus manos y no podían soportar la pretensión de Checoslovaquia de una cierta independencia.

Abandonamos Praga más optimistas de lo que llegamos: ¿cómo podrían quebrar los rusos una resistencia tan unánime?

Al volver de Praga leí *La confesión* de London dedicado entre otros «a todos aquellos que prosiguen la lucha por darle al socialismo un rostro humano». Nunca nos habíamos engañado con los procesos de Rajk y de Slansky; nunca habíamos tenido confianza en las «confesiones»; pero en ningún libro encontré respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿cómo llegan a confesar? Uno alegaba las torturas, otro una devoción ciega al Partido; otro la esperanza de poder defenderse públicamente. Sólo London demostraba de modo absolutamente convincente el conjunto del proceso: el lector se sentía apresado junto con él en un engranaje del cual no podía escapar de ninguna manera. Rápido, sobrio, conmovedor, su relato era de verdadero escritor. Iluminaba por completo un punto que, muchos años atrás, cuando oyera hablar de él, me intrigó: ¿cómo había soportado vivir con una mujer que durante todo el proceso lo había abandonado? Ella lo había creído todo, incluso la confesión de los crímenes que escuchara de sus propios labios. Si torturado por la Gestapo no habló, ¿cómo podía ella imaginar los métodos por los cuales la policía checa les había arrancado las confesiones a todos los acusados? Abrumada de dolor y de rencor, renegó de él. Pero desde que éste logró, durante una entrevista, afirmarle en dos palabras su inocencia, puso todo en marcha para lograr que lo rehabi-

litaran. Durante la ocupación, en plena calle de París, lanzó contra los alemanes una llamada a las mujeres: escapó a la muerte porque estaba encinta y dio a luz en una prisión alemana; es decir que pertenecía en cuerpo y alma a su partido, creía como el creyente cree en Dios; me parecía injusto que le reprocharan haber carecido de sentido crítico: lo dije en Radio-Luxemburgo, donde quise hablar de esta historia que me había conmovido.

Por intermedio de Lanzmann, almorcé con London, que me resultó muy simpático. Lanzmann le preguntó:

—Y ahora, ¿seguiría ocupándose de política?

—A condición de no mentir nunca —contestó y se echó a reír.

Contaba que su libro había sido traducido al checo y llevado a la pantalla por un director checo. Pero no. En el 69, la primavera de Praga apenas era un recuerdo. Costa-Gavras filmó en Francia una película que a pesar de sus cualidades no alcanzaba a dar toda la complejidad del drama. Me pareció que uno de los méritos del libro de London era que privaba de todo crédito a las confesiones que pudieran ser ulteriormente arrancadas a los acusados; pero sin duda eso no perturba a los regímenes totalitarios; condenan sin confesión, y eso es todo.[9]

Escribo estas líneas en mayo del 71. Todos los intelectuales checos y eslovacos con los que habíamos tenido contactos han sido expulsados del P.C. Perdieron su posición y viven en condiciones extremadamente difíciles. O están exiliados. Y los dirigentes checoslovacos están de nuevo bajo la dependencia soviética.

Éstos han desanimado definitivamente todas nuestas esperanzas. Nunca la situación de los intelectuales ha sido tan crítica. Ninguno de nuestros amigos obtiene permiso para venir a Francia, y sabemos que se sienten todos desesperadamente impotentes. Por haber dicho la verdad sobre su país, Amalric ha sido enviado de nuevo a Siberia donde se está muriendo.[10] El proceso de Leningrado puso de relieve el antisemitismo que se padece en la U.R.S.S. a nivel gubernamental.

Pienso, no sin pena, que no volveré a ver Moscú.

9. Algunos han vuelto al sistema de las confesiones.

10. Otros muchos intelectuales han sido deportados y encerrados en asilos desde que escribí estas líneas.

7

Me sentí profundamente implicada en la guerra del Vietnam y me regocijé con la victoria de Hanoi. Después de junio del 62, la guerra de Argelia dejó de obsesionarme y la suerte de Vietnam pasó de nuevo a primer plano en mis preocupaciones: la injerencia de los americanos, su desprecio del derecho que tiene el pueblo vietnamita de disponer de sí mismo, me indignaban.

Es sabido que cuando en el 54 fueron firmados los acuerdos de Ginebra, se fijó una línea de demarcación provisional para permitir a las tropas reagruparse, las del Vietminh al Norte, las francesas al Sur. No se trataba de una frontera que debiera delimitar ambos Estados. Los acuerdos preveían una reunificación del país que, en julio de 1956, elegiría un presidente. Era evidente –Eisenhower lo reconoció en sus memorias– que el 80 % por lo menos de la población elegiría a Ho Chi-minh. Los americanos decidieron cínicamente impedir la consulta prevista. Los franceses habían constituido al Sur un Estado del Vietnam cuyo presidente era Bao Dai, contra Ho Chi-minh. Los acuerdos de Ginebra, que los americanos se habían encargado de respetar, no habían admitido su existencia; los americanos, sin embargo, pretendieron considerarlo como una nación y pusieron al frente a un protegido de ellos, Diem. La población constituyó contra él un frente de liberación nacional. Y el Pentágono envió tropas cada vez más numerosas para aplastar la guerrilla.

La izquierda americana protestó contra esta intervención. La Universidad de Cornell estuvo a la cabeza de ese movimiento. Los profesores escribieron a Johnson una carta de protesta y organizaron una manifestación pacifista. A comienzos del 65, invitaron a Sartre a ir a dar conferencias. Toda la izquierda deseaba que fuera: les proporcionaría un precioso apoyo participando en sus actos. Aceptó.

El 7 de febrero, con el pretexto de que el Norte participaba en esta

Digitalizado con CamScanner

guerra –que interesaba efectivamente al país entero, dado que la división entre Norte y Sur era una engañifa norteamericana– éstos bombardearon la R.D.V.;[1] recomenzaron el 2 de marzo y no terminaron más.

Sartre consideró que en esas condiciones no debía ir a EE.UU.: los ataques contra el Norte constituían, en la escalada de la guerra, un salto cualitativo irreversible. Escribió a la Universidad de Cornell exponiendo sus razones. Con ese motivo concedió una entrevista a *L'Observateur* donde explicaba sus motivos, que fue recogida en América por la *Nation*. Se felicitaba tanto más de su decisión cuanto que poco después ocurrió la intervención americana en Santo Domingo. La izquierda americana comenzó por reprocharle a Sartre su actitud: ¡usted nos abandona!, ¡es una defección!, le escribían. ¡Les resulta tan difícil a los norteamericanos, aun a los de buena voluntad, no considerarse el centro del mundo! Consideraban que Sartre era responsable únicamente ante ellos: él pensaba en el escándalo que habría causado en el Tercer Mundo, en Cuba, incluso en Vietnam, si hubiese aceptado la invitación de Cornell. Poco a poco la izquierda americana rectificó su juicio. En cartas y en artículos reconoció que el rechazo de Sartre había hecho más ruido que largos discursos: «Nos ha servido enormemente, y ha sido un ejemplo», dijeron los militantes.

Grandes manifestaciones tuvieron lugar en EE.UU. y numerosos debates en las universidades. Veinte escritores rehusaron una invitación a la Casa Blanca. Se multiplicaron los mitines y los desfiles.

En julio del 66 recibí la visita de un joven americano que vivía en Inglaterra y que era uno de los principales secretarios de la Fundación Russell; se llamaba Schoenman. Me informó de un proyecto de lord Russell: organizar un tribunal, inspirándose en el Tribunal de Nuremberg, para juzgar la acción de los americanos en Vietnam. La Fundación enviaría comisiones investigadoras al Vietnam, haría que la izquierda americana le proporcionara documentos y organizaría un proceso donde cierto número de «jueces» consideraran los hechos y dictaran un veredicto. La finalidad era impresionar a la opinión internacional, y en particular a la opinión americana. ¿Aceptaríamos Sartre y yo formar parte del tribunal? Schoenman especificó que las sesiones

1. República democrática vietnamita.

Escaneado con CamScanner

tendrían lugar en París, que no tendríamos necesidad de asistir a todas, que nos proporcionarían informes, y que sólo nos exigirían dos o tres días de presencia para las decisiones finales.

Tito Gerassi nos instó a aceptar. Anteriormente dije que él militaba contra la guerra de Vietnam, y le teníamos confianza. Fue quien nos decidió.

En noviembre del 66 se realizó un acto en el Municipio, contra la guerra de Vietnam. Una enorme multitud se amontonaba contra la puerta y en el interior se hacinaba una asistencia más joven y más apasionada que de costumbre. Aplaudió a más no poder a los oradores cuando se instalaron en la tribuna y particularmente a Max Ernst, autor del cartel que adornaba la sala. Sartre desencadenó entusiasmo diciendo que debíamos sostener el Vietnam no por ética, sino porque se batía por nosotros. Después de las intervenciones hubo películas presentadas por Gatti, música y ballets de Nono.

Entretanto el proyecto del Tribunal seguía adelante. El 1.º de diciembre Sartre anunció su existencia en un artículo. Algunos pretendían que un proceso semejante no tendría alcances porque se sabía de antemano el veredicto. Es falso, dijo Sartre. Haremos lo que hacen todos los jurados: a partir de fuertes presunciones, estableceremos si los EE.UU. han cometido o no crímenes de guerra. Lo decidiríamos según las leyes aplicadas en Nuremberg y también según el pacto Briand-Kellogg y la convención de Ginebra.

Alejo Carpentier fue enviado por Cuba a investigar en Vietnam del Norte por el Tribunal Russell. A su regreso almorzamos con él. La mayoría de las aldeas estaba arrasada, nos dijo. Los aviadores atacaban preferentemente las escuelas, los hospitales, los lazaretos y las iglesias porque son construcciones sólidas, que proporcionan mejores blancos que las chozas. Hanoi esperaba ser bombardeada de un momento a otro. Se había evacuado a los niños. Los habitantes hacían las compras entre las tres y las cinco de la mañana, considerando ese momento como el menos propicio para un ataque aéreo. Nos describió los refugios individuales excavados a lo largo de las aceras, la fragilidad de estas ciudades de bambú, el valor de la población. También nos mostró fotos de civiles quemados con napalm.

En enero del 67, Sartre se reunió en Londres con Schoenman y algunos jueces para establecer los estatutos del tribunal y definir las preguntas a las que tendríamos que contestar. Otras reuniones se realiza-

ron en París. Lanzmann, designado por Sartre como su suplente, lo reemplazaba a veces.

Una delegación, que incluía entre otros a Tito Gerassi y al abogado Matarasso, trajo de Vietnam un haz de testimonios impresionantes, que fueron seguidos por otros.

Contábamos con que el Tribunal tendría su sede en París. Pero cuando Dedijer quiso venir a París vio negado el permiso de estadía que hasta entonces siempre se le había acordado. Sartre escribió al general De Gaulle preguntándole si esa negativa estaba motivada por el deseo de impedir que el Tribunal se reuniera en París. De Gaulle contestó con una carta construida en dos partes, como sus discursos. La primera significaba: «Naturalmente que sí.» Pero la segunda remataba: «No, evidentemente.» A despecho de su política antiamericana en apariencia, de Gaulle no quería indisponerse con el gobierno de Estados Unidos. Una carta del comisario de policía confirmó la negativa.

Entonces el Tribunal tomó contacto con Estocolmo. El gobierno respondió que no. Pero al día siguiente declaró que habría sido inconstitucional impedir que nos reuniéramos: Suecia nos recibía a regañadientes, pero se sentía obligada por sus principios democráticos. Ya no podíamos continuar con nuestra vida habitual en París siguiendo las sesiones más o menos de cerca. Pero desde que había empezado a tomar forma la empresa nos cautivaba y estábamos dispuestos a consagrarnos sin reserva a ella.

Los días que precedieron nuestra partida, en mayo del 67, estábamos un poco inquietos porque nos habían telefoneado de Estocolmo que Schoenman daba tres conferencias de prensa por día y que hablaba a troche y moche. Aterrizamos un sábado por la tarde, con una buena cantidad de delegados. Nos aguardaba un comité de recepción, junto a una gran cartel que decía: Tribunal. Durante la reunión que tuvo lugar en el salón de un gran hotel averigüé exactamente la composición del jurado. El presidente de honor era Bertrand Russell, retenido por su avanzada edad en Inglaterra. Sartre era el presidente ejecutivo. Dedijer era presidente de las sesiones, asistido por Schwartz. A éste lo había conocido durante la guerra de Argelia. A Dedijer lo había conocido en París hacía poco. Tiempo atrás había leído con mucho interés su libro *Tito habla*... Había combatido en la guerrilla junto a Tito: el día que hirieron a éste mataron a la mujer de Dedijer. Más tarde él

mismo había recibido en la cabeza una astilla de obús que no lograron extirparle completamente.

Historiador y doctor en derecho, había representado a Yugoslavia en la O.N.U. en 1945, ocupando en seguida otros cargos importantes. Cuando Tito prohibió los escritos de Djilas y encarceló a éste, en 1955, Dedijer protestó vigorosamente, no porque compartiera las ideas de Djilas, sino porque consideraba que había que dejarlo expresarse. Cayó entonces en desgracia y fue condenado y sobreseído «por difusión en la prensa norteamericana de noticias nocivas para su país». Un año más tarde le fue permitido abandonar Yugoslavia: partió a EE.UU., donde enseñó en la Universidad de Manchester; luego en las de Harvard y Cornell. Desde hacía una año vivía de nuevo en Ljubljana, donde había reanudado su trabajo de historiador. Era el único miembro del Tribunal que pertenecía a un país socialista. Muy grande, ancho de espaldas, daba una impresión de fuerza y de solidez. De hecho era menos robusto y menos estable de lo que parecía: a causa de su antigua herida, sufría periódicamente violentos dolores de cabeza y tenía que internarse en un hospital todos los años. A veces se encolerizaba sin poder casi controlarse. Nos había conquistado con su intransigencia, su vitalidad, el calor que irradiaba. Se hizo amigo nuestro.

Los otros jueces eran Gunther Anders, filósofo y escritor alemán; Aybard, un turco, profesor de derecho internacional y miembro del Parlamento; Basso, doctor en leyes italiano, especialista en derecho internacional y miembro del Parlamento; Cárdenas, antiguo presidente de la República de México, que no vino a Estocolmo; Carmichael, el afroamericano que lanzó la fórmula *Black power*, y que se hizo representar por un afroamericano llamado Cox; Dellinger, un americano pacifista, jefe de redacción del periódico contestatario *Liberación*, cuyo combate político lo había conducido a la cárcel; Hernández, un poeta filipino, presidente del partido democrático del trabajo, que había cumplido seis años de prisión por delito político; Kasuri, abogado de la Corte Suprema del Pakistán; Morihawa, un jurista japonés; Sakata, físico japonés; Abendrath, doctor en leyes y universitario alemán, suplido por una novelista sueca, la señora Lidmann; Baldwin, el novelista afroamericano, que no vino a Suecia y no fue representado. Deutscher, el conocido historiador trotskista, y Daly, secretario general del sindicato de mineros escoceses, no vinieron hasta la sesión final. Se

eligieron nuevos jueces: Ogleby, joven pacifista americano; Melba Hernández, que había participado junto a Castro en el ataque al cuartel Moncada; Peter Weiss, que al comienzo era tan sólo secretario general de comité sueco. Los jueces estaban asistidos por una comisión jurídica integrada por Gisèle Halimi, Juffa, Matarasso, Suzanne Bouvier. Schoenman y Statler representaban a la fundación Russell. Traductores benévolos, extraordinariamente competentes, nos permitían comprendernos unos a otros; las lenguas utilizadas eran el inglés, el francés y el español.

El domingo por la mañana me despertó un extraño aparato fijado a la pared, que se ajustaba por la noche, y que a la mañana siguiente, a la hora fijada, producía estridentes chillidos, hasta que la aguja era reintegrada al cero. Por la ventana vi una amplia avenida, un café-bar, con una terraza donde había gente sentada, y me desconcertó la idea de pasar aquí diez días, lejos de mi vida. Pero en seguida, atravesando en taxi la ciudad, el encanto de Estocolmo se apoderó de mí: lenguas de mar, estanques donde el agua brillaba al sol, los techos verdes de iglesias y palacios, la municipalidad, moderna pero muy hermosa con su revestimiento de ladrillos rojos.

El Tribunal se había alojado en el cuarto piso de la Casa del Pueblo: un gran anfiteatro y gran cantidad de oficinas. Por los corredores circulaban chicas en minifalda y muchachos de largos cabellos que cumplían benévolamente tareas ingratas: traducir, escribir a máquina, multicopiar textos. La delegada cubana, Melba Hernández, quedó muy impresionada por estos jóvenes: pensaba hablarle de ellos a Castro, porque probaban que el estilo «Carnaby Street», rigurosamente prohibido en Cuba, no era incompatible con el compromiso revolucionario. Habíamos observado en especial a una encantadora persona que seguía todas las sesiones, sentada en primera fila entre el público. No habíamos podido decidir su sexo hasta el día en que la encontramos en casa de Peter Weiss; era su hijastro, y Alejo Carpentier quedó muy confundido por haberlo saludado con un: «Buenos días, señorita.» También llamaba la atención una pareja joven que paseaba por todas partes una especie de maleta-cuna donde acostaban a un bebé: eran Statler y su mujer. En el hotel, una noche, le negaron la entrada al bar al bebé, muy seriamente: «No se admiten menores.»

El primer día tuvimos una reunión privada. Primero debimos reparar el error cometido por Schoenman durante un conferencia de pren-

Escaneado con CamScanner

se todos los diarios suecos acusaban en primera página al Tribunal de haber insultado al primer ministro Erlander. Schoenman había negado el envío de un mensaje de acogida a Russell por parte de Erlander, siendo que éste le había telegrafiado muy cortésmente. Schoenman preparó para la prensa unas palabras de excusa y se decidió que sólo cuatro representantes elegidos entre los jueces estarían autorizados a comunicarse con la prensa.

Las reuniones privadas fueron muy numerosas, durante esos diez días: tenían lugar después de la sesión pública y duraban por lo general hasta altas horas de la noche. Había mucho que discutir: el programa preciso de las jornadas siguientes; la formulación exacta de las preguntas a las que había que contestar; qué lugar acordar a la minoría en el caso de que nuestras resoluciones no fueran unánimes, y otros problemas de menor importancia.

Durante esos encuentros hice una interesante experiencia de psicología de grupo. Esas gentes, venidas de todos los rincones del mundo, se oponían todas al imperialismo americano, pero sus puntos de vista eran distintos. Kasuri y Hernández representaban la izquierda de países subdesarrollados, cuyos gobiernos pactaban con EE.UU. El antiamericanismo de los japoneses tenía su fuente en los recuerdos de Nagasaki y de Hiroshima y en la actual ocupación de Okinawa; se sentían particularmente tocados por la agresión contra un país asiático. Melba Hernández encarnaba a Cuba, cuya revolución triunfante estaba amenazada por EE.UU.: se sentía sentimentalmente afectada por la lucha de un país pequeño contra el enorme poder yanqui. Los americanos hablaban en nombre de la oposición interior. Aybard y Basso pensaban como legistas, Deutscher como trotskista. Sartre, Schwartz y yo pertenecíamos a la izquierda francesa no comunista. La posición de Dedijer era muy próxima a la nuestra y también la de Peter Weiss. Al principio experimentábamos alguna desconfianza unos respecto de los otros. En especial Kasuri y Hernández manifestaban cierta hostilidad respecto a los occidentales. Cada uno tenía su carácter, sus afinidades, sus antipatías. Hubo alianzas y cambios bruscos, conflictos larvados, estallidos ruidosos. A veces tasqué el freno, pero por lo general nuestras discusiones me interesaban y aun me divertían.

Su violencia se debió en parte a la curiosa personalidad de Schoenman. Pienso que sin él, el Tribunal no habría existido. Con una asombrosa tenacidad había dado la vuelta al mundo para exponer su

Escaneado con CamScanner

proyecto, para reclutar jueces, para poner en pie una organización. Era capaz de trabajar días seguidos sin pegar ojo y de dormir en el suelo si era necesario. Pero tenía los defectos de sus cualidades, y otros más. Enérgico, eficaz, era el único hombre que he conocido que escondía su barbilla bajo una barba, no para disimular la blandura de sus rasgos sino su arrogancia testaruda. Habría querido ejercer sobre el Tribunal una verdadera dictadura; era el secretario general y reclamaba representar también a Russell; todos se opusieron a tal acumulación. Quedó furioso y el primer día se sentó entre los jueces; al día siguiente lo obligaron a cambiar de lugar. Pero en privado pretendía regentar todo; se amparaba en la autoridad de Russell: «Lord Russell no admitiría que... Lord Russell exige que...» Sartre, harto, le dijo un día: «No haga como el general De Gaulle que dice: *Francia* cuando quiere decir: yo...» Aunque capaz de llevar una vida ascética, Schoenman, por soberbia, se mostraba orgullosamente despilfarrador. Por ejemplo, multiplicaba las largas e inútiles conversaciones telefónicas desde Estocolmo a Londres o a París. A pesar de las decisiones tomadas, seguía hablando con los periodistas. Su rigidez y su vehemencia provocaban a menudo la cólera de Schwartz, de Dedijer y de Sartre. A pesar de todo suscitaba nuestra simpatía por la fuerza de sus convicciones y su encarnizamiento por obtener resultados.

El lunes, los periodistas fueron convocados en el anfiteatro e informados de algunas decisiones de orden práctico. La sesión se abrió en realidad el martes. Estábamos sentados por orden alfabético detrás de una mesa de caballetes de hierro cuyo centro ocupaban los tres presidentes. Cada mañana encontrábamos un resumen de la prensa y un informe sobre la sesión de la víspera. En la sala había alrededor de doscientas personas: todo el equipo de secretarios y de técnicos, periodistas, un equipo de la televisión sueca, otro de la televisión americana. La luz de los proyectores nos tenía desagradablemente deslumbrados. Cada uno tenía un micrófono delante. En una especie de caja de cristal suspendida del techo estaban los traductores. Cuando un orador se embalaba, una voz enérgica, caída desde las alturas lo incitaba a aminorar y Dedijer golpeaba en la mesa con un grueso mazo. Ha Van Lau, representante del Frente, y Pham Van Bac, representante de la R.D.V., asistían a las sesiones a título de invitados.

En agosto del 65, Russell había pedido a Estados Unidos que enviara abogados que defendieran su causa, sin recibir respuesta. Sartre

escribió en el mismo sentido a Dean Rusk. Este no respondió directamente, pero declaró a los periodistas que se negaba a «perder el tiempo con un viejo inglés de noventa y cuatro años». Sartre leyó públicamente la réplica que le dirigió: comparaba a Russell con ese «mediocre funcionario del Departamento de Estado» que era Rusk. Agregó que rechazábamos todo defensor oficioso de los EE.UU.: habría sido demasiado fácil para el gobierno americano desautorizarlo, acusándonos a la vez de montar una comedia.

Empezamos a trabajar. En esta primera sesión –que sería seguida por otra a algunos meses de distancia– nos preocupamos esencialmente de Vietnam del Norte. Contestamos a dos preguntas:

1. ¿Cometieron los Estados Unidos un acto de agresión, tal como lo define el derecho internacional?

2. ¿Hubo, y en qué escala, bombardeos de objetivos de carácter puramente civil?

En informes a veces fastidiosos pero en su conjunto apasionantes, dos especialistas americanos en derecho internacional denunciaron de qué manera los EE.UU. pasaron por encima de los acuerdos de Ginebra, creando artificialmente un Vietnam del Sur; desmontaron detalladamente esta superchería, con la que tantos se dejaron engañar, y que concluyó en la agresión. También fue ese el veredicto de los historiadores franceses Chesneaux y Fourmain, y de un jurista japonés, después de sus interesantes exposiciones sobre el desarrollo de esta guerra.

Los atentados contra las poblaciones civiles fueron objeto de muchos informes. El físico francés Vigier estableció de modo irrefutable que las bombas de metralla –de las cuales nos mostró ejemplares y cuyo funcionamiento describió– no pueden ser utilizadas contra objetivos militares, porque basta un saco de arena para neutralizarlas. Son armas nuevas. Una bomba madre contiene alrededor de 640 pequeñas bombas cuya forma recuerda a la de una guayaba o una piña; están formadas por una envoltura metálica hueca que contiene bolitas o agujas; explotan en el suelo liberando esos proyectiles que no provocan daños materiales, sino una cantidad de muertos y heridos cuando explotan en un mercado o en una plaza de un pueblo. Esas armas «antipersonales» están especialmente concebidas para asesinar poblaciones subdesarrolladas; ni los techos ni los muros de paja les oponen resistencia. El Pentágono ha desmentido esas afirmaciones, y Vigier repitió su rigurosa demostración con más lujo de detalles.

Escaneado con CamScanner

Médicos y periodistas que habían investigado en Vietnam confirmaron, con cifras y nombres, las palabras de Carpentier: lazaretos, hospitales y escuelas eran especialmente atacados. Y también las iglesias; sin duda los norteamericanos aspiraban a indisponer a los católicos contra Hanoi: la maniobra fracasó por completo. El doctor Behar y dos japoneses, Totushimo y Kugai insistieron sobre la destrucción sistemática de diques. Gisèle Halimi hizo un excelente informe sobre las dos provincias que había visitado: nombres de localidades, cifras, sondeos, estadísticas, todo era de notable precisión al igual que sus respuestas a las preguntas del Tribunal. Todos los informantes eran largamente interrogados por el jurado. Sus relatos eran desmenuzados a fin de subrayar los puntos importantes y para evitar equívocos que nuestros adversarios hubieran podido explotar.

Se sucedieron los testimonios: nos citaron muchos pueblos, cooperativas, alejados de todo objetivo militar y cuyos habitantes habían sido muertos por centenares mediante las bombas de metralla, el napalm y el fósforo. Los médicos describieron las horrorosas heridas que estas armas provocan. Hubo una intervención muy interesante de Madeleine Riffaut, una periodista que vivió mucho tiempo en Vietnam.

Diapositivas y películas –muchas filmadas por Pic– confirmaron esos informes. Nos mostraron cadáveres civiles quemados, mutilados, y hombres, mujeres y niños vivos pero horriblemente heridos. Lo más intolerable eran los niños: niños con brazos arrancados, con rostros deformes, con cuerpos roídos por el napalm que movían sus ojos perdidos. Los cuerpos quemados por el napalm o el fósforo se parecían a los que vimos en fotos en el museo de Hiroshima.

Vimos a dos civiles llegados de Vietnam del Norte para traer su testimonio. La primera era una joven maestra; dormía en la escuela de Quang Linh, pequeña aldea agrícola, muy poblada, cuando la despertó una explosión. Llevó rápidamente a sus alumnos a los refugios. De pronto algo la tocó en la nuca y la hizo temblar. Poco después perdió el conocimiento: una bolita había penetrado en su cerebro. No había sido posible extirpársela; sufría violentos dolores de cabeza y estaba casi ciega. Declaró sobriamente hablando sólo de lo que había vivido personalmente. Luego un niño de doce años se desvistió para mostrarnos su cuerpo horriblemente quemado.

Van Dong, uno de los responsables del Frente, nos presentó dos

Escaneado con CamScanner

grandes heridos civiles de Vietnam del Sur. Uno de ellos estaba tan agotado que apenas podía hablar. Sus piernas estaban cubiertas de queloides que parecían llagas todavía abiertas. El otro respondió a las preguntas del Tribunal. Como tenía una familia a su cargo no combatía, pero a veces ayudaba a reparar diques y puentes dañados. Había sido quemado con napalm mientras iba de un pueblo a otro en un coche con civiles. Una de sus orejas se había derretido, su rostro estaba quemado, su brazo izquierdo estaba pegado a su cuerpo, su espalda estaba cubierta de queloides: sobre toda la superficie presentaba una enorme hinchazón de color vinoso. Los médicos nos explicaron que los queloides tienen mucha probabilidad de degenerar en cáncer.

Junto a momentos interesantes o conmovedores como estos, los había muy aburridos: exposiciones mal hechas o que no sugerían nada nuevo. Como me levantaba por la mañana a horas poco habituales para mí, a veces no podía tener los ojos abiertos: bebía agua mineral, fumaba, miraba al público. Comprobé en algunos jueces un esfuerzo análogo al mío, no siempre coronado por el éxito.

Una parte de la población de Estocolmo nos era favorable, otra no. Un día en que almorzábamos con Alejo Carpentier en una cervecería próxima al Tribunal, un hombre se me acercó y me dio una flor, y desde una mesa vecina otros nos felicitaron calurosamente. Sin embargo, una mañana apareció un hombre en lo alto del anfiteatro, gritando en sueco: «¡Fuera de aquí! ¡Váyanse a joder a otro lado!» Luego huyó. Todos los días a las seis, haga bueno, nieve o llueva, algunos jóvenes desfilan delante de la Casa del Pueblo llevando letreros: *¡A la horca el presidente del Tribunal! ¡Viva EEUU! ¿Y Budapest?* También ellos parecían muy apacibles y llevaban cabellos largos. Un día organizaron una manifestación contra el Tribunal; los encontramos en las calles con pancartas y banderas. Nuestros partidarios respondieron con una contramanifestación. Una y otra se desarrollaron sin incidentes.

Cuando la tarde precedente había sido particularmente fastidiosa, yo encaraba con cierta aprensión la nueva jornada que me esperaba, exactamente regulada, donde no tendría la suerte ni de una lectura interesante ni de una conversación privada con Sartre. Pero muchos momentos eran renovadores. En primer lugar, el desayuno que tomábamos en el restaurante del hotel: había sobre una gran mesa café hirviendo, jarras de jugos de frutas, alimentos y vajilla, y cada uno

se servía y se instalaba en una mesa. En general nos sentábamos a la misma que Dedijer. La conversación continuaba mientras atravesábamos Estocolmo, de una belleza emocionante entre las brumas de la mañana.

Y además pude pasear un poco, primero con Sartre, luego con Lanzmann, que había venido a reemplazarlo por unas horas. En el corazón de la ciudad se extiende ahora un gran barrio comercial ultramoderno, con hermosos edificios de cristal; pero sobre todo anduve por las callecitas de la parte vieja. Estrechas silenciosas, evocan el rigorismo de las costumbres provincianas. Sin embargo, hay allí una gran cantidad de boites de strip-tease y cines donde, a juzgar por las fotos expuestas, se proyectan películas más que osadas. Me detuve delante de una librería. Una de las vitrinas estaba llena de libros consagrados a plantas o animales. En la otra, la muestra era la más obscena que yo haya visto en mi vida. Directamente o a través de agujeros de cerradura simulados se veían parejas –todas heterosexuales, era la única restricción– que se entregaban a todos los retozos posibles: las fotografías eran en colores y de una aturdidora precisión.

Me apasionaban las noches de Estocolmo. A veces eran heladas, a veces nevaba. Numerosos locales, sobre todo los restaurantes, estaban iluminados con grandes antorchas de llamas movedizas; unas iluminaban la fachada de la ópera: era un inmenso edificio; al lado había un salón de baile con arañas de cristal y un restaurante pomposo, decorado con plantas de interior; en el primer piso había un bar «modern style» que hubiera encantado a Giacometti por sus mosaicos, sus festones y sus astrágalos. La mayoría de los clientes eran jóvenes: chicas en minifalda, muchachos de cabellos largos. Ahí cenábamos a menudo salmón ahumado y akuavit. Peter Weiss y su mujer nos habían llevado allí el día de nuestra llegada. Su obra *Marat-Sade* me había gustado mucho, y había tenido mucho gusto en conocerlo. No representaba sus cincuenta años; muy moreno, con lentes de carey, tenía un rostro sutil y reservado que se animaba al hablar. Hablamos con él no sólo del Tribunal, sino de teatro, de Sade, de todo y de nada. Rubia, muy guapa, con un rostro agudo, su mujer parecía muy joven aunque tuviera de su primer matrimonio un hijo de diecisiete años; esculpía y hacía escenografías, en especial para las obras de su marido. Tenía mucho talento; lo comprobé cuando almorzamos en su casa. Su estudio estaba decorado con hermosas cerámicas y maquetas ingeniosas. Habían invi-

Escaneado con CamScanner

tado a Gisèle Halimi, Schwartz, Dedijer y Alejo Carpentier. La mesa estaba preparada en una gran cocina; comimos ensalada, carnes frías y pescados ahumados, charlando.

Uno de los placeres de la estadía consistió en volver a encontrar gente con la que habíamos simpatizado: Alejo Carpentier, el escritor eslovaco Mnacko; descubrir otros: Dedijer, Peter Weiss y su mujer, y Basso, al que después seguimos viendo a menudo en Roma.

Además, pese a algunos momentos engorrosos, nuestro trabajo nos apasionaba. Progresábamos día a día. Las presunciones se convertían en certezas, nuestras certezas recibían múltiples y trágicas confirmaciones. Aun aquellos que conocían mejor el tema –Dellinger entre otros– decían haber aprendido mucho. Lo que ahora se sabía cobraba un valor nuevo inscribiéndose en un cuadro de conjunto.

La prensa local estaba mal dispuesta: hacía correr la versión de que el Tribunal se arruinaba pagando intérpretes, cuando éstos no cobraban un centavo; en vez de publicar las fotos del niño cuyo cuerpo no era sino una quemadura, dijeron que estaba «un poco quemado». Los diarios franceses sólo dieron rápidos resúmenes de nuestras sesiones. Pero el *New York Times* informó largamente de muchas de ellas. Trombadori, en *L'Unità,* hizo día tras día una crónica completa. Radio-Luxemburgo y la O.R.T.F. hablaron bastante regularmente del Tribunal.

Las deliberaciones duraron bastante. La primera noche, reunidos a las nueve en el anfiteatro, nos quedamos hasta la una y media de la mañana. Era raro encontrarse en el lugar habitual, delante de un hemiciclo vacío. Se constituyeron comisiones encargadas de redactar diferentes informes para dar lugar a nuestras respuestas. No toqué los sándwiches indigestos, ni bebí café por temor al insomnio; quizás por eso resistí peor que los demás; al final de la reunión la cabeza me daba vueltas. Ya no sabía dónde estaba ni qué hacía allí. A las once de la mañana siguiente, nos reunimos para discutir sobre la exacta formulación de las preguntas. Habíamos votado acusando unánimemente a EE.UU. de agresión y de ataque contra las poblaciones civiles. No llegamos a un acuerdo respecto a la responsabilidad de sus aliados. Por la tarde, hubo una sesión pública en donde Basso leyó una excelente síntesis. Se reanudaron los debates entre nosotros a las nueve y media de la noche, en una de las oficinas. Esta vez me atiborré de café y de corydrane. Unánimemente denunciamos la complicidad de

Australia, Nueva Zelanda y Corea del Sur. Por unanimidad –menos el voto de Kasuri– condenamos no la agresión sino los ataques de EE.UU. contra Camboya. Pero no nos pusimos de acuerdo con respecto a los textos preparados por las comisiones. Afuera nacía la luz, el cielo pasaba del azul sombrío al azul vivo por encima de la ciudad desierta. «La luz está por nacer, pero entre nosotros la confusión aumenta», observó Kasuri. Por fin, a las cuatro, terminamos; atravesamos Estocolmo en la frescura de la madrugada. Dormí cuatro horas como una piedra. Muchos secretarios pasaron la noche trabajando. Los intérpretes estaban agotados: esas discusiones en donde todos hablaban a la vez los fatigaban mucho más que las sesiones regulares. Una de ellas tuvo que pasar dos horas en el hospital para curarse la garganta.

A las once y media estábamos reunidos en el anfiteatro: Sartre leyó los «considerandos» que motivaban nuestro juicio, luego las preguntas y luego las respuestas. La sala estalló en aplausos. Todo el mundo se abrazó. Los cubanos lloraban; los vietnamitas tenían lágrimas en los ojos.

Acompañé a Sartre, a Dedijer y a Dellinger a la televisión sueca. Se opusieron a ser maquillados. Los suecos hicieron preguntas malintencionadas y tontas a las que habíamos contestado sobradamente durante las sesiones. «¿Pero entonces ustedes no han asistido a ninguna sesión?», les preguntó Sartre. Admitieron que no. Dellinger habló especialmente bien: había estado preso por pacifista y había organizado varias manifestaciones no violentas; al afirmar la necesidad de oponer a la violencia una contraviolencia, su declaración tuvo tanto más peso.

En París volví a pensar en este tiempo que acababa de cerrarse con un poco de nostalgia. Ese trabajo en común, cotidiano, asiduo, alejado de mi propia vida, me dio la impresión de un retiro y me sentí a la vez totalmente movilizada: ni un momento perdido, ni un momento para estar en el aire. Ahora me parecía extraño poder disponer caprichosamente de mí.

Habíamos convenido que la última sesión tendría lugar en otoño. En setiembre del 67, yo había estado con Sartre en Bruselas en una reunión preparatoria. Teníamos cita en la Posada de la Paz: pero los

Escaneado con CamScanner

maoístas habían secuestrado a los primeros en llegar, considerando que su local era más a propósito que aquel centro cristiano. Esperamos a que una secretaria los recuperara. El lugar era desconcertante: una habitación descalabrada con una mesa en el medio sobre la que estaban dispuestos algunos vasos y botellas de agua. En las paredes había un crucifijo; las puertas estaban curiosamente pintadas y encuadradas con papel plateado; una de ellas se abría sobre un gran patio, era imposible cerrarla y hacía mucho frío. Al cabo de un rato llegaron Gunther Anders, Statler y otro inglés, luego Halimi, Jouffa, y los miembros del secretariado. Se había planteado que radicáramos nuestra sede en Copenhague, y una pareja danesa estaba presente. Se habló de la reunión que había tenido lugar hacía poco en Tokio; de los resultados obtenidos por las últimas misiones enviadas al Vietnam y del trabajo de las comisiones. Los doctores Behar y Dellinger llegaron por la tarde. Éstos pidieron que la sesión no fuera abierta hasta el 21 de noviembre porque a partir del 21 de octubre tendrían lugar importantes manifestaciones contra la guerra en EE.UU.: se esperaba que ellas decidieran a algunos combatientes americanos a venir a testimoniar ante el Tribunal.

Las manifestaciones anunciadas tuvieron lugar. Dellinger dirigió el 21 la gran manifestación pacifista que concluyó con el sitio del Pentágono.

El 19 de noviembre del 67, volamos a Copenhague. No queríamos abusar de la hospitalidad sueca, y Dinamarca había aceptado recibirnos. En Copenhague no se había encontrado una sala que nos conviniera. Nos instalaríamos en un local sindical, en Roskilde, a treinta kilómetros de la capital. Pero todos los hoteles del pueblo se habían negado a recibirnos; por lo tanto, nos alojaríamos en Copenhague. Prefería esta solución, porque la perspectiva de estar confinada día y noche en un pueblecito me resultaba poco satisfactoria.

Dedijer nos esperaba en el aeropuerto. Nos dijo que Schoenman estaba en EE.UU., y que sin duda tendría problemas para entrar en Dinamarca; tanto mejor, sin él las discusiones iban a ser menos tempestuosas. El Tribunal estuvo compuesto más o menos del mismo modo que en la sesión anterior. Pero Deutscher había muerto en Roma de un ataque al corazón, Hernández no estaba, Fukishima suplía a Shorchi Sakata. El mismo día Sartre y Schwartz dieron una conferencia de prensa.

Escaneado con CamScanner

Las sesiones empezaron al día siguiente. Una amable danesa, la señora Nielsen, venía cada mañana al hotel a buscarnos en coche. Tomábamos una carretera que atravesaba unos arrabales poco interesantes y luego un campo bastante apagado. Sobre un talud se levantaba un falso molino de viento. Un poco más lejos, nubes de pájaros blancos recubrían la superficie de las orillas de un vasto estanque. Pronto se entraba en Roskilde, cuyas calles estaban decoradas con guirnaldas y con lámparas porque ya se esperaba la Navidad.

Roskilde era una ciudad donde los reyes venían a consagrarse y eran enterrados. En el centro se levantaba una catedral muy hermosa del siglo XIV, la más antigua de Dinamarca; es de ladrillos rojos, con dos altísimos campanarios y tejas verdes. El interior es vasto y helado; encierra tumbas muy feas y hermosas rejas de hierro forjado. Al lado se encuentra el Palacio Real, de hermosa piedra amarilla, sobrio y majestuoso. Desde el atrio de la iglesia se ven a lo lejos las aguas del fiordo, plomizas o azuladas según los caprichos de la luz. Brillara el sol o cayera la nieve en grandes copos, la llegada al pueblo era siempre hermosa, con sus dos campanarios volando hacia el cielo.

A algunos pasos de allí se encontraba la casa sindical Fjord-Villa. En la puerta, dos jóvenes daneses rubios y barbudos, con un brazalete rojo, cuidaban la entrada. Se subía un piso, se atravesaba un vasto comedor, se seguía por un corredor que servía también de restaurante y se entraba en el salón de fiestas, donde se bailaba los sábados por la noche: allí celebrábamos las sesiones. El secretariado estaba instalado en el piso superior. El restaurante era muy alegre gracias a las grandes cristaleras que daban al cielo, sobre los árboles y la promesa del mar, a lo lejos. La sala de sesiones era curiosa; nos instalábamos en el escenario, detrás de una larga mesa recta. Dos barreras limitaban la pista de baile. En el balcón había galerías por los tres lados. Del techo colgaban tres enormes constelaciones de lámparas; dos, rojas, estaban colgadas de la tribuna que teníamos enfrente. Estábamos ubicados por orden alfabético, como en Estocolmo, con los tres presidentes al centro.

El primer día, el presidente de la casa de los sindicatos nos dirigió en danés algunas frases de una amabilidad muy mitigada. Sartre reiteró la invitación que el Tribunal le había dirigido al gobierno americano. Ni la sesión matinal ni la vespertina fueron de interés. Ni las de los dos días siguientes. Seguíamos con los temas ya tratados en mayo,

con la desagradable impresión de estar empantanándonos. Por lo demás, muchos estábamos inquietos; en esta sesión había tres preguntas en el orden del día.

¿Hubo por parte del ejército americano uso o experimentación de armas nuevas prohibidas por las leyes de la guerra?

¿Se sometía a los prisioneros vietnamitas a tratamientos inhumanos prohibidos por las leyes de la guerra?

¿Había habido actos tendientes al exterminio de la población, susceptibles de ser caracterizados jurídicamente como actos de genocidio?

Esta tercera cuestión nos preocupaba. Para contestar *no* más valía no plantearla. Sin embargo, refiriéndonos a la exterminación de los judíos por Hitler, dudábamos en asimilar la guerra de Vietnam a un genocido. Al comienzo de la sesión habíamos tenido muchas discusiones privadas sobre eso, sin ponernos de acuerdo.

Los primeros días, la prensa dijo que nos estancábamos. Pero no. El jueves, un japonés trató de una manera conmovedora un tema nuevo: la defoliación. Con el pretexto de lograr la seguridad del ejército a lo largo de los caminos, de dejar sin protección a los guerrilleros y de reducirlos al hambre, los americanos diseminan productos tóxicos no sólo en los bosques; también en los campos de arroz, de caña de azúcar y de legumbres. La operación consiste en destruir la vegetación y envenenar la población. Es una forma directa y eficaz de genocidio.[2]

Nuestro interés se renovó. Gisèle Halimi había ido a Norteamérica; la izquierda le había proporcionado importantes documentos cuyo contenido nos comunicó: diarios, revistas, un libro sobre la aldea de Ben-Suc que las tropas americanas habían arrasado después de matar a algunos hombres y de deportar a toda la población. Había grabado testimonios de antiguos combatientes americanos. El conjunto constituía una requisitoria aplastante. Traía además tres testigos que declararon ante el Tribunal los días siguientes.

2. El primero de enero de 1970 se leía en *Le Monde:* «Algunos científicos norteamericanos acaban de pedir al Pentágono que deje de utilizar ciertos "defoliantes" que provocan mala conformación en los fetos. Según un periodista de Saigón citado por el *New Haven Register* del 1.º de noviembre del 69, el gobierno survietnamita se esfuerza en esconder a la opinión el número creciente de bebés mal conformados. La administración norteamericana acaba de prohibir en EE.UU. el uso de determinados defoliantes potencialmente peligrosos, pero se los sigue utilizando en Vietnam. La Casa Blanca, con su informe científico en mano, asume el riesgo de que los defoliantes causen deformidades en los niños vietnamitas.»

Escaneado con CamScanner

El primero, Martinsen, era un estudiante de psicología de la Universidad de Berkeley; había pertenecido a los servicios especiales, es decir, que había enseñado a los soldados vietnamitas progubernamentales el arte de torturar, y había torturado él mismo. Tenía veintitrés años y era bastante buen mozo. Al comienzo estaba emocionado y bastante inhibido. Poco a poco se fue distendiendo. Teníamos la impresión de que estaba viviendo un psicodrama y de que al hablar aliviaba su conciencia. «Soy un estudiante americano medio y un criminal de guerra», dijo con una voz descompuesta. Su declaración duró toda la tarde. Los norteamericanos pretendían que sólo los progubernamentales torturaban, que todo sucedía entre «amarillos»; pero eran «mentiras y aberración pura»: él mismo lo había hecho y había visto a oficiales americanos torturar a los prisioneros hundiéndoles bambúes bajo las uñas. Por lo general eran simples soldados los que hacían el trabajo, pero siempre en presencia de un teniente o de un capitán, y los oficiales superiores estaban enterados. A menudo las víctimas morían. Martinsen dio la lista de los métodos utilizados durante los interrogatorios. Toda la sala escuchaba en un silencio angustiado.

El segundo testigo era un joven negro, Tuck. No había torturado él mismo pero había asistido a las sesiones de tortura y a las matanzas. Bajo la orden de un oficial, había matado a una mujer que en un pueblo no se había unido con suficiente rapidez al grupo reunido en la plaza: si él hubiera desobedecido, lo habrían matado de inmediato. Describió «interrogatorios». Había visto a un prisionero arrojado desde lo alto de un helicóptero y contó cómo liquidaban a los heridos. «Nuestros oficiales consideraban que los únicos vietnamitas buenos eran los vietnamitas muertos. Otra cosa muy habitual era "el minuto de locura", cuando nos lanzaban sobre una aldea: tanques y ametralladoras se desencadenaban por un momento sobre todo lo que hallaran en la aldea, vivo o muerto.» Le preguntaron a cuántos de esos minutos de locura había asistido y contestó: «Lo vi hacer tantas veces, muchas, puede decirse que corrientemente.» También habló de los campos de deportados llamados por los norteamericanos «aldeas estratégicas». «Toda la gente que vimos parecía reventar de hambre y estaban en harapos.»

Luego oímos a Duncan, un *boina verde,* autor de un libro, *New legions,* donde denuncia muchísimos crímenes de guerra norteamericanos. Trabajaba en *Ramparts,* una revista de inspiración cristiana que

lucha activamente contra la guerra. Habló primero del entrenamiento de los jóvenes reclutas; con el pretexto de enseñarles a resistir a las torturas, les enseñan las distintas maneras de torturar. Afirmó que en Vietnam los americanos asesinaban a todos los prisioneros, salvo a los oficiales, a los que se «interroga»; se los entrega a los progubernamentales, que los envían a campos de exterminio. Luego nos describió largamente las «aldeas estratégicas»; las llamó «fosos de basura». No hay camas, ni agua, ni fosas sépticas. El olor es abominable. Un tercio de la población del Sur vive allí deportada, sin tener nada que hacer. Las mujeres y los viejos viven postrados; los niños mendigan y roban lo que pueden a los soldados norteamericanos; las jóvenes y aun las chiquillas se prostituyen para comer.

Esos testimonios eran extremadamente penosos de oír. Esos hombres habían visto con sus propios ojos los horrores que describían y los volvían así trágicamente presentes. Sus relatos se repetían en muchos puntos y ese volver a replantear ciertas cosas tenía algo de abrumador y de dolorosamente convincente. Aun los periodistas quedaron impresionados y dieron informes detallados de estas sesiones. Martinsen sobre todo se hizo muy popular. Explicó muy bien en una conferencia de prensa las razones de su presencia en Roskilde. Por todas partes se veía su retrato.

Un periodista francés, Bardolini, pintó también el infierno de las «aldeas estratégicas», mostrándonos una película en color: inmensas tiendas rojas donde estaban amontonados viejos, mujeres y niños. Se les veía sentados en el suelo, con los brazos colgando, el aire perdido, desatinado. Robo, prostitución; toda esta población campesina llena de principios severos, arrancada de su propia vida, perdía no sólo su cultura sino sus costumbres. Era un verdadero asesinato moral.

También oímos a dos vietnamitas que habían sido torturadas. Una era una intelectual: una farmacéutica muy conocida en Saigón, lo que le valió ser juzgada antes de ser condenada a prisión perpetua, mientras tantos otros eran ejecutados sin juicio: fue también gracias a su notoriedad que terminaron por soltarla al cabo de siete años. Estaba muy hermosa en su traje nacional de terciopelo azul oscuro y habló con mucha sobriedad y dignidad. La habían castigado terriblemente; habían caminado por encima de su pecho y de su vientre y apaleado la planta de sus pies; había padecido el «submarino», variante del suplicio medieval del embudo, la habían suspendido por los puños y un día la

Escaneado con CamScanner

habían atado medio desnuda a un árbol cubierto de hormigas cuya menor picadura producía hinchazones y quemaduras insoportables. Describió también los tratamientos infligidos a otras víctimas: al evocar los que había padecido uno de su tíos, sus ojos se llenaron de lágrimas. Había sido enviado al célebre campo de exterminio de Poulo-Condor. Entre otras sevicias, un día le volcaron sobre la cabeza un recipiente lleno de pus, de escupidas de tuberculosos, de vómitos, de agua en donde habían lavado a leprosos; este episodio me repugnó todavía más que todas las torturas: el dolor físico uno no llega a imaginarlo, mientras que el asco uno puede experimentarlo a distancia. Los jueces le hicieron muchas preguntas y nos admiró el modo como la vietnamita pesaba sus respuestas negándose a afirmar nada que no pudiera comprobar por sí misma. El segundo testigo era una comunista que había sido quemada con un hierro al rojo y torturada hasta el punto de convertirse en epiléptica. Pero resultaba menos interesante que la otra, porque leía un informe que visiblemente no había sido escrito por ella misma.

De todos los testimonios, el más rico fue el del doctor Wolff, que llegaba directamente de Hué, donde había trabajado durante dos años como cirujano de un hospital. Era un alemán del Oeste, de rostro triangular, rubio, con una gran frente, los ojos azules, el aire frío. En enero del 66 había entregado a *Les Temps modernes* un notable artículo, no firmado, sobre los norteamericanos en el Vietnam. Habló durante una hora y contestó a todas las preguntas con una precisión y un lujo de detalles sobrecogedores. Evocó primero el aspecto que presenta la tierra vietnamita vista desde lo alto de un avión: una piel humana que padeciera de viruela; por todas partes erupciones, grandes extensiones devastadas por los productos químicos; un paisaje de cenizas. Habló de los rastrillajes, de cómo los jóvenes son llevados en helicópteros a los centros de interrogatorios, torturados, arrojados en prisiones donde mueren. Los territorios son vaciados de todos sus habitantes: hay cuatro millones de «reagrupados» en Vietnam del Sur. Luego describió las heridas, las quemaduras, las mutilaciones infligidas a las poblaciones civiles por las diversas armas «antipersonales»: bombas de metralla, napalm, fósforo. Nos contó cómo los oficiales americanos, para distraer a las enfermeras que cortejaban, las llevaban a «cazar viets» en avión o en helicóptero, ametrallando campesinos.

Ese informe fue corroborado por un filme atroz que nos mostró

Pic, tomado en gran parte por los propios soldados norteamericanos. Proyectaba las imágenes sobre dos pantallas: en una, imágenes animadas; en la otra, fotos inmóviles. Unas y otras eran casi insoportables. Vimos un hospital, con rostros de adultos y de niños literalmente fundidos por el napalm, en donde lo único humano eran los ojos desorbitados de horror. Osarios. Enormes bulldozers abatiendo bosques enteros. Los chicarrones norteamericanos matando a puntapiés en los testículos a los soldaditos del frente, pegándoles balazos en la nuca o, para reírse, en el ano. Otros les prendían fuego, alegremente, a las chozas.

Como en Estocolmo, las sesiones públicas se alternaban con reuniones privadas. Éstas se desarrollaban con bastante calma porque Schoenman no había logrado entrar en Dinamarca. Aterrizó una noche en Copenhague, pero fue rechazado por falta de pasaporte. Estuvo en Amsterdam; de allí fue a Finlandia, donde pasó una noche en la cárcel, y de allí a Estocolmo, donde lo detuvieron; los diarios contaban sus tribulaciones llamándolo el «Holandés volante».

Seguimos reflexionando sobre la cuestión del genocidio. Durante una reunión en la casa de un amigo danés del Tribunal, Gunther Anders, Dedijer y Sartre hicieron análisis interesantes de esta noción; pero seguimos divididos; Sartre, yo misma y algunos otros, convencidos de que los norteamericanos eran criminales de guerra, dudábamos de que se les pudiera imputar el genocidio. La delegación cubana y los delegados japoneses estaban indignados por nuestras reticencias: se trataba para ellos de un asunto político y nuestros escrúpulos de intelectuales les parecían superfluos. Nos separamos sin haber decidido nada.

Y luego, poco a poco, nuestra convicción fue formándose, sobre todo después de las exposiciones sobre las «aldeas estratégicas». El genocidio está definido por la Convención de 1948 como un «atentado grave contra la integridad física y mental de los miembros de un grupo. – Sumisión intencional del grupo a condiciones de existencia que acarrean su destrucción física, total o parcial. – Medidas tendientes a impedir los nacimientos en el seno del grupo. – Transferencia forzada de niños». La dislocación de las familias en las «aldeas», su reducción a una vida vegetativa, las deplorables condiciones sanitarias a las cuales

3. Pic había conseguido fotos y filmes durante su viaje a EE.UU.

se los condenaba, tenían exactamente esos efectos. Los bombardeos masivos y asesinos, las diseminaciones tóxicas equivalían, por otra parte, a un exterminio. En cuanto al Norte, los bombardeos de los barrios populosos de Haiphong y Hanoi demostraban no menos netamente la voluntad de exterminio. Bost, que asistió al proceso por cuenta del *Nouvel Observateur*, nos dijo al llegar: «Sobre todo no vayan a hablar de genocidio.» Al cabo de tres días estaba convencido de que había que hablar. Al comenzar las deliberaciones, Sartre leyó un texto que había preparado sobre el tema y que nos pareció a todos absolutamente decisivo. Establecía que el genocidio era intencional y premeditado porque representaba la única respuesta posible a la insurrección de todo un pueblo contra sus opresores. Al optar por esta guerra, una guerra total llevada *de un solo lado, sin la menor reciprocidad*, el gobierno americano había decidido un genocidio. Después de esta exposición Gisèle Halimi y Matarasso, hasta ese momento reticentes, le dijeron impulsivamente a Sartre: «Usted nos ha convencido.»

Había aceptado más fácilmente que en Estocolmo la rutina de las jornadas. Mi cuarto, como todos los del hotel, tenía una mesa, un escritorio y una cama que durante el día se escamoteaba detrás de una persiana de madera: era una cama a la alemana cuyas sábanas y mantas estaban reemplazadas por un enorme edredón. Todavía era de noche cuando me levantaba a las siete de la mañana, toda adormilada, porque nunca nos acostábamos antes de la una. Era bonito ver amanecer y desplegarse la ruta monótona. A veces, durante las sesiones, tenía que luchar contra el sueño: había momentos en que en la sala la gente dormía francamente. De pronto, un testimonio, un filme despertaba mi atención. Los primeros días habíamos almorzado en Fjord-Villa. Pero las comidas eran muy malas y muy ruidosas. Nos acostumbramos a ir hasta un hotel vecino, apacible y viejo, uno de los que se habían negado a acogernos, pero no por eso su patrón dejó de pedirle a Dedijer que firmara su libro de oro. A veces dábamos un corto paseo, bajábamos hasta el fiordo. Luego volvíamos a nuestro puesto. Al salir de la ciudad nos encontrábamos en medio de la noche que no habíamos visto caer. La señora Nielsen o su hijo nos traían de vuelta a Copenhague. Nos habían indicado restaurantes agradables a los que íbamos con Lanzmann, que había venido a suplir a Sartre por unos días, con Bost, a veces con Schwartz, con Dedijer, a veces los dos solos. Había algunos muy bonitos, entre otros el de las «Siete naciones»,

que tiene siete salas decoradas cada una con el estilo de un país diferente; una de ellas es un iglú, pero todos los platos son de estilo danés. El costo de la vida nos asombró: la menor botella de vino costaba 30 francos; la botella de whisky 100 francos; el café era horriblemente caro y muy malo; hasta la cerveza y el aquavit eran caros, y el precio de la comida, exorbitante. Todos los artículos de lujo tenían severos impuestos, que llenan las cajas de la seguridad social, sirven para mantener los hospitales y las casas de retiro.

Nos sorprendió un aspecto de las costumbres danesas, ya que la famosa «Feria de Copenhague» todavía no se había celebrado. Fui a comprar diarios a una pequeña librería de Roskilde y vi un escaparate infinitamente más audaz que los que me habían sorprendido en Estocolmo. Allí y en el interior había cubiertas con fotos en color de gente exhibiéndose en todas las posiciones imaginables: parejas heterosexuales y homosexuales de ambos sexos, escenas eróticas de tres o cuatro participantes. Había revistas y anuncios cuyos nombres empezaban por: «Porno», «Porno-Magazine», «Porno-week-end», etc. Los niños que pasaban delante de la tienda no le dedicaban ni una ojeada a esta literatura; estaban mucho más interesados en las revistas infantiles y en los juegos que aparecían en las otras vitrinas. Bost tuvo la curiosidad de comprar una revista porno, y la pidió en un quiosco. La vendedora, una anciana respetable, buscó la que le parecía más audaz, pidiendo consejo a su nieta, una chica encantadora de dieciocho años que eligió con la misma impasibilidad que su abuela, aunque al hojearla Bost abrió unos enormes ojos. En el «Porno-week-end» y en otras publicaciones análogas, individuos o parejas proponen sus servicios o reclaman pareja. Pregunté a la señora Nielsen si la sexualidad estaba particularmente desarrollada en Dinamarca. «No –me respondió–, pero rechazamos la clandestinidad, todo ocurre a la luz.» Esta explicación no me satisfizo enteramente.

Igual que en Estocolmo, la población estaba dividida con respecto a nosotros. Una noche, en un restaurante, jóvenes gigantescas en minifalda nos ofrecieron con mucha gracia una botella de champaña. Sin embargo, una tarde oí, una tras otra, dos explosiones, y, como la puerta sobre el corredor estaba abierta, vi, detrás del cristal, dos resplandores rojos: dos petardos. La noche del mismo día, tiraron un adoquín contra los cristales del amigo danés que nos había recibido un día.

No veíamos nada de Copenhague, ya que vivíamos en una punta de

Escaneado con CamScanner

la ciudad desde la cual íbamos directamente hacia Roskilde. Pero Sylvie había venido a pasar el fin de semana conmigo y me tomé un breve descanso. Alquilamos un coche, compramos una guía de Copenhague, y el sábado por la mañana, en un hermoso día azul, partimos hacia el centro de la ciudad. Anduvimos a pie por callecitas, muchas de las cuales estaban prohibidas a los coches: las hay muy bonitas, bordeadas de viejas casas, y los pinos, las lámparas, los cabellos de ángel les daban un aire de fiesta. En la calle de las librerías de viejo, Sylvie abrió unos grandes ojos. Vimos palacios, iglesias, monumentos: el más hermoso es el de la Bolsa, levantado al borde de un canal; es del siglo XVIII, tiene una larga fachada chata, techos verdes y una flecha hecha con tres colas de serpiente trenzadas juntas. Vi de nuevo el hotel de Inglaterra adonde había ido con Sartre en el 47, y también el canal bordeado de viejas casas de todos colores y de cabarets de marineros donde bebíamos una copa por la noche. Había todavía muchos bares a lo largo del muelle, y también tiendecitas donde se vendían camisas de hombre de colores vivos, satinadas, visiblemente destinadas a afeminados daneses: me han dicho que por la noche el barrio evoca a Saint-Germain-des-Prés; los cabarets de marineros desaparecen. También vimos una hermosa y solemne plaza redonda y rodeada de palacios, y la Ciudadela: con Casernas del siglo XVIII, de un rojo vivo, con grandes techos y una multitud de ventanas, rodeadas de terraplenes cubiertos de árboles y de hierba.

Luego fuimos a ver, a un cuarto de hora de la ciudad, un pequeño puerto encantador, con callecitas angostas, empedradas de menudas piedritas, con casas de colores: nos parecía estar en uno de los más bonitos dibujos animados de Disney. Almorzamos salmón y aquavit en la terraza de un hotel, frente al mar: en una mesa vecina, una pareja hablaba en inglés del «Holandés volante». Luego fuimos hasta Elsinor. Me acordaba muy bien del castillo dieciochesco, admirablemente situado encima del mar pero que no evoca para nada a Hamlet. Vimos el puerto, sus grandes barcos, la costa de Suecia a lo lejos: parece que suecos y daneses pasan gran parte de sus ocios yendo de un país a otro, comprándole a sus vecinos, a éstos café, a aquéllos manteca. Volvimos por una carretera muy bonita que bordea la costa, cuando ya caía la noche. De un extremo al otro de la larga calle que nos conduce al hotel se sucedían por encima de nuestras cabezas arcos de luces; parecía que estábamos en un palacio.

El domingo por la mañana estábamos a la orilla del mar, a lo largo del paseo por el que Sartre y yo habíamos arrastrado tristemente los pies entre una multitud dominical aplastada por el calor: ahora hacía frío, no había nadie, salvo algunos pescadores; la sirenita parecía congelada. La ciudad estaba helada, gris, desierta. Nos refugiamos en la Gliptoteca en que se exponían muchos impresionistas franceses, hermosos Rembrandt, hermosos Frans Hals, entre otros el pequeño retrato de Descartes que las reproducciones han hecho tan familiar.

Hacia el final de la sesión almorzamos –Dedijer, Weiss, Sartre y yo– en el Hotel Prinser con Stokely Carmichael. Gracioso, despreocupado, amistoso, acababa de hacer una gira de conferencias por los países escandinavos contra la guerra de Vietnam. Llegó demasiado tarde para votar con el conjunto del Tribunal; se convino que haría una declaración separada; más tarde discutimos los términos en una sesión privada: «Yo no tomaré el punto de vista de un legista porque no creo en la legalidad», dijo sonriendo; Aybard se sobresaltó: «Si se forma parte de un tribunal no hay que decir que la legalidad es una farsa.» Era nuestra última reunión. Se decidió que el Tribunal subsistiría sólo bajo una forma restringida, como centro de documentación y de unión con respecto únicamente al Vietnam.

Esta vez la deliberación fue larga. Tuvo lugar en un hotel de Roskilde, donde nos habían reservado una sala. Halimi y Matarasso habían preparado preguntas relativas a la culpabilidad del Japón, de Tailandia y de Filipinas, la agresión contra Laos, el tratamiento de los prisioneros y de los civiles, las armas prohibidas, el genocidio. Sólo para la formulación definitiva de las preguntas discutimos toda la tarde. Después de una rápida cena en el comedor, continuaron los debates. Algunos puntos de la exposición de Sartre sobre el genocidio levantaron discusiones apasionadas: ¿habrá que aludir a otros genocidios?, ¿y a cuáles?; unos exigían agregados y modificaciones que otros rechazaban ásperamente. Eran las cinco de la mañana cuando llegamos a un acuerdo.

La última sesión pública se abrió por la tarde. La sala estaba repleta. Primero proyectaron el terrible filme de Pic, en un silencio mortal. Luego Sartre leyó su exposición y Schwartz los considerandos redactados por Halimi y Matarasso. Declaramos unánimemente que los norteamericanos utilizaban armas prohibidas, que trataban a los prisioneros y a los civiles de una manera inhumana y contraria a las leyes de la

guerra, que cometían el crimen de genocidio. También denunciamos unánimemente la agresión contra Laos, la complicidad de Tailandia y de Filipinas. Tres jurados consideraron que el Japón ayudaba a EE.UU. pero no era su cómplice en la agresión contra el Vietnam. Cuando se dieron las respuestas a todas las preguntas, hubo en la sala y sobre el estrado aplausos y abrazos.

También de esta sesión guardo un vivo recuerdo. Teníamos, como en Estocolmo, el placer del trabajo en común, el de mantener amistades; y aprendimos todavía más que en la sesión precedente. Lo único desalentador fue que por culpa de la prensa hayamos sido tan pocos los que hayamos podido aprovechar este impresionante conjunto de documentos, de testimonios y de explicaciones. Lo esencial está resumido en dos libros de bolsillo publicados por las ediciones Gallimard: pero han tenido demasiado pocos lectores. La opinión pública americana quedó trastornada por la revelación de la matanza de San My, que tuvo lugar en marzo del 68. Pero Tuck había hablado de «minutos de locura» corrientemente concedidos a los soldados. El número de las víctimas de San My –567, de los cuales 170 fueron niños– es ciertamente muy superior a la media, pero esos asesinatos no dejan de inscribirse en un sistema rutinario: desde una aldea tiran sobre los G.I.'s, uno de ellos muere; entonces arremeten y abaten a toda la población. Sin duda Nixon hizo soltar al responsable de la matanza de San My, justamente porque esos métodos son muy comunes: ¿por qué elegir entre tantos criminales de guerra a éste y no a otro como chivo expiatorio?

La oposición a la guerra creció. En la perspectiva de las elecciones presidenciales, muchos políticos se declaran pacifistas. Es reconfortante que un pequeño país haya podido resistir victoriosamente al Estado más poderoso del mundo, demostrando con su heroísmo que el dinero, las bombas, la fuerza brutal no lo pueden todo. Pero, aun vencedor, el Vietnam quedará devastado todavía por mucho tiempo. Su pueblo ha pagado demasiado caro; tengo presentes imágenes demasiado horribles para poder pensar en él sin que se me encoja el corazón.

Después de la guerra del Vietnam, el acontecimiento político que más me ha conmovido en los últimos años ha sido la Guerra de los Seis Días. Me interesé en él especialmente porque *Les Temps modernes*

Escaneado con CamScanner

acababan de preparar un expediente sobre el conflicto árabe-israelí, y con ese motivo Sartre y yo hicimos un viaje por Egipto e Israel. Antes de decir cómo viví personalmente los seis días, contaré en primer lugar ambas visitas.

Nunca habíamos estado en ninguno de los dos lugares. Después de la guerra seguí apasionadamente el combate de los judíos contra los ingleses; me conmovió la tragedia del *Exodus*. Me alivió que los sobrevivientes de los campos de exterminio encontraran un refugio que yo creía seguro en un Estado que la O.N.U había reconocido, en gran parte bajo la presión de la U.R.S.S. Pero después no había tenido especial deseo de ir a Israel. Por el contrario, soñaba con conocer Egipto desde mi infancia: el Nilo, las pirámides, los colosos de Memnón, me habían fascinado a distancia, a esa edad en que las impresiones se graban de modo imborrable. La persecución que los comunistas habían padecido bajo el régimen de Nasser nos había impedido ir. En 1967, ya reconciliado con la izquierda, hasta los antiguos opositores nos animaban a partir hacia El Cairo. Nos encontramos varias veces con Lufti el-Kholi, un hombre de unos cuarenta años que había pasado bajo Nasser largas estadías en la cárcel; se había aliado al régimen sin renunciar a sus convicciones marxistas. Dirigía una revista de izquierdas, *Al Talia*. Nos urgía a que viajáramos a su país. Por lo demás, los artículos reunidos por Claude Lanzmann para el expediente de la revista habían despertado nuestra curiosidad con respecto a Israel. Habíamos decidido visitar ambos países, cada uno aceptando la idea de que también iríamos al otro. Justamente antes de partir para El Cairo nos enteramos de que dieciocho jóvenes acusados de haber querido reconstruir un partido comunista estaban todavía en prisión; sus familias no nos pidieron que renunciáramos a nuestro proyecto sino que trataramos de interceder ante Nasser.

Estábamos invitados por Heykal, director del diario *El Ahram*, amigo y portavoz de Nasser, quien invitaba también a Lanzmann. El periodista egipcio Ali el Saman, que preparaba una tesis en París, se había ocupado activamente de la parte árabe del informe de *Les Temps modernes:* gracias a él pudo realizarse. Ahora nos acompañaba. El 25 de febrero tomamos los cuatro el avión.

Caía la noche cuando aterrizamos. Nos recibió Heykal, un hombrecito robusto y alegre, muy moreno, con aire enérgico; y el viejo Tawfik al-Hakim –su nombre significa Éxito del sabio–, cuyo divertido

Journal d'un substitut había sido publicado quince años antes por *Les Temps modernes;* es más que nada un autor dramático muy célebre en Egipto; llevaba un gorro sobre sus cabellos blancos. Decían que era un misántropo, pero nos acompañó con muy buena voluntad siempre que eso no le fuera muy fatigante. Lufti el-Kholi estaba también en el aeropuerto con su joven y agradable esposa, Liliana, agregada del Ministerio de Turismo; sería nuestra guía y nuestra intérprete. Nos presentaron también al doctor Awad y su mujer. Después de una breve conferencia de prensa, subimos al coche de Heykal, que nos llevó al hotel Shepard, desde donde fuimos a ver el Nilo. Era un río como cualquiera, pero era el Nilo y me parecía fabuloso verlo con mis ojos.

A la mañana siguiente me asomé en seguida a la ventana. El Nilo estaba allí corriendo, era verde, sí, pero no verde Nilo. Del otro lado del agua divisé unas casas bastante feas, palmeras, y sobre el puente banderas que un fuerte viento agitaba. Seguidos por toda una escolta –Ali, los el-Kholi y periodistas– fuimos al museo de El Cairo. Luego volvimos muchas veces y sin embargo estamos muy lejos de haberlo agotado. Demasiado exiguo para las riquezas que encierra, está mal iluminado y mal acondicionado; los tesoros que encierra no están valorizados, lo cual no nos impidió ir de asombro en asombro. Quedamos impresionados con la belleza de las esculturas del antiguo Egipto –de 2778 a 2423–. Talladas en esquisto, diorita, gres, granito rosa, gris o negro, o en madera, son a la vez realistas y mágicas. Representan reyes, reinas, sacerdotes, escribas, parejas, familias que parecen retratadas a lo vivo y dotadas, sin embargo, de un carácter sagrado. Un grupo en cobre representa un padre y su hijo; otro –el más curioso de todos– un enano con su mujer y sus hijos. También se ven animales, genios, dioses. En épocas posteriores las estatuas se vuelven más convencionales. Las efigies de todos los faraones debían asemejarse a la del dios Amón y todos los demás personajes eran tratados con un estilo académico. Las estatuas de Akhenatón –a quien está dedicada toda una sala– son excepcionales. Ese faraón revolucionario, que reinó entre 1370 y 1352, abandonó su nombre de Amenofis IV, renegó de sus antepasados, dejó Tebas, transformó el régimen político y la religión y exigió que el artista, apartándose del canon real, lo representara tal cual era: sus estatuas, de tamaño mayor que el natural, lo muestran con un gran vientre y un gran rostro enigmático de degenerado; su fa-

Escaneado con CamScanner

nula y su corte lo imitaron; esas obras establecen un contraste singular con las de los siglos precedentes.

Sólo pudimos mirar muy rápidamente los bajorrelieves, generalmente encontrados en las tumbas, que evocan expediciones guerreras y ceremonias religiosas, o que cuentan en detalle la vida cotidiana del antiguo Egipto. Nos mostraron el tesoro de Tutankhamón.[4] Vimos las cámaras mortuorias, en oro y maravillosamente trabajadas, que encajaban unas con otras dentro de la tumba; y los lechos, los carros, los sarcófagos en oro, los vasos de alabastro intactos a través de los siglos; es una de las pocas tumbas que jamás fue robada. Encerraba millares de estatuillas, de adornos, de objetos expuestos en vitrinas y que dan una idea extraordinariamente viva de la civilización egipcia. Más lejos, en una pequeña sala, dormían en sus vendajes las momias de los faraones y de los altos funcionarios. Nos demoramos delante de las vitrinas repletas de momias enmascaradas y de ataúdes de la época grecorromana. Vienen del oasis de Fayum, de Antinoe y de Alejandría. Había también retratos, pintados a la cera sobre madera o sobre la tela que decoraba los sarcófagos. Son obras seriadas, pero notables por su modernismo.

Había contemplado tantas veces en fotografía la Esfinge y las pirámides que la primera visión que tuve fue sin sorpresa. Sabía que estaban en los alrededores de El Cairo; de todos modos la proximidad de los barrios polvorientos, el número y la agitación de los visitantes eran perturbadores. Disfrazados de palestinos, los norteamericanos se pasean a lomo de camello. En la luz brutal y careciendo de perspectiva sólo vi piedras amontonadas unas sobre otras.

Entramos en la más grande de las tumbas. Para visitarla había que subir a cuatro patas a lo largo de un corredor abrupto, asfixiándose en un aire ardiente y enrarecido; volvimos a bajar casi en seguida. Admiré las pirámides cuando alejándome en el desierto las vi de lejos. Un día, sobre todo, volviendo de Alejandría, su aparición me sobrecogió. El sol declinante resbalaba sobre sus flancos y parecían pequeñas y transparentes: admirables esculturas abstractas. Fueron creciendo; en su fría desnudez parecían puras entidades geométricas; su presencia rígida en un terreno chato y desnudo me hizo pensar en ciertos cuadros surrealistas.

4. Ya dije que sólo una ínfima parte había sido enviada a París.

Escaneado con CamScanner

Un poco más lejos de El Cairo, la pirámide de Sakkara se yergue, en medio de los restos majestuosos de un templo. El arquitecto que la edificó, Imhotep, fue deificado después de su muerte. Fue violada y desvalijada como la mayoría de las tumbas. Los constructores y los sacerdotes estaban en combinación con los ladrones; era una manera de recuperar los tesoros de los faraones.

Desde el primer día, y muy a menudo después, nos paseamos por El Cairo. La ciudad moderna tiene calles elegantes y tiendas lujosas, pero carece de encanto. La ciudad vieja hierve de vida. En la populosa calle Mohamed Ali, bordeada de negocios y de pequeños restaurantes, vi grandes tiendas de tela roja cubiertas de puntillas; son especies de salas funerarias; se las construye para depositar en ellas el féretro y acoger a la familia y los amigos. En ese barrio, todas las calles tienen un aspecto medieval; uno se creería más en un gran pueblo que en una capital; los niños se divierten con ocas y gallinas; la Pascua estaba próxima y los corderos se hallaban atados junto a las puertas de los negocios, esperando la hora del sacrificio; todos pertenecían a una especie cuya enorme cola, que colgaba entre las patas, parecía afectada de elefantiasis. De trecho en trecho cruzaba una bandada de patos, una vaca. Las calles eran estrechas; a veces las fachadas con saledizos se inclinaban hacia adelante y se acercaban de modo que cubrían casi enteramente la calzada. En los zocos se vendían alhajas imitadas de los antiguos adornos de la reina Nefertiti: collares, colgantes, broches, brazaletes en oro y en plata, a veces realzados con perlas de colores. Y también divertidos cuadrados de tela sobre los cuales están bordados pirámides, camellos, asnos, palmeras. Tomamos una copa en el Café de los espejos, célebre en El Cairo, y que algunos escritores han descrito; es una antigua callecita, recubierta por un techo, cerrada por dos puertas, y amueblada con pequeñas mesitas y sillas. Está lleno de bibelots, de adornos de toda clase pero sobre todo de espejos resquebrajados y empañados. Los intelectuales se reúnen allí muy a gusto. El patrón duerme de la mañana a la noche, tendido sobre un viejo canapé y tan bien tapado por sus mantas que Liliana nos contó que una vez se había sentado encima de él. Subimos a la Ciudadela, desde la cual se tiene una hermosa vista sobre la ciudad y sus innumerables minaretes.

De las antiguas defensas, quedan algunas bellas puertas fortificadas. Pero los más notables monumentos de El Cairo son las mezquitas. Me gustó especialmente la del sultán Hassan, con su minarete de tres gale-

rías, la majestuosa galería exterior que sube hacia una puerta monumental, el interior armonioso en el que cuelgan del techo setenta cadenas de lámparas. (Estas han sido trasladadas al museo árabe.) En la mezquita Al-Azhar, los estudiantes estaban sentados en círculo alrededor de sus profesores de teología: se levantaron para darle la mano a Sartre.

Aunque el profesor Award nos explicó que los egipcios no son árabes, dado que el contacto con los árabes no ha influido para nada en la raza autóctona, la civilización árabe ha dejado en El Cairo, además de las mezquitas, numerosos vestigios. En un museo han reunido maderas trabajadas e incrustadas, cobres, una rica colección de cerámica, otra de tierras cocidas, de azulejos, de tapices, lámparas y miniaturas. Otra casa, muy hermosa, típica por su arquitectura, está llena de muebles y de adornos árabes, de sedas, de vasos y de cristales. En el primer piso está el harén desde el cual las mujeres podían mirar a través de la celosía las fiestas que tenían lugar en los vastos salones de la planta alta.

Kasr el-Chamah, el fuerte de la Candela, llamado también el «monasterio cristiano», es la parte más antigua de la ciudad; enteramente rodeado de muros, se entra a él por una abertura entre dos torres. Allí está el museo copto, donde están expuestos hermosos especímenes de arte cristiano primitivo, entre otros pinturas y máscaras del Fayum. En este recinto están encerradas casi todas las iglesias coptas de la ciudad. Nos mostraron en la cripta de San Sergio el lugar en donde se habría refugiado la Sagrada Familia durante la huida a Egipto. Visitamos, al lado, la sinagoga Ben Ezea, levantada en el lugar en donde Moisés habría visto la zarza ardiendo.

Nada me impresionó tanto en El Cairo como la Ciudad de los Muertos. Es una verdadera ciudad por la que pasan autobuses; pero las casas sólo tienen un cuarto, donde se reúnen los parientes y amigos del muerto, y un patio, donde está sepultado. Como los alojamientos son raros y caros, hay familias –parientes y guardianes– que se instalan allí. En las calles silenciosas y desiertas se ve, cada tanto, ropa tendida, un niño, un perro, una gallina. Parece que algunas noches esta falsa ciudad se vuelve inquietante. Hay grupos que vienen a velar a sus muertos; comen y rezan; en la oscuridad se oyen rumores y murmullos.

En un pequeño avión puesto a nuestra disposición por el gobierno, partimos hacia Luxor, donde se encontraban las ruinas de la antigua

Escaneado con CamScanner

Tebas. Una nube de periodistas y de fotógrafos nos acompañaban. Cuando nuestro salón volante despegó, vi al fin, con mis ojos, ese paisaje que en mi infancia había tratado tantas veces de imaginar: un inmenso desierto en medio del cual verdeaba, pequeño oasis, el valle fecundado por las aguas del Nilo.

Nos instalamos en un hotel moderno, junto al viejo Winter Palace, de encanto anticuado, donde venían los ingleses antes a calentar sus huesos. Entre el Nilo y nosotros se extendía un bulevar plantado de palmeras donde estacionaban los coches; estudiantes sentados sobre la hierba, al pie de los árboles, leían o escribían. El río es ancho y tranquilo, y en él navegaban barcos de vela. Del otro lado se extendía un paisaje seco y accidentado. Esta paz me pareció reparadora después de la agitación de El Cairo. El sol brillaba, pero no hacía demasiado calor.

Muy cerca del hotel se levanta el templo de Amenofis II, que visitamos y que es muy hermoso. Luego, a la puesta del sol, navegamos por el Nilo mirando brillar las luces de la orilla. Después de la cena —excesiva como siempre— un arqueólogo, por un favor especial, nos llevó en un simón a ver el templo de Karnak a la luz de la luna. Lo primero que me impresionó fue su inmensidad: durante dos mil años los arquitectos no dejaron de agrandarlo y complicarlo. Es el mayor edificio con columnas del mundo. Uno se pierde entre un bosque de pilares; de pronto uno queda en suspenso ante un obelisco de granito rosa o ante una estatua gigante. Quedé pasmada ante los hermosos capiteles en forma de papiro. Cruzamos patios y vestíbulos, en una oscuridad que de tanto en tanto atravesaba la claridad de la luna. Volvimos al simón, y en la dulzura de la noche fui saboreando el ruido que hacían en el camino los cascos de los caballos.

A la mañana siguiente volvimos a Karnak por fin de día. Seguimos el camino bordeado de carneros que precede al templo, parte de la larga vía que antes llevaba de Karnak a Luxor. Pero era en barco que en Año Nuevo transportaban con gran pompa al dios Amón de un templo al otro; al fondo del de Karnak se encuentra un santuario en granito donde reposan las barcas sagradas, representadas en los bajorrelieves que adornan algunos muros. La víspera no los habíamos visto y ahora nos detuvimos a mirarlos largamente. Cuentan detalladamente los combates y las victorias de Seti I y de su hijo Ramsés II. La delicadeza de esas esculturas contrasta acertadamente con el carácter masivo,

Escaneado con CamScanner

un poco aplastante de la arquitectura. Las columnas cilíndricas, los pilares cúbicos están recubiertos de arriba abajo de figuras de dioses o de dibujos simbólicos. En el recinto del templo se extiende un lago sagrado; al borde han instalado un cafecito donde tomamos una copa.

Por la mañana atravesamos el Nilo en un barco cuyos asientos estaban recubiertos de una tela impresa de estilo «faraónico». Hacía calor: Sartre, Lanzmann, Ali, Lufti se habían puesto sombreros de tela que les daban aires de falsos cow-boys. Un arqueólogo de casco blanco y gafas negras nos acompañaba. Un coche nos condujo al templo de Deir el-Bahari, fundado por la poderosa reina Hatshepsut, consagrado a su doble y al de su padre. El edificio, de terrazas superpuestas, está muy destruido y ha sido restaurado, pero la decoración es muy interesante. La reina está representada a menudo sobre los muros, pero siempre en figura de hombre. Veneraba especialmente a la vaca Hathor, que tiene un santuario en el interior del templo; un bajorrelieve nos la muestra amamantada por Hathor. Otro describe en colores, la expedición, sin duda pacífica, que la condujo al país de Pount, es decir, a Somalia. Otros cuentan su juventud y las fiestas dadas por su advenimiento. Una capilla perfectamente conservada, con su techo azul sembrado de estrellas, está consagrada a Nubis. Recuerdo también esculturas que evocan a Horus en forma de pájaro, justamente comparables a ciertas obras de Brancusi. Hermana y esposa de Tutmosis II, su yerno, Tutmosis III –de quien ella era tía y regente– al sucederla hizo borrar su nombre de todos los adornos del templo.

Luego visitamos la necrópolis de Sheik Abd el-Gurnah, situada sobre una colina; desde lejos las aberturas del hipogeo se destacan en negro sobre la pared rocosa. Es el cementerio de los altos funcionarios tebanos de la XVIII Dinastía. La riqueza de los frescos y los bajorrelieves que evocan sus ocupaciones es inimaginable. Entramos en la tumba de Khaembat, un escriba que velaba sobre los graneros de Amenofis III. Contiene seis estatuas del muerto, de su mujer y de otros parientes. Se lo ve sobre un muro presentando sus cuentas al rey; en otra pared están pintadas escenas de la vida campesina. Menna era también, en la misma época, un escriba importante. Frescos de colores muy vivos lo muestran llevando ofrendas a Osiris. Otros representan trabajos agrícolas, la inspección de las cosechas. En la tumba de Bekhmara, gobernador de Tebas, se ven pueblos extranjeros, con costumbres y peinados exóticos, que le rinden tributo. Se ven también

diversas escenas de su vida y el banquete de sus funerales al cual asiste la momia del difunto. En el Valle de los Reyes, la tumba más interesante es la de Seti I. Se baja por una serie de escaleras. Un corredor desemboca en una pequeña sala, perforada por un pozo destinado a confundir a los ladrones; generalmente se llegaba a la cueva por un pozo. Una brecha cuidadosamente disimulada se abría sobre una sala de la que partía un dédalo de escaleras y de corredores, que llevaban a otras salas. Todos los techos estaban pintados, y los muros cubiertos de bajorrelieves, de pinturas y de esbozos. Hay setenta y cinco representaciones diferentes del sol: el rey, Osiris, diversas divinidades, los pueblos de la tierra, barcas solares. Este hipogeo es en sí un verdadero museo. La tumba de Tutankhamón me asombró por su exigüidad; al ser descubierta, los tesoros expuestos en el Museo de El Cairo estaban apilados unos sobre otros. Se habían conservado intactos porque un intento de robo había sido severamente reprimido y, luego, los escombros de una tumba vecina habían bloqueado la entrada.

Me aturdía haber visto desfilar en una mañana ante mis ojos toda una civilización: sus guerras, sus ceremonias sagradas, sus fiestas profanas, sus trabajos, su vida cotidiana. Veo rostros de mujer que siguen entierros, llorando con vehemencia; bailarinas y músicos que llevan sobre sus hermosos cabellos negros un cono de perfume. En ciertas épocas, los personajes están dibujados de manera académica. Pero por lo general son a la vez hieráticos y vivos y están pintados con colores francos y refinados. Hubiera tenido que ver muchas veces y durante mucho tiempo estas obras de arte cuyo valor artístico superaba aún largamente su valor documental.

A la vuelta vimos, en medio de una pradera donde pastaban los rebaños, los colosos de Memnón que representan a Amenofis III: incluyendo los zócalos son tan altos como una casa de seis pisos. Hendido hasta la cintura por un temblor de tierra, uno de ellos cantaba al nacer el día. Pero Septimio Severo lo hizo reparar, y desde ese momento guarda silencio. Esas estatuas gigantes se erguían a la entrada de un templo hoy destruido.

Al día siguiente, sobrevolamos en avión el Nilo y la antigua represa de Asuán; el piloto nos llamó a su cabina para que tuviéramos una vista de conjunto de la nueva represa, cerca de la cual aterrizamos. En el aeródromo, mujeres con trajes y velos negros cubiertos de bordados brillantes nos ofrecieron cestos llenos de dátiles y de avellanas. Un

Escaneado con CamScanner

funcionario de Relaciones Públicas nos llevó de inmediato a la obra, por donde nos paseó a pie y en coche explicándonos los trabajos, que no estaban completamente terminados, pero que ya permitían irrigar una gran zona del desierto. En medio del estrépito miramos el enorme despliegue de bulldozers, de grúas, de camiones y de obreros. Por la noche, un pequeño filme en color nos permitió asistir a la inauguración de esta gigantesca obra. Es sabido que habiéndose negado E.E.U.U. a financiarla –lo que condujo en el 56 a la nacionalización del canal de Suez–, la U.R.S.S. se encargó de ella. Jruschov asistió a la ceremonia junto a Nasser. Dos equipos de obreros habían construido el cuerpo principal de la represa, uno partiendo de la orilla izquierda y otro de la orilla derecha. Se los veía encontrarse en el medio y tenderse la mano: una expresión de alegría triunfante prendía en ellos y en el público. Ese sentimiento subsistía en los obreros con los que hablamos al día siguiente. Estaban contentos y orgullosos de haber realizado un trabajo que le daba a su país una prosperidad nueva. Sabían que la inmensa reserva llamada *lago Nasser* permitía irrigar terrenos hasta ahora desérticos y proveía de electricidad necesaria a la industria.

Nuestro hotel era moderno como el de Luxor, y había sido construido, junto al viejo Cataract-Hotel, en un promontorio bastante alejado de la ciudad que dominaba el Nilo. Unas rocas emergían de las aguas revueltas a las que llaman cataratas. Río abajo, las aguas estaban tranquilas y las barcas navegaban con sus velas blancas hinchadas por el viento. Había mucho sol. Un barco nos paseó a lo largo de la isla Elefantina hasta la islita Kitchenev, cubierta de un jardín tropical encantador. Vimos la parte superior del templo de Filé: la isla en la que se levanta quedó anegada cuando se construyó la primera represa.

Actualmente el valle alto de Nubia también está totalmente anegado. Vimos en una película en color los hermosos pueblos con casas encaladas y decoradas con alegres pinturas, cuyos habitantes fueron transportados a otra parte y que fueron recubiertos por las aguas. Sabía que por iniciativa de la Unesco, ingenieros de distintos países habían emprendido el rescate de los templos de Abu Simbel y tenía muchas ganas de verlos. Con el hidroavión que llevaba normalmente a los turistas, era una excursión larga y fatigante. Pero el ministro de Cultura se arregló para que el avioncito del cual disponían los ingenieros viniera a buscarnos. Había lugar sólo para el piloto y tres pasajeros: Sartre, Lanzmann y yo. Partimos de mañana, y sobrevolamos du-

Escaneado con CamScanner

rante una hora el desierto de arena blanca o amarillo pálido erizado de rocas negras que me recordaba ciertos paisajes de Hoggar. Luego seguimos el Nilo, que ahora es un inmenso lago de un azul puro. Casi rozábamos el río. Distinguíamos de tanto en tanto la copa de una palmera sumergida y a la orilla del agua casas abandonadas que pronto iban a quedar cubiertas, ya que el nivel de la reserva seguía subiendo.

En el aeropuerto nos esperaba un arqueólogo y el ingeniero alemán Hochtief, que dirige los trabajos. Entre los diferentes proyectos propuestos desde 1959 prevaleció el sueco, con la participación de un grupo internacional. Consistía en cortar los templos para reconstruirlos en lo alto de un acantilado. Primero nos mostraron la ubicación primitiva, y el abrupto camino por el cual los habían izado en piezas separadas hasta los cincuenta metros de altura. Enormes bloques cuidadosamente numerados descansaban sobre el terraplén en un inmenso depósito al aire libre. De aquí a dos años, nos dijo Hochtief, los templos estarán completamente reconstruidos y el mayor volverá a estar como antes al borde del agua, puesto que ésta volverá a alcanzar el nivel del acantilado. Parecía ya terminado. A la entrada se yerguen cuatro estatuas gigantes de Ramsés II, encuadradas por estatuas más pequeñas que representan a la madre, a la mujer y a la hijas del faraón. Por encima de la fachada están sentados veintidós cinocéfalos. El dios Ra con cabeza de gavilán, también de dimensiones colosales, se levanta por encima del portal. Este conjunto imponente es al mismo tiempo perfectamente armonioso. A pesar de los andamios que obstruían las salas interiores pudimos ver los frescos y los bajorrelieves de escenas militares que narran las guerras de Ramsés II, entre otras la gran batalla en la que triunfó ante los hititas. Al templo le será adosado un acantilado artificial, y el lugar se parecerá exactamente a lo que era antes.

Seis colosos se levantan en la fachada consagrada a Hathor representando a Ramsés II y a su mujer Nefertiti. Sus hijos están representados por estatuas más pequeñas. El interior está también decorado con bajorrelieves.

Echamos una mirada sobre la pequeña ciudad en la que viven los obreros y Hochtief nos invitó a beber una copa con él. Nos sentamos en la terraza y nos contó más detalles de los trabajos en curso. Miramos correr el Nilo, indolente entre acantilados. Hubiera podido quedarme horas contemplándolo, pero había que volver al avión. El re-

greso fue todavía más deslumbrante que la ida porque seguimos el curso del río de un extremo al otro.

Fue nuestra última visita importante al Egipto antiguo. Vimos en los alrededores de Asuán una fábrica de productos químicos. Desde El Cairo nos condujeron a Eluán, donde se ha creado un gran complejo industrial de hierro y de acero. Miramos las coladas de metal fundido, los martillos mecánicos, las máquinas que se apoderan del metal al rojo y le dan forma, otras que perfeccionan la obra limpiando delicadamente la pieza de toda excrecencia. Estaban a punto de levantar nuevas construcciones, más amplias que las ya existentes. Son las primeras grandes realizaciones de la industria egipcia. No son aún rentables porque el costo de las piezas fabricadas es demasiado alto.

Nuestros amigos quisieron mostrarnos algunos resultados obtenidos en la región del Delta gracias a la irrigación del desierto, y nos llevaron en coche a Alejandría. Almorzamos en un gran hotel triste al borde de la bahía: alrededor se extendía el parque de Montarah, con el antiguo palacio del rey Faruk; esta inmensa villa de tres pisos, tan fea como pretenciosa, está transformada hoy en museo. Seguimos la cornisa. La mayoría de las casas están cerradas porque la gente sólo habita en ellas en verano. Paseamos por calles concurridas, sin mucho carácter. Alrededor de una mezquita había una fiesta popular carente de alegría. Después de la cena, fuimos a ver danzas del vientre en un cabaret. En una mesa próxima muchachos rubios de ojos azules miraban pasmados a la concurrencia: eran soldados de la O.N.U. Bailaron dos mujeres muy bien. La ley exige hoy que el vientre no esté desnudo y ellas lo habían velado con gasa transparente. El espectáculo no se parecía a las imitaciones adulteradas que había visto; eran tan abstracto como un auténtico flamenco; su interes era de orden técnico; la bailarina debe controlar tan bien cada músculo que su cuerpo permanezca inmóvil mientras los hombros se estremecen y su vientre tiembla. Es un ejercicio muy fatigante; al detenerse ambas estaban empapadas de sudor y parecían agotadas.

Al día siguiente fuimos a Alejandría por el camino del desierto. Atravesamos los pantanos descritos por Durrell al comienzo de *Justine.* (Es el único pasaje del libro que me gusta.) Antes ahí había un lago mencionado por Estrabón, por Virgilio y por Horacio. Desecado en parte, existía todavía al comienzo del siglo XIX. Estaba cerrado por una represa que los ingleses destruyeron en 1801 por razones estraté-

Escaneado con CamScanner

gicas: las aguas invadieron una inmensa extensión. Después de algunos años el gobierno resolvió recuperarla. Un agrónomo nos explicó los métodos de abonos. Más allá de los pantanos hay terrenos desérticos que también se ha logrado recuperar para el cultivo. Sobre todo en la provincia llamada de la Liberación se han alcanzado resultados notables. Gracias a la represa de Asuán el volumen del Nilo ha sido regularizado. Crearon una red de canales por los cuales una gran masa de sus aguas ha sido desviada. En el centro de dirección de estos trabajos nos mostraron los proyectos de este nuevo sistema de irrigación y también vimos uno de los principales canales. Luego un general se encargó de nosotros. Recorrimos en un autocar privado kilómetros de caminos rectilíneos que se cruzan en ángulos rectos; a ambos lados verdeaban inmensos campos de trigo y cebada: ese verano se verían las primeras cosechas. Nos hicieron admirar magníficos jardines recientemente plantados. Esas tierras son cultivadas por el ejército porque los campesinos no quieren abandonar sus pueblos, aunque se da por descontado que se instalarán en gran cantidad una vez que se hayan preparado lugares para vivir. Se encara la creación de grandes cooperativas y, preferentemente, granjas estatales. De cada lado de la calzada habían alineado a soldados que agitaban pequeñas banderitas egipcias y francesas. Muy interesante al comienzo, esta gira de inspección se volvió cansada en su monotonía; comprendiéndolo, el agrónomo hizo que el chofer diera la vuelta. El general estalló en una violenta cólera, amenazando con bajarse del coche: había hombres esperándonos, bandera en mano, a kilómetros de allí, y no se los podía dejar plantados. Después de mucho hablar consintió en abreviar la expedición. Nos llevaron entonces a un centro de obreros agrícolas, también ellos alineados en el camino; agitando sus banderitas gritaban: «¡Viva Sartre! ¡Viva Simone!» Después de un almuerzo que reunió a unos cuarenta comensales, un responsable nos entregó medallas. «Díganle al mundo qué trabajo estamos realizando», nos dijo a Sartre y a mí. A Lanzmann le dijo: «Dígale a nuestros enemigos y a nuestros amigos qué trabajo estamos realizando.» Fue la primera y la última vez que en el curso de este viaje se aludió a su calidad de judío. Le trataban siempre con la misma cortesía que a nosotros.

Fuimos objeto de otras aclamaciones organizadas —aunque más espontáneas— cuando visitamos, algunos días después, el pueblo de Kamchiche, célebre por su lucha contra los feudales. La reforma agra-

Escaneado con CamScanner

ria intentada por Nasser prohibió a los propietarios de bienes raíces poseer más de cincuenta hectáreas. Poniendo una parte de sus dominios a nombre de miembros de su familia, de sus clientes o de sus servidores, eludían fácilmente la ley, ya que sus maniobras eran difíciles de descubrir. Un maestro de Kamchiche, dirigente local de la Unión socialista, sostenido por sus camaradas, fijó su atención en la familia Fikki y denunció sus fraudes. Quiso requisar sus casas para los servicios sociales del pueblo y fue asesinado en la calle, por la noche. Su mujer reclamó justicia y continuó la lucha empezada por su marido. El gobierno detuvo a toda la familia Fikki. Creó la «Comisión para liquidar el feudalismo», que descubrió muchos casos en que los propietarios rurales habían asesinado a campesinos; lanzó en los pueblos una campaña antifeudal, proponiendo a Kamchiche como ejemplo. La visitamos, acompañados de nuestra escolta habitual y del comisario del lugar. Una inmensa multitud vino a nuestro encuentro, desplegando estandartes: «¡Viva Nasser! ¡Nasser es el amigo de los campesinos!», gritando a todo pulmón: «¡Viva Sartre! ¡Viva Simone!» Una maestra histérica hacía gritar a un plácido grupo de campesinas de negro: «¡Viva Simone! ¡Viva Simone!» Sin embargo, inspirábamos a los campesinos una real curiosidad. Nuestros guardaespaldas apenas conseguían abrirnos camino. Nos mostraron varias casas de ladrillo crudo que los campesinos acababan de construir por sí mismos. Luego entramos en un barracón que sólo podía acoger a una pequeña parte de esa multitud; los demás casi echan abajo la puerta que se acababa de cerrar en sus narices, no sin trabajo. La viuda del maestro, una joven muy morena con un rostro a la vez dulce y enérgico, se sentó a nuestro lado, en un estrado, con el comisario y otros oficiales. Le regaló una chilaba a Sartre y a mí un collar. Tuvimos una conversación de poco interés con el público. El prefecto y su mujer nos llevaron a almorzar.

Esta visita no nos iluminó sobre la condición de los fellahs. La verdad es que durante nuestra estadía ni nos acercamos a ellos. Sólo comprobamos que para ir a las pirámides atravesábamos pueblos paupérrimos. Las casa eran de barro, los camellos y los bueyes escuálidos; bajo el velo negro que encuadraba sus rostros, las mujeres eran a menudo hermosas pero demacradas. El gran problema que Egipto debe enfrentar para elevar el nivel de vida de los campesinos es el de la superpoblación. Nasser emprendió una campaña en favor de la anticoncepción. Vi los consultorios, muy numerosos. Pero nunca una campesina

acepta limitar los nacimientos antes de haber tenido por lo menos cinco o seis niños. El fellah considera a sus hijos como su mayor riqueza; los necesita cuando envejece –y envejece pronto– para trabajar la tierra. A pesar de las conquistas realizadas sobre los desiertos, el constante aumento de las bocas que hay que alimentar no permite mejorar la condición campesina.

En un plano diferente otro problema muy mal resuelto es el de la condición femenina. La Carta sobre la que Nasser basó su régimen, en 1962, reclamaba la igualdad de los sexos. Pero la tradición islámica se opone y por ahora prevalece. Al comienzo de la estadía estuve con feministas egipcias: médicas, abogadas, periodistas; entre éstas había una muy anciana pero todavía combativa que había sido la primera que antes de la guerra del 14 había batallado contra el velo.[5] Me informaron detalladamente. Los derechos sociales, cívicos, económicos de la mujer no son de ningún modo equivalentes a los de los hombres. Al morir el padre, la hija recibe una parte de la herencia mucho menor que la de sus hermanos. Es difícil para la mujer conseguir el divorcio, mientras que el marido puede repudiarla casi sin formalidades. En la práctica el foso es todavía más profundo. Son muy raras las mujeres que trabajan fuera de sus hogares y no tienen las mismas ventajas que los hombres. Salen poco. Nunca vi mujeres en las terrazas de los cafés de El Cairo. Mis interlocutoras estaban indignadas por esta discriminación. Abordé el tema en Alejandría, al hablar en la Universidad delante de estudiantes. Según la Carta, les dije, no podrá haber socialismo hasta tanto la mujer no sea la igual del hombre: «Dentro de los límites de la religión», gritaron voces masculinas. Volví extensamente sobre el tema en una conferencia que di en El Cairo. Acusé a los egipcios de conducirse con las mujeres como feudales, colonialistas y racistas. Demostré que los argumentos con los cuales se justificaban eran exactamente los mismos que empleaban los antiguos colonos contra los colonizados; condené su actitud en nombre del combate que ellos mismos habían librado por su independencia. Las muy numerosas mujeres de la asistencia me aplaudieron furiosamente, pero muchos hombres estaban descontentos. A la salida me abordó un anciano; traía en la mano una tesis escrita sobre el Corán: «La desigualdad de la mujer; pero eso es la religión, señora; está escrito en el Corán.» Lo dejé en-

5. Es sabido que esta batalla fue ganada.

Escaneado con CamScanner

zarzado con la vieja periodista, pionera del feminismo. Hubo mujeres que vinieron a darme las gracias, a veces a espaldas de sus maridos.

Sin embargo, conocíamos una pareja en la que parecía reinar una igualdad perfecta, que reivindicaban: Lufti y Liliana el-Kholi. Ella era representativa de una categoría todavía poco numerosa de mujeres realmente liberadas. Guapa, elegante, muy «femenina», se ocupaba de su hijo y de su hogar, pero tenía también un oficio. Era copta, es decir, cristiana. A los catorce años, durante un peregrinaje al Santo Sepulcro, había perdido la fe. Una religiosa le había mostrado el agujero donde había estado clavada la cruz; en el momento en que acercó piadosamente su mano, la religiosa se acordó: «¡Ah!, ¿pero usted es católica romana u ortodoxa?» «Ortodoxa.» «Entonces, para usted es aquel agujero», y le indicó otro. Todo había vacilado para Liliana y a partir de ese momento había dejado de creer. Había hecho estudios superiores y hubiera querido ir a París para preparar la graduación de filosofía: su padre se lo prohibió porque allí la gente se besaba en la calle. Pero no por eso conocía menos admirablemente la lengua y la literatura francesas.

Participamos en muchas discusiones sobre los actuales problemas de Egipto. Nos entrevistamos con los redactores de la revista *Al Talia;* con el ministro de Cultura; con Ali Sabry, que dirigía la Unión socialista, partido único al cual pertenece cualquier egipcio; con marxistas y diversas personalidades. Nadie discutió la existencia de un partido único, la ausencia de vida sindical, o el dirigismo estatal. Lo que les preocupaba a todos era la dificultad de la lucha contra los feudales, la superpoblación y, sobre todo, la existencia de una «nueva clase» que ha sustituido a la antigua burguesía pero está compuesta también de privilegiados. La industria está en gran parte nacionalizada, pero el Estado tiene necesidad de un gran número de cuadros y de técnicos a los cuales está obligado a pagar muy bien para asegurarse sus servicios. Cuanto más se desarrolla el país más crece esta categoría de aprovechados que hay que tolerar porque son necesarios. Está compuesta de antiguos pequeñoburgueses individualistas y reaccionarios.

Al final de nuestra estadía Nasser nos recibió en su residencia de Heliópolis. Lanzmann, Ali y Heykal nos acompañaban. La conversación se desarrolló durante tres horas en un gran salón en el que nos sirvieron jugos de fruta. Nasser no mostraba esa sonrisa «dentífrica» que le atribuyen las fotos malignas; tenía en su voz y en su rostro un

encanto tranquilo, un poco melancólico. Se diría que su amistad con Heykal se explica por el contraste de sus naturalezas: desbordante de alegre vitalidad este último, Nasser es replegado sobre sí mismo e inquieto. Oía con aire atento y hablaba sin prisa, pesando las palabras. Lo interrogué sobre la condición de la mujer egipcia. Era feminista: una de sus hijas hizo estudios muy avanzados impulsada por él. Al ser discutido el capítulo de la Carta pidiendo la igualdad de los sexos, alguien objetó: «¿Entonces cada mujer tendrá derecho a cuatro maridos?» Contestó que en la práctica el Islam se había implantado en una sociedad que practicaba ampliamente la poligamia y que en realidad el Corán, lejos de promoverla, trataba de hacerla imposible por las muchas restricciones que establecía. En cuanto a él, deseaba verla desaparecer. Agregó que creía en Dios, pero que la religión se había atravesado siempre en su camino. Sartre mencionó a los dieciocho muchachos que estaban presos en ese momento, preguntándole si no era posible acelerar sus procesos. Puesto evidentemente al tanto de esta gestión por Heykal, Nasser sonrió: «Un proceso, me parece bien. Pero corren el riesgo de unos diez años de prisión. Nuestra idea, más bien, es demorarlo todavía un poco más, y soltarlos después sin ruido.» «Sin duda, sería la mejor solución», dijo Sartre. Al final de la conversación, Sartre abordó el problema palestino:

–No está planteado que los estados árabes se encarguen de los refugiados –dijo Nasser.

–Y si Israel los acogiera, ¿ustedes reconocerían a Israel?

–Con un millón doscientos mil palestinos, Israel ya no sería Israel, explotaría. Es imposible que acepten.

–¿Y entonces?

–¿Entonces? –dijo Nasser con tono perplejo.

–¿La guerra?

–¡Es muy difícil! –No parecía estar dispuesto a tal aventura.

Desde el comienzo de nuestro viaje habíamos acordado que iríamos a Gaza a ver los campos de refugiados. Subimos de nuevo, con todo el grupo, a nuestro avión y sobrevolamos el desierto. Por debajo de nosotros se prolongaba, recta y reluciente de alquitrán, la carretera única que lo atraviesa. Habíamos sobrevolado de cerca Ismailia, el canal de Suez, sus orillas, los barcos, los lagos Amer. Desgraciadamente nos sacudía un fuerte viento. Lufti estaba verde y yo tenía el estómago revuelto cuando llegamos a el-Arich. Una pareja palestina instalada des-

de hacía mucho en el Líbano nos hizo subir a su coche y atravesamos un hermoso paisaje desértico. Cada tanto veíamos entre las rocas las tiendas de los beduinos y las beduinas vestidas de negro, cubiertas de alhajas. En la frontera de la zona de Gaza, el coche se detuvo. Antes de que volviéramos a irnos nos habían entregado la bandera de las «fuerzas de liberación de Palestina».

El campo que visitamos en Gaza era en realidad un pueblo muy miserable. Resultaba molesto deambular por las calles con todo un tropel detrás de nosotros: nuestra escolta egipcia y los dirigentes palestinos. Nos hicieron entrar en antiguos cuarteles abandonados donde se amontonaban familias y en otras casas igualmente estrechas y desnudas. Hombres y mujeres nos dijeron cuánto deseaban encontrar de nuevo en la Palestina ocupada sus casas y sus tierras. En la calle interrogamos a los niños: uno quería ser médico, otro soldado. Nuestros guías se apiadaban ruidosamente de la situación horrorosa de esta población pero, ¿no eran responsables en parte de ella? ¿Utilizan de la manera más eficaz los socorros considerables distribuidos por la U.N.W.R.A.?[6] El terreno no faltaba. ¿Por qué no alentaron a los refugiados a construirse casas, como hacían, por ejemplo, los campesinos de Kamchiche? Me planteé esas preguntas durante un banquete que reunió a un centenar de convidados con el general egipcio Hoshi, que gobierna la zona de Gaza; me preguntaba también por qué tal despliegue de alimentos; a mí se me había cortado el apetito.

Nos llevaron a la frontera; a lo lejos se veía la bandera israelí y en el *no man's land* que separa ambos países, los cascos azules. Visitamos una escuela, un taller de bordado, un establecimiento donde se educa a los hijos de los palestinos muertos combatiendo contra los israelíes. Los niños llevan el traje nacional y cantaron, acompañados de una trompeta, un himno guerrero, sobre el tema de la vuelta a la patria. Muchos de los cafés de Gaza se llaman «Cafés del retorno».

En la cena, los invitados eran más numerosos que por la mañana y la comida todavía más pantagruélica. Liliana murmuró descorazonada: «¡Y todo esto mientras al lado se mueren de hambre!» Luego todos se reunieron en una gran sala donde empezó una discusión entre Sartre y los dirigentes palestinos. Les preguntó qué ocurriría si los árabes

6. Oficina de socorro y de trabajo de las Naciones Unidas para los refugiados del Cercano Oriente, creada por la ONU, en 1949. Vive sobre todo de capitales norteamericanos.

Escaneado con CamScanner

triunfaran en una guerra contra Israel. Y bien: mandarían a cada judío a «su» país, salvo a aquellos de los países árabes que tendrían derecho a permanecer. La exterminación de los judíos por los nazis fue un crimen, pero no se repara un crimen con un crimen «mayor», dijo uno de los agregados de Chuqueiri. «No dudaríamos en provocar una guerra mundial, si fuera necesario, para que se nos haga justicia», agregó, sin darse cuenta de su inconsecuencia. La conversación era tensa, porque Sartre deseaba que se encontrara un modo de conciliar el derecho de los palestinos a volver a su país, y el derecho de Israel a la existencia: por ejemplo, podría quizás escalonarse en varios años la vuelta de los refugiados. Pero los palestinos exigían que los judíos fueran expulsados de la Palestina ocupada. Su indignación y su odio eran sin duda sinceros, pero lo expresaban en frases patéticas y ampulosas que sonaban a falso. Al fin Sartre concluyó: «Transmitiré fielmente en París las opiniones que he oído aquí.» «Eso no basta –dijo encolerizado uno de nuestros interlocutores–. Hubiéramos deseado que las compartiera.»

La violencia y la falta de lógica de los dirigentes palestinos, y sus fanfarronadas, molestaron a Liliana y a Lufti. Encontraban la atmósfera de Gaza tan oprimente como nosotros. Estábamos convencidos de la realidad y de la gravedad del problema. Pero la propaganda insistente con la que habíamos chocado todo el día nos había hartado. Y los dirigentes que nos recibían tan suntuosamente parecían vivir en un universo verbal irreal, lejos de la miseria de la masa.

A la mañana siguiente dimos una vuelta en coche por Gaza; la calle comercial y el mercado daban la impresión de una gran pobreza. Después de bordear el mar, el chofer nos propuso ir a un barrio muy populoso. En la práctica era otro campo de refugiados pero aparentemente menos miserable que el primero. Había pilas de naranjas en la vereda. Bajamos del coche. Liliana detuvo a una mujer y empezó a hablarle: estaba tan deseosa como yo de una conversación libre, con alguien a quien no sintiéramos sometido a presiones. Seguramente los refugiados detestaban a Israel, pero, ¿qué pensaban de sus responsables? ¿Qué ayuda le aportaban éstos? ¿Cómo vivían a diario? Apenas había cambiado algunas palabras cuando vimos venir a toda velocidad a dos responsables. Esta mujer era incapaz de contestarnos, lo que dijera no

7. Después de la guerra de los Seis Días estos dirigentes perdieron toda influencia, junto con Chuqueiri. Los nuevos dirigentes son de un tipo muy diferente.

Escaneado con CamScanner

contaba, nos declararon. No insistimos, pero nuestra incomodidad se acrecentó. Teníamos la impresión de que la privación, la miseria de los refugiados nos había sido demasiado complacientemente expuesta la víspera, y sus quejas y gemidos imperiosamente dirigidos. Era inútil, porque el problema existía, aunque a veces comieran naranjas y aunque algunos no estuvieran demasiado descontentos con su situación. A la vuelta, discutimos con Liliana esta visita, que también a ella la había deprimido. Egipto era demasiado pobre para encargarse de esta población, dijo con razón. Pero dijo también que después de la guerra, los judíos tendrían que haberse quedado en «su» país, demostrando así que ignoraba todo el problema judío tal cual se planteara en Occidente.

En El Cairo, Heykal nos dijo que Nasser había liberado a los dieciocho prisioneros de los que Sartre había hablado. Sin duda tenía desde hacía tiempo la intención de hacerlo: pero el procedimiento no había sido por eso menos elegante.

El viaje terminaba. Había sido tan agradable como interesante. El único inconveniente fue la nube de periodistas que nos seguía por todas partes. Pero nos entendimos muy bien con nuestros compañeros más habituales. Ali, de inteligencia viva y alegre; Lufti, apasionado por sus ideas; Liliana, tan atenta y previsora como culta. Veíamos menos a menudo a Heykal, que nos encantaba con su risueña vitalidad. Casi todos los egipcios que encontramos hablaban francés. Habían elegido para escoltarnos los que sabían nuestra lengua, pero también, como reacción al dominio inglés, muchos egipcios se la enseñaban a sus hijos.

Fuimos magníficamente recibidos por los Heykal, por los el-Kholi, por el ministro de Cultura. Cenábamos en mesitas lo que permitía durante la comida cambiar de lugar y de interlocutor. El servicio, mitad caliente y mitad frío, era siempre suntuoso: recuerdo entre otros un enorme pavo y un cordero entero previamente cortado y reconstruido. Heykal nos invitó una noche a un barco restaurante amarrado en el Nilo. Se oía el chapoteo del agua y se veían, por los ojos de buey, las luces del El Cairo. Había hecho venir a una excelente bailarina y apreció de nuevo lo que es una auténtica danza del vientre. El viejo Tawfik al-Hakim nos invitó a cenar, con todo nuestro grupo, en un restaurante cercano a las pirámides, atendido por antiguos terratenientes amigos suyos: quería ver cómo se acomodaban a su nueva

condición. Quedó desilusionado porque no estaban, pero nos divertimos mucho. El comedor era muy agradable: acolchado de rojo, iluminado por lámparas con pantallas plegadas y bañado de música de fondo. Le hicieron muchas bromas a Tawfik; hace veinte años que está casado y nadie ha visto a su mujer. En sus obras se mostraba tan misógino, nos explicaron, que temió que su casamiento diera que reír a los periodistas. Hizo jurar a su mujer que nunca lo acompañaría a ninguna parte. Uno de los invitados lo aterrorizó amenazándolo con caer un día a su casa de improviso para conocer a su mujer y saber la verdad de la historia. También comimos albóndigas de garbanzos, y pinchitos de carne en restaurantes populosos. En un café, en el centro de la ciudad, Sartre y Lanzmann aspiraron sin gran éxito narguilés que Lufti y Ali fumaban con arte.

La última noche nos ofrecieron una cena de despedida en una casa árabe del siglo XVI: la Casa de las Artes; tiene hermosos muebles árabes y preciosos techos pintados. Casi todas las personas que habíamos conocido se hallaban reunidas alrededor de grandes mesas redondas y bajas, recubiertas de platos de cobre. Durante la comida se desarrolló un buen espectáculo: danza del vientre, prestidigitación, derviche y girador y sobre todo un magnífico danzarín. Nos regalaron dos máscaras funerarias del Fayum.

No había línea aérea que uniera Egipto con Israel. Tomamos, a la mañana siguiente, un avión para Atenas. Nadie nos esperaba allí, lo cual era inhabitual y descansado. Pasamos la mañana en el Licabeto y la Acrópolis. Luego tomamos el avión para Tel Aviv. Lanzmann nos acompañó, pero sólo para tres días.

Nos espantaba un poco tener que afrontar una vez más los ritos de la llegada, familiarizarnos con nuevos rostros, volver a vivir en público. Pero teníamos muchas ganas de ver Israel. Estábamos invitados por un comité de recepción que comprendía personalidades políticas, universitarias y literarias. El viaje había sido preparado por Flapan, miembro del Mapam, al que habíamos conocido en París. Estaba en el grupo que nos aguardaba en el aeropuerto. Lanzmann nos presentó a Monique Howard, una joven morena y simpática, que iba a ser nuestra intérprete. Un hombre joven, de un rubio rojizo, que ofreció servirnos de guía y defendernos contra los pesados y del que supuse que

lo era también, resultó ser Ely-Ben-Gal, que pronto fue nuestro amigo. En medio del calor y del ruido, Sartre habló un momento con los periodistas. Luego Schlonsky, un viejo escritor de origen ruso, nos llevó al hotel Dan, al borde del mar.

El mar estaba hermoso por la mañana, cuando abrí la ventana. Es el único encanto del Tel Aviv. La ciudad es animada, pero sus calles rectilíneas no tienen ningún carácter. La calle Dizengoff, la más lujosa, lo es mucho menos que las grandes avenidas de El Cairo. Hay muchas tiendas, pero las ropas y los diversos objetos expuestos en las vitrinas no son de mucha calidad. Los cafés y los restaurantes recuerdan a los que frecuentan los estudiantes en el barrio Latino.

A las puertas de Tel Aviv vimos Jaffa. Nos gustaron sus fortificaciones, los castillos en ruinas, las viejas casas, las largas escaleras. Nos divirtió pasear por su feria de cosas viejas.

Luego recorrimos el país. Flapan se nos adelantaba a los lugares donde teníamos que ir y organizaba nuestra visita. Como hablaba mal el francés temía aburrirnos y lo veíamos muy poco. No cabía imaginar una solicitud más discreta.

No ignoraba que los kibutzim no abarcan más que el 4 % de la población, que en la mayoría de ellos no hay pioneros, que su existencia sólo se mantiene artificialmente en el seno de un país capitalista. Pero al comienzo representaron una aventura tan emocionante que tenía muchos deseos de verla, y le destinamos bastante tiempo. En el kibbutz de Merharia fuimos recibidos por Meir Yaari, jefe del Mapam, quien tuvo una larga conversación con Sartre mientras yo discutía con un grupo de mujeres. En el kibbutz Degania B, el «kibbutz madre», el más antiguo de todos, fue Kaddish Luz, el presidente de la Knesset, quien nos recibió. Almorzamos con él en el comedor común y tomamos el café en su casa. Su mujer evocó con emoción el nacimiento de la pequeña comunidad, mucho tiempo atrás, cuando ninguno de los árboles estaba plantado aún, ninguna casa construida y la carretera todavía no existía; y cómo todo había salido de la nada, con el sudor de sus frentes, trabajando las mujeres tan duramente como los hombres. El kibbutz límite de Laavat Habashan está situado al pie de una colina sobre la que brillan por la noche las luces de las vanguardias sirias. Una vez los sirios destruyeron a cañonazos el comedor que felizmente estaba vacío. Después de las comidas, la gente se reúne en el subsuelo de un club que sirve a la vez de refugio. Nos mostraron también

Escaneado con CamScanner

las zanjas profundas y bien arregladas en las cuales se refugian en caso de alerta.

Los dos problemas que me interesaron más eran la condición de la mujer y la actitud de los jóvenes. El primero lo discutí en Tel Aviv con un grupo de mujeres de profesiones liberales. Entre ellas había una pionera de sesenta años. «Antes –nos explicó– nuestra divisa era "Never mind": pasábamos por encima de todas las diferencias, nos conducíamos como hombres. Ahora no.» Ahora –nos dijeron las más jóvenes (una actriz, una arquitecta)– aceptamos la separación de las tareas. Pensamos que servimos tan bien a Israel cumpliendo nuestro "oficio de mujeres" que rivalizando con los hombres, y eso es finalmente lo que cuenta.» Según ellas, la cuestión del feminismo no se planteaba en Israel.

En los kibutzim me confirmaron que las mujeres se fatigaron de los trabajos violentos. Hay excepciones: la mujer de Ely Ben-Gal se empeñó en llevar un tractor, como un hombre. Después de dos fracasos, fue aceptada como tractorista, pero no se celebraba demasiado su obstinación. En Degania B, las mujeres se quejaban de no tener una vida demasiado interesante. Pueden ser profesoras, se ocupan de las casas cuna, de los jardines de infancia, de la cocina, y del gallinero; no participan directamente en la producción. Las de Laavat Habashan estaban de acuerdo en eso. Admitían también que políticamente eran más tímidas y menos activas que los hombres. Pero consideraban que detentaban las mayores responsabilidades sociales: «Los hombres se ocupan de la tierra –nos dijeron ellas–; nosotras nos ocupamos de la comunidad.» Según ellas, las mujeres de la generación precedente habían cometido el error de sacrificar demasiado su feminidad: en esta generación reivindican sus ocios para poderse ocupar de sí mismas. En Merharia, oí palabras un poco distintas. No estando satisfechas de su papel en el seno de la colectividad, las jóvenes que vi querían realizar su individualidad en el hogar. Desaprobaban la educación colectiva de los niños, vistos por los padres unas pocas horas por día. Una morenita hubiera querido ocuparse por sí misma totalmente de sus hijos: se sentía frustrada. Una hermosa rubia me dijo que por no haber vivido con sus padres se encontraba afligida por numerosos complejos; ahora era enfermera y pensaba que para los niños no es bueno dormir, lejos de sus madres, con una cuidadora que cambia todas las semanas.

Esta opinión es controvertida por Bettelheim en el libro que ha

Escaneado con CamScanner

consagrado a la educación en los kibutzim, *Les Enfants du rêve;* según él la ausencia de la madre está largamente compensada por la presencia constante de otros niños ante cada uno de ellos.[8] Pero por lo demás su investigación confirma la conclusión que yo misma extraje, no sin pena: la mujer de los kibutzim acepta la división tradicional de las tareas; los trabajos domésticos son despreciados por improductivos: nunca se ven hombres en las lavanderías. Incluso si alguna vez un hombre atiende una cantina o trabaja en una cocina, considera esas tareas como secundarias, su verdadera vida está en otra parte. Las mujeres, entre tanto, no tienen otro horizonte que mantener la rutina de la vida cotidiana.

Es difícil conocer los verdaderos sentimientos de los jóvenes. El kibbutz para ellos no es una aventura. «Estamos demasiado protegidos», nos dicen algunos. Muchos se irían, si se atrevieran, nos dijeron también en Laavat Habashan. Pero sienten las miradas de la comunidad fijas sobre ellos; y temen su reprobación. Sin embargo muchos se van, sea para crear nuevos kibutzim en el desierto de Negev, sea para asentarse en Tel Aviv. En Degania B, de los tres hijos de Kaddish Luz sólo uno había quedado como profesor; otro estaba en Estados Unidos. Su hija, mucho más elegante que las demás mujeres del kibbutz, con las uñas esmaltadas, estudiaba filosofía en Tel Aviv. Le preguntaron por qué había resuelto irse, y como no quiso decirlo delante de sus padres, su padre concluyó riéndose: «Estudia filosofía para encontrar las razones.»

Según nos explicó Ely, hay grandes difencias entre los kibutzin. Los hay «buenos», donde la gente se entiende, y que prosperan; y «malos», donde la producción es insuficiente y la moral baja. El régimen es más o menos comunitario. Las posibilidades de viajes, de uso de un automóvil, la libertad de consumo, no es la misma en todos. En el kibbutz de Ely, cerca de la frontera libanesa, todos los miembros son jóvenes y progresistas; se practica una rigurosa igualdad y es, dicen, un excelente kibbutz.

Junto a los kibutzim existen los moshavim, pueblos donde no hay vida comunitaria. Desde lejos se los distingue unos de otros fácilmente, porque los primeros muestran importantes construcciones donde

8. Esta confrontación con sus pares da una formación distinta que la educación por la familia y conduce a otros resultados, según demuestra Bettelheim. Pero sería demasiado largo informar aquí de ese libro al cual remito a los interesados.

Escaneado con CamScanner

transcurre la vida colectiva, y los segundos no las tienen. Visitamos uno poblado por hindúes que hablaban inglés y por emigrantes de África del Norte, con los que hablamos. Originalmente eran pequeños comerciantes y empleados, y al principio les costó adaptarse a su nuevo oficio: el cultivo de flores. Pero aprendieron pronto el hebreo y el trabajo de la tierra. Ahora estaban contentos con su suerte. Vivían en pabellones cómodos, amueblados en un estilo pequeñoburgués. Las mujeres se ocupaban de la casa y de los niños.

En la fábrica de tubos metálicos donde nos llevó Patish, un miembro del Mapam, la mayoría de los obreros venían también de África del Norte y algunos del Yemen: entre los judíos orientales los yemenitas son los que mejor se adaptan. Los vimos trabajar y conversamos con ellos tomando café. Hablaron con cólera de los árabes que les impedían cartearse con los miembros de su familia que permanecían en Túnez o en Argelia. Estaban dispuestos a pelear si había guerra. (Fue la única frase belicosa que oí durante este viaje.[9]) Todos se mostraban satisfechos de su sueldo y de su trabajo, cosa cierta, sin duda, porque la fábrica pertenecía a la *Histadrut*, que trata especialmente bien a sus obreros.

La *Histadrut* es la confederación general del trabajo, destinada en principio a defender los intereses de los asalariados. Se ocupa de la organización de la Seguridad Social; si no se está adherido a ella, no se cobra seguro social; la gran mayoría de los trabajadores están, pues, inscritos. Sin embargo no se la puede considerar como un sindicato. Se creó, hace unos cincuenta años, no sobre una base de clase sino sobre una base nacional. Su finalidad era la de crear una infraestructura económica que permitiera la formación de un capitalismo israelí. Se convirtió en el primer empleador del país: un cuarto de la población nacional depende de ella. Es el único «sindicato» del mundo cuyos estatutos comportan un programa político. Las elecciones se efectúan sobre la base de los partidos y no de las organizaciones profesionales. No es revolucionaria, ni siquiera reformista: por el contrario, representa la más segura garantía del orden establecido. Desempeñando un gran papel político, económico y social apoya el programa de gobierno. Presiona a los trabajadores de modo de impedir las huelgas. Si al-

9. En *Le Nouvel Observateur*, a fines de abril del 70, Vidal Naquet cuenta que sólo los israelitas originarios de los países árabes proclamaron ante él su hostilidad decidida para con los árabes.

guna vez una lucha de clases tiene lugar en Israel será a pesar de ella y en contra de ella.

Tuvimos una conversación con los dirigentes de la Histadrut, en el último piso de un edificio de Tel Aviv. Había muchos jefes de departamento, que no abrieron la boca porque el secretario general habló todo el tiempo. Era miembro del Mapai y en vez de informarnos hizo propaganda. Acosando a preguntas a una responsable, también miembro del Mapai, conseguí que reconociera que en el mercado de trabajo había una gran diferencia entre los hombres y las mujeres. Éstas son mucho menos numerosas, se les confían las tareas menos interesantes y se logra trampear el principio de la igualdad de los salarios.

Nos entendíamos muy mal con los miembros del Mapai y en general con todos los israelitas de derecha. La situación no era la misma que en Egipto. Allí existía un solo partido y nadie discutía la política del gobierno. Como Sartre había sido invitado por la mano derecha de Nasser, todos –salvo los palestinos de Gaza– se habían mostrado amistosos. Israel era una democracia; había varios partidos y en cada uno diferentes tendencias. La derecha era evidentemente hostil a Sartre. Sólo hubo una excepción: Ygal Allon, ministro de Trabajo del Ahduth Avoda. Sus hazañas eran legendarias; era el ídolo de toda la derecha y de una parte de la juventud; no compartíamos de ningún modo sus ideas, pero durante la cena y la velada que pasamos con él la discusión fue tan viva y alegre, y nos habló de manera tan franca, que nos inspiró simpatía. En realidad, sólo estuvimos con gente de izquierda: miembros del partido comunista; Ury Avnéry; Amos Kennan; miembros de la izquierda del Mapam; el historiador Bloch y un joven barbudo, Levi, ambos miembros del comité contra la guerra del Vietnam: organizaron un acto sobre el Vietnam en el que habló Sartre y al que asistió el general Dayan.

Teníamos mucha amistad con Monique Howard. Llegada de Francia algunos años antes, había elegido el oficio de intérprete. Estaba casada con un músico; vivía en Tel Aviv llevando una vida ciudadana sin historia. El caso de Ely Ben-Gal era más curioso. Hijo de un industrial lionés pasó la guerra escondido con sus padres en Cambon-sur-Lignon. Sus abuelos murieron deportados pero era muy niño para conmoverse por ello. En el pueblo, todos eran amables con su familia. Una panadera les proporcionaba pan sin tickets. Al terminar la guerra fueron a agradecérselo. «¡Oh, era natural –les dijo–, aunque ustedes

fueran judíos de todos modos!...» Tenía nueve años, y quedó azorado. En los años que siguieron, se convenció de que los franceses no lo consideraban como uno de los suyos y decidió emigrar. Fue primero al Brasil, donde se casó; luego se instaló con su mujer, ella también judía, en Israel, en un kibbutz de Galilea. Cuando lo conocimos, se ocupaba de corderos. Los llevaba a pastar a la frontera libanesa. Sabiendo un poco de árabe conversaba con los pastores libaneses; intercambiaban pan, queso. Sin embargo uno de ellos le dijo con entusiasmo: «Un día echaremos a todos los judíos al mar.» «¿A mí también?...», le preguntó Ely. El otro dudó un poco. «A ti también.» Ely lleva un fusil cuando va a guardar sus corderos porque siempre puede haber una agresión. También lleva un libro. No una novela, porque podría olvidarse de su rebaño, al que tiene que hacer mover continuamente, impedirle que se duerma. Le conviene más un libro de filosofía; uno se detiene al cabo de dos o tres páginas y reflexiona mientras se ocupa de los animales. Así había leído a Platón y la *Crítica de la razón dialéctica.* Se ubicaba a la izquierda del Mapam. Deseaba que Israel encontrara el medio de integrar a los refugiados y en el interior del país defendía los intereses de la minoría árabe.

El problema árabe estaba en el primer plano de nuestras preocupaciones y se nos dieron todas las facilidades para que nos informáramos. En el seminario de Guivaret-Haviva, centro de estudios superiores que trabaja en pro del acercamiento judeo-árabe, nos encontramos con Mohamed Wattad, redactor del órgano árabe del Mapam, *Al Mishad.* Después de la conversación, fuimos a tomar café a su casa. Muy joven aún, tiene un hijo al que llamó Castro. Fue la primera vez que vi una aldea árabe de Israel. ¡Qué diferencia con los moshavim! Racionalmente construidas y asépticas, las aldeas judías parecen parcelas. Ésta estaba arraigada en el suelo, del cual parecía una emanación natural: callecitas escarpadas serpenteaban entre casas que parecían tener una historia. Las mujeres subían y bajaban, vestidas con sus trajes tradicionales, de vivos colores. Mientras bebíamos café, Wattad nos dijo lo difícil que era la situación de los trescientos mil árabes de Israel. Aquí se los miraba con desconfianza, considerándolos poco menos que una quinta columna. En los países árabes, se los consideraba como traidores que colaboran con el enemigo. Dos hermanos estaban del otro lado de la frontera, lo que hacía imposible las fiestas familiares, tan importantes para los musulmanes: «Es triste para mi madre,

que vive aquí», nos dijo. El gobierno no hace nada para mejorar la suerte de la minoría. Hay una discriminación inevitable: los judíos no quieren armar a los árabes y éstos se niegan a batirse contra sus hermanos; por lo tanto no hacen el servicio militar. Pero hay que lamentar muchas injusticias. Los derechos políticos son iguales para todos los israelíes: pero los árabes son demasiado poco numerosos como para convertirse en un arma. Hay diputados árabes, pero en una cantidad ínfima. Los árabes no tienen prácticamente ningún modo de actuar. No se trata de especializarles; trabajan en los oficios más groseros y más duros, y son las primeras víctimas de desempleo. El día que llegamos a Tel Aviv, hubo una ruidosa manifestación porque ochenta mil obreros de la construcción estaban en paro; casi todos árabes.

A los pocos días oímos, de parte de los árabes, «declaraciones de amargura» mucho más violentas que las de Wattad. Habíamos sido recibidos oficialmente, en una sala de clase, por el municipio Mapai del pueblo de Kfar-Rama: después, también en una sala de clase, por el municipio del pueblo de Kfar-Iassine, que en parte es Mapam y en parte comunista. Allí, algunos árabes presentes denunciaron con violencia las impertinencias que padecen. So pretexto de interés público las tierras pertenecientes a los árabes son confiscadas; los campesinos deben abandonar sus casas, a cambio de una indemnización ridícula, siendo alojados en el miserable arrabal que habíamos visto a la entrada de la aldea: uno de los «reagrupados» nos expuso coléricamente esos hechos. Otros se quejaron de estar condenados a los oficios más ingratos y de ser las primeras víctimas del desempleo. Otros gritaron que los habían inscrito sin motivo alguno en listas negras de modo que necesitaban un permiso especial para desplazarse. La vigilancia que ejercía el ejército fue reemplazada por una vigilancia policial no menos rigurosa. Al día siguiente ciertos periódicos de Tel Aviv desmentían estas protestas: pero todos nuestros amigos nos dijeron que eran bien fundadas. Un día pasado en Nazaret nos lo confirmó.

La ciudad está casi únicamente poblada por árabes. En un hotel de las afueras nos encontramos con un agregado del alcalde, Abdul-Aziz-Zuabi y otros notables árabes. Nos llevaron en coche hasta el centro; una gran «manifestación espontánea» había sido organizada, no sé por quién: la multitud, compuesta exclusivamente de hombres, sacudía carteles sobre los que estaban escritas diversas reivindicaciones; gritaba y daba vivas. Quedamos estrechamente rodeados y renunciamos al

Escaneado con CamScanner

proyecto de irnos a pasear por las viejas calles. Nos volvimos a subir al automóvil, que tomó el camino de regreso; hubo nuevos gritos, y como los manifestantes querían mostrarnos cierto barrio especialmente miserable, Zuabi prometió llevarnos más tarde. Efectivamente, al fin de la jornada, después de un breve paseo por el viejo Nazaret, vimos una especie de baldío con algunas barracas de madera o de cinc perdidas, nada numerosas. Pero todo el pueblo parecía muy pobre.

Por la tarde, nos quedamos en el hotel donde Sartre recibió en su cuarto a delegados árabes y a representantes de tendencias diversas. Los palestinos de Gaza habían profetizado que no nos iban a permitir ver a ciertas personalidades cuyos nombres nos habían dado: nos dejaron pasar y conversamos con ellos.

Resumiendo esas impresiones, Sartre diría un poco más tarde, en un encuentro con el equipo de *New-Outlook*[30]: «No vi a un solo árabe que se considere satisfecho en medio de Israel. No vi ni a un solo árabe que declarara estar hoy en igualdad con un ciudadano israelí.» Las confiscaciones de tierras se habían detenido desde hacía un año, en parte gracias a la acción del Mapam; pero no se había indemnizado a los expulsados ni se los había alojado convenientemente. Todas las quejas que ya habíamos escuchado nos fueron repetidas con nuevos argumentos.

Tuvimos un último contacto con los árabes en Jerusalén. Amos Kennan, un judío que desde hacía años defendía los derechos de los árabes y cuyas actividades militantes le habían valido la cárcel, vino a vernos al hotel, acompañado de su hermano y de dos estudiantes árabes. Ambos venían de aldeas muy pobres. Estaban indignados porque se les negaba el derecho de crear una unión de estudiantes árabes: las autoridades temían que fuese un centro de subversión. Podían inscribirse en la Unión de estudiantes, claro está, pero eran demasiado poco numerosos como para ejercer ninguna influencia. Encontramos a muchos judíos israelíes preocupados por ese problema y que trataban de romper las barreras que aíslan a la minoría. Pero las iniciativas privadas no alcanzaban a modificar la situación. Era necesario que el propio gobierno dejara de establecer discriminaciones.

Mientras charlábamos, discutíamos, nos informábamos, íbamos descubriendo los paisajes y las ciudades de Israel. Galilea, el monte

30. Revista dirigida por Hapan.

Tabor, el Jordán, las montañas de las Bearitudes, el lago de Tiberíades. Esos lugares sagrados con los que en mi infancia había soñado fervorosamente eran sólo lugares profanos, muy diferentes de los que imaginara. En esos campos verdes no reconocía las secas colinas áridas en las que Jesús había cubierto de polvo sus pies. El Jordán me pareció escaso. Sólo el lago Tiberíades se parecía a su leyenda. Desde el balcón del hotel, la mirada lo abarcaba por entero. Ante nosotros se alzaban las colinas de Siria. Fuimos hasta uno de sus extremos a ver las bien conservadas ruinas del templo de Cafarnaum y los mosaicos bizantinos de la iglesia de Tofa: los más hermosos representaban patos que bebían en flores.

Paseamos por Safed, la vieja ciudad que fue cuna de la Kabala. Los judíos se refugiaron en ella en el siglo XVI cuando los turcos se apoderaron de Palestina; se distribuyeron barrio por barrio según sus orígenes. Sede de una industria textil y de tintes, importante mercado de tránsito, la ciudad fue también un centro de estudios teológicos a la que afluyeron desde España, Portugal y Sicilia, centenares de eruditos y rabinos que se orientaron hacia el misticismo. Está en lo alto de una colina desde la que se tiene una vista muy hermosa sobre los montes de Galilea y la montaña de Canaán. Para entrar en la sinagoga, Sartre y Ely tuvieron que ponerse gorros de papel prestados a la entrada. Conversamos mientras bajábamos las callejuelas, subiendo las escaleras, mirando las viejas tiendas; Ely nos contó la historia de los cuatro rabinos de Safed que lograron ver la verdad de frente. El primero se volvió impío: se paseaba a caballo el sábado. El segundo, su discípulo, lo seguía corriendo; era un hombre bueno y compasivo y cuando la verdad se le reveló, se volvió loco. Dos siglos más tarde, un rabino tuvo la misma revelación: murió. Sólo el cuarto llegó a ser un gran sabio honrado todavía hoy.

Desde Safed, por un bonito camino que atravesaba olivares, bajamos a San Juan de Acre: fue el centro donde se reunieron la mayor cantidad de judíos durante los dos siglos en que los cruzados les prohibieron Jerusalén. Éstos construyeron fortificaciones y torreones que aún subsisten. Después de haber visto las ruinas, almorzamos al borde del mar, al sol. Su población es en buena parte árabe. Visitamos la mezquita, recorrimos los zocos, un poco sórdidos, pero muy animados. Dormimos en Haifa, en la cima del monte Carmelo. Cenamos con dos miembros del «nuevo partido comunista», el Rakah, donde

Escaneado con CamScanner

militan sobre todo árabes. Luego el profesor Heinman y su mujer nos llevaron a pasear en coche. La ciudad parecía muerta. Al día siguiente por la mañana el puerto y las calles vecinas hormigueaban de vida. Allí fue donde algunos años atrás, Monique y Ely desembarcaron y pensaron, ambos, con una emoción que otros judíos me dicen haber experimentado: «¡Qué extraordinario! ¡Aquí todo el mundo es judío!» Encontraban asombroso que la gente con la que se cruzaban no pareciera asombrarse. ¿Cómo no se abrazaban todos?

Algunas horas más tarde visitamos Cesarea. El puerto, fundado por los fenicios, fue agrandado por Herodes el Grande, que le dio ese nombre en honor de César Augusto. Realizó construcciones y en ellas residieron los procuradores romanos en lo sucesivo. La puerta y las murallas datan de la Edad Media. Las ruinas antiguas se extienden hasta el mar, un gran sol incendiaba los ladrillos al borde de las aguas muy azules.

En Jerusalén fuimos al célebre hotel del Rey David; allí tuvo su cuartel general, en otros tiempos, la administración civil y militar del Mandato; en el 46, una organización terrorista judía hizo volar un ala: este atentado causó mucho escándalo en el mundo. Visitamos primero el Knesset, una gran construcción nueva en el barrio nuevo. En la sala de sesiones tenía lugar una discusión poco interesante y la asistencia era rala. Pudimos comprobar que contrariamente a lo afirmado por un palestino, no había en las paredes un mapa del «Gran Israel». El ministro de Sanidad, Barzilai, nos recibió en su despacho. Miembro del Mapam, se mostró muy cordial y abierto. Entendía la gravedad del problema de los refugiados y juzgaba necesario encontrar una solución. Criticaba la expedición del 56; sin embargo nos señaló la actitud esquemática por la que la U.R.S.S. en ese momento había llamado a su embajador en Israel y no a los acreditados en París y Londres.

Desde una altura cercana al hotel miramos la Jerusalén árabe. Se distinguían bien sus viejos muros y sus monumentos. Del otro lado de las troneras, a pocos pasos de nosotros, soldados jordanos acechaban escondidos detrás de los muros de bolsas de arena sobre los techos.

Almorzamos con profesores, en la Universidad, y fuimos al barrio de Meah Shearim, una especie de gueto donde viven los judíos ortodoxos. Me los habían descrito a menudo, pero no por eso me impresionaron menos las largas levitas negras de los hombres, sus bucles, sus sombreros redondos; todas las mujeres van vestidas de negro, con

un pañuelo anudado sobre su peluca; los niños me parecieron incongruentes con sus papillotes y sus sombreros negros; encontré fúnebre el espectáculo de un adolescente con cutis de niña, ya forzado a las ataduras del traje masculino, caminando con aire oprimido junto a su madre, pesada mujer de andar majestuoso. Los judíos de ese barrio son hostiles al Estado de Israel; según ellos el renacimiento de Sión no puede producirse antes del retorno del Mesías. Consideran sacrílego servirse del hebreo para usos profanos: hablan yidish. El día de nuestra llegada a Israel habían hecho una violenta manifestación en contra de la disección de los cadáveres. Sobre todos los muros del barrio religioso carteles y letreros afirmaban que esta práctica era una ofensa a los muertos y a través de ellos un insulto a Dios. Las mujeres se ocupan de los niños y de la casa. Los hombres pasan sus días en plegarias y palabras piadosas: viven del dinero que reciben de América. Respetan fanáticamente el Sabbat. El sábado prohíben la circulación de automóviles; un motociclista se mató con una cadena tendida a través del camino. Algunos llegan a colgar ese día sus pañuelos de sus mangas, porque sacarlos del bolsillo ya sería un trabajo. Monique ha visto a algunos que iban a la sinagoga con su chal de oración sobre los hombros porque llevarlo en la mano hubiera constituido también a sus ojos una infracción a la ley.

Paseamos por los barrios comerciales y por los mercados. Pasamos una interesante velada en casa del profesor Shalem, que posee una vasta biblioteca, enteramente consagrada a la Kabala; estaban allí algunos profesores de la Universidad y al escritor Claude Vigée; discutimos sobre misticismo y las tradiciones judías. Los días siguientes, Sartre y yo dimos cada uno una conferencia. Y consagramos una tarde a los lugares donde se perpetúa la memoria de la «solución final». Bajamos a la cripta donde se exponen ropas ensangrentadas. Los nombres de cierto número de víctimas están inscritos en losas. Luego fuimos a la «montaña del recuerdo»; y recorrimos la avenida bordeada de árboles plantados cada uno por un «salvador de judíos» (los que ayudaron a los judíos a pasar la frontera o a esconderse). Justamente en la grande e imponente sala del Memorial era acogido un suizo. Estaba cerca de la llama del recuerdo; detrás de él se había agrupado una gran cantidad de judíos que le debían la vida; todos los asistentes cantaban a coro himnos religiosos. En el suelo, había losas que llevaban en grandes letras los nombres fatídicos: Treblinka, Dachau, y tantos

otros. En una serie de habitaciones más pequeñas había fotos expuestas. Volví a ver una que me había conmovido mucho: unos niños con su cabeza rasurada rodeaban a un pequeño profesor de violín de mirar desolado; otra foto mostraba una carreta cargada con sus cadáveres. Las estadísticas indicaban el número de las víctimas país por país. Seis millones.

Otra visita muy conmovedora fue la que hicimos al kibbutz Lohamé Hagetaot [11] en el que se habían unido los escapados del gueto de Varsovia. En el club donde nos recibieron, una mujer nos habló primero, brevemente, de la comunidad: nos explicó lo mucho que a sus miembros les había costado readaptarse a la vida. Había sido comandante durante la revuelta. Al llegar aquí, hace más de veinte años, había contado durante doce horas seguidas la historia del gueto y de la insurrección. Luego no había vuelto a aludir a ella. Se expresaba con una voz monocorde, con los ojos entrecerrados. Algunas mujeres lloraban. Otro miembro del kibbutz nos mostró una maqueta del gueto, evocando rápidamente el desarrollo de la revuelta al ir indicando los lugares donde se habían producido los principales acontecimientos. Luego entramos en un museo donde se han reunido muchísimas fotografías: judíos electrocutados contra las alambradas, otros acostados por tierra, esqueléticos, con enormes ojos enloquecidos; soldados alemanes divirtiéndose en pegar a los viejos, otros viendo morir al «último judío».

Para completar nuestro viaje, Monique y Ely nos organizaron una excursión al Sur. Teníamos que tomar un helicóptero para sobrevolar la fortaleza de Massada, pero el viento y la lluvia nos lo impidieron y partimos en coche. Pronto el sol comenzó a brillar. Nos detuvimos para almorzar en un hotelito aislado desde donde se veía, muy lejos, por debajo de nosotros, el mar Muerto. Después de almorzar, bajamos. Dejamos atrás el letrero que indica el nivel del mar y seguimos bajando. El agua cabrilleaba, verde o azul, según los caprichos de la luz, al pie de las montañas desnudas de Jordania.

Seguimos la orilla y sólo la abandonamos para hundirnos en las tierras hasta el pie de la «fortaleza»: un enorme acantilado natural sobre el cual Herodes había hecho construir un enorme palacio. Durante el levantamiento contra Roma, que terminó con la destrucción del templo de Jerusalén, los judíos se apoderaron de esta fortaleza; a pesar del

11. Los rebeldes del gueto.

pequeño número de combatientes la guarnición mantuvo el lugar durante dos años. Al ver que iba a caer en manos de los romanos, los novecientos sesenta defensores se suicidaron. Sólo cinco mujeres y tres niños quedaron con vida. No se puede alcanzar desde abajo la cima del acantilado; pero no lamenté la falta de un helicóptero, tan admirable era el paisaje alrededor de nosotros: zócalos y columnas de piedra de colores ardientes que me hicieron pensar, por su arquitectura y su resplandor, en el desierto pintado del Colorado. Volvimos a tomar la ruta de la costa; hubiéramos querido llegar hasta las fuentes de Ein Gadi –que un ángel hizo surgir para salvar a Ismael–, pero la violencia de las lluvias había cambiado un angosto arroyito en un torrente de lodo imposible de franquear y que dibujaba en el café del mar una corriente café con leche. De ambos lados, los coches se habían detenido. Dimos media vuelta. Soplaba un gran viento que alzaba olas de colores inquietantes; impulsaba sobre la superficie del agua una caja cúbica de hojalata que rebotaba como si rodara sobre asfalto. Hundimos las manos en el agua y las sacamos pegajosas. Continuamos por la orilla. En el sitio de Sodoma, existía ahora una fábrica. Hay una serie de rocas que se supone que representan a la mujer de Lot transformada en estatua de sal. Un camino lleno de recodos nos llevó a Beerseba.

Allí dormimos, en un hotel helado. Es una ciudad muy fea. Cada barrio está construido en un estilo diferente: uno siente que los arquitectos buscaron, pero no encontraron. Hay calles muy pobres. Después de una visita rápida, partimos por la mañana a través del Negev. Atravesamos una inmensa depresión –el gran cañón– y anduvimos un poco para ver desde lo alto, al fondo de una torrentera vertiginosa, las fuentes de Ein-Avdat. El desierto se había ido volviendo cada vez más atormentado. Grandes depresiones alternaban con mesetas erizadas de agujas y cadenas desgarradas. La luz cambiante –nubes y sol– hacía cantar sus bellos colores violentos. De tanto en tanto se veían nuevos kibutzim creados por jóvenes. Un caminito nos llevó a las minas del rey Salomón. Son columnitas y pilares de tierra bruta, acantilados semejantes a fortalezas que se diría pintadas de rojo, de rosa, de ocre, de amarillo oro, por un gigante bárbaro y un poco loco.

En Eilat, el hotel de la Reina de Saba estaba separado del mar por un astillero lleno de grúas y de bulldozers. Es una pequeña ciudad, ingrata, arrinconada contra Egipto, Arabia Saudita y Jordania: las mon-

Escaneado con

tañas que rodean la bahía pertenecen a esos países. Se veía claramente, al oeste, el puertito jordano vecino. En las afueras estaban anclados un barco israelí y un barco jordano. Visitamos, al borde del mar, un acuario lleno de peces de formas recargadas y colores insólitos; los más raros eran unas bolas negras, erizadas de espinas, completamente cerradas; sobre su superficie brillaban dos puntos que eran sus ojos. Cenamos en el puerto, en un restaurante agradable decorado con redes y grandes peces disecados.

Aunque nos habíamos negado a visitar la armada israelita, un pequeño avión militar fue graciosamente puesto a nuestra disposición para volver a Tel Aviv. Dejamos, pues, que nuestro chofer partiera sin nosotros. Era un sabra, de unos treinta años, reaccionario y patriotero. A menudo se resistía a seguir las indicaciones de Monique; más de una vez ella tuvo que acudir a la astucia para lograr sus fines. Protestaba cuando se le pedía tomar un camino que bordeara la frontera. Se indignaba si nos mostraban los barrios pobres. Se enloqueció de furia, sobre todo, cuando en los pueblos discutíamos con árabes y a la salida de una reunión los trató de mentirosos.

Por lo tanto tomamos el avión. Ely se sentó junto al piloto; Monique, Sartre y yo, detrás. Estábamos dentro de una cápsula de vidrio y de todos lados la vista era ilimitada. El horizonte estaba negruzco, y por un momento miré aprensivamente el desierto convulso. Pero hendimos el aire sin una sacudida. No volábamos alto y reconocíamos los detalles del paisaje que habíamos atravesado la víspera. El piloto dio una vuelta alrededor de la ciudad antigua de Avdat, y distinguimos muy bien las columnas y las casas en ruinas. Se terminó el desierto. Divisamos Gaza. Sobrevolamos las tierras cultivadas. Abrazamos con la mirada los vastos naranjales; divisábamos incluso los montones de naranjas recién arrancadas. Veíamos la distribución de los campos, de los kibutzim, de las aldeas. Sobrevolamos el puerto de Ashdod, arreglado hacía poco, al sur de Tel Aviv. En muchos lugares el aspecto era curioso: se veía, dibujado sobre el piso desnudo, pistas, plazas circulares, todo un universo de líneas que nada parecía justificar. Era que la ciudad no estaba aún del todo construida. Se han planificado las arterias antes de edificar las casas. Reconocimos Jaffa y aterrizamos en un pequeño aeródromo militar, en las afueras de la ciudad.

El último día fuimos recibidos por Eshkol. Sartre dio una conferencia de prensa y en una reunión organizada por *New-Outlook* nos en-

contramos con casi todas las personas que nos habían manifestado su simpatía a lo largo del viaje. Durante toda nuestra estadía Sartre había hablado con sus interlocutores del problema palestino y de la condición de los árabes en Israel, retomando estos temas en nuestros últimos encuentros.

Ese viaje se desarrolló en condiciones muy distintas del que realizamos por Egipto. En Israel la clase dirigente lleva una existencia menos lujosa; por lo demás no fue ella la que nos recibió. Aunque nos alojaron en los mejores hoteles, nuestro tren de vida fue más modesto, cosa que estuvimos lejos de lamentar. Nada de avión privado, nada de recepciones fastuosas. Sólo nos acompañaban Monique y Ely; no nos seguía ningún periodista. En Tel Aviv, fuera de los pomelos y de los aguacates que me deleitaban, la cocina del hotel era mediocre (y como, para satisfacer a los turistas judíos norteamericanos, se ceñía a las leyes religiosas, estaba prohibido servir en una misma comida carne y queso). Por lo general comíamos en pequeños restaurantes del barrio yemenita, o en el barrio árabe de Jaffa: el menú no era nunca ni muy variado ni muy abundante.

En el avión que nos llevaba de vuelta a Atenas, nos mostramos más bien optimistas. Cada país planteaba exigencias inaceptables para el otro. Egipto rehusaba reconocer a Israel; Israel no quería acoger al millón de palestinos. Sin embargo la guerra nos parecía una amenaza muy alejada. «¿La guerra?; es muy difícil», había dicho Nasser. Y todos los israelitas nos habían repetido: «Sólo queremos la paz.» Egipto necesitaba una larga paz para concluir los importantes trabajos que había emprendido: la industrialización y la irrigación del desierto. Israel no ganaba nada con una guerra.

Pasamos, pues, en Atenas dos días felices. Nos sentábamos en Pnyx o en la Acrópolis sin decir nada, entregados al placer de reencontrar el silencio. Durante un mes no habíamos visto nada que no nos fuera mostrado y comentado. Todo pasaba por las palabras. Además teníamos que acatar programas precisos. Encontrábamos delicioso dejar correr ahora el tiempo sin obligaciones.

La frontera sirio-israelí era a menudo escenario de incidentes más o menos serios; algunos días después de nuestro regreso a París, se produjo uno muy grave. Desde nuestro hotel del lago Tiberíades, Ely

Escaneado con CamScanner

Ben-Gal nos había mostrado, sobre la otra orilla, la estrecha faja de tierra israelí que se extiende a los pies de las montañas de Siria y que se llama, a causa de su forma, la «nariz de De Gaulle». Esta región había sido atacada a menudo por los sirios. El 7 de abril los miembros de un kibbutz resolvieron ararla. Los fuertes sirios dispararon sobre los tractores. De inmediato, setenta aviones israelíes bombardearon las posiciones enemigas. Atacados por los Migs sirios, abatieron tres que cayeron en las aguas del lago. Cuatro horas más tarde, los sirios abrían fuego contra un kibbutz de la frontera. La aviación israelí destruyó sus fuertes y derribó tres Migs, uno sobre Damasco. Nasser no reaccionó, lo que nos confirmó en la idea de que estaba preocupado ante todo por mejorar la suerte de su pueblo y deseaba preservar la paz.

Pero un mes más tarde, su actitud cambió. Después del golpe de estado fomentado en Grecia por la C.I.A., en la noche del 21 al 22 de abril quedó convencido de que EE.UU. iba a utilizar a Israel para hacer caer primero al gobierno sirio y después al suyo. Por lo demás, su papel de conductor del mundo árabe lo obligaba a preferir la fuerza a la conciliación. Sin duda fue guiado por otros motivos. El hecho es que concentró sus tropas en el Sinaí. El desfile militar que se desarrolla tradicionalmente en Jerusalén el 15 de mayo fue ese año muy discreto, queriendo evitar Israel que apareciera como una provocación. Sin embargo, confirmó las sospechas de Nasser. Pidió a la O.N.U. que retirara a los cascos azules de la frontera que separa a Egipto de Israel. Ante la sorpresa general, no sólo U Thant consintió, sino que evacuó también Charm el-Sheik, donde de inmediato se instalaron las tropas egipcias. Eshkol reaccionó con blandura y su moderación alentó a Nasser a cerrar el golfo de Akaba. A partir de ese día –23 de mayo– la guerra pareció inevitable. Los egipcios asumieron la responsabilidad. Heykal –portavoz de Nasser– escribía el 26 de mayo: «Ya no se trata del golfo de Akaba, sino de algo más importante: la filosofía israelí de la seguridad. Por eso digo que Israel debe atacar.» El mismo día en un discurso Nasser declaraba: «La toma de Charm el-Sheik significaba un conflicto con Israel. Eso significaba también que estábamos dispuestos a lanzarnos a una guerra general con Israel.»

Hubo algunos días de tregua. Abba Eban hacía una gira por las capitales de Occidente: quizás se encontraría la manera de regular pacíficamente el conflicto. Pero cuando Hussein llegó a El Cairo el 30 de mayo para asegurar a Nasser su apoyo, toda esperanza de paz se des-

vanció. Algunos –Laurent Schwartz, Lanzmann, Sartre y yo, entre otros– firmamos un texto conjurando tanto a Israel como a los árabes a no emprender las hostilidades, pero no nos hacíamos ilusiones sobre el alcance de esta intervención.

Viví esos días en la angustia. Acababa de visitar los dos países, y por distintas razones sentía amistad por ambos; la idea de que sus ejércitos iban a matarse entre ellos, y de que sus ciudades serían bombardeadas, me era odiosa. Sentía miedo sobre todo por Israel, porque no había simetría alguna entre las dos salidas posibles del conflicto. Vencido, Egipto sobreviviría. En caso de derrota, aunque todos sus ciudadanos no fueran echados al mar, Israel dejaría de existir como estado.

Muchos me han afirmado que Israel tenía que ganar necesariamente; pero ninguno me lo dijo antes de la apertura de hostilidades, sino después del cese del fuego. Para suponer desde el principio un Israel triunfante había que ser muy perspicaz. Todos los árabes estaban seguros de que sería derrotado y, salvo algunos generales, todos los israelíes lo temían. Más tarde se supo que el gobierno había hecho cavar muchos miles de tumbas en las afueras de Tel Aviv. El país estaba totalmente cercado: la frontera jordana mide seiscientos kilómetros y la legión de Hussein era el más temible de todos los ejércitos árabes. Todos los días barcos soviéticos desembarcaban en los puertos egipcios su cargamento de armas. Los generales egipcios, aclamados por la multitud, predicaban la guerra santa. Las radios árabes aullaban a muerte. Chukeiri anunciaba el exterminio total de los israelíes, judíos o árabes. ¿Qué haremos con los sionistas, llegada la hora?, preguntó la radio jordana. Después de un silencio, se oyeron ráfagas de ametralladora y risotadas. (Más tarde los árabes y sus amigos quisieron minimizar la importancia de estas declaraciones. Pero Heykal reconoció el 1.º de julio: «Cometemos a diario numerosas faltas. Así, nuestras palabras expresan a menudo más de lo que queremos decir y más de lo que querríamos hacer. Así actuaban nuestras radios lanzando llamadas a matar y aplastar a Israel.») Todos mis amigos judíos estaban trastornados.

La salvación sólo podía venir, al parecer, de las grandes potencias. Es ante esta perspectiva que Lanzmann pronunció las palabras que le fueron tan vivamente reprochadas: «¿Nos obligarán a gritar: ¡Viva Johnson!?» La forma misma de la frase y el contexto muestran que esta hipótesis le parecía escandalosa. Pero también lo era a sus ojos

Escaneado con CamScanner

que Israel fuese aniquilada sin que nadie levantara un dedo para salvarla.

Durante varios días abrí el diario cada mañana con aprensión. El lunes 5 de junio, en el taxi que me llevaba a la Biblioteca Nacional, oí con estupor que la radio anunciaba el bombardeo de El Cairo por los israelíes. Imaginé las casas destruidas, los incendios, los cadáveres cubriendo las calles. ¿Qué locura había llevado a los israelíes a cometer tal crimen? ¿Y a qué precio iban a pagarlo? Me costó interesarme en lo que leía. Al mediodía, las noticias eran otras. *France-Soir* titulaba: «Los egipcios atacan Israel.» La edición siguiente anunciaba tan sólo: guerra. No parecía que El Cairo hubiese sido bombardeado.

Por la noche supe que Israel había aniquilado sin combate a toda la aviación egipcia. Los jordanos bombardeaban Jerusalén; en Túnez ardían sinagogas. A la mañana siguiente el ejército israelí sitiaba Gaza; el general egipcio del que habíamos sido huéspedes se rendía. El avance de las tropas israelíes continuaba, ya con la victoria asegurada. Encontré desolador que eso sirviera de pretexto para que en ciertos barrios de París se desatara un racismo antiárabe; se volvían a oír los eslóganes y los bocinazos que antes servían de contraseña a los partidarios de la Argelia Francesa: esos ruidos me desollaban los oídos. La trágica derrota de los soldados egipcios a través del desierto me oprimió el corazón. Pero cuando sonó la hora del alto el fuego me alegré de que Israel no hubiera sido pasada a sangre y fuego.

El viernes por la tarde, Nasser dimitía. Como todos mis amigos, quedé consternada. Un encadenamiento desgraciado de circunstancias lo había llevado a desencadenar esta guerra: seguramente no se había esperado la reacción de U Thant, y ésta no le había dejado otra salida. Pero no había duda de que no era belicista. Trataba de elevar el nivel de vida de su país destruyendo el feudalismo. Si él se iba sería reemplazado por militares, por hombres de derecha. Felizmente una inmensa presión popular lo hizo revisar su decisión.

Pocos días después almorzamos con Liliana y Lufti el-Kholi, que acababan de pasar en París dos semanas infernales. Sin noticias de su familia y de sus amigos, se habían consumido de ansiedad. Habían asistido a movilizaciones antiárabes y habían sido ellos mismos víctimas de manifestaciones hostiles: «Si Egipto hubiese vencido nos despedazaban», dijo Liliana. Por reacción, estaban en un estado de desesperación febril. No querían creer una palabra de lo que decían los

diarios franceses. Estaban convencidos de que había habido un complot angloamericano para hacer caer al gobierno de Damasco y al de El Cairo. Afirmaban que la aviación israelí había sido largamente sostenida por la aviación americana: era la versión que Nasser hubiera querido acreditar, pero la U.R.S.S. se había negado a refrendarla y todos sabíamos que era insostenible. Los el-Kholi no soportaban que dudáramos de ella. Nos reprocharon acremente no haber tomado partido abiertamente por Egipto y contra Israel. La conversación fue penosa. En un segundo encuentro estaban acompañados por un amigo egipcio más ponderado, un antiguo comunista con el que habíamos simpatizado mucho en El Cairo, y hablamos con mayor distensión. Reconocían que los países árabes habían cometido una grave falta diplomática reclamando a voz en cuello la destrucción de Israel. Después nos enteramos que al volver a Egipto, Lufti había sido detenido por opositor. La policía había registrado en un magnetófono una conversación en la que criticaba a Nasser.[12]

En agosto del mismo año nos encontramos en Roma con Monique Howard. Estaba muy delgada y tenía el rostro demacrado: acababa de salir del hospital. La guerra la había trastornado de tal modo que su corazón había flaqueado, habiendo sufrido también una grave infección pulmonar. Trabajaba en un dúplex.[13] Desde la mañana hasta la noche oía las sangrientas amenazas que sobre Israel volcaban las radios árabes. Era fácil, de lejos y en otro momento, considerarlas como simples excesos verbales, explicables por el ardor del temperamento árabe: allí, y en ese momento, el odio que traslucían helaba de espanto. No había habido pánico en el país la víspera de la guerra, pero todo el mundo estaba angustiado. A los primeros signos de acaparamiento, el gobierno hizo abrir todos los depósitos de harina, de aceite y de azúcar, lo que en seguida tranquilizó a las amas de casa. Todas las mujeres empezaron a seguir cursos de primeros auxilios, para ser capaces de atender a los heridos. Habían agrandado el cementerio de manera de poder contener sesenta mil muertos. Se temía que Egipto empleara armas secretas: cohetes, o esos gases paralizantes cuyos depósitos se encontraron en Sinaí. La victoria no fue acogida con alegría, nos dijo también Monique. No hubo demasiados muertos,

12. Después de la muerte de Nasser fue liberado y prosiguió su combate político.

13. Disposición que se toma en una línea telegráfica para permitir la transmisión simultánea en ambos sentidos.

Escaneado con CamScanner

pero en ese pequeño país todo el mundo se conoce y casi todas las familias se habían visto afectadas por la pérdida de un pariente o de un amigo. Monique también había tenido su parte en esos duelos. Lo que más la apenaba era la actitud de la izquierda europea que trataba a Israel de imperialista y consideraba al mundo árabe como socialista. Se preguntaba cómo era posible tal aberración.

La U.R.S.S. había proporcionado armas a Egipto y lo sostenía en la O.N.U. En la televisión soviética, la respuesta del delegado israelí a las palabras de Kosiguin en la O.N.U. contra Israel, había sido cortada. Los países del Este no podían hacer otra cosa que alinearse con Moscú. Como algunos judíos polacos se habían regocijado por la victoria de Israel, los treinta mil judíos de Polonia fueron denunciados como sionistas. Praga exigió de los intelectuales declaraciones antiisraelíes. La única excepción fue Rumania, más por animosidad contra la U.R.S.S. que por simpatía hacia Israel.

En Francia la opinión estaba tan dividida y apasionada que hubiera podido hablarse de un nuevo caso Dreyfus. Hubo familias divididas y amistades rotas. A la derecha los gaullistas, ajustando el paso detrás del Guía, se pronunciaron contra Israel. Pero también hubo muchos derechistas en los que el racismo antiárabe pudo más que el antisemitismo. Los comunistas se ordenaron necesariamente en el mismo campo que la U.R.S.S. En la izquierda no comunista las actitudes fueron diversas. En muchos hubo un cambio brusco: habrían lamentado si Israel hubiera sido destruida o si hubiera tenido que pagar demasiado caro para sobrevivir. Pero su victoria transformaba de manera desconcertante la imagen clásica del judío víctima, y las simpatías se volvían hacia los árabes. Toda la izquierda, desde los trotskistas hasta los marxistas, abrazaron la causa de los árabes y, más precisamente, la de los palestinos.

Entre los judíos se planteó a menudo un conflicto generacional; los padres, de derecha o de izquierda, se solidarizaron con Israel, y los hijos tomaron partido contra el sionismo.

Con ninguno de mis amigos estuve totalmente de acuerdo y con algunos en completo desacuerdo. No consideré a Israel como agresor, dado que según el derecho internacional el cierre del golfo de Akaba constituía un *casus belli*, y esto era reconocido por el mismo Nasser. Negaba que fuese un país colonialista: no explota mano de obra indígena, no se apodera de las materias primas para enviarlas a una metró-

poli que las revende a la colonia como productos manufacturados y caros: no hay tal metrópoli. No considero a Israel como una cabeza de puente del imperialismo: los Estados Unidos la ayudan a vivir, pero no tienen ninguna base, ni sacan ninguna riqueza, mientras mantienen bases militares en países árabes cuyo petróleo explotan y a los que proporcionan una ayuda económica considerable. No es cierto que su existencia perturbe el desarrollo de los países árabes: no impidió a Argelia conquistar su independencia, ni a Nasser construir la represa de Asuán, ni a Libia lograr su revolución. En cuanto a obstaculizar la unidad del mundo árabe, más bien ha sido gracias a él que ésta hasta cierto punto se ha realizado; todos esos estados extranjeros o aun hostiles unos a otros sólo tienen en común el odio contra Israel. Es un país capitalista que ha cometido más de una falta: no es el único, y los demás no ven cuestionadas sus existencias. En cuanto a mí, la idea de que Israel puede desaparecer del mapa del mundo me es odiosa. Confiados en las seguridades de la O.N.U. –en particular de la U.R.S.S. y de los países del Este–, hombres y mujeres crearon ese país con sus propias manos, fundaron familias, y se arraigaron; sería inicuo arrancarlos de allí. Y con mayor razón dado que en toda Europa el antisemitismo sigue existiendo con virulencia, y que Israel sigue siendo para los judíos el único refugio seguro contra las amenazas que aquél implica.

El problema palestino se me reveló en toda su importancia durante mi viaje y comprendo las reivindicaciones nacionalistas de Arafat; pero me resisto a ver en Al-Fatah –como muchos izquierdistas– un movimiento en el que se encarnen las posibilidades del socialismo. Lamento que sólo una pequeña parte de la izquierda israelí trate de negociar con los palestinos; que después de haberlos promovido, los dirigentes árabes sólo les testimonien indiferencia u hostilidad, o incluso los hagan masacrar, sólo puede causar indignación. Hay que proponerles soluciones válidas a sus propios ojos. Pero no puedo solidarizarme con las que sus jefes eligieron y que en los hechos implican la destrucción de Israel.[14]

Esto no significa que yo apruebe la política de Israel. Hubiera deseado que no se empecinara en exigir negociaciones directas, que se comprometiera de inmediato a devolver los territorios ocupados, que

14. Digo *en los hechos* porque la propaganda palestina para uso de la izquierda francesa enmascara ese designio con perífrasis.

se mostrara tan resuelta a hacer la paz como lo estuvo para ganar la guerra.

A causa de mis posiciones sobre la cuestión del Oriente Medio me siento siempre en falso en mis relaciones con los militantes de izquierda. Estoy de todo corazón con los Panteras Negras, admiro el libro de Cleaver, *Soul on ice;* pero me apena que en la entrevista publicada en *Les Temps modernes* se ataque a los judíos. Lamento que el izquierdismo se haya vuelto tan monolítico como el partido comunista. Un izquierdista debe admirar incondicionalmente la China y tomar partido por Nigeria contra Biafra y por los palestinos contra Israel. No acepto esas condiciones. Lo que no me impide estar muy cerca de los izquierdistas en el terreno que les concierne más directamente: la acción que realizan en Francia.

Antes de abordar el capítulo de mis relaciones con mi propio país, quiero definir las posiciones que he mantenido durante estos diez años, y las que mantengo hoy con relación al resto del mundo. Pero en primer lugar debo señalar algo: no todos los países extranjeros me merecen la misma atención. Hay uno que, pese a ser de los más importantes, no tengo ninguna gana de ver con mis ojos: la India. A través de los análisis y de los reportajes que he leído, la miseria que allí reina me parece intolerable. La complejidad de sus problemas económicos y políticos me desalienta. Claro que no me fue indiferente la tragedia de Bengala. Me alegró mucho la derrota de los opresores pakistaníes. Pero esas luchas repercutieron muy tímidamente en Francia; y no tengo ninguna relación directa con los países interesados. Los sucesos me tocaron de una manera bastante lejana. Sólo hablaré aquí de los que por una u otra razón me tocaron directamente.

Ya dije hasta qué punto me fui alejando de la U.R.S.S. y cómo la tragedia de Praga me llegó al corazón. Nada de lo que ocurre en los países socialistas europeos me parece muy reconfortante. Nunca tuve lazos ni con Rumania ni con Bulgaria, donde el régimen sigue siendo dictatorial y el nivel de vida muy bajo. En Hungría el clima es menos asfixiante y el nivel de vida más alto, pero, fuera de los filmes muy buenos proyectados en Francia, no conozco casi nada de esos países donde la literatura está siempre severamente censurada. En cambio tengo amigos polacos, estuve en Polonia en el 62, me gustan muchas

Escaneado con CamScanner

obras que se han escrito allí: me desoló ver hasta qué punto las esperanzas nacidas en el 56 fueron desmentidas. En todos los dominios Gomulka se condujo como un dictador, en particular con respecto a los intelectuales. En respuesta a una carta que éstos le dirigieron reclamando un poco de libertad, desencadenó una campaña contra ellos y prohibió una gran cantidad de publicaciones. Un poco más tarde, dos jóvenes intelectuales comunistas fueron metidos en la cárcel por haber criticado en una carta abierta al socialismo burocrático. En octubre del 66, el filósofo Kolakowski [15] denunció la regresión que observaba desde hacía diez años: disminución del ritmo de expansión económica, declinación de la movilidad social, crecimiento de las desigualdades y, en consecuencia, en toda la población, sentimiento de inseguridad y de frustración. Fue expulsado de la Universidad y excluido del partido, lo que suscitó numerosas reacciones en su favor entre los intelectuales.

El gobierno de Gomulka, amén de antiintelectual, se mostró, a partir del 67, violentamente antisemita. Sobre tres millones de judíos polacos, después de la guerra sobrevivían trescientos cincuenta mil; la mayoría emigraron, por horror del pasado o por miedo, ya que los fascistas polacos habían hecho un sangriento pogrom en Kielce, en el 46. En 1967 sólo quedaban treinta mil en el interior del país. Eso no le impidió al ministro del Interior Moczar preparar una campaña contra los judíos, que se desendadenó en el 67, cuando el gobierno quiso privar a los judíos de los cargos que ocupaban, atacando a través de ellos a la intelligentsia. El 19 de junio del 67, al día siguiente de la Guerra de los Seis Días, durante el Congreso de los Sindicatos, Gomulka los acusó de constituir una «quinta columna». En los meses posteriores, la prensa, la radio, la televisión, los oradores de las reuniones públicas denunciaron a los sionistas como los peores enemigos de Polonia: todo judío era sospechoso de sionismo. La prensa y el ejército fueron «depurados de judíos». No sólo tronaban contra Israel sino que declaraban a los judíos responsables de la exterminación de su pueblo por Hitler.

El 30 de enero de 1968, la obra de Mickiewicz *Los adioses* fue prohibida y los estudiantes se manifestaron ante las puertas del teatro; muchos fueron detenidos; otra manifestación tuvo lugar el 8 de marzo

15. Autor, entre otras obras, de una muy destacable, *Cristianos sin iglesia.*

en la Universidad de Varsovia, en protesta por esas detenciones; la policía respondió con brutalidad y otros muchos estudiantes fueron detenidos; los arios fueron soltados y los judíos encarcelados. Moczar clasificó a los judíos según tres categorías que autorizaban todas las arbitrariedades: 1.º Los sionistas que tenían que abandonar Polonia. 2.º Los judíos que se sentían tan judíos como polacos. 3.º Los que se sentían *más* polacos que judíos.

Veinte mil judíos abandonaron Polonia entre el verano del 68 y el verano del 71. Los otros trataron de imitarlos. Pero a la vez que se los echa se multiplican las molestias que les hacen la partida más difícil. Sólo pueden ir a Israel. En cuanto presentan su solicitud de partida pierden su ciudadanía y la posibilidad de trabajar. Tienen que pagar cinco mil zlotys: unos dos meses de un buen salario. Tienen que entregar su apartamento «como nuevo», lo que implica considerables gastos; y reembolsar los gastos de estudio de sus hijos. Les está prohibido llevarse la menor suma de dinero. Se les exige un minucioso inventario de sus equipajes y la aduana los somete a largas revisiones humillantes. Todos los amigos polacos –judíos o no– que encontramos en París se mostraban asqueados por ese tratamiento inflingido a los judíos.[16]

Sin embargo, no por eso mejoraba en su conjunto la situación del país. En diciembre del 70, después del levantamiento de los obreros de Silesia, reprimido con sangre, Gomulka fue reemplazado por Gierek. Parece que desde hacía mucho la U.R.S.S. deseaba este cambio y que los levantamientos fueron provocados, aunque tuvieran razones positivas: el aumento del costo de la vida. Gierek no tiene nada de demócrata; no cabe, pues, esperar cambios positivos.

Hasta este año 72, Yugoslavia era el más liberal de los países socialistas. Coexistían diarios de distintos matices: algunos incluso criticaban severamente al régimen. Entre los intelectuales, la discusión era abierta. Después de los sucesos de Croacia todo ha cambiado. Esta es

16. *Les Temps modernes* publicó en el 70 una excelente novela –*Western*– escrita por un escritor no judío sobre la partida de Polonia de una familia y un reportaje sobre el problema por una judía polaca en el exilio: *Le Pogrome à set.* Trepper, el jefe de *La orquesta roja*, vio negado el derecho a emigrar a Israel. Por haber solicitado partir fue excluido del P.C.P. y está bajo la constante vigilancia de la policía.

la región más industrializada, la que exporta más mercancías y hace entrar mayor cantidad de divisas. Una ley, sostenida por el propio Tito, exige que cada república disponga de las divisas que recibe. En la práctica es el gobierno el que las centraliza, derrochando una gran parte en trabajos espectaculares, pero de discutible utilidad: por ejemplo, la inmensa represa sobre el Danubio. A pesar de su industrialización, Croacia no es rica. Tiene setecientos mil obreros que trabajan en Alemania Federal, por no encontrar empleo en su país. Los estudiantes viven en condiciones lamentables: duermen en el suelo y pegados unos contra otros en locales exiguos. En noviembre, hicieron una manifestación para reclamar que se respete la ley y que Croacia utilice en su propio interés las divisas que produce. Existe un nacionalismo croata, patriotero y reaccionario, apoyado por una organización clandestina y terrorista de ustachis. Pero los estudiantes fueron sostenidos por socialistas progresistas; no pedían separar Croacia de Yugoslavia, sino que se les reconociera cierta autonomía. Tito envió contra los estudiantes destacamentos policiales servios que les pegaron severamente. Los tanques rodearon Zagreb. Todos los intelectuales croatas fueron detenidos mientras otros arrestos tenían lugar en la propia Belgrado. La prensa fue amordazada. La autoridad central reforzada. Encontré croatas que pertenecían desde hacía más de veinte años al partido comunista y que debieron exiliarse. Dicen que la situación en los años próximos sólo podrá endurecerse.

Hay un país que durante un tiempo encarnó para nosotros la esperanza socialista: Cuba. Pronto dejó de ser una tierra de libertad: en ella se perseguía a los intelectuales; en el aspecto de un individuo, todo rasgo de inconformismo era sospechoso. Pero en lo esencial, se respiraba mejor en Cuba que en la U.R.S.S. El congreso cultural realizado en La Habana en enero del 68, dirigido contra la «iglesia seudomarxista esclerosada», según las propias palabras de Castro, había hecho una llamada a las «nuevas vanguardias». Las discusiones fueron muy libres; los pintores expusieron cuadros abstractos. Todos nuestros amigos que participaron en el encuentro nos hablaron con mucho entusiasmo al regreso.

Muy pronto hubo que desdecirse. En el curso de ese mismo año, Castro adoptó una actitud de doblez. Dejó de apoyar al castrismo en

Escaneado con CamScanner

América Latina. En mayo, para no disgustar a Moscú y para no alentar los debates en Cuba, se negó a enviar ningún mensaje de simpatía a los estudiantes franceses. En julio no dijo nada en favor de los estudiantes mexicanos asesinados por la policía y Cuba participó en los Juegos Olímpicos de México. El discurso que pronunció después de la entrada de las tropas soviéticas en Checoslovaquia probaba que estaba incondicionalmente alineado con la política de la U.R.S.S., y después no se ha apartado de esta posición. Sin duda es inevitable. Cuba depende de Moscú, sobre todo para aprovisionarse de petróleo. Pero es lamentable, dado que la economía cubana no ha hecho otra cosa que deteriorarse. Moscú condena a la agricultura de la isla a seguir siendo un monocultivo mientras que cultivos de manutención permitirían a sus habitantes vivir en la abundancia; condenada a una semipenuria, la población está insatisfecha y su descontento suscita medidas represivas.

En tal clima, se le niega toda libertad a los intelectuales. Desde el 68, el Museo de Arte Moderno está cerrado y el presupuesto de cultura reducido al mínimo. Se detuvo a quinientos jóvenes porque llevaban el pelo largo. En enero del 71 Castro promulgó una ley, calcada de la que la U.R.S.S. dirigió contra los «ociosos», que arrastró entre otras condenas las de Brodski y Amalrik. La acusación de «parasitismo» autoriza las molestias y las condenas más arbitrarias. En abril el poeta Padilla fue denunciado como contrarrevolucionario y encarcelado: lo soltaron después de firmar una autocrítica que es un tejido de insanias: ¡en ella acusa a René Dumont y a Karol de ser agentes de la C.I.A.! En este caso, Castro tendría que encarcelarse a sí mismo, dado que los ha recibido muy bien, y ha conversado largamente con ellos. Ha proferido amenazas contra otros intelectuales contrarrevolucionarios. La «luna de miel de la revolución», que tanto nos había seducido, ha concluido.

La evolución de Argelia me hizo experimentar una decepción de otro orden. No se podía pensar que un milagro iba a hacer que en breve plazo reinaran allí el socialismo y la prosperidad; la guerra logró más de un millón de muertos, los mejores cuadros murieron en las guerrillas, la partida de un millón de «pieds-noir» que controlaban el país lo dejó en una situación económica confusa. El día en que se con-

Escaneado con CamScanner

quistó la independencia, el 85 % de los adultos eran analfabetos. La reorganización de la economía tenía que ser muy difícil. Las catástrofes predichas por los colonialistas no se han producido. Pero un tercio de la población masculina activa esta subempleada, y un tercio sin empleo; quinientos mil trabajadores han emigrado. Las circunstancias no eran propicias al establecimiento del socialismo; pero los dirigentes no hicieron ningún esfuerzo serio en su favor; instalaron un capitalismo de estado que sólo tiene de socialismo el nombre. En agricultura no alentaron la colectivización de las tierras; en el sector industrial no impulsaron a los trabajadores a la autogestión. En vez de intentar politizar a las masas, las incitaron a volver a los valores árabe-islámicos. Contrariamente a lo que sucedió en Túnez y en Egipto, no se hizo ningún esfuerzo para detener una natalidad galopante que aumenta la población mucho más rápido que sus recursos. La condición de las mujeres es deplorable: una argelina lo ha denunciado en un libro valiente. En nombre de la tradición musulmana sólo se les concede un mínimo de educación; siguen usando el velo y están confinadas en el hogar de su padre o en el del marido que se les ha impuesto. Fanon se equivocó muchísimo al predecir que gracias al papel que habían desempeñado durante la guerra las mujeres argelinas se liberarían de la opresión masculina. La política exterior argelina pretende ser «progresista»: es anticolonialista y antiimperialista. Pero en lo interno es nacionalista y reaccionaria. Nada indica que vaya a cambiar de características antes de mucho tiempo.

¿Y qué sucede en China? Es una pregunta a la que querría poder contestar. La visité en 1955 y a mi regreso le consagré un libro. Luego me informé lo mejor posible sobre el «período de las cien flores», el gran salto hacia adelante y la experiencia de las comunas. Mientras que la U.R.S.S. proponía un modelo de socialismo rico y predicaba la paciencia a los países subdesarrollados, China proponía un modelo de socialismo pobre y animaba a los pueblos oprimidos en sus acciones violentas: contaba con toda nuestra simpatía. Ya dije que en Helsinki, Sartre sostuvo su punto de vista. Pero cuando estalló la revolución cultural, nadie pudo explicarnos de modo convincente qué realidad recubrían esas palabras. Tanto los diarios rusos como los diarios franceses daban indicaciones incoherentes y contradictorias: Mao ha-

bía nadado en el Río Azul, los jóvenes de la guardia roja cortaban las trenzas de las muchachas, cambiaban el verde y el rojo de los semáforos, desafiaban al ejército. ¿Era la guerra civil?; no, simples barrabasadas. Contaban en son de burla anécdotas que, separadas de su contexto, parecían realmente ridículas. No teníamos confianza en esta prensa malévola. Pero nuestro escepticismo no era menor cuando leíamos los artículos de propaganda que aparecían en inglés o en francés en revistas publicadas en Pekín.

Los especialistas en China proponían interpretaciones interesantes pero siempre conjeturales. Se trataba de conflictos económicos, decía uno, de rivalidades políticas, decía otro; de una lucha contra la burocracia, anunciaba un tercero. Sin duda esas explicaciones eran en parte válidas: ninguna era segura, ninguna nos daba la llave de aquellos acontecimientos cuyos ecos confusos percibíamos.

La gente que conocíamos y que había puesto los pies en China, venía aturdida: sólo habían visto de la «revolución cultural» el aspecto exterior y no entendían nada. En diciembre del 66, volviendo de Hanoi, Alejo Carpentier, el gran escritor cubano, pasó por Pekín. Había estado allí el mismo año que nosotros, en el 55, y le había gustado todo lo que había visto. Hoy, nos dijo, es otra ciudad, otro mundo, bastante pavoroso. En el avión, las azafatas blandían el «librito rojo» que en Francia empezaba a circular, y cada media hora anunciaban: «Voy a leerles un pensamiento del presidente Mao.» En Pekín, mientras conducían, los choferes de taxi recitaban los pensamientos de Mao –que el intérprete traducía a Carpentier–. Bloqueado durante cuatro horas en el aeropuerto, oyó durante todo el tiempo a los instructores leer los pensamientos de Mao a los pasajeros a los que habían hecho ordenar en dos filas, haciéndolos recitar después. Acababan de editarse treinta y cinco millones de imágenes de Mao: cada hogar debía lucir una y un prospecto explicaba cómo y dónde se la debía disponer. Habiéndose preguntado a un editor qué obras iban a ser publicadas durante el año, Carpentier oyó esta respuesta:

–Exclusivamente treinta y cinco millones de ejemplares de las obras del presidente Mao.

–¿Pero también se publicarán obras técnicas, manuales?

–Dije: exclusivamente.

Durante su breve estadía tuvo lugar una campaña en favor de los recolectores de estiércol, considerados como los trabajadores más típi-

Escaneado con CamScanner

camente proletarios. Se eligió a uno, considerado como el mejor, y se le hizo dar una conferencia en la Universidad en presencia de todos los profesores.[17] Los cines y los teatros estaban cerrados y, a pesar de la juventud que colmaba las calles, la ciudad le pareció siniestra a Carpentier.

Un año más tarde vimos a Kateb Yacine, que había pasado un mes en Pekín, durante el otoño del 67; vivía en la embajada de Argelia. Ni él ni ninguno de los diplomáticos que había encontrado entendían nada de lo que ocurría. Como Carpentier, había oído los altavoces que propalaban consignas y había visto a las azafatas y los choferes blandir el librito rojo. Sin embargo, las calles muy animadas durante el día y la noche le habían dado una impresión de alegría. Sin duda para los chinos eran alegres, precisaba. Pero los extranjeros vivían con miedo: bastaba cualquier cosa para que se los molestara (salvo aquellos, claro, que invitados por el gobierno, se paseaban encuadrados entre chinos). El embajador de Bulgaria había ido de compras a una gran tienda con su chofer; un empleado quiso venderle a éste una imagen de Mao; la rechazó, lo que fue un error, y, para colmo del horror, la imagen cayó al suelo. Casi los linchan. La policía los protegió. Pero por la noche la embajada ardía; el incendio duró tres días.

Leí con interés varios libros sobre Mao; pero el «librito» se me cayó de las manos. Sin duda las citas que lo llenan abrevian un desarrollo que ha sido suprimido: quedan las verdades elementales, de una chatura desalentadora. Me han dicho que se trata de enseñar un pensamiento racional y práctico a una población todavía infectada de supersticiones. Evidentemente, alguna razón tienen los chinos para darle tanta importancia a ese catecismo. Pero todavía hoy —en mayo del 71— no sé cuál es.

Una visita a la embajada china, en 1967, no me iluminó. Habíamos cenado con los Bourdet y los Vercors. No sirvieron whisky, como solían: unos días antes los jóvenes chinos se habían manifestado delante de la embajada, acusando de lujo y corrupción al embajador; durante la cena bebimos vino y alcohol de arroz. Muchas veces he visto practicar el arte de hablar durante horas para no decir nada: en el 55, en China; en la U.R.S.S., durante los banquetes oficiales. Pero nunca lo vi llegar tan lejos como esa noche. Ni el agregado cultural ni el agregado de

17. Hoy sabemos el motivo: este episodio formaba parte de una vasta campaña para rehabilitar el trabajo manual negándose a sobreestimar el trabajo intelectual.

Escaneado con CamScanner

prensa abrieron la boca. Para contribuir al deshielo con el embajador Huang Chen, Ida Bourdet le habló en ruso pero él hizo como que no entendía. Explicó, por medio de un intérprete, que en Pekín no se quemaban las obras de Beethoven ni las de Shakespeare, pero que se intentaba adaptar esta vieja cultura a los nuevos tiempos. Aunque en Pekín todos los teatros estuviesen cerrados, la embajadora me elogió la belleza de las nuevas óperas que se representaban en ese momento. Después de la cena bebimos té verde y, para evitar toda conversación, el embajador nos mostró un álbum de dibujos que había ejecutado antes, durante la Larga Marcha. Visiblemente no se había atrevido a anular la invitación que nos había dirigido algunas semanas antes; pero nos recibió a regañadientes. Estaba inquieto y los demás chinos también. Al día siguiente se supo que el director de la agencia de prensa de Pekín había sido rebajado de categoría. Poco tiempo después, el embajador fue llamado.[18]

Sólo a partir del 70 algunos artículos y libros me han explicado la revolución cultural de un modo satisfactorio: se me apareció entonces como una apasionante historia. Al contrario de lo que piensa la U.R.S.S., Mao estimaba a justo título que el socialismo produce sus propias contradicciones y que no basta nacionalizar los medios de producción para que el poder pase efectivamente a manos de los obreros y de los campesinos; mientras que Liu tenía del partido una visión stalinista, considerándolo como la expresión monolítica de las masas, Mao quiso sacar a la luz las oposiciones que existían, por un lado en el seno del partido, y por otro entre el partido y las masas. Propiciando los *dazibaos,*[19] dio la palabra al pueblo. Movilizó la guardia roja contra una élite burocrática, economista y gradualista. Se apoyó sobre el ejército, no en tanto instrumento de coerción violenta, sino porque bajo la dirección de Lin Piao se había convertido en un aparato de propaganda revolucionaria de primer orden. Los trastornos que la lucha acarreó, lejos de manifestar la debilidad del régimen, eran casi deseados, y su desarrollo tolerado. Sin embargo, en el seno de los enfrentamientos entre el partido, los comités revolucionarios y los guardias rojos, era necesaria una instancia suprema: de ahí el sentido y la razón

18. Más adelante regresó. Es uno de los pocos diplomáticos que recuperó, después de la revolución cultural, el puesto que ocupaba antes.

19. Carteles con grandes caracteres por medio de los cuales cada uno exponía sus opiniones y denunciaba a los enemigos del pueblo.

Escaneado con CamScanner

del «culto de la personalidad», afirmado durante este período. Entre los que «agitan la bandera roja contra la bandera roja» sólo Mao podía decidir quién era auténticamente maoísta.

La revolución cultural terminó en abril del 69, cuando el IX Congreso del P.C.Ch. reunido en Pekín hizo su balance. Pero Mao considera que la lucha entre las masas y la burocracia durará decenios; lanzó la idea de la «revolución continua», es decir de una perpetua revolución en el seno de la revolución, dado que las contradicciones nacerán sin cesar. Parecería sin embargo que una gran parte de los fines perseguidos ya se habrían alcanzado. Hay un esfuerzo por transmitir a las masas responsabilidades básicas en diversos dominios: medicina, enseñanza, gestión de empresas comerciales. Se trata también de abolir en parte la distancia entre los trabajadores manuales y los intelectuales, de modo que la enseñanza teórica esté siempre ligada a una práctica concreta, prevaleciendo ésta sobre el conocimiento libresco. Se espera crear así un «hombre nuevo», cercano a aquel cuyo advenimiento deseaba Marx.

Impedir que se forme una nueva clase privilegiada, dar a las masas un auténtico poder, hacer de todo individuo un hombre completo; cómo no adherirme a este programa. Pero no me atrevería a acordarle a China aquella ciega confianza que la U.R.S.S. despertó en otras épocas en tantos corazones. La propaganda de las revistas que destina al Occidente me consterna por su ingenuidad dogmática. Si me dicen que los obreros tienen derecho a tres semanas de vacaciones pero que las sacrifican por entusiasmo socialista, lo que registro es que no toman vacaciones: el entusiasmo no se institucionaliza. Pretender ver en China un paraíso es tanto más absurdo cuanto que según propia confesión de Mao, la revolución no está concluida. No es necesario convertirla en un mito para verla con simpatía.

Durante un breve instante se pudo pensar que la emancipación del Tercer Mundo iba a abrir a la humanidad perspectivas imprevistas. Los africanos prometían renovar la civilización, agregar un «nuevo color al arco iris». Esas esperanzas parecen hoy ilusorias. «El África negra arrancó mal», anunció Dumont hace ya varios años. Los acontecimientos confirmaron su sombrío pronóstico. En primer lugar, África no está realmente emancipada. En África del Sur, el apartheid

Escaneado con CamScanner

se perpetúa –con la bendición de varios estados africanos–. En Guinea, en Angola, en Mozambique, la autoridad de los portugueses ha sido sacudida, pero se mantiene. A pesar de su nuevo *status* político, los pueblos descolonizados siguen siendo explotados económicamente. Cuando adquirieron su independencia hacia 1960, su población rural era del 80 al 90 %. Durante esos diez años, el crecimiento demográfico fue mucho más rápido que el crecimiento económico de modo que año a año la mayoría de la población se empobrece. Para combatir la explotación y vencer la pobreza, algunos líderes africanos han querido cambiar las instituciones que les legaron los colonos; fueron atacados y aislados; hoy casi todos los regímenes realmente progresistas han sido derrocados. El continente negro permanece trágicamente subdesarrollado, presa de las luchas intestinas, a menudo alentadas por las potencias capitalistas interesadas en esas divisiones.

Así ocurrió durante la guerra de treinta meses que Biafra mantuvo contra Nigeria a fin de arrancarle su independencia. Los ibos la reclamaban desde el 45; de toda África, era el pueblo que poseía una cultura más desarrollada y más rica y no toleraba la dominación de los feudales del norte, apoyados por los ingleses. Cometieron una grave falta política cuando en 1960, en el amanecer de su independencia, el partido feudal que dominaban los nigerianos del Norte –los hussa– tomó el poder; en lugar de aliarse a los yuba, segundo gran pueblo del sur, cuyo jefe era Awolowo, dejaron que los dirigentes desmantelaran el partido agrupado alrededor de éste. Los ibos pagaron caro este error. En el 66, después de un golpe de estado, habiendo los jóvenes oficiales ibos puesto a la cabeza del país al general Irusi, los yubas se reconciliaron con los hussa. Irusi, todos los dirigentes ibos, doscientos oficiales, treinta mil civiles (hombres, mujeres y niños) fueron asesinados, y centenares de miles padecieron grandes sevicias. Dos millones huyeron al este del país, que estaba bajo la autoridad de un ibo, Ojukwo. Éste fue llevado por la opinión a resolver la secesión. En mayo del 67 proclamó la independencia de Biafra, poblada por catorce millones de habitantes. Biafra fue reconocida por los revolucionarios más auténticos de África: Julius Nyerere, líder de Tanzania, y Kermeth Kaunda, presidente de Zambia. China la reconocería a mediados del 68. Pero como Biafra contenía riquezas petrolíferas, las potencias capitalistas se interesaron en el conflicto. Inglaterra, que quería mantener a Nigeria en una situación neocolonialista, apoyó al gobierno de

Escaneado con CamScanner

Lagos. Le proporcionó bombas y aviones. Por razones de prestigio la U.R.S.S. y Egipto la imitaron. Habiendo los federales invadido Biafra, ocho millones de personas se encontraron encerradas en un circuito sin comunicación con el resto del mundo. Lagos le negó a la Cruz Roja el derecho de llevarles medicamentos y víveres. El hambre y los bombardeos aéreos produjeron dos millones de muertos. Incluso después de la rendición de Biafra, en enero del 70, el gobierno nigeriano, so pretexto de orgullo nacional, rehusó la ayuda de la Cruz Roja extranjera, condenando a muerte a decenas de millares de niños. Encontré antes y después de la derrota de Biafra a cantidad de médicos y de periodistas que volvían repugnados de horror. Con muchas personalidades de izquierda firmamos Sartre y yo un texto diciendo que «después del asesinato de la esperanza biafreña el reino del gangsterismo político se ha extendido a gusto por toda la extensión del planeta... Que los asesinos y los ideólogos a la orden se alegren: su reino ha dado la vuelta al mundo».

Los propagandistas de Lagos han querido convencerme de que la conservación de las fronteras establecidas por los ingleses en interés del colonialismo era necesaria para el advenimiento del socialismo. Una gran parte de la izquierda francesa, ajustando su paso detrás de la U.R.S.S., aprobó un «genocidio en el sentido de la historia», como lo llamó Marienstrass en el artículo que escribió para *Les Temps modernes.* Sin embargo los ibos eran un pueblo, y la izquierda que ve hoy en las reivindicaciones nacionalistas de los oprimidos el camino más seguro hacia el internacionalismo hubiera debido reconocerles el derecho de autodeterminarse. Y aunque políticamente la causa de Lagos les pareciese más válida, no deberían haber aceptado con total conformidad el aniquilamiento de toda una cultura, la exterminación de dos millones de individuos, entre los cuales hay que contar toda una generación de niños. Esta indiferencia vuelve sospechosa la indignación que manifiestan ante los niños vietnamitas víctimas de la guerra. Pocas veces en estos últimos años me he sentido tan descorazonada como ante la extensión de los asesinatos que animaron o aceptaron con indulgencia casi todos los «progresistas» de Francia y del mundo.

Desde hace años, pasan por alto con la misma serenidad el genocidio de los pueblos del Nilo del Sur por el gobierno del Sudán. Sólo se conmovieron cuando Numayri desencadenó una salvaje represión contra los oficiales y los sindicalistas que, en julio del 71, habían in-

tentado hacerlo caer: torturas, ejecuciones masivas y bestiales, caza de comunistas.

Si pienso en América latina, el balance no es muy consolador. No es imaginable que el milagro de la revolución cubana se produzca por segunda vez. He tenido relaciones con elementos revolucionarios de Venezuela, de Bolivia, de Colombia; en cada uno de esos países la izquierda estaba dividida, la guerrilla era difícil de manejar, la represión severa, las posibilidades de éxito casi inexistentes. De todos modos es reconfortante saber que por todas partes hay fuerzas que se oponen a los gobiernos sostenidos por EE.UU. Las hazañas de los Tupamaros, especialmente, me han alegrado más de una vez. Por otra parte, la elección de Allende en Chile ha representado una victoria que, desgraciadamente, no tendrá futuro.

Al regresar de Brasil en 1960, Sartre y yo estábamos convencidos de que en ese país no podría darse una revolución socialista hasta dentro de mucho tiempo. El célebre comunista brasileño Prestes nos había afirmado lo contrario; un economista trotskista conocido me había dicho lo mismo: ambos se apoyaban sobre un esquema marxista abstracto para concluir en la fatalidad de la victoria del socialismo. En realidad, habíamos comprobado que el proletariado brasileño, muy privilegiado con relación al campesinado, estaba lejos de querer la revolución; los campesinos del nordeste se encontraban en una situación revolucionaria, pero eran totalmente impotentes. Pero no esperábamos, de todos modos, el golpe de estado del 64. Nuestros amigos brasileños nos habían asegurado que, por una cantidad de razones, el ejército era incapaz de tomar el poder y era completamente inofensivo. Los militares derrocaron a Goulart y le dieron el poder a Castello Branco. Ese golpe de estado respaldado por los norteamericanos puso toda la economía del país bajo su dependencia; la lucha contra el socialismo aparejó la supresión de todas las libertades: el terror reinó en los sindicatos y entre los campesinos; hubo una baja general de los salarios; el hábeas corpus fue suspendido. Muchos demócratas e intelectuales se exiliaron. Se organizó la resistencia; pero es sabido hasta qué punto la represión fue espantosa: prisiones, torturas, asesinatos ejecutados por el escuadrón de la muerte. Encontré en París

Escaneado con CamScanner

a algunos opositores que habían sido torturados; otros a los que se les había encarcelado y torturado a sus familiares (o los habían visto desaparecer). Me describieron el clima de desconfianza que reina en el país; los visitantes que van a ver a sus parientes a la cárcel fingen no conocerse, temiendo cada uno verse comprometido por su vecino; los estudiantes no se atreven a confesar a sus compañeros sus opiniones nada subversivas. El miedo hace muy difícil organizar una oposición.

Algunos amigos brasileños me han expuesto con muchos detalles los métodos utilizados desde hace años para asegurar el exterminio de los indios. Se desesperaban totalmente impotentes por esas matanzas organizadas. Hoy el problema es tan conocido y las protestas tan vanas que pienso que es inútil replantearlo aquí.

Hace poco supe –en enero del 72– que en Argentina había una ola de arrestos; los opositores al régimen y los que se supone que lo son van a la cárcel, donde son horriblemente torturados. Recibí la carta de una amiga cuyo hijo fue largamente sometido al suplicio de la picana. Hubo protestas. El gobierno contestó que eran los prisioneros que se herían a sí mismos golpeándose la cabeza contra las paredes: «No podemos acolcharles los calabozos, después de todo», fue la conclusión.

Los Estados Unidos, responsables del golpe de estado brasileño, sostienen en España al régimen franquista, que continúa fundado en la arbitrariedad policial, como fue siniestramente demostrado por el proceso de Burgos. También en Grecia han instalado una atroz dictadura policial. El 21 de abril de 1967, y a su instigación, los militares tomaron el poder en Atenas. La democracia parlamentaria se había vuelto peligrosa a causa del descontento general que reinaba en el país. La economía servía a los grandes monopolios de los que dependía y no a los intereses del pueblo. Empezaba a crearse una alianza entre los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía y una parte de la burguesía media; las fuerzas democráticas habrían tenido en las elecciones un éxito aplastante. Contra ellas, el ejército ejecutó el «plan contra la subversión interior» que deben aplicar todos los países de la O.T.A.N. La oligarquía económica volvió a aplastar a las masas, que ni siquiera pueden expresarse políticamente, ya que no hay partidos ni parlamento. El régimen las sume deliberadamente en el oscurantismo; forma cuadros, con fines militares, pero el pensamiento y la

Escaneado con CamScanner

creatividad son aplastados. Se resucitan el culto de los antepasados y dogmas religiosos medievales. Los campesinos, huyendo de la miseria de los campos, afluyen a las ciudades, donde se ven reducidos al desempleo. Entretanto toda oposición es salvajemente reprimida. La opresión policial, existente desde siempre en Grecia, ha sido reforzada. Se ha encarcelado, torturado salvajemente, y deportado a todos los ciudadanos sospechosos de simpatía no sólo por el comunismo sino por la democracia. Algunos de los que han huido de Grecia llevan en París la vida ingrata de los exiliados.

En cuanto un movimiento nacionalista o popular parece amenazar sus intereses los EE.UU. lo aplastan. Millones de hombres son mantenidos en un estado de subhumanidad para que ellos puedan saquear cómodamente las riquezas del Tercer Mundo. Lo escandalosamente absurdo es que, como han demostrado los economistas, los millones de dólares así arrancados a América no sirven al bienestar de la población norteamericana: una gran parte de ésta –la población negra en especial– vive en la pobreza y aun en la miseria. El gobierno invierte sus inmensos beneficios en industrias de guerra, de modo que su explotación enloquecida del planeta le sirve ante todo para volverse capaz de destruirlo.

En el interior del país, la situación de los negros, que me había indignado cuando mi primer viaje, se ha ido haciendo cada vez más intolerable; lo que ha acarreado una escalada de la violencia en las comunidades afroamericanas, y luego una escalada de la represión: los Panteras Negras han sido cercados, aprisionados, asesinados. Parece que la policía ha logrado desmantelar o reducir a la impotencia gran número de movimientos, entre otros el de los «Weathermen», revolucionarios blancos partidarios de métodos terroristas. Sin embargo, la mayor parte de los norteamericanos con los que he hablado consideran que el régimen no es viable; reina en EE.UU. tal clima de violencia, el desempleo ha cobrado tal importancia, son tantos los individuos sostenidos por la seguridad social, que su economía va a desfondarse; incluso en el nivel técnico se desarrollan insuperables contradicciones. «Debe quebrarse fatalmente porque esto no puede durar», me han dicho algunos amigos. ¿Aparejará este derrumbe una revolución a escala planetaria? No sé si viviré tanto tiempo como para verlo, pero es una perspectiva consoladora.

8

Entre el 62 y el 68, me desentendí de lo que ocurría en Francia. La derecha, unida y satisfecha de detentar el poder, no tenía otra preocupación que conservarlo; la izquierda, dividida, trataba en vano de unirse en torno a un programa coherente: la pugna no tenía nada de exaltante. Cuando las elecciones presidenciales del 65, sentí cierta satisfacción viendo a De Gaulle puesto en situación de empate, aunque no tenía ninguna simpatía por su más serio adversario, Mitterrand: sus ideas y los grupos que representaba me eran extraños. Ya no vivía en la angustia como durante la guerra de Argelia; pero no me sentía orgullosa de mi país. Había reanudado sus relaciones con la España de Franco, cuando ésta asesinaba a Grimau. Había encerrado a trece martiniqueses que no consideraban que la Martinica fuese un departamento francés. El asunto de Ben Barka la deshonraba: ninguno de los escándalos que habían manchado la tercera y la cuarta República había sido tan sórdido como esta maquinación política complacientemente cubierta por el gobierno. Me interesaban los conflictos que dividían al P.C. y los movimientos que sacudían a las masas: la agitación campesina, la huelga de los mineros que protestaban contra la liquidación de las minas de hulla. Pero nada me concernía muy directamente.

Como antigua profesora y porque me siento amiga de los jóvenes, me mostré atenta a los problemas que comenzaban a plantearse en el mundo estudiantil. En febrero del 64, Kravetz, presidente de la U.N.E.F., escribió para *Les Temps modernes* un artículo atacando los cursos magistrales; reclamaba una concepción diferente de la cultura y de la libertad, que implicara una transformación de las relaciones de los estudiantes con los profesores. Rehusando toda subordinación jerárquica, la U.N.E.F. lanzó el eslogan: «La Sorbona para los estudiantes.» En el 65 hubo en *Les Temps modernes* un debate sobre el tema. Kravetz y algunos de sus camaradas denunciaban la servidumbre de

Escaneado con CamScanner

los estudiantes ante la tecnocracia. No todos los redactores de la revista estaban de acuerdo con esas tesis; Sartre y yo las aprobábamos: la transmisión del saber debía ser asegurada por medios nuevos que había que tratar de definir.

Análogas tendencias se manifestaban en otros países, ligadas a compromisos políticos. En EE.UU. se desencadenó una revuelta estudiantil, en Berkeley, en diciembre del 64, a propósito de los derechos cívicos. En Alemania, para protestar contra la guerra del Vietnam, los estudiantes se reunieron delante de la embajada americana y tiraron huevos a la fachada. Un poco más tarde, rechazando las reformas selectivas, invadieron la facultad. Poco a poco llegaron a una discusión total de la sociedad capitalista. La S.D.S. –organismo de los estudiantes socialdemócratas– distribuía panfletos revolucionarios. En abril del 67 organizó una manifestación contra Humphrey; y otra en enero contra el sha de Irán: un policía mató a un estudiante de un tiro, lo que acarreó una inmensa movilización estudiantil. A pesar de la escalada represiva, crearon comités de acción y una universidad crítica. Su movimiento se propagó a toda Alemania. Lucharon contra la guerra del Vietnam y, en el interior del país, contra el trust de la prensa Springer. En Inglaterra, en Holanda, en Escandinavia, en Italia y aun en España hubo en el mundo estudiantil violentas agitaciones.

En Francia, los incidentes señalados por la prensa eran mucho menos espectaculares. Cuando Misoffe vino en el 67 a la Facultad de Nanterre para inaugurar la piscina, fue perseguido por un joven desconocido, Cohn-Bendit. En Nanterre también, los estudiantes a los que se prohibía la entrada a los edificios reservados a las mujeres (lo contrario estaba autorizado) se levantaron ruidosamente: «No a los guetos sexuales.» En febrero del 68 invadieron el sector femenino. Denunciaban las deplorables condiciones en las que trabajaban. Los diarios acordaron poco espacio a esas reivindicaciones y yo no registré su cabal importancia.

Como todos, comencé a percibirla durante el mes de marzo. Luego de los atentados de la noche del 17 al 18 de marzo, se arrestó a cuatro alumnos de liceo, miembros de los comités contra la guerra del Vietnam. El 22 de marzo en Nanterre, a iniciativa de Cohn-Bendit, los estudiantes ocuparon la torre de la administración; elaboraron un programa de acción contra la guerra de Vietnam, y contra la opresión de la que se consideraban víctimas. Los días siguientes distribuyeron

panfletos, perturbaron los cursos y los exámenes. Como el rector Grappin cerró Nanterre para el fin de la semana, realizaron un mitin en la Sorbona en el anfiteatro Descartes. El 12 de abril se manifestaron en el barrio Latino para señalar su solidaridad con Rudi Dutschke, líder de la S.D.S., gravemente herido la víspera por un fascista alemán.

Ya es sabido cómo siguieron las cosas: Grappin cerró Nanterre para domar a los «rabiosos», éstos invadieron la Sorbona, y el rector Roche llamó a la policía. Los estudiantes evacuaron la Sorbona y muchos fueron arrestados a la salida. El S.N.E. Sup. llamó a los profesores a una huelga general. La U.N.E.F. organizó una manifestación para el 6 de mayo, día en que Cohn-Bendit y otros muchos debían presentarse ante el consejo de disciplina en la Sorbona.

Todo el 6 de mayo hubo enfrentamientos entre estudiantes y policía en el barrio Latino, y en el bulevar Saint-Michel se sentía el olor –que pronto se volvió tan familiar– de los gases lacrimógenos. Por la noche, contra mi costumbre, puse la radio y durante cuatro horas estuve atenta a ella. Europa N.º 1 y Radio-Luxemburgo contaron minuto a minuto la batalla que se desarrollaba en el bulevar Saint-Germain: detrás de la voz un poco jadeante de los locutores se oía el rumor de la multitud y el ruido de las explosiones. Lo que ocurría era extraordinario: los manifestantes levantaban barricadas, hacían retroceder a cascotazos a los C.R.S. y aun a las autobombas lanzadas contra ellos. Al día siguiente se supo con qué salvajismo la polícia los había golpeado, persiguéndolos hasta dentro de las casas donde se refugiaban; fueron molidos a golpes en las comisarias y en Beaujon, donde los llevaron los celulares. ¿Pero acaso la represión podía contener esas fuerzas nuevas que acababan de desencadenarse? Mis amigos y yo esperábamos que llegaran a sacudir el régimen y quizás aun a derribarlo: el motín se había vuelto una insurrección.

Al día siguiente, de veinte mil a cincuenta mil manifestantes desfilaron desde Denfert-Rochereau a L'Étoile cantando *La internacional* y agitando banderas rojas y negras. La Sorbona rodeada de policías era inaccesible, pero Cohn-Bendit y sus camaradas no se presentaron ante el consejo de disciplina.

Ya se ha contado cien veces la noche épica del 10 de mayo, las barricadas de la calle Gay-Lussac, los coches incendiados, la arrebatiña policial: los burgueses de barrio espantados por esta orgía de vio-

lencia, cuyas víctimas fueron también ellos –muchos apacibles transeúntes fueron molestados–, trataron de socorrer a los estudiantes. Toda la opinión quedó indignada.

Los primeros días los comunistas habían atacado a los estudiantes y condenado entre otros en *L'Humanité* al «anarquista alemán Cohn-Bendit». El 8, entre la C.G.T. y la C.F.D.T. por una parte y los sindicatos de enseñanza y los estudiantes por otra hubo diálogos. El 10, poco antes de la aparición de las barricadas, los dos sindicatos obreros, la F.E.N. y la U.N.E.F., lanzaron una orden de huelga ilimitada y manifestación contra la represión. Aunque Pompidou, vuelto de Afganistán, hiciera reabrir la Sorbona la mañana del 13 de mayo, la tarde del mismo día, un gran desfile reunió desde la République a la plaza Denfert-Rochereau una multitud de estudiantes, de importantes delegaciones obreras, los líderes de los partidos de izquierda. Sauvageot, Geismar, Cohn-Bendit –a los que los cegetistas habían intentado en vano eliminar– venían a la cabeza del cortejo, que comprendía entre quinientos mil y seiscientos mil manifestantes. Coreaban las consignas escritas en sus carteles: «Estudiantes, profesores, trabajadores solidarios.» «Diez años es demasiado.» «Gobierno popular.» Sin embargo, los obreros estaban sólidamente controlados por la C.G.T., que se empeñaba en limitar su contactos con los estudiantes. En la plaza Denfert-Rochereau les dio a los portavoces y por altavoces desde camiones, la orden de dispersarse. Una decena de miles de estudiantes seguidos de cierto número de obreros se dirigieron al Champ-de-Mars donde hicieron un mitin: unos y otros no hablaban el mismo lenguaje y el diálogo entre ellos fracasó. Pero para los «rabiosos» de Nanterre era una gran victoria haber logrado movilizar los sindicatos en diez días. Su movimiento se hizo muy popular.

Muchos profesores apoyaron a los estudiantes, entre otros Laurent Schwartz –aunque en Nanterre le hubieran gritado poco antes a causa de sus posiciones selectivistas–. Los profesores Kastler, Jacob, Monod habían intervenido a favor de los estudiantes y habían estado a su lado durante la noche de las barricadas. Nosotros no éramos profesores, pero nos sentimos implicados. En un manifiesto publicado el 9 de mayo expresamos nuestra solidaridad con los luchadores, felicitándolos por querer «escapar por todos los medios a un orden alienado». Esperábamos que supieran mantener una «potencia de rechazo» capaz de abrir el futuro. El 12 de mayo, en Radio-Luxemburgo, Sartre dijo

Escaneado con CamScanner

que la única relación válida de los estudiantes con la Universidad era destruirla, y que para eso había que bajar a la calle. Su declaración fue reproducida en octavillas distribuidas en el barrio Latino.

No bien abierta la Sorbona, los estudiantes la ocuparon. Nunca en mi estudiosa juventud, ni siquiera al principio de este año 68, hubiera imaginado semejante fiesta. La bandera roja ondeaba sobre la capilla y sobre las estatuas de los grandes hombres. Sobre los muros florecían las maravillosas inscripciones inventadas algunas semanas antes en Nanterre. Cada día aparecían en los corredores nuevas inscripciones, octavillas, carteles, dibujos; en las escaleras, en el medio de los patios, los grupos discutían con encarnizamiento. Cada sector político tenía su asiento desde donde distribuía sus panfletos o sus diarios. Un *stand* de palestinos estaba junto al de los «sionistas de izquierda». Jóvenes y menos jóvenes se apretujaban en los bancos de los anfiteatros: el que quería tomaba la palabra, exponía su caso, sus ideas, sugería tareas o consignas; el público contestaba, aprobando o criticando. En los salones se habían instalado oficinas de prensa y en los graneros una guardería. Muchos estudiantes pasaban la noche en los locales, metidos en sacos de dormir. Los simpatizantes les llevaban jugos de fruta, sándwiches, platos calientes.

Vine muchas veces con amigos a dar vueltas por los patios, por los corredores. Encontraba siempre conocidos. Caminábamos, charlábamos, oíamos las discusiones; muchas giraban en torno del conflicto entre Israel y los árabes, alrededor del problema palestino. A partir del 15 de mayo la fiesta fue también en la plaza del Odeón: sobre el teatro ocupado por los estudiantes ondeaba la bandera negra. También allí había discusiones apasionadas y peticiones de palabra. Había orquestas que tocaban jazz y música bailable. Jóvenes y viejos, todo el mundo confraternizaba.

Pero los estudiantes comprendían que para derribar al régimen necesitaban el apoyo de la clase obrera. Habían jugado el papel detonante pero por sí solos no podían hacer la revolución. El 17 de mayo llevaron a Billancourt la bandera roja que ondeaba en la Sorbona. Habían escrito en una bandera: «La clase obrera toma la bandera de la lucha de la mano frágil de los estudiantes.» Las huelgas estallaron en Nantes y luego por todas partes. París tuvo durante algunos días un aspecto extraño. El 18 de mayo los transportes colectivos se detuvieron. Los cigarrillos escasearon. Los bancos cerraron y faltó dinero lí-

Escaneado con CamScanner

quido. Hubo escasez de gasolina; largas colas de automóviles se alargaban ante las pocas estaciones de servicio que funcionaban; el 21 de mayo todas estaban cerradas. Los basureros entraron en la huelga; los cubos de basura desbordaban, las veredas y las calzadas se cubrieron de restos. El 24 de mayo el número de huelguistas andaba entre nueve o diez millones. Sus reivindicaciones sobrepasaban mucho las reclamaciones salariales: ocupaban las fábricas sobre las cuales habían plantado la bandera roja. Gritaban los lemas: «Diez años es demasiado. Las fábricas a los obreros. El poder a los trabajadores.» Los estudiantes buscaban contactos con ellos. Iban en grupos a las puertas de las fábricas: los sindicatos les cerraban el camino. La huelga del F.E.N. proseguía: era una huelga ilimitada y los profesores la prolongaron durante un mes, cosa contraria a todas las tradiciones

La noche del 20 de mayo varios escritores fueron invitados a ir a la Sorbona a discutir con los estudiantes. Acompañados de un grupo de amigos, Sartre y yo nos encontramos con un joven responsable, a las 10, delante del Balzar. Parecía muy ansioso. «Esto no va a ser nada conformista, incluso va a ser muy agitado», nos dijo. Los oradores debían sentarse en la sala, en medio del público; faltando micrófonos se los iba a oír muy mal. Sartre sería seguramente más o menos abucheado, algunos estudiantes no lo querían, y como la sala estaba atestada de provocadores, se corría el riesgo incluso de serios tumultos. Subí al primer piso con bastante aprensión, al «Centro de agitación cultural», donde estaban ya Marguerite Duras, Duvignaud, Claude Roy, algunos otros escritores, varios organizadores, y el sociólogo Lapassade, que era el jefe del Centro. Nos confirmó que la sesión iba a ser agitada; quizás ni siquiera podríamos llegar al anfiteatro, que en principio tiene capacidad para cuatro mil personas y que ese día encerraba siete mil. Se nos propuso que fuéramos todos al patio y que tomáramos la palabra; allí se apretujaba una multitud y nos negamos. Por otra parte, ¿cómo hacer simplemente para salir de ese cuarto? En los corredores era una batahola. Estuvimos un momento sin podernos mover, y de pronto Sartre fue escamoteado: lo habían llevado al «sonido», nos dijeron. Era verdad: desde una ventana hablaba por micrófono a los estudiantes agolpados en el patio. En seguida corrió la voz de que había desaparecido: estaba empezando a inquietarme cuando supe que habían logrado hacerlo entrar al anfiteatro: ¿podría salir?, ¿cómo iban a desarrollarse las cosas? Al cabo de un momento, un estudiante vino

Escaneado con CamScanner

a decirnos que la discusión se había iniciado y que todo iba muy bien. Algunos escritores rezongaron molestos por haber sido convocados para nada: «Abundan las *vedettes*», dijo Marguerite Duras.

Mis amigos y yo fuimos a esperar a Sartre en el Balzar. Llegó al cabo de una hora, seguido de una corte de estudiantes, de periodistas y de fotógrafos. Contó que al entrar al anfiteatro la asistencia estaba más bien agitada, pero que en pocas frases había obtenido el silencio. Dijo a los espectadores cuántas esperanzas ponía en «esta democracia salvaje que ustedes han creado y que perturba todas las instituciones». Durante una hora había contestado preguntas. Al fin lo habían aplaudido calurosamente. Otros amigos se habían instalado desde las ocho en los bancos del anfiteatro y lo habían visto llenarse poco a poco. A las nueve no hubiera podido entrar ni un ratón; las estudiantes se habían instalado en los brazos de Descartes, otros sobre las espaldas de Richelieu. Lo curioso, según nos dijeron, era que toda aquella multitud estaba allí para escuchar, evidentemente, a Sartre, aunque por horror al «vedetismo» nadie pronunciara su nombre.

Después, permanecimos en contacto con el movimiento. Más de una vez nos encontramos con Geismar; Sartre entrevistó a Cohn-Bendit para *Le Nouvel Observateur*. Los jóvenes que nos rodeaban formaban todos parte de comités de acción. Vendían el diario *Action*, distribuían octavillas, tomaban parte en todas las manifestaciones.

Los estudiantes levantaron barricadas en la noche del 23 al 24, para protestar por la expulsión de Cohn-Bendit; los enfrentamientos con las fuerzas del orden fueron violentos. En la jornada del 24, la C.G.T. organizó dos manifestaciones de apoyo a los huelguistas que se desarrollaron en un orden perfecto y se dispersaron sin incidentes. Por la noche, los estudiantes se reunieron en masa en la estación de Lyon. Oyeron en sus transistores el discurso en que De Gaulle anunciaba un referéndum sobre la participación y lo abuchearon. Una gran cantidad de ellos, con Geismar a la cabeza, se dirigieron a la Bolsa y le prendieron fuego; las «fuerzas del orden» se desencadenaron; apaleamientos, violaciones y sin duda asesinatos disimulados como accidentes de coche. El 27 de mayo la gran reunión del estadio Charléty, donde se reconciliaron Mendès-France y Mitterrand, pareció, a pesar de la ausencia de la C.G.T., llena de promesas. La C.G.T. se manifestó dos días más tarde. Cabía esperar una unión de la izquierda que opusiera a la burguesía un programa anticapitalista y un gobierno de transición.

Pero a partir de esta fecha se produjo el reflujo. De retorno de Baden-Baden, donde había ido en secreto a consultar al ejército, De Gaulle anunció la disolución de la Asamblea. El 30 de mayo, un cortejo gaullista se desplegó por los Champs-Élysées. Habiendo de nuevo gasolina, los parisienses habían partido masivamente para su fin de semana. Por su lado, Seguy, jactándose de haber realizado «notables conquistas», decidió ponerle fin a las huelgas y trató de provocadores a los estudiantes que sostenían a los huelguistas. Los estudiantes, sin embargo, fueron en grandes grupos a Flins para protestar contra la ocupación de la fábrica Renault por la policía: uno de ellos, Giles Tautin, se ahogó al huir de las «fuerzas del orden». Al día siguiente éstas asesinaron en Sochaux a dos obreros. Por la noche, la U.N.E.F. había convocado a los estudiantes en la estación del Este para protestar contra la represión; la policía bloqueó severamente el barrio. Hubo enfrentamientos muy violentos en el barrio Latino; los manifestantes atacaron los coches y las comisarías, abatieron árboles, quemaron automóviles, rompieron cristales; hubo entre ellos más de cuatrocientos heridos. Su violencia aterró a la población, que dejó de testimoniarles su simpatía. La policía empleó técnicas que hicieron imposibles las aglomeraciones. Las manifestaciones fueron prohibidas, los grupos disueltos. Como Citroën permanecía en huelga, novecientos contratados fueron licenciados. Habiéndose desencadenado una huelga en la O.R.T.F., todos los miembros del personal que habían participado fueron despedidos.

Alrededor del 10 de julio visité por última vez la Sorbona. Encontré allí a Lapassade, muy exaltado. «Están pasando cosas espantosas —me dijo—. Voy a mostrárselas.» Los sótanos estaban llenos de ratas, lo que, según él, podía aparejar una gran epidemia. «Tratándose de epidemia, sólo hay una: la coca», le contestó un joven médico. Ambos se lamentaban de la descomposición general de la situación; por la noche, la Sorbona se llenaba de beatniks, de putas y de vagabundos. A toda hora los traficantes de drogas venían a vender sus productos en los corredores: los anfiteatros apestaban a hachís y marihuana. Subimos a los pisos superiores donde estaba la enfermería «paralela», acusada por el médico de haberle robado a la enfermería «regular» ampollas de morfina; Lapassade afirmaba que allí se dedicaban al tráfico de drogas e incluso a los abortos. Hizo abrir una puerta cerrada desde el interior; entramos en un cuartito amueblado con un armario y una

cama. Me lo mostró, con énfasis, y preguntó qué era lo que se cocía en ese lugar. «Es para cuidar a los escritores fatigados», dijo una joven, midiéndome de arriba abajo con insolencia. La verdad es que yo tenía el aire de estar metiéndome en lo que no me importaba. Al bajar la escalera el médico dijo que se iba a ocupar de la agitación en Rennes, de donde traería patatas para los huelguistas: ya estaba de la Sorbona hasta la coronilla. Lapassade me mostró luego a los «katangueses», con cascos y armados de barras de hierro; defendían la Sorbona contra los eventuales ataques de *Occidente*, mostrándose muy duros en los enfrentamientos con la policía; pero Lapassade encontraba peligroso que los estudiantes estuviesen más o menos en manos de estos mercenarios, desprovistos de toda convicción política; muchos eran antiguos «affreux». Lapassade insistía en hacerme bajar al sótano, para ver las ratas, pero me negué; también me negué a escribir el artículo que él quería sobre el «pudrimiento de la Sorbona». No compartía sus indignaciones, y de todos modos no me correspondía denunciar a los estudiantes. El artículo pedido apareció el 12 de junio en *Le Monde*, bajo la firma de Girod de l'Ain.

Poco después, la Sorbona y el Odeón fueron evacuados. Los policías volvieron a pulular por el barrio Latino. Algunos estudiantes lanzaron cócteles molotov desde los tejados. Y luego la calma volvió –una calma mortal–. En las calles, recubrían con alquitrán los empedrados. Obreros subidos en escaleras rascaban sistemáticamente las inscripciones y arrancaban los hermosos carteles. Al principio simpatizante o al menos indulgente, el país había tenido miedo y aspiraba al orden. Las elecciones fueron un éxito brillante para los gaullistas. La revolución había abortado.

Los más lúcidos entre los estudiantes no habían pensado nunca que pudiera producirse. Casi todos pertenecían a comités provietnamitas y habían estado influidos por la resistencia del Vietnam, que probaba que una minoría decidida podía tener en jaque a fuerzas superiores. Así habían sido arrastrados a cumplir el papel de detonadores. Pero sabían que el gran movimiento que habían desencadenado no llegaría a derribar el régimen: «La revolución no se hace en un día, y la unión de los estudiantes y de los obreros no es para mañana», había dicho Cohn-Bendit. Pero si reconocían su fracaso, igual conservaban la esperanza: «Sólo es el comienzo, continuemos el combate.»

Sartre subrayó en varias entrevistas lo que para él era la originali-

Escaneado con CamScanner

dad de la explosión de Mayo. Los estudiantes habían cambiado el viejo motor de las revoluciones, la necesidad, por una reivindicación nueva: la de la soberanía. En nuestra sociedad tecnocrática la idea de poder ha llegado a ser más importante que la de propiedad; ellos reclamaban el poder: el de tener su suerte en sus propias manos. Comprendían que en este mundo deshumanizado el individuo se define por el producto que produce o por la función que cumple; se rebelaban contra esta situación, reclamando decidir por sí mismos su papel. Los jóvenes obreros habían seguido su ejemplo: se habían rebelado contra su condición proletaria, lo que significaba un hecho nuevo y muy importante.

Los partidarios del orden sólo quisieron ver en los acontecimientos de Mayo una explosión juvenil y romántica: se trataba en realidad de una crisis de la sociedad, y no de una generación. Los estudiantes, cada vez más numerosos y sin ver ninguna perspectiva por delante, habían sido el medio que había hecho explotar las contradicciones del neocapitalismo: este estallido comprometía todo el sistema y en lo inmediato concernía al proletariado. Por eso entre nueve y diez millones de trabajadores fueron a la huelga.. Por primera vez después de treinta y cinco años se había planteado el tema de la revolución y el paso al socialismo en un país capitalista avanzado. Mayo había demostrado que la lucha por el control obrero era posible, y la iniciativa creadora de las masas necesaria. También había indicado las condiciones de un combate eficaz por el socialismo: era indispensable crear una vanguardia para que una revolución se lograra en los países capitalistas desarrollados.

Indirectamente el movimiento de Mayo arrastró la derrota de De Gaulle. La recibimos satisfechos. Y la confusión del equipo en el poder nos divirtió mucho. En su discurso radiofónico, La Malène, descompuesto, llamó a Waldeck-Rochet: Baldeck-Wochet. Esos señores anunciaban que se iban a producir «perturbaciones». No las hubo. Pero no nos interesaba elegir entre Poher y Pompidou. No le atribuíamos ninguna importancia a un cambio de personas que no alteraría para nada el funcionamiento del sistema. Como tantos en Francia, nos abstuvimos de votar.

Deseábamos seguir en contacto con los «izquierdistas». ¿No podrían encontrar en *Les Temps modernes* una tribuna donde sus tendencias se expresaran? Durante el verano de 1969 nos encontramos en Roma con los dos hermanos Cohn-Bendit, Kravetz, François George

y varios de sus camaradas. Volvían de las vacaciones en una playa alemana. Parecían nerviosos, y más o menos hostiles unos a otros. Recordaban con nostalgia los acontecimientos de Mayo, insistiendo cada uno sobre el papel que había desempeñado, y acusándose todos mutuamente de tener una mentalidad de antiguos combatientes. Nos impresionó que tuvieran una mentalidad de vencidos. Después de la fiesta de Mayo, estaban con las manos vacías. Acusaron a *Les Temps modernes* de haberse institucionalizado. El proyecto de unir a todos los grupitos no cuajó.

No obstante, Sartre siguió viendo a los izquierdistas, de tanto en tanto. En abril del 70, la *Gauche prolétarienne*, sintiéndose aislada y amenazada de desaparición, se puso en contacto con él. Su diario, *La Cause du Peuple*, era sistemáticamente requisado; acababan de arrestar a sus dos sucesivos directores, Le Dantec y Le Bris: salvo durante la ocupación, no se arrestaba en Francia al director de una publicación desde 1881. Contra una represión tan cínica, ¿qué podíamos hacer? Luego de encarar varias soluciones, Sartre propuso asumir la dirección de *La Cause du Peuple*. Hizo saber que no aceptaría todas sus tesis. En particular lamentaba que la G.P. asimilara su acción a la de la resistencia, el papel del P.C. al de los colaboracionistas, que hablara de una «ocupación» de Francia por la burguesía y de «liberación del territorio». Esas analogías le parecían tan mal fundadas como torpes. Pero en el fondo, simpatizaba con los maoístas. Aprobaba que quisieran resucitar la violencia revolucionaria en vez de ponerla a dormir como hacían los partidos de izquierda y los sindicatos. Las acciones permitidas –peticiones, mítines– no daban resultado: era necesario pasar a las acciones ilegales. Decidió, pues, dirigir oficialmente *La Cause du Peuple*, es decir, endosar la responsabilidad de todos los artículos que aparecieran. Debería haber sido arrestado en seguida, pero no lo fue. Cuando un número era requisado, el poder se limitaba a abrir una acción contra X.

Lo acompañé a fines de mayo al proceso donde comparecerían Le Dantec y Le Bris. El Palacio de Justicia estaba cercado de coches policiales y la sala estaba colmada. Detrás de mí había dos filas de policías de civil, sentados, y otros, de uniforme, estaban de pie, alrededor de la sala. Reconocí en la asistencia muchas figuras conocidas, entre otras la de Gisèle Halimi. Sartre debería testimoniar al final de la tarde y fuimos a almorzar en un restaurante vecino. Los periodistas vinieron a

pedirle a Sartre una declaración sobre la disolución de la *Gauche prolétarienne*, que acababa de ser decretada esa misma mañana; nosotros lo ignorábamos. Un poco más tarde Gisèle Halimi vino a buscarnos. Nos contó que durante la lectura de los artículos incriminados de *La Cause du Peuple*, abogados y pasantes –numerosos en la sala– se habían estremecido de horror: «¡Cómo dejan imprimir semejantes cosas!»

Volvimos a nuestros asientos en el momento en que un antiguo minero deponía como testigo; su padre había muerto de silicosis; describió la condición de los mineros y acusó a la sociedad de reducirlos a la desesperación; felicitó a *La Cause du Peuple* de darle la palabra a los trabajadores, cuando la prensa burguesa apagaba su voz. Luego un O.S. de largos cabellos defendió la recuperación por parte de la G.P. de una importante cantidad de billetes de metro que había distribuido a los obreros. Otro evocó las violencias cometidas en Flins por los policías. Un franciscano reclamó que también a él se le considerara culpable, ya que dirigía un diario donde se sostenían las mismas tesis. Un conocido dominico, el padre Carbonnel, apoyándose en encíclicas papales, acusó a los ricos de ladrones. Todos los testigos fueron cálidos y convincentes, pero hablaban en el vacío. La decisión del presidente estaba tomada por anticipado.

Sartre subrayó el escándalo de su presencia en la barra de los testigos cuando los otros dos directores estaban en el banquillo de los acusados. No estaba reclamando que se lo detuviera sino que se liberara a Le Dantec y a Le Bris. Los abogados le preguntaron cómo explicaba que la disolución de la G.P. hubiera ocurrido justamente el día del proceso, pero el presidente le impidió contestar.

El fiscal pidió al tribunal que suspendiera definitivamente *La Cause du Peuple*: recibió una negativa, de modo que el diario conservó su existencia legal.

Los estudiantes hicieron un acto: los barullos entre ellos y la policía se produjeron en Censier, en la Facultad de Ciencias, y hasta las tres de la mañana en el barrio Latino y en el bulevar Saint-Germain. Al día siguiente, después del veredicto que condenaba a Le Dantec a un año de prisión y a Le Bris a ocho meses, hubo actos de violencia ejecutados por pequeños comandos que la policía perseguía en moto. Geismar, acusado de haber alentado a los «rompedores», mediante palabras pronunciadas durante un mitin, fue objeto de una orden de arresto, y la policía se lanzó en su búsqueda.

Escaneado con CamScanner

Algunos días después rodeó el taller de Simon Blumenthal, que es el impresor de *La Cause du Peuple:* setenta ejemplares del diario habían sido puestos ya a salvo. Quiso llevarse a Blumenthal, pero los obreros se lo impidieron. Al día siguiente hubo en casa una conferencia de prensa para denunciar la arbitrariedad de esos procedimientos: Blumenthal estaba en su derecho imprimiendo un diario cuya existencia era legal: la ilegalidad consistía en venir a molestarlo en su actividad profesional. Radio-Luxemburgo y varios diarios –entre otros y ampliamente *Le Monde*– informaron sobre esta conferencia.

Los «Amigos de la Causa del Pueblo», formaron una asociación presidida por Michel Leiris y por mí. La prefectura de policía se negó a darnos su aval. Hicimos una demanda. Primero nos fue denegada; luego terminamos por ganar. Con Davezies, Tillon, Halbawchs y otros muchos, Sartre se adhirió al *Socorro rojo,* destinado a socorrer a las víctimas de la represión. Esperaban realizar por esa vía un reagrupamiento de los izquierdistas de todas las tendencias.

Había treinta vendedores de *La Cause du Peuple* presos: se los acusaba de haber pretendido reconstruir la *Gauche prolétarienne.* Algunos de los amigos del diario decidieron distribuirlo por la calle. Quisimos no hacernos llevar presos como lo pretendieron Dutourd y *Minute,* sino poner al gobierno en contradicción consigo mismo, partiendo del hecho de que no nos arrestaría. Sólo éramos diez, pero escoltados por muchos periodistas y fotógrafos, de modo que hacíamos bastante escándalo. En la calle Daguerre, en ese decorado que me es tan familiar, delante de uno de los comerciantes donde me surto, sacamos de un coche bolsas llenas de diarios y de octavillas que nos repartimos. Eran las cinco y media y mucha gente hacía sus compras. Atravesamos la multitud gritando: «¡Lean *La Cause du Peuple*! ¡Por la libertad de prensa!», distribuyendo ejemplares; luego seguimos por la avenida del General Léclerc, donde la multitud era aún más densa. Algunos transeúntes lo rechazaban con un aire de reprobación: «Está prohibido», dijo un hombre; otros lo tomaban con indiferencia; otros lo pedían. Una pescadera, sentada delante de su mostrador, preguntó:

–Nos están vendiendo medicamentos que nos envenenan. ¿Su diario dice algo de eso?

–Habla de todos los daños que les hacen.

–Entonces déme uno.

Escaneado con CamScanner

Empezó a formarse una aglomeración; un joven soldado interpeló a Sartre, le tomó un paquete de diarios y le puso una mano en el brazo. Los fotógrafos los ametrallaron en seguida, y como nos pusiéramos en marcha hacia la comisaría, alguien gritó: «¡Están deteniendo a un premio Nobel!» El agente soltó a Sartre, que lo seguía, mientras que los amigos gritaban: «¡Al ladrón!», pero el agente seguía cada vez más rápido, casi corriendo; entonces nos volvimos para atrás y seguimos con la distribución. Divertida y curiosa, la gente nos arrancaba los números. Llegamos a Alesia con las manos vacías. Nos reunimos en un lugar tranquilo para redactar un comunicado que sería transmitido a los diarios. Ya Radio-Luxemburgo daba cuenta de las operaciones: se oían nuestras voces –lean *La Cause du Peuple*– y las explicaciones dadas por Sartre durante el camino: *La Cause du Peuple* no está prohibido, el arresto de los que lo vendían es una ilegalidad. Logramos mantenernos treinta y cinco minutos. *Le Monde* dio el 22 de junio una noticia bastante larga de esta pequeña demostración.

El viernes 26 empezamos de nuevo. Éramos mucho más numerosos que la primera vez. Nos reunimos en los bulevares, delante del Rex –enfrente de *L'Humanité*– y caminamos hacia Strasbourg-Saint-Denis, escoltados por periodistas y fotógrafos. Distribuíamos nuestros ejemplares a los transeúntes y a la gente sentada en las terrazas de los cafés. Nos miraban con indiferencia, con hostilidad, con simpatía: mucha gente nos sonreía. Al cabo de un cuarto de hora atravesamos la calzada y volvimos sobre nuestros pasos, por la otra vereda. Cuatro o cinco agentes se acercaron y volvieron a irse. Volvieron con un coche celular. «No están detenidos. Los llevamos para verificación de identidad», nos dijeron. Cuando el coche se detuvo delante de la comisaría, nos hicieron entrar a todos allí, salvo a Sartre, a quien le dijeron: «Usted está libre, señor Sartre.» En el interior ya había unos diez camaradas: en total éramos una veintena. Mientras examinaban nuestros papeles, llegó Sartre. Abandonado, solo en la calle con un paquete de diarios debajo del brazo, se puso a distribuirlos. Entonces lo hicieron entrar.

Comenzaron a establecer nuestras fichas:

–Aparte del señor Sartre, ¿no hay otras personalidades aquí? Bertrand de Beauvoir, no es el escritor...

Dijimos a coro:

–Todos somos personalidades.

–Yo no conozco a ninguno de ustedes.

–No es culpa nuestra si usted carece de información: todos somos personalidades.

–Bueno, entonces yo también –dijo el policía, harto.

Nos pidieron a Sartre y a mí que los siguiéramos a una oficina: querían soltarnos y retener a los otros. Nos negamos. Entonces los policías comenzaron a agitarse, se colgaron del teléfono durante largo rato y uno de ellos dijo en voz muy alta:

–¡Es una historia de locos!

–¡Usted lo dice! –le contestó uno de los nuestros.

Nos divertimos mucho. Recibían evidentemente la consigna de soltar a Sartre a cualquier precio y de retener a los demás, pero nuestra actitud lo hacía imposible. Una hora más tarde llegaron policías de civil y un jefe en uniforme galonado de plata. De ahí a una media hora estaríamos todos libres, le prometió en un aparte a Sartre. Sea: pero Sartre y yo seríamos los últimos, declaramos. Nos fueron dejando ir en pequeñas tandas. Partí dos minutos después que Sartre, al que encontré en la esquina, rodeado de periodistas y hablando ante los micrófonos. Hablé también. Sartre repitió que no había buscado hacerse arrestar sino demostrar la contradicción en que incurría el gobierno: lo había logrado perfectamente y la confusión de los policías lo había demostrado. Esas declaraciones y el relato de los incidentes estaba siendo retransmitido a Truffaut, que ese día tenía su programa en Radio-Luxemburgo, y que los iba comunicando a los oyentes. La operación tuvo, pues, amplia publicidad. Por la noche, la televisión dio algunas rápidas ojeadas, comentándolas con imparcialidad. En Suiza, en Alemania, en Italia, en Inglaterra, las televisiones también informaron. Sin duda por eso los diarios franceses nos consagraron mucho espacio: toda una página en el *Combat*, largos artículos en *Le Monde* y *Le Figaro*. En la primera página de *France-Soir* aparecíamos Sartre y yo a través de la reja del camión celular. Sólo *Paris-Presse* hizo comentarios venenosos, pretendiendo que Sartre estaba rabioso porque lo habían soltado.

Sartre continuó sus contactos con los izquierdistas en París, y durante el verano en Roma. Concedió una entrevista a *L'Idiot International*, cuya dirección oficial acepté –con las mismas reservas que Sartre respecto a *La Cause du Peuple*–. De vuelta a París, Sartre tomó la dirección de otros dos diarios izquierdistas: *Tout* y *La Parole au peuple*.

Escaneado con CamScanner

También se ocupó del *Socorro rojo*, implantado en muchas ciudades de Francia.

Como el gobierno se obstinara en requisar *La Cause du Peuple* –no por eso menos ampliamente distribuido–, volvimos a hacer una manifestación en favor suyo durante el otoño del 70. El día de la salida del número 37, los «Amigos de la Causa del Pueblo» se presentaron en la imprenta. Uno de ellos vino a buscarme en automóvil: «Hay un coche policial en la esquina», me dijo. Aunque sabía que Sartre era objeto de una vigilancia policial, no quería creerlo. Pero en cuanto arrancamos, el coche arrancó detrás y se detuvo al mismo tiempo que nosotros delante del apartamento de Sartre. Con una hábil maniobra, nuestro conductor pudo eludirlo. Hacía un bonito tiempo de otoño, azul y dorado, y era un placer atravesar París. En el taller una máquina plegaba ruidosamente, con un ritmo precipitado, las hojas impresas de *La Cause du Peuple*. Hacia mediodía se había reunido mucha gente, entre la cual había periodistas y reporteros de la televisión. Maspero, Blumenthal y Sartre hablaron a la prensa y ante los micrófonos. Transportamos a Maspero tres mil ejemplares del diario: los policías de civil que habíamos eludido nos volvieron a encontrar y nos siguieron pero sin intervenir. Dejamos ejemplares en *La Joie de lire* y distribuimos en la calle. Un coche policial estaba estacionado cerca, pero nos dejaba actuar. Sin embargo, a los tres muchachos que se habían aventurado hasta el bulevar Saint-Michel los apresaron. Godard, Delfine Seyrig y Marie-France Pisier se hicieron llevar voluntariamente con ellos. Nos dirigimos todos a la comisaría del Panthéon, y nos quedamos todos delante de la puerta, hablando con los periodistas y ante las televisiones extranjeras hasta que nuestros seis camaradas salieron de la comisaría. El coche de policía encargado de seguirnos estaba allí, y uno de los policías apostados en una ventana del primer piso sacó cantidad de fotos de cada uno de nosotros. Su coche nos escoltó hasta el restaurante donde fuimos a almorzar. Era desperdiciar de manera tan absurda el dinero de los contribuyentes que me costaba creer a mis ojos.

El *Socorro rojo* organizó en Lens en diciembre una acción mucho más importante. En febrero del 70, dieciséis mineros resultaron muertos y muchos otros heridos por una explosión de grisú en Hénin-Liétard. La responsabilidad de los dueños de las minas en este accidente era evidente, y en represalia algunos jóvenes, no identificados,

arrojaron cócteles molotov en los despachos de la dirección, provocando un incendio. La policía detuvo sin sombra de pruebas a cuatro maoístas y a dos individuos con antecedentes. Éstos reconocieron haber lanzado los explosivos y acusaron a los cuatro maoístas de ser sus cómplices. El proceso de los «incendiarios» se iba a realizar el lunes 14 de diciembre, y el *Socorro rojo* convocó para el sábado 12 en Lens un tribunal popular. Para preparar la sesión, Sartre fue a hacer una investigación en Hénin-Liétard y durmió en una de las casas de los obreros.

Lens es una ciudad minera, negra y fea. Como se acercaba la Navidad, las calles estaban decoradas con colgaduras, guirnaldas y lamparitas. La gran sala de la Municipalidad –amplia construcción moderna que se alza en la plaza principal– estaba llena desde las cuatro de la tarde; había entre setecientas y ochocientas personas. En las paredes habían colocado grandes fotografías de los mineros muertos en el accidente. Por encima del escenario que servía de estrado se desplegaba una leyenda: «Hulleros asesinos.» Sartre se sentó en el estrado en una mesita, junto a un profesor barbudo y melenudo, pelirrojo, principal responsable del *Socorro rojo* de la región Norte. Cojeaba y tenía magulladuras en la cara, porque, dos días antes, dos desconocidos que se le habían metido en su propio coche habían intentado pasarle por encima. En otra mesa, grande, estaba instalado una especie de jurado: la vieja señora Camphin, casi ciega, de rostro esquelético, madre y esposa de mineros resistentes, fusilados por los alemanes durante la guerra; un ingeniero, un médico, un antiguo minero. El ingeniero leyó un texto impreso que exponía el punto de vista patronal. Otro ingeniero tomó el micrófono e hizo pedazos el informe: otros testigos apoyaron sus acusaciones. La falta de los dueños era escandalosa. Ese día, habían quitado un ventilador para reemplazarlo por otro más poderoso; en espera de que éste fuera colocado, el grisú se fue acumulando en la mina. No por eso dejaron de mandar a los mineros al fondo de ella. La operación debería haberse efectuado un día festivo o interrumpir el trabajo hasta tanto el segundo aparato hubiera comenzado a funcionar. Pero como siempre, fue primero el provecho que la seguridad. Bastó una chispa para provocar la explosión asesina. Otros testigos demostraron que los accidentes de trabajo no son debidos a esta fatalidad tras la cual trata de ampararse la patronal, sino a la indiferencia de los empresarios frente a los riesgos

que corren los trabajadores: nunca se producen accidentes cuando bajan «personalidades» a una mina, porque entonces se toman las precauciones.

Luego algunos médicos hicieron una sobrecogedora exposición sobre la silicosis; mata novecientos mineros al año; los demás serán, antes de los cuarenta años, semiinválidos o enfermos graves. Denunciaron la complicidad interesada de la mayoría de sus colegas: para ahorrarles a los dueños el pago de una pensión se niegan a hacer un diagnóstico de silicosis, aunque el enfermo esté ya gravemente atacado, y vuelven a mandarlo al fondo de la mina. En caso de muerte, la viuda sólo cobra pensión si su marido ha muerto con un 50 % de silicosis, y para asegurarse de esto se procede a una autopsia a la que ella está obligada a asistir: se espera que prefiera renunciar a su pensión. Antiguos mineros describieron su caso particular y denunciaron con cólera los peligros a los que se los expone, las mutilaciones que padecen, la mala fe de los médicos de los cuales depende su pensión. Reprocharon a los sindicatos no sostener sus reivindicaciones. Sartre resumió en su requisitoria el conjunto de las acusaciones dirigidas contra el Estado patrono. Echó por tierra el argumento de la patronal: «Son los propios trabajadores los que descuidan tomar las precauciones necesarias.» Porque si cuida su seguridad, el minero disminuye su rendimiento y recibe menos paga. El Estado patrono es el responsable de los accidentes y de las enfermedades profesionales: y hace pagar al propio obrero la defensa contra esos males. Se dan las consignas de seguridad en las alturas, sabiendo que el minero no las cumplirá bien, porque vería disminuido su salario de manera drástica. «Si te preocupas por la seguridad –le decía uno de ellos a un camarada– tus hijos no verán jamás la carne.»

Le reprocharon a Sartre que se hubiera erigido en juez. Pero el veredicto fue dictado por la asistencia en su totalidad. «¿Con qué sentido, dado que no habrá una sanción?», objetaron además. Sin embargo, tal condena tenía su eficacia; es una advertencia agresiva destinada a la patronal y una manera de alertar a la opinión pública. Cuanto más se divulgue el escándalo de los asesinatos perpetrados en nombre del provecho, menos fáciles serán de realizar.

El lunes siguiente, los seis supuestos «incendiarios» fueron liberados, incluyendo a los que habían confesado su acto denunciando falsamente a los maoístas. Evidentemente en este asunto había habido ma-

Escaneado con CamScanner

quinaciones políticas tan turbias que se prefirió hacer silencio soltando a todos.[1]

A fines de enero participé en un mitin organizado en la Mutualidad por los «Amigos de la Causa del Pueblo». Nuestra asociación acababa de ser reconocida, y el gobierno se había cansado de hacernos quitar el diario: queríamos informar al público de esas victorias. Michel Leiris presidía la reunión, en la que Sartre no participaba. Hablé del tema de la ilegalidad gubernamental en el seno de una seudoigualdad, y divertí mucho al público contando nuestras disputas con la policía mientras distribuíamos el diario.

Los demás oradores hablaron sobre todo de la huelga de hambre emprendida por los detenidos políticos para obtener un mejoramiento de su régimen. Geismar –al que la policía había logrado arrestar–, aunque gozando de un régimen relativamente privilegiado, se solidarizaba con ellos. Reclamaban, tanto para los de derecho común como para ellos mismos, condiciones más soportables: entre otros, el derecho de tener libros y de recibir visitas.

Algunos izquierdistas resolvieron ayunar también ellos para sostener esas reivindicaciones. El sacerdote que oficia en la capilla Saint-Bernard –en los subsuelos de la estación Montparnasse– aceptó alojarlos. Entre ellos estaba Michèle Vian, y fui muchas veces a verlos. Acampaban en un vasto centro de recepción, junto al despacho del sacerdote. Habían cubierto las paredes de carteles, de dibujos, de leyendas, de manifiestos: también los habían colocado en el corredor y en el muro de la estación, explicando el sentido de su acto. Sólo absorbían por día un litro y medio de agua mineral y cinco terrones de azúcar. Pero –a diferencia de lo que suele hacerse– no guardaron cama. Discutían entre ellos, recibían a periodistas y visitantes a los que vendían diarios de izquierda apilados sobre una mesa; reponían sus carteles, redactaban textos e inventaban nuevos lemas. Cada tarde, salían algunos momentos a tomar el aire.

Una noche, a eso de las 12, tocaron el timbre en mi casa; eran Michèle y otra huelguista, azoradas. Un comando fascista había forzado la puerta, había expulsado a las mujeres; no sabían lo que les estaría pasando a sus compañeros. Telefonearon al cura, que vino a buscarlas.

1. La regla consiste en soltar a los chivatos cuando los acusados a los que han denunciado son efectivamente culpables. Pero denunciar a inocentes no había aparejado nunca hasta ahora la liberación de individuos que hubieran confesado un delito.

Felizmente, los huelguistas habían logrado atrincherarse en su despacho y habían dado la alarma por teléfono. El comando se retiró después de romper vasos y botellas y de arrancar todos los carteles. Volvieron otra noche, pero esta vez los izquierdistas tenían guardias y no pudieron entrar. Nunca se supo si se trataba de miembros de *Occident* o –más verosímilmente– de provocadores políticos. Pronto hasta la misma prensa burguesa tomó partido por los huelguistas y Pleven capituló. Concedió el régimen especial reclamado por los detenidos que habían hecho la huelga de hambre. Nombró una comisión encargada de definir las circunstancias en que un delito debía ser considerado como político, y de mejorar el estatuto de los delincuentes comunes.[2] Los huelguistas de la capilla Saint-Bernard habían soportado veintiún días. Habían adelgazado pero estaban bien. Durante este período –el 6 de febrero–, a petición del diario *J'Accuse* fui a Méru a hacer un reportaje. Se trataba de un «accidente de trabajo» particularmente atroz. El 11 de mayo del 67, la fábrica Rochel –que tenía por objeto acondicionar productos gaseosos para la fabricación de insecticidas y de productos de belleza– explotó. Horrorizados testigos vieron salir de los talleres a muchachas transformadas en antorchas vivientes, semidesnudas, que rodaban aullando por el suelo. Sobre ochenta y siete obreras –en su mayoría muy jovencitas– que estaban presentes esa mañana, hubo cincuenta y siete víctimas que fueron transportadas de urgencia al hospital. Tres murieron. Las otras sufrieron durante meses –muchas durante dieciocho meses– tratamientos horriblemente dolorosos. Todas quedaron vulneradas.

La gran prensa, al dar cuenta de la catástrofe, habló de un drama debido a la fatalidad. Sin embargo, las responsabilidades del director de la fábrica, Bérion, eran tan evidentes que el tribunal le imputó una «falta inexcusable» y lo condenó por «homicidio imprudente». Se limitó sin embargo a infligirle un año de prisión en suspenso y veinte mil francos de multa. (El señor Bérion, beneficiado además por una amnistía, dirige una nueva y próspera fábrica.) La investigación que efectué entre los obreros y el director de fabricación, M. P., que descorazonado abandonó su puesto en febrero del 67, me probó que Bérion merecía ser considerado un asesino.

La fábrica Rochel estaba clasificada en la categoría de estableci-

2. El 19 de mayo del 71 ya habían pasado seis semanas y todavía no se había hecho nada.

mientos particularmente peligrosos porque utilizaba gases inflamables; almacenaba veintisiete toneladas en vez de las quince autorizadas. A causa de la deficiencia de las instalaciones y del control insuficiente, a menudo se producían pérdidas de gas que se expandían por el suelo, ya que las tuberías pasaban por excavaciones no ventiladas. A menudo también las compuertas de los depósitos de propano y de butano estaban mal cerradas. Hubo muchos conatos de incendio. Un joven obrero de quince años (!), Marc Vinet, era el encargado de abrir la fábrica a las siete de la mañana y de controlar las instalaciones. El 11 de mayo del 67, al llegar, todo le pareció normal. Pero a las ocho y cuarto notó que una espesa capa de gas escapaba de la máquina productora. «Se veía escapar el gas –me dijo una obrera–. Al contacto del aire formaba cristalitos blancos.» Una compañera se quejó: «Eso me hiela la espalda.» Otra me dijo: «Había una capa de gas, se veía; era blanca, no, más bien gris, como una niebla.» Hizo prevenir a un jefe, que cerró la espita y le mandó poner en marcha la rotuladora.[3] Se negó diciéndole: «Va a explotar.» «De ninguna manera. Vaya –le dijo el jefe, agregando–: Es una orden.» Marc Vinet obedeció. Hubo una chispa. El gas se inflamó. Todos huyeron. Pero los corredores estaban obstruidos, muchas de las puertas bloqueadas por pedazos de cartón; reglamentariamente tendrían que haberse abierto en el sentido de la salida, pero eran corredizas. El doble techo era de nilón, que, incendiándose, se derrumbó; las túnicas de polietileno que la dirección les hacía poner a las chicas ardieron. Todo el taller llameó.

¿Por qué saltó la chispa? La respuesta es aplastante para Bérion. Los reglamentos exigían que las instalaciones eléctricas fuesen de tipo estanco y que los motores eléctricos estuvieran provistos de dispositivos antideflagrantes. Pero para realizar una economía de unos dos mil quinientos francos encargó ciegamente una rotuladora (que produjo la explosión) de tipo clásico. Las instalaciones eléctricas eran tan defectuosas que ninguna empresa local aceptaba hacer las pocas y apresuradas reparaciones que Bérion pedía: habría sido necesario cerrar la fábrica durante varios días y rehacer todo. Bérion no ignoraba que ese año ya se habían producido algunos cortocircuitos. En mayo del 66, la asociación de propietarios de aparatos de vapor y eléctricos había reclamado, después de un examen, numerosas modificaciones de los

3. La máquina que pega los rótulos sobre las bombas.

Escaneado con CamScanner

aparatos, pues éstos no estaban equipados con los dispositivos de seguridad exigidos. El servicio de prevención de la Caja Regional de Seguridad Social también le había dirigido observaciones a Bérion. No tuvo en cuenta ninguna de esas advertencias. M. P. contó que cuando él se las recordaba, Bérion contestaba: «No se haga el necio. Déle fuerte, es todo lo que se le pide.»

¿Y los inspectores de trabajo? «Nunca aparecieron.» «En todo caso, nunca entraron», me dijeron las obreras. El propio tribunal de Amiens denunció la «exención» de la inspección del trabajo. El hecho es que en toda Francia los inspectores que en principio deben responder de la seguridad de los trabajadores se hacen cómplices de los patronos, cerrando los ojos. Están alentados desde lo alto. En Francia, el 80 % de las fábricas no respetan las medidas de seguridad exigidas por el código de trabajo: la productividad y la ganancia bajarían si los inspectores denunciaran esos abusos.

Hubo otro escándalo en este asunto: la actitud de la justicia. El proceso sólo tuvo lugar dos años después de la catástrofe. Bérion se libró con poco. El jefe que dio la orden de poner la máquina en marcha no fue molestado.

Un tercer escándalo fueron las medidas tomadas por la Seguridad Social. Cuando la tasa de invalidez es inferior al 50 %, al inválido sólo le toca la mitad de la pensión a la cual sus tasas deberían darle derecho; por un 14 % de invalidez recibe el 7 % de su salario. Los médicos de los consejos de Seguridad se preocupan de sus intereses pero no de los de las víctimas. En Méru la mayoría de éstas se han visto atribuir una tasa de invalidez variable entre el 14 % y el 20 %, y perciben cuatrocientos francos por trimestre. Incluso esta suma sólo la reciben si están de nuevo trabajando, si no se les acusa de querer vivir a costa del Estado.

¿Por qué no intentan un proceso contra la Seguridad para que les aumenten las pensiones? ¡Porque en el caso de que lo perdieran, todos los gastos serían por su cuenta!

Lo monstruoso, me dijo un médico de la región, es que la Seguridad Social sólo ha querido tener en cuenta –y de modo muy insuficiente– la incapacidad de trabajo. Pero hay otras cosas en juego. Muchas de las jóvenes quedaron moralmente marcadas por los dolores atroces que padecieron durante meses. Tienen depresiones nerviosas. Viven con miedo. La importancia de los daños estéticos es considera-

ble cuando se trata de mujeres jóvenes: tienen vergüenza de su rostro, de su cuerpo. Para muchas de ellas el futuro es inquietante. Están amenazadas de trastornos circulatorios y algunas de cáncer.

Es evidente la analogía de este feo asunto con el de las minas de Lens. En ambos casos, el patronato pudo asesinar impunemente. La inspección del trabajo, los médicos, los tribunales, se hicieron cómplices. Ambos casos no son excepcionales, pero sí dramáticamente típicos. En el 80% de las fábricas de Francia la seguridad es sacrificada a las ganancias, y cada día los obreros arriesgan la piel.

Si me pidieron que fuera a Méru, cuatro años después del accidente, fue porque las víctimas estaban tratando de organizarse para obtener un aumento de sus pensiones. Me felicité de haber aceptado, en primer lugar porque pienso que tales escándalos deben ser denunciados y la opinión alertada, y porque esta jornada me enseñó mucho. Conocía obreras jóvenes, entré en sus casas, las vi vivir, las escuché, hablé con sus familias. Fue una experiencia muy limitada, ya que las fábricas de Méru son pequeñas empresas implantadas en una zona rural y las obreras son casi todas hijas de campesinos; pero tuve de su condición una imagen más concreta que a través de análisis librescos.

Comprobé qué necesaria es la existencia de esa prensa de izquierda que el poder persigue: en ninguna otra parte se preocupan de hablar en detalle y verídicamente de la condición de los trabajadores, de su vida cotidiana y de sus luchas. Los diarios de izquierda tratan de informar a los obreros de lo que sucede en el seno de su clase, callado o disfrazado por la prensa burguesa.

A pesar de algunas reservas –no puedo, en especial, tener una fe ciega en la China de Mao– simpatizo con los maoístas. Se definen como socialistas revolucionarios, oponiéndose al revisionismo de la U.R.S.S. y a la nueva burocracia creada por los trotskistas: comparto su rechazo. No caigo en la ingenuidad de creer que van a hacer la revolución mañana, y el «triunfalismo» de algunos de ellos me parece pueril. Pero mientras que toda la izquierda tradicional acepta el sistema –definiéndose como un equipo de cambio o como una oposición respetuosa–, ellos representan una radical protesta. En un país esclerosado, adormecido, resignado, crean focos de agitación, despiertan la opinión. Intentan reagrupar «nuevas formas» dentro del proletariado: los jóvenes, las mujeres, los extranjeros, los trabajadores de las pequeñas empresas provinciales, menos incluidos por los sindicatos que los

de las grandes concentraciones industriales. Animan y a veces desde el interior suscitan acciones de un tipo nuevo: huelgas salvajes, secuestros. Plantean efectivamente el problema de la existencia de una vanguardia revolucionaria.

Ésta tendrá que desempeñar un papel si el país sigue deteriorándose, si las contradicciones del sistema se vuelven cada vez más evidentes. De todos modos, sea cual fuere el futuro, no lamentaré los pocos servicios que pueda rendirle. Prefiero tratar de ayudar a los jóvenes en su lucha, que ser el testigo pasivo de una desesperación que ha llevado a muchos al más atroz suicidio.

A fines de 1970, algunos miembros del Movimiento de Liberación de la Mujer vinieron a verme: querían hablarme del nuevo proyecto de ley sobre el aborto que debía ser presentado próximamente a la Asamblea; lo juzgaban demasiado tímido y deseaban desencadenar una campaña en favor del aborto libre. Para impresionar a la opinión, proponían que mujeres conocidas y desconocidas, declararan que personalmente ellas habían abortado. La idea me pareció buena. Veinte años antes, yo había protestado en *El segundo sexo* contra la represión del aborto, exponiendo las trágicas consecuencias que de ella derivan; era, pues, normal que yo firmara lo que llamaron el *Manifiesto de las 343* que apareció en la primavera del 71 en *Le Nouvel Observateur*. No se trataba –como algunos detractores fingieron creer– de introducir el aborto en Francia, ni siquiera de alentar a las mujeres a que abortaran, sino partiendo de que lo hacen masivamente –cada año se producen entre ochocientos mil y un millón de abortos–, permitirles sufrir esta operación en las mejores condiciones físicas y morales, lo que hoy es privilegio de una clase. Claro está que los métodos anticonceptivos son preferibles. Pero en espera de que sean conocidos y ampliamente practicados –solamente el 7 % de las francesas recurren a ellos–, el aborto sigue siendo la única solución para las que rechazan un hijo, y el hecho es que lo emplean a pesar de las dificultades, de la humillación y del peligro. Se le reprochó a ese manifiesto haber sido firmado únicamente por mujeres conocidas, lo cual es falso; sólo había un puñado; la mayoría de las firmantes son secretarias, empleadas, amas de casa.

Para continuar esta campaña, el M.L.F. organizó el 20 de noviem-

Escaneado con CamScanner

bre, en relación con manifestaciones feministas que se desarrollaron en ese día por todo el mundo, un desfile a través de París, de mujeres que reclamaban la libertad de maternidad, de anticoncepción y de aborto... Tomé parte en él. Marchamos desde la République a la Nation, ocupando toda la calzada, llevando pancartas con leyendas; las militantes blandían bayetas, alambres de los que colgaban ropa sucia, muñecas de papel, tripas de buey: una de ellas distribuía perejil –símbolo del aborto clandestino–, del que otras llevaban ramitas en el pelo. Éramos unos cuatro mil, en su mayoría mujeres, pero había también hombres, muchos melenudos y barbudos. Se soltaron globos, se cantó, coreando las consignas: «Niño deseado, niño amado. Maternidad libre.» Algunos padres habían llevado a sus hijos, y niños de seis años gritaban con los adultos: «Tendremos los hijos que queramos.» Había un hermoso cielo frío, y todo era muy vivaz, muy alegre y muy lleno de fantasía. Lo interesante era que la mayoría de las mujeres que los manifestantes abordaban en las veredas declaraban estar de todo corazón con nosotros y nos aplaudían. Al pasar delante de la iglesia Saint-Antoine, una novia vestida de blanco estaba por subir las escaleras: Gritamos: «¡La novia con nosotros!» «¡Liberen a la novia!», y la vanguardia del cortejo abandonó la calzada para entrar a la iglesia. El cura discutió un momento con los militantes y seguimos hacia la Nation.

Un poco antes de llegar nos encontramos con objetores de conciencia que llevaban carteles antimilitaristas. Su manifestación había sido prohibida y algunos habían tenido la idea de unirse a nosotros. Entonces nuestro cortejo se puso a gritar: «No tendremos hijos para los cuarteles.» «Debré, cerdo, queremos tu pellejo», y todos nos pusimos a cantar *La internacional*. En la Nation, las mujeres se subieron sobre el zócalo de una de las estatuas y quemaron bayetas, símbolos de la condición femenina. Hubo más cantos y farándulas: era una fiesta alegre y fraternal.

Otra acción en la que participé concernía al C.E.T. de Plessis-Robinson. Desde el otoño del 70 estaba enterada de la situación. Ese colegio, abierto en 1944, recoge chicas de doce a dieciocho años, encintas por primera vez y solteras. Expulsadas o retiradas de los establecimientos públicos en donde estudiaban, van, por consejo de una

4. La manifestación había sido autorizada.

asistente social, al C.E.T. Hay treinta y cinco plazas, y por rotación pasan anualmente alrededor de doscientas madres por el Plessis: se consigue el lugar si se pertenece a una familia modesta con muchos otros hijos. Tres o cuatro profesores preparan a las pensionistas para que se conviertan en empleadas de colectividades, o de oficina o de B.E.P.: pero sólo les aseguran el primer año de estudios; las que se encuentran en segundo o tercer año pierden el tiempo. De todos modos, las condiciones de trabajo son lamentables: hay ocho máquinas de escribir en total; las clases de matemáticas transcurren en la lencería. Hay alumnas brillantes que ven su porvenir truncado. No hay biblioteca. En lo que concierne a las visitas y a las salidas, las pensionistas son tratadas como delincuentes. El planning familiar propuso darles gratuitamente conferencias sobre los anticonceptivos: la directora se negó. Para protestar contra esta situación, ellas pidieron unirse a una delegación de madres solteras que debía concurrir al rectorado. La directora se lo prohibió. El jueves 16 de diciembre decidieron hacer huelga de clases y de comidas. La directora envió a los padres un telegrama breve e imperioso: «Vengan inmediatamente a recoger a su hija», y anunció que cerraba el colegio. Los padres vinieron a buscarlas: uno golpeó a su hija, la tiró al suelo y la arrastró por el pelo sin que nadie interviniera. Entonces una de las celadoras pidió socorro al M.L.F. Me uní, el domingo por la mañana, al grupo que ocupó el colegio: un castillo horroroso que se levanta en medio de un parque, en un aislamiento completo. A pesar de una delegada del rectorado y de un inspector de la Academia, hablamos con las pensionistas. Algunas militantes permanecieron allí todo el día y parte de la noche. Tanto presionaron que el inspector pidió por teléfono al rector una cita que éste concedió para la mañana siguiente. Acompañé al rectorado a la celadora y a algunas adolescentes; también vinieron los miembros del *Socorro rojo* –Halbawchs, Charles-André Julien–. Invitada a explicarse, Lucienne, una de las futuras madres, dijo que ellas reivindicaban la emancipación y un socorro que les permitiera criar a su hijo. En efecto, mientras que el matrimonio basta para emancipar a una joven de quince, la madre soltera sigue hasta los diecisiete bajo la tutela de sus padres: éstos deciden si conservará o abandonará al recién nacido. Muy a menudo eligen el abandono, y es la sociedad quien los obliga a ello; considera que el bebé pertenece a la madre de la parturienta, pero, en vez de darle una subvención suplementaria, le retira la asigna-

con familiar que le correspondía por su hija, con el pretexto de que ésta ya no va al colegio. Es una medida tan inicua que nos sumió en la estupefacción, primero a mí y luego a todas las personas a quienes les hablé. Las exigencias de Lucienne estaban, pues, perfectamente justificadas. El rector no por eso dejó de reaccionar: «Usted reclama un estatuto privilegiado so pretexto de que ha cometido, no diré una falta, no me gusta la palabra, pero digamos un error.» Lo detuve: «¿Según qué código juzga usted que es un error tener relaciones sexuales a los trece años?» No supo qué contestar, pero sentí pasar por el numeroso estado mayor el estremecimiento del escándalo. Nuestra sociedad no acepta la sexualidad juvenil. Un cura le dijo a Lucienne: «Usted admite que se tengan instintos sexuales a los trece años: yo no.» Lucienne y sus camaradas reclamaban también que una alumna encinta no fuera automáticamente echada por el director del liceo: «Pero lo que se hizo es por su bien –dijo el rector–. Los padres de los alumnos exigen su expulsión.» Naturalmente; para poder negar que una adolescente tiene instintos sexuales, hay que tratar a las que han cedido a ellos como ovejas negras. Los padres que evitan a sus hijos, y sobre todo a sus hijas, toda educación sexual, temen que la iniciada las arranque de una ignorancia que quieren tomar por inocencia. ¿Pero por qué la Universidad cede ante ellos? Fue lo que le pregunté al rector, y Charles-André Julien recordó el caso de Senghor: los padres no querían que sus hijos tuvieran a un negro por profesor, y sin embargo Senghor había sido mantenido en su puesto. La verdad es que la Universidad comparte los prejuicios de los virtuosos padres y considera a las adolescentes encintas como culpables. Los culpables en este asunto son los padres y la sociedad. Hay hoy en Francia más de cuatro mil menores, de trece a dieciocho años, embarazadas: si hubieran recibido una educación sexual la mayoría de ellas hubieran actuado con más prudencia. Sin embargo, cuando una de las futuras madres se quejó de que no se les informara sobre los métodos anticonceptivos, hubo una burla del lado de las autoridades: «¡Es un poco tarde!» Parecían considerar que si volvían a incurrir en los mismos errores, convenía que fuesen de nuevo castigadas: «No dejan venir al planning, pero dejan venir al cura», dijo la celadora. «Esa asociación es tan absurda como reveladora», dijo el inspector. Y explicó que corresponde a los padres de las alumnas decidir si un liceo acepta o no conferencias sobre planificación. «¿Hay una asociación de padres en el C.E.T. del Plessis-Robinson?»

«No.» «Entonces la directora decide en su propio nombre.» El rector reprochó a las pensionistas del C.E.T. querer ser tratadas como adultos, libres de disponer de sus hijos, estando a la vez a su cargo, como menores. Observé que era la sociedad la que les imponía ese estatuto contradictorio. Si son niñas, no debería aplicárseles una ley para adultos sino, considerando su caso como excepcional, autorizarlas a abortar; si son adultas, deben ser emancipadas y ayudadas. Para terminar, el rector hizo vagas promesas relativas al mejoramiento de las condiciones de trabajo, las visitas y las salidas. Prometió recibir a una nueva delegación a fines de enero. En lo fundamental, las cosas van a seguir seguramente como hasta ahora. Escribí a propósito de esto un artículo en *La Cause du Peuple,* donde traté de denunciar, entre otras cosas, la hipocresía moral de las gentes honestas, los abusos de la autoridad paterna, y la dramática situación que se les crea a los jóvenes en nuestra sociedad.

Si participé en manifestaciones, si me comprometí en una acción propiamente feminista, fue porque mi actitud tocante a la condición de la mujer evolucionó. Teóricamente sigo en las mismas posiciones, pero en el plano práctico y táctico mi posición se ha modificado.

Teóricamente, ya dije[5] que si volviera a escribir *El segundo sexo* le daría bases materialistas y no idealistas a la oposición del Mismo y del Otro. Fundaría el rechazo y la opresión del Otro no sobre un antagonismo de conciencias sino sobre la base económica de la escasez. Dije también que el desarrollo del libro no sería modificado por eso: todas las ideologías masculinas tienden a justificar la opresión de la mujer, y ella está condicionada por la sociedad para consentir.

«No se nace mujer, se llega a serlo»: retomo esta fórmula que expresa una de las ideas rectoras de *El segundo sexo.* Aunque existen entre la hembra humana y el macho diferencias genéticas, endocrinas, anatómicas, no bastan para definir lo femenino; esta es una construcción cultural y no un dato cultural; el cientificismo oscuro de la señora Lilar no ha empañado esta convicción, fortificada por los estudios cada vez más serios consagrados a la infancia durante estos últimos años; todos prueban que mi tesis es exacta y pedirían tan sólo un com-

5. En *La fuerza de las cosas.*

Escaneado con CamScanner

plemento: «No se nace hombre, se llega a serlo.» Tampoco la virilidad está dada de origen.

Freud no se interesa en la evolución de los niños sino a partir del momento en que según él aparece el Edipo: tres o cuatro años. Pero obras como *La fortaleza vacía*, de Bruno Bettelheim muestran la importancia que tienen para el futuro del niño los primeros meses de su existencia, lo que ha sido confirmado por experiencias realizadas por la Universidad hebraica de Jerusalén. Una psicóloga y un médico estudiaron distintos grupos de niños de tres años, unos nacidos en familias ashkenazis, acomodadas y cultas; otros niños de sefardíes, pobres, mal alojados y fatigados; los primeros eran activos, imaginativos, comunicativos, defendían su territorio y sus juguetes; los otros eran apáticos, introvertidos, no sabían jugar juntos, no defendían sus posesiones; tan poco sentido tenían de su propia existencia que en fotos identificaban a sus camaradas pero no a sí mismos. Ambos grupos fueron sometidos durante dos años a una educación intensiva; los niños retrasados al principio se desarrollaron y progresaron; pero los niños aventajados aprovecharon mucho más los esfuerzos de los educadores y al cabo de dos años sus progresos eran mucho mayores. La «integración» fracasó. Los niños retrasados persistieron en jugar sólo entre ellos. A la edad de tres años ya es demasiado tarde para igualar las posibilidades. Según los trabajos de un neurólogo americano, Benjamin Bloom, y de científicos europeos, el 50 % del potencial de desarrollo y de adquisición del sujeto se da a la edad de cuatro años: si durante esos años el niño no ha sido estimulado a desplegar sus facultades, su desarrollo y su coordinación no se darán nunca en el mismo grado. Basta que los padres no estimulen de la misma manera a los bebés machos y hembras para que se comprueben importantes diferencias entre las niñas y los varones desde la edad de tres a cuatro años.

Otra serie de experiencias condujo a conclusiones análogas, respecto al papel primordial desempeñado por los educadores: las de Rosenthal y sus colaboradores. Dirigiendo trabajos sobre ratones albinos en la Universidad de Harvard, Rosenthal hizo comprobaciones curiosas;[6] creyó observar que los resultados obtenidos dependían de la actitud inicial (*bias* en inglés) del investigador; encontraba lo que esperaba encontrar. Para confirmar esta hipótesis, constituyó al azar dos grupos

6. Rosenthal, *Experimental effects on behavioral Research* (1966, New York). Rosenthal and L. Jacobson, *Pygmalion in the classroom* (1968, New York).

de ratones; dijo a los experimentadores que el grupo A era una selección de sujetos particularmente entrenados a recorrer con éxito laberintos; que el grupo B, por el contrario, era estúpido. Los experimentadores obtuvieron resultados brillantes con el grupo A y lamentables con el B: su optimismo y su derrotismo habían influido evidentemente en su modo de conducir la experiencia. Rosenthal sometió a los profesores a una experiencia análoga.[7] Propuso ciertos tests a los estudiantes, e hizo dos listas de manera que la media intelectual de los sujetos fuera la misma para cada uno. Anunció que había inscrito en la primera a los estudiantes mejor dotados, y en la segunda a los medianos o débiles. Los profesores propusieron nuevos tests a los estudiantes: los de la primera categoría obtuvieron un cociente extremadamente elevado, los de la segunda se mostraron muy mediocres. Todo pedagogo sabe que para que un niño tenga éxito, es necesario que se le dé confianza; si se duda de él, fracasa. La experiencia de Rosenthal –hizo otras muchas que llegan a las mismas conclusiones– demuestran con resplandeciente evidencia que durante un aprendizaje la actitud del maestro con relación al aprendiz es determinante: obtiene lo que espera. Ahora bien, desde la cuna, y aún más tarde, los padres esperan cosas distintas de la niña y del varón. Esta espera no es sólo un estado de espíritu: se traduce en conductas.

Las madres «manipulan, acarician y llevan de manera distinta a los varones y a las niñas», dijo el psicoanalista americano Robert J. Staller, que ha estudiado especialmente la homosexualidad masculina. Descarta resueltamente[8] «la idea desacreditada de que la masculinidad y la femineidad se producen biológicamente al comienzo en los seres humanos»; recuerda «las numerosas experiencias naturales que han demostrado que los efectos del aprendizaje, que comienza con el nacimiento, determinan la mayor parte de la identidad del sexo». Afirma: «No es por efecto de una fuerza innata que el bebé sabe que es del sexo macho y que llegará a ser un varón. Los padres se lo enseñan, pero también podrían muy fácilmente enseñarle otra cosa... Elección del nombre, del color y estilo de la ropa, modo de llevar al niño, pro-

7. Rosenthal and K. L. Fole, *The effect of experimental bias on the Performance of the albinos Rat* (1957). Rosenthal and R. Lawson, *A longitudinal study of Experimental bias on the Operant learning of Laboratory rats.*

8. En un artículo aparecido en *La Nouvelle Revue de psychanalyse*, n.º 4, otoño de 1971, donde resume lo esencial de sus tesis.

ximidad y distancia, género de juegos, todo eso y muchas más cosas aún empiezan casi en el nacimiento.»

En particular, la madre no trata de la misma manera el sexo del niño y de la niña. Todas las madres no juegan con el pene de su hijo tan complacientemente como las nodrizas de Gargantúa o como las de Luis XIII con su criatura, pero están orgullosas de él, le dan un nombrecito amistoso, a veces se lo celebran. Nada parecido para la niñita cuyo sexo permanece como un dominio oculto. Eso es lo que explica –y no un misterioso instinto– la diferencia entre las conductas que pueden observarse en varones y niñas a partir de los dos años. Una joven que trabaja en una casa-cuna me dijo lo mucho que esto le había llamado la atención; los niños cuando van a los baños exhiben sin problemas su sexo; las niñas ya han aprendido a «esconder eso»; y son tímidas y vergonzosas; los varones espían a sus compañeritas cuando se lavan o cuando hacen sus necesidades: ellas no espían a los varones. Repito que es un sinsentido suponer que su pudor pueda ser segregado por las hormonas: ha sido enseñado y aprendido como lo serán después todas las demás cualidades consideradas específicamente femeninas. Traté de demostrar en *El segundo sexo* cómo se produce en sus detalles esta formación. Los juguetes que los niños reciben les imponen imperiosamente sus papeles; la niña acepta para sí el de la madre, el niño el del padre. Los padres alientan en todos los planos esta diferenciación, porque uno de sus mayores temores es tener por hijo un homosexual, por hija un «varón frustrado.»

Es sabido que para Freud la diferencia entre el hombre y la mujer se explica por entero por las de su anatomía; envidiando la niñita el pene del varón, dedica toda su vida a compensar esta inferioridad. En *El segundo sexo* rechacé esta interpretación. Muchas ignoran la anatomía de los varones; cuando la descubren les resulta indiferente o les produce incluso desagrado. Retomando esta discusión en *Politics of sex*, Kate Millet se pregunta por qué la niña le atribuiría a priori superioridad a un objeto sobre otro por ser más grande. Según Freud, vería en el pene un órgano más propicio a la masturbación que el clítoris; pero ella desconoce esa función masturbatoria de aquél, y ni siquiera sabe que tiene un clítoris. Freud sólo conocía a la mujer a través de los casos clínicos; sus pacientes sufrían inhibiciones sexuales y estaban descontentas de su condición. Quiso explicar este segundo hecho por el

primero. Pero es la sociedad la que revela a la mujer la inferioridad que le impone. Por lo demás, Freud confesó al final de su vida que nunca había entendido a las mujeres. Había recibido de su época y de su medio un prejuicio «machista» que le hacía considerar a la mujer como un hombre incompleto. Esta idea, que muchos psicoanalistas recusan hoy, fue largamente explotada por los posfreudianos: a la mujer que no se mantenía en «su lugar» se le atribuía de inmediato un «complejo de masculinidad».

En Francia, tanto como en Estados Unidos, después de *El segundo sexo* se dio una abundante literatura aplicada a convencer a la mujer de su «vocación específica». Pretendiendo poner al desnudo el feminismo, lo que hacía era engañar a la mujer. Declararon que estaba pasado de moda y superado: argumento de peso en una época sometida al terrorismo de la modernidad. Las mismas mujeres lo rechazan; dicen: las que trabajan sólo encuentran decepciones en sus oficios y prefieren permanecer en sus casas. Cuando dos castas se oponen siempre se encuentran en la más desfavorecida individuos que se alían con los privilegiados.[9] Además hay que desconfiar de las encuestas sociológicas generalmente conducidas con un espíritu conservador:[10] muy a menudo la manera de plantear la pregunta dicta la respuesta. Por lo demás, es cierto que en las condiciones actuales el trabajo que acumulan a las tareas domésticas no le proporciona a las mujeres las satisfacciones que a los hombres: la sociedad es quien se las rehúsa, y hace todo lo posible para crearles una mala conciencia. Aún más, la mujer de hogar generalmente está muy lejos de sentir la conformidad que proclama; descontenta de su suerte no quiere que la de sus hijas sea más clemente, y reclama tanto más ásperamente la conservación de su *status* cuanto más lo padece. En cuanto a los hombres, están obstinadamente empeñados en mantener la afirmación de su superioridad. El machismo está tan arraigado en el corazón de los varones franceses que algunos –Maurice Clavel entre otros– no vacilan en fundarlo en el hecho de que orinan de pie, lo que es más bien ofensivo para los varones musulmanes. Chaban-Delmas, evocando con entusiasmo la «nueva sociedad», ha precisado que la mujer será en ella la igual del hombre, pero,

9. «La mujer se valoriza a sus ojos y a los del hombre adoptando el punto de vista del hombre.» G. Texcier, «Les enquêtes sociologiques et les femmes», *Les Temps modernes*, 1-12-65.

10. *Idem.*

claro está, dentro de las diferencias. Parece que esta diferencia la destina esencialmente a fregar: lavar niños, enfermos, viejos; ese es el servicio social que le ha propuesto Debré. El hecho es que en Francia, en estos últimos diez años, la condición de la mujer no ha cambiado en nada. Se le ha concedido una mejora del régimen matrimonial. La anticoncepción ha sido autorizada, pero ya dijimos que apenas el 7 % de las francesas utilizan los métodos anticonceptivos. El aborto sigue estando rigurosamente prohibido. Las tareas domésticas siguen recayendo exclusivamente sobre las mujeres. Sus reivindicaciones como trabajadoras son ahogadas.

En EE.UU. las mujeres cayeron en la cuenta de esta opresión y se rebelaron. Betty Friedan publicó en 1963 un excelente libro, *The feminine mystique*, que tuvo una inmensa repercusión. Describía un malestar cuyo nombre no se atreve a decir: el malestar del ama de casa. Demostraba por qué procedimientos el capitalismo manipula a las mujeres a fin de limitarlas al papel de consumidoras, dentro del interés de la industria y del comercio en acrecentar la cifra de ventas. Denunciaba la utilización del freudismo y del psicoanálisis posfreudiano, a fin de convencer a la mujer de que le está impuesto un destino singular: cuidar de su casa y tener niños. Tres años más tarde, en 1966, Betty Friedan fundó N.O.W., movimiento feminista liberal y reformista que pronto fue superado por movimientos más radicales, creados por mujeres más jóvenes. En el 68 apareció el *Scum manifesto:* manifiesto de la Society for Cutting Up Men;[11] no hay que considerarlo un programa serio: es un virulento panfleto, a la manera de Swift, en el cual la rebelión contra el hombre está llevada al absurdo. Mucho más importante fue el nacimiento, durante el otoño del 68, de *Women's Lib*, el Movimiento de Liberación de la Mujer que unió a muchas de ellas. Se formaron otros grupos. Ese nuevo feminismo se ha dado a conocer por manifestaciones más o menos espectaculares y por una abundante literatura: numerosos artículos y libros, entre otros *Politics of sex*, de Kate Millet; *Dialectic of sex*, de Shulamith Firestone; *Sisterhood is powerful*, conjunto de estudios publicados por Robin Morgan; *The woman eunuch*, de Germaine Greer. Esas mujeres reclaman, no una emancipación superficial, sino la «descolonización» de la mujer, ya que ellas se consideran como «colonizadas del interior». Explotadas como do-

11. Sociedad para la castración de los hombres. Hay un juego de palabras en *Scum* que significa *escoria*, la hez de la tierra.

mésticas a las que la sociedad extrae un trabajo no retribuido, son víctimas de una discriminación en el mercado de trabajo: se le niegan posibilidades y sueldos iguales a los de los hombres. El movimiento ha tomado una gran extensión en EE.UU., extendiéndose a diversos países, en especial Italia y Francia, donde desde 1970 se desarrolla el Movimiento de Liberación de la Mujer.

¿De qué proviene esta explosión? Hay dos razones principales. La primera es que en una sociedad capitalista avanzada el *status* de las mujeres –económicamente muy ventajoso desde el punto de vista masculino– representa a sus ojos una contradicción. El trabajo doméstico, en una sociedad basada en la producción de mercancías, no está considerado como un trabajo real: para que llegue a serlo, tendría que convertirse en una producción pública. La sobrevivencia de tareas domésticas cumplidas dentro de la casa –aunque sea con ayuda de máquinas– desentona en una sociedad tecnocrática donde las otras formas del trabajo están cada vez más rigurosamente racionalizadas. La segunda razón, la más importante, es que las mujeres han comprobado que los movimientos de izquierda y el socialismo no han resuelto sus problemas. Cambiar las relaciones de producción no basta para transformar las relaciones de los individuo entre sí y, además, en ningún país socialista la mujer ha llegado a ser la igual del hombre. Muchas militantes de *Women's Lib* o del M.L.F. francés han tenido personalmente la experiencia: en los grupos más auténticamente revolucionarios, la mujer está limitada a las tareas más ingratas, y todos los líderes son hombres. Cuando en Vincennes un puñado de mujeres alzó el estandarte de la revuelta, los izquierdistas invadieron la sala gritando: «El poder está en la punta del falo.» Las americanas han tenido experiencias semejantes.

En cuanto a su táctica y a sus acciones, las feministas de hoy han sido influidas en EE.UU. por los hippies, los yippies y sobre todo los Panteras negras; en Francia, por los acontecimientos de Mayo del 68; encaran una forma de revolución distinta de la de la izquierda clásica e inventan para obtenerla nuevos métodos.

He leído toda la literatura feminista americana, he mantenido correspondencia con militantes, me he reunido con algunas y he quedado muy satisfecha de que el nuevo feminismo americano se apoye en *El segundo sexo:* en el 69, en ediciones de bolsillo, alcanzaba los setecientos cincuenta mil ejemplares. Ya ninguna feminista duda de que la mujer está fabricada por la civilización y no biológicamente determi-

nada. Se alejan en cambio de mi libro en el plano práctico rehusándose a confiar en el porvenir, queriendo empuñar ya hoy su destino. En ese punto yo he cambiado, y les doy la razón a ellas.

El segundo sexo puede ser útil a las militantes, pero no es un libro militante. Yo imaginaba que la condición femenina evolucionaría al mismo tiempo que la sociedad. Escribí: «A grandes rasgos, hemos ganado la partida. Hay muchos problemas que nos parecen más esenciales que los que nos conciernen singularmente.» Y en *La fuerza de las cosas* dije sobre la condición femenina: «Depende del futuro del trabajo en el mundo, y sólo cambiará en serio mediante una transformación de la producción. Por eso he evitado encerrarme en el feminismo.» Un poco después, en un diálogo con Jeanson,[12] dije que llevando mi pensamiento lo más radicalmente posible hacia el feminismo se lo interpretaba en toda su exactitud. Pero seguí estando en un plano teórico, negando radicalmente la existencia de una naturaleza femenina. Ahora, entiendo por feminismo el hecho de luchar por reivindicaciones propiamente femeninas, paralelamente a la lucha de clases, y me declaro feminista. No, no hemos ganado la partida: en realidad, desde 1950 no hemos ganado casi nada. La revolución social no alcanzará a resolver nuestros problemas. Esos problemas conciernen a un poco más de la mitad de la población: hoy los considero esenciales. Y me asombro de que la explotación de la mujer sea tan fácilmente aceptada. Si observamos las democracias antiguas, profundamente ligadas a un ideal igualitario, cuesta entender que la situación de los esclavos les haya parecido natural: parecería que la contradicción les tenía que saltar a la vista. Quizás un día la posteridad se pregunte con el mismo estupor cómo las democracias burguesas o populares han mantenido sin escrúpulos una radical desigualdad entre ambos sexos. Aunque vea claramente las razones, yo misma me asombro hoy. En resumen, antes pensaba que la lucha de clases debía prevalecer por encima de la lucha de los sexos. Ahora creo que hay que acometer las dos a la vez.

En su excelente librito *Woman's Estate*,[13] Juliet Mitchell describe muy bien las divergencias que oponen el feminismo radical al socialismo abstracto.

12. Francis Jeanson, *Simone de Beauvoir o la empresa de vivir*.

13. Aparecido en 1971, continúa y completa un interesante artículo: «The longest Revolution», publicado algunos años antes en Inglaterra en la *New Left Review*.

Escaneado con CamScanner

Feminismo radical	*Socialismo abstracto*
Los hombres son los opresores.	El sistema es el opresivo.
Todas las sociedades han dado la supremacía a los hombres.	El capitalismo oprime a las mujeres.
Se trata, fundamentalmente, de una lucha psicológica por el poder y los hombres ganan.	La situación se explica por la propiedad privada.
El socialismo no tiene nada que ofrecernos.	Debemos descubrir cuál es nuestra relación con el socialismo.
Etcétera.	

Hace algunos años hubiera defendido exactamente las tesis del socialismo abstracto; ahora pienso, como Juliet Mitchell, que ninguna de las dos series de afirmaciones es suficiente: es necesario intercomplementarlas. Sí, el sistema aplasta a hombre y mujeres, e incita a éstos a oprimir a aquéllas: pero cada hombre se lo apropia y lo encarna; conservará sus prejuicios y sus pretensiones aunque el sistema cambie. Del mismo modo que en el 68 la revuelta de los jóvenes no podía por sí sola desembocar en la revolución, la de las mujeres no es capaz de trastocar el sistema de producción. Por lo demás, ya está probado que el socialismo –tal como se realiza hoy– no ha liberado a las mujeres. ¿Podría hacerlo un socialismo realmente igualitario? Por el momento eso es una utopía, mientras que la condición padecida por las mujeres es una realidad.

Hay muchos puntos sobre los cuales las feministas están divididas. Tienen dudas sobre el porvenir de la familia, por ejemplo. Algunas consideran –entre otras Shulamith Firestone– que su destrucción es necesaria para la liberación de la mujer, tanto como para la de los niños y los adolescentes. El fracaso de las instituciones que intentan suplir a los padres no prueba nada: son maneras provisionales de eliminar un problema, al margen de una sociedad a la que hay que reestructurar radicalmente. Encuentro igualmente justas todas las críticas que Firestone dirige contra la familia. Deplora la esclavitud impuesta a la mujer a través de los hijos, y los abusos de autoridad a los que éstos están expuestos. Los padres hacen entrar a sus hijos en sus juegos sa-

domasoquistas, proyectando sobre ellos sus fantasmas, sus obsesiones y sus neurosis, en una situación eminentemente malsana. Las tareas paternas deberían estar equitativamente repartidas entre el padre y la madre. Sería deseable que los niños estén lo menos posible abandonados a ellos, que su autoridad esté restringida y severamente controlada. ¿Organizada así, mantendría alguna utilidad? Existen comunidades en donde todos los niños están a cargo de todos los adultos y se obtienen buenos resultados; pero son demasiado poco numerosas como para que se pueda considerar que constituyan una solución del problema. Como muchas feministas, deseo la abolición de la familia, pero sin saber muy bien cómo reemplazarla.

Hay otro punto controvertido: la relación entre mujer y hombre. Todas las feministas concuerdan en que hay que volver a definir el amor y la sexualidad. Pero algunas niegan que el hombre desempeñe un papel en la vida de la mujer, en especial en su vida sexual, mientras que otras desean guardarle un lugar en su vida y en su lecho. Estoy del lado de éstas, porque me repugna la idea de encerrar a la mujer en un gueto femenino.

En su importante obra sobre la sexualidad, Masters y Johnson consideran que las experiencias de laboratorio han establecido que el orgasmo vaginal es un mito, y que sólo es real el orgasmo clitoridiano; para conocer el placer sexual la mujer no tendría ninguna necesidad del hombre, contrariamente a lo afirmado por Freud. Sin niguna duda, la actitud de Freud sobre ese punto está inspirada por su concepción patriarcal de la relación entre los sexos: se trata de negarle a la mujer la autonomía sexual, poniéndola bajo la dependencia del hombre. Llega a escribir: «La masturbación del clítoris es una actividad masculina y la eliminación de la sexualidad por esa vía es una condición necesaria para el desarrollo de la feminidad.» Dado que el clítoris es un órgano exclusivamente femenino, el absurdo de la primera frase salta a los ojos. Es un prejuicio suponer que una mujer que elige el placer por el clítoris –en la homosexualidad o en el onanismo– es menos equilibrada que otra. Por otra parte, la idea de eliminar dicha forma de la sexualidad es errónea; el clítoris está íntimamente ligado a la vagina y quizás es esta relación la que hace posible el orgasmo vaginal. Hay una innegable especificación del placer obtenido en un coito con penetración vaginal, que muchas mujeres consideran el más satisfactorio. Las experiencias de laboratorio que aíslan la sensibilidad interna de la va-

gina del conjunto de sus reacciones no prueban nada. El coito no es una relación entre dos aparatos genitales, ni siquiera entre dos cuerpos, sino entre dos personas, y el orgasmo es por excelencia un fenómeno psicosomático.[14]

Tampoco acepto la idea de que todo coito es una violación. Creo incluso que fui demasiado lejos cuando en *El segundo sexo* escribí: «La primera penetración es siempre una violación.» Pensaba sobre todo en las noches de bodas tradicionales en las que una virgen ignorante es desflorada con mayor o menor torpeza. Es cierto que a menudo, en todas las capas de la sociedad, el hombre «toma» a la mujer sin preguntarle su opinión y aun empleando su fuerza; si se le inflige sin que ella lo desee, el coito es una violación. Pero también puede ser un intercambio de ambas partes libremente consentido; entonces, asimilar la intromisión a una violación es recaer en todos los mitos masculinos que asimilan el miembro masculino a una vara, una espada, un arma dominadora.

El odio por los hombres lleva a ciertas mujeres a recusar todos los valores que ellos reconocen y a rechazar todo lo que ellas consideran «modelos masculinos». No creo que existan calidades, valores, modos de vida específicamente masculinos: sería admitir la existencia de otros femeninos, es decir, adherirse a un mito inventado por los hombres para encerrar a las mujeres en su condición de oprimidas. A las mujeres no les corresponde afirmarse como mujeres sino convertirse en seres humanos completos. Rechazar los «modelos masculinos» es un sinsentido. El hecho es que la cultura, la ciencia, las artes, las técnicas han sido creadas por los hombres, puesto que ellos representan la universalidad. Así como el proletariado utiliza a su modo la herencia del pasado, las mujeres deben apropiarse de los instrumentos forjados por los hombres y servirse de ellos según su propio interés. Lo cierto es que la civilización establecida por los machos, aunque aspira a la universalidad, refleja su machismo, que impregna hasta su mismo vocabulario. Al recuperar tales riquezas debemos distinguir, con mucho cuidado, lo que tiene carácter universal de lo que lleva la marca de

14. Gérard Zwang en su obra *Le sexe de la femme*, describe con mucha precisión las condiciones y el mecanismo del placer vaginal (págs. 125 a 129). Recuerda que los casos de onanismo vaginal son muy numerosos: el uso que los andinos hacen del «quesquel», la manera como los polinesios y otros pueblos visten el sexo masculino no tendrían ningún sentido en caso de insensibilidad vaginal.

la masculinidad. Las palabras *negro* y *blanco* nos convienen por igual: no la palabra *viril*. Podemos estudiar matemática y química con tranquilidad; la biología es más sospechosa y más aún la psicología y el psicoanálisis. Desde nuestro punto de vista me parece necesario hacer una revisión del saber, pero no repudiarlo.

Personalmente o a través de sus escritos, he conocido a un gran número de feministas que tienen las mismas posiciones que yo y por eso, como ya dije, he podido participar en algunas de sus acciones y ligarme a su movimiento, proponiéndome continuar en este empeño.

Hay un punto sobre el cual mi posición no ha variado y sobre el que quiero volver ahora: el ateísmo. Muchas almas buenas deploran el desdichado azar que me ha hecho «perder la fe». Muchas veces, en artículos o en cartas que me envían, leo: «¡Ah, si hubiera vivido entre verdaderos cristianos!» «¡Si hubiese leído el Evangelio en vez de la Imitación!» «¡Si hubiera encontrado un sacerdote inteligente!» He tenido que leer: «Si me hubiera encontrado a *mí:* hubiera quedado edificada por mi ejemplo, convencida por mis argumentos.» En realidad, mi educación religiosa fue bastante lejos; sabía de memoria largos pasajes del Evangelio. En mi juventud y más adelante conocí muchos cristianos inteligentes, y, justamente porque lo eran, no pretendían que por su influencia se pudiera salvar mi alma. Pensaban que la fe depende de Dios, de sus designios, de las gracias que concede. En efecto, es un contrasentido teológico explicar su presencia o su ausencia por razones contingentes y puramente naturales.

Yo, que no creo en el más allá, me encuentro autorizada a buscar los factores sociales o psicológicos que motivan la actitud de los católicos practicantes. La mayoría del tiempo se limitan a reproducir lo que les ha inculcado su educación y lo que su medio practica. Pueden decir como el personaje encarnado por Trintignant en *Mi noche con Maud:* «Yo era católico, así que seguí siéndolo.» La fe es muy a menudo un accesorio que se recibe en la infancia con el conjunto de la panoplia burguesa y que se guarda como el resto, sin plantearse preguntas. Las dudas que puedan surgir son casi siempre dejadas de lado por razones afectivas: fidelidad nostálgica al pasado, adhesión al ámbito que nos rodea, temor de la soledad y del exilio que amenazan a los inconformistas. Zazá tenía espíritu crítico y muchos aspectos de su re-

Escaneado con CamScanner

ligión la dejaron perpleja; si no renunció a ella fue a causa del amor incondicional y doloroso que sentía por su madre: no quería interiormente alejarse de ella. Poco segura de sí, atormentada, necesitaba confiar en un ser soberano. En la mayoría de los casos, hay intereses ideológicos en juego. Se adquieren hábitos mentales, sistemas de referencias y de valores de los que uno queda prisionero. Aunque sus reflexiones lo inciten a ello, un sacerdote vacilará en romper con su vida anterior. También pueden intervenir intereses materiales: le hubiera sido imposible a un Daniel-Rops o a un Mauriac plantearse la solidez de sus convicciones sin correr el riesgo de quebrar su carrera.

Se me dirá que en muchos lo primero es la incredulidad: un día, de pronto, el individuo encuentra a Dios: «Entró en mi cuarto. Me habló en un jardín... Existe: lo encontré.» En general –el ejemplo de Simone Weil es llamativo– el converso atraviesa una crisis, su concepción del mundo se derrumba, y la imagen que tenía de sí mismo estalla. Creer en Dios le permite remodelar el universo y su propia figura. Entrever una salida desde el seno de su confusión le produce una alegría que lo trastorna y engaña su emoción con una iluminación. Los creyentes insisten fácilmente sobre las dificultades que experimentan para vivir en presencia de Dios; yo he comprobado que suelen sentirse muy cómodos. Las desgracias e injusticias que pesan sobre la tierra forman parte del plan divino, y no tienen por qué preocuparse, porque serán compensadas en el otro mundo. Dios les perdona sus faltas y le da la razón sin dificultades, dado que son ellos quienes lo hacen hablar. Hay excepciones; para la hermana Renée, que conocí en una *favela* de Río, Dios no era una coartada sino una exigencia; él la instaba a luchar contra la miseria, contra la explotación, contra todos los crímenes cometidos por el hombre contra los hombres. Aquí y allá, sacerdotes y laicos sostienen un combate análogo. Pero no son muchos.

Muchas veces he preguntado a algunos creyentes cómo justificaban su fe. Algunos me contestaron con argumentos filosóficos envejecidos: «El mundo no salió de la nada... El mundo no es producto del azar.» Otros, han hecho clamar a su corazón: «Tiene que haber otra cosa después... Sin Dios no habría razón para vivir... Es demasiado desesperante...» Otros invocaron el género de experiencia ya aludido. Un teólogo me dijo: «El día de mi confirmación sentí la presencia de Dios con tanta claridad como la suya en este momento: ese recuerdo

Escaneado con CamScanner

nunca se me borró.» Lo interesante era saber por qué durante toda su vida le había dado tal valor a esta impresión de infancia. Muchos me han dicho simplemente: «¿La fe? Eso no se explica.»

Sé lo que significa la fe de un niño: creer en Dios, para él, es creer en los adultos que le hablan de Dios. Cuando deja de tenerles confianza, la fe no pasa de ser un dudoso compromiso que consiste en creer que se cree. A los quince años yo ya estaba demasiado formada para contentarme con eso. Luego, el estudio de la filosofía me llevó a comprender que un ser que existiera a la vez sobre el modo del en sí y en el del para sí no sería pensable. Nunca me he planteado –no podría haberlo hecho nunca– volver a las fábulas que encantaron mis primeros años.

Entre los lectores que han querido ver en el epílogo de *La fuerza de las cosas* la constancia de un fracaso, muchos se apresuraron a atribuirlo a mi ateísmo. Privada de esta fe discreta que permite a los sexagenarios pasar noches felices en los cabarets parisienses, yo habría sentido el horror de una existencia que no se trasciende en Dios. La arrogancia de ciertos cristianos les cerraría el cielo, si para su desgracia existiera uno. Si un descreído se encuentra a gusto en su pellejo, lo acusan de no comprender nada del enigma y del drama de la condición humana; es el señor Homais; y desprecian la chatura limitada de sus concepciones. Si tiene el sentido de la muerte, del misterio, de lo trágico, eso se vuelve también contra él. O bien le aseguran –¿a quién no se lo han hecho?– que en el fondo cree en Dios. O su angustia y su rebelión se vuelven la prueba de sus errores. La nada me da vértigo: por tanto somos inmortales.

Extraño razonamiento que revela el papel jugado por la religión en la mayoría de los casos: el de una fuga o una deserción. La fe permite eludir las dificultades que el ateo enfrenta honradamente. Lo más intolerable es que de esta cobardía extraiga el creyente su superioridad. Desde muy alto nos tiende una mano caritativa: «Estoy seguro de que un día la voz de Dios la alcanzará.» Quedaría muy escandalizado si uno le contestará: «Espero que un día usted deje de contarse patrañas.»

¿De qué color se me aparece este mundo sin Dios en el que vivo? Muchos lectores me han escrito que lo que les complace de mis libros

es mi gusto por la felicidad, mi amor a la vida, mi optimismo. Otros –en especial después de mi última obra, *La vejez*– deploran mi pesimismo. Los dos rótulos son demasiado simplificadores. Ya he dicho que mi infancia me dotó de un optimismo vital. Casi siempre me sentí segura de mí y de mi estrella. He llevado hasta el aturdimiento mi confianza en el futuro: no creí en la guerra hasta que estalló. Luego me he vuelto más previsora. Sin embargo, muchas veces nutrí esperanzas que fueron desmentidas: lo que le pedí al socialismo –de la U.R.S.S., de Cuba y de Argelia– no me ha sido dado. Creí demasiado rápido, cuando escribía *El segundo sexo*, en una próxima victoria de las mujeres. Aun prevenida, mi imaginación se ve siempre superada por el horror de tragedias como la de Biafra o la de Bengala que me toman por sorpresa. Seguramente no me siento inclinada a pensar que lo peor es siempre lo seguro; pero tengo la obsesión de mirar siempre a la cara la realidad y de hablar de ella sin fingimientos; ¿y quién puede decir que es alegre? Las cartas de ancianos que he recibido después de publicada *La vejez* me prueban que su condición es todavía más siniestra de lo que yo describí. Justamente porque detesto la desgracia y porque no tiendo a imaginarla, me indigno y me descompongo cuando la encuentro, y siento la necesidad de comunicar mi emoción. Para combatirla, primero hay que mostrarla, y hay que disipar las supercherías detrás de las cuales la escamotean para evitar que se piense en ella. Y me acusan de pesimista porque rechazo las escapatorias y las mentiras, pero ese rechazo implica una esperanza: la de que la verdad puede servir. Es una actitud más optimista que la de elegir la indiferencia, la ignorancia, la hipocresía.

Disipar los engaños, decir la verdad, han sido unos de los fines más obstinadamente perseguidos a través de mis libros. Este empecinamiento tiene sus raíces en mi infancia; yo odiaba lo que mi hermana y yo llamábamos la «estupidez»: una manera de apagar la vida y sus alegrías bajo prejuicios, rutinas, hipocresías, consignas huecas. Quise escapar a esta opresión, me prometí denunciarla. Para defenderme contra ella me apoyé desde muy temprano en la conciencia que tenía de mi presencia en el mundo; el misterio de su aparición, su soberanía a la vez evidente y discutida, el escándalo de su futuro aniquilamiento: desde pequeña estos temas me obsesionaron, y ocupan un lugar importante en mi obra. Un poco más tarde, a los catorce años, después de identificarme con la Joe de Luisa Alcott, con la Maggie de George

Escaneado con CamScanner

Eliot, deseé asumir yo misma delante de un público esta dimensión imaginaria que me hacía tan fascinantes a esas heroínas de novela y al autor que en ellas se proyectaba. No empecé por escribir una novela de aprendizaje, porque entre los veinte y los treinta años estaba desprendida de mi pasado. Más tarde, intenté contarme, dotando a mi experiencia de una necesidad.

Sartre me dijo un día que no tenía la impresión de haber escrito los libros que a los doce años quería escribir. «Pero después de todo ¿por qué sobrevalorar al niño de doce años?», agregó. Mi caso es diferente del suyo. Claro que es muy difícil comparar un proyecto vago e infinito con una obra realizada y limitada. Pero no siento un hiato entre las intenciones que me impulsaban a escribir libros y los libros que escribo. No he sido una virtuosa de la escritura. No he resucitado, como Virginia Woolf, Proust o Joyce el tornasol de las sensaciones y no he captado en palabras el mundo exterior. Pero no era ese mi designio. Quería existir en los demás comunicándoles, de la manera más directa, el gusto de mi propia vida: casi lo he logrado. Tengo sólidos enemigos, pero también me he hecho entre mis lectores muchos amigos. No he deseado otra cosa.

Esta vez, no daré las conclusiones de mi libro. Le dejo al lector la tarea de deducir él las que le gusten.